

DANIEL EASTERMAN EL TESTAMENTO DE JUDAS



LA VERDAD SOBRE CRISTO ES DEMASIADO PELIGROSA



Lectulandia

Mientras el espíritu de la glasnost barre Rusia, un famoso académico de Moscú descubre un antiguo pergamino escondido en las bóvedas de la biblioteca Lenin, adonde fue llevado desde Alemania al término de la segunda guerra mundial. Asustado por la magnitud de su hallazgo, Iosif Sharanskii pide ayuda a un famoso colega y viejo amigo, el doctor Jack Gould.

Cuando éste llega a Moscú para traducir los versículos del pergamino, se da cuenta de que el documento contiene los pensamientos y creencias radicales de Jesús, escritos de su propia mano, y que difieren radicalmente de lo aceptado por la tradición católica. Muchos serán los interesados en esconder este descubrimiento a cualquier precio... por alto que sea.

Daniel Easterman, un maestro del suspense, nos ofrece una novela trepidante y profética en la que la realidad y la ficción se mezclan de forma espeluznante.

Lectulandia

Daniel Easterman

El testamento de Judas

ePub r1.0

Titivillus 11.03.16

Título original: *The Judas testament*

Daniel Easterman, 1994

Traducción: Joaquín Adsuar Ortega

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Beth:

*O soave fanciulla, o dolce viso
Di mite circonfuso alba lunar,
In te ravviso il sogno
Ch'io vorrei sempre sognar.*

Agradecimientos

Estas cosas nunca son fáciles, pero al menos la carga se hace más ligera gracias a las muchas personas que contribuyen a la tarea de transformar una idea en un libro terminado. En la cabeza de la lista, por su total ayuda, apoyo y consejo está, como siempre, mi maravillosa esposa, Beth. Mis redactoras —Patricia Parkin en Londres y Katie Tso y Karen Solem en Nueva York— pusieron su usual y milagroso toque de luminosidad en un achacoso primer borrador y —así confío— le dieron vida. Jeffrey Simmons, mi agente, demostró el poder que existe tras bastidores. (Una nota especial de agradecimiento para su madre, Jane, por sus amables observaciones sobre el texto).

Muchas gracias también a Colleen Cairns, que buscó la mayor parte de los datos necesarios para escribir este libro y que con éxito cumplió peticiones aparentemente insensatas; a Roderick Richards de Tracking Line por sus informaciones sobre temas policíacos; a Igor Kisenov y Katya Wik, en Moscú, por su atención al detalle, y a Barry Martin, de Russia House Ltd., por arreglar las cosas allí; a Clare Robertson-McIsaac por confeccionar un programa de concierto tan delicioso; a Reg Gill, el superintendente del cementerio de Wembley, por lo mucho que nos ayudó, y a mi madre política, Nancy, por conseguir que las cosas siguieran funcionando con tranquilidad.

*Debo registrar, también, mi deuda de gratitud con los varios autores cuyas obras he saqueado en busca de material y hechos diversos que me sirvieran de fondo. Entre éstos figuran notablemente Mark Aarons y John Loftus, cuyo bien informado estudio sobre la asistencia del Vaticano a los fugitivos nazis, *Ratlines*, es una acusación impresionante y deprimente de uno de los más lamentables episodios de la historia europea moderna. Si no otra cosa, espero, al menos, que este ejercicio en el campo de la ficción pueda alertar a unos pocos lectores más sobre la traición a la confianza cometida por líderes políticos y religiosos en Europa y en Estados Unidos después de la guerra y que ahora están saliendo a la luz gracias a sus esfuerzos y a los de otros escritores. Desgraciadamente en esas páginas hay mucho menos de ficción de lo que nos gustaría a cualquiera de nosotros.*

Parte 1

Prólogo

Berlín ocupada por los rusos

Junio de 1945

Arriba, sobre las cabezas, las luces vacilaron y acabaron por apagarse. Después se puso en marcha un proyector situado en la parte de atrás de la estancia. Los números parpadearon en la gran pantalla y una explosión de música llenó la sala al tiempo que aparecía la cruz gamada. La esvástica fue reemplazada por la figura del águila alemana y una única palabra: *Wochenschau*^[1].

A continuación apareció un estandarte con la misma águila, que llevaba entre sus garras una segunda cruz gamada, rodeada de una guirnalda, y las palabras *Deutschland Erwache*^[2], mientras se oía el sonar de los pies a ritmo de marcha. El rostro de Adolf Hitler, su boca inflexible y desprovista de sonrisa; después, un plano completo en el que se le veía de pie sobre una tribuna elevada situada bajo las alas desplegadas de un águila gigante. Estaba contemplando el desfile de sus tropas de asalto. El ángulo de la cámara se elevó para mostrar por encima, en el aire, los inconfundibles cazas Messerschmitt Me 262 a reacción, seguidos por los Me 163 con sus alas de envergadura inclinadas hacia atrás. La mayor parte de los hombres que formaban la audiencia no habían visto en acción a ninguno de aquellos dos aviones, aunque muchos de ellos sí habían visto los planos de los prototipos.

La cámara descendió de nuevo para mostrarnos el rostro del Führer, en el que ahora brillaba una expresión victoriosa y un arrebatado de indecible delicia. La cámara retrocedió un poco más para captar el brazo alzado con el *Hitlergrüss*. Y todavía más atrás, ampliando el plano, para mostrar la tribuna y el edificio delante del cual había sido levantada.

Un grito se extendió por toda la audiencia, silenciado de inmediato por una seca orden en alemán. El edificio que se veía en la pantalla era inconfundible: el Buckingham Palace. Eso no era posible, por descontado, pero el film mostraba claramente las tropas alemanas, tanques alemanes y transportes de personal blindados desfilando a lo largo del Mall londinense y dando la vuelta, tras pasar la tribuna, para descender por Constitution Hill.

Espectadores con aspecto triste se alineaban a ambos lados del Mall con los brazos alzados en saludo hitleriano, sin ningún entusiasmo. Estaban silenciosos y acobardados, con las cabezas gachas y los rostros marcados por la derrota.

La música se detuvo inesperadamente y resonó una voz. No habló en alemán, como la audiencia había esperado, sino en inglés. Todos reconocieron la voz de las emisiones de la radio alemana que habían oído en su patria y de la cual tanto se habían reído: la voz pertenecía a William Joyce, el traidor de voz pastosa al que el

Daily Express había apodado *Lord Haw-Haw*.

Ayer por la mañana, a las 9.00 horas, el primer ministro británico, Winston Churchill, firmó una declaración formal de rendición ante las fuerzas victoriosas del Reich alemán, con la cual llega a su fin la guerra en Europa. Derrotados en todos los frentes, los maltrechos ejércitos del imperio británico rindieron sus armas en el día de hoy al final de una lucha tan larga como inútil contra fuerzas y capacidad mental superiores, una lucha que la tozudez y egomanía de sus líderes ha prolongado innecesariamente y que ha costado la vida a millones de jóvenes. Al final, tropas inferiores, equipadas con inferioridad y con inferior moral, no pudieron resistir los violentos ataques eficaces y valerosos de los alemanes, como tampoco la población civil de Gran Bretaña pudo soportar los ataques de las nuevas armas de terror, lanzadas contra ella desde las costas de Francia.

Mientras hablaba, la escena pasó a ser un interior. Una larga mesa cubierta con un tapete verde, hombres en trajes de ceremonia y otros con uniformes militares estaban firmando documentos.

Nuestro amado Führer, Adolf Hitler, estuvo en Londres para recibir la rendición británica de manos del primer ministro y sus jefes de Estado Mayor. Aquí vemos, en Downing Street, al victorioso conquistador de Europa, al Führer de un Reich milenar.

El rostro de Hitler sonriente. El rostro de Churchill, ceñudo y triste. Al firmar un documento, su mano tiembla ligeramente. Hitler, por el contrario, al recibir el documento lo firma con una rúbrica descuidada. Una vez más, el rostro de Churchill con el ceño fruncido.

Tiene un aire preocupado. Y así debe ser, porque sabe que el juego ha terminado. No pasará mucho tiempo antes de que el general Guderian, el nuevo comandante supremo militar en Gran Bretaña, dé instrucciones para convocar el primero de una serie de juicios por crímenes de guerra que se celebrarán en Coventry. Y todos saben que les espera el gran salto: Churchill, Bombardero Harris, Montgomery, Portal... toda esa miserable pandilla. Ésos fueron los hombres que fanfarronearon bravucones durante seis largos años, hasta que acabaron poniendo de rodillas a Inglaterra y a casi toda Europa con ella. Acabarán en la horca, pueden ustedes estar seguros de ello.

Pero no habrá linchamientos. Por una vez en su historia, los británicos van a conocer el sabor de la justicia. De la justicia alemana. Todas las antiguas discriminaciones y privilegios, todos los favoritismos y los servilismos, los sombrerazos, todo eso será eliminado. Un nuevo viento sopla sobre Europa y su nombre es juego limpio para todos. Ésa fue la razón de la guerra.

El sistema de justicia y orden, que es el orgullo del Reich alemán, será llevado hasta las playas de Inglaterra. El Reich designará a sus jueces, hombres buenos y fieles, hombres sin miedo, que no estarán en manos de un milord con rancio título ni de un judío con una bolsa de plata.

La pantalla se llenó con escenas de juicios alemanes, todos ellos celebrados en salas solemnes en las que las cruces gamadas y las águilas pendían amenazadoras y sombrías sobre las cabezas de los jueces. La audiencia siguió sentada sin moverse, conmovida en el silencio.

Después de instalar al general Guderian en Downing Street, el Führer se dirigió al palacio de Buckingham, donde fue recibido por el rey Edward y su consorte, la reina Wallis, que habían llegado el día anterior en avión desde las Bahamas dispuestos a hacerse cargo de sus nuevas

obligaciones. La pareja real, con aspecto radiante, dio la bienvenida al conquistador de su país, y lo saludó como a un viejo amigo y liberador de su pueblo.

Film del duque y la duquesa de Windsor juntos en un balcón agitando los brazos. La cámara se dirigió a la derecha para mostrar a Hitler, que estaba a su lado, sin saludar, pero observando.

A los judíos no les gustará, naturalmente. Harán lo que sea para salvar su miserable pellejo. Estuvieron detrás de la conspiración de Baldwin en 1936, que forzó la abdicación del rey, y además son los responsables de haber empujado a la pequeña Inglaterra a una guerra que nunca tuvo posibilidad de ganar. Alemania le tendió la mano amistosamente, pero los sionistas y los rothschilds se aseguraron de que no fuera aceptada. En vez de unir sus fuerzas entre ellas para derrotar al enemigo común, apoyaron a las fuerzas masivas de la Rusia estalinista y a las células de los conspiradores rojos en sus propias ciudades. Gran Bretaña y Alemania pierden la flor de su juventud masculina en una guerra insensata. Bien, en Alemania ya sabemos cómo tratar a los judíos. No pasará mucho tiempo antes de que los británicos les vean las espaldas. Y en esta ocasión no volverán.

Durante esta última parte de la charla se proyectaron escenas de sinagogas incendiadas y de judíos conducidos como rebaños por las tropas de las SS por las calles. En una escena, la Unión Jack, la bandera británica, fue hecha pedazos sin el menor respeto ante la puerta de una sinagoga.

Después de almorzar en palacio, nuestro amado Führer se dirigió en coche a Shipton en Oxfordshire, donde le dieron la bienvenida sir Oswald Mosley y su esposa, lady Diana. Desde que fue puesto en libertad de su internamiento, en 1943, sir Oswald estuvo sometido a constante vigilancia por parte de los servicios de seguridad británicos. El Führer le ha encargado que actúe como primer ministro provisional hasta que sea posible celebrar elecciones que, confidencialmente, se espera que gane la British Union of Fascists, el partido de sir Oswald Mosley, por aclamación popular.

Durante esta parrafada, la película mostró a sir Oswald y a Hitler estrechándose la mano y sonriendo a la cámara. De repente apareció en la pantalla el Capitolio, en Washington, bajo un cielo nublado.

Mientras tanto, ayer por la tarde, en Washington, el antiguo representante diplomático alemán, Hans Thomsen, fue convocado para un cambio de impresiones con el secretario de Estado, Edward Stettinius. Se cree que acudirá a la Casa Blanca por la mañana, donde se reunirá con el presidente Truman, para negociar el fin formal de las hostilidades entre los Estados Unidos y Alemania. Fuentes diplomáticas opinan que el presidente tiene la intención de realizar una visita de Estado a Berlín durante el próximo otoño.

Dos banderas aparecieron en pantalla, la alemana junto a la Unión Jack. La escena cambió de nuevo. En esta ocasión, el cielo estaba claro. La cámara descendió y mostró una escena de una gran cúpula, y continuó descendiendo para captar de lleno la plaza de San Pedro, abarrotada de peregrinos.

Y en Roma, su santidad el papa Pío XII congratuló al Führer por su última victoria.

Apareció el Interior del Vaticano. Pudo verse a Pío XII sonriendo y estrechándole la mano a Hitler.

A esto siguió, la semana pasada, un encuentro entre el pontífice y el nuevo dueño de Europa, con ocasión de la firma de un nuevo concordato que reemplazará el acuerdo de 1933, que había quedado anticuado. En esta reunión, el papa declaró su buena disposición a reconocer los cambios políticos de territorio que habían tenido lugar desde el comienzo de la guerra. A cambio, el restablecido gobierno fascista del mariscal Pietro Badoglio ha declarado su disposición a reconocer los términos del Tratado de Letrán y conservar su especial relación con el Estado Vaticano.

Joyce hizo una breve pausa y, a continuación, resumió con voz triunfante:

¡Pueblo de Gran Bretaña! Vuestra larga noche ha pasado. Codo a codo con vuestros hermanos y hermanas alemanes, estáis en el umbral de una nueva era maravillosa. Paz, justicia y libertad llegarán a ocupar el lugar de la tiranía que habéis conocido, Bajo la sombra de la cruz gamada, una Europa unida se opondrá firmemente a las hordas infrahumanas, que han sido lanzadas contra ella desde las estepas de la Rusia comunista. Juntos podremos forjar, en el yunque del sufrimiento común, un destino glorioso para la raza aria.

La música resonó de nuevo acompañando más escenas de soldados marcando el paso, de enormes banderas blasonadas con cruces gamadas, y estandartes de las SS brillando bajo el sol. El último plano fue una vista de la Casa del Parlamento. Sobre la torre Victoria la bandera roja, blanca y negra del Tercer Reich ondeaba mayestática en una brisa contumaz.

«¡Luces!».

La pantalla quedó oscura. Encima, las luces parpadearon antes de volver a la vida. Un profundo silencio llenó la sala. En ella había unos cien hombres, sentados en sillas de metal plegables que, con precisión militar, habían sido colocadas formando nueve filas. Nadie se movió. Nadie habló. Uno de los presentes luchó en vano por contener la tos.

Los hombres tenían las cabezas afeitadas. Sus rostros estaban demacrados y daban muestras de fatiga y sufrimiento. Bajo sus sueltos uniformes grises de prisioneros de guerra era posible adivinar sus cuerpos enflaquecidos y exhaustos.

El recinto en el que se encontraban era una construcción subterránea, de unos veinte metros de largo por ocho de ancho, Con el techo muy bajo. Detrás de uno de los muros podía oírse el zumbido de un generador eléctrico, y, por debajo de éste, el bombear de un sistema de conducción de aire, cuidadosamente construido, que aseguraba que el complejo al que pertenecía el recinto en cuestión resultara invisible desde la superficie y que hubiera un suministro constante de aire razonablemente fresco.

Los muros estaban cubiertos de paño negro y en sus centros respectivos colgaban cuatro largos estandartes de color rojo desde el techo al suelo. Cada uno de ellos tenía en medio un círculo blanco con una cruz gamada. En el mundo exterior, a cincuenta metros por encima del complejo, en la superficie de la tierra, banderas como aquéllas habían sido arrancadas de sus astas y quemadas por los soldados rusos. Pero allí abajo

no había soldados rusos, sino soldados con el uniforme negro de las Waffen SS.

Algunos de ellos estaban de guardia alrededor de la sala, firmes, con sus espaldas pegadas a la pared, y con las armas cargadas descansando en sus brazos.

Un oficial alemán se colocó de pie en la parte delantera de la habitación. Llevaba en sus hombreras las insignias de plata que mostraban su rango de Standartenführer de las SS^[3]. En su bocamanga derecha lucía un rombo con las iniciales SD, que indicaban su pertenencia al Sicherheitsdienst, el servicio secreto del Reich. Era muy joven para su grado, un diplomado de Vogelsang Ordensburg, donde fue ascendido hacia el final de la guerra debido a la muerte de sus propios jefes superiores. Nada en él causaba la impresión de que estuviera nervioso. Sus botas altas muy brillantes, la daga de paseo de las SS y su gorra negra con la calavera estaban dispuestas para emprender un desfile de gala.

La película había causado el efecto que él mismo anticipó y que buscaron los hombres que la planearon. Los prisioneros que tenía delante de él parecían no sólo atónitos sino hundidos en una devastadora tristeza. Todo aquello en lo que creyeron hasta ese momento, todas las cosas que les hicieron permanecer firmes y resistir — algunos de ellos tres o cuatro años— en las prisiones de la Gestapo y en los centros de interrogatorios del SD, todo aquello que sustentó sus esperanzas de liberación y regreso a casa quedó destruido en cuestión de minutos.

—Caballeros —comenzó el oficial en un inglés con ligero acento—, espero que hayan encontrado este noticiario más interesante que de usual. Dentro de unos momentos volverán a sus celdas. A cada uno de ustedes se les entregará un ejemplar de la edición del *Times* de Londres del día de hoy en el que podrán leer los términos de la rendición británica, así como artículos que les darán detalles completos de los acontecimientos más recientes. Podrán leerlos con toda la atención que deseen.

»Sin embargo, antes de ello —continuó—, creo que sería apropiado que permitan que me presente. Soy el SS-Standartenführer Kletmann, el nuevo comandante de esta prisión, y a partir de ahora deben considerarse dentro de mi jurisdicción. Ha llegado a mi conocimiento que durante los últimos meses, bajo el mando del SS-Obersturmbannführer^[4] Grossmann, las condiciones aquí se habían relajado. Esa situación ha llegado a su fin. El SS-Obersturmbannführer Grossmann ha sido relevado de su cargo. A partir de ahora intentaré hacer que se cumplan los reglamentos. Las ofensas contra la disciplina serán severamente castigadas. Cualquier intento de fuga se pagará con la muerte del que quiso escapar y de otro de los prisioneros. Poco a poco se darán cuenta de que nuestras medidas de seguridad son las más estrictas del Reich.

»Cuando hayan terminado la lectura, creo que cada uno de ustedes deseará considerar detalladamente su situación personal. Por favor, no piensen que el pueblo alemán tiene la intención de permitir que los culpables queden sin castigo. Los tribunales para juzgar los crímenes de guerra, que ya han sido formados, no se limitarán a juzgar a aquellos que condujeron la guerra de agresión contra Alemania.

Naturalmente, en primer plano estarán Churchill y sus secuaces, Pero no descansaremos hasta que incluso el más pequeño de los criminales de guerra sea llevado ante la justicia. Tendrán que salir a la luz pública, en toda su extensión, los crímenes británicos. Y pueden ustedes estar seguros de que no se ahorrará ningún esfuerzo para descubrir esos crímenes y a sus ejecutores.

»En su caso, la culpabilidad no puede ser discutida. Todos ustedes fueron detenidos en suelo alemán o de otras naciones administradas por el Reich alemán. Más adelante serán ustedes visitados, en tumo, por un equipo de abogados designado para preparar sus casos. En su momento se les nombrará abogado defensor. Dentro de pocos días recibirán instrucciones escritas de las autoridades competentes en Gran Bretaña, que les pedirán que expliquen las cosas con claridad.

»Su negativa a divulgar los hechos concernientes a sus respectivas misiones fue hasta ahora loable. Son ustedes hombres valientes y, en circunstancias distintas, no dudo de que habrían sido altamente condecorados por su valor. Pero la guerra ha terminado. Su país ha sido derrotado limpiamente en el campo de batalla, y ustedes tienen el deber de asistir a las fuerzas de la ley y el orden para probar la culpabilidad donde deba serlo y exonerar a los inocentes siempre que sea posible.

El comandante de la prisión se puso firme.

—Pueden marcharse. Confío en que todos ustedes estén dispuestos a colaborar. Les aseguro que si lo hacen, sus propios intereses se verán muy favorecidos.

Se abrieron las puertas en la parte de atrás de la sala. A una señal, los hombres que estaban en la primera fila de sillas se levantaron. Mientras iban saliendo, evitaron las miradas de sus compañeros de cautiverio. Más de uno lloraba abiertamente.

—¡Que Dios nos ayude! —rogó alguien en voz muy baja.

1

París

Julio de 1979

Era la peor época del año en París, cuando está abarrotado de turistas. Los cafés a lo largo del bulevar St. Germain estaban llenos de jóvenes norteamericanos desmañados y de australianos que daban la vuelta al mundo. Se los podía ver por todas partes, posando delante de todos, forzando en los transeúntes la ilusión de que eran parisienses de nacimiento y crianza, que estaban aburridos del Ricard y el Amer Picon, que se sentaban en los mismos cafés, juntos a aquellas mismas mesas, en aquellas mismas sillas de mimbre, a todo lo largo y lo ancho del año de París.

Llenaban el Aux Deux Magots y el Café de Flore, con un Gitanes colgando de sus labios y mocasines Gucci acariciando sus pies de viajeros de lujo. Fingían indiferencia mientras que interiormente recordaban Des Moines y Warrnambool, maravillados ante toda esta herencia repentina y efímera. París era suyo por una temporada, para poseerlo como nunca antes poseyeron otra ciudad, para pasear durante el día y aprovechar sus noches, para vivirlo en toda su brillantez, su opacidad y su larga soledad veraniega.

Jack Gould, en su inocencia, jamás lo hubiera supuesto, de no haber oído a algunos de ellos hablar inglés. Él no hacía el vago. No acudía a los cafés de la vecindad para ser visto ni para observar a los demás. A fuer de honesto hay que decir que raramente se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Mientras bebía a pequeños sorbos la tacita de café que tenía frente a él, sus ojos no se despegaban de un libro que mantenía sobre las rodillas, el tomo primero de *History of the Jews in Babylonia*, de Neusner.

A los veintidós años, ya era todo un «tipo». Llevaba un chaquetón con parches de cuero en los codos, que resultaba inadecuado para el buen tiempo reinante, una mugrienta camisa blanca y pantalones de pana de color verde oscuro con el trasero desgastado. Cuando podía permitirse comprar tabaco, fumaba una pipa sucia. Su cabello estaba desordenado y llevaba gafas de montura metálica reparada de cualquier modo con cinta aislante. Bajo aquella apariencia resultaba difícil darse cuenta de que era tan guapo como cualquier otro de los exhibicionistas que, equipados con sus chaquetas de cuero, ocupaban la terraza de fuera.

El café era un pequeño establecimiento de la calle Chabanais, a media manzana de distancia de la Biblioteca Nacional. Jack acudía allí por la mañana y por la tarde a buscar datos, y a mediodía se tomaba un descanso. Como no podía permitirse un almuerzo propiamente dicho, normalmente tomaba un poco de pan y queso de cabra, con una botella de Badoit, en el vecino jardín del palacio real. Sus cafés de la mañana y de la tarde, muy fuertes y muy azucarados, le daban el impulso que necesitaba para

pasarse día tras día examinando textos antiguos.

La disertación en la que trabajaba, *Star and Scepter Prophecies in the Damascus Document, the Qumran War Scroll, and the Florilegia*, lo había traído a París muy en contra de su voluntad. Estaba en el segundo año de su doctorado en estudios hebreos en el Trinity College de Dublín, y se había sentido muy feliz trabajando allí o en la biblioteca Chester Beatty de Ballsbridge. No le gustaban nada la Biblioteca Nacional y su anticuada burocracia; odiaba tener que hablar francés (un idioma que apenas conocía) y, además, se encontraba incómodo en una ciudad donde todo el mundo parecía pasarlo bien. Jack Gould era un maestro en lingüística. Podía dar con el sentido de los documentos hebreos más deteriorados o reunir los trozos de un rollo de pergamino arameo del siglo primero con la misma facilidad que cualquier persona rellenaba su quiniela de fútbol cada semana. Sus profesores lo adoraban. Nadie dudaba de que su tesis doctoral sería la primera de las grandes contribuciones en su campo. Pero como ser humano era un verdadero desastre. Un desastre y —aunque nunca lo admitía— virgen a los veintidós años de edad.

Apenas se dio cuenta de que alguien se sentaba a su mesa. Se trataba de un café pequeño y frecuentemente lleno. No levantó los ojos del libro que estaba leyendo.

—Jack Gould... ¿No es así?

Una joven se había sentado frente a él. Tenía el cabello rubio, un rostro asombroso y vestía una camiseta de color azul claro. Sonreía como si fuese una vieja amiga, pese a que él no la reconoció. O, quizá...

—*Je m excuse, mais...* —comenzó a decir.

—Oh, no es necesario. Podemos entendemos perfectamente sin necesidad de recurrir al francés.

El acento irlandés no era muy fuerte, pero sí suficiente para delatar que la mujer procedía de aquel país. Buceó en su memoria, esforzándose en encontrar su rostro en algún lugar de su pasado.

—Lo siento, señorita...

—Usted no me conoce, pero yo a usted sí, de vista. Me llamo Caitlin. Caitlin Nualan. Estoy en segundo curso de estudios semíticos, en Trinity. El año pasado usted presentó un seminario sobre Ezequiel; yo me sentaba en las filas de atrás. Probablemente no me recuerda.

—Sí, claro... —Se detuvo, movió la cabeza y añadió—: No, no, lo siento, no la recuerdo.

—Estaba usted muy preocupado. —Hizo una pausa—. No sabía que estuviera usted en París.

En esos momentos un camarero se acercó a su mesa, Caitlin se volvió y habló con facilidad lo que a Jack le pareció un francés con acento perfecto:

—*Un café crème, s'il vous plaît.*

Miró la taza medio vacía de Jack.

—¿Quiere tomar otro?

Jack movió la cabeza y miró su reloj.

—Lo siento, pero tengo que irme —dijo—. Estoy recopilando material en la biblioteca.

Se levantó y dejó algún dinero sobre la mesa.

—Ha sido un placer encontrarme con usted —se despidió—. Espero que disfrute de París.

A la mañana siguiente, cuando Jack entró en el café poco después de las once, ella estaba esperándolo. Estaba en la misma mesa, como si no se hubiera movido de donde la dejó. Tenía el pelo recogido por detrás y llevaba una ligera chaqueta de algodón sobre una limpia camiseta, en esta ocasión de color rosa. Cuando Jack se aproximó, ella levantó algo de la mesa y lo agitó para llamar su atención.

—Se lo dejó aquí ayer —le dijo.

Era su ejemplar de Neusner, la «lectura ligera» con la que mataba el tiempo en aquel café.

—Gracias —murmuró él mientras tendía la mano para coger el libro—. Pero ella no se lo entregó.

—Le eché una ojeada ayer por la noche —le explicó—. Es verano, estamos en París, ¿y usted lee un libro como éste?

Él no respondió.

—¿Quiere una taza de café?

Él sacudió la cabeza. Apenas si podía recordar la última vez que una mujer le habló de ese modo. Al entrar se había dado cuenta de que, al fin y al cabo, la joven era adorable. La belleza le inquietaba. No se podía medir como la poesía hebrea, no tenía conjugaciones ni declinaciones, no podía ser reducida a paradigmas. Se sentía amenazado por ella como por todas las cosas incontrolables.

—No me diga que va a empezar con esta difícil materia antes de almorzar —ironizó.

—Yo... No, es que... —Vaciló y acabó por inclinarse ante lo inevitable—. Tomaré un café.

Ella hizo un ademán y se presentó un camarero como si surgiera de ninguna parte. Jack estaba impresionado por la confianza que mostraba su comportamiento, por su seguridad en sí misma. Pidió café y *brioche*s y se volvió a él.

—Siéntese, por amor de Dios, y hábleme de usted mismo.

Jack se sentó, y así comenzó todo.

Él resultó una tarea difícil. Así se lo dijo ella después de haberse acostado juntos la primera vez. Pero no sabía que el trabajo más duro aún estaba por llegar. París ayudó, naturalmente. Ni siquiera el más rígido de los escolásticos podría resistirse a los

encantos de la ciudad. Ella lo llevó a todas partes, sobre todo a lugares que no se mencionan en ninguna guía turística. La obra de Neusner se quedó encerrada a cal y canto en la habitación de Caitlin. Al tercer día, Jack cesó de pedírsela, y después de la primera semana juntos, ya la había olvidado. Ella le había vuelto del revés por completo.

Lentamente fue naciendo en él la idea de que estaba enamorado. No se trataba de una emoción que hubiera conocido antes, ni siquiera una por la que hubiera sentido gran interés. Como la belleza, escapaba a su control. Se sintió como alguien que, después de haber estado durmiendo largo tiempo, fuera despertándose poco a poco al oír, desde muy lejos, una voz amada que susurrara su nombre y, al despertar, se diera cuenta de que la voz no estaba lejos y que la persona a la que amaba no se había movido de allí, observándolo ansiosamente.

Durante algún tiempo, ella se convirtió en sus ojos y oídos, hasta que Jack volvió a aprender a utilizar los suyos. Ella pertenecía a este mundo sólo parcialmente y, en cierto modo en broma, se negó a hablar con él de su trabajo. Él lo intentó al principio, pero acabó dándose cuenta de que el hecho de que ella lo ignorara hacía más penoso no hablar de lo que era familiar. Así, gradualmente, ella fue arrastrándolo a su propio mundo.

La primera semana lo forzó a convertirse en un turista. Jack llegaba al café cada mañana poco después de las nueve para encontrarse con ella, que ya lo esperaba con café caliente y pastas. Después del desayuno hacían su paseo hacia los diversos puntos de atracción turística que les ofrecía la ciudad: Notre-Dame, el Arco de Triunfo, la torre Eiffel, la capilla santa del Louvre. Él se sentía como un niño al que de repente se le revela que el mundo es algo más que las cuatro paredes de su dormitorio. Él tropezaba a veces, pero ella lo alzaba, le sacudía el polvo y lo conducía al próximo lugar digno de verse.

Ella se dio cuenta de que lo principal era mantenerlo alejado de la biblioteca la mayor parte del tiempo posible. Privado de sus papiros y sus concordancias, él era una página en blanco. La segunda semana dejaron de visitar los lugares turísticos. Caitlin lo llevó a pequeños cafés y bares en los que no había turistas, donde permanecían sentados hablando durante varias horas. Era la primera vez que Jack encontraba a alguien que realmente se interesara por él no por lo que sabía, sino por lo que era. Y acabó contándole todo sobre el Jack Gould que sus maestros nunca conocieron.

—Mi padre es judío —le confió—, y mi madre, católica.

—¿Y eso qué hace de ti?

Él se encogió de hombros.

—Nada —respondió—. Sólo yo mismo. Sea lo que sea.

Ella trató de descubrirlo. Hablaba poco de sí misma. Le contó que sus padres habían

muerto diez años antes con ocho meses de intervalo, su padre de cáncer y su madre de pena. Ambos estaban enterrados en Londres, en el cementerio de Paddington, cerca de donde ella creció. Jack le preguntó si tenía parientes vivos y ella le respondió que ninguno con el que verdaderamente se sintiera unida. Algunos tíos y tías, eso era todo, gente a la que hacía años que no veía, con los cuales no tenía nada en común. Él respetó su reticencia y no volvió a probar.

Caitlin no hizo un secreto de que en su vida hubo otros hombres y Jack sufrió auténticas agonías de celos al saber que otros se le habían adelantado, aunque sólo fuera brevemente.

La noche en que se convirtieron en amantes estuvieron viendo la película de Louis Malle *Lacombe, Lucien* en un pequeño cine del bulevar St. Germain. Él tenía dificultades en seguir el diálogo, así que, de vez en cuando, ella se inclinaba hacia él y le contaba al oído de qué iba la cosa. El argumento trataba de un joven trabajador francés que se convirtió en colaboracionista durante la ocupación nazi. Jack apenas si entendió lo que sucedía. Le bastaba la proximidad de Caitlin y que ésta se le acercara con tanta frecuencia para murmurarle al oído.

Cuando salieron del cine, ella se mostró distante y Jack se preguntó por qué razón le había afectado tanto.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

Ella no respondió. Guardó silencio largo rato. La gente pasaba junto a ellos charlando animadamente, pero Caitlin no prestaba atención.

—¿Qué es lo que va mal? —insistió él.

—Ven aquí —dijo ella.

Él no supo qué hacer.

—Ven aquí.

Jack se acercó a ella, muy cerca, tan cerca de una mujer como nunca antes estuvo en su vida. Ella se volvió, lo abrazó y lo atrajo aún más. Después lo besó. Tenía el rostro lleno de lágrimas, que dejaron en su lengua un sabor a sal. Ni siquiera después de haber hecho el amor le dijo por qué o por quién había estado llorando y él jamás se lo preguntó.

Al cabo de pocos días supieron que no había vuelta atrás y decidieron casarse a principios de setiembre. Lo hicieron en el consulado irlandés en una breve ceremonia, seguida de una cena en un pequeño restaurante de la Rive Gauche. Jack escribió a sus padres para comunicarles que se había casado. La madre le respondió lamentándose de que no los hubieran invitado a la ceremonia, pero Jack volvió a escribirles una larga carta en la que les explicaba lo feliz que se sentía, y le envió una fotografía de Caitlin. Tanta felicidad: ni siquiera su madre lo había creído capaz de ello. Le envió una segunda fotografía, esta vez suya, con la nueva ropa que él y Caitlin habían comprado juntos. Ninguno de sus antiguos amigos lo hubiera reconocido.

Trabajaba un poco cada día en la Biblioteca Nacional, pero su obsesión por el trabajo se había ido para siempre. Aprendió a sentir impaciencia cuando se aproximaba el mediodía, la hora de cerrar sus carpetas y salir a disfrutar de la luz del sol. Caitlin lo esperaba en el pequeño café de la calle Chabanais, en su mesa habitual, con dos tazas de café frente a ella y dos platos, uno con tarta, y el otro con tostadas. Tomaban el café juntos, charlaban un rato y se marchaban a su apartamento en Marais, donde casi siempre hacían el amor. Toda su pasión veraniega no los traicionó ni una sola vez.

Unas dos semanas después de la boda, cuando volvieron a su apartamento, lo encontraron todo revuelto. Los intrusos se habían concentrado en el trabajo de Jack y habían estudiado sus papeles sistemáticamente. Pero resultó más extraño aún cuando, al volver a poner las cosas en orden, se dieron cuenta de que no les faltaba nada, ni siquiera las joyas que Caitlin había dejado en una caja abierta en el dormitorio. Aquella noche Caitlin se mostró preocupada y en más de una ocasión Jack pensó que iba a contarle alguna cosa. Algo le hizo pensar a Jack que ella sabía quién era el responsable de la violación de su casa.

Al día siguiente, mientras paseaban a la hora del almuerzo por el jardín del palacio real, un hombre se acercó a ellos. El desconocido se dirigió directamente a Caitlin y la besó en ambas mejillas, como si fueran viejos amigos. Era un hombre de mediana edad y bien vestido, y a Jack le pareció un tanto sofisticado. Caitlin y él hablaron durante un minuto, más o menos, en un francés muy rápido que Jack no pudo seguir. Sólo supo captar algunas palabras sueltas:

—*Malheureux... peut être dangereux... ce n'est pas terminé... pas impossible de rentrer... nous avons pris pos renseignements...*

Al mirar a su esposa, Jack advirtió que se había puesto pálida. No levantó la voz, pero él se dio cuenta de la tensión que había en ella.

—*Je dois m'en aller* —dijo finalmente, y se cogió del brazo de Jack, El desconocido ni siquiera se dignó mirarlo.

—¿Quién era ése? —le preguntó Jack mientras se alejaban rápidamente.

—Nadie. Un amigo. Mira, no tiene importancia. ¡Olvídalo!

Era la primera vez que le respondía con evasivas y de mala forma. Más tarde se disculpó y le explicó que el hombre era un viejo amigo de su padre que trató de interferir en su vida cuando ella todavía era una adolescente.

Aquella noche, en la cama, le dijo a Jack que quería regresar a Dublín.

—Aún no he terminado mi trabajo aquí.

—Eso tendrá que esperar —insistió ella—. Yo tengo que estar en Dublín para ponerme al día en mi trabajo antes de que lleguen los exámenes. Puedes hacer que te envíen microfilms de lo que tengas que examinar. Yo pagaré lo que cuesten. Y... —vaciló y cogió su mano—, hay otra cosa. Voy a tener un hijo.

Dublín

18 de junio de 1988

La carta llegó con el primer reparto de la mañana del lunes. Era la tercera en un montón de siete, entre una petición de microfilms y una invitación a lo que prometía ser una aburrida recepción en el Trinity College. A deducir del sobre, su remitente debía ser una persona rica: el grueso papel, la letra discreta y propia de una persona educada, incluso lo informal de la firma le alertó de que allí había algo que se salía de lo corriente. No reconoció el nombre de la casa que encabezaba la página: *Summerlawn*.

El sello de la oficina postal tampoco le era familiar: Dún na Séad. Tuvo que consultar un mapa. Resultó ser el nombre gaélico de Baltimore, una pequeña aldea de pescadores al sudoeste de Cork. Pero ¿quién diantres, en Baltimore, podría tener interés en la biblioteca o en su trabajo? ¿Y quién, en una aldea de pescadores, podía permitirse el lujo de utilizar un papel de cartas tan caro?

La respuesta era un hombre llamado Rosewicz, Stefan Rosewicz. A Jack, el nombre no le dijo nada. ¿Qué era? ¿Polaco? ¿Checo? No podía decirlo con seguridad. Ciertamente nunca había oído hablar de él como dueño de una colección de invaluable manuscritos hebreos y arameos localizada en la República de Irlanda. La carta de Rosewicz era breve y concreta: el remitente poseía una colección pequeña pero valiosa de manuscritos que precisaban la atención de un experto, tanto para catalogarlos como para su conservación. ¿Estaba interesado el doctor Gould en aceptar ese cargo? El trabajo no sería agotador, no corría prisa terminarlo, y él le pagaría bien, muy bien.

Lentamente Jack alzó la mano que sostenía la carta. En un dedo llevaba un sencillo anillo de oro sin el menor adorno. Abrió y cerró los dedos de la otra mano formando un puño una y otra vez, como si quisiera coger algo y volver a dejarlo de nuevo. Acarició el papel como si fuera una piel, con la mente ausente.

Durante un rato no se movió. Dejó descansar en su mano la carta liviana como la seda. Sabía, aunque no sabía decir por qué, que estaba en vísperas de algo extraordinario que estaba llamando para entrar en su vida, allí, en el mundo pardo de hileras de libros de su oficina, en la mañana de un lunes de comienzos de verano. Era algo que llevaba esperando mucho tiempo, quizá toda su vida, aunque no sabía cuánto ni por qué. Pero era consciente de que su vida estaba a punto de cambiar.

Jack era ayudante del director de manuscritos bíblicos en la prestigiosa biblioteca Chester Beatty, en la Shrewsbury Road de Dublín. Compartía la responsabilidad de

una de las más distinguidas colecciones de papiros del Antiguo y del Nuevo Testamento, una colección que podía compararse en plano de igualdad con la de la biblioteca del Vaticano o la del Museo Británico, pero que era poco conocida fuera de los círculos especializados. Mientras que Londres poseía el *Codex Sinaiticus* y el *Codex Alexandrinus* y Roma el primitivo *Codex Vaticanus*, Dublín podía presumir de contar con los manuscritos conocidos generalmente como los *Papiros de Chester Beatty*. Se trataba de una colección de fragmentos bíblicos descubiertos en la antigua sede Aphroditopolis, en Egipto, entre 1928 y 1930, y que fueron comprados por Chester Beatty un año más tarde. En torno a esos valiosos manuscritos se había creado una importante biblioteca.

Descolgó el teléfono y marcó el corto número que figuraba en la cabecera de la carta. Sonó cinco o seis veces. Una voz irlandesa respondió a la llamada, la voz de una mujer de mediana edad.

—*Summerlawn*. ¿En qué puedo servirle?

El ama de llaves, pensó. Podía oír música al fondo. Un violoncelo y un clavicémbalo. De inmediato reconoció la pieza: la sección del adagio de la sonata de Bach en si menor. ¿Un disco? ¿O vivían músicos en *Summerlawn*?

—Quisiera hablar con el señor Rosewicz. ¿Está en casa?

—¿Me dice usted su nombre, señor?

—Dígale, por favor, que lo llama el doctor Gould, de la biblioteca Chester Beatty.

Oyó cómo ponía el auricular sobre la mesa y después el sonido de pasos. Poco después la música se detuvo a mitad de un párrafo. Nuevos pasos, en esta ocasión varoniles, firmes y lentos al principio y después apagados por una gruesa alfombra.

—Aquí Rosewicz. ¿En qué puedo ayudarle?

Aquí está Rosewicz. Como una referencia escrita por un cartógrafo medieval para designar un territorio inexplorado. El acento era claramente del Este de Europa.

—Usted me ha escrito una carta, señor Rosewicz. Soy el doctor Gould, de la biblioteca Chester Beatty.

—¡Válgame Dios! ¡Qué mujer tan estúpida! Me dijo que usted era un médico de Westmeath. Esto ya es demasiado. Tendrá que comprarse un audífono. —La voz hizo una pausa—. Perdóneme, doctor Gould, ha sido usted muy amable al llamarme tan pronto. ¿Ha leído mi carta?

—Sí. Llegó esta mañana.

—¿Y cuál es su decisión?

—¿Mi decisión? Todavía no he tenido tiempo de reflexionar sobre el asunto. Sólo le llamo para hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntas? Sí, sí naturalmente. ¿Cuáles son esas preguntas?

La música había comenzado de nuevo, pero en esta ocasión el violoncelo no estaba acompañado. Entretanto oyó un nuevo sonido. ¿Se trataba del mar o simplemente de su imaginación? ¿Dónde estaba *Summerlawn* exactamente?

Hizo sus preguntas una tras otra, como quien cumple un deber, como si pensara

que al hacerlo así podía eliminar al señor Rosewicz y la tentación que le ofrecía. Enfrentarse con un misterio así, allí, en el corazón del país, le parecía algo demasiado bueno para ser cierto. Y supuso que la colección tan alabada por su dueño resultaría de relativo poco mérito. Algo poco brillante, desprovisto de gracia o de belleza, unos cuantos fragmentos, recogidos al azar en subastas públicas, nada capaz de acelerar su pulso.

Pero Rosewicz era serio y parecía bien informado. Su propio conocimiento había alcanzado sus límites máximos, explicó: necesitaba un experto, alguien que pudiera poner su casa en orden. Tenía más de trescientos manuscritos, algunos medievales, otros muy anteriores, entre ellos, dijo, fragmentos de Cairo Geniza y material de Nag Hammadi. Eso estimuló el interés de Jack. Todo parecía indicar que Rosewicz no era un simple aficionado.

Quedaba el problema de conseguir permiso de la biblioteca, pero su empleo con Rosewicz podía ser considerado como un trabajo de investigación.

—Resta una cosa —especificó Rosewicz—. No quiero publicidad sobre la existencia de mi biblioteca. No concedo entrevistas ni permito a extraños que tengan acceso a mi material. Tendrá que dar su conformidad a mantener ese silencio, si es que se decide a venir. ¿Acepta usted esa condición?

—Tendré que pensarlo.

—Es de la máxima importancia. De otro modo no podrá trabajar aquí.

Rosewicz sugirió que Jack acudiera allí el fin de semana para una visita preliminar. Le enseñaría la biblioteca y le explicaría los problemas con los que se enfrentaba. Jack se mostró de acuerdo. Antes de colgar el teléfono pudo oír voces al fondo, las risas de una mujer y los ladridos de un perro a lo lejos.

Más tarde, esa misma mañana, Jack tomó café con Moira Kennedy, la directora de manuscritos occidentales y su inmediata superior. El despacho de Moira era más fresco que el suyo, sombreado por plantas verdes. Fuera, habían comenzado a llegar los primeros turistas del día, que se abrían camino para ver una exposición de miniaturas persas.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Rosewicz? —le preguntó—. Vive cerca de Baltimore, en el condado de Cork. Y, por lo que pude oír cuando hablé con él, en una gran casa.

Moira frunció el ceño y seguidamente afirmó:

—Sí, he oído mencionar su nombre. ¿Por qué?

—Quiere que catalogue sus manuscritos. ¿Cómo es posible que yo nunca haya oído hablar de él?

Ella se encogió de hombros, pero Jack pudo ver que Moira apartaba la vista momentáneamente, como si se sintiera a disgusto o confundida.

—Su nombre suena de vez en cuando. Hubieras acabado por oír hablar de él.

—Hablas como si se tratara de una especie de secreto...

—No, no se trata de un secreto. Es, simplemente, que Rosewicz se lo guarda todo para él solo. Puedes considerarte un privilegiado si de veras piensas dejarte ver su colección.

—¿Sabes algo de la colección?

—Que es dueño de una, sí. Eso es lo que todo el mundo sabe. Todo lo que él dice. Conocemos algunas de las cosas que posee, debido a filtraciones de sus compras. Tiene algunas cosas de Qumran, por ejemplo. Pero por lo general compra en los circuitos clandestinos. Gente bien informada afirma que tiene cosas que a todos nos gustaría ver.

—Entonces por qué...

—¿Por qué quiere introducir a alguien como tú? —Se encogió de hombros—. No lo sé. Debe de estar muy necesitado de ayuda. De alguien en quien poder confiar.

—¿Lo has visto alguna vez?

Jack creyó que Moira iba a echarse a reír. Pero se limitó a sonreír, y no muy agradablemente. Ella tenía cuarenta y cinco o tal vez cuarenta y seis años, trató de adivinar Jack, ya llevaban siete años trabajando juntos, desde que él obtuvo su doctorado y seguía sin saber nada de ella. Pero tampoco ella sabía nada de él.

—Nadie que yo conozca ha visto a Rosewicz. Tú serás el primero. Saca de ello el mayor provecho posible.

—¿Cómo es posible? Me has dicho que asiste a las ventas.

Ella sacudió la cabeza. Se peinaba el cabello gris hacia atrás en un moño espeso. Llevaba gafas de gruesa montura. ¿Habría alguien que la amara? ¿Alguien para quien, en silencio, se dejara el pelo suelto? Con sobresalto se dio cuenta de que no lo sabía ni tampoco deseaba saberlo.

—No en persona —aclaró Moira—, usa intermediarios. Ya te he dicho que se mantiene aparte. Ese hombre es un misterio, supongo.

—¿No tiene familia?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—He oído rumores sobre una mujer que se mantiene entre bastidores.

—Una esposa, una amante, ¿quién sabe?

—¿Y qué hay de la casa? ¿Desde cuándo vive allí?

—Creo que desde hace mucho tiempo. Nació en la Europa del Este, Polonia o Checoslovaquia. Llegó aquí en los años cuarenta o cincuenta. Un refugiado.

—¿Cómo es posible que un refugiado polaco tenga tanto dinero?

—Aristocracia, supongo. Pero podrás verlo por ti mismo cuando vayas a su casa. Supongo que pedirás un permiso.

—Si no te importa.

—Bien, realmente me importa. Tenemos que preparar la exposición *Diatessaron*, que abrirá sus puertas en octubre. Y necesito a alguien que me ayude a revisar a fondo la colección de papiros que llegó el mes pasado desde Berlín Oriental. Hay un

montón de trabajo por hacer.

—Podría considerarse como un trabajo de investigación.

Moira vaciló. En el Trinity College no le sería difícil encontrar a alguien que le ayudara a realizar el trabajo de rutina para preparar la exposición. Era una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar: hacer que alguien viera la colección de Rosewicz. Gould podía ser su espía.

—¿Servirá de algo? —preguntó.

Jack supo en seguida lo que quería decir, aunque se trataba de algo de lo que nunca habían hablado.

Movió la cabeza afirmativamente una sola vez.

—Creo que sí. No he salido de aquí desde...

—Muy bien. Pero quiero saberlo todo. Todo quedará entre nosotros dos. ¿Lo entiendes?

Aquella tarde el sol brilló sobre toda la superficie de Irlanda. Por primera vez en más de un año, Jack Gould dejó su piso en Ballsbridge para dirigirse a la ciudad. Esperaba con impaciencia la llegada del fin de semana, como un niño ante unas vacaciones largo tiempo anunciadas. Trató de razonar consigo mismo, diciéndose que nada cambiaría, que se pasaría el verano entero encerrado en una biblioteca, como de usual, para regresar a Dublín en otoño sin cambio alguno. Pero en su interior había una débil voz que pedía más.

Paseó distraído bajo la luz del sol, que se ponía, cruzó St. Stephen's Green y descendió por la calle Grafton hasta llegar al Trinity College. Le sorprendió encontrarlo todo como lo había dejado, como si estuviera esperándole. En el prado había flores blancas. Tuvo que contener las lágrimas al pasar entre las familias que jugaban y las mamás jóvenes con sus cochecitos de bebé. Pensó en un violoncelo sonando en una casa que nunca había visto y se imaginó los acantilados, y el mar rompiendo en ellos muy abajo, y su propio aliento en el cristal de una ventana en el punto más álgido de todo el verano.

Buscó *Summerlawn* en el volumen dedicado a Irlanda de la *Burke's Guide to Country Houses*. La mansión había sido edificada por una rama de los Fitzgerald de Cork a mediados del siglo XVIII, cerca de una torre fortificada de los O'Driscoll, y, desde entonces, estuvo sujeta a todo tipo de calamidades y restauraciones. Un destacamento de los Black y Tans incendió parte de ella en 1919, y tres años más tarde fue atacada por ambos bandos de la guerra civil; pero a diferencia de muchas otras, la casa sobrevivió. Los Fitzgerald se quedaron allí después de ser proclamada la República, pero finalmente se acabaron su dinero y su paciencia. Vástagos de una ascendencia cuyos días habían pasado se habían convertido en extraños en su propia tierra. La primera vez, la casa fue vendida a un norteamericano llamado Kelly, que presumía de sus orígenes irlandeses, pero, sufría de impaciencia en Irlanda tal y como en realidad era; más tarde sería vendida a Rosewicz. Eso ocurrió en 1947. Diez años antes de que naciera Jack Gould.

Al dejar el tomo de *Burke* en la estantería, hizo caer al suelo otro libro. Lo recogió cuidadosamente y vio que se trataba de *Where the Wild Things Are*, de Maurice Sendak. El libro había pertenecido a Siobhan, el mismo en el que él le leyó a ella en voz alta noche tras noche durante un tiempo, que ahora le parecía toda una vida. O un momento furtivo.

Se sentó y abrió el libro, sin pensar, olvidándose de cuán peligrosos pueden ser los recuerdos. Algo cayó de entre sus páginas: una hoja de papel suelta, un dibujo a lápiz, apenas reconocible, como un gato atigrado. El nombre del gato fue *Brian*. Debajo del gato, una mano infantil había escrito: «Para mi papá, con cariño, Siobhan». En aquel entonces ella debía tener unos cuatro años. Arrugó la hoja, casi sin poderla ver a causa de las lágrimas.

«El pasado es el pasado», eso era lo que venía diciéndose cada mañana. Pero no era cierto. El pasado siempre está con nosotros; en nuestras horas de vigilia se presenta arrollador y sin previo aviso en la forma de un dibujo infantil o de una fotografía. Y durante el sueño nunca nos deja: nuestros sueños están hechos de él.

El pasado era un café en París, una ventana abierta sobre los empinados tejados, el cuerpo desnudo de una mujer devuelto por un espejo. Y un mar abierto al filo del otoño, gaviotas y una mano de mujer en la suya; Dublín como nunca antes lo viera, la luz del sol en lugares que antes le parecieron sombríos, el paseo cotidiano por los parques verdes, los fines de semana en las Wicklow Mountains, todo luz solar y hierba, nieve en invierno, la voz de Caitlin llamándolo desde otra habitación, la risa de un niño y una puerta que se cierra de un golpe en la distancia.

Con la cabeza apoyada sobre las manos, se quedó sentado, inmóvil, durante tanto

tiempo que pareció que nunca más volvería a moverse de nuevo.

Una escena reaparecía con perturbadora regularidad. Antes había girado en su cabeza constantemente, como una grabación que no puede ser borrada. Ahora era como una pequeña molestia dolorosa que, de tiempo en tiempo, se agudizaba para convertirse en un dolor mucho más fuerte y profundo. Se veía a sí mismo en un prado lleno de flores. Había una ligera brisa. El cielo estaba lleno de pájaros en vuelo. Él estaba sentado sobre una vieja manta, rodeado de los restos de un pícnic. Podía ver a Siobhan jugando con una pelota roja, que le tiraba a Caitlin, quien la recibía y se la devolvía. Siobhan tenía seis años y cada día ganaba en agilidad. Cuando no podía coger una de las pelotas que le lanzaba su madre, se echaba a reír y corría tras ella. Él estaba sentado y las observaba. Había aves por todas partes. Sentía el sol en el rostro y en los brazos. La pelota botó, fue recogida y devuelta. Él estaba tumbado de espaldas, de cara a un cielo sin nubes a la vista. A poca distancia podía oír el mar y los gritos de las gaviotas blancas. De repente un grito distinto: la voz de Caitlin. Se levantó y vio a Siobhan, que corría detrás de la pelota. Caitlin iba detrás de ella. La niña no la oyó ni obedeció. Caitlin había tirado con mucha fuerza la pelota, que ahora corría por una cuesta abajo que terminaba en un acantilado cortado a pico. Como a cámara lenta, ve a Siobhan llegar al borde del acantilado. Hay un remolino de blancura cuando las gaviotas alzan el vuelo repentinamente... Y Caitlin alcanza a la niña y las gaviotas alzan el vuelo gritando. Él está de pie y las ve cómo se precipitan en el abismo. Hay un relámpago de color y después sólo quedan las aves.

Jack sabía que las cosas no habían ocurrido exactamente así. Pero ésta era la secuencia de imágenes que siempre volvía a su mente.

A su regreso de París encontraron un piso en Ballsbridge, cerca de Chester Beatty, donde él echaba una mano en un trabajo de catalogado. Tenían poco dinero, pero de vez en cuando Caitlin sacaba una pequeña suma de una herencia de unas diez mil libras o algo así. Ella se tomó unas vacaciones de un año en sus estudios y sólo regresó para terminar su segundo curso en 1981, cuando su hija, Siobhan, tenía un año y pocos meses de edad. Ese mismo año, Jack terminó su doctorado y fue aceptado para trabajar con plena dedicación en la biblioteca. Entre los dos se las arreglaban para poder atender a Siobhan con la ayuda de la madre de Jack.

Él jamás se sintió hastiado del rostro o del cuerpo de Caitlin, nunca se lamentó del tiempo que Siobhan requería de él, ni se quejó de los cambios que había experimentado su vida desde aquel verano en París. Y todo para terminar como estaba ahora: sentado solo, con un libro infantil sobre el regazo, luchando contra el pasado.

Sonó el timbre de la puerta de entrada. Sin saber por qué se sintió tenso. Dejó el

libro a un lado y se puso de pie con desgana. El timbre sonó por segunda vez, pero no se dio prisa.

Cuando abrió la puerta se encontró frente a un agente de policía.

—¿Doctor Gould?

Se vio a sí mismo diciendo:

—Doctor Gould, tengo millas noticias. ¿Puedo pasar?

La voz del hombre era suave, pero parecía resonar como un eco lastimando los oídos de Jack. Buscó el marco de la puerta y se apoyó en él para no derrumbarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el *garda*.

Él afirmó con la cabeza y trató de mantenerse erguido. Se sentía enfermo y mareado y deseaba tener a alguien que lo sostuviera mientras pasaba su malestar.

—Estoy bien murmuró mirando a su alrededor.

Pero el pasillo de entrada estaba vacío. Allí no había nadie. Nadie más que él y sus recuerdos.

El pasado siempre está con nosotros.

Más o menos Jack ya se había hecho a la idea de ir a *Summerlawn*, pero aún quedaban cosas que deseaba conocer. Durante toda la mañana del martes estuvo pensando en Rosewicz. ¿Quién era exactamente y qué deseaba de él en realidad? Jack tenía un viejo amigo de sus días del Trinity College, Denis Boylan, que trabajaba en el *Irish Times*. Le telefoneó aquella tarde.

—¿Cuál me has dicho que es el nombre?

—Rosewicz. Stefan Rosewicz. Es polaco.

—Y yo qué sé, me tiene sin cuidado. ¿Puedes deletrearme el nombre?

Jack lo hizo así.

—Te diré algo mañana o pasado, Jack. Estoy de trabajo hasta la coronilla. Te lo aseguro.

Sin embargo, Jack volvió a telefonar el miércoles por la mañana.

—¿Puedes reunirte conmigo a la hora del almuerzo, Jack? Trata de estar en el Bewley, en la calle Westmoreland, a la una.

El café estaba lleno. Boylan se lo llevó a sentarse en la sección de fumadores. Su plato estaba bien surtido de empanadillas y patatas fritas. No mostraba signos de estar ganando peso, pese a lo generoso de su almuerzo. Las voces mitigadas danzaban a su alrededor. Un cura, en la mesa próxima, discutía sobre el Derby y el Oaks irlandeses que se correrían ese mes y el próximo. Tenía la mente puesta en dos caballos excepcionales.

—Estás perdiendo el tiempo, Jacko —le dijo Denis—. No hay nada sobre ese personaje, salvo algunas pequeñas notas procedentes de la época en que compró esa casa en Cork, ¿cómo se llama...?

—*Summerlawn*.

—Un verdadero nombre inglés para una casa. Bien, la compra no resultó muy popular. Podían tolerar a un norteamericano con dólares, ¡pero a un polaco!

—¿A quién te refieres?

—A la gente del pueblo, pescadores y nacionalistas. En aquellos días había allí un párroco católico llamado O'Mara; la Liga Gaélica con *fáine* en la solapa. *Dia's Muire dhuit y conas taoi?*, ya sabes, ese tipo de gente. Trataron de dirigir una petición al Estado para que comprara la casa. Eso era antes de los días de An Taisce. Todo quedó en nada. Tu hombre se hizo con la casa y las cosas se tranquilizaron a continuación.

—¿Eso es? ¿Es todo lo que pasó allí?

Boylan afirmó. Tomó unos guisantes con la curva de su tenedor y se los llevó a la boca.

—Pero eso es imposible. El hombre es millonario, y la casa un tesoro arquitectónico. Uno de los pocos que aún quedan en este país. Tiene que haber algo

más,

Boylan movió de nuevo la cabeza. Dejó el tenedor y cogió el cigarrillo que había dejado en el cenicero al lado de su plato. Junto a ellos, el cura estaba calculando las posibilidades de ganar que tenía un caballo llamado *Cruachain Aigle*.

—Tu querido caballero se mantiene alejado de los ojos del público. Ha conservado la cabeza baja hasta ahora, durante más de cuarenta años. Lo siento mucho, pero eso es todo, Jack. Puedes intentar averiguar algo más en la Georgian Society o con la gente de *Tourist Houses and Garden*. Seguro que ellos deben tener algo más sobre esa *Summerlawn*.

—Lo que me interesa no es la casa. Es Rosewicz.

—Entonces tendrás que ver tú mismo cómo es, cuando lo encuentres.

Boylan dio dos profundas chupadas a su cigarrillo y volvió a dejarlo en el cenicero.

—Me alegro de haberte visto de nuevo, Jack. Tenemos que salir juntos un día de éstos a tomar unas jarras de cerveza. Reunirnos con algunos de los muchachos en Mulligan's...

—No estoy saliendo mucho estos días, Denis.

Boylan lo miró con intensa preocupación.

—¿Es que no ha pasado ya bastante tiempo, hombre? ¿No es hora ya...?

De improviso, Jack echó su silla hacia atrás y se levantó.

—Gracias por tu ayuda, Denis. Estaremos en contacto.

Sin una palabra más se dio la vuelta y se dirigió a la puerta y a la seguridad de la calle.

La noche antes de emprender el viaje tuvo un sueño. No fue un sueño recurrente, ni tampoco una pesadilla; y, sin embargo, lo dejó asustado o, mejor dicho, intranquilo e incómodo, despierto en un mundo que había creído triste y solitario pero sano en el fondo, y que ahora encontraba internamente corrupto. El sueño lo acompañó al despertar y le hizo sentirse como si se hubiera convertido en portador de una infección: un cuchicheo largo y continuado, labios húmedos junto a su oreja, un aliento como una brisa fría abriéndose paso entre ellos, palabras mezcladas e incoherentes, quebradas a veces, apenas audibles pero sugestivas, dichas con voz infantil, una voz que temblaba ligeramente y que no era la de Siobhan sino otra fría y penetrante, herida, que estuvo oyendo durante toda la noche sin cesar o, al menos, así se lo parecía.

Se despertó, se lavó los dientes y se bebió dos tazas de café solo. El cuchicheo continuó, como un comezón cruel, situado profundamente en lo más hondo de su cerebro, donde aún persistía la penumbra.

La oscuridad del sueño lo rodeó desde ese primer momento del despertar hasta que dejó atrás la ciudad, más allá de Dolphin's Barn, cuando con un repentino acceso de alegre optimismo vio de pronto, que la carretera se abría ante él, libre de tráfico, con el sol brillando sobre ella y reflejándose en la lustrosa superficie como una especie de lluvia. Desde entonces, esa sensación lo acompañó todo el camino, la luz del sol y su alegría en ella, como si el exponerse a sus rayos hubiera abierto de nuevo en él algo que estuvo cerrado desde hacía mucho tiempo.

Tomó la carretera de Naas, dejando las Wicklow Mountains a su izquierda, en dirección sur y a veces al oeste, hasta el Curragh, en la constante sombra verde de los campos abiertos. Había colinas y túmulos y en una ocasión, junto a un bosquezuelo de tejos, un anillo de viejísimas piedras. Al dirigir la vista a los lados de la carretera podía ver las ruinas de viejos castillos ingleses, sus ventanas desnudas y sus muros ruinosos cubiertos de hiedra.

Cruzó aldeas sin nombre, tabernas silenciosas tan omnipresentes como las iglesias, los rastros de viejos blasones estériles sobre las calles secas, niños sin nombre jugando solos, un anciano con un perro, el redoble de un tambor en un edificio elevado sin ventanas. Sintió al niño que había en él tirándole de la manga. Walsh, Tobin, Lalor, Byrne, los nombres de viejas tiendas llenas de tranquilas mercancías domingueras.

La gente había llegado desde Dublín para disfrutar en el campo una excursión de sábado o para pasar el fin de semana. Vio las matrículas de los automóviles delante de él, o por el retrovisor, que iban haciéndose más diversas a medida que se adentraba en el campo verde del interior del país. Pasó a un autobús de turistas que viajaba hacia el oeste y a otro en la estrecha carretera en dirección a Monasterevin. Los rostros se pegaban contra las amplias ventanas sesgadas europeas y sus ojos estaban tan vacíos y tan inquietos como sus corazones de viajeros adinerados. No deseaba mezclarse con ellos. Se detendrían en los grandes hoteles en las faldas de las colinas, cenarían salmón, escucharían música folklórica, todo ello comprado y pagado por un agente en Dusseldorf o Miami Beach. Se quejarían y se mostrarían resentidos contra sus televisores, los aviones y cualquier barco que no fuera un yate de lujo, contra los autobuses en que viajaban y contra ellos mismos.

Cuando tomó el camino de la colina, después de pasar Caher, por fin se libró de ellos. Ahora, hasta llegar a Cork, todo era montaña y bosque y los exuberantes pastizales en torno a Mitchelstown que se extendían entre ellos. A un lado de la carretera se cruzó con un colorido carro caravana tirado por un caballo: turistas que jugaban a ser gitanos durante una semana; y dos millas más adelante, una familia de auténticos gitanos, que no jugaban a nada, sino que sólo trataban de seguir viviendo. Tomó un almuerzo ligero en Cork y seguidamente se encaminó hacia la costa, un largo viaje por malas carreteras.

En Baltimore se detuvo en la taberna y preguntó el camino para *Summerlawn*. El hombre que había detrás de la barra lo miró como a un bicho raro, pero le indicó

cómo llegar. No estaba lejos.

—¿No quiere un trago antes de irse?

Estuvo a punto de rehusar, impaciente por terminar su viaje y ver por fin a Rosewicz, pero lo pensó mejor y pidió una Guinness de barril. De pie, junto a la pequeña barra, se bebió en silencio su pinta de cerveza. En la pequeña sala deslustrada sólo había otros dos clientes, ancianos que lentamente fumaban sus pipas y bebían cerveza del país.

El camarero secó unos vasos, que dejó dispuestos para la hora punta de la tarde.

—¿Viene de lejos? —preguntó.

Jack afirmó con la cabeza.

—Dublín —respondió.

—Un viaje largo. Con el estado en que están las carreteras.

Jack bebió un trago del amargo líquido negro. La espuma se pegó a su labio superior y él se la quitó rápidamente con la mano.

—Usted debe de ser un amigo suyo, ¿no es así?

—¿Del señor Rosewicz?

—Eso es. ¿Lo conoce usted bien?

Desde detrás de la barra lo contemplaban una hilera de viejas fotografías desvaídas: el papa con John y Robert Kennedy; el equipo de fútbol Kerry Gaelic y, sobre todas ellas, Cristo mostrando su corazón ensangrentado. Jack pudo apreciar la hostilidad en la voz del hombre.

—Nunca lo he visto —dijo.

El tabernero lo miró desde el otro lado del mostrador mientras secaba un pequeño charco de cerveza con un trapo.

—¿Es cierto? —preguntó incrédulo.

Jack afirmó lentamente con la cabeza. En su rincón, los dos viejos llenaban la taberna con el humo acre de sus pipas.

—¿Se suele dejar ver con frecuencia por el pueblo?

—¿Verlo? —El camarero se volvió de espaldas para poner en fila unas botellas de *whisky*. Hizo una pausa durante un momento y seguidamente se dio la vuelta—. Nunca ha puesto los pies en Baltimore, ésa es la pura verdad, y ya hace cuarenta años o más que está aquí. Su hija viene por aquí de vez en cuando, pero a él parece no gustarle más que su propia compañía.

—¿Qué tipo de hombre es? —preguntó Jack.

El hombre se irguió y se echó hacia atrás como si tratara de alejarse de un borde peligroso.

—Son una libra y veinte peniques. Lo mejor que puede hacer es acabarse su cerveza y continuar su camino. Sin duda, estarán esperándole para el té de la tarde.

Mientras se dirigía a la casa pensaba en el camarero y en su inexplicable hostilidad.

¿O fue nerviosismo? En el campo solía haber gente rara, pero estaban acostumbrados a tratar con los dublineses y él nunca había encontrado un recelo semejante jamás.

Una carretera estrecha y sinuosa iba desde Baltimore hasta el promontorio donde comenzaba la penetración en el Atlántico. Al doblar una curva vio una clara extensión de agua tranquila y el bucear y remontarse de las aves blancas, gaviotas y albatros de Clear Island. Después, al girar de nuevo, una brillante sucesión de islotes dispersos en dirección a Roaringwater Bay, y barcas con velas de colores que salían de Spanish Island navegando a impulsos de un viento suave.

Allí, a su llegada, el tiempo era claro y agradable y el paisaje escarpado. Podía ascender por el promontorio como un hombre que descubre la felicidad por primera vez. El sol se movía hacia el oeste, como si quisiera sumergirse en el rugiente Atlántico. Atravesó un túnel de espesos árboles y fucsia salvaje, púrpura, que crecía en bancales musgosos a ambos lados. La carretera era oscura y moteada con rombos de luz.

Cuando salió del túnel arbóreo la repentina plenitud de la luz lo deslumbró por un momento. Cerró los ojos y disminuyó la velocidad del coche involuntariamente. Cuando volvió a abrirlos, *Summerlawn* estaba frente a él, inesperada y sorprendentemente, una casa blanca sobre una elevación frente al mar. Tenía tres pisos, con siete saledizos de ventanas. La fachada frontal estaba dividida en tres intercolumnios. En su centro una puerta alta, con frontón, estaba flanqueada por columnas dóricas, sobre las cuales Jack pudo ver una amplia ventana veneciana.

Sintió que el corazón se agitaba dentro de su pecho. A lo largo de toda la amplia fachada, las ventanas resplandecían como si quisieran darle la bienvenida. Una bandada de pájaros descendió hasta la altura de la chimenea antes de volver a emprender el vuelo y alejarse en dirección al mar. Se acercó a la parte exterior de una gran cancela de hierro entre dos pilares de piedra. Al final de una larga avenida bordeada de árboles había alguien vigilando.

Paró el motor del coche y se bajó de él. La brisa marina rozó sus cabellos y lo despeinó. En el pilar de la derecha, al lado de un pequeño altavoz, había un timbre, y más arriba el objetivo de una cámara de televisión de seguridad. Pulsó el timbre y cuando una voz le respondió dio su nombre. Momentos más tarde se oyó un zumbador y las puertas de hierro se abrieron. Miró el largo camino que conducía a la casa. Se quedó allí de pie, pacientemente, de espaldas al ruidoso mar, como si pensara que estaba allí esperándolo a él.

El ama de llaves lo condujo por una serie de habitaciones con las paredes cubiertas de espejos hasta una gran terraza situada en la parte de atrás de la casa, donde Stefan Rosewicz estaba esperándolo, un anciano sentado junto a una mesa de cubierta de mármol mirando al mar. Al oír entrar a Jack se dio la vuelta. Tenía el cabello blanco cortado muy corto, una amplia frente casi desprovista de arrugas, mejillas chupadas y ojos muy grandes y vivos. Su traje era elegante y adecuado a la estación del año, una camisa blanca con el cuello desabrochado debajo de una chaqueta de lino, pantalones de deporte y zapatos de lona.

Jack dio unos pasos hacia adelante y Rosewicz se levantó y le extendió la mano para saludarlo. Jack se dio cuenta de que le faltaba la última falange del dedo meñique,

—Doctor Gould, confío en que haya tenido un viaje agradable. Hoy hace un día precioso.

—Muchas gracias, fue un bello viaje durante todo el camino. Y también esto es bellísimo.

—Naturalmente, por eso vivo aquí. —Se volvió al ama de llaves, que estaba de pie junto a las ventanas francesas—: Señora Nagle, ¿podría usted traerle a nuestro invitado un vaso de cualquier cosa fresca? ¿Qué desea tomar, doctor Gould?

—Tomaré lo que esté tomando usted.

—Ya veo que tiene el hábito irlandés de negarse a sí mismo. Bien, tomemos dos vasos de limonada.

El ama de llaves asintió y se alejó en silencio.

—Es limonada auténtica y no ese repulsivo brebaje que se vende embotellado con su nombre de marca. Por favor, tome asiento.

Una vez que Jack se hubo sentado, Rosewicz lo observó con mirada franca y penetrante.

—Creo que ha heredado usted la timidez irlandesa de su madre. Su padre era judío, ¿no es así?

—Sí, un refugiado alemán. ¿Cómo lo sabe usted?

Rosewicz se encogió de hombros.

—¿No pensará usted que le he hecho recorrer todo este largo camino hasta aquí para que vea mis pequeños tesoros sin haberme informado sobre usted?

Jack no replicó nada. Pero no pudo dejar de pensar en qué tipo de información había buscado Rosewicz y hasta qué punto.

—No se preocupe, mi joven amigo, no sé nada que usted no quiera que se sepa. Un poco de su formación, eso es todo. Tenía que convencerme de que usted es el hombre adecuado para este trabajo.

—¿Y en qué consiste exactamente?

Rosewicz agitó una mano, impaciente.

—Más tarde, doctor Gould, más tarde. Acaba de llegar. Estará cansado. Debe tomar una bebida fresca y un poco de té si lo desea. Después la señora Nagle le enseñará su habitación. Tendrá tiempo para relajarse antes de cenar. Después podremos hablar adecuadamente. Le enseñaré algo de la casa y la biblioteca, naturalmente. Espero que mi hija Maria se reúna con nosotros en la cena. Hoy ha tenido que ir a Cork para unos asuntos urgentes. De no haber sido así, hubiera estado aquí para recibirlo.

El ama de llaves reapareció con una bandeja en la que había dos vasos y una jarra alta llena de zumo. Jack se dio cuenta de que los vasos y la jarra eran Lalique. Había visto piezas semejantes en los escaparates más lujosos de París, con precios fuera de su alcance, por supuesto. Cuando probó la limonada, la encontró deliciosa, una perfecta combinación de dulzor y acidez.

Rosewicz alzó su vaso.

—Por nuestra colaboración.

—Todavía no he accedido a trabajar para usted.

El polaco lo observó atentamente.

—Lo hará —dijo—, no tengo la menor duda de ello.

—Tiene mucha confianza.

—Tengo razón para ello. Cuando vea mi biblioteca lo entenderá. Beba y disfrute del sol. La vista desde esta terraza no tiene igual en ningún otro lugar de Irlanda. —Hizo una pausa—. Ahora deberá excusarme. No tengo más remedio que atender unos asuntos. Cuando termine su bebida y esté listo para subir a su habitación, toque el timbre y la señora Nagle le atenderá.

Rosewicz se levantó y le hizo una especie de reverencia casi formal, inclinando un poco el cuerpo por la cintura. Jack se preguntó qué edad tendría el señor Rosewicz. Conservaba las maneras de un hombre mucho más joven: muy erguido, casi con aire militar. Pero, al mismo tiempo, también le causaba la impresión de ser un hombre sometido a cierta tensión, que trataba de mantenerse despierto y alerta frente a una amenaza que podía llegar por sorpresa.

Jack se bebió la limonada y contempló el mar. La casa lo había dejado atónito con su apasionada belleza inesperada, su gran aislamiento y lo perfecto de su situación. El relato que leyó en la guía *Burke* no lo había preparado para esa realidad. Ni siquiera en sueños había puesto los pies con anterioridad en un lugar tan mágico. Estaba seguro de que estaría lleno de lugares encantadores. Abajo, el mar rompía contra un afilado acantilado. Y la luz del sol iluminándolo todo. No se sentía asustado. Y no pensó en una niña jugando con una pelota roja en el borde más alto del acantilado.

Antes de cenar, mientras descansaba en su habitación y se preparaba para la velada

que le esperaba, ocurrieron dos cosas. La alegría que sintió durante el viaje, inspirada por la luz del sol y la sensación de libertad, había desaparecido en gran parte. Había vuelto su habitual depresión, marchando en torno a su pequeño dormitorio decorado con zaraza, remolcando su cortejo de rancios recuerdos. Se había echado sobre la cama, encogido, entrando en breves períodos de sueño y saliendo alternativamente como pez en el agua.

A eso de las seis de la tarde, oyó el ruido de un automóvil que se dirigía a la casa. Siguió un momento de silencio y, minutos más tarde, pasos y voces muy apagadas. Maria debía de haber vuelto. Se la imaginó como una solterona de mediana edad o una viuda. No debía de haber marido ni hijos, pese a que *Summerlawn* era lo suficientemente grande para varias familias. Jack ya había adivinado que el gregarismo no debía ocupar un lugar elevado en la lista de las virtudes de Rosewicz.

Más tarde oyó música; al principio, débilmente, después el volumen se alzó, como si, en algún lugar, alguien hubiese abierto una puerta. Era un piano tocado suavemente y sin tensión, que se detenía de vez en cuando en medio de un pasaje musical, para continuar después en el mismo sitio o un poco más adelante. Algunas de las piezas le resultaban patéticamente familiares, como si hubieran sido seleccionadas especialmente para él: el *andantino* de la Sonata en Do para Piano de Schubert, varias piezas de la segunda y tercera partes de las Variaciones de Bach, que últimamente había oído en el clavicémbalo. Escucharlas de nuevo le resultaba excesivamente doloroso.

Después, ya al final, las últimas notas de Bach fueron desvaneciéndose y el pianista interpretó unos acordes de algo mucho más reciente, una obra de *jazz* que no reconoció, pero que le sonó como si fuera Jelly Roll Morton. Pensó que por allí debía haber alguien con sentido del humor. Pero no se le ocurrió imaginar que podía ser una mujer de mediana edad como Maria.

No cenaron hasta las ocho y media, cuando el sol se ocultaba ya cansado, enrojecido y solitario, más allá de las islas, que una tras otra parecían ir desvaneciéndose en el Atlántico. Rosewicz no había vuelto a hablar con él, y la inoportuna sensación de abandono que esto creó en él empeoró aún más su estado de ánimo. Empezó a preguntarse qué le llevó a responder de modo tan rápido al deseo de un anciano farsante ansioso por conseguir que alguien admirara unas cuantas bagatelas de su colección privada.

—La señora Nagle llegó un poco antes para recordarle que debía vestir de modo informal pero correcto. Se decidió por un ligero traje de verano, camisa de color azul pálido y corbata a franjas. Incluso con sus mejores ropas, rodeado de tanta opulencia se sentía un poco desharrapado. Nunca había vuelto a tener semejante sensación de falta de adecuación desde su primera aparición en las aulas del Trinity College.

Su cuarto tenía un pequeño balcón en vez de ventana. Salió a él y contempló el mar, que empezaba a oscurecer, tratando de capturar de nuevo la felicidad que había sentido con anterioridad. «Nunca se está quieto aquí», pensó. En efecto, el mar batía

contra los acantilados continuamente, de día y de noche. En invierno la casa entera debía de sufrir los embates de las tempestades.

Miró hacia abajo y en seguida le llamó la atención un sonido agudo como de pasos. Desde donde estaba era visible parte de la terraza. Oyó una voz de hombre, que no era la de Rosewicz, y después la de una mujer que le respondía. Un momento más tarde captó el brillo de un vestido de seda azul, que entró por un momento en su campo de visión para desaparecer seguidamente como un relámpago.

En esos momentos sonó un gong en el recibidor. Cerró la pequeña contraventana francesa que daba al balcón y se dispuso a bajar.

Rosewicz lo esperaba al final de la escalera. Vestía un informal traje de seda, con una corbata que Jack reconoció como de la firma de Giorgio Armani. Había visto algunas semejantes en el escaparate de Switzers y tembló tan sólo de ver el precio.

—La señora Nagle está ocupada en la cocina, así que pensé en venir a esperarlo para conducirlo al comedor. Tengo que disculparme por haberle dejado solo durante tanto tiempo, pero tuve que atender asuntos urgentes. Le prometo que no volverá a ser tan desatendido en el futuro.

—Bien, de todas maneras pienso marcharme mañana.

Rosewicz no dijo nada. Condujo a Jack por un largo pasillo cuyas paredes estaban llenas de cuadros. Jack supuso que la mayor parte de ellos eran retratos de familia adquiridos conjuntamente con la casa. ¿O fueron recuperados por Rosewicz de su hogar ancestral en Polonia antes de que los comunistas se los apropiaran? Por las maneras suaves y distinguidas de Rosewicz, Jack dedujo que debía de tratarse de un aristócrata refugiado. Pero no podía adivinar el origen de su dinero. Supuso que alguien se las había ingeniado para sacar fortuna fuera del país clandestinamente.

La puerta del comedor estaba abierta, descubriendo una suave penumbra apenas rota por la luz de los candelabros. Rosewicz hizo entrar a su invitado.

La mesa estaba puesta para tres. La habitación resultaba sumamente acogedora con su madera cálida y pulida, la suave luz de los candelabros, la blancura del mantel de lino puro y la porcelana chispeante decorada de oro. Pero Jack no advirtió nada de ello.

—Mi hija Maria —presentó Rosewicz—. Su nombre polaco es Marja, pero aquí lo pronunciamos de acuerdo con la fonética irlandesa.

Jack no escuchaba. No podía apartar los ojos de la mujer que había echado atrás su silla y se dirigía a él con la mano extendida.

Hasta el más pequeño espacio que el dolor y la pena habían dejado vacío en su corazón se llenó plena y repentinamente. Apenas si podía respirar. Era como si ella se hubiera llevado el aire para no dejar en la habitación otra cosa que su propia presencia. Nunca pensó que, después de Caitlin, la belleza de una mujer pudiera cogerle con la guardia tan baja y hacer que se sintiera estúpido y ciego. Maria Rosewicz era totalmente distinta a Caitlin en su apariencia física y, sin embargo, al verla, sintió por segunda vez en su vida el mismo terrible latir de su corazón que, con

anterioridad, sólo había sentido en presencia de Caitlin.

Maria y él se estrecharon la mano. Él no tenía palabras, su boca estaba seca y su cabeza giraba, como si estuviera cayéndose en un pozo oscuro y sin fondo.

—Doctor Gould, es un placer conocerle. Raramente vemos un rostro nuevo en *Summerlawn*. Papá asusta a los visitantes. ¿No le asusta a usted?

Rosewicz se había situado detrás de ella y sonreía.

—Puedo ver que está usted deslumbrado, doctor Gould. Maria deslumbra a todo el que la ve. ¿Verdad que es muy bella? Es uno de los pocos placeres que me quedan en la vida. Me casé con su madre hace ya más de treinta años. Antes de morir me dejó esta hija.

Jack comenzó a recobrase. Tartamudeó y forzó una sonrisa.

—Me siento complacido... complacido de haberla conocido. ¿Era usted... Era usted la persona que tocaba el piano hace sólo un rato?

Ella se ruborizó y afirmó:

—No lo hago muy bien —dijo—, pero practico cada día. Bueno, cada día que puedo.

—Lo que tocaba era muy bonito —contestó él. Le hubiera gustado que ella se diana cuenta de que estaba siendo sincero—. Interpreta muy bien a Bach. Tiene el toque preciso. Me recuerda... —Se interrumpió confundido.

—¿Sí?

—Nada —mintió—. Sencillamente que ya había oído con anterioridad interpretar muy bien esas mismas piezas.

Ella sonrió e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Por un momento, Jack pensó que había captado una mirada sorprendida en sus ojos, como si ella supiera lo que verdaderamente había querido decir.

La puerta se abrió y la señora Nagle entró con una bandeja con tres tazones de sopa fría.

—Creo que debemos tomar asiento —dijo Rosewicz mientras echaba hacia atrás la silla de Jack para que éste se sentara—, la señora Nagle odia que dejemos enfriar la sopa, incluso cuando es fría como ésta.

La cena transcurrió entre un sueño y la vigilia. No hablaron de nada personal o íntimo y, sin embargo, Jack tuvo la sensación de que sus anfitriones buscaban significado a todo lo que decía y se fijaban, incluso, en sus gestos más sencillos.

Se dejó entrever que Maria había estudiado música en la Accademia di Santa Cecilia, en Roma, la escuela de música más antigua del mundo. Tocaba varios instrumentos, pero prefería los de teclado. Mañana, le prometió, le enseñaría su pequeña colección de antiguos clavicémbalos, espinetes y clavicordios que guardaba en la vieja casa de la torre. Entre ellos se incluían dos ejemplos del trabajo de la famosa familia Rucker y otros destacados artesanos italianos. Él no sabía casi nada de esas cosas, pero la escuchó con fascinación, y su estado de ánimo comenzó a cambiar de nuevo. Maria hablaba de los instrumentos de madera y de metal como si fueran seres vivos. «El toque del músico les da vida —dijo—, como un mago puede hacer hablar a los árboles o dar movimiento a las piedras».

Durante la cena pudo observar por el rabillo del ojo que ella lo miraba atentamente, como si se tratara de un viejo amigo al que no hubiera visto en muchos años y de cuya actitud deseaba estar segura. Era muy bella y a Jack le costó trabajo no devolverle la mirada cada vez que se sentía observado. Maria tenía el pelo negro, que le caía sobre los hombros formando olas, ojos verdes, que podían cambiar su expresión en cuestión de segundos, haciéndola pasar de divertida a disgustada, un cuello largo y hombros blancos y suaves, cuya desnudez a Jack le resultaba dolorosa.

Rosewicz parecía inquieto. Varias veces volvió la conversación al tema de la casa, ansioso de compartir los detalles sobre su historia y su arquitectura. Su entusiasmo llenaba de vida la estancia.

—Mire —le dijo.

Jack levantó la cabeza, esforzándose por ver en la penumbra.

—En toda Irlanda no verá otro techo como éste. El artesonado es obra de Stapleton. Una de sus obras más delicadas.

—Lo lamento —se excusó Jack—, pero sé muy poco de arquitectura.

—No es necesario saber —insistió Rosewicz—. Hay que sentir. Yo mismo no sabía nada de arquitectura cuando llegué aquí y compré *Summerlawn*. Me enamoré de la casa, eso es todo.

—Creo que hizo una magnífica elección. La casa es muy bella.

—*Summerlawn* es casi la última de su clase —añadió Rosewicz—. No voy a donarla al Estado, porque el Estado no se la merece. Presiden sobre las ruinas de muchas otras casas como ésta. ¿Considera que mi actitud es prueba de egoísmo?

—No, si usted puede conservarla por sí mismo. Lo que sí me parece un tanto egoísta es que no permita a nadie más que una visita superficial de su interior.

—Tengo mis razones, doctor Gould. Acéptelo de ese modo.

—Es una casa maravillosa y no estoy censurando lo que hace.

—Pasaré a Maria después de mi muerte. Y tras ella a sus hijos, en tanto que haya alguien dispuesto a vivir en ella. No quiero que se convierta en un museo, un lugar para que los turistas lo recorran de arriba abajo con sus baratas cámaras fotográficas y su insulsa charlatanería. Antes me gustaría verla arder hasta los cimientos.

Jack no dijo nada. La vehemencia en la voz de Rosewicz era como un huracán.

—Ahora todas esas otras grandes mansiones están convertidas en ruinas: *Powerscourt, Desert Court, Castle Morres, St. Anne's at Clontarf, Santry Court, Killester House, Shanbally Castle, Loughcrew*. Todas se incendiaron o dejaron que se cayeran a pedazos para que su piedra y su madera fueran saqueadas. Centenares y centenares de otras casas como éstas o más pequeñas. Conozco setenta de ellas solamente en el condado de Cork. La ruina de las casas irlandesas es la mayor tragedia arquitectónica del siglo.

—Padre, creo que eso es una exageración. Estás siendo duro en exceso. Debes recordar que nuestro invitado es irlandés.

Rosewicz dejó escapar un bufido. Era evidente que ya habían discutido, otras veces sobre ese mismo asunto.

A medida que iba transcurriendo la noche, Jack veía crecer en él una sensación de irrealidad. Le caía bien Maria y se sentía a gusto en su compañía, pero Rosewicz le ponía nervioso.

Tras un postre de fresas se sirvió café y coñac. Maria se excusó antes de que fueran servidos.

—Tengo que levantarme temprano —explicó—. Asisto a la misa de la mañana en Skibbereen. —Hizo una pausa y sonrió a Jack—: Será bien recibido si quiere venir.

—No suelo asistir a misa, lo siento. Tal vez en otra ocasión.

Era una admisión no intencionada de que, al fin y al cabo, pensaba quedarse.

—¿Y tú, padre?

Rosewicz asintió con la cabeza.

—Iré contigo. Pero después tendré que pasar todo el día con el doctor Gould. Él y yo tenemos mucho de que hablar.

Maria estrechó la mano de Jack y le dio las buenas noches. Su padre la besó amablemente en la mejilla. Jack se dio cuenta de que padre e hija estaban muy unidos, pero había algo más entre ellos, algo menos tierno, un estado de tensión, o un vacío, como si uno de ellos se viera obligado a fingir.

Cuando la joven se hubo marchado, Rosewicz se dirigió a él.

—¿Por qué no se trae su copa de coñac, doctor Gould? Está haciéndose tarde y quiero que vea la biblioteca antes de que se retire a descansar.

—Desde luego. Y, por favor, puede tutearme, mi nombre de pila es Jack.

—Muy amable de tu parte. Espero que eso signifique que vamos a ser amigos. Y, naturalmente, tutéame tú también y llámame Stefan. Sígueme, por favor, la biblioteca

no está lejos.

No podía confundir el olor. Los libros antiguos encuadernados en cuero dejan una inconfundible impronta olorosa en el aire. La biblioteca era una gran sala circular con techo alto abovedado, en el que habían sido colocadas grandes cristaleras para permitir el paso de la luz. En todas las paredes había estanterías que iban desde el suelo de madera lustrada hasta el borde mismo del techo. En el centro, una mesa circular de caoba perfectamente barnizada y sobre ella montones de volúmenes. Cinco o seis sillones de cuero, una docena de bustos clásicos de mármol sobre sus pedestales y un juego de escaleras de biblioteca completaban el mobiliario.

—¡Qué sala tan acogedora! —alabó Jack en voz baja.

—Sí —asintió Rosewicz detrás de él—. La más acogedora de la casa, creo. Fue diseñada por Davis Duckart cuando construyó la casa en 1768. La gente solía venir desde Dublín sólo para verla. Parte de la colección original que se guardaba aquí ahora puede encontrarla en la Biblioteca Nacional.

Rosewicz cruzó la sala y se dirigió a una estantería más ancha que contenía enciclopedias en varios idiomas. Sacó un ejemplar de la *Enciclopedia Judaica*, metió la mano en el hueco dejado por el libro y pulsó algún tipo de resorte; se echó hacia atrás y un momento después toda una sección de la pared comenzó a girar dentro de la sala. Cuando se hubo extendido unos treinta centímetros, Rosewicz la empujó hacia la izquierda, y la pared se deslizó, sin esfuerzo aparente, en la pared de al lado, adaptándose a la curva perfectamente. En el espacio que quedó al descubierto había una pequeña puerta blanca.

Rosewicz se volvió y sonrió a su invitado.

—Eres un privilegiado, Jack. Muy pocas personas, aparte de mí, han puesto los pies en la habitación que hay detrás de esa puerta. La hice construir especialmente para guardar mi colección. Pero antes de que entremos quiero tu solemne palabra de honor de que no vas a hablar o a escribir a nadie contándole lo que vas a ver.

—Eres muy confiado. Apenas me conoces. ¿Cómo sabes que mantendré mi palabra?

—No sé si lo harás. Es por eso que resulta tan importante.

Jack vaciló. No le gustaba comprometerse a algo sin saber exactamente lo que ello suponía. Pero en esos momentos ardía de curiosidad. Y, al fin y al cabo, ¿qué podía perder?

—Muy bien —dijo—, tienes mi palabra.

La puerta estaba dotada de una costosa cerradura digital. Rosewicz marcó el número clave, manipuló una pesada manecilla de metal y la puerta se abrió sin el menor sonido.

La habitación en la que entraron era muy distinta de la sala que acababan de abandonar. Con sus techos bajos, sus paredes blancas, sus tubos fluorescentes y su

aire acondicionado, parecía más una sala de operaciones que un lugar de estudio.

—Aquí es donde trabajarás —le dijo Rosewicz.

Las paredes estaban cubiertas con archivos de acero, cada uno de ellos provisto de su correspondiente cerradura. Jack no podía comprender la evidente preocupación de su anfitrión por la seguridad. Recordó la cámara de televisión en la cancela exterior. Había observado que la casa estaba protegida por lo que parecía ser un complicado sistema de alarma y que todas las ventanas exteriores que había visto estaban dotadas de fuertes cerrojos de seguridad. Sin duda, la colección de Rosewicz era valiosa pero, ciertamente, aquel elevado nivel de protección resultaba excesivo.

Rosewicz abrió el primero de los cajones y sacó de él varios fragmentos de papiros, cada uno de ellos protegido en su funda de acetato. Los llevó a una larga mesa de metal que se extendía a lo largo de una de las paredes, encendió una lámpara Berenice y una lupa iluminada que estaba sobre una repisa.

—Aquí tienes —dijo—, puedes empezar con esto.

Eran las primeras horas de la madrugada cuando Jack dejó su trabajo. A pesar de lo tarde que era, no podía tolerar la idea de meterse en la cama. Durante más de una hora estuvo sentado en un sillón, frío, preocupado y, pese a la cena de horas antes, todavía hambriento. Pensó que había dado unos pasos cuyas huellas no podía seguir, porque si lo hacía, no harían sino ayudarle a que se extraviara todavía más.

Ahora sabía que Rosewicz no era el aficionado que había supuesto. Las horas que Jack pasó con él en la biblioteca fueron profundamente desorientadoras. Su anfitrión se había mostrado como un profesional capaz aunque limitado, bien versado en fuentes secundarias de la arqueología bíblica y las últimas teorías sobre los orígenes de las escrituras. Era un aficionado que disponía del dinero suficiente para permitirse su pasión. Jack ya estaba arrepentido de su promesa de no decir nada sobre lo que allí viera, una promesa que moralmente se consideraba obligado a respetar. Conocía algunos eruditos capaces de mentir o de robar y a uno o dos que incluso estarían dispuestos a matar a cambio de pasarse un mes o dos estudiando los materiales que él había visto aquella noche.

De sus cajones y archivadores, Rosewicz había sacado la más sorprendente colección de papiros primitivos, judíos y cristianos, que jamás viera fuera de una de las mayores instituciones. Al menos quince códices de libros de la *Biblia Septuaginta*, ninguno de ellos posterior al siglo segundo; tres capítulos separados del *Libro de Enoch*, conjuntamente con una traducción griega del capítulo nonagésimo primero, y siete manuscritos etiópicos del texto completo; manuscritos de los *Hechos de los Apóstoles* en copto; una parte de raros textos sirios del *Diatessaron* de Tatiano; copias muy antiguas del Pentateuco Samaritano; evangelios apócrifos; raros ejemplares del Talmud de Mishnahs, de Babilonia o Palestina; y numerosos fragmentos de lo que parecían ser textos Essene.

Jack sabía que los próximos meses iban a ser un período de intensa actividad. No tendría tiempo para leer y analizar apropiadamente ninguno de aquellos documentos: Rosewicz no lo contrataba para eso. Pero aun cuando estuviera en condiciones de leerlos, su voto de silencio le prohibía publicar incluso un corto artículo sobre ellos y, más aún, el estudio serio y extenso que se merecían.

Ni siquiera el propio Rosewicz sabía con exactitud lo que poseía. Su conocimiento de hebreo, arameo y otras lenguas antiguas era demasiado rudimentario para permitirle siquiera el más elemental conocimiento del contenido de sus tesoros. Sin embargo, era lo suficientemente entendido como para apreciar el significado y la importancia de la mayor parte de su colección y, además, lo bastante astuto como para querer guardarse de la tormenta académica y religiosa que estallaría a su alrededor una vez que se conociera la existencia de algunos de aquellos documentos y se hiciera pública la naturaleza de sus contenidos.

Jack salió a su pequeño balcón. Por debajo de él, en la oscuridad, el mar temblaba y se estrellaba contra las rocas sin ser visto. A medida que sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, fue viendo que el cielo estaba lleno de estrellas. Allí estaban, abriéndose sobre él como un abanico, Júpiter, Venus, Marte, Orion, Casiopea... astros y constelaciones que le resultaban familiares después de las largas horas que se pasó de niño inclinado detrás de un telescopio.

¿Qué era lo que Rosewicz estaba intentando hacer? ¿Qué quería realmente y por qué? Jack sospechaba de él. No de su supuesta falta de profesionalidad, pues a ese respecto estaba satisfecho. Había algo más profundo, algo más grave y menos tangible. La belleza de la casa y su ubicación, la luz suave y acogedora sobre la mesa del comedor, incluso aquellas estrellas que ahora contemplaba habían contribuido a seducirlo. O, tal vez —así lo admitió en su interior—, no fueron tanto todas aquellas cosas como los sentimientos que Maria había vuelto a despertar en él y que estaba dispuesto a reconocer. Todo eso lo había atado, insensatamente, a Rosewicz, a cualquier cosa que estuviera a punto de intentar.

Hubo una pregunta de Rosewicz tan aparentemente casual como evidentemente meditada en el fondo. De uno de los cajones del archivo, el anciano había sacado un sencillo sobre de color beige sin marca alguna. En su interior había un viejo fotostato, una reproducción de parte de las primeras líneas de un pergamino arameo.

—¿Puedes leerlo? —le había preguntado Rosewicz.

La calidad de la reproducción era pobre.

—No es fácil —le había respondido él—. Dice algo así, creo: «Ni el bramar de las aguas agitadas ni el arder de los fuegos flamígeros podrán apartarme de mi pacto Contigo, oh Señor, ni los Hijos de la Luz me encontrarán desprovisto de fe».

—Sí, eso es correcto. —Rosewicz hizo una pausa, como si estuviera a punto de decir algo más. Al final se limitó a poner el fotostato en su sobre y volvió a meterlo en el cajón del archivo, que cerró con llave.

—¿Has visto alguna vez un pergamino que comience con esas palabras?

—No, nunca.

—¿Ni has oído hablar de uno así?

—No. ¿Qué significa todo esto? Estoy seguro de que tienes acceso a la copia de la que se tomó este fotostato, ¿no es así?

Rosewicz frunció el ceño y pareció como si quisiera pasar a otro asunto. Movi6 la cabeza.

—Éste no es el momento oportuno. Pero ya volveremos a hablar de esto, te lo prometo.

Eso fue todo. Jack estaba bajo las estrellas, debatiéndose entre su curiosidad y una sensación que le decía que todavía estaba a tiempo, que todo iría bien si se marchaba de allí aquella misma mañana. Ahora ya podía ver el agua blanca rompiendo abajo entre las rocas. Aparte de unas cuantas islas repartidas por el océano, entre aquel lugar y Norteamérica no había nada más que una inmensa oscuridad y un agua tan profunda que un ahogado podría hundirse en ella hasta que la presión lo deshiciera.

De repente oyó voces en la terraza. Dos hombres hablaban suavemente. Uno de ellos era Rosewicz; el otro, el hombre que Jack había oído antes. No pudo entender lo que decían, pero estaba seguro de que no hablaban inglés, sino otra lengua. Sonaba como alemán. Pasaron unos minutos y volvió el silencio.

El silencio y el mar.

Durante todo el verano, el mar estrellándose contra las rocas fue como inmutable diapasón que servía de fondo a su existencia en *Summerlawn*. Estaba allí por las mañanas, cuando al despertarse lo primero que hacía era asomarse a la ventana, y de nuevo seguía allí por la noche, cuando estaba echado en la cama y su mente fantaseaba, en ocasiones fuera de control. Llevaría ese sonido con él mucho tiempo después, como algunos de nosotros conservamos las palabras amorosas mucho después de morir quien las pronunció o una melodía cuando se silenció el instrumento. Y Jack sabía que, incluso en su ausencia, la voz que él oía interiormente nunca guardaría silencio.

En esa voz estaban el sol y el mar, y las aves blancas; una casa junto a ellos... Y Maria. Ésos eran los componentes del verano más feliz que conoció en su vida. ¡Y también el más triste!

El trabajo no era excesivo. Se levantaba a las ocho y desayunaba con Rosewicz y Maria, si ella estaba en casa. Seguidamente, pese a su urgencia para entregarse al trabajo, con mucha frecuencia su anfitrión lo llevaba a una conversación llena de cuestiones serias sobre teorías rivales de interpretaciones científicas bíblicas o sobre las disputadas atribuciones de los hallazgos más importantes. Como muchos aficionados entendidos, el polaco conocía a menudo más detalles que la mayor parte de los científicos profesionales y, con frecuencia, Jack tenía que satisfacerlo con datos aproximados hasta que se le ofrecía la oportunidad de regresar a Dublín, donde acudía por unos pocos días para comprobar los datos en la biblioteca.

Después de algunas de esas conversaciones, Jack se daba cuenta de que su nuevo jefe no era un hombre al que fuera fácil dar gato por liebre. Una o dos veces, Jack trató de persuadirlo, empleando largas palabras y frases propias del dialecto científico, para recibir su protesta más enérgica. Rosewicz se daba cuenta cuándo intentaba desviarlo de su tema y se lo hacía saber con las palabras más adecuadas. Por alguna razón, más por instinto que por cálculo, Jack decidió que Rosewicz podía resultar peligroso. Por lo general, ya estaba bastante entrada la mañana cuando Jack, finalmente, podía llegar a la biblioteca para encerrarse en la pequeña habitación secreta donde realizaba la mayor parte de su trabajo. Rosewicz no estaba interesado en el simple trabajo de etiquetado y catalogado. Quería que cada uno de sus manuscritos, tanto si se trataba de papiros enteros como de fragmentos, fuera provisto de un número de serie, fotografiado e inscrito en un catálogo razonado, con detalles de su primera y última líneas, dimensiones, estado de conservación, lugar de origen y, cuando resultaba adecuado, un resumen de su contenido.

Sus viajes a Dublín eran caídas desde un estado de gracia. Cada vez que regresaba a *Summerlawn* era como si volviera a entrar en el Edén después de un período de

destierro. Vivía temeroso de la llegada del fin del verano y su expulsión definitiva. La idea de todo un otoño y un invierno en Ballsbridge pesaba sobre él como una amenaza diabólica.

Después del almuerzo trabajaba durante varias horas, hasta ya bien entrada la tarde. Entonces Maria se unía a él, le pedía que dejara sus libros y la acompañara a dar un paseo. ¿Sabía que Jack estaba enamorándose de ella desesperadamente? ¿Le importaría saberlo? Era imposible de adivinar.

En ocasiones, Jack la sentía cercana a él. Siempre tenían mucho de que hablar y él se dio cuenta de lo sola que se encontraba en aquel lugar y de lo mucho que necesitaba un amigo. A veces la sorprendía mirándolo, y se sentía inquieto, sin saber qué podría hacer si advertía que ella correspondía a sus sentimientos...

En otras ocasiones, ella parecía rehuirlo, como asustada de haber ido demasiado lejos. Jack se preguntaba si tendría ya otro amante. Era difícil de creer que no lo tuviera, que no hubiera docenas de hombres compitiendo por ella. Y él, ¿qué podía ofrecerle? Casi había vuelto a ser la seca criatura que fue durante todos aquellos años en París. Desde entonces, nada se añadió a él que no fuera fatiga y pena. ¿De qué podían servirle esas cualidades a una mujer como Maria?

Pronto supo que, tanto si Maria estaba o no enamorada de él, lo que no podía negarse era que amaba *Summerlawn*. Lo exploraron juntos; él caminaba como bajo los rayos del sol, entrando y saliendo de estancias de un esplendor inimaginable. Antes había visitado magníficas mansiones, algunas de ellas en Irlanda y otras, la mayoría, en Inglaterra y en Francia, pero siempre lo hizo en compañía de otros, como uno más de un grupo de turistas con cámaras fotográficas, bolsas de comida, macrófagos que buscaban cebarse en una presa que llevaba ya mucho tiempo muerta, las habitaciones, los muebles y los cuadros protegidos con gruesos cordones, metros y metros de cuerda roja, y advertencias escritas con letras elegantes.

Aquí podía acercarse y tocar todo lo que quisiera. O quedarse a distancia y examinar los objetos casi con ojos de propietario, en silencio, mientras Maria lo observaba. Hacía preguntas que ella le respondía de modo preciso y con cariño. Cariño por la casa y, a veces, llegaba a pensar que también hacia él. Durante todo aquel verano, largo e indolente, ella le ayudó a aprender cosas sobre pintura y cerámica, sobre los estilos y períodos de muebles, mostrando siempre un notable conocimiento de aquellos temas, de los que él apenas si conocía lo meramente superficial.

En torno a la casa había jardines, prados, terrazas, y pequeños bosques con claros llenos de flores de verano, por los que pasearon juntos o en los que se sentaban para charlar. Era allí donde los límites de aquel paraíso estaban marcados con mayor rigurosidad. No mediante setos punzantes o tojos o las caravanas de los turistas, sino por los serpenteados cables de una disimulada cerca de alta tecnología que rodeaba todo el perímetro de la finca. Maria tuvo que advertirle en varias ocasiones en que estuvo a punto de traspasarla. Había, le dijo, ojos electrónicos situados a intervalos

regulares, y trampas que, al igual que los ojos electrónicos, delatarían el paso de un intruso humano, pero que no lastimaban a los zorros ni a los tejones. Su padre, continuó diciéndole, tenía un miedo mortal a los ladrones, y, en su opinión, más que precaución se había convertido en obsesión. Jack se dio cuenta de que estaba mintiendo y que tras esa ficción de conservar la seguridad de sus tesoros, todo aquello ocultaba algún misterio. Se imaginó que en algún tiempo, Rosewicz debió de haberse visto envuelto en la subversión anticomunista, posiblemente en alguna de esas organizaciones financiadas y fundadas por la Liga Mundial Anticomunista; o incluso estar involucrado en operaciones de los servicios de inteligencia occidentales en la Europa del Este. Pero, ciertamente, los días en que aquellas excesivas precauciones pudieron haber estado justificadas eran, ya, cosa del pasado.

Un corto paseo en coche, por una sinuosa carretera, los llevó a una playa en una pequeña cala salvaje y apartada. Nadaban allí, en aguas brillantes bajo la luz del sol. A veces pasaban junto a un banco de medusas transparentes. Maria le dijo que eran aurelias: sus picaduras eran dolorosas, pero no mortales; Jack confió en ella y nadó entre aquellos seres gelatinosos con la mente casi ausente. Después regresaban a casa, donde Rosewicz ya estaba esperándolos, generalmente en la terraza. Jack se preguntó si los espiaba desde allí.

La verdad era que no había nada que espiar. A medida que pasaba el tiempo, Jack se asombraba cada vez más de la inocencia de sus relaciones con Maria. Buscó la razón en sí mismo y la encontró en su propia falta de autoconfianza, en su miedo a comprometerse. O, más bien, a volver a comprometerse después de todo lo que le había sucedido. Incluso en los momentos más relajados que pasaba con ella, se sentía lleno de timidez y alejado de las cosas que realmente tenían importancia —sus propios sentimientos, su pasado—, mientras que ella, que parecía darse cuenta de lo que le ocurría, eludía las preguntas más obvias y se concentraba en lo más cercano a la superficie. Jack sospechaba que Rosewicz sabía todo lo que tenía que saber sobre él y que había transmitido esa información a su hija.

Pero, a medida que pasaba el tiempo, todo cambió casi sin que él se diera cuenta. Durante ese período, Maria hizo varios viajes inexplicados y permaneció ausente durante varios días seguidos en una ocasión una semana entera. Nunca dijo dónde había estado, pero Jack supuso que debió de ser en el continente, probablemente en Italia, porque en una ocasión vio la etiqueta del aeropuerto de Roma en una de sus maletas cuando la entraba en la casa. Mientras estaba ausente, él la echaba de menos. Se llevaba con ella mucha de la magia de la casa.

Al principio, después de su regreso, Maria se mostraba taciturna y un poco alejada de él, y no había paseos ni excursiones para nadar en la playa durante un día o dos, sólo conversaciones convencionales en la mesa. Durante sus ausencias o en aquellos períodos de alejamiento, Jack trabajaba con mayor intensidad y se quedaba levantado hasta muy tarde con montones de papiros y tarjetas de fichero. Cuando pasaba aquello que parecía haberla preocupado tanto y volvía a ser la misma, de

nuevo lo apartaba de su trabajo o buscaba excusas para que él la acompañara a Skibbereen.

Cuando regresó de su viaje más largo, aún se mostró más introvertida que de costumbre y se apartó de su camino durante dos días seguidos, como si él, sin saberlo, la hubiera ofendido. Al tercer día, después de cenar, se acercó a la terraza, donde Jack estaba viendo cómo se oscurecía el cielo. Rosewicz se había excusado y se marchó a la cama temprano. Sólo se oía el ruido de las olas muy por debajo de ellos. Advirtió su presencia cuando se acercaba por detrás, en silencio.

—Tendrías que enfadarte conmigo cuando me comporto de este modo.

Jack se volvió. De repente se sintió furioso.

—¿Enfadarme contigo? No tengo por qué enfadarme con nadie. Tú no eres mi esposa, ni mi amante, aunque eso hiciera las cosas diferentes. Ni siquiera estoy seguro de que seas mi amiga.

Vio en su rostro que la había herido y se detuvo de inmediato.

—Lo siento —se excusó—, ha sido cruel de mi parte.

—No —respondió ella moviendo la cabeza—. Tienes razón, no hay motivo para que te enfades por nada de esto.

Vaciló un momento, como si algo pasara por su mente.

—Ven conmigo arriba —le pidió—. Hay algo que quiero enseñarte.

—¿No serán tus grabados, por casualidad?

Maria no respondió al comentario. Sin otra palabra se dio la vuelta y esperó a que la siguiera.

Aunque ella no dijo nada, él ya sabía adonde lo conducía. El primer día que se acercó a la casa, había visto una cúpula baja plaqueada en cobre sobre el ala derecha del edificio. Poco después, cuando le preguntó a Rosewicz qué era aquello, había recibido una respuesta ambigua acompañada de un encogimiento de hombros.

—Un viejo observatorio —le había dicho su anfitrión—. Construido en el siglo XIX. Lo mantengo cerrado. No tiene ninguna utilidad para mí.

La puerta del observatorio estaba al final de un largo pasillo por el que Jack nunca había pasado con anterioridad. Estaba débilmente iluminado y adornado con tapices sombríos. Maria sacó una llave del bolsillo, como si siempre la llevara allí. Al ver su expresión afirmó con un gesto:

—A veces vengo aquí para estar sola. Mi padre no lo sabe.

—¿Qué pasará si nos encuentra aquí?

—Él confía en mí —fue todo lo que dijo Maria. Puso la llave en la cerradura y abrió la puerta. Detrás de ella había una escalera de caracol iluminada por una única bombilla sin pantalla. De pronto, sintió un frío sorprendente—. Debí advertirte para que trajeras un jersey —añadió Maria—. Podemos volver si quieres.

Jack negó con la cabeza. Ella lo guió arriba, a la cúpula. Allí había luces más potentes, que se encendían y se apagaban por medio de una cadena junto a la puerta. Vio cuatro sillones, una mesa baja, estanterías llenas de libros. En el centro de la

habitación había un enorme telescopio de metal amarillo, limpio y reluciente, y una colección de espejos y niveles, ruedas poleas y palancas. El cañón del telescopio estaba enfocado en algunos cuerpos celestes en relación con la tierra.

Maria se sentó en un taburete y señaló el visor.

—¿Has usado antes uno de estos telescopios?

—Uno como éste, nunca.

—Deja que te enseñe.

Le mostró cómo debía ajustar las lentes. Cuando movió la manecilla, al principio, no vio más que una profunda oscuridad, pero después, de repente, aparecieron a su vista más estrellas de las que había visto jamás. Le hicieron sentirse mareado. Ella movió el aparato lentamente, para enfocar para él planetas y satélites.

Durante una hora permanecieron sentados juntos. Ella le mostraba galaxias, pero todo lo que a él le importaba verdaderamente era el momento en que volvería a ver su rostro, la cosa más próxima a él en su universo. Jack giró la rueda siguiendo sus instrucciones y el telescopio se balanceó, enfocándose y desenfocándose alternativamente, penetrando en la oscuridad para sacar de ella mundos enteros hechos exclusivamente de luz. Al final, se cansó de tanta oscuridad y de tanta luz sin un cambio gradual. Cuando finalmente apartó sus ojos del visor del telescopio, ella lloraba en silencio a su lado sin que él supiera por qué.

—Solía venir aquí con mi hermana —le contó—, durante las vacaciones de verano. Veníamos a ver las estrellas y acabábamos hablando.

—No sabía que tuvieras una hermana. La forma como habláis tu padre y tú me hizo pensar que vosotros dos erais toda la familia.

Maria afirmó y se pasó una mano por la mejilla.

—Y así es —asintió—. Mi hermana nos dejó. Murió.

—Lo siento.

—Seguro que lo sientes. Como todo el mundo. Pero eso no sirve de mucho.

Tembló.

—No había estado aquí desde que me enteré de su muerte. No ha cambiado. Nada de... esto... ha cambiado.

Con un ademán casi despectivo de la mano, indicó el telescopio, el cielo nocturno, las estrellas. El compendio de la inmutabilidad.

—¿Cómo se llamaba...? Tu hermana.

Maria vaciló, como si tuviera que sondear su memoria en busca de algo que debía formar parte de su segunda naturaleza. Jack, sorprendido, se preguntó qué sería lo que pretendía ocultar de su hermana.

—Katerina. —El nombre sonó en su lengua superficial y falto de sinceridad.

—¿Qué le ocurrió? ¿Cómo murió?

Ella se alejó de su lado involuntariamente. Sintió el frío de la estancia como una advertencia. Maria se sentó, moviendo la cabeza lentamente. Jack apenas si podía verla en aquella luz mortecina.

—Se marchó de casa, se casó, tuvo un hijo, se produjo un accidente y murió. Eso es todo.

Jack dejó el telescopio y se sentó en el sillón próximo al de ella. El rostro de Maria estaba abotargado por las lágrimas. Se volvió a él.

—¿Y tú? —se interesó—. Tienes que hablarme de tu esposa.

—¿Mi esposa?

—Mi padre me ha dicho que estuviste casado, que tu mujer murió como Katerina. ¿Es cierto?

Se tomó tiempo para responder.

—Sí —dijo finalmente. Se sentía como estrujado en aquella pequeña bóveda mal iluminada, aplastado entre las estrellas y el mar, cuyas olas rodaban a sus pies. Durante un largo momento se quedó sin respiración, como si aquella afirmación de la verdad hubiera extraído todo el aire de sus pulmones. Nunca antes habló de la muerte de Caitlin, con nadie, de manera apropiada. Pero en aquellos momentos se sintió impulsado a contárselo todo a Maria, y una vez que empezó no pudo detenerse. Le hizo un relato completo y ella lo escuchó como si su vida dependiera de ello, aunque no podía imaginar por qué. Los años que habían pasado juntos, Caitlin y él, el hogar que empezaron a formar en Ballsbridge, el nacimiento de Siobhan, sus proyectos.

»Fue una pelota roja, una gran pelota roja —dijo—. Se la compré precisamente aquella mañana poco antes de que se fueran. Yo tuve que quedarme, porque tenía un trabajo en la biblioteca que no podía esperar. Se fueron con mis padres a Howth Mead. Era su lugar favorito, al que íbamos a merendar con frecuencia.

Hizo una pausa. Jack se dio cuenta de que Maria lo observaba, y vio su interés. Le contó cómo jugaban Caitlin y su hijita: la pelota yendo de la una a la otra, rebotando en el suelo y cómo su hija y su mujer se precipitaron juntas por el acantilado para hallar la muerte.

—Continuamente veo lo que sucedió, como si estuviera allí. Fue mi padre quien me contó los detalles, cuando le obligué a ello. Siempre hay aves en aquel lugar. Grandes aves blancas. El cielo está lleno de ellas. Y cuando Caitlin y Siobhan se despeñaron en el abismo descendieron volando. Como ángeles.

Cuando terminó de hablar, ella mantuvo sus ojos fijos en él, cariñosamente, en medio de un silencio que Jack creyó que nada podía romper.

Hacía cada vez más frío en el observatorio. Sus respiraciones se condensaban en el aire fino de la noche. Se sintió en una situación de ingravidez, sin peso, como si la gravedad hubiera abandonado el mundo tan fácilmente como la luz viajaba por el espacio. Hasta entonces no había comprendido lo pesada que puede resultar una muerte individual.

La voz de Maria rozó el silencio suavemente, como una piedra ligera que resbala y salta sobre la tranquila superficie del agua.

—Y ahora —dijo Maria—, todo está volviendo a saltar en pedazos, ¿no es eso?

No se sorprendió al ver que ella lo había comprendido, pero no entendía por qué

no lo había dicho antes. Jack pudo oír los latidos de su propio corazón.

—Te has enamorado de mí —dijo Maria— y no sabes qué hacer.

Él la miró como si fuera a negarlo, pero sus palabras no consiguieron ni por un momento que su corazón dejara de latir con fuerza. Estaban muy juntos. Jack no tenía más que extender el brazo para tocarla. Ella no se movió, no habló. En silencio, Jack tomó su mano. Maria lo dejó hacer, devolvió la presión de su mano y no dijo nada cuando él se acercó aún más y, finalmente, puso sus labios sobre los de ella. Sólo el tocarla le hizo pasar, en un momento, de la pena a la excitación más profunda. La deseaba desesperadamente. En ese momento. Ella cerró los ojos y él apretó todavía más sus labios contra los suyos, notando su boca entreabierta, y cómo sus lenguas húmedas se unían entre sí. Pasó una mano por detrás de la nuca de Maria para apretarla más contra él, resbalando de su silla para aproximarse. La necesitaba ahora, y la sintió plenamente dispuesta a aceptar sus abrazos.

De repente, ella lo empujó hacia atrás, puso una mano sobre su pecho y movió la cabeza negativamente.

—No, Jack, por favor. No podemos. Por favor no me obligues a hacerlo. No, no me preguntes por qué, pero es imposible.

Él había estado tan seguro... Sus caricias y su beso le habían hecho sentir con claridad que ella lo aceptaba, o al menos eso fue lo que supuso. Se echó hacia atrás, desalentado.

—No entiendo...

Ella lo miró entre una niebla de dolor.

—¿Qué pasa? —suplicó—. ¿Hay otro hombre? ¿Qué es lo que va mal?

Ella movió la cabeza, se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Es tarde, Jack, y tengo frío. Creo que tenemos que irnos.

Él se levantó y trató de cogerla, pero ella abrió la puerta y se apresuró a salir. Vacilando, Jack la siguió en su descenso por la escalera estrecha y retorcida. A sus pies, la alcanzó y pudo cogerla por la muñeca, pero la mirada que ella le devolvió le hizo soltar su brazo como si hubiera tocado una plancha de hierro al rojo vivo.

—Por favor, Jack, no hablemos de esto nunca más. Lamento que hayas tenido una idea errónea. Pero no puedo explicártelo ahora, quizá mañana por la mañana. Espera hasta entonces.

La vio cómo se dirigía a su habitación. Al abrir la puerta, Maria vaciló y se volvió a él. Por un momento, Jack pensó que iba a detenerse para explicarle la razón de su rechazo.

—Jack, siento mucho lo que ha ocurrido esta noche. Nunca debí haberte llevado allí. Es sólo que...

Se quedó muy quieta mirándolo. Tenía los ojos cerrados.

—Jack, quiero que me prometas algo, si es que de veras te importo un poco. Por favor, vigila a mi padre. No te fíes de él. No creo que tenga la intención de hacerte daño, pero podrías resultar lastimado, a pesar de todo.

—¿Lastimado? No lo entiendo. ¿Por qué?

Pero ella no añadió nada más. Su puerta se cerró y él se quedó solo en el pasillo.

Maria se marchó al día siguiente sin la prometida explicación y sin decirle adiós, sin una palabra sobre cuándo pensaba volver. Sobre los campos, el sol brillaba entre bandadas de aves blancas. Regresó al observatorio para apagar las luces y lo encontró desolado y lleno de polvo. Se pasó todo aquel día y el siguiente desconsolado en su habitación con aire acondicionado de la biblioteca, leyendo y catalogando. De vez en cuando se preguntaba extrañado qué quiso decir Maria al pedirle que tuviera cuidado con su padre.

La tarde del tercer día, Jack se fue a dar un paseo por el bosque, donde hasta el ruido de las grandes olas al estrellarse contra los rompientes llegaba mitigado. Había muchos pájaros. La luz del sol caía sobre el suelo alternando sus manchas de luz y de sombra. Las flores se agrupaban formando racimos a los pies de los grandes troncos o crecían esparcidas por los pequeños claros del bosque. Hacía tres días que Maria se había ido y él seguía sin comprender la razón de su marcha.

Enfrascado en sus pensamientos, se alejó un poco más allá del lugar en que él y Maria solían volverse cuando paseaban juntos. La senda continuaba sin interrupción, ascendiendo entre grandes robles, hasta llegar a un lugar escarpado. De repente, el bosque se hizo menos espeso y se encontró mirando un campo abierto, tierras manchadas de helechos y tojos. Nada se movía, y el suelo parecía beberse la luz del sol.

Hasta que no vio la cancela en la valla no comprendió el impulso inconsciente que le había hecho alejarse tanto de la casa. En una ocasión, de modo casual, Maria le había mencionado la existencia de un pequeño cementerio familiar que databa del siglo dieciocho. Su madre fue enterrada allí, le dijo. La intención de su padre era que los Rosewicz heredaran no sólo la propiedad sino también las tradiciones de sus predecesores.

La cancela de la verja estaba oxidada, pero en sus tiempos fue delicadamente trabajada. Incorporaba una finísima obra de forja, en la cual aparecían dos F invertidas. Jack se abrió camino y continuó descendiendo por una vereda cubierta de hierba que, en medio minuto, le llevó a una aglomeración de tumbas. En su mayor parte, las lápidas estaban demasiado destrozadas, cubiertas de musgo y oscurecidas por el batir constante del aire de la costa. Hierbas y arbustos crecían a sus anchas entre los mausoleos; aquí y allí, la losa que cubría, una tumba estaba rajada y medio hundida en la tierra. Era un lugar sombrío muy acorde con su actual estado de ánimo.

Una nueva extensión de terreno había sido aplanado a un lado de las tumbas de los Fitzgerald, menos salvaje y con la hierba cortada. Una solitaria lápida de mármol irlandés marcaba el lugar de descanso eterno de Sinéad Rosewicz, esposa de Stefan. Sobre la tumba había flores frescas, lilas y lirios azules, que no crecían por allí.

En vano, trató de encontrar una segunda tumba. ¿Descansaban en alguna otra parte los restos de Katarina? ¿La violencia de la ruptura con su familia fue tan grande como para hacer que Rosewicz se negara a que fuera enterrada allí? ¿O fue ése su propio deseo?

Intrigado, emprendió el regreso, resuelto a preguntárselo a Maria cuando volviese. Se dirigió de nuevo al bosque en busca de algo de sombra. De pronto oyó un leve ruido detrás de él. Se dio la vuelta sorprendido y vio a un hombre que estaba a pocos pasos de él, vigilándolo. Lo que más extrañó a Jack fue que el hombre llevaba un arma: no una escopeta de caza ni una pistola, sino una compacta metralleta Uzi, un arma poco corriente en manos de un campesino o un cazador furtivo. ¿De dónde diantre había salido aquel tipo? Era como si hubiera surgido de la nada, tan repentina como silenciosamente.

Asimismo, las ropas del desconocido estaban fuera de lugar. Pantalones negros con polainas de cuero ceñidas, botas militares y una corta cazadora, también de cuero. Era rubio, estaba recién afeitado y debía de tener entre veinticinco y treinta años. Sostenía el arma como un profesional. Cuando habló, Jack advirtió un ligero acento extranjero. Ciertamente no era de la región.

—Lo siento —le dijo—, pero está usted invadiendo una propiedad privada. Debo pedirle que salga de ella.

Las palabras eran corteses, pero pronunciadas en un tono perentorio, que indicaba claramente que no estaba dispuesto a permitir que el intruso agravara su infracción.

Jack lo miró con frialdad. No iba a dejarse impresionar por un guardabosques disfrazado.

—Sé perfectamente que ésta es una propiedad privada —le contestó—. Da la casualidad de que soy un empleado del dueño. Como usted mismo. Mi nombre es Gould. Hable usted con Rosewicz.

La impresión de un vago recuerdo cruzó el rostro del hombre. Llevaba un *walkie-talkie* en una funda sujeta al cinturón. Sin apartar los ojos de Jack, se llevó el micrófono a los labios y habló en voz baja. Hubo una pausa, algo así como medio minuto, y por fin respondió una voz apagada. Siguió una breve conversación. El hombre afirmó un par de veces y murmuró una especie de asentimiento. Finalmente guardó el aparato en su funda.

—El señor Rosewicz responde por usted, doctor Gould. Dice que debe usted regresar a casa en seguida. Siento haberle molestado.

La disculpa no llegó acompañada de ninguna sonrisa. Jack no dijo nada. Se giró y emprendió el camino de regreso por la senda por la que vino. El hombre vestido de negro siguió detrás de él, vigilando cómo se alejaba.

Rosewicz estaba esperándolo en la terraza. Sobre la mesa se había puesto un servicio de té para dos. La señora Nagle estaba en la cocina preparando la cena. Una gaviota que se había posado en la balaustrada los contemplaba.

—¿Qué demonios significa todo esto? —estalló Jack al llegar a la terraza. No

podía seguir conteniendo la sensación de estar encerrado en una jaula que lo dominaba en los últimos días.

Rosewicz le dirigió una mirada dolorida.

—Por favor, doctor Gould, no hay necesidad de juramentos.

—Lo siento, pero no me gusta nada ser amenazada por hombres armados de metralletas.

—Estoy seguro de que no has sido amenazado. Siéntate, por favor, me gustaría hablar contigo.

Jack estuvo a punto de rehusar, pero se dio cuenta de que no podía hacer otra cosa. Aquella era la casa de Rosewicz y él seguía siendo su huésped y su empleado.

—¿Puedo ofrecerte una taza de té? Es Gui Hua. El cartero trajo un paquete nuevo esta mañana. He hecho que me lo enviaran desde Mariage Frères, en París. Debes de conocer la tienda. En el Marais. Espero que me hagas el honor...

Jack asintió. No estaba dispuesto a dejarse ablandar fácilmente, pero no podía ser rudo y, menos aún, a causa de Maria. Se sentó.

—Ahora —continuó Rosewicz mientras vertía el té con delicadeza desde una fina tetera cantonesa a las tazas a juego—, podemos hablar como personas civilizadas. —Hizo una pausa para beber un sorbito—. Tendrás que disculpar a Henryk. Uno de sus defectos es su capacidad para parecer rudo con la gente que toma por intrusos. Hubiera debido hablar con él antes. Es como un perro guardián bien entrenado: extremadamente leal, pero falto de capacidad discriminatoria. Siento que pensaras que iba a maltratarte. Te puedo asegurar que no te hubiera hecho el menor daño.

Jack advirtió una nota falsa en la explicación del anciano, una exagerada necesidad de justificar la conducta de su sirviente.

—Normalmente aquí tenemos pocos visitantes —continuó Rosewicz—. Si me hubieras dicho que pensabas visitar aquel rincón, se lo habría notificado con anterioridad.

—Lo siento, pero lo que dices no tiene sentido —contradijo Jack—. Este lugar está cubierto con sensores de alarma. Maria me enseñó algunos de ellos. Y has contratado a un hombre para que patrulle tus tierras equipado con un arma automática. No lo entiendo. ¿A qué vienen tan extremas medidas de seguridad?

Por un momento, Jack creyó ver temblar la mano de Rosewicz, pero casi de modo instantáneo el anciano recuperó el control de sí mismo y no hubo siquiera un ligero temblor. Alzó la tetera con cuidado para volver a llenar las tazas vacías. Pequeñas figuras chinas captaron la luz.

—Considéralo como el capricho de un viejo. Amo mucho esta casa y todo lo que contiene. Perdí mucho después de la guerra, mucho más de lo que podrías imaginarte, y ahora me aferro con todas mis fuerzas a lo que tengo. Tú mismo sabes lo valiosa que es mi biblioteca. Hago todo lo que puedo por conservar en secreto su contenido, pero es imposible impedir las filtraciones. Circulan muchos rumores. Conozco a muchas personas que no vacilarían en entrar a robar en *Summerlawn* con la esperanza

de aumentar sus pobres colecciones. Tampoco sería inteligente olvidar que en Irlanda los ricos siempre están expuestos a riesgos. Yo no sería la primera persona secuestrada para obtener un rescate. O Maria.

Jack se ruborizó levemente. Se preguntó cuánto sabía o suponía el anciano sobre sus sentimientos hacia su hija.

Empezaba a hacer frío. El tiempo había cambiado ligeramente respecto a los días precedentes. Jack tuvo un escalofrío. Por primera vez desde su llegada a *Summerlawn* se sentía atrapado. Aunque no podría decir en qué.

—Doctor Gould —el anciano le llamó de nuevo con su título y su apellido y, por un momento, dejó de tutearle—, hay algo de lo que tenemos que hablar y creo que sabe de qué se trata.

Por primera vez desde que lo conocía, Rosewicz parecía sentirse a disgusto.

—Quieres hablar de Maria, ¿no es eso?

Rosewicz afirmó con la cabeza.

—No quería sacar a relucir el tema. Ambos somos adultos y tú eres viudo; no tengo el menor derecho a meterme en tu vida privada. Pero me he dado cuenta... Digamos que he observado que has empezado a sentir afecto por mi hija. Eso no me sorprende. Maria es una mujer guapa y una agradable compañía. Sería más difícil entender que alguien escapara a sus encantos. Pero...

Hizo una pausa y evitó la mirada de Jack.

—Debo decirte que Maria no es libre. Hay otra persona con la que está prometida en matrimonio. Siento no habértelo dicho antes. Quizá te hubiera ahorrado algunos dolores de cabeza.

Jack se quedó atónito, sin atreverse a creer del todo lo que estaba oyendo.

—¿Y por qué no me lo dijo ella misma? ¿Por qué ha desaparecido de este modo?

—Creo que tuvo miedo de herirte. Sus anteriores ausencias... Iba a visitar a su prometido. Asuntos de negocios no permiten, de momento, que él venga a visitarla aquí.

—¿Te ha pedido ella que me lo contaras?

Rosewicz movió la cabeza.

—No. Y si me lo hubiera pedido le habría dicho que eso era su propia responsabilidad. Pero puesto que no está aquí...

—¿Va a volver?

Rosewicz negó.

—Este verano no. Es mejor que no vuelvas a verla. Pienso que tu presencia aquí la confundía. Creo... —Se interrumpió y volvió a mirar a Jack directamente—. Creo que lo mejor será que pongas fin a tu trabajo. ¿Para el fin de semana, digamos?

No había nada que decir. En cierto modo, Jack había estado esperando que lo despidieran. Hacía ya días que tenía el presentimiento de que algo estaba llegando a su fin.

—Pienso que es lo mejor.

—Sí —murmuró Jack—, quizá lo sea —vaciló—. ¿Puedo preguntar cuándo piensa casarse Maria?

—No tardará mucho —respondió Rosewicz—. Ahora está con su prometido haciendo los últimos preparativos. Si las cosas hubieran ido de otra forma, habrías sido invitado. Pero estoy seguro de que lo entenderás.

Por alguna razón que Jack no podía comprender, había algo más que un toque de tristeza en la voz de Rosewicz. Tristeza o dolor, no estaba bien seguro de cuál de los sentimientos.

—Cena conmigo esta noche como de costumbre —le dijo el polaco. Era como un hombre que se aferra desesperadamente a la amistad—. Hablaremos de otras cosas. No quiero que creas que estoy disgustado contigo ni con tu trabajo. Es el mundo que se inmiscuye, eso es todo.

El día en que Jack salió para Dublín, llovía torrencialmente. Se llevaba el verano consigo por la carretera de regreso a casa, desagradablemente, como un simple recuerdo del brillo del sol.

Dublín

Con la llegada de la lluvia, los turistas hicieron sus maletas y se marcharon. En cuestión de días, Dublín volvió a ser ella misma. Norteamericanos con sus Tam o'Shanters y sus bolsas de golf tomaron sus aviones para Tampa u Orlando. Estudiantes italianos y españoles se despidieron de sus novias de verano y subieron a sus autobuses de brillantes colores para emprender la primera etapa de un largo viaje de regreso a casa. Había cisnes silvestres en Herbert Park y voces irlandesas en los patios del Trinity College. Jack Gould pensaba en el pasado mientras le daba de comer al pez que había en el largo estanque cubierto de lirios de agua de Chester Beatty.

La mayor parte de los días estaba contento. Casi había olvidado la aparición del sol en su parabrisas y cómo el mundo pareció abrirse de nuevo ante él. El verano había pasado y estaba de regreso en Ballsbridge, dividiendo su tiempo entre un piso vacío y una sala llena de manuscritos casi consumidos por el paso del tiempo. No habló mucho de su estancia en *Summerlawn*. Moira Kennedy volvía a tocar el tema una y otra vez, nerviosa y ansiosa de sacar de él toda la información posible sobre Rosewicz y su biblioteca. Él le contó lo menos posible.

—Rosewicz es una figura clave en el mercado negro —le explicó Moira a Jack—. He estado haciendo preguntas. Mucha gente lo conoce y sabe de qué modo se gasta el dinero cuando se trata de conseguir lo que quiere. Pero nadie ha estado tan cerca de él como tú. Tienes que decirme lo que sabes, Jack. Se lo debes a la ciencia y a tu carrera.

—Vamos, Moira, no le debo nada a la ciencia. Se trata de un juego, y si Rosewicz sabe jugar mejor que la mayoría, no hay más que hacer sino desearle buena suerte. Cuida su colección como es debido, mejor que muchas bibliotecas. Tiene planes para permitir el acceso restringido a profesionales y estudiantes de buena fe. Eso es bastante más de lo que jamás hizo el grupo que trabaja con los pergaminos del mar Muerto. ¿Qué es lo que hace distinto a Rosewicz?

No sabía por qué estaba defendiendo a Rosewicz de modo tan enérgico. No se habían separado en los mejores términos. Y, sin embargo, ahora deseaba —al menos una parte de él lo deseaba— seguir conservando algún tipo de identificación con el hombre y su colección. Jack pensó que cuando Maria estuviese fuera de su camino existía alguna posibilidad de que Rosewicz deseara que volviera para completar su trabajo. Jack proyectaba escribir y publicar algo de importancia. Pensaba en términos de compensación. Sabía que él también podía desenvolverse bien en aquel juego.

Denis Boylan lo llamó varias veces después de su vuelta. Cada vez que lo hizo, Jack se libró de él con alguna excusa o le pidió a la secretaria que le dijera que estaba en una reunión. No se trataba de que no quisiera ver a Denis; era un viejo amigo, compañero de copas, alguien al que admiraba. Era, simplemente, que Denis quería hacerle volver al mundo, y ése era, precisamente, un lugar del que Jack no podía soportar ni la simple idea de tener que volver a entrar.

Un día, cuando regresaba de almorzar, encontró a Denis esperándolo en la puerta de la biblioteca, observando al pequeño pez de plata que nadaba y nadaba incansablemente.

—Estos días no eres un hombre fácil de encontrar, Jacko.

—Lo siento, Denis, he estado muy ocupado.

—Y unas narices. Vamos, tengo el coche fuera. Iremos a Nesbitt's para tomamos unas jarras de cerveza y charlar un rato.

—Regreso ahora de almorzar. Tengo un montón de trabajo pendiente.

—¡Que espere! He estado hablando con tu jefa, la simpática señorita Kennedy. Una mujer muy atractiva. Y muy comprensiva. Te ha perdonado las clases hasta las cuatro.

Jack capituló. Tuvo la sensación de que había algo, una especie de alianza, entre Boylan y Moira Kennedy. No le cabía duda de que habían estado cambiando información. ¿Era sencillamente la amistad lo que había llevado a Denis allí, o había algo más?

Fue un corto trayecto hasta la calle Lower Baggot, donde estaba Doheny & Nesbitt's. La cervecería seguía llena con los clientes fijos que acudían allí para hacer un almuerzo rápido. Era un lugar de reunión popular para periodistas y funcionarios del gobierno. Jack reconoció a algunos miembros del Parlamento, que discutían en un rincón. Denis pidió dos jarras de Guinness y las llevó a uno de los cómodos rincones, casi como pequeños reservados, separados del resto del salón por una pequeña puerta de vaivén. El local estaba lleno de humo y de voces.

—Te digo que aún estás peor después del verano —comenzó Boylan.

—¿Peor? ¿De qué estás hablando? ¿Quién dice que estoy peor?

—Tu encantadora jefa. ¿Nunca te has fijado en ella, Jack? Tiene unas piernas magníficas. Podrías llevarla a cenar alguna noche al Eblana. Creo que la encontrarías dispuesta a aceptar.

—¿Has estado hablando de mí con Moira Kennedy?

—Naturalmente. Eres causa de nuestra mutua preocupación.

—No sabía que os conocierais.

Boylan tomó un trago de su jarra. La blanca espuma llenó la parte de arriba de su labio superior.

—¡Oh, nos hemos visto de vez en cuando!

—Bien, tal vez tú mismo puedes encargarte de salir con ella, ya que pareces tan fascinado con sus piernas. Aprovecha lo que puedas. Bueno, ¿de qué querías hablar conmigo?

Boylan se limpió el labio.

—¿Recuerdas que la última vez que nos vimos te hablé de un hombre llamado O'Mara, un sacerdote?

—¿El hombre de la Liga Gaélica?

—El mismo. Bien, he encontrado una cosa rara. Al parecer, yo estaba equivocado y ese tipo, O'Mara, finalmente estaba a punto de conseguir algo con su protesta. Logró poner de su parte al miembro del Parlamento de su circunscripción, un diputado llamado O Murchú. Tal vez hayas oído hablar de él, porque pronunció algunos discursos estúpidos en el Dáil, allá por el 1951. La época en que Noel Browne estaba introduciendo el proyecto de ley de las madres solteras. O Murchú estaba del lado de la Iglesia. El arzobispo lo tenía en el bolsillo, se decía. Era la oreja de De Valéra, que seguía todavía *taoiseach*, y tenía amigos en los ministerios apropiados. Hubo rumores de que se le iba a expropiar la casa a tu hombre, a Rosewicz, para que pasara al Estado. Se le daría una compensación, aunque muy lejos de ser la adecuada. Se planeó una reunión en la ciudad de Cork y algunos personajes importantes de Dublín vendieron billetes de tren para que hubiera una asistencia masiva. Se habló de que iban a pronunciarse bellos discursos. ¡En irlandés, Jack! ¡Grandes discursos en irlandés!

Hizo una pausa. Fuera circuló un autobús lleno de pasajeros.

—Pero no hubo reunión —siguió contando el periodista—. El padre O'Mara fue encontrado muerto en el campo, no lejos de Skibbereen. Tenía la espalda rota. Un accidente según indicaba todo. Pensaron que se había caído del caballo. Era un magnífico jinete.

En algún lugar se abrió y se cerró una puerta. La entrada del pequeño reservado se abrió un poco y una mano pasó una bandeja con bebidas por la estrecha abertura.

—¿Crees que Rosewicz lo hizo matar? —Jack apenas había tocado su Guinness.

—¿He dicho yo algo así? ¡Por amor de Dios, hombre, no pienso nada parecido! Sin embargo, la muerte de O'Mara tuvo algo raro. Y la verdad es que resultó muy conveniente para Rosewicz. Con el cura fuera de su camino, nunca más volvió a hablarse de la casa. O Murchú tenía otros asuntos pendientes. Sólo que...

Boylan frunció el ceño. Parecía preocupado por algo.

—Hay algo peculiar. Ocurrió pocos años después. O Murchú volvió a interesarse por Rosewicz. La casa figuró de nuevo entre sus proyectos parlamentarios; él tenía amigos en el senado que buscaban una propiedad en el campo, un lugar lujoso y acogedor en el que poder alojar de modo apropiado a embajadores y otros personajes extranjeros de categoría. Eso fue antes de los días de la CEE, ¿comprendes? Teníamos problemas con el comercio y las inversiones extranjeras. Se habló de hacer una oferta a tu amigo Rosewicz sin darle oportunidad de que pudiera rechazarla.

—Rosewicz no es mi amigo, Denis. Te ruego que lo recuerdes. —La Guinness tuvo un sabor agrio en los labios de Jack y los ojos le escocían con el humo abundante de una pipa de espino silvestre que alguien fumaba cerca.

—Como tú quieras. Pero conoces al hombre. Has vivido con él. —Boylan hizo una pausa. Estuvo a punto de salirse del tema—: Bien, no mucho después, el señor O Murchú hizo una visita a *Summerlawn* para poner sus cartas sobre la mesa, tal como estaban las cosas, ¿y qué crees que le sucedió?

—Otra espalda rota, supongo...

Denis hizo un fingido gesto de horror.

—Ahora eres tú el que tiene una mente sospechosa, Jack, pero te falta espíritu poético. Otra espalda rota hubiera sido demasiado. No, no la hubo en esa ocasión. Fue un escándalo sexual. Pero no del tipo que hoy estamos acostumbrados a ver en las pantallas, con todo lujo de detalles. Eso ocurrió en 1952. En aquel entonces, el sexo aún no había sido inventado en Irlanda. El escándalo quedó restringido a los sectores más privilegiados, pero lo que se filtró fue bastante para poner fin a la carrera de O Murchú. Los periódicos ingleses no fueron tan castos como los nuestros.

—¿Quién fue ella, una actriz?

Denis negó con la cabeza. Su pelo estaba aclarándose en las sienes, notó Jack. Casi había terminado su pinta de cerveza. Siempre fue un bebedor rápido capaz de competir con éxito con todos los demás.

—No, un cura. De Maynooth o de por allí, según se rumoreó. Fueron encontrados desnudos en una pensión de la calle Clanbrassil. En una cama que fue comprada en las rebajas de Clery por diez libras. Se tomaron fotografías. No hubo salida para O Murchú. Me han dicho que el joven sacerdote se suicidó. Naturalmente, nada de eso ha quedado en los archivos.

—Un trabajo profesional.

—Así parece. Bien, el caso es que eso terminó con O Murchú.

—Y tú crees que Stefan Rosewicz fue el responsable.

—Me reservo mi opinión, Jack, viejo amigo, pero daría cualquier cosa por conocer sus secretos. Pienso llamarlo hoy y esta misma tarde me iré para allá en coche.

Jack se lo quedó mirando.

—Nunca te dejará entrar en su casa.

—No te preocupes por eso, conozco un truco o dos.

Jack le explicó las medidas de seguridad. Los cables tendidos por el suelo y aquel hombre llamado Henryk. La información enfrió los ánimos de Denis durante un rato pero, después de otra Guinness y un paquete de patatas fritas con sabor a bacon, volvió a sentirse valiente. Era periodista y estaba acostumbrado a superar los obstáculos que se interponían en su camino. Jack le contó lo poco que él sabía de la vida del anciano en *Summerlawn*. No mencionó a Maria. Tampoco le dijo nada de la maravillosa biblioteca y su colección de valor incalculable; era algo que le había

prometido a Rosewicz.

Jack pasó aquella noche con sus padres en Terenure. Habían transcurrido cuatro meses desde la última vez que estuvo allí. Por alguna razón, sus visitas habían ido haciéndose cada vez menos frecuentes desde la muerte de Caitlin y Siobhan. Sentía mucho no haber llegado a conocer a los padres de Caitlin. Una vez, en una de sus visitas a Londres, su esposa lo había llevado al cementerio de Paddington y le mostró sus tumbas, una al lado de la otra y con sus respectivas lápidas de mármol. Dejó unas flores, espuelas de caballero azules y lirios blancos, sobre cada una de las tumbas. Aquel día, Caitlin le pareció extrañamente fría e inerte.

En parte, Jack se había mantenido alejado de sus padres por miedo a que se inmiscuyeran en su dolor, como si sus observaciones inocentes fueran dedos hurgando en los bordes de una herida todavía no curada. Habían amado a su nieta con apasionada devoción, y la pena por su pérdida estaba implícita en todo lo que hacían o decían. No podía soportar oírlos hablar de ella, ni mirar cómo pasaban en la pantalla las fotos de la niña, que guardaban en un álbum.

Uno de los resultados inesperados de su infelicidad fue el inicio de una tendencia a separarse uno de otro con el paso del tiempo. Su madre se había hecho una católica ferviente y su padre asistente habitual a los Machzikei Haddas, la sinagoga, en Terenure Road. Su redescubierta religiosidad sólo servía para aumentar las incertidumbres y dudas de Jack. Hijo único de un matrimonio mixto, adoptó el agnosticismo desde muy temprana edad. Ahora, su padre y su madre, por separado, presionaban sobre él intentando llevarlo a su fe ancestral, que a él le era tan extraña como la de cada uno de ellos le resultaba al otro.

Trataba de mantener la conversación neutral, de limitarse a hablar de su trabajo o de la belleza de un lugar llamado *Summerlawn*, pero su madre insistía en traer de nuevo sus fotografías, en refrescar su memoria con recuerdos que él rechazaba. No había afectación alguna en la forma como demostraba que ya no le quedaba nada a lo que poder anclarse. Caitlin siempre había recordado personas y lugares, supo volver a dar vida a acontecimientos pasados con tal precisión de detalles que él permitió que su propia memoria se marchitara, por innecesaria, a la sombra de la de ella. Con la muerte de su esposa, se dio cuenta de que se le iba también una gran parte de su pasado. Meses enteros, y años, apenas si eran algo más que un revoltijo de pequeños retazos cuya suma ni siquiera llegaba a ser días. Su madre no podía entenderlo y creía que estaba fingiendo.

—Algún día tendrás que enfrentarte a ello, Jack. No puedes continuar haciendo como si no hubiera ocurrido nada.

¡Como si él pudiera, como si su conducta fuera fingimiento!

Vieron la televisión, una especie de consuelo: Gay Byrne entrevistaba a un cura de Limerick sobre el tema del celibato. Las líneas telefónicas se llenaron de llamadas de una multitud de televidentes que se sintió ultrajada, gentes para quienes la virginidad permanente era la única fortaleza que aún quedaba para protegerse contra

la degeneración final de la raza humana. A Jack todo aquello le pareció triste, las voces lejanas y, de algún modo, intemporales.

—Maureen Lalor telefoneó la semana pasada —le dijo su madre—. Me preguntó por ti.

Una vecina soltera, una amiga de la infancia, de la que creyó estar enamorado a los dieciséis años y a la que ya casi había olvidado. Una de las armas de su madre en su campaña por su rehabilitación.

Se marchó a las once, irritado consigo mismo, por motivos que ni siquiera alcanzaba a comprender. En un bolsillo, envuelto en una servilleta de papel, llevaba un trozo de bizcocho esponjoso que su madre sacó del horno aquella misma tarde. Les prometió que volvería a visitarlos el domingo próximo para comer con ellos. Maureen estaría allí.

A la mañana siguiente, en su trabajo, oyó en la radio que Denis Boylan había muerto. Los detalles se publicaron más tarde. Su cadáver había sido encontrado a los pies de un acantilado, no lejos de Carrigatrough, al sur de Baltimore. Se había desnucado. Se dijo que había caído desde una altura de más de diez metros. Se resbaló mientras caminaba por una vereda muy estrecha.

Fue, quizá, su familiaridad con la muerte, o su excesivo gran respeto por ella, lo que al principio hizo que no corriera a la Gardaí^[5] con una historia que, al pensar en ello, se dio cuenta de que apenas si podía mantenerse en pie. Por una parte, no sabía de dónde había conseguido Denis su información sobre O'Mara y O Murchú. Además, la policía descubriría que hasta hacía poco tiempo él mismo fue empleado de Rosewicz y que, por razones que indudablemente parecerían poco claras, había sido despedido de su empleo. Denis Boylan fue poco más que un compañero de universidad. Si se trataba de un asesinato, la Gardaí acabaría, sin duda, por tener sus propias sospechas y descubrir lo ocurrido y sus móviles sin necesidad de su ayuda. Además, las sendas que bordean los acantilados de aquella región, como él bien sabía, resultaban traicioneras incluso en los días sin lluvia.

Moira no estaba en su despacho cuando él llegó a la biblioteca. Quería aclarar con ella el tema de sus conversaciones con Boylan pero, después de la muerte de éste, le parecía bastante inapropiado tocar el tema, al menos de momento.

Era finales de setiembre y el cielo de la ciudad estaba blanco de nubes. Los visitantes otoñales recorrían la biblioteca en parejas, examinando manuscritos exóticos que no podían entender. El pez seguía nadando en círculos en el pequeño estanque al aire libre. Jack se quedó en su despacho traduciendo parte de un texto Essene, un párrafo sobre la Regla de la Comunidad. Trabajaba a partir de la fotografía de un pergamino original Qumran que le fue entregada por Rosewicz. Las fotografías del pergamino Qumran original, en poder del equipo internacional en Jerusalén, eran virtualmente imposibles de obtener. Jack lamentaba su ruptura con Rosewicz, que hubiera sido para él una valiosa fuente de información y material. Quizá todavía podía recuperarse el contacto. En realidad, ¿qué era lo que había ocurrido entre ellos?

La secretaria lo interrumpió poco antes de las once. Moira Kennedy todavía no había llegado al trabajo.

—Llevo toda la mañana tratando de telefonarla, Jack, pero no me responde nadie. Espero que no le haya pasado nada malo.

—¿Dijo ayer si tenía que ir a alguna parte?

Mary negó con la cabeza.

—Ayer, al despedirse, me dijo que nos veríamos esta mañana.

—¿Parecía enferma?

—No, estaba en la mejor forma. Tenía pensado ir ayer por la noche al Gaiety en compañía de unos amigos.

—¿Sabes quiénes eran?

Mary se mordió el labio.

—Una pareja de fiduciarios de la biblioteca.

—¿Podrían ser los Fallons? Son muy aficionados al teatro.

—Sí, creo que eran ellos.

—¿Puedes llamar a Meg Fallon y preguntarle si Moira estuvo con ellos?

Mary regresó al cabo de un minuto moviendo la cabeza.

—Estuvieron esperándola hasta que se levantó el telón, pero no la vieron por ninguna parte. La señora Fallon dice que la telefoneó durante el descanso, pero nadie respondió a su llamada.

—Me parece que iré a ver qué pasa. Tal vez se haya puesto enferma y la han llevado a un hospital.

—Espera, Jack. Te daré la llave de su casa. Tiene una en la oficina por temor a dejarse la otra dentro.

Moira vivía en Donnybrook, en uno de esos grupos de casas victorianas, bastante alejadas de la parte izquierda de Morehampton Road, según se entra en la ciudad. Jack aparcó en el ancho camino asfaltado. El aire olía a lluvia.

Nunca había estado en casa de Moira. Su jefa era una solterona experimentada que mantenía su vida doméstica de modo estrictamente privado. Sabía que heredó la casa de sus padres y, a deducir de algunas observaciones que hizo ocasionalmente, había hecho bien poco por reformarla.

Un jardín descuidado y crecido en exceso era como una barricada que protegía la casa de la carretera, una jungla de hierbas y césped y arbustos olvidados que no conocían la poda. La puerta principal necesitaba urgentemente una capa de pintura. Llamó al timbre y esperó. Nadie acudió a abrirle. Llamó tres veces más y tampoco hubo respuesta. Se puso de puntillas con la intención de mirar por una de las ventanas del piso bajo, pero el cristal estaba tan lleno de polvo y suciedad que no pudo ver nada. Debía hacer años que nadie lo limpiaba. Podía oír el ruido del tráfico de la carretera a sus espaldas, pero le pareció extrañamente remoto, como si no tuviera la menor relación con aquel lugar. A ambos lados, la casa estaba tranquila.

Con la agitación lógica de quien entra en la casa de otra persona sin su permiso, Jack introdujo la llave en la cerradura y la giró. Abrió la puerta nervioso, con miedo de hacer ruido y, al mismo tiempo, tratando de no actuar como un ladrón. Si Moira estaba enferma en la casa, no quería asustarla en modo alguno.

El recibidor estaba sorprendentemente oscuro, incluso para un día de lluvia. La ventanilla de ventilación era pequeña, mugrienta y dejaba entrar escasa luz. Jack buscó hasta dar con un interruptor. En algún lugar, por encima de su cabeza, se encendió una bombilla de cuarenta vatios.

Se hallaba en un estrecho pasillo, que parecía más angosto aún debido a las pesadas estanterías llenas de libros que ascendían desde el suelo hasta el techo a ambos lados de la pared. Le vino a su memoria que en cierta ocasión Moira mencionó

que sus padres fueron dueños de una librería de segunda mano en Aston Quay. Le dijo que había llevado a casa todo lo que había en el almacén y que el lugar se venía abajo con el peso de los libros. Pero que no podía soportar la idea de librarse de ellos... o no tenía la suficiente energía para hacerlo.

Silencio. La casa daba la impresión de no haber sido limpiada desde la muerte de sus padres. Pensó que nadie había puesto la mano en las estanterías para coger un libro para leerlo o para desempolvarlos, desde entonces. Tanto las estanterías como los libros estaban cubiertos de una espesa capa de polvo y de telarañas. Instintivamente, Jack se mantuvo en el centro del pasillo, todo lo lejos que le era posible de las amplias y polvorientas filas de libros y toda la porquería que se había acumulado sobre ellos. Se dio cuenta de que un rancio olor lo llenaba todo, un olor a comida, a humedad y a libros viejos.

—Moira —llamó con voz ridículamente apagada—. Soy yo, Moira, Jack Gould. ¿Puedes oírme?

No hubo respuesta, lo intentó otra vez, ahora con voz más alta, pero las palabras desaparecieron en el aire viciado, enmudecidas por montones de papel. Se quedó de pie, en silencio, esperando respuesta, sintiéndose estúpido y asustado al mismo tiempo. La casa no parecía darle la bienvenida. En realidad deseaba que ella no estuviera allí. Había penetrado en su sanctasanctórum y había descubierto su pequeño sucio secreto. La turbación de Moira al enterarse de que había estado en su casa haría casi imposible sus relaciones en el futuro. Había un ligero olor a gas en alguna parte.

Recorrió, una a una, las habitaciones del piso de arriba. No había el menor rastro de Moira. Se preguntó cómo había resistido vivir allí, con sus largas piernas maravillosas y su cabello bien cuidado. Habitaciones oscuras y desatendidas estaban llenas de montones de libros medio podridos, de tapas de revistas y muebles viejos y sucios procedentes, al parecer, de los años cuarenta o cincuenta, sofás rellenos de crin de caballo, sillones de cuero gastados y deslustrados, mesas que se habían vuelto inestables con el paso de los lustros. Las cortinas estaban echadas y no había luz en ninguna parte. Las arañas estaban por todos lados y había indicios de la presencia de ratones. Manchas de humedad oscurecían las paredes y el techo. Las telarañas se habían espesado con gruesas capas de polvo viejo. Los rincones estaban llenos de sombras.

La cocina era todo un revoltijo. El fregadero y la rejilla de secado estaban llenas de platos sin lavar. Una ratonera en un rincón aún continuaba ocupada. El contenido de un cajón de cocina había sido vaciado sobre la mesa y dejado allí: cucharas, tenedores, cuchillos, un colador, un rallador de queso, un cuchillo de cortar pan, roto. Había un calendario de 1967 en la pared. El olor a gas venía de la encimera, que parecía ser más vieja aún que el calendario y debía de tener un pequeño escape.

Las escaleras estaban casi totalmente bloqueadas con libros y ejemplares del *National Geographic*. Al subir por ellas se dio cuenta de lo fría que era la casa. Había un cuarto de baño en el primer piso. Allí, Moira había hecho un pequeño esfuerzo y

las repisas contenían tarros de crema y, en un vaso de porcelana, un cepillo de dientes nuevo. Pero la bañera era vieja y estaba sucia, más aún, mugrienta, como la cortina de plástico que la rodeaba, manchada y grasienta. El asiento del váter se había desprendido de los tornillos que lo sujetaban.

En el piso siguiente había tres dormitorios. Moira no estaba en ninguno de ellos. Jack vio su rostro reflejado débilmente en espejos cubiertos de polvo. Una cama estaba deshecha, con sus sábanas blancas arrugadas, pero en las otras sólo había colchones desnudos, polvorientos y húmedos. En la habitación que tomó por la de Moira, el aire tenía un rancio olor a perfume viejo. Abrió las cortinas y vio capas de polvo colgando a la pálida luz del sol. La habitación era extrañamente fría. Los libros cubrían las paredes. El sol formaba curiosas formas en el desteñido papel de la pared, que ya hacía tiempo que empezó a desprenderse en algunas partes. Se sintió incómodo, lleno de temores que no podía explicarse.

Algo le hizo volver al cuarto de baño. Un grifo goteaba monótonamente en la bañera. Hacía ya mucho tiempo que había dejado una mancha de óxido a un lado. Arriba, una claraboya dejaba filtrar la luz del día. Echó a un lado las cortinas de la bañera. Había una vieja tubería con la salida de la ducha, oxidada y casi desprendida de la pared. El agua escapaba por la junta. Los baldosines estaban manchados y rajados, el esmalte de la bañera faltaba en algunas partes y había en él diversas manchas, algunas de las cuales parecían de sangre.

Sintió náuseas. Era como si aquella habitación y aquella casa estuvieran infectadas de repulsivas sabandijas. De repente sintió llena su vejiga y tuvo necesidad ineludible de orinar. Levantó la tapa del váter y lo hizo. Una corriente de orina amarilla llenó la taza. Algo en el aire hizo que su cabeza se sintiera más ligera. Por debajo del perfume del cuarto de baño, de cremas y aceites suavizantes, otro olor acechaba molesto y desagradable. Puso su mano en el borde de la bañera. Cerca del agujero de desagüe había algo. Se agachó y lo cogió. Era un diente pequeño, con sangre en la raíz. Lo arrojó y, al volver a caer en la bañera, hizo un pequeño ruido seco.

Moira no estaba allí. Tendría que regresar a la biblioteca y empezar a llamar para tratar de dar con ella. Se subió la cremallera del pantalón y tiró de la cadena. No ocurrió nada. Era como si la cisterna estuviera vacía. Se sintió molesto por dejar en la taza del váter una prueba tan evidente de su visita. Reaccionó y volvió a tirar, esta vez con más fuerza.

Ahora la cisterna respondió, aunque a regañadientes. El agua empezó a llegar a la taza y comenzó a hundirse por el desagüe, pero sólo para detenerse después y volver a ascender, como ocurre cuando la taza está embozada más abajo. «Malas conducciones, viejas y desatendidas», pensó. ¿Cómo era posible que Moira pudiera vivir en semejantes condiciones?

El agua empezó a cambiar de color. El amarillo adquirió un tono rosado que, poco a poco, fue oscureciéndose. Hubo un gorgoteo, un fuerte gluglú, y en el fondo de la

taza algo se abrió camino para salir flotando a la superficie. Lo miró fascinado. Era una bola enmarañada de cabellos largos y frondosos. Al final de ellos pendían unos horribles restos de algo que parecía ser piel.

Siguieron días como el hielo, días en lo que todo parecía congelado e inamovible pero volátil en el fondo. La imagen del cabello empapado se mantenía dentro de él, sin que pudiera borrarla de su cerebro. Incluso entre las líneas de los áridos manuscritos surgía de nuevo ante él aquella imagen de cabellos enredados y ensangrentados. No podía trabajar por miedo a ella. A primeras horas lo despertaba, desnudo en su cama y empapado en un sudor frío, como una visión silenciosa que pendía en la oscuridad. Tenía que lavarse las manos y sentarse en el cuarto de baño en espera de que aquel horror se alejara de él.

La encontraron en pequeños paquetes, escondidos detrás de varias filas de libros. Jack no estuvo allí para verlo, pero en sueños lo revivió del mismo modo que antes reviviera las otras muertes que nunca llegó a ver. La evidencia forense indicaba que la carnicería tuvo lugar en la vieja bañera, detrás de las cortinas de la ducha.

La Gardaí interrogó a Jack de manera intensa, pero, al fin y al cabo, fue bien poco lo que pudo decirles. El lazo de unión entre Moira y Denis Boylan había sido insustancial y, aunque tomaron nota de él, Jack pudo ver que le concedían poca importancia. Mencionó el nombre de Rosewicz y las sospechas de Boylan, pero las mentes de la policía estaban fijadas en la idea de buscar a un sicópata, y Jack supo desde el principio que no perderían el tiempo en algo tan tenue como eran sus sospechas. Ni siquiera él estaba demasiado convencido.

Pasaron tres semanas antes de que advirtiera que los documentos en los que trabajaba Moira habían sido revueltos y examinados, de un modo muy inteligente, además. De momento, Jack se hizo cargo de las obligaciones de su antigua jefa y se pasaba algún tiempo, cada día, examinando sus archivos. No resultó una tarea difícil porque Moira, en contraste con su vida doméstica, en su trabajo casi era una fanática del orden y la limpieza. Eso fue lo que provocó su alerta, una marcada discrepancia entre el perfecto catálogo que ella llevaba de las nuevas adquisiciones y préstamos y el estado desordenado y confuso de los materiales en sí. Eso y la forma descuidada con que habían sido manipulados algunos de los papiros.

Notó que el foco de atención del intruso había sido una extensa colección de manuscritos cristianos de los primeros tiempos, que habían sido enviados a Chester Beatty para su examen unos meses antes, desde la Universidad Humboldt del Berlín Oriental. Moira había estado trabajando con ellos antes de su asesinato. Jack se pasó varios días revisando los ficheros y, al final, estuvo en condiciones de comprobar por sí mismo que no faltaba nada, aunque algunos documentos estaban guardados en un cajón del archivo que no era el que les correspondía. La única persona con acceso a esta parte de la colección era él mismo y sabía que no fue él el causante de aquel desorden.

¿Había sido asesinada Moira por alguien que buscaba un manuscrito valioso? Eso, una vez más, también parecía señalar a Rosewicz y durante un rato estuvo pensando seriamente en acudir a la Gardaí con lo que parecían ser nuevas pruebas que establecían cierta relación entre el polaco y la muerte de Moira. Pero aquello era poco consistente. Y no podía creer que Rosewicz hiciera asesinar a Moira simplemente para hacerse con un papiro, por muy valioso que éste fuera.

Entre otras cosas, porque un manuscrito procedente de Chester Beatty sería demasiado fácil de identificar. Y Jack sabía que en el mundo en que se movía Stefan Rosewicz había modos; mucho más sencillos que el asesinato, de conseguir lo que se deseaba. Se pasó un mes revisando la colección a fondo. No faltaba nada. ¿Pudo alguien buscar un documento que no estaba allí? ¿O, simplemente, no fue capaz de reconocerlo? ¿Era posible, también, que la muerte de Moira y la búsqueda en sus documentos no tuvieran relación alguna? Recordó aquellos días en los que alguien estuvo curioseando sus documentos en el estudio de París.

A primeros de noviembre, los miembros del consejo le ofrecieron el cargo que había ocupado Moira. Se pasó una semana pensando en ello y casi había decidido aceptar cuando, de improviso, llegó algo que le hizo cambiar de idea.

Fue una carta de Yigael Goren, desde Jerusalén, en la que se le ofrecía un trabajo. Como parte de sus prácticas de posgraduado, Jack había pasado más de un año en el Yigael's Biblical Institute de la Universidad Hebrea. Ahora Goren le escribía para decirle que se había producido una vacante que necesitaba ser cubierta y que requería a una persona exactamente con las calificaciones y conocimientos de Jack. Le ofrecía un contrato por dos años, renovable. El salario sería igual, o incluso algo superior, a lo que ahora estaba ganando en Dublín.

El primer impulso de Jack fue rechazar la oferta de Yigael. Su inminente ascenso significaba algo para él, pero no lo bastante. Pensó en otro invierno en Dublín, lleno de recuerdos del verano, en el año siguiente y en el que vendría después, en cómo su vida seguiría sujeta al pasado, como pegada con cola. Aquella tarde, a última hora, estudió asombrado la nueva posibilidad. Se fue a dar un largo paseo por la orilla del mar, observando las gaviotas que se elevaban sobre el límite del agua en la playa de Sandymount. Había oro en alguna parte, muy lejos de allí, en el canto de las montañas al otro extremo del mar. Se quedó allí hasta que el oro de la puesta del sol se desvaneció y empezó a oscurecer.

En su camino de regreso, al pasar junto a los campos de rugby de Lansdowne Road, creyó ver a un hombre que lo vigilaba desde las sombras. Cuando volvió a mirar ya no vio a nadie. No podía estar seguro, pero algo le hacía pensar que el hombre era Henryk, el guarda de Stefan Rosewicz.

Cuando llegó a su piso había indicios del invierno en el aire. Las luces ya se habían apagado en las ventanas de enfrente. Tomó su pluma.

«Querido Yigael —escribió—, recibo tu carta exactamente a tiempo...».

Dos días antes de emprender su vuelo, de nuevo tomó el coche y se dirigió al sur. En esta ocasión no brillaba la luz del verano ni tuvo un sentimiento de liberación al dejar la ciudad. Llegó a *Summerlawn* en un día poco acogedor, en un mes desapacible y sin un objetivo concreto. Sólo quería ver la casa, eso era todo. O eso fue lo que se dijo a sí mismo.

Se detuvo cerca de la cancela de entrada y se sentó mirando la casa desde lejos, aun cuando no sabía exactamente qué buscaba. Una o dos veces creyó ver un rostro en una de las ventanas del piso alto, pero no pudo estar seguro de ello, ni siquiera podía decir si seguía viviendo alguien en la casa. ¿Qué ocurriría si ella estuviera allí, si fuera a pasar junto a él en su coche? No había pensado lo que haría en ese caso. Caía la tarde. Podía oír el mar que, detrás de la casa, se agitaba en su lecho profundo.

Parte 2

Instituto Católico para Estudios Bíblicos
Ciudad Antigua. Jerusalén

El padre Raymond Benveniste sacó un pañuelo de su bolsillo, tosió en él y volvió a guardarlo. Estaba resultándole difícil librarse del resfriado que cogió en la costa, dos semanas antes. Se le resbalaron sus gafas y se las ajustó de nuevo detrás de las orejas.

En la mesa, frente a él, había un fragmento de papiro de dieciséis por veintiún centímetros de tamaño. Contenía treinta líneas de escritura en arameo, interrumpidas aquí y allí por pequeños agujeros y manchas, pero legible en general. Su antigüedad había sido fijada de modo digno de confianza. Databa de principios del siglo primero, casi con toda seguridad, de antes de la destrucción del Templo. Jacques de Sacy lo había encontrado seis meses antes entre un montón de otros documentos al realizar una excavación debajo del muro del Templo.

En si no parecía tener mucha importancia. No era más que una carta dirigida a un funcionario del Templo por un corresponsal desconocido. La mayor parte parecía referirse a un determinado tipo de impuestos. Benveniste lo hubiera pasado y cedido para un posterior estudio y su posible publicación en la revista trimestral del Instituto. Salvo que había una pega.

El fragmento contenía una referencia, reconocidamente breve, a los «seguidores de Jesús», un grupo, que aparentemente estaba unido al Templo de algún modo, de «Celosos cumplidores de la Ley de Moisés». Había varias posibles interpretaciones de ese párrafo. Por sí mismo podía causar cierta excitación. El director estuvo casi dispuesto a dejarlo seguir su camino.

Pero en Roma había gente que prefería extremar las precauciones sobre determinadas cosas. En su última visita, el cardenal della Gherardesca, de la Comisión Bíblica, habló francamente con él. Recientemente se había publicado cierto número de libros que sugerían que Jesús fue algo más que un hasid judío, el hijo de un académico, un naggar, y que la palabra aramea carpintero, empleada para definir la profesión de su padre, había sido utilizada en el sentido metafórico. Se sugería, también, cada vez con mayor frecuencia y no sólo en círculos profesionales, que la iglesia primitiva fue mucho menos radical de lo que a los discípulos de san Pablo les hubiera gustado hacer creer al mundo. Los primeros cristianos se consideraban a sí mismos judíos y permanecieron fieles en el cumplimiento de la ley judía. Tales ideas eran herejía y capaces de llevar a mayores herejías. Había que hacer todo lo posible para resistirse a ellas.

Benveniste miró de nuevo el trozo de papiro. Apenas si era importante. Pero podía ser considerado como otra prueba más que confirmara tales escandalosas

teorías. En manos equivocadas podía ser utilizado de modo perverso.

Sacó una caja de cerillas de su bolsillo. Como científico debería avergonzarse de lo que estaba a punto de hacer, pero como sacerdote había sido entrenado en la obediencia. Su mano ni siquiera tembló cuando encendió la cerilla.

Dublín. 4 de noviembre de 1992

Brillaba el sol cuando salió de Jerusalén. Pero al llegar a Dublín ocurría todo lo contrario y tuvo la impresión de volver a encontrar la misma lluvia que dejó cuando se marchó cuatro años antes. Bajar del avión fue, inevitablemente, uno de aquellos momentos en los que tenía que preguntarse a sí mismo si había cambiado o seguía siendo el mismo. De momento, todavía no sabía la respuesta. Primero tenía otras cosas que hacer. Había llegado a Dublín para enterrar a su madre. «Un viaje muy largo —pensó— para una ceremonia tan breve».

Había arrendado su propio piso, así que tuvo que quedarse con su padre en Terenure. Los padres de Jack no tenían más hijos y ahora él y su padre se habían quedado solos, con dos tipos de pena muy distintos. «Será un entierro desolador», pensó Jack y demostró tener razón. Con su única excepción, todos los demás asistentes eran ancianos. Sus cabelleras blancas se agitaban al viento que soplaba sobre la tumba. Vieron incrédulos cómo el barnizado ataúd resbalaba hasta ocupar su lugar. Eran dóciles y atentos, cuidadosos cuando se alejaban, solos o en parejas. Jack, asustado de la debilidad de su padre, le sujetó su delgado brazo. No se le saltaron las lágrimas.

Caitlin y Siobhan estaban enterradas en el mismo cementerio, un poco más al Este. Sus tumbas se mantenían bien cuidadas, con flores de invierno frescas. Jack le enviaba dinero a su padre regularmente para asegurarse de que allí crecían flores en cualquier estación del año. Cuando terminó el funeral y el anciano hizo su plegaria de despedida, él y Jack cruzaron el cementerio y se dirigieron a la tumba de Caitlin y Siobhan. Jack les había traído rosas. Su color rojo fue como un milagro sobre la blancura del mármol. Leyó los nombres en la lápida como si todavía no creyera que eran ellas las que yacían allí. Sobre su cabeza voló un pájaro cruzando el cementerio. Y él pensó en una caída de gaviotas sobre Howth Head y en su vida revolviéndose en las rocas de abajo.

Regresaron juntos a casa y, en privado, rezaron oraciones judías. Jack recitó el *kaddish* de modo elegante, para consolar a su padre más que para sí mismo. En los tres últimos años había llegado a hablar hebreo con fluidez.

—¿Qué piensas hacer ahora? —le preguntó cuando estuvieron solos, para abrir la conversación.

—¿Hacer? ¿Qué es lo que me queda por hacer, Jack? Tu madre ha muerto y yo la seguiré muy pronto. No tengo nada que hacer.

—Tú nunca fuiste así, padre. No recuerdo haberte oído hablar nunca de ese modo.

—Tu madre no estaba muerta. Yo no era viejo.

—No eres tan viejo. En la actualidad, setenta años no es ser viejo. Sigues bien de salud. Me has contado que cuando saliste del campo de concentración eras como un anciano. Y probablemente tu salud era peor que la que tienes ahora.

—Tenía veintitrés años. La guerra había terminado y yo era libre, verdaderamente libre por primera vez en mi vida. Tenía la sensación de que podía ir a cualquier parte y ser lo que quisiera.

A su alrededor, la habitación se iluminó con el pasado de Jack. Las paredes estaban llenas de fotografías, objetos familiares, que deberían haber sido eliminados muchos años antes, los primeros libros que leyó. En un cambio de papeles poco natural, Jack intentó ilustrar a su padre sobre la naturaleza de la pena.

—Vente a Israel conmigo —le dijo—. Aún no es tarde para hacer *aliya*. Tal vez puedas encontrar algunos de tus viejos amigos.

—Todos mis amigos están muertos. Yo fui el único superviviente.

Antiguas heridas. Jack debió darse cuenta de que era mejor no tocarlas y, menos aún, en aquellos momentos en los que una nueva acababa de abrirse.

—Piénsalo —insistió—. Puedes vivir conmigo en Jerusalén.

—No, Jack, me siento cansado. Muy cansado. Ni siquiera Jerusalén puede cambiarlo.

—Pasará.

Su padre levantó una ceja. Jack recordó el gesto de su niñez. Sus primeras lecciones de ironía las recibió de su padre. El anciano era entonces profesor de matemáticas en el Stratford College.

—¿Pasará? —preguntó.

Jack no respondió. Él también estaba cansado.

A la mañana siguiente visitó la biblioteca. Muchas cosas habían cambiado. Había un nuevo director bibliotecario, un nuevo director de manuscritos occidentales y un desconocido, Carmody de nombre, ocupaba el puesto que antaño tuvo Jack. Pero Mary seguía allí. Y también el pez continuaba nadando en el estanque.

Tuvieron un agradable almuerzo seguido de un paseo por calles tranquilas. Después, Jack dedicó toda la tarde a conversaciones con Carmody sobre temas profesionales.

Cuando terminaron de hablar, salieron a los jardines para fumar un cigarrillo. No había nuevas pistas en la búsqueda del asesino de Moira, le dijo Carmody. Era un joven de Meath, con el pelo rojo, recién salido de la universidad y ansioso de complacer. Tenía todo el aspecto de un jugador de fútbol irlandés de pura cepa, pensó Jack. Un producto de la educación de Hermanos Cristianos, orientada hacia los idiomas orientales gracias a sus muy alabados conocimientos de gaélico y latín.

—Dime —dijo Jack cuando estaba ya a punto de marcharse—, ¿has oído hablar

de un hombre llamado Rosewicz?

Carmody lo miró inexpresivo.

—¿Debería ser así? —preguntó.

—Pensé que podrías. ¿No ha venido ninguna carta de un lugar llamado *Summerlawn*? En el condado de Cork.

Carmody negó con la cabeza.

—No de Cork. ¿Es amigo tuyo?

—No —le respondió Jack—, no es un amigo. Sólo alguien a quien conocía.

Aquella tarde, a última hora, trató de telefonar a *Summerlawn*. Algo parecía ir mal con la línea. Después de varios intentos llamó a la operadora. La línea había sido desconectada. No, no podrían decirle cuándo la desconectaron ni por qué.

Aquella noche soñó con Maria, con gran realismo, y por la mañana decidió emprender el viaje hacia *Summerlawn*. No sabía por qué razón. Era posible que alguien en Baltimore supiera algo de lo ocurrido. Su padre parecía ahora algo menos desanimado y unos amigos lo habían llamado para comer con él. Jack le prometió que volvería al día siguiente a más tardar.

Durante el viaje no ocurrió nada importante. La luz grisácea del otoño se reflejaba en las colinas verdes y un viento frío ponía a prueba el suelo, preparándolo para el invierno en puertas, mientras los pájaros se posaban en las ramas desnudas de los árboles. Después de la seca aridez del paisaje de Israel, el verse allí, de vuelta, fue casi una conmoción. Su automóvil de alquiler no iba nada bien y eso le producía cierta tensión. En esta ocasión no estaba dispuesto a quedarse esperando fuera, como hiciera la última vez que estuvo allí.

En Baltimore se sintió tentado a detenerse en el Noonan's para tomar un trago, pero una vez que ya había ido tan lejos, estaba impaciente por terminar su viaje. Se dirigió a la costa. El sol surgió tras un banco de nubes en el oeste. Todo su problema con Rosewicz había sido un malentendido, pensó, nada que no pudiera resolverse. Tal vez Maria estaría allí. Se permitió pensar en la posibilidad de un regreso a *Summerlawn*.

Algo no era como debía ser. Se dio cuenta desde el momento en que entró en la pequeña carretera que conducía a la casa. Superficialmente todo parecía como él lo recordaba. Sin embargo supo en seguida que se equivocaba, que algo había cambiado.

Antes de llegar a las puertas de hierro de la verja, detuvo el coche y paró el motor.

Descendió. En la distancia podía oír el familiar batir del mar. Aparte de eso, había un gran silencio. Al rodear la curva tuvo la cancela delante de él y se sorprendió mucho al ver que la puerta estaba abierta. No descubrió lo ocurrido hasta después de traspasarla. E incluso entonces no pudo creer lo que veía.

Donde estuvo *Summerlawn*, ahora no había otra cosa que unas ruinas

ennegrecidas. Mientras seguía allí, de pie, atónito, vio una bandada de aves negras que se levantaba del montón de escombros calcinados. Giraron dos veces sobre ellos y, después, abruptamente, dieron la vuelta y pusieron rumbo al este.

Nadie en Baltimore fue capaz de contarle algo que tuviera sentido. La casa se había incendiado hasta su total destrucción aproximadamente un año antes. Las llamas pudieron verse a varios kilómetros a la redonda. Cuando llegaron a la casa los bomberos, procedentes de Skibbereen, ya no había nada que hacer, excepto contemplar el espectáculo. No tenían ni el equipo ni la preparación necesarios para intentar salvar la mansión. Ahora, ya no era otra cosa salvo una ruina más en espera de que la hiedra cubriera por completo sus muros.

Preguntó con torpeza si alguien había muerto en el incendio y le aseguraron que no hubo víctimas.

—¿Y dónde está ahora el señor Rosewicz? —preguntó.

Nadie lo sabía. O si lo sabían no quisieron decírselo. Alguien pensaba que había vuelto a algún lugar de Europa. Otro hombre fue de la opinión de que el polaco se había comprado una casa más pequeña en Londres.

—¿Y su biblioteca? ¿Quedó destruida?

Nadie tenía idea de la existencia de aquella biblioteca. Si estaba en la casa debió arder como todo y se habría convertido en humo y poco más. Nada de la casa se había salvado.

Después de haber emprendido el viaje de regreso, se dio cuenta de que no había preguntado cómo comenzó el fuego. Ni si fue un accidente casual o la obra intencionada de un incendiario.

Eran más de las nueve cuando llegó a Dublin. Durante todo el camino de regreso fue creciendo su tormento por la pérdida de *Summerlawn* y, con él, el dolor que sentía siempre que recordaba la última noche con Maria. En ocasiones, en Israel, el cielo se llenaba de estrellas tan luminosas y abundantes que a veces creyó que acabarían por curarle del hambre con que salió de Irlanda. Pero aquella noche, a su regreso de *Summerlawn*, pensó que terminaría por volverse loco si no veía otra vez a Maria.

Había luz en la casa, pero su padre no estaba en el piso de abajo, Jack entró en la cocina y vio sobre la mesa y el fregadero los platos y los restos de una comida normal.

Llamó a su padre por si estaba arriba, pero no obtuvo respuesta. A veces su padre se quedaba dormido temprano. Debía de haberse ido a la cama, pensando que Jack no volvería hasta el día siguiente.

Más tarde, al irse a la cama después de una cena para la que tuvo escaso apetito, Jack se dio cuenta de que la puerta del dormitorio de su padre estaba abierta y la luz encendida. Se preguntó si su padre estaba leyendo. A veces se despertaba por la noche o de madrugada y se ponía a leer una novela de misterio.

Asomó la cabeza por la puerta y pudo ver que su padre dormía pese a haber dejado encendida la luz de la mesilla de noche. Jack entró de puntillas y se llegó hasta el otro lado de la gran cama de matrimonio. No había vuelto a estar allí desde que era un chiquillo. Su padre parecía tranquilo y puso cuidado en no despertarlo.

En el momento en que se inclinaba para apagar la luz, vio la carta. Y en seguida el frasquito de medicina vacío. Asustado, volvió a mirar a su padre con mayor atención. Lo que había tomado por calma y paz era otra cosa. Eli Gould se había hecho su propia *aliya*; se había ido a su hogar en su propio momento, a su propio Jerusalén.

Se quedó en Dublín sólo el tiempo necesario para poner en orden los asuntos de sus padres. No se sentía capaz de enfrentarse a nada más. Había heredado una casa y un poco de dinero, lo suficiente para darle un mínimo de seguridad financiera. El dinero procedente de la venta de la casa, por sí solo, ya le bastaba para vivir en Dublín durante algún tiempo hasta decidir qué era lo que verdaderamente deseaba hacer. Pero, al menos de momento, se sentía incapaz de tomar cualquier decisión.

Estaba seguro de una cosa: no podía soportar volver a Dublín para vivir allí. Todos aquellos a los que amó habían muerto o desaparecido. Su esposa y su hija descansaban con su madre en un mismo cementerio. Su padre, separado por su fe, en otro. Maria se había casado y estaba fuera de su alcance. Irlanda no guardaba nada para él sino penas y desengaños.

En el vuelo de regreso a Israel descubrió que la muerte de sus padres no le preocupaba tanto como la pérdida de *Summerlawn* y todo lo que aquello representaba. La casa y sus recuerdos. Los recuerdos de todo un verano regresaron a su pensamiento sin ser invitados ni deseados. Había sido expulsado del paraíso, o así se lo pareció entonces, y ahora no había modo de poder volver a él. Por encima del ronroneo de los reactores del avión podía oír el murmullo de las olas al romper en la playa o el sonido de pasos de pies desnudos sobre la arena. En una ocasión, al cerrar los ojos, imaginó a Maria, que corría alejándose de él por un prado verde. Y mientras corría, arrojaba al aire una pelota roja que volvía a coger y lanzar una y otra vez. Trató de llamarla, de advertirla del acantilado que había delante de ella. De repente, la joven se volvió y sonrió. Pero el rostro que vio fue el de Caitlin.

A su regreso a Jerusalén tenía una carta esperándolo. Llevaba el matasellos de Moscú. Era la primera vez que Jack veía un sello de correos de la nueva República Rusa. Adivinó la identidad de quien le escribía aun antes de abrir el sobre.

Iosif Sharanskii era catedrático de idiomas del Oriente Medio en la Universidad de Moscú. Él y Jack se habían encontrado en varias conferencias internacionales y con el paso de los años aquel conocimiento había madurado hasta convertirse en una estrecha amistad, pese al poco contacto directo que mantuvieron entre ellos. Bajo el régimen comunista, Iosif no pudo conseguir permiso para visitar Israel, puesto que era judío y podía no regresar. Sin embargo, la calidad de su trabajo le había ganado gran respeto y consideración, principalmente fuera de Rusia. Aparte de sus artículos en su propio idioma, había contribuido con numerosas obras en inglés en publicaciones internacionales tales como el *Journal of Semitic Studies* y el *Zeitschrift für neutestamentliche Wissenschaft*, todas ellas redactadas con un estilo fluido, aunque idiosincrático, que le daba incluso al más seco estudio una amena ligereza y un toque de humor no buscado y poco frecuentes en ese tipo de trabajos.

La carta había sido mecanografiada con una antigua Olivetti portátil que Jack le regaló a Iosif años antes, con motivo de su cuadragésimo cumpleaños. A la máquina de escribir le faltaba la tecla con la letra V, que se rompió y nunca más fue sustituida; Iosif se veía obligado a utilizar la U en su lugar, lo que daba a sus cartas un aspecto curioso y medieval. El delgado papel y las letras desiguales eran incluso más pobres que sus predecesores soviéticos. Causaban la impresión de que nada había cambiado para mejorar.

Querido Jack:

Hace mucho tiempo que no has escrito. Es posible que ya no recuerdes tanto a tu viejo amigo. Yo pienso en ti con frecuencia, a veces con lágrimas en los ojos. Ahora pienso en ti, viviendo y trabajando en Jerusalén, y estoy seguro de que estaré contigo pronto. Es posible que incluso haya «aliya», pero todavía no. Ahora que soy libre de poderme ir, la necesidad no parece tan grande.

Aquí, las cosas no van demasiado bien. La gente sufre mucho, pero ¿qué podemos hacer? ¿Otra revolución? No, nos limitamos a seguir esperando, como siempre. Como nuestro mister Micawber, esperamos que ocurra algo. Suiza es peor que antes, no lo sé. Algunos así lo dicen, pero yo creo que están equiuocados. Antes yo no podía hacer «aliya», pero ahora hasta eso es posible.

Debes venir a Moscú tan pronto como recibas esta carta. Es muy urgente y no debes retrasarte. No puedo explicártelo. Incluso ahora las cartas suelen ser abiertas. Las cosas aquí no son como parece. Por favor, no esperes a las próximas vacaciones, ni siquiera al próximo fin de semana. Aunque en tu trabajo no te den permiso, debes venir. Ya comprenderás por qué cuando estés aquí. Perdóname que no te lo explique. Tengo mis razones.

Si escribes a tu padre y a tu madre, mándales mis saludos. Los recuerdo muy bien de mi estancia en Dublin. ¡Qué maravillosa ciudad y qué triste que la hayas abandonado! Y aquel pez encantador en el

pequeño estanque. Pero creo entenderte y no voy a hablarte más de ello. Leah te envía su cariño. Y la pequeña Sima, a la que no has visto. En esta ocasión te quedarás con nosotros. Nada de hotel Akademicheskaya, ni de dezhurnaya a la que sobornar con medias y lápices de labios.

Tu amigo,

Iosif

Jack se asomó a su balcón. Desde allí, en el Mount Scopus, podía ver la ciudad, que se extendía a sus pies como un pueblo modelo, y más allá, detrás de ella, por el Este, el sol de la tarde se reflejaba en la Cúpula de la Roca. Era una ciudad de cúpulas y pináculos, capa sobre capa, como una tarta gigantesca sin glasear en su parte de arriba.

Y detrás de todo, detrás de la luz del sol y de las piedras, detrás de los siglos de odios y rencores, vio una ciudad quemada, la ciudad de cenizas y ruinas, Jerusalén caída.

Y allí, en medio de ella, rodeadas por las aguas, estaban las ennegrecidas ruinas de *Summerlawn*, como si se burlaran de él.

Moscú. Noviembre de 1992

Iosif había cambiado. No tanto envejecido como alterado de un modo indefinible. Jack, al verlo, recordó la delicada reproducción de una pintura querida, perfecta en todo detalle, pero, sin embargo, muy diferente en textura del original. Como si la carne, al igual que sucede con la pintura, con el paso del tiempo hubiera sido sustituida por algo menos firme.

—Jack —dijo Iosif mientras abrazaba a su viejo amigo; después lo alejó hasta mantenerlo a la distancia de los brazos. Estaban en la explanada del aeropuerto, y una multitud de viajeros, vestidos con ropas muy gruesas, hablaban en voz alta, yendo de un lado para otro sin propósito aparente—, ¿por qué me miras así?

Jack sonrió. Encontró duro tener que decírselo. Habían sucedido tantas cosas desde su último encuentro...

—Has cambiado, Iosif.

El pequeño profesor se echó a reír. Era un hombre de baja estatura, con el rostro redondo y ojos penetrantes e impacientes. Sus mejillas y su frente tenían la gracia sutil de la arcilla cuando está siendo trabajada. En cierta ocasión le dijo que era el rostro de su padre, que él continuaba rehaciendo. Y el rostro seguía sin estar acabado. Todavía no había en él una imagen determinada. Vestía un gorro de piel y abrigo, ambos ya bastante usados. Jack estuvo con él el día en que los compró, tiempo ha, en una pequeña *odezhda*, junto al muelle Frunzensky. Debajo del abrigo, Iosif llevaba una bufanda amarilla y llamativa, la única nota de color que se permitía.

—Todos hemos cambiado, Jack. Mira a tu alrededor. ¿Lo ves? Nada es lo mismo.

—A mí, todo me parece igual. Menos lo *militsia*, eso es lo único distinto.

—No miras del modo apropiado, Jack. Después te enseñaré a hacerlo. Ahora ven conmigo. Mi familia debe de estar cada vez más inquieta. Estará preguntándose dónde está el famoso Jack. Mi coche está en el aparcamiento.

Pronunció la última frase con aparente sencillez, pero en ella pudo apreciarse cierto matiz de orgullo.

—¿Tu coche? Vaya, sí que han cambiado las cosas, Iosif.

El ruso dejó escapar un gruñido, pero se sintió satisfecho con la reacción de Jack.

—¿Lo ves? Es lo que te he dicho. No ves nada de nada.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Iosif? Los ingleses no tenemos un doble negativo.

Iosif volvió a reírse y le indicó el camino hacia el coche, que esperaba en el aparcamiento próximo a la terminal: un pequeño Moskovitch de color verde que conoció mejores días. Pero funcionaba y, en ocasiones especiales como ésta, Iosif podía ahorrar la suficiente gasolina, 93 octanos, para poder usarlo.

Mientras Iosif colocaba las maletas en la parte de atrás del coche, se volvió a Jack. La sonrisa había abandonado su rostro.

—Jack, siento mucho lo de tus padres.

Jack le dio la mala noticia en la misma carta en la que le confirmaba su intención de ir a Moscú.

—Mi padre no pudo seguir viviendo sin ella, ya sabes. Yo lo comprendo. Me sentí igual cuando...

Se detuvo. Había resuelto no hablar del pasado. Iosif lo cogió del brazo.

—Lo siento, Jack. Demasiadas desgracias para ti.

En silencio subieron al coche.

Entraron en la ciudad por el noroeste, siguiendo la autopista de San Petersburgo, que hasta no hacía mucho fue la autopista de Leningrado. Iosif era, sin duda, el peor conductor con el que Jack compartió un vehículo en toda su vida. La única satisfacción era que el coche parecía no poder superar los sesenta kilómetros por hora. Se dio cuenta de que por todas partes habían cambiado los nombres de las calles y de los edificios.

—Ahora nadie puede encontrar su camino, Jack. La calle Gorky es ahora Tverskaya; Chkalova se ha convertido en Zemlyanoy; Marx Prospekt es la calle Makhovaya. Les cambiamos los nombres, pero las calles siguen siendo las mismas.

Pasaron tres *erizos*, las oxidadas barreras antitanques que señalaban el lugar más avanzado al que llegaron los alemanes durante la segunda guerra mundial. Apenas si había tráfico. Algunos de los pocos dueños de automóviles habían empezado ya a poner sus tesoros a resguardo para pasar el invierno. Y muchos otros no podían permitirse el lujo de circular con ellos. El precio del combustible era astronómico.

—¿Cómo te las arreglaste para conseguir un coche, Iosif? Creo que aquí son como oro en polvo.

—Lo son, pero además más útiles. Mi primo Yitzhak, que ahora está en Israel, me envió algo de dinero para que pudiera comprarlo. Es por Sima, principalmente, para poder sacarla de Moscú, lejos de la contaminación, que está haciéndose insoportable. Así puedo llevarme a Leah y a la niña al campo. Quizá un día logre comprar una dacha.

Una ligera capa de nieve que empezaba a helarse cubría el suelo y brillaba al reflejar la luz del sol. Cruzaron el río. A ambos lados de la carretera se alineaban sombríos edificios de diseño neoclásico.

—No tardará mucho en caer una verdadera nevada —le comentó Iosif—. Se dice que éste será un duro invierno. Naturalmente, cada año se dice lo mismo, pero...

Dejó sin terminar la frase y miró con cierta turbación a su amigo, con una media sonrisa en los labios.

—¿Pero...?

—Este año será más duro que la mayoría y no me refiero exclusivamente al tiempo climatológico. No hay bastante comida para tanta gente. Y lo poco que hay es tan caro que no está al alcance de nadie. El combustible para la calefacción escasea. Quienes se gasten el dinero en comida para no morir de hambre, se morirán de frío. Este invierno morirá mucha gente en Rusia.

Saltaron sobre unos baches, y al llegar a la torre de cemento y cristal del Instituto Hidroproiekt, giraron a la izquierda. Un pequeño Zaporozhet los adelantó por la parte interior y se colocó delante de ellos en su propia línea, casi cerrándoles el paso.

—¡Jóvenes! —protestó Iosif—. No miran el riesgo.

Jack afirmó con la cabeza. Pero lo cierto era que hubiese preferido estar en el Zaporozhet.

La ciudad empezaba a ensancharse a su alrededor. Edificios altos y grises con las ventanas sin limpiar, trolebuses, llenos de pasajeros silenciosos con el rostro grisáceo, pasaban arriba y abajo por las calles casi desiertas, en cuyas aceras un puñado de vendedores de cualquier cosa trataban de ganarse la vida en la economía de mercado libre de la nueva Rusia.

—¿Para qué me has pedido que viniera, Iosif?

—¿Tiene que haber una razón? ¿No crees bastante el deseo de ver a un viejo amigo?

—En tu carta decías que era urgente. No me has hecho venir simplemente para hablar de los viejos tiempos.

Iosif cambió de marcha con poca habilidad y trató de adelantar a un autobús. Pero era un desafío demasiado grande para él. Volvió a colocarse detrás.

—Tengo un motivo, Jack. Pero, por favor, prefiero no hablar de ello ahora. Estás agotado y debes descansar. Leah está preparando la comida. Una comida especial en tu honor. Y Sima... Piensa que va a ver a un tío largo tiempo perdido. Está muy excitada e impaciente, llena de ganas de conocerte.

Hizo una pausa. Unos ligeros copos de nieve caían por ambos lados. La ciudad se los tragaba.

—Es importante, ¿verdad?

Iosif miró a los lados. En sus mejillas, un tenue tinte grisáceo mostró su preocupación.

—Sí —respondió—. Muy importante.

La familia Sharanskii vivía en Stavokokyuskenii Pereulek, un callejón en Nueva Arbat, al principio de lo que antes fue Kalinin Prospekt y que ahora se llamaba calle Arbat. Estaban a unos cientos de metros del puente Kalinin, que atravesaba el río hasta donde se alzaba la masiva torre del hotel Ukraina. Jack estuvo allí antes, porque en los días del antiguo régimen era ilegal que los ciudadanos soviéticos ofrecieran alojamiento a los visitantes extranjeros.

El apartamento de cuatro habitaciones de los Sharanskii estaba situado en un oscuro bloque en torno a un patio central. Construido durante la era de Khrushchev, a principios de los sesenta, parecía tener más de treinta años. La luz del sol no llegaba al patio. En verano era un lugar desolado, en invierno una prisión. Cuando Iosif guió a su amigo desde la calle en la que había dejado aparcado el coche, empezaba a oscurecer.

—¿Lo ves, Jack? —Iosif extendió el brazo indicando la fachada, que parecía desmoronarse, y las oscuras escaleras, que olían mal—. Ahora somos ciudadanos libres. Nuestro hogar es nuestra fortaleza.

Entrar en el piso fue como llegar a un mundo diferente. Las pequeñas habitaciones eran cálidas y estaban alumbradas suavemente. Las llamas de las velas se reflejaban en un espejo y en la panza pulida de un samovar. Todo rincón disponible estaba lleno de libros y papeles. No como lo estuvieron en casa de Moira, llenos de bichos y telarañas, sino limpios, sin polvo y listos para ser utilizados.

Leah se adelantó unos pasos para recibirlo. Hubo un breve silencio, como un anuncio de su llegada. Sus ojos captaron la luz. Sonrió tímidamente. «¡Qué encantadora es!», pensó Jack. Tenía el cabello largo y suelto, del color de una llama, la piel pálida y la cintura estrecha. Alrededor del cuello llevaba un pañuelo de seda con el Árbol de la Vida, que Jack le había comprado años antes en Liberty's.

Apenas tuvieron tiempo de intercambiar saludos cuando un ligero movimiento detrás de Leah llamó la atención del visitante. Tratando de mirar desde detrás de su madre estaba la criatura más bonita que Jack había visto en toda su vida.

—Buenos días, Serafima Iosifovna —dijo con toda la formalidad de su mejor ruso.

La niña no reaccionó conscientemente, con una risita o una sonrisa afectada, sino que conservó sus grandes ojos negros fijos en él, como si quisiera formarse una idea de cómo era. Sima era uno de esos niños que no intentan ganarse favores o regalos tratando de hacerse los simpáticos o los graciosos con los adultos que entraban y salían de sus vidas. A la edad de seis años tenía ya su propia personalidad. No juzgaba a los adultos por la cantidad de chokolatinas o golosinas que pensaba que podían guardar en un bolsillo de su abrigo, sino por aquellas cualidades internas que salían a la superficie. No sonreía sin razón. Pero cuando lo hacía, nadie podía olvidar su sonrisa.

Jack se mereció una de esas sonrisas, que le cogió desprevenido. Con su inocencia, Sima rozó heridas todavía abiertas. Él le devolvió la sonrisa, temiendo durante todo el tiempo que pudiera romper a llorar. Se dio cuenta de que Leah lo había advertido.

—Me alegro mucho de conocerte, tío Jack —dijo Sima en inglés—, sé bienvenido.

Si hubo algo de hielo se fundió por completo. Jack fue conducido a la mesa ya preparada para la cena. Sobre un mantel blanco, una variedad de platos y tazones

brillaban a la luz de las velas. Iosif y Leah habían pedido prestadas a sus vecinos algunas piezas de vajilla hasta reunir las suficientes para poner una mesa de modo adecuado. La cubertería era prerrevolucionaria, propiedad de un profesor de física que podía permitirse el lujo de comprar esas antigüedades.

La cena fue deliciosa. Mientras comía, Jack se dio cuenta de que aquellos manjares debieron costarle a su amigo al menos una semana de su sueldo. Los catedráticos y profesores estuvieron bien considerados por el Estado soviético, aunque no hasta el punto de ser bien pagados. Ahora no había dinero para pagarle a nadie. Un amigo de Jerusalén le dijo que un catedrático del prestigio de Iosif podría ganar unos veinte mil rublos al mes. Sonaba como si fuera mucho dinero^[6], pero un chico vendiendo periódicos en la calle podía ganar mil en un día. Leah, supuso Jack, debió haberse pasado una semana o más comprando lo necesario para preparar los diversos platos, consiguiendo lo que pudo en el mercado negro.

Después de comer se sentaron en cómodos sillones para tomar café y vodka con pimienta en pequeños vasos helados. Jack les había llevado el café. De una de sus bolsas de viaje sacó los otros regalos. Para Leah medias, un pañuelo de Hermès y un colgante con su nombre en letras hebreas; para Sima otro colgante idéntico, así como una enorme caja de pintura y un gran bloc de dibujo; para Iosif, varios programas de ordenador y una nueva edición de los poemas selectos de Bialik. Cuando cesaron las palabras de agradecimiento, Jack sacó otro paquete de su bolsa.

—Aquí tienes —dijo mientras se lo entregaba a Iosif—, es todo tuyo.

Iosif abrió el paquete. Era un vídeo.

—No debiste hacerlo, Jack. Es demasiado dinero...

—Supongo que ahora no resultará fácil conseguir uno de estos chismes aquí, en Moscú.

—No, claro que no. Pero...

—Y aquí tienes, para que puedas usarlo. Trataré de enviarte más cuando me sea posible.

Le entregó a Leah una videocasete de la obra maestra de Parajanov, *Nran Gouyne* o *El color de las granadas*.

—¿Cómo...? —Ella se lo quedó mirando atónita—. ¿Cómo lo has recordado?

En su anterior visita, Leah le contó que había visto *El color de las granadas*, en el Oktyabr Cinema, y que nunca más pudo volver a verla.

—Ahora podrás verla tantas veces como quieras —le dijo Jack.

—¿Tú la has visto?

Él negó con la cabeza.

—Entonces la veremos esta noche, si no estás demasiado cansado.

Iosif interrumpió.

—Le he dicho a Jack que debe descansar. Mañana tenemos cosas muy importantes que hacer.

—Está bien. Me gustará ver la película —respondió Jack. Pero no era el film lo

que quería ver, sino las caras de Iosif y Leah mientras conectaban el vídeo a su vieja televisión Pagoda, nerviosos por la idea de que no funcionara. Jack tenía un amigo en Dublín, un conocido para ser más exacto, que era bastante rico y cada año compraba un nuevo televisor y un nuevo equipo de vídeo, para estar seguro de que siempre tenía lo último de lo último, con botones que nunca usaba o que ni siquiera necesitaba usar. En el espacio de un día, Jack había hecho un viaje muy largo y no sólo en distancia.

El color de las granadas es una película basada en la vida de Sayat Nova, poeta y monje armenio del siglo XVIII. No había diálogos, sólo recitales de su música y su poesía. El idioma era armenio, que ninguno de ellos entendía, por lo que tenían que ir leyendo los subtítulos en inglés. Pero las palabras no importaban realmente.

Las escenas se sucedían unas a otras no como se cuenta una historia, sino como pinturas en miniatura que ganaban vida. Agua y sangre y el jugo de las granadas pasaban dando forma a la vida entera del poeta. Un hombre dejando caer cenizas sobre un paño. Una concha descansando sobre un seno de mujer. Un caballo encabritado.

No era el film más bello que Jack había visto en su vida. Sima quedó cautivada por él, aunque era demasiado joven para entenderlo. Durante más de una hora estuvieron sentados juntos en la pequeña habitación de paredes húmedas, como transportados a un país mágico.

Jack se quedó dormido antes de que la película terminara. Aquella noche no soñó.

A la mañana siguiente se despertó temprano en el dormitorio de Iosif y Leah. Le habían dejado su cama matrimonial mientras ellos se conformaron con delgados colchones en el suelo de su pequeña sala de estar-comedor. Un poco de luz entraba por la angosta ventana del dormitorio. A través de las delgadas paredes podía oír el ruido de voces, el agua del váter en el piso de arriba y un aparato de radio con música pop rusa. Todavía medio dormido, Jack se vistió y se dirigió al pequeño cuarto de baño.

Cuando apareció en la sala de estar, afeitado y peinado, sus anfitriones estaban desayunando. En la mesita que servía de escritorio a Iosif, Sima, que ya había desayunado, estaba muy ocupada pintando. Sonrió cuando Jack entró en la habitación. La habían peinado con trenzas a ambos lados de la cabeza.

—Muchas gracias —le dijo Leah—. La película es muy bonita. Ahora, cuando vengan mis amigos, no tendré que esforzarme en contársela. Podrán verla ellos mismos.

—Asegúrate de que tu hija no se trae a casa alguna Tortuga Ninja.

Leah movió la cabeza, intrigada.

—¿Tortugas? Lo siento, no...

—No tiene importancia. Será mejor que nunca sepas de qué va.

Durante el desayuno, Iosif parecía pensativo. En más de una ocasión, Leah le dirigió miradas llenas de preocupación. Él hizo una llamada telefónica y habló en ruso, tan rápidamente que Jack no pudo entenderlo.

—He fijado una cita para nosotros en la Biblioteca Estatal —le explicó mientras colgaba el auricular—. La recordarás como la biblioteca Lenin. Nos esperan a las diez. No tenemos que correr. No está lejos.

El desayuno consistió en *blinchiki*, una especie de tortillas de harina rellenas de queso, acompañadas de té negro muy dulce, recién salido del samovar. Los sabores le eran familiares, desde su estancia en Israel, pero la calidad era mejor. O quizá se trataba de la satisfacción de desayunar en agradable compañía. Pese a su dicha por encontrarse con viejos amigos, le resultaba imposible evitar que la tristeza lo visitara de vez en cuando.

Antes de partir para la escuela, Sima le entregó la pintura en la que había estado trabajando.

—Éste eres tú —le explicó en su pasable inglés—, y éstos son mamá, papá y Sima. Así te acordarás de nosotros y volverás a vernos.

Sus ojos le recordaron a los de Siobhan. Oscuros, serios, llenos de vida. Se agachó para besarla. Leah lo observó en silencio.

—*Otvezitie menya, pazhalista, v zoosad.*

Jack miró a Leah en busca de ayuda.

—Pregunta si vas a llevarla al zoológico. Debes decirle que estás demasiado ocupado.

—Claro que no. Dile que será un honor para mí.

Leah sonrió y tradujo sus palabras. Sima aplaudió, tomó su mochila y corrió a la puerta. Leah la siguió diciéndole que fuera más despacio.

Jack las vio marchar. Pensó que estaba enamorándose de Sima.

La Biblioteca Estatal estaba situada en el otro extremo de la calle Arbat y era un enorme edificio gris que ocupaba toda una manzana. Desde el elevado tejado, figuras de piedra contemplaban la multitud de peatones que pasaban bajo ellas. En un terreno más elevado, detrás del edificio principal, estaba el anexo, una mansión neoclásica conocida como la Casa Pashkov, que había sido incorporada a lo que en 1940 era la biblioteca Lenin. Iosif llevó a Jack hasta la entrada principal. En la puerta, un portero con aire hosco les dijo que la biblioteca estaba cerrada. Movié la cabeza negativamente mientras les informaba:

—*Sanitarny den.*

—¿Qué es eso? —preguntó Jack.

—Dice que es el día de limpieza. Una vez al mes cierran la biblioteca para limpiarla a fondo. En realidad, una excusa para tener un día libre. Y una posibilidad de ahorrar luz y calefacción. Ha habido muchas restricciones.

Iosif se volvió al portero y habló con él enérgicamente. El hombre parecía a punto de contestarle con una parrafada cuando debió de pensárselo mejor y se dirigió a un teléfono que había en el vestíbulo, a sus espaldas.

Unos minutos más tarde, un hombre vestido con un traje de lana se aproximó a ellos a toda prisa.

—Iosif, siento que te hayan hecho esperar. ¡Malditos sean estos días sanitarios! Ya perdemos bastante tiempo sin ellos.

Hizo una pausa y miró a Jack.

—Éste debe de ser el doctor Gould —continuó pasándose al inglés. Extendió su larga mano. En uno de los dedos llevaba un delgado anillo de plata. Un hombre casado, quizá.

Jack estrechó la mano que se le ofrecía. Iosif los presentó:

—Jack, éste es Yuri Volnukhin. Yuri es el nuevo director, nombrado después del golpe de 1991. Habla un inglés excelente.

Volnukhin llevaba una pajarita con su traje, en una imitación consciente, supuso Jack, de un catedrático en una universidad del medio oeste norteamericano, o de un profesor de Hemingway o Emily Dickinson. El Pnin o el Kinbote de Nabokov en su ambiente casero. Sin duda guardaba una pipa de brezo en un bolsillo interior. Pero contrariamente a lo que requería su papel, Yuri se veía obligado a hacer que su escasa

ración de tabaco le durara varias semanas.

—Encantado de conocerle, señor Volnukhin.

—Doctor Volnukhin, Jack —le corrigió su amigo—. Yuri tiene un doctorado en ciencias bibliotecarias.

Volnukhin hizo un gesto con la mano quitando importancia al error de Jack. Éste sonrió:

—Doctor Volnukhin.

—Yo también me alegro de conocerle, doctor Gould. Mi amigo Iosif me ha hablado mucho de usted.

—No demasiado, confío.

Volnukhin sonrió. Jack se dio cuenta de que sus zapatos habían sido lustrados recientemente con tinta azul-negra que no podía hacerse pasar por crema.

—Sí, todo. Ahora los rusos no nos guardamos nada, ¿sabe? Somos firmes partidarios de la verdad. ¿No es así, Iosif?

Éste hizo un gesto ambiguo, pero no respondió nada.

—Bien —continuó Volnukhin—, supongo que Iosif le habrá dicho qué es lo que queremos.

Jack negó con la cabeza.

—Todo lo contrario, no me ha dicho nada.

El bibliotecario le dirigió una rápida mirada a Iosif.

—Pensándolo bien, quizá sea mejor así. Un cierto nivel de... bien no quiero decir de secreto, esa palabra ya no se considera decente aquí. Digamos que en este asunto se requiere un cierto nivel de... discreción, podríamos decir, sí, de discreción. Le hemos pedido que venga por recomendación del doctor Sharanskii. Nos ha asegurado que podemos confiar en usted en este asunto.

—Bien, no sé de qué va todo esto, pero... —Jack vaciló— estoy seguro de que pueden confiar en mi discreción, si eso es lo que le preocupa.

—No tengo la menor duda de ello.

Hacía frío en el pasillo. A lo lejos se cerró una puerta, enviando sus ecos hasta sus pies por pasajes finamente cincelados. Delante de ellos, una gran escalera de mármol conducía arriba, a las principales salas de lectura. La mitad de las bombillas habían sido quitadas, lo que situaba el interior en una especie de permanente semipenumbra. Una mujer de la limpieza pasaba una bayeta sobre el suelo de mármol, dejando tras ella un rastro de agua sucia.

—¿Por qué no me sigue, doctor Gould? Podré enseñarle de qué se trata. Eso nos ahorrará tiempo en explicaciones. Las salas blindadas de almacenaje están abajo.

Una escalera metálica los llevó a un sótano, dos pisos más abajo. Volnukhin los condujo por un bajo corredor cuyo techo estaba lleno de gruesas tuberías de conducción.

—Por favor, no se separe de mí, doctor Gould. Muchos de estos pasadizos no son seguros. Cuando abrieron la estación de metro de Borovitskaya, en 1985, no se

tomaron determinadas precauciones básicas. Partes de este edificio fueron minadas. Perdimos más de cuarenta mil libros. Los muros aún se derrumban de vez en cuando en algunas de las salas. Puede ser muy peligroso, pero ahora no tenemos dinero para reparar los daños.

Finalmente llegaron ante una pesada puerta de metal. Volnukhin sacó una llave de uno de sus bolsillos y la metió en la cerradura, que se abrió como a disgusto. El director empujó la puerta hasta abrirla.

—Hasta hace pocos años —explicó el bibliotecario—, esta habitación y las que hay detrás formaban parte del *spetskhran*, el depósito especial. Su acceso estaba restringido a contadas personas. No podía entrar en él nadie cuyo nombre no figurara en una lista muy selecta.

Movió un interruptor y una batería de luces fluorescentes empezó a parpadear sobre sus cabezas, hasta que por fin se encendieron.

—Incluso ahora, la entrada está restringida —continuó.

La extensa sala estaba llena de taquillas y estanterías metálicas. La temperatura estaba más equilibrada que en las frías habitaciones del piso de arriba.

—Por favor, doctor Gould, coja una silla. Debemos ponernos cómodos. ¿Quiere algo de café o té?

Jack negó con la cabeza. Lo que deseaba era saber de qué iba todo aquello.

Volnukhin lo miró durante un momento y después se sentó frente a él.

—Bien, permítame que se lo cuente —comenzó—. Lo que ve aquí es botín, producto del saqueo de bibliotecas en el Este de Europa y Alemania, tesoros de Italia. Al término de lo que solíamos llamar la gran guerra patriótica, los ejércitos rusos ocuparon extensos territorios del Tercer Reich. En el curso de la ocupación inicial, antes de que las cosas tuvieran la oportunidad de normalizarse, una gran cantidad de obras de arte y otros tesoros fueron metidos en cajones y, accidentalmente, enviados a la Unión Soviética.

»Nuestros ejércitos victoriosos —continuó—, como usted seguramente comprenderá, no actuaban motivados por algo tan vulgar como la venganza o el amor al saqueo. Marchaban sobre Europa para llevar la libertad y la paz a sus pueblos ocupados, como es bien sabido. Cuando nuestros líderes descubrieron que tantas cosas de gran belleza y valor artístico habían sido confiscadas por los fascistas, naturalmente trataron de recuperarlas, movidos por el deseo de devolverlas a sus verdaderos propietarios.

»Consiguientemente —siguió contando—, se organizaron convoyes, y todo aquel producto de los robos fascistas fue traído aquí, a la Madre Rusia, para ser puesto en seguridad. Cuadros de Rubens, de Rembrandt que habían sido robados a los holandeses, Leonardos y Caravaggios de Italia, galerías enteras de obras maestras francesas. Nosotros liberamos las colecciones privadas de Hitler y Goebbels. Aún siguen en Moscú. El tesoro de Príamo, que Schliemann llevó a Berlín desde Troya, también está aquí. Usted difícilmente podría creer la extensión de las riquezas que se

trajeron hasta aquí para ser puestas en seguridad.

»Y libros. Miles de libros. De Dresde, Leipzig, Berlín, Magdeburg... Todas las grandes bibliotecas del Reich. Manuscritos, incunables, litografías, pergaminos, libros y documentos de todo tipo y descripción. La mayor parte del material impreso acabó aquí. Tras haberlo liberado de las manos fascistas, nos aseguramos de que quedaran bien protegidos, y para eso los encerramos bajo llave en estas salas.

Jack, pensativo, miró a Volnukhin.

—¿Puedo? —preguntó.

—Desde luego. Considérese mi invitado.

Jack se dirigió a la estantería que había enfrente, llena de volúmenes de gran tamaño encuadernados en cuero. Cogió un pesado volumen y lo abrió. La página del título lo definía como el *Libro d'Ore* de Aldo Manuzio, impreso en Venecia en 1497.

—Es el único ejemplar de Manuzio que aún sobrevive —le aclaró Volnukhin—. Su precio es incalculable.

De la estantería siguiente, Jack tomó un pequeño ejemplar en folio, encuadernado en piel de ternera.

—¿Qué es eso? —preguntó Volnukhin.

—Es de alguien llamado Postellus. El título está en latín: *De orbis terrae concordia libri quatuor, multijuga eruditione ac pietati referti...*

—Sí, un ejemplar muy raro. Guillaume Postel hizo que esta edición fuera impresa por su amigo Oporinus, en Basilea, después de que los teólogos en la Sorbona le negaron el permiso para publicarla. Fue uno de los primeros libros en los que se hace una llamada en favor de una religión y un estado universales. ¡A mediados del siglo XVI!

Jack volvió a dejar el libro en su sitio.

—Es usted un verdadero experto, doctor Volnukhin. Son libros fascinantes, pero incunables y ediciones raras no entran en mi campo.

—Ya lo sé. Por favor, venga y siéntese.

Jack volvió a sentarse. ¿Por qué le había hecho venir Iosif, desde tan lejos, para ver unos libros cuyos autores y títulos podía descifrar el doctor Volnukhin como su propio alfabeto?

—Doctor Gould, nos enfrentamos con determinados problemas relacionados con estos tesoros adquiridos por equivocación. Forman parte de la herencia estalinista y, como usted sabe, eso es algo de lo que deseamos desligarnos. Estos libros no nos pertenecen, del mismo modo que tampoco nos pertenecen los cuadros de Goya o de Rafael. Son propiedad robada. Nuestro problema es el siguiente: en muchas ocasiones no conocemos su procedencia. No hay registro de su ubicación anterior ni de las bibliotecas en los que fueron encontrados. Eso nos causa un gran dolor de cabeza. Deseamos devolverlos, restituirlos a sus antiguos propietarios, pero al mismo tiempo queremos ser escrupulosos y entregarlos, únicamente, a sus verdaderos dueños.

Ya ha habido discusiones sobre algunas pinturas y esculturas.

—¿Qué piensan conseguir devolviéndolos?

Volnukhin se lo quedó mirando como si hubiera dicho algo vagamente obsceno.

—¿Conseguir? No lo entiendo.

—Seguramente buscan alguna recompensa. Aunque sólo sea por las molestias que están tomándose. Incluso aquellos que encuentran objetos robados o perdidos esperan alguna gratificación.

—Lo hacemos de buena voluntad. De momento, eso es tan importante para nosotros como el dinero.

—Muy bien. Lo entiendo. Lo que todavía no sé es por qué me han traído ustedes aquí.

—Doctor Sharanskii, tal vez sea mejor que se lo explique usted.

Iosif se agitó inquieto en su silla.

—Sí, desde luego. Lo haré lo mejor que pueda. —Tosió ligeramente. Las paredes cubiertas de libros absorbieron sin esfuerzo la afectación.

»Aquí hay —comenzó— determinadas categorías de material documental, que hemos podido localizar como procedente de una determinada fuente, pero que aún continúan siendo un problema para nosotros. Me refiero a una colección de libros y revistas recogidos en la biblioteca del Reichsinstitut de Historia de la Nueva Alemania. ¿Te suena ese nombre?

Jack negó con la cabeza lentamente.

—Bien, ahora es una organización olvidada —continuó Iosif—. Fue establecida por los nazis en los años treinta. Entre los temas que les interesaban estaban la cuestión de los judíos y la historia judía, que les parecían importantes para entender la cuestión racial. El director de investigación del problema judío era un hombre llamado Wilhelm Grau. Tenía un ayudante, Karl Georg Kuhn. Durante algún tiempo estuvieron trabajando con Mildenstein en el departamento de Asuntos Judíos del SD, el Sicherheitsdienst. ¿Sabes algo de él?

De nuevo Jack movió la cabeza negando.

—Bueno —continuó Iosif—, ese nombre es más conocido desde el juicio contra Eichmann. Más tarde trabajó con la Organización Todt, así que no nos preocupa demasiado. Más interesante es su ayudante, Eichmann, el hombre que estaba convencido de haber llegado a ser un gran experto en asuntos judíos.

»Durante la guerra —siguió relatando—, fueron muchas las organizaciones que compitieron en la creación de bibliotecas y museos antijudíos. Fue una especie de locura, similar a todo lo que ocurría en aquel entonces. Por todas partes había gente que decía estar investigando sobre los judíos. Naturalmente, el propósito de esa investigación no era académico en absoluto, no se trataba del tipo de trabajo al que tú y yo, Jack, estamos acostumbrados a realizar. Lo que esa gente quería era encontrar pruebas que confirmaran lo que ellos llamaban sus teorías raciales. ¿Cómo llaman los ingleses a esas pruebas?

—¡Tonterías! —respondió Jack.

Ambos lo miraron sin comprender.

—O sandeces —insistió—. Son palabras que deberías conocer.

Iosif sonrió. Creyó entender lo que Jack quería decir. En los últimos setenta años, la lengua rusa había inventado un montón de palabras sinónimo de sandeces o tonterías que el inglés había patentado durante ese mismo tiempo.

—Así pues —siguió Iosif—, continuando con la búsqueda de esas sandeces, construyeron una gran biblioteca judaica, así como colecciones de objetos religiosos.

Pergaminos de la Torah, *tephalim*, *hanukkah menorahs*, platos para el *seder*, ropas *challahs*. Es —hizo una pausa, como si buscara la palabra adecuada para expresar sus pensamientos— irónico que, después de haber exterminado a la mayor parte de los judíos en Europa, los mismos nazis sean responsables de haber logrado la supervivencia de una parte tan importante de nuestra herencia.

Se detuvo, consciente de que había usado la palabra nuestra. Unos pocos años antes, esa admisión hubiera sido poco inteligente. ¿Y ahora? No estaba totalmente seguro.

—Una gran parte de este material fue confiscado en el Este de Europa, la mayoría en la zona ocupada de Polonia, que llevaba el nombre de Generalgouvernement. También en el Reichsgau Wartheland y en los Regierungsbezirks. Algunos los cogieron de las bibliotecas rabínicas de Vilna, en Lituania. También del Yidisher Visenshaftlikher Institut, un instituto muy importante para la investigación del judaísmo, en Vilna. Saquearon sinagogas y *yeshivas*, escuelas Tarbut y Yavneh, las casas de los rabinos y de los tzaddikim, clubs judíos y bibliotecas religiosas. En ocasiones, incluso llegaron a profanar documentos que habían sido almacenados en las *genizas*.

Al ver la expresión de incompreensión en el rostro de Volnukhin, Jack le explicó:

—Las *genizas* eran los depósitos en los que se guardaban los documentos inservibles o anticuados. A veces se almacenaban también libros que habían sido apartados de la circulación. Cuando no había más sitio en los armarios, esos papeles eran enterrados en los cementerios. No podían ser destruidos porque contenían el nombre de Dios.

Tras esa explicación, Iosif continuó:

—Así, la mayoría de estos documentos saqueados fueron enviados a Alemania y conservados en la biblioteca central del instituto o en bibliotecas provinciales antijudías. Muy pocos de ellos han sido leídos. Para los nazis, esos libros y documentos no eran más que meras curiosidades, los ridículos y extraños productos de los *üntermenschen*^[7] judíos. Pero no eran tan extraños ni ridículos, Jack. No eran tonterías. Muchos de ellos eran manuscritos de primerísima importancia. Y ahora se guardan aquí.

—¿Manuscritos? ¿Manuscritos judíos?

—No en el sentido que tú piensas, creo yo, Jack. Desde luego, son copias de textos sagrados comunes. Torahs, *megillot*, midrashim, distintas ediciones del Talmud y un gran número de libros *siddurs* y *machzor*. Hay copias importantes de *Pirke de Sabbi Eliezer* y del *Yalkut Shimeon*. Gran parte de ellos datan de la Edad Media o más tarde. Pero hay otros que no están en tan buenas condiciones. Según creo, los rabinos que los guardaban ni siquiera sabían qué eran y si los guardaban era porque habían llegado a ellos de sus padres. Pronto te los enseñaré. Podrás verlos por ti mismo.

Iosif respiró profundamente. Había llegado el momento crucial, o todo lo cerca que deseaba llegar en presencia de Volnukhin.

—Jack, aquí hay textos que ningún profesional especializado ha visto jamás. No puedo tener la seguridad, porque ni siquiera he tenido tiempo suficiente para examinar como es debido una pequeña parte de ellos, pero creo que tenemos papiros que proceden del siglo primero del cristianismo y muchos todavía más antiguos. Hay copias de textos que con anterioridad sólo habían sido encontrados en Qumran. Y muchos de un período parecido que son absolutamente desconocidos.

—Eso es una insensatez —exclamó Jack sin poderse contener—. ¿Cómo es posible que hallazgos arqueológicos como éstos hayan llegado a Polonia o Lituania? Algo tan antiguo sólo pudo ser hallado en Egipto o Israel.

Iosif movió la cabeza.

—No estás utilizando la imaginación, Jack, amigo mío. Tales documentos no llegaron a esos lugares como hallazgos arqueológicos. Naturalmente que tienes razón: proceden de Israel originalmente. O pertenecen a los judíos de Alejandría o Bagdad, ¿quién sabe? Pero poco a poco, unos tras otros, con la Diáspora, fueron llegando a lugares como Vilna, por ejemplo. Piénsalo detenidamente. Los primeros judíos que llegaron a Europa se instalaron en Francia, España e Italia. Los judíos españoles fueron expulsados y pasaron a ser los sefarditas. Los que se quedaron en el norte de Francia y en Alemania son los ashkenazimes. Muchos de sus antepasados llegaron de lugares como Bagdad o Antioquía. Años más tarde comenzaron a desplazarse hacia el Este y se asentaron en Polonia o más allá. Otros debieron subir por el valle del Danubio, los que venían de Bizancio.

»Ahora reflexiona, Jack —prosiguió su discurso—, es obvio que algunos de aquellos ashkenazimes podían tener papiros semejantes, pergaminos que pasaron de padres a hijos como preciadas reliquias de la Tierra Santa de la que fueron expulsados.

El silencio llenó la sala. En Jack empezaban a aclararse los conceptos expresados por su amigo. Si lo que decía era cierto, si aquellos papiros eran auténticos, como proclamaba Iosif, podían situarse entre los descubrimientos más importantes desde el hallazgo de los pergaminos del mar Muerto. Tal vez eran aún más importantes. Cuando volvió a hablar, su garganta estaba seca.

—Yo... —Se detuvo y a continuación resumió—: Iosif, ¿qué es lo que quieres que haga? ¿Por qué me pediste que viniera?

—Ya te lo he dicho. Hay un problema con esos manuscritos, Jack. Como has visto, ya hay tensiones con otros libros. Tenemos que ir con mucho cuidado con respecto a cómo y a quién se los devolvemos. Esos papiros forman una categoría diferente. No simplemente son valiosos sino que, realmente, su valor es incalculable, o mejor dicho no tienen precio. Tenemos que ir con mucho cuidado con ellos, Jack. La comunidad judía de Polonia fue realmente aniquilada. ¿Cuál es la palabra correcta?

—¿Exterminada?

Iosif afirmó con la cabeza.

—Sí, ésa es la palabra. Como insectos, ¿no? Consecuentemente, ahora resultará muy difícil, cuando no imposible, averiguar a quiénes pertenecieron esos pergaminos. Sus dueños pudieron morir en Treblinka o en alguno de esos espantosos lugares. Y los hijos de sus dueños. Será imposible devolverlos a sus propietarios. Podríamos ofrecérselos al gobierno de Israel pero, como ya debes saber, hacer una cosa así sería un paso muy delicado por nuestra parte. Y existe una complicación suplementaria. Si esos manuscritos hubieran seguido en manos de sus primeros propietarios, o de esa triste gente que murió, posiblemente todavía continuarían enterrados en sus pequeñas bibliotecas, en esos depósitos. Es una gran ironía de la historia que hayan salido de esa oscuridad.

Miró al director y después a Jack antes de continuar:

—El doctor Volnukhin cree que tenemos derecho a cierta forma de compensación si los entregamos. No para él personalmente, lo conozco, Jack, y puedo asegurártelo. Ya has podido ver la cantidad de problemas que tenemos aquí. Hasta para comprar bombillas. Algunos días no tenemos luz y otros nos falta la calefacción. Los científicos profesionales no podemos trabajar sin esas cosas. Y se necesita mucha investigación. Incluso una pequeña compensación sería para nosotros una gran ayuda.

Volnukhin no dijo nada, pero hizo un gesto afirmativo dirigido a Jack, como si se sintiera molesto por tener que admitir que lo que estaba diciendo Iosif era cierto, que de algún modo era como un mendigo pidiendo las migajas de otros.

—¿Comprendes, al menos en parte, lo que estoy diciéndote, Jack? Necesitamos a alguien que sea como una especie de intermediario, alguien en quien podamos confiar absolutamente. Es esencial. Tiene que llevarse a cabo.

Jack seguía sentado sin moverse. Se sintió como si Iosif le hubiera golpeado en la cabeza con un pesado objeto. Seguía sin poder aceptarlo adecuadamente.

—Yo... No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Sólo tienes que mirar. Después de haber visto los manuscritos, podrás pensar y decir lo que quieras. Pero primero tienes que verlos.

Volnukhin interrumpió en ese punto:

—Doctor Gould, ¿ha comprendido usted lo que estamos pidiéndole que haga? Quisiera que examinara esos papiros con toda atención en compañía del doctor Sharanskii. Puede usted dedicar a ello todo el tiempo que desee. Ya me doy cuenta de que pueden ser varios días, o incluso semanas, los que necesite para estudiarlos apropiadamente. Será bien recibido aquí siempre que guste venir, partiendo de la premisa de que está dispuesto a guardar para usted el secreto de lo que vea. El doctor Sharanskii me ha dicho que se puede confiar en usted, y yo lo creo.

»Me gustaría que hiciera una estimación aproximada del valor que ese material podría tener en el mercado y también, si lo desea, hacernos una relación de las bibliotecas u otras instituciones que, a su juicio, podrían tener los fondos para comprarlos o estar en condiciones de conseguirlos. Nuestra única condición es que lo adquirido por ellos sea puesto a la disposición de los científicos, estudiosos y

profesionales de buena fe, del modo que se hace normalmente. El material no podrá ser acaparado en secreto. Tampoco se venderá a coleccionistas particulares.

»Cuando usted haya realizado ese trabajo podrá, si es que está de acuerdo, hacer las encuestas y tentativas que crea necesarias, en nuestro nombre y representación. No me parece necesario decir que será usted bien recompensado por su trabajo. Supongo que, de momento, no tendrá ninguna objeción.

Jack miró a Volnukhin durante un buen rato sin decir ni una palabra. De no haber sido porque Iosif estaba allí, porque fue Iosif quien le hizo venir, se hubiera marchado sin más. No le gustaba del todo el tono de lo que Volnukhin estaba tratando de conseguir de él. Si aquellos papiros eran la mitad de importantes de lo que Iosif proclamaba, el afán de poseerlos no podría ser encauzado libre de disputas a escala internacional.

—Estudiaré los manuscritos —dijo—. Eso es todo lo que de momento puedo prometerle. Verlos y discutirlos con mi colega. ¿Es eso suficiente?

—Naturalmente. Eso es todo lo que se puede esperar en esta etapa. Los demás asuntos podremos discutirlos más adelante. Supongo que cuento con su palabra de que guardará el secreto de todo lo que vea.

—Ya se la he dado.

—Sí, desde luego. Muy bien, les dejaré a usted y al doctor Sharanskii con sus tesoros. Si necesitan alguna cosa, estaré en mi despacho. Ahí tienen un teléfono. La biblioteca entera está a su disposición. Pueden contar con lo que necesiten, sea lo que sea, no tienen más que pedirlo.

Se estrecharon la mano ligeramente y Volnukhin se fue. Durante un rato nadie habló. Fue Iosif quien, finalmente, rompió el silencio.

—Es un buen hombre, Jack. Un hombre honesto. Nunca perteneció a la *nomenklatura*. Se ha pasado dos años en la cárcel por su conducta antisoviética. Y seis meses en Belye Stolbi.

Jack no había oído hablar de ello.

—Se trata de un *psikhol'nitsa*. ¿Cómo se dice en tu idioma? Un hospital siquiátrico. Lo trataron con drogas.

—¿Sufrió una crisis nerviosa?

—No, no lo has entendido bien. Dijeron que deseaba abandonar la Unión Soviética. Un médico decidió que «había perdido la capacidad de entender la realidad que lo rodeaba». Si te oponías a un sistema como aquél sólo podías ser dos cosas: un criminal o un demente.

—Malo o loco.

Iosif sonrió ante el acierto de la frase.

—Sí, pero Yuri Volnukhin no es ni lo uno ni lo otro. Lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Sabe oler el dinero, Iosif. Mucho dinero.

Una expresión dolorosa cruzó el rostro de Iosif.

—¿Es eso tan malo? Es el director de una de las bibliotecas más importantes del mundo y no tiene un céntimo. Su presupuesto para el año próximo ha sido... ¿cuál es la palabra...? reducido radicalmente. Ya te lo he dicho: no es para él para quien quiere el dinero. Es para la ciencia y el estudio.

Jack asintió.

—Sí. Lo siento. Tienes razón. Está haciendo lo correcto. Bien, ¿por dónde empezamos?

Iosif lo guió hasta una habitación adyacente iluminada por tubos fluorescentes muy débiles. Con varias mesas pequeñas habían montado una mucho mayor y sobre ella había un montón de documentos y papeles desordenados, formando una línea que iba de un extremo a otro de la mesa. Rollos, códices, papiros y fragmentos de pergamino estaban unos al lado de los otros sin aparente secuencia. Era una visión desalentadora para todo aquel que supiera cuánto trabajo le daría la tarea de organizar, conservar y transcribir todo aquello. Y eso antes de empezar el verdadero trabajo de editar, traducir y escribir los correspondientes informes y comentarios profesionales.

—¿Nunca deseaste decidirte por una profesión más sencilla, Iosif? ¿Algo así como la física nuclear?

—Muchas veces, Jack, muchas veces. Ven, te enseñaré lo que he podido identificar hasta ahora.

Comenzaron su trabajo por el extremo más próximo. Iosif tenía una pequeña agenda de notas en la que guardaba detalles de los documentos más importantes. Guió a Jack en su examen, señalándole algunos textos en particular y pasando sobre otros con sólo unas breves palabras. A medida que se movían a lo largo de la mesa, las observaciones de Jack eran cada vez menos abundantes. La cantidad y la aparente calidad de la colección le impulsaban al silencio. No había palabras que pudieran hacer justicia a lo que estaba viendo y tocando. Sabía, con la absoluta certeza que da una larga experiencia, que si a los especialistas se les diera acceso a aquel material, las ciencias y la investigación bíblicas avanzarían en los próximos diez años más de lo que podrían hacerlo en cincuenta años, por lo menos.

—Es la cuestión del acceso a este material lo que te preocupa, ¿verdad? Crees que esto puede terminar en otro gran fracaso como el de los pergaminos del mar Muerto, de los que un reducido grupo de científicos se ha convertido en guardián y custodio, reservándolos para ellos mismos, sin dejar filtrarse más información de la que están dispuestos a permitir. Eso es lo que temes, ¿no es cierto?

Iosif afirmó con la cabeza.

—Sí, Jack, tienes mucha razón. Eso es algo de lo que tenemos que hablar.

Vaciló. Jack se dio cuenta de que la temperatura no era tan cálida como pensó en un primer momento. En algún lugar goteaba el agua.

—Pero ése no es el motivo por el que te he hecho venir aquí —continuó Iosif—. Ni tampoco de que esté tan preocupado.

—No lo comprendo. —Había algo en la actitud de Iosif que le hizo sentir escalofríos.

—Hay algo más, Jack, algo que no quise decir delante de Volnukhin. Él no lo sabe y creo que es mejor no decírselo.

—¿Decirle? ¿Decirle qué?

—Ahora ya has visto un poco de esta colección, Jack. Te aseguro que el resto es como esto, todo de la más alta calidad, de lo más antiguo. Personalmente estoy convencido de que todo es auténtico. Incluso sin conocer su procedencia estoy seguro de ello y creo que tú también lo estás.

Jack asintió.

—Si fueran falsificaciones serían notablemente hábiles.

—No lo son, Jack, créeme. Existen los registros alemanes, *Aufzeichnungen*. Puedes verlos, con fechas, lugares, todo muy sistemático, aunque desgraciadamente incompleto. Suficientes, no obstante, para decimos que esos documentos proceden de lugares en donde nadie se atrevería ni a soñar en falsificar cosas como éstas. Eso sería para ellos una blasfemia.

Hizo una pausa.

—¿Qué pasa, Iosif?

Iosif se sacudió como si quisiera liberarse de un ser maligno que intentaba apoderarse de él.

—No es nada, Jack, no es nada. Hay un pergamino que todavía no has visto. Está allí encima.

En una mesa separada, situada cerca de la pared lateral, había una pequeña colección de pergaminos enrollados que habían sido colocados en hilera. Iosif se agachó y eligió uno de ellos. Lo llevó a un espacio libre sobre la mesa y cuidadosamente empezó a desenrollar su extremo.

—No es difícil de leer. La letra es legible.

Jack colocó una lámpara sobre el pergamino. Estaba escrito en caracteres arameos de... ¿cuándo...? «El siglo primero», pensó. La tinta, muy negra, estaba manchada y rayada en algunas partes, pero por lo demás era tan legible como había dicho Iosif. Comenzó a leer:

Ni el bramar de las aguas agitadas ni el arder
de los fuegos flamígeros podrán apartarme de
mi pacto contigo, oh Señor, ni los Hijos de la
LUZ me encontrarán desprovisto de fe.

»Esto me es familiar —dijo Jack—, como si ya lo hubiera leído.

—Es imposible —replicó Iosif sin la menor vacilación—, créeme. He buscado

algo comparable. La referencia a los Hijos de la Luz puede sonarte familiar.

—Qumran.

—Sí, Qumran. Hay más cosas como ésa, muchas más.

—¿Estás diciendo que se trata de un rollo de pergamino Qumran? ¿Un texto esenio como mínimo?

—Limítate a leer. No hagas muchas preguntas de momento. Guárdalas para después.

Jack leyó:

—«Estoy en medio de mis enemigos y es como si habitara en una ciudad fortificada, porque Tú, oh Señor, has hecho de mí una muralla y una fortaleza. He buscado mi morada en el desierto y, sin embargo, es como si tuviera mi residencia en medio de un jardín de aguas cantarinas, porque Tú, oh Señor, eres para mí un río y una plantación de cipreses, pinos y cedros».

»Aquí hay unas líneas que parecen de una carta: “A su excelencia el Sumo Sacerdote, el Nasri, señor del Sanhedrín, Joseph, para que el Señor le guíe y lleve junto a la Ley”.

»¿Joseph? No se me ocurre...

—Joseph Caiafás. Fue sumo sacerdote durante mucho tiempo, entre los años 18 y 36 de la era cristiana.

—Lo cual nos permite situar esta carta en un período determinado.

—Ya lo verás.

Jack captó la mirada de Iosif. ¿Qué era aquello? ¿Qué le preocupaba?

—«Lo que el profeta ha dicho: “El sacerdote y el profeta han errado con la bebida fuerte”. Tu carta me llega en el día de hoy de mano de tu primo Simón, el hermano de mi esposa, que siempre es bienvenido a mi casa. Un hombre justo que esta noche morará con el Perfecto del Camino y mañana partirá una vez más para Jerusalén, de acuerdo con las instrucciones del procurador...». —Jack vaciló—. No estoy seguro del nombre. ¿Podría ser Valerius?

Iosif afirmó con la cabeza.

—Valerius Gratus.

—¿Conocemos las fechas?

—Desde el año 16 al 26 de nuestra era, cuando Poncio Pilatos lo designó para ocupar ese puesto.

—Esto reduce el tiempo considerablemente. Si éste es un texto de los esenios, es verdaderamente único. Nada en todo el material Qumran ofrece una fecha o un nombre con tanta exactitud.

—No, Jack. Pero como ves, éste no es un documento interno. Es una carta dirigida a Joseph Caiafás, para que le sea entregada en propia mano por su primo Simón. El que escribió la carta desea firmemente ser comprendido, lo que resulta muy importante para él. Ya lo entenderás.

Jack continuó:

—«Rezamos juntos más de una hora, pidiendo a Dios su guía en este asunto. Porque estos días son días pavorosos, cuando la llegada del Mesías está próxima, en los cuales la Ciudad Santa y su pueblo están muy necesitados de sabiduría y verdad. Muchos se han apartado de la Ley, y es de temer que la mano del Señor caiga pesadamente sobre ellos y que Él los lleve a la destrucción, como redujo a polvo generaciones anteriores. No temas, primo Caiafás, porque el Señor estará contigo si sigues caminando por sus sendas y honras Su Pacto, como es honrado por los Nozrim».

»¿Los Nozrim?

—Quiere decir *Nozrim ha-Brit*, los Seguidores del Pacto. Ya sabes que ése es también un nombre que se da a los esenios. Como lo era el Perfecto del Camino.

—Sí, sí, naturalmente.

—«En tu amable carta me pides que explique todo lo que ya está en condiciones de ser conocido sobre mí. Quién me considero a mí mismo y cómo llegué a ser conocido por el Maestro de la Verdadera Virtud».

Jack dejó de leer.

—¡Por amor de Dios, Iosif! Entiendo la razón por la que estás tan excitado. Este escrito es de Moreh ha-Zedek, el jefe de los esenios en persona. Una carta dirigida al sumo sacerdote en Jerusalén.

Iosif no dijo nada y Jack creyó ver que estaba pálido. ¿Qué era lo que le afectaba tanto en aquella carta? Era un hallazgo extraordinario, probablemente más valioso que todo el resto de la colección en su conjunto, pero Iosif tenía mal aspecto, como si algo espantoso estuviera royéndole en su interior.

—«Ya estás bien informado de mi familia. Conoces a mi tío Judas, que condujo los *kanna'im* contra los romanos cuando yo todavía era un chiquillo».

»¿Se refiere a Judas de Galilea?

—Creo que sí. Ése era el nombre que le daban a sus seguidores: *Kanna'im*.

—Dirigió una revuelta contra los romanos, en...

—En el año 6 de la era cristiana.

—¿Y el Maestro de la Verdadera Virtud era su sobrino?

—Todo lo indica así.

—«Y el primo de tu esposa fue mi padre, el rabino Joseph, hijo de Jacob. Mi madre, Myriam, también era pariente tuya por matrimonio». —Jack levantó la cabeza—. Esto es extraño, ¿no te parece? Yo...

Vio el rostro de Iosif. Ante su expresión, sintió que el corazón le dio un vuelco y, de repente, le dominó un terror irresistible.

—No, Iosif, no creerás...

—Sigue leyendo, Jack, eso es todo. Tú lo verás.

—«Tú mismo enviaste regalos con ocasión de mi nacimiento, porque yo era el primogénito de mi padre y muy valioso para él. Y fuiste tú quien le instruyó para que me llamara Yashu', en honor de un hermano tuyo que lleva ese nombre».

Casi dejó que el rollo de pergamino se le escapara de los dedos. De pronto le pareció enormemente pesado. Se le habían entumecido los dedos, no podía sentir nada.

—Yashu —murmuró—. Jesús.

—Ésta es la historia de su vida y escrita por él mismo. La he leído y sé que no puede haber duda. En tus manos, viejo amigo, sostienes el primero de los Evangelios. El verdadero Evangelio. El único relato fiel de la vida de Cristo, escrito de su puño y letra.

Después, a la fría luz del día y a la aún más fría luz de la razón, Jack se dijo a sí mismo que el escalofrío, estuvo a punto de decir el golpe, que sintió al darse cuenta de lo que verdaderamente era el pergamino no fue natural e indigno de un científico profesional, casi una traición. Pero «¡qué diantres!», pensó. ¿Cuántas veces se tiene en la mano algo semejante, cuántas y cuántas vidas tendría que soportar antes de volver a tocar algo parecido? ¿O antes de estar tan cerca de ello? Sabía todo aquello y, sin embargo, cuando dejó el pergamino, se dio cuenta de que estaba asustado. Era sólo eso. Honradamente, no sabía por qué. Todavía no.

—No puede ser auténtico —dijo. Ésa parecía ser la única respuesta honesta. De otro modo, veía ante él un descenso, una inclinada rampa que lo conducía a la superstición y a la sinrazón, a una tierra de milagros. Él era un científico formado por el paso de generaciones, no un observador de estrellas ptolomeico mofándose de Copérnico, un eclesiástico Victoriano atacando a Darwin, un alópata de Leipzig ridiculizando a Hahnemann—. No puede ser auténtico, Iosif. Tiene falsos escritos por todas partes —insistió.

Iosif movió la cabeza lentamente.

—No, amigo mío, no los tiene. Te gustaría que fuera así, pero te aseguro que estás equivocado. No creerás que iba a entregarte una cosa como ésa sin haberla leído y sometido a las pruebas pertinentes, ¿no es así? He dedicado meses a esa carta, descuidando todo lo demás. No fue el primer pergamino que encontré. Estaba enterrado bajo un montón de documentos que parecían ser las cuentas de una sinagoga. ¿Crees que se trata de una falsificación? ¿Quién podría ser lo suficientemente necio como para colocar una falsificación tan diestra y tan inteligente en un lugar así? En el *shtetl* de alguna *geniza*, precisamente, donde sabía que sería olvidado o en un depósito de las SS, un lugar muy adecuado. O aquí, en los sótanos blindados de la biblioteca Lenin, donde no se permite la visita a nadie.

»Todavía quedan cuevas en Qumran que no han sido exploradas en su totalidad. Otras en las que se encontraron rollos de pergaminos que han sido examinadas sin la suficiente atención por Bedouin. Hay cuevas en el *wadis*, cerca de ‘Ayn al-Ghuwair, donde existen también tumbas esenias que tampoco han sido exploradas. Estoy seguro de que conoces muchos lugares excelentes en los que el autor podría dejar su falsificación a sabiendas de que era posible que un día fuera descubierta.

Jack no dijo nada. Iosif tenía razón. ¿Por qué tomarse tantas molestias en crear un documento como aquél para esconderlo en un lugar donde probablemente nunca sería descubierto?

—Lo he leído tantas veces que me lo he aprendido de memoria —continuó Iosif—. He tomado un trozo pequeño y lo he sometido a la prueba del carbono para

establecer su fecha. Sus fibras han sido analizadas; la tinta sometida al análisis espectrográfico. No he sido perezoso, Jack. El pergamino es auténtico. El material, la tinta, el estilo de la escritura manual. Y, sobre todo, existen numerosos pasajes que se corresponden exactamente con frases de los pergaminos del mar Muerto. El vocabulario es el mismo. El autor de este pergamino habla de *conocimiento, fidelidad, la Gloria del Sagrado, los Señores del Mal, la Fuente Eterna, los Secretos Eternos, Milagros Poderosos*. Se pone énfasis en las *Falsedades* y en los *Servidores de la Oscuridad*. El autor escribió más de una vez de *hesed* y *zedek*, amar a Dios y amar al prójimo. Ya lo verás cuando lo leas. Tú sabes que esas frases son típicas de lo que se encontró en Qumran. Y sabes también que los primeros pergaminos del mar Muerto no fueron hallados hasta 1947, es decir, demasiado tarde para que un falsificador en Polonia, antes de que acabase la guerra, pudiera saber nada de ellos. Créeme, este pergamino es el verdadero.

Jack no lo corrigió. La verdad sólo comenzaba a asentarse en él. Su leve escalofrío anterior se hizo más fuerte.

—Ahora no puedo leerlo todo —dijo—. Es mucho para una sola vez. ¿Qué más dice?

—Cuenta su vida. Nació en Galilea, en Capernaum, hijo de un rabino. Su familia estaba emparentada con los principales miembros del sacerdocio en Jerusalén. Eso ya lo has leído. Él mismo estaba llamado a ser rabino, pero prefirió unirse a la Secta del Nuevo Pacto. Con el tiempo llegó a ser su líder, conjuntamente con su hermano Jaime. Todo esto se puede leer y está explicado con muchos detalles.

»Pero no puedo describirte la carta —continuó—. Es necesario que la leas personalmente. Es una súplica de reconciliación. Joseph Caiafás representaba al centro de poder efectivo establecido en Jerusalén, a los sacerdotes ortodoxos que habían aceptado ser regidos por Roma. Jesús y sus seguidores, por el contrario, se oponían a aquel compromiso. En su carta, Jesús le explica a Caiafás lo que le ha llevado a tomar esa postura. Era lo que hoy día entendemos por un judío fundamentalista, un *haredi*. La Ley de Moisés debe ser obedecida punto por punto. Aquellos que la infrinjan y profanen el Santo Templo de Dios deben salir de Israel o sufrir la ley de la espada. Eso es una llamada a las armas. Si los sacerdotes y los esenios unían sus fuerzas, ni siquiera los romanos serían capaces de vencerlos.

Jack escuchaba en silencio. Si la carta era auténtica —y él confiaba en las capacidades científicas y profesionales de Iosif—, se confirmarían las teorías de muchos historiadores y se explicarían muchas de las cosas que se escriben en los Evangelios que resultan incomprensibles. ¿De qué otro modo, salvo mediante el uso de la fuerza, pudo el dócil y sumiso Jesús y un puñado de sus seguidores entrar en el Templo, expulsar a los cambistas, cuyas operaciones eran equivalentes a las que hoy realiza un banco nacional, y salir indemnes? El templo era un amplio complejo con un personal de veinte mil hombres, protegidos por su propia guardia y la vecina guarnición romana de Jerusalén, de quinientos o seiscientos soldados. ¿Por qué

contaba Jesús al menos con un celote —Simón— entre sus más fieles seguidores? ¿Por qué les pidió a éstos que vendieran sus túnicas para comprar espadas, y declaró que había venido no para traer la paz sino la espada? ¿Por qué estaba armado Pedro y, así parece, el resto de sus discípulos reunidos en el jardín de Getsemaní? Y, por encima de todo, ¿por qué fue condenado a muerte Jesús por sedición contra el poder imperial de Roma y no bajo la acusación de blasfemia?

—Te causará muchos problemas cuando se publique —opinó Jack.

—Me parece que te quedas corto, amigo mío. Ésa es la razón por la que te he hecho venir.

—No lo entiendo.

—Jack, esta carta no debe caer en malas manos. El equipo responsable del estudio de los pergaminos del mar Muerto está formado mayoritariamente por católicos, clérigos o seculares. Otras instituciones están regidas por las iglesias cristianas o, al menos, su personal es católico o protestante. Si esas personas leen esta carta, la ocultarán o la destruirán o dirán que nunca existió. Eso es algo de lo que estoy seguro.

—Sí, ya veo tu punto de vista. Quieres que me encargue de que este pergamino caiga en buenas manos. A manos de alguien en quien se pueda confiar. Pero, en ese caso, ¿por qué no seguir guardándolo aquí?

—Ya lo he pensado, pero tengo miedo de hacerlo.

—¿Miedo?

Era la primera vez que el miedo era mencionado abiertamente entre ellos.

—Tú no lo comprendes, Jack. No vives en la Rusia de hoy, no ves lo que está sucediendo. El poder de las iglesias está creciendo de nuevo. Y, con él, la influencia y poder de los que odian a los judíos. ¿Cómo los llamáis vosotros?

—Antisemitas.

—Exactamente. Neofascistas, como Pamyat' y otros grupos, que cuentan con muchos miembros y tienen el apoyo del pueblo. Gentes que culpan a los judíos de todo lo que va mal. Lo mismo que hemos visto antes en Alemania o en los países árabes. Siempre los judíos, siempre su conspiración, siempre las mismas mentiras. *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, como sabes, se escribieron en Francia, pero fue en San Petersburgo donde aparecieron por primera vez, en una publicación antijudía fuera llamada *Znamya*. Aquí se cree mucho en esas cosas, en esta *Zhidmasonstvo*, la conspiración de los judíos y los masones. Consecuentemente, ya puedes imaginar —siguió Iosif— qué ocurriría si una carta que los alemanes encontraron en una biblioteca judía fuera publicada aquí y se dijera que ahora había sido hallada por un judío. ¿Sabes qué dirían esos militantes de Pamyat', esos que dicen amar tanto a Rusia? Que los judíos odian a Jesucristo y que, no satisfechos con haberlo asesinado, ahora quieren calumniar su nombre y hacer de él uno de los suyos.

—Pero, Iosif, eso ocurrirá independientemente del lugar en el que se publique la carta.

—Lo comprendo. Pero no debe ser en Rusia. Y creo que tampoco en Israel. Tal vez en Estados Unidos. O en Irlanda. Vuestra biblioteca Chester Beatty es muy famosa e importante, y en Irlanda no se odia demasiado a los judíos.

Jack movió la cabeza.

—¿Sabes lo poderosa que sigue siendo la Iglesia católica en Irlanda? Acabarían por cerrar nuestra biblioteca. O la incendiarían con sus propias manos.

—Bien, ya pensaremos sobre ello. Jack, lo que ahora quiero es que te lleves el pergamino. Para eso te he hecho venir. Debe salir de Rusia lo antes posible. Creo que alguien sabe que está aquí y están tratando de encontrarlo.

A medida que hablaba, la agitación de Iosif crecía visiblemente.

—¿Cómo es posible? —preguntó Jack—. Creía que tú eras la única persona que conocía su existencia.

Iosif se mordió con fuerza su labio inferior. Las líneas de tensión de su rostro eran profundas, como cinceladas en él.

—Hice algo muy estúpido, Jack. Cuando encontré ese manuscrito y me di cuenta de lo que era, quise decírselo a alguien, pero no fui lo suficientemente precavido. Pensé en ti y en otros colegas de Occidente, pero todos estabais muy lejos. Tuve la sensación de que era conveniente guardar silencio. Volnukhin no debía saberlo, porque no es semita y no lo comprendería, así que hablé con Grigorevitch. No, no sabes nada de ese tema. Es el jefe de mi departamento en la universidad y un arabista. Sabe hebreo y arameo perfectamente, así que pensé que podía entenderlo.

»Hasta aquel momento —añadió—, yo había leído sólo una pequeña parte de la carta, pero ya sabía que se trataba de la vida de Cristo escrita de su puño y letra, es decir, conocía lo que teníamos. Y se lo dije a Grigorevitch. Se sintió muy satisfecho y no hizo la menor crítica. Al fin y al cabo, es ateo y fue un fiel comunista. A él le tiene sin cuidado si Jesucristo fue el hijo de Dios o de un rabino judío, ¿cuál es la diferencia? Se comprometió a guardar silencio y a no decírselo a nadie. Insistí mucho en ello y me aseguró que sería una tumba. Pero me siento desgraciado y arrepentido. Estoy seguro de que Grigorevitch se lo ha contado a alguien.

»Desde hace algunas semanas —explicó Iosif— vengo viendo extraños en las proximidades de mi piso, normalmente, en la calle y, en ocasiones, en el *kafemorozhenoe*, donde llevo a Sima a tomar un helado. Me siguen cuando vengo aquí. Voy con mucho cuidado, he sido un judío en Rusia durante toda mi vida y tengo un sexto sentido para esas cosas. Me vigilan, Jack. No pueden llegar hasta aquí, pues ya has visto lo difícil que es acceder a este lugar. Le he pedido a Volnukhin que no permita la entrada a nadie aparte de nosotros. Ellos saben que encontrar ese pergamino entre todos estos papeles no es obra de una hora y quizá ni de un solo día. Pero encontrarán un modo de hacerlo, estoy seguro de ello. Ya deben estar pensando cómo dar con él. Grigorevitch tiene mucha influencia y puede hacer que me despidan. Sé que es capaz de hacerlo. Ésa es la razón por la que te escribí pidiéndote que vinieras. Tienes que llevarte la carta, debes sacar el pergamino de Rusia antes de que

sea demasiado tarde.

Estaban en un lugar protegido y silencioso, una habitación de gruesas paredes de hormigón a prueba de ruidos, con el recuerdo de secretos, largamente guardados, impreso por doquier. En el piso de arriba, mujeres con rostros pétreos pasaban sucias bayetas sobre el suelo de mármol. Había una especie de escalofrío que se extendía por todas partes, no sólo a causa del frío sino de algo más: la oscuridad que se avecinaba, cuando la libertad de la vida, tan corta, se resquebrajaría para dar paso a un miedo repentino engendrado por el pánico. Hasta entonces, Jack no había tomado en cuenta del modo debido la situación en la que se encontraba. Era un ave que había volado demasiado lejos, demasiado de prisa. Sus alas estaban cansadas. Había pasado del sol a la lluvia, después regresó brevemente a la luz del sol para llegar a un país en donde las primeras nieves ya habían comenzado a caer. Pero esto no era lo que le hacía sentirse así. El tiempo sólo le servía de metáfora y necesitaba otra cosa.

—¿Quiénes son los que te siguen, Iosif? —preguntó—. ¿Lo sabes?

Iosif negó con la cabeza.

Jack bajó la vista a la mesa, al fino pergamino agrietado con su delicada escritura.

*Ni el bramar de las aguas agitadas ni el arder
de los fuegos flamígeros podrán apartarme de
mi pacto Contigo, oh Señor, ni los Hijos de la
LUZ me encontrarán desprovisto de fe.*

¿Por qué le resultaba tan familiar?

—Vamos, Iosif, salgamos de aquí. Necesito un buen fuego y una copa de algo bien fuerte.

Cuando salieron, Iosif fue apagando las luces una tras otra, como las claraboyas de un buque que se hunde van extinguiéndose a medida que el agua las cubre. Fuera, los primeros signos del invierno, que ya se acercaba, eran evidentes por todas partes.

Comenzaron a andar de regreso por el Kalinin Prospekt; dos hombres sin conversar, envueltos en sus propios pensamientos. Algunas miradas duras se fijaron en Jack descaradamente, curiosas por su presencia. Los extranjeros seguían siendo una presencia inusual en las calles de Moscú, sobre todo en el invierno. Por su parte, Jack no podía librarse de la sensación de que estaba siendo vigilado, pero aunque volvía la vista y miraba a su alrededor de vez en cuando, no pudo identificar a nadie que le llamara la atención. Pensó que Iosif, ansioso por su descubrimiento, había estado imaginando cosas.

Iosif pensaba detenerse en Dom Knigi, la gran librería al otro extremo del Prospekt. Había pedido un ejemplar de la nueva edición de la Biblia Aramea de Sperber hacía ya varios meses y solía llamar o ir allí cada semana, más o menos, para preguntar si había llegado.

Llegaron a Arbatskaya Ploshchad, la plaza en la que la Arbat tuerce al sudoeste. Había un grupo de jóvenes bebiendo vodka sentados a los pies del monumento a Gógol. Iosif tiró de Jack para alejarlo de ellos. Al aproximarse al restaurante Praga, en una esquina, Jack advirtió que estaba produciéndose algún tipo de incidente. Una gran muchedumbre se había reunido en la parte alta de la calle Arbat, que desde hacía cinco años estaba reservada exclusivamente a peatones. Se aproximaron un poco más.

Un hombre alto estaba subido a una especie de plataforma situada en el centro de la calle, entre la doble fila de farolas que la jalonaban por ambos lados. La gente se había congregado a su alrededor para escuchar sus palabras. Algunos jóvenes auxiliares entregaban prospectos de propaganda o vendían periódicos. Pese al frío, se veían muchas camisas negras, algunas de ellas bordadas con un emblema que parecía ser una campana. Y entre las camisas negras y los jóvenes, los rostros encendidos y arrugados de algunos ancianos con el pecho cubierto de brillantes medallas, veteranos de la Gran Guerra Patriótica, que aún seguían buscando en el patriotismo alguna especie de respuesta a sus males de toda la vida. Jack se dio cuenta de que muchos de los asistentes estaban ebrios. Uno de los ayudantes se acercó a ellos.

—¿Un ejemplar del *Molodaya Gvardia*?

Iosif tiró del brazo de Jack para alejarlo de allí.

—¿Qué sucede, Iosif? ¿Quién es esta gente?

—Pamyat'. *Molodaya Gvardia* es un periódico para jóvenes nacionalistas. Son los antisemitas, los que odian a los judíos, de los que ya te hablé.

La cara de Iosif se había enrojecido. Le costaba trabajo contener su rabia. Jack miró a su alrededor. Muchos de los que pasaban por allí parecían indiferentes, pero ninguno manifiestamente hostil. Otros parecían atraídos por el orador. Su voz amplificadas se oía por encima del ruido del tráfico procedente de los bulevares de

Kalinin y Gógol. Jack se dio cuenta de que varios miembros de la *militsia*^[8] estaban al borde de la multitud observando lo que estaba sucediendo.

De repente se produjo una conmoción en la parte de atrás. Alguien alzaba una pancarta, después apareció otra, y empezaron a oírse voces y gritos.

—¿Qué ocurre?

—Es gente que protesta. No todo el mundo apoya a estos fascistas.

En ese momento, la *militsia* entró en acción. Fue como una repetición de los viejos días del pasado, cuando el KGB se enfrentaba a los manifestantes en la plaza Roja, arrebatándoles sus pancartas y metiendo a los manifestantes que caían en sus manos en furgonetas que no llevaban señal alguna de pertenecer a la policía. Los mismos agentes que habían permanecido impassibles, ahora, de repente, se lanzaban contra los que protestaban golpeándolos con sus pequeñas porras de goma. En pocos minutos fueron dispersados y la reunión del Pamyat' pudo continuar.

—Vámonos de aquí —le pidió Iosif tirando una vez más del brazo de Jack. Al volver a entrar en Kalinin Prospekt oyeron de nuevo, a través de los altavoces, la voz estridente y dura del orador, como un eco de otras voces igualmente llenas de odio.

—¿Por qué no te vas de aquí? —preguntó Jack a Iosif—. Ahora eres libre de hacerlo. La Universidad Hebrea te recibirá con los brazos abiertos.

Su amigo, furioso, se volvió hacia él.

—¿Irme? ¡No puedo abandonar! Cada día dos mil judíos solicitan sus visados de salida. Ya somos pocos, y cada año son más lo que se van. Corren como las ratas que abandonan un buque en peligro. La gente del Pamyat' nos ataca en las calles y queman los pisos de los judíos, pero las autoridades hacen bien poco. Les resulta más fácil permitir que el Pamyat' nos tome como chivos expiatorios. Todo lo que ahora va mal en Rusia, dicen, es culpa de los judíos. Todavía siguen creyendo en la gran conspiración de los imperialistas, los masones y los sionistas. Así que todo el mundo aplaude y piensa: está bien, dejemos que se vayan esos terribles judíos, que se vayan a otra parte con sus sucios trucos.

»Es lo mismo que sucedió en Alemania bajo los nazis, Jack —siguió—. Querían que los judíos se fueran. Y les ayudaron a irse. Eichmann, del que estuvimos hablando hace poco, se considera a sí mismo un gran experto en asuntos judíos y se proclama sionista. Hizo amistad con sionistas, colaboró con Aliyah Beth, porque esas gentes querían que los judíos emigraran. Pero al cabo de poco tiempo, eso ya no fue bastante. Si no quieren irse todos los judíos, los exterminaremos. Y ya sabes lo que ocurrió después.

»Pero si nos vamos —continuó hablando—, debilitaremos a los que se quedan. Y crearemos el ambiente que esa gente necesita para buscar otros chivos expiatorios, más alborotadores. Tenemos que resistirlos. Por eso me quedo.

—¿Y qué pasa con Leah y Sima? ¿No te preocupan?

Una nube sombría cruzó el rostro de Iosif.

—Nunca vuelvas a decirme una cosa así —gritó—. Nunca he dejado de estar

preocupado por ellas y, sobre todo, porque Sima tenga que crecer y educarse aquí, donde es tan odiada. Pero no creo que llegue a creer que la respuesta a ese odio sea la huida.

Jadeando se apoyó contra un muro para recuperar el dominio de sí mismo.

—Lo siento, Jack —dijo por fin—. Te grito y tú no haces más que decir cosas sensatas, lo mismo que me dicen muchos otros amigos. Y es posible que tengas razón. Quizá no tengo derecho a forzar a Leah y a Serafima a quedarse aquí, donde corren tanto riesgo. Durante toda mi vida esperé algo mejor que esto, y sufrí por conseguirlo. Los comunistas se han ido y ahora existe libertad religiosa. Aquí, en Moscú, a los judíos se les permite estudiar hebreo por primera vez desde hace muchos años. Está construyéndose un museo judío y existe un teatro judío, al que llamamos Shalom. Tú no eres un verdadero judío y creo que no comprendes lo que esto significa.

Jack negó con la cabeza. Cuando era más joven, su padre había hablado de ese mismo modo: «Todos los judíos sumisos han muerto —le dijo a Jack en cierta ocasión—. No dejaremos que nos hagan otra vez lo que nos hicieron. En esta ocasión lucharemos».

—No —le respondió Jack—. Lo entiendo perfectamente, y me agrada mucho ver que hay quien tiene el valor de enfrentarse a ellos.

—No es valor. Es necesidad. Pero a veces la necesidad es lo único que nos queda.

El mal humor de Iosif desapareció en cuanto llegó a casa. Jack se maravilló al ver el efecto tranquilizador que Leah tenía sobre él, su mera presencia calmaba y suavizaba a su viejo amigo. No hablaron de la reunión del Pamyat' ni de su discusión.

Leah se había pasado el día a la caza de alimentos. Jack no podía imaginar los sacrificios que sus amigos estaban haciendo para alimentarlo. Su sugerencia de contribuir al presupuesto doméstico fue rechazada de modo enérgico. Leah mostró gran ingenio para hacerse con los ingredientes para la cena. Ahora que había llegado el invierno, los precios subían vertiginosamente. Ella comenzó su búsqueda muy temprano, en la otra parte de la ciudad, en el mercado del *kolkhoz*, en la Baumanskaya Ulitsa, del que salió triunfante con dos pollos bien cebados. Su amiga Katya, en la pequeña tienda de verduras y frutas de Kuznetsky Most, la surtió de calabacines de Georgia, pepinos de Ucrania y una bolsa de manzanas, a cambio de un frasco de perfume que recibió como regalo desde Israel en el último Rosh Hashanah. Con otros métodos, consiguió queso, pan y hasta una botella de vino de Tsinandali.

Jack se sintió muy a gusto aquella noche. Fue una sensación que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Le dijo a la pequeña Sima que la amaba y que se casaría con ella un día, cuando fuera mayor. La niña se ruborizó y le preguntó cuándo pensaba llevarla al zoológico.

—¿Te va bien el domingo?

Reflexionó un momento y asintió firmemente.

—Lo que más me gusta son los elefantes —dijo en hebreo, ya que había descubierto que era el mejor idioma común entre ellos—. Mi preferido se llama *Pachá*. ¿Tenéis elefantes en Israel?

—Sí —le respondió—, en el zoológico de Tel Aviv.

—¿Entienden hebreo?

—¿Quiénes?

—Los elefantes.

—¡Oh, no! Son elefantes indios. Hablan hindi, creo, o gujaratí.

—Eso no está bien. Yo hablo hebreo y no tengo memoria de elefante.

Leah la interrumpió.

—Dale las buenas noches con un beso a tío Jack. Lo volverás a ver por la mañana.

Lo besó en las mejillas y, con Leah, se dirigió a su pequeño dormitorio.

—Lo digo en serio —Jack se dirigió a Iosif—. Me casaré con ella en cuanto cumpla los dieciséis años.

Iosif se echó a reír.

—¿Te encuentras mejor ahora, Jack? La última vez que estuviste aquí estabas un poco loco, o así me lo pareció.

—Aún lo estoy. Lo que pasa es que no se me nota tanto.

—¿Es cierto?

—Se aprende a vivir con ello, eso es todo.

Iosif abrió otra botella de Pertsovka y llenó dos copas. Leah regresó. Jack notó que estaba muy cansada. Trabajaba tres días a la semana en una galería de arte en Kutusovsky Prospekt. Mañana era día de trabajo.

—Le estaba preguntando a Jack cómo se encuentra ahora. Me refiero a su tristeza.

—¿Necesitas preguntárselo? —le dijo su esposa—. Sigue igual. Sólo que ahora sabe ocultarlo mejor.

—Me enamoré —explicó Jack. De un tirón, les contó todo lo relacionado con Maria y *Summerlawn*. Fuera había comenzado a nevar. La pequeña estufa que había en la habitación estaba al rojo vivo y emitía algo de calor. Era difícil creer que poco antes existió el verano, tan difícil como imaginarse al amor en cualquier tiempo que no fuera presente. Pero amó aquel verano y, durante un breve tiempo, creyó que también era amado.

Después de oír su relato, Iosif se quedó pensativo. Cuando Jack se iba a la cama, lleno de vodka y al borde del llanto, su amigo lo siguió y cerró la puerta tras él.

—Ese hombre, Rosewicz —quiso saber—. No me has dicho cómo era.

—¿Cómo era?

—Sí, qué aspecto tenía.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Creo que tal vez he oído hablar de él. Es posible que nos encontráramos en

alguna ocasión.

Jack le describió al anciano lo mejor que pudo.

—¿Sabes lo que fue de él después de que su casa, *Summerlawn*, se incendió?

Jack negó con la cabeza.

—Ya veo. Está bien, Jack, es tarde. Creo que hoy ha sido un día muy duro para ti.

—Los he tenido peores.

—Seguiremos hablando mañana. Sobre el pergamino y lo que tenemos que hacer.

A la mañana siguiente, el coche de Iosif había desaparecido. Lo había dejado aparcado en la calle, sin alarma ni ningún sistema de seguridad. Esas cosas no se creían necesarias en la gran república socialista en la que el coche fue construido.

—Ahora somos auténticos capitalistas, Jack. Tenemos hasta ladrones de coches. Y ya antes atracos.

—¿No estaría aparcado ilegalmente? ¿No se lo habrá llevado la grúa de la policía por alguna razón?

Iosif negó con un movimiento de cabeza.

—No. Ha sido robado. Pero no se lo digas a Sima, por favor. Era su orgullo y su alegría. Le diré que lo he dado a guardar durante el invierno, un poco antes que de costumbre debido a la nevada de anoche. Quizá antes de la primavera me sea posible conseguir otro.

Al ver el rostro de Iosif, Jack se dio cuenta de lo poco probable que era eso. Muy desanimados, caminaron hacia el centro de la ciudad.

Perdieron la mañana en una defraudante visita a la Otdelenie Militssi número 5, en la calle Arbat. Era un edificio de ladrillo rojo de tres pisos. El agente de servicio estaba sentado detrás de una pequeña ventanilla de cristal al final de un largo pasillo. Un poco más lejos, el pasillo se abría a un pequeño vestíbulo. Desde donde estaban, Jack e Iosif podían ver una celda, que era como una jaula de barras de hierro, en la que comenzaba a recuperar la conciencia la cuota de borrachos correspondiente a la noche anterior.

El agente de guardia dejó un momento la interesante tarea de vigilar la jaula por una segunda ventanilla y escuchó la denuncia de Iosif. Le entregó un *zajavlenie*, que tenía que rellenar con el parte del robo, y le pidió que dejara algunos de los documentos relacionados con el auto. Expresó su poca confianza en que el coche fuera recuperado. Jack se dio cuenta de que tan pronto como su amigo le dijo al agente su apellido judío, la temperatura descendió varios grados.

Aquella tarde tuvieron una larga reunión con Volnukhin.

—El doctor Gould ha sido llamado inesperadamente para regresar a Israel —le informó Iosif—. Tiene que marcharse el lunes, y quiero que se lleve con él uno de los documentos, como muestra de la colección.

Volnukhin alzó las cejas.

—Imposible. No puedo permitir que salga de la biblioteca, y menos aún del país, un material de tanta importancia. Sacarlo de Rusia, además, precisaría la autorización de varios ministerios, y conseguirla nos llevaría tiempo...

—No, Yuri. El asunto tiene que estar resuelto antes del lunes. Dispones de buenos contactos. Sabes a quién debes dirigirte.

—Cuando el doctor Gould vuelva, el material estará listo, conjuntamente con todos los documentos necesarios para sacarlo del país.

—No, el doctor Gould no podrá volver en varios meses. Es un cambio de planes que no hay forma de evitar. Por favor, tienes que arreglarlo urgentemente, por teléfono. Si insistes lo suficiente, puedes conseguirlo.

—¿Cómo puedo saber que el documento que se lleve estará a salvo? Es un riesgo terrible.

—Te doy mi palabra de que puedes confiar en él. No tendría sentido para él robar un documento cuando puede tener tantos a su disposición siendo honrado.

—¿Y tú crees que realmente necesita ese documento?

—Naturalmente. Es esencial. De otro modo nadie en Israel creería que esas cosas existen en Rusia.

—¿Por qué no se lleva una copia?

Iosif negó con la cabeza.

—No es suficiente. Tienen que disponer de un original. Deben ver que es auténtico, realizar pruebas, examinar el pergamino, la letra de la escritura. Lo mismo que yo he hecho. Tú lo sabes bien, puesto que eres bibliotecario.

Volnukhin vaciló. Miró profundamente a Jack, como si quisiera medirlo para calibrar su nivel interno de probidad o ambición.

—Muy bien —accedió finalmente—. Puedes coger el documento que quieras, con la condición de que debe estar de vuelta aquí a principios del nuevo año.

El sábado asistieron a la sinagoga de la calle Arkhipov, donde a Jack se le dio la bienvenida como si su mera presencia fuera símbolo de una esperanza largo tiempo aplazada. No mencionó, y tampoco lo hizo Iosif, que su madre había sido cristiana y que él ni siquiera era circunciso. El servicio religioso fue breve. Iosif presentó a Jack a un hombre alto y delgado que vestía un abrigo largo.

—Jack, te presento a Isaak Moiseyevich Berchik. Isaak es un viejo amigo. Se va esta noche en avión para Eretz Israel. Le he pedido que venga a comer con nosotros.

Durante toda la comida hablaron hebreo. Berchik era escritor; autor, según dijo, de diez novelas que aún no habían sido publicadas. Nunca logró ser admitido en la Unión de Escritores y sólo le había sido posible publicar relatos cortos y artículos en algunos periódicos *samizdat* mientras se ganaba la vida como encuadernador. El hecho de haber estado encuadernando novelas anodinas de escritores inferiores a él lo había convertido en un amargado. Al llegar el cambio, confió en la posibilidad de que existiera un lugar para él en la nueva Rusia, pero uno tras otro, todos los editores rechazaron sus manuscritos o le dieron la excusa de la escasez de papel.

Era un hombre nervioso, muy introvertido y desprovisto de humor. Jack supuso que se pasaba mucho tiempo con los Sharanskii, y que Iosif y Leah trataban de compensar de algún modo las muchas deficiencias de su vida. Vivía solo en un húmedo apartamento de una sola habitación y compartía el retrete y el baño con otras siete familias.

Al hablar movía las manos torpemente, con gestos inseguros. Jack se dio cuenta de que estaba reconcomido por lo que consideraba un trato injusto de manos de las autoridades.

—El *gozkomisdat* solía decir que mis escritos eran infantiles y reprimidos, que mostraban mi falta de comprensión de la realidad socialista. Y ahora que los editores son independientes y no hay *gozkomisdats* que vigilen por encima de los hombros, dicen que mis escritos son demasiado sombríos, demasiado arraigados en el pasado, un producto del *Zastoi*.

Volvió los ojos para mirar a Iosif.

—No sé cómo explicárselo a tu amigo.

Leah se inclinó hacia Jack.

—El *Zastoi* fue el período de estancamiento durante el gobierno de Brezhnev. Un mal momento para escritores y artistas.

Berchik continuó:

—«Ahora estamos dejando atrás todo eso —dicen—. ¿Quién quiere que se le recuerden aquellos tiempos? Llévele sus escritos a *Sovetish Heymland*, ellos los publicarán». Yo les respondí que escribo en ruso y no en yiddish, y me miraron

sorprendidos.

»Además —siguió—, tienen una nueva objeción. “Rusia necesita unidad por encima de todo —dicen—. Todo se ha derrumbado, las repúblicas siguen caminos separados y no podemos permitir que las cosas se desintegren todavía más. El separatismo judío significa una amenaza para la unidad rusa. Sus novelas son demasiado cosmopolitas en el tono”. Les repliqué que no he escrito nada sobre separatismo, que soy un ruso como ellos, un patriota. Los editores mueven la cabeza y me indican el gran número de judíos que están abandonando Rusia para irse a Israel.

Hizo una pausa. Jack se dio cuenta de que sus ojos grises temblaban, que un nervio en su mejilla derecha tiraba de la piel y le producía un marcado tic.

—Ahora me veo obligado a confirmar sus prejuicios. Me voy a Israel para continuar encuadernando libros escritos en hebreo. Quizá allí encuentre a alguien que quiera publicar mis novelas. Y si es necesario, yo mismo las traduciré al hebreo.

Leah puso vino en la copa de Berchik.

—¿Y tú, Jack, quieres un poco más?

Tenía en el rostro una expresión solemne. Mientras servía el vino, habló en inglés con Jack.

—Sus libros son muy buenos, Jack. Los he leído todos. Todo lo que dice de los editores es cierto. Nunca publicará en Rusia. Lo que tiene que decir es demasiado incómodo y desagradable, tanto para la vieja guardia como para la nueva. Tengo miedo por él. Tal vez puedas ayudarlo cuando vuelvas a Jerusalén. Presentarle a gente que puedan cuidar de él.

Jack afirmó con un gesto.

—Sí, desde luego. Conozco algunas editoriales universitarias. Una de ellas publica, también, prosa en hebreo. Quizá a ellos les interese. Sin duda, en la actualidad hay una gran abundancia de traductores.

Leah sonrió y puso vino en su propio vaso.

Después de la comida, Leah se llevó a Sima a jugar en el parque de Gorki. La familia Sharanskii no era de observancia estricta y no celebraban el sabbat con especial rigor. Además, Sima se había enterado de lo sucedido con el coche y estaba necesitada de cariño y mimos.

Jack e Iosif se quedaron en casa tomando té con Berchik. Hablaron de Israel, y Jack le prometió presentarle a algunos de sus amigos. Pareció agradecido, pero ni siquiera aquella oferta de ayuda le liberó de la carga que parecía pesar sobre sus espaldas. Cuando se marchó ya había oscurecido y el frío era intenso. Su avión salía a las nueve de la noche.

Cuando se quedaron solos, Jack e Iosif aprovecharon la oportunidad para revisar en detalle la transcripción hecha por Iosif del manuscrito de Jesús. Iosif leía un párrafo en arameo y Jack lo traducía primero en hebreo y después en inglés. Jack guardó un borrador sin revisar de la versión inglesa.

Caiafás, Caiafás, ¿por qué has permitido que profanen el Templo construido por Salomón? ¿No sabes que el Señor no aceptará ningún sacrificio hecho en tal altar y que el olor del incienso quemado allí no será grato a Su olfato hasta que esa abominación, que es desolación, no sea apartada de él? Te digo que ese Templo será destruido y que serán destruidos todos los que moran en él.

—Jesús estaba furioso, Jack. Si pudiera ver lo que todos estos cristianos han hecho de él, cómo lo han utilizado para perseguir a su propio pueblo, cómo están matándose unos a otros, su furia sería aún mayor. Qué desgraciados se sentirían si se encontraran con él todos esos fieles creyentes, con sus Biblias negras, sus espectáculos religiosos televisados y su venta de entradas para el cielo. Nada de cabellos rubios ni de ojos azules. No, nada de eso, un judío terrible y fanático, el mismo personaje que les asusta en sus pesadillas. Seguro que volverían a crucificarlo.

El domingo, Jack cumplió su promesa a Sima. Después de la nevada, el tiempo había aclarado y llegó un día lleno de sol. Dejaron a Iosif y a Leah y se dirigieron a pie hasta el zoo, que no estaba lejos, en la Bolshaya Gruzinskaya. Por un momento se olvidó de la pérdida del auto. Sima hizo caminar a Jack de los pingüinos a los leones, de los monos a los elefantes. Por lo general, a Jack los zoológicos le parecían lugares deprimentes en los que miserables criaturas pasaban tristes sus vidas detrás de los barrotes de jaulas apestosas o en la profundidad de los cercados de piedra. El zoológico de Moscú, además, era peor que la mayoría, pues habían dejado que se hundiera bajo una administración tan pobre como inadecuada. La mayor parte de las jaulas estaban vacías y había suciedad y malos olores por todas partes. Pero el brillo del sol y la presencia de Sima convirtieron aquella miseria en un lugar encantado y lleno de magia, en el cual, por un breve instante, pudo olvidar a otra niña y a otros elefantes.

Sima únicamente le aceptó un cucurucho y rechazó su oferta de chocolatinas,

pese a lo muy tentadora que debió de resultar para ella. Los niños mimados y caprichosos siempre le causaron pena, con sus caras insatisfechas y sus voces llorosas y suplicantes. Rezó porque la prosperidad, si algún día llegaba a Rusia, no creara una generación de esas criaturas desgraciadas. Le estaba muy agradecido a Sima por su felicidad natural, no forzada, sustentada en el simple acto de existir.

Una vez más tuvo la sensación de que alguien los vigilaba. Recordó la época en Dublín, cuando le pareció ver a Henryk espiándolo desde un rincón oscuro.

Después de su visita al zoo, se dirigieron al mercado de Kalitnikovskii. El camino de ida y vuelta fue un largo paseo. Tomaron el metro hasta Taganskaya y después un trolebús de la línea dieciséis. Jack había pedido permiso a los Sharanskii, quienes le explicaron cómo llegar hasta aquel lugar.

El Kalitnikovskii era el mercado de animales domésticos de Moscú y abría sólo los sábados y domingos. La gente acudía allí a centenares para comprar pájaros, peces de colores y cachorrillos de perros y gatos. Teniendo en cuenta el poco espacio doméstico de que disponían aquellas personas, resultaba sorprendente lo bien dispuestas que se hallaban a compartirlo con animales.

Sima estaba fuera de sí de felicidad. Hacía ya mucho tiempo que deseaba ir allí, desde que tenía uso de razón, por lo que recordaba, pero siempre se le respondió que «otro día», esa remota e inexistente fecha a la que los adultos suelen relegar las esperanzas de los niños. Durante una hora caminó como extasiada entre las pequeñas jaulas, acariciando cobayas y hámsters, y silbándole a los pájaros. De inmediato se enamoró de un pequeño gatito blanco y negro, y cuando Jack le pidió al dueño de la parada que se lo diera, la niña se quedó sin habla. Saltó de un lado a otro y después corrió hacia él, tan pronto como pudo, para arrojarle en sus brazos y abrazarlo por la cintura.

—Es la gata más bonita del mundo. La llamaré *Annushka*. Cuando sea mayor iremos a visitarte a ti y a Isaak a Jerusalén.

Durante un momento se sintió de nuevo como un padre con su hijita. En el instante en que pagaba el gato pensó en otra niña y en otro cachorrillo. Milagrosamente, se dio cuenta de que no estaba llorando, sino sonriendo mientras sostenía la mano de Sima.

El lunes por la mañana, Iosif y Jack visitaron juntos los diversos departamentos del gobierno cuya autorización era necesaria para sacar legalmente el manuscrito fuera de Rusia. Les hicieron esperar dos horas en el Ministerio de Cultura y tres en la Oficina Central de Aduanas. Tuvieron que rellenar formularios en triplicado y en quintuplicado. Las viejas costumbres son difíciles de cambiar y más aún si se trata de hábitos burocráticos. Pese a la insistencia de Iosif en decirles que su invitado tenía que tomar el avión a las siete de aquella misma tarde, nadie mostró el menor signo de urgencia.

A las tres de la tarde le estamparon el último sello a la *deklaratsia* de Jack. Encontraron un taxi vacío —Iosif había prevenido a Jack de que nunca entrara en un taxi que llevara ya otro pasajero, algo normal en Rusia—, y regresaron a su piso.

—Tenemos que celebrarlo —proclamó Iosif. Sima había vuelto ya de la escuela y era uno de los días libres de Leah, así que salieron juntos a la calle Arbat para tomar café y pasteles en el café Rosa. Jack recordaba aquel local: estaba en la puerta de al lado del pasadizo que conducía a la comisaría de policía.

Durante el camino, Iosif hizo que su esposa y Sima caminaran unos pasos por delante de ellos y, a continuación, se volvió a Jack.

—Tengo que hablar contigo.

Parecía muy serio. Jack se preguntó si algo iba mal.

—¿Sobre qué?

—Se trata de Rosewicz. Hay algo que tengo que preguntarte.

—Adelante.

—Ese hombre que según tú se llama Rosewicz, ¿tiene alguna lesión corporal que hayas podido apreciar?

—¿Una lesión?

—Sí, algo que no puede dejar de verse.

Jack afirmó con la cabeza.

—Le falta la falange superior del dedo meñique de su mano derecha. Eso es todo, creo.

Iosif movió la cabeza pensativo.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro.

—Entonces es lo que yo pensaba. Se trata del mismo Rosewicz. Jack, hay algo que debes saber sobre ese hombre. Es muy importante.

En esos momentos, Sima se libró de la mano de Leah y retrocedió junto a su padre y a Jack.

—¡Mirad, mirad —les gritó entusiasmada—, marionetas!

Alguien había levantado un pequeño teatro de títeres y la gente lo rodeaba riendo.

Sima tomó la mano de Iosif y lo acercó a la muchedumbre que rodeaba el espectáculo. Jack los siguió y Iosif se volvió y le dijo:

—Después, Jack. Ya te lo contaré más tarde. En el piso, antes de marcharnos. Pero es muy importante. Debes saberlo antes de tu regreso a Israel.

Aquel día no hubo gritos de los camisas negras en la calle, ni voces cargadas de odio que apagaran el rumor de las charlas de los transeúntes, ni *militia* con sus porras de goma. El sol seguía brillando y Jack lamentó tener que marcharse tan pronto.

Entraron en el café. Iosif pidió cerveza para él y para Jack, Coca-cola para Leah y Sima y *sandwiches* de pescado para todos.

—Os echaré de menos a todos —dijo.

—Pronto estarás de vuelta —le consoló Iosif—. Cuando hayamos terminado con este asunto, aún quedarán muchos pergaminos para sacar al extranjero. No tan importantes, desde luego, pero de mucho interés.

—Volverás pronto y y te encontraremos una esposa —bromeó Leah—, una gorda esposa rusa que te guise *blinys* y te zurza los calcetines. Una pequeña *khozyaika* de una buena familia judía. Encontrarás lo que nosotros llamamos una joya, a *liubimaya rabota*, y tendrás una docena de hijos.

Jack se echó a reír.

—No, muchas gracias. Me conformaré con esperar diez años a Sima. Ya lo hemos planeado así, ¿no es verdad, Sima?

—¿*Annushka* podrá vivir con nosotros?

—Así lo espero.

—¿Y sus gatitos?

Iosif soltó un gruñido.

—¡Lo que has hecho con nosotros, pobre gente inocente! Ahora mi hija está obsesionada con los gatos. Pronto empezará a criarlos y nuestro pequeño apartamento se convertirá en una residencia para gatos.

Jack miró su reloj.

—Bien, tengo que irme si no quiero perder el avión.

—¿Puedo ir con vosotros al aeropuerto? —preguntó Sima.

—Me encantaría que vinierais todos —respondió Jack—, si cabemos en el taxi.

Finalmente el taxi no fue necesario. Como por arte de magia, cuando regresaron, el pequeño Moskovitch verde estaba esperando en la calle, casi en el mismo lugar en el que Iosif lo dejó la noche antes de su desaparición. Junto a la entrada del bloque de pisos había un hombre enfundado en un abrigo gris y tocado con la gorra de oficial de la *militsia*.

—¿Doctor Sharanskii? —preguntó cuando Iosif se acercó a él—. ¿Doctor Iosif Sharanskii?

El aludido hizo un gesto afirmativo.

—Usted denunció el robo de su automóvil hace dos días —le informó el oficial—. Hemos encontrado un vehículo que se corresponde a esa descripción. ¿Tendrá la bondad de confirmar si éste es su coche? En caso de que así sea, tendrá que firmar unos documentos y se lo entregaremos.

Jack se aproximó detrás de su amigo. Miró al policía y su rostro le pareció familiar. Supuso que debió haberlo visto el viernes cuando estuvieron en la comisaría de policía.

—¿Pasa algo, Iosif? —se interesó.

Iosif negó con la cabeza.

—No, nada, todo va bien. Me ha traído el auto.

El policía sacó algunos papeles de su bolsillo al tiempo que decía algo que Jack no pudo captar. Iosif se giró.

—Dice que el coche fue encontrado a primeras horas de la tarde en Vladikino. Tengo que firmar unos documentos, y para evitarme molestias los ha traído consigo. Así no tendré que ir a la comisaría. Algunas cosas han cambiado desde la *perestroika*. Quizá empiece a creer las cosas que se lee en los periódicos.

De todos modos, el montón de papeles parecía enorme. Iosif sacó de su bolsillo un llavero, señaló una de las llaves y se lo entregó a Jack.

—No tenemos mucho tiempo que perder, Jack. Aquí tienes la llave. ¿No te importa subir solo a recoger tu equipaje?

—Claro que no. No es preciso que nadie suba conmigo.

Jack había hecho el equipaje por la mañana y estaba listo para salir. El pergamino estaba en su maletín, guardado cuidadosamente dentro de su propio cilindro de metal.

Cuando se disponía a subir al piso, Sima se le acercó.

—Subiré para ver si *Annushka* está bien.

Jack sonrió.

—Quédate aquí con mamá y papá. Yo la bajaré en la cesta y podrá venir con nosotros al aeropuerto. Habrá sitio para ella si la llevas sobre las rodillas.

Los ojos de Sima se dilataron de placer. Aplaudió y volvió a reunirse con su

madre.

El piso estaba en la séptima planta y desde sus ventanas podía verse la calle. Como solía suceder casi siempre, el ascensor no funcionaba y Jack tuvo que subir a pie. Entró en el piso y se guardó las llaves en el bolsillo. A través de las delgadas paredes podía oír los ruidos de las familias vecinas, sus voces, sus televisores y, en uno de los apartamentos, el sonido de un violín en el que alguien interpretaba a Telemann de modo vacilante.

Annushka comenzó a maullar de modo lastimero tan pronto como oyó abrirse la puerta de la sala de estar. Jack se acercó a ella para acariciarla, pero el animalito retrocedió bufando. No se había comportado así la mañana anterior, y Jack se preguntó qué podría haberla excitado. En esos momentos advirtió un charquito en el suelo. El dueño del puesto donde la compraron les había dicho que la gatita estaba educada y no ensuciaba la casa, pero Jack pensó que todavía era demasiado joven para que eso fuese cierto. Encontró unos pañuelos de papel en su bolsa de viaje y limpió el suelo como pudo.

—Vamos, señora —se dirigió a la gatita—, vas a venir al aeropuerto para decirme adiós.

El animal volvió a bufar cuando la alzó y trató de clavarle las uñas, pero él supo actuar con rapidez y en un momento quedó encerrada en un pequeño cesto de mimbre.

Estaba a punto de recoger sus bolsas cuando de repente se le ocurrió que iba a marcharse sin llevarse algo esencial: su versión inglesa del pergamino. Quería trabajar en ella durante el vuelo para que estuviera lista para ser mecanografiada en cuanto llegara a Jerusalén. En su maletín llevaba una fotocopia de la transcripción en arameo hecha por Iosif.

La versión inglesa debía estar sobre la mesa de trabajo de Iosif, junto con la transcripción al arameo y una serie de fotografías del propio documento original. Aquella mañana habían estado trabajando juntos antes de salir y olvidó poner su traducción en la cartera cuando Iosif le dijo que tenían que marcharse.

La mesa estaba vacía. No había sobre ella ni su traducción ni la transcripción hecha por Iosif ni las fotografías. Jack estaba convencido de que Leah no había limpiado la mesa ni tocado aquellos documentos. Llevaba demasiado tiempo viviendo con Iosif como para saber que no debía tocar el material en el que estaba trabajando. Por su parte, Iosif tampoco pudo cambiarlos de sitio porque estuvo todo el día con él y no dispuso de tiempo para acercarse a la mesa cuando regresaron juntos para recoger a Leah y a Sima.

Se quedó helado. Cruzó la habitación a toda prisa y cogió su maletín. Con dedos torpes por el nerviosismo manipuló la cerradura y se rompió una uña al abrirla del todo. Miró en su interior.

El pergamino había desaparecido.

Lleno de pánico esparció el contenido del maletín en el suelo. Fichas, cuadernos

de notas y la tapa del fondo cayeron formando un montón. Pero el cilindro de metal en el que había guardado el pergamino no estaba allí.

A continuación abrió su bolsa de viaje, primero el compartimento principal, después los bolsillos laterales, y puso todo su contenido en el suelo. No encontró el menor rastro del pergamino.

Asustado, se dirigió a la ventana para ver a Iosif y tratar de llamar su atención. Pudo verlos en la calle, Iosif, Leah y Sima, como criaturas diminutas, a una distancia de siete pisos, apenas visibles a la luz de una farola. Se dirigían al pequeño automóvil. El oficial de la *militsia* parecía haberse ido.

Como si el descubrimiento del robo hubiera agudizado sus ideas, se dio cuenta de algo que le había venido preocupando en relación con el oficial de la policía. Recordó el frío trato que tuvo Iosif en el cuartel de la *militsia* cuando mencionó su apellido judío, la forma como la policía se comportó con los que protestaban contra el mitin del Pamyat'y las largas esperas de aquella misma mañana en los distintos departamentos gubernamentales.

«Algunas cosas han cambiado desde la *perestroika*. Quizá empiece a creer las cosas que se leen en los periódicos».

Seguramente, Iosif sabía que aquello no tenía sentido. Un oficial de la *militsia* no se molestaría en llevar la documentación a un judío para evitarle un pequeño desplazamiento, y seguro que no habían comenzado a devolver a domicilio los automóviles robados.

Sintió que el corazón se le paraba. De pronto recordó dónde había visto el rostro del oficial de la *militsia* con anterioridad. No fue en la comisaría de policía, sino en el zoológico, el día anterior. Era el rostro del hombre que Jack sospechó que estaba vigilándolo.

Pero ¿cuál era la razón de aquel juego? ¿Por qué decidió devolverle el coche a Iosif? ¿Por qué se había vestido con el uniforme de oficial de policía? ¿Seguro...?

Miró hacia abajo. Sus amigos estaban entrando en el pequeño coche verde, Sima en el asiento de atrás, Leah delante, con Iosif. Y mientras los miraba, comprendió. No bastaba con robar el pergamino. Ellos, quienes fueran, tenían que matar a Sharanskii y a él mismo para mantenerlo todo en secreto. Alguien debía haber manipulado los frenos. O...

La idea no tardó en llegar. Al fin y al cabo, Jack era irlandés. Una bomba en el coche sería la manera más eficaz de hacerlo.

Golpeó el cristal de la ventana, gritando, tratando desesperadamente de llamar su atención, pero fue inútil. Quiso abrir la ventana y comprobó que estaba bloqueada.

Se dio la vuelta, salió a todo correr del apartamento y bajó las escaleras a saltos. Pero por mucho que corría, no podía librarse de la sensación de que sus pies estaban clavados en el barro. Empujó a una anciana y la tiró a ella y su bolsa de la compra. Saltaba cinco o seis escalones de vez, tropezando y lastimándose, sin dejar de gritar el nombre de Iosif, el nombre de Sima.

La explosión llegó a sus oídos cuando alcanzaba la rampa final. Todo el edificio pareció oscilar. Sintió un chasquido en los oídos seguido de un terrible silencio. Después la caída de piedras y metal. Otro silencio. Un silencio que se hizo eterno, un silencio que nunca dejaría de serlo.

Fuera, una voz gritaba en ruso. Jack estaba inmóvil, como inmóvil parecía estar su corazón dentro de su cuerpo. Otra voz gritó con fuerza y, de repente, el mundo entero estuvo hecho de voces. Jack cayó en una oscuridad sin fondo, una extrema oscuridad en la que nada se movía, las voces se deslizaban a su alrededor y una pelota botaba y se quedaba inmóvil, mientras aves blancas descendían desde el cielo para quedarse repentinamente quietas. La inmovilidad estaba también dentro de él, en su corazón, y el silencio cayó sobre el agua como una piedra o como una niña, pequeña.

Parte 3

*Campo de trabajos forzados 296/14
Nizhnaya Tavda. Tyumen Oblast. Siberia Oriental*

Era una estancia larga de techo alto y desprovista de todo calor. Las camas se extendían a ambos lados, veinte pegadas a una de las paredes laterales y otras veinte a la de enfrente, alineadas con precisión militar. Tenía el aspecto de un hospital o de un cuartel, pero no era ni lo uno ni lo otro. No exactamente. En las paredes había ventanas alargadas cuyos cristales eran gruesos y opacos a causa de la capa de hielo que se había formado en ellos. Las pesadas contraventanas que protegían los cristales permanecían abiertas durante las pocas horas de luz diurna y se cerraban al llegar la oscuridad. Ahora estaba anocheciendo. En cualquier momento llegaría la Enfermera Gris con su larga vara, la que tenía un gancho doble en un extremo, para cerrar las ventanas durante la noche. Los ocupantes de la estancia esperaban su llegada, porque eso significaba que aumentaría un poco el calor y tal vez podrían dormir. ¡Y cuánto les gustaba dormir! Era el único momento, el único momento...

La Enfermera Gris no hablaba una palabra de inglés. Era muy estúpida, pero ellos la perdonaban cuando venía a cerrar las contraventanas. Clac, clac, clac... iba cerrándolas una detrás de otra. A veces se oía como una cantinela suave que ella no entendía: «Cierra las contraventanas, cierra las contraventanas...».

Tres enfermeras se turnaban durante el día: la Enfermera Gris, la Enfermera Negra y la Enfermera Blanca, llamadas así de acuerdo con el color de sus uniformes. Nadie recordaba quién fue el primero en llamarlas de ese modo. De hecho, hubo una sucesión de enfermeras a lo largo de los años. La Enfermera Gris era la décima o undécima de ese nombre; la Enfermera Negra era la número catorce y la Enfermera Blanca, la duodécima. Aproximadamente, Nadie lo recordaba con exactitud. Sus rostros fueron haciéndose borrosos en sus recuerdos, como borroso era el sonido de las contraventanas al cerrarse por las noches y cuando volvían a abrirse por las mañanas. Clac, clac, clac.

Llegó la Enfermera Gris con su uniforme color pizarra y el ridículo gorrito, cuyo diseño no había cambiado en cuarenta años. Solían inventarse juegos para tratar de adivinar cuál podría ser su verdadero nombre. Pero al final continuaba siendo la Enfermera Gris. Siempre tenía el mismo turno, de dos de la tarde a diez de la noche, y dos semanas de vacaciones al año. La Enfermera Blanca comenzaba el día para ellos, cuando abría las contraventanas a las seis de la mañana. A la Enfermera Negra sólo la veían por la noche, sentada detrás de su mesa, situada al extremo de la sala, y leyendo dentro de un pequeño círculo de luz. Estaba allí cuando se llevaron a Seymour. Y a Bowers. Y a Stevenson. Ahora sólo quedaban veintinueve de ellos y no ingresó nadie nuevo para ocupar las camas vacías.

Siempre hablaban del pasado. De sus esposas o novias, de sus hijos (aquellos que los tenían), de sus viejos amigos. Gran parte de su conversación se refería a la guerra. Eran como cualquier otro grupo de soldados compartiendo sus reminiscencias. Aunque no exactamente. Ellos nunca regresaron a casa, ni victoriosos ni derrotados. Y ya habían pasado casi cincuenta años.

Realmente no sabían quién había ganado la guerra. Vieron aquella terrible película de Friedrichshain y, después, los juicios contra los criminales de guerra. Los alemanes tuvieron su merecido. Pero más tarde llegaron los rusos, y ellos pensaron que Stalin había pasado a ocupar el lugar de Hitler, que Rusia y Gran Bretaña se habían declarado la guerra. Pero, ciertamente, ninguna guerra podía haber durado tanto. Casi cincuenta años.

Era sorprendente todo lo que no sabían. Nunca habían oído hablar de las armas nucleares, de Jack Kennedy, de los cohetes a la luna, de los Beatles, del sida, de Elvis, de Carlos y Diana, o... La lista de lo que no sabían tenía cincuenta años de longitud. Recordaban palabras claves, consignas y la peculiar jerga de los servicios de inteligencia durante una guerra ya olvidada. Y canciones tan pasadas de moda que, aparte de ellos, ya nadie las cantaba en ninguna parte.

Se cerró la última contraventana. Después de eso, la única luz que iluminó la estancia fue la de las bombillas de pocos vatios que colgaban del techo. Dentro de una hora cenarían. Después vendría la partida de *cribbage* o de póquer.

En uno de los rincones más apartados, Donaldson comenzó a cantar. Muchas veces solía hacerlo a aquellas horas. Una de las antiguas canciones:

*Volveremos a encontrarnos, no sé dónde ni cuándo,
pero sé que nos veremos de nuevo en un día de sol.*

Falló unos compases y lo dejó. Lewis lo sustituyó y siguió cantando en su lugar. Al cabo de un rato, Dixon se unió a él.

*Saluda a las gentes que conozco
y diles que no pasará mucho tiempo...*

Estaba solo. Más solo, pensó, que lo estuvo nunca. No podía recordar cómo ni quién lo había llevado allí. No sabía dónde estaba ni adonde lo llevarían después. Realmente no le importaba. No deseaba hacer nada. Todas sus energías las dedicaba a una sola cosa: a buscar el olvido.

Pero no podía olvidar. Oh, sí, podría olvidar todos aquellos incidentes, todas esas pequeñas cosas que habían sido lavadas de su memoria. Eso ocurría así, únicamente, porque habían sido expulsadas y su lugar lo ocupaban esas otras cosas más importantes, las cosas que verdaderamente deseaba olvidar y que no podía hacerlo.

Era como si una cinta de vídeo pasara continuamente por su cerebro cada pocos minutos. Volvía a verse de pie, junto a la ventana del piso de la familia Sharanskii, observando cómo sus amigos subían al automóvil, oía su propia voz gritando ronca e inútilmente a la noche; sentía los latidos de su corazón mientras descendía a saltos los desnudos escalones de cemento. De algún modo vio a Sima corriendo con una pelota hacia el borde de un elevado acantilado y otras veces era Siobhan la que entraba en el pequeño coche verde. Y cuando pensaba en el acantilado, éste había cambiado: ya no era Howth Head, sino la cima del acantilado de *Summerlawn*. Y no era Caitlin la que corría detrás de Sima, sino Maria.

La habitación en la que estaba sentado era fría y estaba desamueblada; una celda con un catre bajo y una única sábana. Había un cubo de hierro con tapa en un rincón. En la parte alta de la pared, una ventana dejaba entrar un poco de luz. No sabía el tiempo que llevaba allí. Le habían quitado los zapatos, la corbata, el reloj y el cinturón. A veces le llevaban comida en una escudilla de plástico, una comida repugnante que dejaba en su recipiente hasta que volvían a llevárselo. En ocasiones oía ruidos en el corredor, al otro lado de la puerta, voces que hablaban en un idioma que no entendía, pasos cuyos propósitos ni siquiera podía suponer.

Se quedaba dormido, se despertaba y volvía a dormirse de nuevo. Cada vez que se dormía, sus sueños eran más de lo que podía soportar. Y cada vez que se despertaba se encontraba sudando y asustado. Le resultaba muy difícil separar las cosas: el rostro de Caitlin, el rostro de Maria, el rostro de Leah. Se veía en el zoológico, tratando de dar alcance a Siobhan, y después se convertía en un tigre en una jaula, un tigre sediento de sangre, y a sus pies había una niña pequeña con el cuerpo destrozado y sangrante. Más de una vez se despertó con los ojos inundados de lágrimas, ahogado por un sentimiento de culpa.

—¿Doctor Gould? Me llamo Shcherbitskii. Se me ha encargado la investigación de su caso. ¿Cómo se siente usted?

—¿Sentirme? No lo sé.

—Ha estado enfermo. Hemos tenido que suministrarle algunas drogas. Para su propio bien. ¿Lo entiende?

Jack lo miró sin comprender. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué quería de él?

—Se encuentra usted en una celda del Cuartel General de la *militia* de Moscú, en la calle Petrovka. ¿Lo comprende? ¿Sabe dónde está eso?

Negó sombrío. Nunca había oído hablar de la calle Petrovka pero ¿qué importaba dónde lo tuvieran?

—Como ya le he dicho, ha estado indispuerto. El médico que ha estado tratándolo dice que ya se ha recuperado lo suficiente para enfrentarse a un interrogatorio. Mi tarea es interrogarlo. Si no entiende algo, debe decírmelo.

Jack no respondió nada. ¿Por qué no lo dejaban solo? Todo lo que deseaba era dormir.

—¿Qué tipo de drogas? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Qué tipo de drogas han estado dándome?

—Oh, no estoy seguro. Andaxín, creo. Aminodín. ¿Le dicen algo esos nombres?

Negó con la cabeza. No significaban nada para él.

—¿Qué puede usted decirme de las muertes de los miembros de la familia Sharanskii? Necesito saber todo lo que usted pueda decirme. ¿Qué sucedió aquel día, el día anterior?

—No sé nada. No recuerdo.

—Sufrió usted una conmoción, lo entiendo. Pero si quiere que le ayude, debe usted darme información.

—¿Ayudarme? ¿Por qué? ¿Por qué razón voy a necesitar ayuda?

Shcherbitskii lo miró apaciblemente. Por detrás de su cabeza había una mirilla en la puerta, a la altura de los ojos. Alguien estaba observándolos.

—Es posible que sea usted acusado de complicidad en su asesinato. ¿Me entiende? O incluso puede ser que lo culpen del asesinato.

—¿Asesinato? Yo... no recuerdo. Por favor, no quiero seguir hablando de este asunto. Déjeme solo, por favor.

Shcherbitskii parecía dispuesto a seguir presionando al detenido pero, presintiendo la proximidad de una situación de crisis, que no estaba preparado para controlar, se contuvo.

—Muy bien —dijo mientras se levantaba—. Volveré mañana. Piense en lo que le he dicho. Intente recordar todo lo que pueda. Aunque le resulte doloroso. Es de la máxima importancia para usted hacerlo así.

Cuando estaba a punto de cruzar la puerta, Jack llamó su atención.

—Por favor, dígame que dejen de darme drogas.

Shcherbitskii frunció el ceño.

—Son por su bien. Estaba muy deprimido. Y un tanto demente.

—Hacen que me sienta confuso. Por favor, si quiere ayudarme, nada de drogas.

Shcherbitskii se mordió el labio.

—Veré lo que puedo hacer. Volveré mañana.

Aquella noche dejaron de suministrarle el cóctel de drogas y, al día siguiente, su cabeza comenzó a aclararse. Pero a medida que se aclaraban sus ideas, se agudizaba su dolor. Toda la mañana estuvo envuelto en la tristeza. Y por amarga experiencia, sabía que aquello no era más que el principio.

—¿Cómo se encuentra hoy, doctor Gould?

Shcherbitskii estaba de buen humor.

—Un poco mejor, gracias.

—El médico se ha mostrado conforme en detener la administración de drogas, pero si presenta síntomas de recaída, siento decirle que no tendremos más remedio que reanudar el tratamiento.

—Dígame de nuevo dónde estoy. Y por qué estoy aquí.

Shcherbitskii repitió lo que le había dicho el día anterior. El agente de policía estaba a punto de jubilarse. Una mano antigua y experimentada en un mundo de manos jóvenes. Un superviviente después del diluvio.

Movió la pierna ligeramente para ocultar un zurcido en el desgastado pantalón de su traje.

—¿Por qué creen que yo tengo algo que ver con los asesinatos? —La voz de Jack era tensa, apenas controlada.

Shcherbitskii se lo dijo.

Jack era agente secreto del estado sionista. Quitando de en medio a Sharanskii, confiaba en robar un valioso manuscrito de la Biblioteca Estatal y llevárselo clandestinamente a Israel.

—Yo creía estar en la nueva Rusia —replicó Jack—, no en la Unión Soviética. Pensaba que ya se había puesto fin a toda esa necedad de presentar al «Estado Sionista» como centro de una conspiración internacional. Ahora todos somos amigos, esa tontería debería darse por acabada.

Shcherbitskii movió la cabeza tristemente.

—No todo el mundo piensa así. Hay quienes todavía creen que los sionistas continúan siendo el gran enemigo.

Jack recordó los hombres con camisas negras, una voz estridente por los altavoces, un anciano en uniforme de cosaco.

—Eso es lo que he oído. ¿Es usted uno de ellos? ¿Es eso lo que cree?

Shcherbitskii volvió a mover la cabeza apesadumbrado.

—Estoy aquí para ayudarle. Por favor, recuérdelo, aunque sólo sea eso. Ahora debe tratar de responder a mis preguntas. ¿Por qué ayudó a matar a los Sharanskii?

La brutalidad de la pregunta, que llegó de modo tan inesperado después de las

palabras de simpatía, le dolió como si le hubiera tocado un nervio desnudo. Miró al hombre que lo interrogaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se sintió lleno de furia o al borde del colapso, no estaba seguro de qué.

—¿Matarlos? ¡Oh, Dios, no comprende nada, nada de nada! ¡Los quería tanto!

De pronta vio que estaba gritando. No podía detenerse. No sabía por quién gritaba, todos aquellos a los que había amado estaban muertos. Cuando cesó de gritar, se dejó caer de nuevo sobre la cama llorando abiertamente. Shcherbitskii no dijo ni una palabra y no se inclinó para tocarlo, sino que en silencio se dirigió a la puerta, el guardián descorrió el cerrojo y Shcherbitskii salió.

Al día siguiente, se sentaron en la misma posición, mirándose uno a otro cautelosamente. Jack pasó otra noche sin ser drogado y la depresión estaba apoderándose de él como una amenazadora tormenta. Como los recuerdos.

Shcherbitskii lo observó atentamente. Trataba de valorarlo astutamente para tener la seguridad de que su forma de tratarlo fuera la adecuada.

—Bien, doctor, ¿cómo está hoy?

—Deprimido, muy deprimido. Pero sigo sobreviviendo. Siento haberle gritado ayer.

—No, está bien. Estaba fuera de sí. No debí hacerle aquella pregunta. Al menos no de esa forma. Debí haberme dado cuenta de ello. El dolor y la aflicción son algo que entiendo.

—Lo lamento.

El policía sonrió débilmente y movió la cabeza de un lado a otro.

—No tanto como usted —dijo. Miró la celda a su alrededor. Fuera, la zarpa del invierno se apretaba sobre la ciudad. Allí dentro hacía un frío húmedo—. Es extraño —continuó—, pero en cierto modo usted es todo lo que me queda de mi vida. Mi esposa me dejó hace tres años, mis hijos nunca me visitan, mis antiguos amigos se han retirado o han sido expulsados. Un tanto patético, ¿no le parece? Debería ver mi piso. Dos habitaciones en Chimki-Chovrino. Estoy en él lo menos posible. Me jubilaré dentro de pocos meses. Será sólo una pensión del Estado, es decir, hoy día casi el equivalente a nada. Pero de momento le tengo a usted. Debe creerme, doctor Gould: ésa es la razón por la que quiero ayudarle.

Volvió a mirar a su alrededor, aquellas horribles paredes.

—¿Le gustaría tener una celda un poco mejor que ésta?

El preso se encogió de hombros. ¿En qué podrían cambiar las cosas?

—No creo que debieran ponerlo en una celda tan mala. Hoy mismo me ocuparé de que le den un alojamiento mejor. A cambio deseo su cooperación. ¿Qué puede decirme del día en que sus amigos fueron asesinados?

—¿Sigue pensando que yo los maté?

Shcherbitskii negó con la cabeza.

—Nunca lo pensé, pero hay quienes lo creen. Cuando estén listos, actuarán. Me gustaría que estuviéramos preparados para ello.

Jack se esforzó en recordar y, poco a poco, detalle a detalle, los acontecimientos de aquel día decisivo fueron reconstruidos. Le dijo a Shcherbitskii todo lo que pudo, sin retener nada, excepto la identidad del pergamino de Jesús.

—¿Qué había de tanta importancia en ese pergamino que usted debía llevarse a Israel, el que dice usted que le fue robado?

—Simplemente formaba parte de la colección de la que ya le he hablado. Puede preguntarle a Volnukhin. Él lo sabe todo sobre el asunto.

—Ha sido entrevistado. ¿Dice usted que el pergamino no tenía un significado especial?

—No que yo sepa. —Jack apoyó su negativa con un movimiento de cabeza.

—Muy bien. Debo decirle que ese pergamino constituye un problema para mí. Las cosas son así: si el manuscrito no hubiese sido robado, el asunto de la bomba sería muy sencillo, pienso. Los ataques contra los judíos se han vuelto cosa corriente. Algunos han sido muertos. La explosión que asesinó a los Sharanskii no sería más que una escalada de ese terror. Pero el robo sugiere otra cosa, un lazo de unión entre una cosa y la otra. ¿No lo cree usted así? O eso o las dos cosas no tienen ninguna relación entre ellas.

Shcherbitskii miró su reloj.

—Tengo que irme. Cuídese. Trate de no pensar demasiado. Si usted no los mató, no tiene nada que reprocharse. Y yo no creo que usted los matara.

Ya en la puerta se volvió para decirle.

—Hablaré con la gente pertinente para que le den una nueva celda.

La nueva habitación tenía una verdadera cama con edredón, un sillón y una mesa. Le trajeron algo para leer, unos antiguos ejemplares de *Reader's Digest*, que, a deducir de su estado, debían haber pasado ya por muchas manos. No deseaba una lectura que exigiera mayor concentración. Los devoró ávidamente y pidió otros. Esta vez, le dieron una colección de novelas de Mills y Boon. Las leyó también y vio que las escenas tristes le hacían llorar.

—¿Cómo está *Annushka*? —le preguntó a Shcherbitskii cuando volvió a visitarlo.

—¿*Annushka*?

—Sí, el gatito. El gatito de Sima... Estaba en el piso cuando...

El ruso agitó la cabeza. Con su pelo corto y su pequeño bigote rígido, se le podía tomar por un militar. O un cirujano, algo duro y que no acepta compromisos, una profesión que requería talento, pero no emociones.

—No estoy seguro, pero preguntaré —prometió.

—Se lo compré yo a la niña. No debieron hacerle daño.

Poco tiempo después rompió a llorar. Eran las primeras lágrimas que vertía que

no estaban motivadas por una historia sentimental. Shcherbitskii observaba y esperaba. Así había pasado su vida y así seguiría pasando los años hasta que muriera y su cadáver fuera arrojado a un agujero en el suelo del cementerio de Tushino.

—¿Cómo te encuentras ahora, Jack? ¿Me permites que te llame así?

—Jack... Puede llamarme como quiera. Me siento terriblemente perdido, incapaz de cualquier cosa.

—Bien, quizá estés haciendo progresos. Las lágrimas son preferibles a la pérdida de memoria. Ahora tenemos que volver a hablar.

—No quiero responder a más preguntas. Ya le he dicho todo lo que sé. El resto tendrá que descubrirlo usted solo.

—No, hoy no voy a hacerte ninguna pregunta. Sólo quiero que me escuches con mucha atención. Tienes suerte de que se me encargara a mí tu caso. Fue algo accidental. Dio la casualidad de que yo estaba en la comisaría cuando te trajeron y de que hablo bien el inglés.

—Un buen inglés. Un inglés muy correcto.

—Gracias. Bien, así fue cómo se me confió tu caso. En aquellos momentos tú no eras sospechoso, simplemente un extranjero en desgracia y un amigo de las víctimas. Y un testigo, naturalmente. Las sospechas llegaron después. Me cogieron por sorpresa. Y créeme, yo llevo ya mucho tiempo metido en estos asuntos. No esperaba que hubiera más sorpresas.

—¿Por qué? ¿Quién sospechó de mí?

—Te hablaré de eso más tarde. O en otra ocasión. De momento, lo único que tienes que hacer es escucharme.

Shcherbitskii hizo una pausa. Jack se dio cuenta de que tenía unos dientes postizos mal ajustados y que no le favorecían. En su país, pensó, podrían sustituirse. Al pensar en su casa, se preguntó si algún día volvería a verla. Y, también, dónde estaba verdaderamente su casa. No encontró respuesta.

—Jack —continuó el policía—, creo que tu vida está en peligro. Hay alguien, un grupo de gente, que desea tu muerte. No me preguntes cómo lo sé, pues sería difícil de explicar. He trabajado el tiempo suficiente dentro del sistema, toda mi vida, y tengo un buen instinto. Raramente me equivoco.

—Creía que el sistema había cambiado. Pensaba que los partidarios de la línea dura habían sido eliminados.

Shcherbitskii lo miró casi con incredulidad.

—¿Es eso lo que os dicen fuera de aquí? ¿Que se produjo un golpe de Estado y que de repente Rusia pasó a ser un paraíso? ¿Crees que esos tipos del KGB iban a limitarse a encogerse de hombros y volver a sus casas junto a sus esposas? En Rusia sigue habiendo gente muy peligrosa. Han cambiado sus nombres y llevan otras placas, pero siguen siendo los mismos, créeme.

—¿Ha hablado usted con mi cónsul, el cónsul irlandés?

—No hay cónsul. Dos días después de que tú entraste en la cárcel, se produjo un

incidente diplomático con Irlanda. El cónsul se vio obligado a salir del país.

—Pero eso es imposible. Sólo los ingleses tienen problemas diplomáticos con Irlanda.

—Y, sin embargo, así fue. Y para ser franco, creo que eso tiene mucho que ver con la intención de mantenerte aislado.

—Pero... Seguro que las personas de nacionalidad irlandesa están representadas por alguna otra embajada.

—Sí, por la de Italia. Y por extraño que parezca, el cónsul italiano salió inesperadamente con un mes de vacaciones.

Jack sintió un escalofrío. Siempre supo que estaba solo, pero hasta aquel momento no se había dado cuenta de cuán solo estaba y de lo vulnerable que era realmente.

—¿Qué quiere que haga?

—Voy a sacarte de aquí —dijo Shcherbitskii—. Por desgracia, no puedo hacer nada hasta mañana por la mañana. A las diez entrará de guardia un nuevo sargento que me debe uno o dos favores. He alterado tus documentos para que seas trasladado a un centro de detención al norte de la ciudad. Sólo yo sabré dónde estás. Cuando vuelva a abrirse el consulado irlandés, me encargaré de hacer llegar allí una carta en tu nombre. Entonces, todo dependerá de tus propios paisanos.

—¿Por qué está haciendo esto?

Shcherbitskii se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, soy un hombre infeliz. En estos momentos, tú eres todo lo que hay entre mí mismo y mi piso en Chimki-Chovrino. Quiero realizar algo útil antes de hacer la maleta. Llevé a cabo actos muy desagradables bajo el viejo régimen. Ahora tenemos un nuevo sistema, pero son los mismos mal nacidos los que intentan seguir manejando los hilos que lo mueven todo. Esas cosas no me gustaron entonces, y tampoco me gustan ahora. No te preocupes, voy a sacarte de aquí.

Al despertarse se encontró la celda iluminada y dos hombres de pie junto a su cama, uno de ellos vestido con una bata blanca.

—Por favor, siéntese, doctor Gould. Al doctor Belov le gustaría hacerle un reconocimiento.

—Qué... —Jack movió negativamente la cabeza—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué hora es?

—Las tres de la madrugada. Éste es el doctor Belov, que ha venido a verlo. Desea examinarlo. Va usted a ser trasladado de aquí.

Sorprendido, Jack se alzó un poco. El exceso de luz hacía que le escocieran los ojos y le impedía enfocar la vista en el rostro del desconocido. Lo único que pudo distinguir fue que el hombre vestía un grueso traje gris.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Shcherbitskii?

—Shcherbitskii se ha ido a casa. Ya no tiene nada que ver con su caso. Por favor, siéntese.

Sin esperar que Jack cumpliera su orden, el hombre se agachó inesperadamente y lo cogió con fuerza del brazo obligándolo a sentarse. El médico que estaba de pie a un lado lo observó, pero no hizo nada.

Una vez que Jack estuvo sentado, se adelantó. Al acercársele, Jack pudo ver una mancha en la solapa de su bata que podía ser de sangre.

—Quiero ver a Shcherbitskii. Exijo verlo. No iré a ninguna parte sin hablar antes con él.

—Por favor, doctor Gould, no haga las cosas más difíciles para usted mismo.

Fue Belov quien dijo estas palabras, un hombre de hombros estrechos, cargado de espaldas y con gruesas cejas. Jack se dio cuenta de que tenía manos delicadas, como las de una mujer, salvo que su parte superior estaba cubierta de vello ensortijado.

El hombre con el traje gris le hizo una seña a Belov. Era un hombre musculoso, de buena constitución física, una criatura compacta, aunque no de mucha estatura. Cuando tocaron la piel de Jack, sus manos estaban pegajosas. Tenía el cutis suave.

Belov se agachó y sacó algo de un pequeño maletín que había dejado a su lado, en el suelo. Jack siguió sus movimientos.

—Ya le dije a Shcherbitskii que no quería más drogas —protestó—. Me siento mejor sin ellas. ¿No lo entiende? ¡No quiero sus jodidas drogas!

El médico levantó una jeringuilla e introdujo la aguja en una gruesa ampolla de vidrio. Jack luchó tratando de evitar que le inyectaran, pero el hombre del traje lo sostuvo firmemente, sin visible esfuerzo. Su rostro no expresaba tensión ni emoción.

—Le dolerá menos si no se resiste —murmuró Belov. Las desgracias de Jack no parecían causarle el menor cargo de conciencia.

El preso sintió cómo la aguja se clavaba en su brazo y se deslizaba dolorosamente por debajo de su piel. Lo último que recordó tras el pinchazo fue el sonido de su propio pie al golpear la pata de hierro de la cama casi en perfecto sincronismo.

—¿Doctor Gould? ¿Doctor Gould? ¿Puede usted oírme?

La voz provenía de un lugar remoto, demasiado lejano para tener la menor importancia. Siguió soñando. El sueño no era agradable, pero algo le hacía pensar que lo que le esperaba al despertar sería aún peor.

—¡Despierte, doctor! Quiero hablar con usted.

Jack soñaba que se encontraba en una habitación blanca. En un sanatorio. Todo era blanco: las paredes, el techo, las cortinas, las sábanas de la cama. Era su padre el que estaba en la cama. Por alguna razón desconocida, su padre se había convertido en una niña. Su nombre figuraba en un cartelito situado en la parte inferior de la cama: Siobhan. Pero ella estaba pronunciando otro nombre, que él no podía entender, en un idioma extranjero. Una risa llegó desde cualquier parte. Oyó los botes de una pelota al caer de peldaño en peldaño por una larga escalera.

—Tiene que despertarse ya. Ha dormido usted lo suficiente.

Sintió una mano que se posaba en su hombro y que lo sacudía con fuerza. La habitación blanca se desvaneció de golpe y con ella la cama, su padre, Siobhan, toda aquella cruel farsa.

Sus ojos se abrieron en otra habitación que no era muy diferente a la de sus sueños, aunque menos brillante y con contrastes menos definidos. Y no era su padre quien estaba en la cama, sino él mismo.

—Bien. Muy bien. ¿Puede usted oírme ahora? ¿Puede hablarme?

—¿Dónde estoy?

—Después. Primero tiene que despertarse del todo.

Era la voz de una mujer. Una voz que no tenía nada de amable. Jack volvió un poco su cabeza y la vio. Allí estaba, con la vista fija en él, una mujer de rostro flaco y grandes gafas.

—¿Quién es usted?

—Eso no tiene importancia. Debe concentrarse en despertar.

—Estoy despierto.

Trató de sentarse en la cama y se dio cuenta de que algo se lo impedía.

—Lo hemos atado a la cama. Por su propio bien. Es preciso que esté inmovilizado.

—¿Adónde me han traído?

La conmoción de verse a sí mismo tan desamparado actuó sobre él como un cubo de agua fría, haciéndole recuperar de golpe sus sentidos. Le pareció estar en la habitación de una especie de hospital, sobre una cama dura con sábanas blancas y almidonadas.

—Eso no tiene importancia. Quiero que escuche atentamente lo que voy a decirle.

—¿Cómo voy a prestarle atención ligado de este modo? No es preciso que me ate.

—Hemos recibido instrucciones en el sentido de que es mejor para usted que siga como está. Por favor, no trate de luchar. Lo único que conseguirá será excitarse y forzosamente tendrá que volver a ser sedado. Ahora preste atención. Le quiero interrogar sobre un documento. Ya sabe a qué documento me refiero. Se trata de un documento que usted le dijo al comandante Shcherbitskii que fue robado de la casa del judío Sharanskii.

—¿Dónde está Shcherbitskii? Quiero verlo.

—Ha sido dado de baja por enfermo. Apártelo de su mente. En el futuro no podrá serle de la menor ayuda. Por favor, responda a mis preguntas. Si me ayuda, trataré de conseguir que lo desaten. Ahora quiero que me diga todo lo que recuerda de ese documento. Su origen, su autoría, su contenido. Todo lo que recuerde.

Jack movió la cabeza. ¡Qué mareado se encontraba, qué poco interesado en lo que le rodeaba! Tenía el estómago vacío y al mismo tiempo lleno de náuseas.

—No puedo recordar nada —objetó.

—Sí, si lo intenta, podrá acordarse. Si no, podemos ayudarle a que recuerde.

La vaga amenaza quedó pendiente en el aire.

—Es simplemente lo que usted ha dicho, un pergamino. Del siglo primero o del segundo, es difícil de calcular.

—Sharanskii lo sometió a varios tests. Tiene que haber establecido una fecha más precisa.

—Esas cosas no son tan fáciles de determinar como usted imagina.

—Usted no sabe lo que yo imagino, ni lo que sé sobre «esas cosas». Límitese a responder honestamente a mis preguntas y todo irá bien. Si me miente, todo será más desagradable de lo que es ahora.

—Estoy diciéndole lo que sé. ¿Qué más puedo hacer? El documento era un pergamino de buena calidad. Una carta.

—¿Escrita por quién?

—No llevaba nombre. El autor era un esenio. ¿Le dice eso algo?

—Debe suponer que sí. Si necesito explicaciones, se las pediré. Decía que ese hombre era un esenio. Vamos, continúe.

—Eso es todo. Los esenios no usaban sus nombres personales en sus escritos. Debe saberlo si conoce algo de ellos.

—Pero usted sabe que se trataba de una carta. ¿A quién iba dirigida?

—Ya se lo he dicho, no había nombres. No utilizan sus nombres. La carta estaba dirigida a «mi hermano» o algo parecido.

—Exactamente, ¿cómo estaba dirigida? ¿Qué palabras se usaban? Tiene que recordarlo. Las primeras líneas deben haber quedado en su mente.

—Comenzaba con una oración —dijo. Formó unas frases, fragmentos de arameo de los recuerdos que aún tenía en la cabeza.

Y al empezar a decirlas, recordó las líneas auténticas que abrían el pergamino de Jesús. Las recitó interiormente: «Ni el bramar de las aguas agitadas ni el arder de los fuegos flamígeros podrán apartarme de mi pacto Contigo, oh Señor, ni los Hijos de la Luz me hallarán desprovisto de fe».

Al hacerlo, algo volvió a la vida en su memoria. Recordó dónde las había oído con anterioridad. No eran una cita, ni una frase parecida. Eran las líneas que abrían un pergamino sobre el que Rosewicz lo interrogó en cierta ocasión.

«¿Has visto alguna vez un pergamino que comience con estas palabras...? ¿O has oído hablar de tal pergamino?».

No, pensó. Rosewicz no se había limitado a preguntarle. Jack recordó el fotostato que le mostró el anciano. Se le heló el corazón al darse cuenta de que aquellas líneas eran idénticas a las que abrían el auténtico manuscrito de Jesús.

—No le creo —replicó la mujer—. Está ocultando algo. El manuscrito era lo bastante importante como para hacer que alguien dispusiera su robo y el asesinato de todos los que conocían su existencia. ¿Por qué? ¿Qué había en él de tanta importancia?

«¿Has visto alguna vez un pergamino que comience con estas palabras...? ¿O has oído hablar de tal pergamino?».

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

—Muy bien. Si no me lo dice voluntariamente, tendremos que ayudarle en su búsqueda de la verdad.

La mujer se inclinó hacia adelante y pulsó un pequeño botón en la pared, detrás de la cama. Jack se dio cuenta de que tenía los senos pequeños y erguidos, y las caderas estrechas.

Antes de que pasara un minuto, se abrió la puerta. Desde donde estaba, atado a la cama, Jack no pudo ver quién entraba en la habitación. Hubo una rápida discusión en ruso entre la mujer y un hombre, cuya voz reconoció como la de Belov. Éste parecía objetar algo a lo que le decía la mujer, como si pusiera reparos a cumplir sus instrucciones, pero Jack supo en seguida que el médico estaba perdiendo en la discusión.

La mujer reapareció a su vista al lado de la cama. Al otro lado estaba Belov.

—Doctor Gould, voy a ponerle otra inyección. Le hará sentirse un tanto mareado, pero no interferirá en su capacidad de oír y hablar. ¿Lo entiende? La sustancia que voy a inyectarle no tiene nada de siniestro: una solución de thiopentone sódico y un anestésico. Le ayudará a relajarse y a responder a las preguntas que se le hagan. Por favor, no trate de luchar porque no le hará ningún bien.

Insertó una aguja hipodérmica en el brazo de Jack, quien pudo sentir la presión, mientras Belov le inyectaba el thiopentone sódico. Al cabo de unos instantes se sintió relajado.

—Puede usted abrir los ojos, doctor Gould.

La mujer estaba nuevamente de pie a su lado.

—¿Cómo se siente?

—Bien. Me siento bien.

—En ese caso, creo que podemos comenzar de nuevo. ¿Quién fue el autor del pergamino robado en el piso de Iosif Sharanskii? El que comienza con las palabras: «Ni el bramar de las aguas agitadas ni el arder de los fuegos flamígeros podrán apartarme de mi pacto Contigo, oh Señor, ni los Hijos de la Luz me encontrarán desprovisto de fe».

—¿Qué ha dicho Belov? —La voz carraspeó desagradablemente.

La mujer que estuvo interrogando a Jack se hallaba ahora en una habitación vacía al otro extremo del pasillo. Con ella estaba el hombre que sacó a Jack de su celda en el cuartel general de la *militsia*. Estaban en una de las alas del Psikhol'nitsa 3, el hospital psiquiátrico de la Matrosskaya Tishina, cuya entrada estaba en la puerta de al lado de la prisión.

Famoso por haber servido de lugar de confinamiento de prisioneros políticos durante el régimen comunista y en el que el KGB mantenía una enfermería para su propio uso particular, el hospital había sufrido una reestructuración radical. Radical con respecto a sus anteriores internos políticos, pero mucho menos en el caso de los ingresados allí con una «auténtica» enfermedad psiquiátrica. Y ninguna en absoluto en lo que afectaba al personal.

Algunas cabezas cayeron aquí y allá, unos cuantos médicos se dieron cuenta de que su verdadera vocación era la ginecología y un puñado de enfermeras fueron empleadas en los mostradores de los supermercados. Pero la vieja guardia seguía siendo, en su mayor parte, la vieja guardia. ¿Quiénes, se preguntaban, podían tener la experiencia necesaria para reemplazarlos? ¿Quién conocía los juegos sucios mejor que ellos? ¿O las ligaduras de las camas, las camisas de fuerza y las drogas capaces de debilitar la más firme de las voluntades?

Belov, uno de los pilares del KGB en los viejos días, un decano de la medicina política, todavía continuaba dirigiendo sus salas con la misma libertad clínica que ejerció anteriormente. De tiempo en tiempo, de modo quizá más circunspecto, aunque no menos eficiente, continuaba haciéndole favores a algún que otro de sus antiguos amigos que todavía seguían paseando por los pasillos del aparato de seguridad. Los viejos hábitos no desaparecen fácilmente. Algunos nunca.

—Dice que a Gould se le han suministrado ya todas las drogas que su sistema puede tolerar, y que si usted repite la dosis de thiopentone sódico, correrá un grave riesgo de provocar un fallo cardiorrespiratorio.

—Todavía no he terminado con él.

—No importa. Muerto no le servirá de nada.

La mujer guardó silencio. La pequeña habitación que habían elegido para su encuentro había venido utilizándose para el almacenaje de drogas y medicamentos. Ahora, sus estanterías y armarios estaban casi vacíos. Los medicamentos y drogas que no llegaron a ser utilizados fueron robados para ser vendidos en el mercado negro. El lugar recogía abundantes ecos. A lo largo de los blancos pasillos de baldosas desgastadas, se oían pasos cansados, y las camillas y las carretillas chirriantes se movían en un desfile interminable. Las puertas se abrían y se cerraban,

las llaves giraban en pesadas cerraduras, se oían las voces y los gritos de los internos que cantaban o insultaban o acababan convertidos en sollozos. Ecos. Y fantasmas sin rostros y sin nombre.

El nombre de aquel hombre robusto y pesado era Pavlychko, un ucraniano que había ascendido rápidamente en las filas del KGB. En Jarkov, cuando todavía era un recluta, se había mostrado muy hábil e ingenioso en la identificación y reorientación de informantes potenciales entre el movimiento burgués disidente. Eso ocurrió a principios de los años sesenta. Continuando con gran éxito la ola de arrestos en 1965, muchos de los cuales tuvieron su origen en informaciones conseguidas por él de poetas y músicos, fue ascendido y trasladado a Kíev, donde se le encargó la realización del programa contra los disidentes en aquella ciudad. Cuando Andropov creó el Quinto Directorio dentro del KGB, con el expreso propósito de suprimir la disidencia, Pavlychko fue elegido para dirigir su delegación en Kíev. Siguió una segunda ola de arrestos en 1972.

Feliz, inteligente, con el rostro apacible, Ostap Pavlychko logró llegar a Moscú. Cuando el Quinto Directorio fue transformado en el Directorio para la Protección de la Constitución Soviética, fue trasladado, con la graduación de comandante en el Departamento 17 al notorio Segundo Directorio de Mando, el servicio de seguridad interior.

Ahora, como un fénix renacido, se había alzado sobre las cenizas de otros hasta ocupar una posición clave en el aparato de seguridad interna de la Rusia poscomunista. Fue como un sueño. No, quizá no. Una especie de pesadilla en la que permitía que entraran los sueños de otros. Tenía allí mucho trabajo que le ocupaba todo su tiempo. El nuevo mundo en el que se movía no era en sí muy distinto del viejo. Sabía mejor que la mayoría que no mandaban nuevos amos, que sus sueños se escapaban a toda prisa y que acabarían por convertirse en un terrible despertar. Pero él, que nunca cerraba los ojos, estaría dispuesto para otro ascenso cuando llegara el momento.

Por todo eso, tenía un miedo sutil y vital a la mujer con la que hablaba. Irina Kossenkova nunca sirvió oficialmente en ninguna de las ramas del aparato de seguridad, ni tampoco estaba empleada oficialmente por el Estado. Esta independencia técnica con respecto a los departamentos gubernamentales le daba un aire de misterio que era, en sí mismo, su mayor fuente de poder y la llave que le abría un gran número de puertas cerradas para los demás. El no saber con certeza quién era aquella mujer, ni el verdadero poder que tenía o dejaba de tener, hacía que fueran muchos los que le tuvieran miedo y se sentían inclinados a otorgarle la gran influencia que, por otra parte, era posible que tuviera. Pavlychko sabía demasiado bien lo peligroso que podía ser cruzarse en su camino.

—No estoy segura —respondió—. Si pudiera hacerle creer a la gente que está interesada que él también murió en la explosión del automóvil, su muerte podría servir a mis propios propósitos. No sospecharían que yo ni ninguna otra persona

habló con él.

—Eso sería muy difícil. Ya ha habido informes...

—De todos modos lo quiero muerto. Sabe demasiado. Demasiado y demasiado poco, una pésima combinación. No podemos dejarlo en libertad. Y mantener a alguien fuera de la circulación largo tiempo es algo que ya no resulta tan fácil como lo fue en el pasado. Implica demasiados riesgos. No quiero verlo volver de la nada dentro de diez años para contarle a los periodistas todo lo que sabe.

—¿Piensa usted que alguien le creería?

—Me parece posible. Es un riesgo demasiado grande, que no podemos correr.

—Podríamos hacer ver que se suicidó arrojándolo al río ahora; de este modo, su cuerpo no aparecerá hasta la primavera. Debo suponer que desea que siga siendo reconocible.

—Sí, eso es importante. ¿Podemos contar con Belov?

Pavlychko movió la cabeza. Había demasiados fantasmas en aquel lugar, pensó. A veces le resultaba imposible sacar de su cabeza los ruidos de sus salas y corredores. Sus visitas allí fueron siempre la parte menos agradable de su trabajo. Sólo había otro sitio que aún le gustaba menos: el hospital especial en Siberia, al que fue llevado varias veces por Kossenkova.

—Demasiado arriesgado. Ya fue bastante difícil traer a Gould al hospital. Si muere aquí, es posible que pidan una autopsia, depende de las circunstancias. Esas nuevas escobas barren demasiado a fondo. Sigue el consejo de Belov sobre las drogas. Haz que su muerte parezca un suicidio, pero no arrojes el cuerpo al río. Quiero que sea encontrado en los próximos días, cuanto antes mejor. Si empiezan a pensar que anda perdido por alguna parte comenzarán a buscarlo. ¿Lo entiendes?

El hombre afirmó.

—Ocúpate de ello. Y, Pavlychko... Quiero que Belov quede también fuera de nuestro camino. La gente ha adquirido ahora la mala costumbre de hablar. —Hizo una pausa y lo miró sin pestañear—: Me comprendes, ¿verdad?

La entendía. Claro que sí. Toda su vida estuvo dedicada a entender esas cosas. Esa comprensión era su única ancla en un universo que se hacía cada vez más inestable y traicionero.

Fueron por él de madrugada, como la vez anterior, cuando los pasillos aún estaban silenciosos. Nadie andaba por ellos a aquellas horas, salvo los fantasmas de los cuerdos. Los dementes estaban acostados en sus tranquilas habitaciones, algunos dormidos, otros despiertos observando la llegada del alba. A veces, el amanecer no llegaba. O si lo hacía, no traía consigo la luz de un nuevo día.

Donde antaño hubo fotografías de Lenin mirando sobre ellos, ahora nuevas enfermeras piadosas habían colocado iconos, los rostros de santos y mártires imaginarios, azul verdosos, bajo el permanente reflejo de las luces nocturnas. Aquí y

allá podía verse a un sanitario sentado a su mesa, leyendo o haciendo solitarios. Y los fantasmas se sentaban a su lado, o caminaban arriba y abajo por los pasillos cubiertos con baldosas pequeñas y agrietadas, con sus cabezas afeitadas, sus cuerpos encorvados, casi doblados, y sus rojas lenguas de fuego.

Alguien lo despertó y desató las correas que lo ataban a la cama. Abrió los ojos, volvió la cabeza y vio a dos hombres. Reconoció a Pavlychko —aunque no sabía su nombre—. El otro era el doctor Belov.

—¿Qué pasa?

—Hora de marchar, doctor Gould. Ya ha terminado aquí.

—¿Terminado?

—Llegó la hora de volver a casa.

—No tengo casa. No tengo adonde ir.

Por un momento, Pavlychko se quedó perplejo.

—Tome —le dijo a Jack mientras le entregaba un montón de ropa—, póngase esto.

Belov terminó de desatar la última correa y ayudó a Jack a pasar sus piernas por el borde de la cama. El doctor sonrió, como si él y Jack fueran cómplices en una especie de traición. Por alguna razón, su sonrisa llenó de terror al preso.

—¿Adonde me llevan? —preguntó—. ¿Por qué se me traslada de nuevo?

—Ya nos ha dicho todo lo que necesitábamos saber —le respondió Pavlychko—. Vamos a llevarle a casa. Quítese el camisón y vístase.

Jack obedeció. Se dio cuenta de que las ropas que Pavlychko le ofrecía eran las suyas, las que le quitaron en el cuartel general de la *militsia*. En cierto modo, aquello resultaba tranquilizador. El ucraniano se había ocupado de que la cartera de Jack y todos sus documentos estuvieran en sus bolsillos. Eran necesarios para garantizar la identificación del cadáver. Cuando regresara el cónsul italiano tendría trabajo que hacer.

Jack se vistió lentamente, sus dedos manejaron con torpeza cremalleras y botones. Su poder de concentración se había atrofiado desde que estaba detenido. Belov le ayudó a abrocharse los botones de la camisa.

—También necesitará esto. Hace mucho frío fuera.

Pavlychko le ofreció un abrigo y un gorro de piel con orejeras.

Habían traído una silla de ruedas para él, un viejo modelo con ruedas chirriantes y el asiento desgastado. Pavlychko abría la marcha. Descendieron por pasillos débilmente alumbrados, invadidos por el olor a col y desinfectante; dejaron atrás ventanas enrejadas, puertas cerradas con llave, sobresuelos rayados con viejas manchas oscuras, caminando con paso cauto. En una habitación, uno de los internos oyó su desfile silencioso y tembló recordando las horas previas al amanecer de muchas frías mañanas de su pasado.

Fuera los esperaba un automóvil. Desde el confinamiento de Jack, la nieve había caído sobre Moscú, no suavemente como a su llegada, sino en furiosos temporales.

Era como si una mano blanca, inamovible, helada e inmensamente fuerte, se hubiera posado sobre la ciudad entera.

Al salir a la calle desde la temperatura relativamente caliente del hospital, Jack respiró jadeante en el frío repentino y entumecedor. El aire de la calle entró en él deteniendo su respiración, abrasando sus pulmones. Pavlychko los condujo sobre un sudario de nieve espesa, pisoteada, hasta donde estaba el coche junto a la acera. Las máquinas quitanieves habían trabajado a primeras horas de la noche, abriendo una estrecha senda en el centro de la calle destinada a los conductores cuyos coches fueran capaces de enfrentarse a aquellas dificultades. Belov abrió la puerta de atrás y ayudó a entrar a su prisionero. Pavlychko plegó la silla de ruedas y la metió en el maletero antes de sentarse delante del volante.

Las calles por las que transitaban tenían un aire descuidado, de abandono, como si una maldición hubiera transformado el mundo en sal. Había pocas luces encendidas y no se cruzaron con ningún otro coche en movimiento. Ni con ningún transeúnte. Moscú era como una ciudad sobre la que hubiera caído un terrible castigo. A ambos lados de la calle vieron montones, que eran coches enterrados por la nieve. Pasaron cruces silenciosos bajo la red de los cables helados de los trolebuses.

—¿Adonde me llevan? —preguntó Jack. Nunca se había sentido tan profundamente perdido. Estaba con dos extraños en un mundo que no tenía para él el menor significado. El frío helado que lo envolvía lo había despertado rápidamente, cada vez más; a medida que pasaban los minutos tenía mayor conciencia de lo apurado de su situación.

—No es lejos, doctor. Vamos a alojarlo en un hotel hasta mañana. Podrá dormir hasta tarde, después le ayudaremos a hacer su equipaje y lo llevaremos al aeropuerto. Ya está todo dispuesto. Los billetes de avión, todo.

De pronto se abrió la calle delante de ellos y Jack pudo ver las torres del Kremlin, que se elevaban detrás de la inmensa llanura de la plaza Roja. Reconoció la torre del Arsenal, con la cúpula del edificio del Senado a la izquierda, y comprendió que habían llegado desde el nordeste.

Pocos minutos más tarde se detuvieron frente a un elevado edificio diagonalmente opuesto al Museo Estatal de Historia. Un letrero en su fachada lo identificaba como el Moskva Hotel. Jack oyó hablar de él en su primera visita a Moscú, cuando Iosif le advirtió que no se alojara en él. Realmente, el Moskva nunca fue un lugar destinado a extranjeros, sino que estaba reservado casi exclusivamente para los funcionarios del Partido que visitaban la ciudad. Tenía un aspecto macabro y hosco, como si estuviera decidido a aferrarse a sus privilegios contra la marea de la liberización.

Entre Pavlychko y Belov ayudaron a Jack a sentarse de nuevo en la silla de ruedas. Se había abierto en la nieve un estrecho camino que conducía a la entrada del hotel. Un anciano, que se sentaba encorvado en una silla, estaba de servicio tras las puertas de cristal y alzó la mirada al oír la llamada de Pavlychko. No pareció sorprenderse por lo tardío de la llegada. Se levantó penosamente, llegó hasta la

puerta, giró la llave y abrió. Al entrar, Pavlychko no dijo nada.

Pasaron un restaurante español, instalado en el primer piso, y subieron unas escaleras de piedra hasta alcanzar el piso siguiente. No había nadie en el mostrador de recepción, ni en el sitio reservado al portero de noche. El amplio vestíbulo estaba desierto. Belov empujó la silla de Jack hasta una fila de seis ascensores y apretó un botón. El ascensor tardó bastante tiempo en llegar. El vestíbulo estaba frío y silencioso, iluminado sólo por bombillas de diez vatios. Jack se preguntó por qué se habían molestado en llevarlo allí para hacer lo que tenían que hacer. Era demasiado complicado. Una almohada sobre su rostro en la habitación del hospital hubiera servido igualmente a sus intenciones.

Llegó el ascensor. Pavlychko apretó el botón para subir al piso decimoquinto. Había jugado con la idea de preparar una caída desde aquel piso, pero la desechó. Kossenkova no deseaba preguntas sobre la identidad de Jack, y el plan original de Pavlychko resultaba mejor en ese aspecto. El ascensor subió lentamente, pero él no tenía ninguna prisa en llegar. Puso una mano sobre el hombro de Jack y sonrió.

La puerta se abrió a un pasillo solitario, cuyo final era invisible desde donde estaban. Delante de ellos había un vestíbulo decorado con pósters enmarcados de la ciudad. Detrás de su mesa, la *dezhurnaya*, la encargada del piso, una mujer de mediana edad, estaba disfrutando de un bien ganado sueñecito. En algunas ocasiones, al despertarse en horas tempranas, como aquélla, en el silencio, tenía la sensación de que se había pasado allí su vida entera, en la entrada del pasillo, vigilando qué puertas se abrían o se cerraban. Nunca se había encontrado con las encargadas de los otros pisos.

Se despertó con el ruido de la llegada del ascensor y levantó los ojos. Pavlychko le mostró rápidamente un carnet. Las iniciales KGB todavía imponían respeto y sumisión. La mujer le dio una llave. Después se echó para atrás en su silla y cerró los ojos. No quería saber en absoluto lo que estaba ocurriendo o pudiera ocurrir allí aquella madrugada...

Fue un corto paseo hasta la habitación 1520. Pavlychko abrió la puerta y se quedó a un lado mientras Belov empujaba a Jack para hacerle entrar.

La habitación estaba decorada con el pesado estilo estalinista de los años cincuenta. Sillones excesivamente blandos, cortinas largas y llenas de polvo que iban desde el techo al suelo, lámparas doradas, un aparato de radio que tenía el aspecto de seguir dispuesto a lanzar al aire los discursos de Malenkov o Bulganin. En uno de los lados de la habitación había una cama enorme, cubierta por una pesada colcha de color rojo como la sangre.

Belov ayudó a Jack a quitarse su abrigo, su gorro y su chaqueta.

—Quiero que se eche en la cama —dijo—, esto no va a durar mucho. No debe tener miedo.

Lo alzaron de la silla de ruedas y lo llevaron hasta el lecho. Era la cama más dura en la que jamás estuvo acostado. Le hubiera gustado levantarse y correr, pero sus

piernas carecían de fuerza. Enfrentarse solo a sus dos guardianes era para él una tarea imposible.

—¿Por qué es esto tan importante para ustedes?

Belov se encogió de hombros. Para él, lo único importante era hacer lo que se le había dicho.

De un maletín, Pavlychko sacó un gran frasco de pastillas. Eran alargadas y blancas. Jack calculó que el frasco debía de tener unas doscientas. La etiqueta, en ruso, decía: «Sodium Amytal 200 mg».

Belov llegó desde el cuarto de baño, manteniendo en alto un vaso de agua como quien sostiene un trofeo. Lo dejó en la mesita de noche, junto al frasco de las pastillas.

—¡Siéntese! —le ordenó a Jack. Y le ayudó a erguirse hasta quedar con la espalda apoyada en el cabezal de madera de la cama.

Pavlychko destapó el frasco y puso como una docena de pastillas en la palma de su mano.

—El doctor Belov quiere que tome unas pastillas. Sólo un par de ellas cada vez. No hay necesidad de apresurarse. No queremos que se ponga malo y las devuelva.

—¿Por qué no me ponen ustedes una inyección y acabamos de una vez?

Belov movió la cabeza.

—Es mejor de este modo.

Le tendió el vaso a Jack, Pavlychko tenía en sus manos dos pastillas.

—¿Y si me niego?

Pavlychko sacó algo de su bolsillo. Era una navaja de afeitar.

—Por favor, tómeselas, será más agradable para usted.

Jack vaciló, después tomó las dos pastillas que se le ofrecían. Las drogas que le venían dando desde hacía algún tiempo le habían hecho perder su fuerza de voluntad. No quedaba en él el menor espíritu de lucha. ¿Qué objeto tenía luchar contra lo inevitable? Se puso las pastillas en la boca y se las tragó con un sorbo de agua.

Pavlychko le dio dos más, después otras dos. Jack se preguntó cuánto tiempo tardaría en morir.

No oyeron cómo se abrió y se cerró la puerta. La primera sensación que tuvo Pavlychko de que algo iba mal fue cuando vio que Belov daba un salto y caía sobre la cama. Se adelantó y, al hacerlo, vio el orificio de la bala en la nuca del médico.

Pavlychko se dio la vuelta rápidamente. Había un hombre a unos dos metros por detrás de él. Llevaba un gorro y un abrigo de piel y en una mano sostenía una pistola, provista de un largo silenciador, que apuntaba a la cabeza de Pavlychko. El hombre mantenía el arma recta, firme, como si fuera una extensión de su propia mano.

—No quiero tener que usarla por segunda vez —dijo el desconocido. Su acento era eslavo, pero no ruso. Tenía unos treinta años, era rubio y estaba muy tranquilo. No daba margen para que nadie dudase de quién dominaba la situación.

—¡Levántese! —ordenó—. ¡Espacio!

Pavlychko obedeció.

—Ahora saque su pistola del bolsillo utilizando la mano izquierda.

Respirando pesadamente, Pavlychko sacó una pistola Tokarev TT-33.

—Tírela sobre la cama.

Pavlychko arrojó el arma. Eso no podía estar sucediendo. No a él. No allí.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó.

—Sé exactamente quién es usted —respondió el hombre.

¿Qué nacionalidad tenía?, se preguntó Pavlychko. ¿Ruso blanco? ¿Checo? ¿Polaco?

—Si yo fuera usted, no le daría a ello demasiada importancia —añadió—. Ponga de pie al doctor Gould y ayúdele a llegar al cuarto de baño.

—El doctor Gould no está en condiciones de...

—No voy a pedírselo dos veces. Créame.

Pavlychko levantó a Jack y lo arrastró al cuarto de baño. El hombre recogió la pistola de la cama y los siguió a corta distancia.

—¿Doctor Gould, sigue usted despierto?

Jack hizo un gesto de asentimiento. Empezaba a sentir que su cabeza iba aclarándose.

—Ayúdele a llegar al lavabo —siguió ordenándole a Pavlychko—. Ahora métale los dedos en la garganta hasta que devuelva lo que ha tragado. ¡Y deprisa!

Sosteniendo a Jack por la cintura con un brazo, Pavlychko le metió dos dedos en la boca. Jack comenzó a tener náuseas y, finalmente, vomitó lo poco que había en su estómago.

—Ahora vamos fuera. Ayúdele a subir a la silla de ruedas.

Pavlychko pasó uno de sus brazos por encima de los hombros del que hasta poco antes había sido su prisionero y le ayudó a acomodarse de nuevo en la silla de ruedas.

A cada nuevo paso que daba, Jack sentía que las fuerzas volvían a sus piernas.

—¡Ahora, échese en la cama!

Pavlychko obedeció a regañadientes. El desconocido se acercó al borde de la cama.

—¡Siéntese!

Tomó el vaso y se lo tendió a Pavlychko.

—No puede hacerme esto a mí...

El desconocido vació media docena de pastillas en su mano y se las pasó a Pavlychko.

Con mano temblorosa, Pavlychko comenzó a ingerir las pastillas a tragos nerviosos, sofocándose una y otra vez, a cada trago.

—Ya es suficiente.

El hombre tomó el vaso y lo dejó de nuevo en la mesilla. Jack notó que llevaba guantes.

—¡Abra la boca! —le ordenó.

—Puedo pagarle —suplicó Pavlychko—. Puedo conseguir todo lo que quiera. Créame. Soy un hombre rico. Tengo amigos muy poderosos.

—De momento, sólo tiene enemigos poderosos.

El extranjero se inclinó hacia adelante y metió el silenciador de su pistola en la boca abierta de Pavlychko, cuyos ojos comenzaron a dilatarse por el terror. El hombre movió la cabeza una vez. Y disparó. La almohada en la que descansaba la cabeza del antiguo agente del KGB se llenó de sangre. Sus ojos siguieron abiertos.

El desconocido desenroscó el silenciador de titanio del cañón de la pistola. El arma era una Heckler & Koch P96, con la recámara preparada para cartuchos subsónicos 45 ACP. La baja velocidad de los proyectiles era esencial para eliminar el crack que un disparo de alta velocidad produciría al dejar el cañón.

El hombre se guardó el silenciador y puso la pistola en la mano sin vida de Pavlychko, apretando sus dedos flácidos en tomo a la culata del arma. Cogió la Tokarev de la cama, comprobó el cargador y se la puso en el otro bolsillo. Dejemos que la *militsia* se preocupe de cómo un hombre como Pavlychko pudo estar en posesión de una pistola H&K. Y que trataran de adivinar también por qué disparó contra Belov y después se suicidó al segundo intento. Ninguno de ellos resistiría una investigación forense hábil realizada por un profesional. Pero, realmente, a él eso no le preocupaba.

—Vamos —dijo—, tenemos que hacer un largo viaje.

Sólo entonces, cuando el pistolero bajó la vista y lo miró sonriente, Jack se dio cuenta de que ya había visto antes a aquel hombre.

Era Henryk, el fiel perro guardián de Rosewicz en los bosques de *Summerlawn*.

Siberia Oriental

Por lo general, pocas cosas rompían la rutina. La Enfermera Negra, la Enfermera Blanca, la Enfermera Gris. Los sanitarios con sus mesitas de ruedas y sus carretillas. El personal de limpieza una vez a la semana. El doctor Voroshilov con sus medicamentos. Amanecer, mediodía, atardecer. Primavera, verano, otoño, invierno. Sobre todo invierno. Invierno y un frío implacable, hielo en las ventanas, carámbanos y chuzos colgando del techo cuando la estación invernal estaba en sus momentos más duros.

En los primeros días tuvieron otra habitación en la que pasar el día. Los ordenanzas los conducían hasta allí cada mañana. También había otros paseos más desagradables, por el pasillo con el suelo cubierto de baldosas verdes, el despacho del médico. Recordaban los interrogatorios, las inyecciones, las palizas, lo mismo que antes hicieron con ellos los alemanes, aunque ahora el acento de los que los interrogaban era distinto. Incluso las palizas tenían un ritmo diferente. Se acordaban, también, de un jardín sin flores por el que se les permitía pasear, de dos en dos, durante el breve verano. Y la soledad. Una soledad sobrecogedora.

Finalmente, llegó un momento en que los interrogatorios cesaron y con ellos las palizas. Y los paseos y las visitas a la sala de día. Ya eran demasiado viejos, así que se quedaban en la cama recordando. Se contaban viejos chistes y se cantaban trozos de canciones recordadas a medias. En los primeros años, los que profesaban alguna creencia religiosa rezaban. Ahora ya nadie seguía creyendo.

Incluso ahora, al cabo de tanto tiempo, nadie lograba comprender lo que realmente estaba sucediendo. Nunca podrían olvidar la farsa de aquellos juicios por crímenes de guerra a que los sometieron los alemanes. Todos ellos fueron acusados de varios delitos y crímenes contra el Pueblo Alemán, declarados culpables y sentenciados a diversos períodos de prisión o, en pocos casos, a muerte. Pero un día, al cabo de un año más o menos después de los juicios, hubo ruidos de lucha en la prisión. Lo primero que ocurrió a continuación fue que sus celdas se abrieron, y supieron que habían sido liberados por las tropas soviéticas.

Su júbilo no duró mucho. Al día siguiente volvieron a ser encerrados.

Siguieron semanas de interrogatorios. Sus nuevos inquisidores actuaron a conciencia. Estaba claro que deseaban reconstruir lo que les habían contado a los alemanes y, más importante aún, averiguar cuánto de lo declarado era cierto. Para entonces, sin embargo, la verdad y la ficción se habían mezclado de tal modo que ya no les resultaba posible —si es que alguna vez lo fue— ofrecer respuestas concretas ni siquiera a las preguntas más sencillas.

Al segundo mes de interrogatorios se les comunicó, de modo repentino, que iban

a ser trasladados. El mismo día, todos fueron llevados a Friedrichshain, a la luz del sol, y después encerrados en las bateas de camiones pesados. Siguió un viaje largo y desorientador, parte por carretera, pero principalmente en tren. Finalmente se les hizo bajar durante las primeras horas de una helada mañana de primavera. Cuthbertson, que hablaba algo de ruso, les dijo que estaban en Siberia.

La puerta de lo que popularmente era conocido como el fin de la tierra se abrió de repente. Aparecieron dos médicos con bata blanca, uno de ellos un hombre —Voroshilov—; el otro, una mujer —Voznesenskaya—. Detrás de ellos había otra mujer, alta, con un abrigo de piel que le llegaba a los tobillos y maneras aristocráticas que parecían totalmente fuera de lugar en el mundo en que moraban.

Observada por todos aquellos ojos brillantes de esperanza, la mujer caminó lentamente por el centro del recinto, como una reina o un jefe de gobierno que visitan al día siguiente el lugar donde ha ocurrido una terrible catástrofe. Salvo que llegaba demasiado tarde. Con cuarenta y siete años de retraso. Al caminar, caía sobre ella la luz procedente de las altas ventanas.

Se detuvo a los pies de la cama de Ramsey mientras hablaba en tono bajo con la doctora. Llegó un sanitario con una vieja mesita de ruedas llena hasta arriba de las carpetas de cuero del archivo. Viejas fichas familiares. Al verlas, muchos de ellos creyeron oír un crujido de huesos en el aire tranquilo.

La mujer con el abrigo de pieles chasqueó los dedos y el ordenanza llevó la mesita a su lado. Sin prisa, hojeó las carpetas hasta encontrar la que buscaba. Sosteniéndola delante de ella como un escudo, dio unos pasos en dirección al hombre que estaba en la cama.

—¿Señor Ramsey?

Ramsey le dirigió una mirada apagada. Le faltaban la mayor parte de los dientes. Lo que quedaba de su cabello se había vuelto amarillo. Sus manos descansaban sobre las sábanas almidonadas de su cama como garras rígidas.

—Sí —respondió—. Ése soy yo. Usted sabe que lo soy. Nunca salí de aquí.

La mujer respondió al chiste irónico con una risita seca.

—Bien, señor Ramsey —se lo quedó mirando durante un rato, que a él le pareció muy largo—, ¿le gustaría volver a casa?

—Perdone pero no oigo muy bien.

—Le he preguntado si le gustaría volver a casa. A Inglaterra. A Wolverhampton. Con su esposa y su hijo.

Al oír esas palabras, el terror más terrible se apoderó de Ramsey. Nunca había pensado que el ángel de la muerte llegaría en forma de mujer vestida con un abrigo de piel aunque, después de todo lo que había pasado, ya nada podía sorprenderlo. La miró, mudo, incapaz de hablar. La mujer estaba abriendo la carpeta con su ficha. Debía de ser el registro de toda su vida, pensó. Unos antecedentes bastante retorcidos. Tosió.

Kossenkova levantó una fotografía. Era la foto en color de una señora de edad

vestida con una rebeca. Se la enseñó. Ramsey no había llegado a ver en toda su vida una sola fotografía en color.

—Es su esposa, señor Ramsey. Ha cambiado mucho, lo sé, pero es Ethel. ¿La reconoce usted?

Lágrimas enormes se formaron en los ojos de Ramsey. «No es un juego limpio», protestó una voz en su interior. Matarlo así, de modo tan cruel, después de todo lo que había tenido que soportar.

—Y éste es su hijo Eric. No llegó a conocerlo, ¿verdad?

Un hombre de unos cincuenta años, calvo, con bigote de color jengibre.

—Y éstos son sus nietos. Mark y Rachel. Pronto será usted bisabuelo, espero.

—¿Qué... es lo que quiere? —dijo con voz entrecortada—. Yo no le he hecho nada a usted... ¿Por qué me hace esto?

—Por favor, no se disguste, señor Ramsey. He venido para ayudarle. Y si todo va bien, podrá regresar a casa. Pero antes mire estas otras fotografías. Después me gustará hacerle unas cuantas preguntas.

Sacó un mazo de fotografías. Ahora ya no se trataba de instantáneas hogareñas ni de fotos de familia. Procedían de los archivos del servicio de inteligencia alemán y databan de la segunda guerra mundial. Eran de hombres y mujeres que habían trabajado en distintas especialidades para el servicio secreto británico.

—Ahora, señor Ramsey —dijo Irina Kossenkova—, veamos si reconoce a alguna de estas personas. Y quiero que me hable de octubre.

Alzó una de las fotos para mostrársela. Ramsey bajó la mirada, todavía desconcertado. En su cabeza podía oír a todos ellos cantando.

Volveremos a encontrarnos, no sé dónde ni cuándo...

Parte 4

París estaba envuelto en una densa niebla. Los vuelos de salida estaban cancelados. El Control de Tráfico Aéreo enviaba los vuelos de llegada hacia el sur. Su avión fue desviado a Lyon y tuvieron que esperar a que les dieran permiso para aterrizar otra media hora, durante la cual, volaron en círculo por debajo de un cielo perezoso. Jack se despertó pocos minutos antes de comenzar el descenso. A su lado, Henryk lo saludó levantando ambas manos con el pulgar hacia arriba. Estaba haciendo todo lo que podía para comportarse como un amable compañero, el tipo de hombre con el que uno no lo pensaría dos veces antes de aceptar tomar un trago con él en McDaid's en la tarde de un sábado gris. Sin embargo, Jack lo había visto matar a dos hombres sin alterarse lo más mínimo y, por mucho que lo intentaba, no lograba disolver esa sangre de su mente, ni el cuidado con que había sido derramada. Ni siquiera la gratitud podía borrar la profunda mancha que aquello había dejado.

Permanecieron en Moscú el menor tiempo posible. Lo justo para que Jack pudiera ser examinado a fondo por un médico competente y salir por la puerta trasera. En los buenos viejos tiempos no habrían podido llegar más lejos de Krasnogorsk o Lyubertsy. Un anillo de acero hubiera rodeado la ciudad. Pero Henryk supo jugar bien sus cartas. Provisto de su mágico documento de identidad, Pavlychko se había garantizado a sí mismo la inmunidad frente a la no deseada atención y curiosidad de las camareras y *derzhurnayas*. Los cuerpos seguirían durante varias horas sin ser molestados por nadie.

Un pasaporte británico, visado y billetes esperaban a Jack en el pequeño apartamento que Henryk había alquilado por mediación de una agencia de la propiedad llamada Vremya Cooperative. Una vez que Jack se encontró lo bastante bien, viajaron en tren a San Petersburgo, en dirección a Finlandia. Fueron en tercera clase, soportando los duros asientos de plástico, viajando por un paisaje nevado que nunca cambiaba. Un automóvil hubiera despertado demasiada atención en aquellas carreteras con aquel tiempo espantoso. El avión habría significado correr el riesgo de Sheremetevo I o II. Henryk no sabía hasta qué punto alcanzaba la autoridad de Irina Kossenkova, pero pensó que era mejor no pecar de falta de generosidad a la hora de valorarla.

Aunque Henryk no lo sabía, habían escapado justo a tiempo. La inexplicable desaparición de Pavlychko hizo sonar campanas de alarma en la mente de Kossenkova, por naturaleza dada a la desconfianza. Ordenó un registro en el Moskva y los cuerpos fueron encontrados.

Jack y Henryk abandonaron Moscú por la estación de San Petersburgo, en el *Aurora*, el tren de la tarde. Tres horas después, fotografías de Jack circulaban por las principales instalaciones de la estación. Henryk demostró lo acertado de su instinto,

que le aconsejó cambiar de tren en San Petersburgo en vez de tomar el tren directo a Helsinki, pues todos los trenes Moscú-Helsinki fueron repentinamente objeto de grandes controles en la frontera de Luzhayka. Cuando la policía de Luzhayka recibía copias de la fotografía de Jack, él y Henryk ya estaban estirando las piernas en Kotka.

Ahora llegaban a Francia, donde Stefan Rosewicz estaba esperándolos. Jack no sabía por qué, ni siquiera podía suponer la razón. Excepto que Rosewicz sabía más que él sobre el pergamino de Jesús y que ese documento estaba en el centro de todo. Lo que más le intranquilizaba a Jack era la posibilidad —creía que era casi una certeza— de que Rosewicz estuviera detrás de la explosión que había matado a la familia Sharanskii. Pensando retrospectivamente, consideraba también muy probable, al fin y al cabo, que la mano del polaco estuviera detrás de los asesinatos de Denis Boylan y Moira Kennedy, aunque todavía estaba muy lejos de tener un motivo para explicar esas muertes.

Estaba seguro de una cosa: si Rosewicz era responsable de las muertes de Iosif, Leah y Sima, su deber era matarlo. Casi un placer, pensó. Observando al formidable Henryk sentado a su lado, se preguntó cómo le sería posible llevarlo a cabo.

El aterrizaje fue brusco, pero todos vitorearon y aplaudieron cuando el avión se posó en el suelo. En la mesa de control, el pasaporte británico de Jack no mereció más que una mirada de trámite. Pero Henryk tuvo que pasar por otra puerta distinta y Jack se preguntó cuál sería su nacionalidad real.

Irina Kossenkova no había notificado nada a ninguna autoridad extranjera sobre el fugitivo que estaba buscando en Rusia.

En principio pensó hacerlo así, pero pronto desechó la idea, convencida de que podría aportarle riesgos personales innecesarios. Demasiadas preguntas en comisarías no adecuadas podrían resultar desagradables. No era la primera vez que lamentaba el final del viejo orden.

Tenía, además, otra razón para no comunicárselo a los británicos, y en especial al servicio de inteligencia británico. Con Jack Gould o el pergamino en sus manos tendría un poderoso instrumento de cambio. Por otra parte, si eran ellos los que llegaban a tener en su poder al irlandés, las cartas cambiarían de mano. Los británicos tratarían de encontrar el pergamino antes que ella. Y eso la dejaría sin nada.

Un coche con chófer uniformado los esperaba en el aeropuerto. Llegaron a París a las siete y se detuvieron delante de una gran casa, en un distrito distinguido de la orilla derecha, no lejos del Arco de Triunfo, habitado por gente adinerada. Era una casa típica de la alta burguesía del Segundo Imperio, con cinco pisos, gran tejado abuhardillado y barandillas de hierro forjado en los balcones de todos los pisos. La puerta principal estaba detrás de una cancela negra y dorada igualmente de hierro forjado.

Les abrió la puerta la señora Nagle, que sonrió y estrechó la mano de Jack.

—¡Qué alegría volver a verle, doctor Gould! ¡Quién iba a pensar cuando nos vimos por última vez que volveríamos a encontrarnos en París!

—Yo también estoy contento de verla, Noreen. Tiene muy buen aspecto.

—Usted tampoco está mal, aunque parece un poco cansado.

—Sí —asintió—. Estoy cansado.

Una expresión de auténtica preocupación cruzó el rostro del ama de llaves.

—Bien, nosotros cuidaremos de usted. No debe preocuparse por ello. Bueno, me paso el tiempo charlando aquí mientras el señor Rosewicz le espera. Me dará una gran bronca si lo sigo entreteniendo por más tiempo.

Rosewicz estaba esperándolos en su estudio.

No había cambiado. Los ancianos a veces envejecen rápidamente, pero el polaco, si acaso, había rejuvenecido. Sorprendió a Jack abrazándolo calurosamente en el momento mismo que cruzó la puerta, como si se hubieran separado en los mejores términos.

—¡Mi querido Jack, qué contento estoy de verte, después de tanto tiempo! ¡Cuánto tiempo desperdiciado! Tienes buen aspecto.

—Estoy muy cansado. —Fue todo lo que se le ocurrió decir a Jack.

—No importa. Aquí cuidaremos de ti. Esta misma tarde te visitará mi propio médico. Es un buen hombre y puedes fiarte de él. Ya me he preocupado de hacer venir a una enfermera para que se ocupe de ti el tiempo que sea necesario. Tenemos que hacer que te pongas bien. Sí, desde luego.

—¿Por qué...? ¿Por qué me has traído aquí? ¿Cómo sabías que estaba en Rusia? ¿Cómo...?

Rosewicz alzó una mano al tiempo que se echaba a reír.

—¡Por favor! Demasiadas preguntas. Ya veo que quienes te interrogaron te enseñaron bien. Pero antes de preguntar, debes descansar. Podrás preguntar todo lo que quieras y yo te responderé lo que pueda. Ahora, Henryk te acompañará a tu habitación. Creo que ya podrás confiar en él, ¿no es así? Me parece que tuvisteis un mal principio la primera vez que os encontrasteis.

Jack no tenía ganas de discutir. Pero tampoco iba a ser enviado a la cama como un niño.

—Hay una pregunta que tengo que hacer ahora —insistió—, antes de ir a ninguna parte, antes de que trate de descansar. No más tarde: ahora.

Rosewicz se puso ligeramente tenso.

—Muy bien, trataré de responderte.

—Quiero saber si eres responsable de la muerte de Iosif Sharanskii y su familia.

Rosewicz abrió la boca. Pareció auténticamente sorprendido y conmocionado. Estaba claro que cualquiera que fuera la pregunta que había esperado oír no era aquella.

—¡Por amor de Dios, Jack! Estoy sorprendido de que puedas preguntarme una cosa así. ¿Quién puso esa idea en tu cabeza? ¿Matar a Iosif? Claro que no. No lo conozco, pero sabía de él y conocía su trabajo. Por todo lo que sé era un buen hombre y un científico honesto. Sentí gran pena cuando me enteré cómo había muerto. Y su mujer y su hija con él. Tienes razón para estar furioso.

Rosewicz hizo una pausa.

—Volveremos a hablar de eso, si quieres. Pero ahora estás cansado y necesitas dormir. Un buen sueño refrescante, sin drogas.

Acompañó a Jack hasta el principio de la escalera. Comenzó a subir, pero vaciló y se dio la vuelta.

—¿Y qué hay de *Summerlawn*? —preguntó—. Estuve allí recientemente. Había sido totalmente destruido por un incendio.

El rostro de Rosewicz se ensombreció.

—No vamos a hablar de eso —respondió. Se volvió hacia su ayudante—: Henryk, ocúpate de que el doctor Gould tenga todo lo que necesite.

Jack no sabía cuánto tiempo estuvo durmiendo. La habitación en la que lo habían alojado no tenía reloj. Durmió a largos periodos, asaltado por sueños extraños, y se despertaba brevemente antes de volver a un dormirse más profundamente y a soñar cosas todavía más extrañas. Algunas veces, al despertar, la habitación estaba a oscuras, tanto que ni siquiera su propia mano le resultaba visible. En tales ocasiones, se sentía invadido por una violenta aprensión de estar todavía detenido en una celda en Rusia y se quedaba despierto hasta que oía pasos en el pasillo y, finalmente, el sueño lo tranquilizaba. Y era precisamente entonces cuando llegaban los pasos por los largos corredores de piedra y con ellos murmullos en voz baja en un idioma que no entendía.

En otras ocasiones, débiles rayos de luz entraban en la habitación por los lados de las pesadas cortinas, y se daba cuenta de que ya no estaba en una celda, aunque sólo ocasionalmente podía recordar dónde estaba. Su dormitorio contaba con un cuarto de baño anexo que usaba de vez en cuando. Encontró comida ligera y zumo de fruta sobre una mesa. En una ocasión buscó un teléfono, pero no vio ninguno.

Una mañana temprano se despertó y vio a Rosewicz inclinado sobre su cama con una expresión de preocupación en el rostro.

—Buenos días, Jack. Espero que hayas dormido bien. ¿Cómo te encuentras?

—Yo... No estoy seguro. No muy bien. Me duele la cabeza.

—Sí. El doctor Ganachaud dijo que era posible que ocurriera así. Debe desaparecer pronto. Espero que te haya atendido bien.

Un recuerdo nebuloso de breves reconocimientos médicos y la ingestión de pastillas pasó rápidamente por la mente de Jack. De improviso recordó a Belov.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó.

—Llegaste hace tres noches. Dormiste casi veinticuatro horas seguidas, pero sólo en períodos de pocas horas. Hoy seguirás despierto.

—¿Dónde estoy? —quiso saber.

—En mi casa de París. En el distrito decimoséptimo. Creo que conoces la ciudad.

Muy bien, pensó Jack, casi demasiado bien. Caitlin le ofreció París en una ocasión; fue el primer regalo que le hizo. Después de su muerte se prometió que nunca más regresaría allí.

—Conozco parte de ella, pero no esta zona —dijo.

—No importa. No estamos lejos de los Champs-Élysées. Cerca del parque Monceau.

—Sé dónde quieres decir.

—Bien, tal vez cuando te encuentres mejor podremos salir juntos. Te enseñaré los lugares dignos de verse. De momento, sin embargo, debes descansar. Has estado enfermo. Has sufrido una terrible prueba y eso se ha cobrado su precio, pero eres todavía joven y sano y te recuperarás. El doctor Ganachaud tiene grandes esperanzas. Ha dicho que quizá puedas levantarte esta tarde. Ha cambiado tu régimen. Ahora debes dormir menos y hacer algo de ejercicio. Te ha prescrito una dieta que tienes que seguir rigurosamente. Es para tu desintoxicación. Te han bombeado venenos en tu organismo, pero Ganachaud logrará sacarlo. Está tratándote con medicamentos homeopáticos. Espero que no tengas ninguna objeción. Es algo muy normal en Francia. Muchos médicos practican esa medicina y están bien preparados para ello. Aunque quizá no satisfaga tus gustos irlandeses.

Jack movió la cabeza. No estaba en situación de discutir su tratamiento.

Al segundo día, Jack se sintió como si de nuevo deseara vivir. Ganachaud lo visitaba cada mañana, lo reconocía y le suministraba una mezcla de píldoras y polvos preparados por una compañía farmacéutica llamada Boiron. La dieta especial obró maravillas. Henryk le daba un masaje diario y le obligaba a hacer unos ligeros ejercicios en un gimnasio pequeño pero dotado de los más caros aparatos. Rosewicz se presentaba algunas veces para preguntarle cómo se encontraba. Parecía ansioso e impaciente.

Al tercer día, Henryk condujo a Jack al despacho de Rosewicz, que estaba en la planta baja. Por un momento, al entrar en la habitación, Jack tuvo la impresión de algo *déjà vu*, como si hubiera sido llevado de regreso a *Summerlawn*. Rosewicz estaba detrás de la mesa de trabajo. Vestía un batín de seda verde y llevaba unas delgadas gafas con montura de oro.

—Tienes mejor aspecto, Jack, Estoy realmente sorprendido. Mi confianza en el doctor Ganachaud y sus pildoritas de azúcar se ha visto bastante reforzada.

—¿Por qué me has traído aquí?

El anciano hizo un gesto indicándole un sillón.

—Por favor, Jack, toma asiento. No trates de hacer demasiadas cosas de una vez.

—No has contestado a mi pregunta.

—He salvado tu vida. ¿No es suficiente?

—Quiero saber por qué. Lo que mandaste hacer a Henryk no era fácil, ni barato, ni tenía relación contigo. Quiero saber cómo estabas enterado de mi estancia en Moscú y cómo supiste dónde me tenían encerrado.

—Muy bien. Siéntate y te diré todo lo que puedo decirte. Le he pedido a la señora Nagle que nos sirva té y unos pastelitos. Ganachaud dice que debes empezar a tomar alimentos normales.

En ese momento hubo unos golpes en la puerta y entró la señora Nagle con una bandeja de plata.

—Señora Nagle —Rosewicz se había levantado para coger la bandeja—, sin duda, recuerda usted al doctor Gould, ¿no es así?

—Naturalmente. Y me alegro mucho de que tenga mejor aspecto. No se lo dije entonces, pero no me pareció que se encontrara muy bien cuando llegó a esta casa.

—Ahora estoy bien, señora Nagle, muchas gracias.

El ama de llaves parecía inquieta. Sonriendo se volvió a Rosewicz.

—¿Es todo, señor?

—Sí. Ya la llamaré para que venga a recoger la bandeja.

Cuando estuvieron solos, Rosewicz sirvió dos tazas de Gui Hua y le pasó una de ellas a Jack.

—Come algo —murmuró mientras señalaba un plato de pequeños pasteles de almendra—. La buena de la señora Nagle va a buscarlos cada mañana a Lenôtre, en la avenida de Wagram.

—No tengo hambre.

—No obstante, insisto. Te sorprenderá lo buenos que son.

—Necesito saber por qué estoy aquí.

—Sí, naturalmente. Tienes derecho a saberlo.

Rosewicz mordió un trozo pequeño de su pastelito y tomó un trago del té dorado de su taza. Después, de una caja de cartón que había sobre la mesa, sacó un cilindro de metal. Jack sintió que su pulso se aceleraba. Rosewicz lo abrió, sacó un rollo de pergamino y se lo pasó a Jack por encima de la mesa.

—¿Lo reconoces? —preguntó Rosewicz.

Jack se sintió mareado, como si la habitación girara a su alrededor. Se sujetó con fuerza a los brazos de su sillón para evitar caerse.

—No parece encontrarte bien, Jack. ¿Qué te pasa?

—¿Dónde...? ¿Dónde lo conseguiste?

—Te lo diré dentro de un momento. Primero quiero que lo mires y me digas si es o no el rollo que fue robado del piso de Iosif Sharanskii poco antes de su muerte.

Jack logró dominarse. Desenrolló la parte superior del pergamino y leyó las primeras líneas.

—Sí —respondió—, es éste. No hay la menor duda.

Rosewicz alargó la mano para recuperar el documento y lo colocó cuidadosamente dentro del cilindro metálico.

—Jack, ¿cómo describirías tú este pergamino?

—¿Describirlo?

—Sí. ¿En qué consiste?

Jack hizo una pausa.

—Seguro que tú lo has leído —añadió a continuación.

—Sí, pero tú eres un experto. Mis capacidades son muy limitadas al lado de las tuyas.

—Es una carta. Del siglo I, según creo. Contiene una referencia a los suicidios masivos en Gamala. Esto la sitúa hacia el año 67. El autor es un esenio, lo mismo que el destinatario. De momento, eso es todo lo que sé.

Rosewicz miró a su invitado sin decir nada. Tapó el cilindro y volvió a colocarlo dentro de la caja de cartón.

—¿Dónde encontró Sharanskii este pergamino?

—En la Biblioteca Estatal. Es parte de una extensa colección. Mira, me he comprometido a no revelar los detalles. Y me gustaría cumplir mi compromiso.

—Desde luego. Pero ¿estás seguro de que éste es el pergamino robado?

—Sí. ¿Lo robaste tú?

Ambos sabían lo que implicaba aquella pregunta. Rosewicz movió la cabeza negando.

—No. Henryk se lo robó a las personas que te tenían cautivo.

Creo que conoces a Irina Kossenkova. Lo que no comprendo es por qué ella y sus asociados se molestaron en robarlo. ¿Por qué alguien se tomaría el trabajo no sólo de robarlo sino además de matar a Sharanskii y Volnukhin para ocultar el robo?

Jack se irguió.

—¿Has dicho «Volnukhin»?

Rosewicz afirmó.

—Fue encontrado en su piso, muerto de un tiro, pocos días después del asesinato de los Sharanskii. Me imagino que tú debías de ser la tercera víctima. La pregunta es, ¿por qué es tan importante esta carta?

Jack no respondió nada.

—¿Podría ser —continuó Rosewicz— que no fuera esto lo que realmente estaban buscando?

De un grueso sobre marrón sacó un gran fotostato. Era el mismo que le enseñó a Jack durante su estancia en *Summerlawn*. Lo pasó al otro lado de la mesa. Jack lo miró. Era una fotografía del manuscrito auténtico que tuvo ante sus ojos en Moscú, en el piso de Iosif Sharanskii. No del falso que él y Iosif pusieron en el cilindro de metal, para el cual tuvieron que conseguir tantos permisos y que hacía poco tuvo sobre la mesa, delante de él, sino del auténtico manuscrito de Jesús.

—No estoy seguro —murmuró Jack mientras trataba de seguir manteniendo el control de una situación que se le estaba escapando de las manos rápidamente—. Yo... yo creo recordar que antes ya me habías enseñado ese fotostato, durante mi estancia en *Summerlawn*.

Rosewicz sonrió.

—Eso es cierto. Pero también has visto el original. Y muy recientemente, en la Biblioteca Estatal de Rusia.

Jack se encogió de hombros.

—Es posible, supongo. Pero había tantos rollos de pergaminos que no quedaba el tiempo suficiente para examinarlos detalladamente.

—Sin embargo, viste este pergamino. Y no me cabe duda de que te pasaste mirándolo bastante más de unos minutos. —Rosewicz suspiró—. Vamos, Jack, por favor, no hay razón para que mantengas esa pretensión de ignorancia. Sólo estoy tratando de ayudarte. Lo sé todo sobre ese pergamino. Si quieres vengar la muerte de Iosif y su familia, y evitar que el pergamino sea robado o quizá destruido, tienes que ayudarme.

—No entiendo cómo puedes saber tantas cosas sobre un asunto como éste —arguyó Jack— si, como dices, el original está en la Biblioteca Estatal en Moscú. Salvo que hayas estado allí tú mismo.

—Eso no fue necesario, Mantenía correspondencia con un hombre llamado Grigorevitch. Creo que lo conoces. Era el jefe del departamento en que trabajaba Iosif Sharanskii.

Jack movió la cabeza.

—He oído ese nombre, eso es todo. Iosif lo mencionó una o dos veces.

—¿Y no te contó que le había hablado a Grigorevitch sobre su descubrimiento del pergamino? Sharanskii era la única persona con acceso a aquella cámara cerrada, la única que pudo darse cuenta de lo que realmente era el pergamino, de lo que representaba. Ésa es la razón por la que te pidió que fueras a Moscú. Y creo que por eso planeabas volar de regreso con tanta rapidez. Como bien has dicho, apenas si tuviste tiempo de examinar por encima aquella colección. Pienso que Sharanskii quería que sacaras el pergamino fuera de Rusia, probablemente a Israel. Puedo suponer sus motivos. Pero el pergamino que fue robado de tu bolsa de viaje no era el que él te dio, sino este otro que acabamos de ver, mucho menos importante, que fue puesto en lugar del otro bien por ti o por Sharanskii. Estoy seguro de que tú sabes dónde está el pergamino auténtico. Todo lo que quiero es que me ayudes a encontrarlo.

—¿Y después?

Rosewicz frunció el ceño.

—¡Válgame el cielo! ¿Por qué me lo preguntas? Entonces haremos lo que tú y Sharanskii planeasteis durante todo el tiempo. Lo haremos autentificar y lo veremos conservado en la más segura y más digna de confianza de las bibliotecas universitarias, donde estará al alcance de los estudiosos del tema. Es posible, incluso, que fundemos un instituto separado dedicado exclusivamente a su estudio. Un instituto bajo tu dirección personal.

Por un momento, Jack lo creyó. Hasta que levantó la vista y vio la mano con la que Rosewicz sostenía la delicada taza de porcelana, en la que faltaba la punta del dedo meñique. Jack recordó lo que Iosif le dijo aquella tarde, poco antes de su muerte: «Entonces es lo que yo pensaba. Se trata del mismo Rosewicz. Jack, hay algo que debes saber sobre ese hombre. Es muy importante». Y ahora que pensaba en ello, se preguntaba cómo Rosewicz o Henryk habían llegado a saber que el cilindro robado estuvo en su bolsa de viaje. O bien conocían a la perfección los planes de Irina Kossenkova, o fueron ellos mismos los que prepararon la explosión.

—Lo siento —respondió Jack—, pero no puedo ayudarte. Si se sacaron dos pergaminos, Iosif debió ser el responsable. No se me ocurre cuál pudo ser la razón. Y no me dijo nada de la sustitución.

Rosewicz estaba visiblemente turbado. Era evidente que aquella conversación no discurría como él había previsto.

—Es verdaderamente estúpido de tu parte, Jack. Creía conocerte mejor. Admiro tu lealtad, o como tú quieras llamarla; pero no puedo admirar tu falta de sentido común. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Sabes que te he ayudado, que he salvado tu vida. Sin embargo, pese a que conoces el contenido del pergamino y sus implicaciones, no quieres hacer nada para cerciorarte de que cae en buenas manos. Tienes que haber comprendido que no se trata tan sólo de un documento muy valioso, sino también singularmente peligroso. En manos equivocadas, puede causar un daño inimaginable, y en poder de inocentes, éstos se verían expuestos a un gran peligro. En todo caso, tienes la responsabilidad de transmitir toda la información que poseas.

Jack miró a su alrededor, vio paredes cubiertas con estanterías que guardaban libros de valor incalculable, una gran ventana que daba a un sombreado jardín persa, los dos grandes oleos situados a ambos lados de la habitación, con sus paredes cubiertas de paneles de caoba. Allí, todo hablaba de poder más que de interés científico o académico, más de gran riqueza que de altruismo. ¿Qué clase de hombre era Rosewicz? ¿Qué había pensado Iosif Sharanskii de él? Su propia hija lo había asustado cuando le dijo: «Por favor, vigila a mi padre. No te fíes de él. No creo que tenga la intención de hacerte daño, pero podrías resultar lastimado a pesar de todo». ¿Qué quiso decir con eso? ¿Sabía algo, que Iosif también conocía, del pasado de Rosewicz que pudiera hacer de él un hombre cuya amistad resultara peligrosa? Sin embargo, a pesar de las muertes del sacerdote O'Mara, de Denis Boylan, de Moira Kennedy y de la familia Sharanskii, no sabía nada malo de aquel hombre. Sólo

rumores y especulaciones.

—Si el pergamino estaba guardado en la Biblioteca Estatal, como afirmas —dijo Jack—, ¿cómo es que ya tenías esa fotografía en tu poder desde hace años? Un antiguo fotostato. Con unos treinta o cuarenta años de antigüedad, más o menos.

—Tiene cuarenta y nueve años, para ser exactos —replicó Rosewicz—. Tú mismo sabes que los documentos que te mostraron no llevan mucho tiempo en la Biblioteca Estatal. Sólo desde finales de la última guerra. Antes estuvieron en manos de las SS y, antes aun, en bibliotecas judías y *genizot*. ¿A qué conclusión puedes llegar? Yo te lo diré. Se hicieron fotografías de muchos de esos documentos por los encargados de los archivos de las SS durante la ocupación de Polonia. Después de la guerra sólo se llevaron a Rusia los originales. Los soviéticos no estaban interesados en las copias, sólo en los originales. Los fotostatos estaban guardados en un lugar distinto de los originales, para que en caso de bombardeo u otro desastre se pudiera conservar algo de la colección que representaban. Había tantas tragedias que la idea de preservar las cosas estaba en la mente de todos. Yo tuve la suerte de conseguir algunos de aquellos fotostatos mientras aún vivía en Polonia. Y fui lo suficientemente afortunado para leer e identificar el documento que ahora estamos discutiendo.

—No comprendo —protestó Jack—. Si durante todo este tiempo sabías que el pergamino estaba en la Biblioteca Estatal de Moscú, ¿por qué perdiste todo aquel tiempo en *Summerlawn* preguntándome si lo había visto? Sabes que hasta el pasado año no se permitió a nadie la entrada en aquellas salas.

Rosewicz sonrió y movió la cabeza.

—¡Mi pobre joven amigo, los malos tratos a que te han sometido los rusos parecen haberte ablandado el cerebro! Yo no sabía adonde había sido enviado ninguno de aquellos documentos ni qué intentaban hacer con ellos los soviéticos. Naturalmente, tampoco contaba con los medios para saber lo que había sobrevivido y lo que fue destruido en aquellos terribles días, cuando ya se aproximaba el fin de la guerra.

»A veces, un papiro aparecía en el mercado —en el mercado negro, por supuesto — sin una referencia de origen, y algunos de nosotros sospechábamos que era posible que procediera de la Unión Soviética. No podíamos estar seguros de ello, pero siempre la consideramos una de nuestras suposiciones favoritas. Los soviéticos estaban en posesión de tesoros sorprendentes, lo sabíamos, como sabíamos que estaban hambrientos de divisas fuertes. Es increíble que ni siquiera ahora hayan tratado de convertir su botín en dinero contante. Parece ser que hasta principios de este año, nada o muy poco salió a la superficie.

—Quizá sigue allí el pergamino que deseas —sugirió Jack—. No creo que Iosif lo hubiese sacado sin permiso. Eso estaría en contradicción con su carácter. Sólo teníamos autorización para sacar del país el manuscrito que tienes en esa caja.

—No está en la biblioteca —aclaró Rosewicz—. La muerte de Volnukhin dio libre acceso a la colección al profesor Grigorevitch. Y tenía con él a un colega, un

experto en literatura siria llamado Nabiev, un tajik. Quizá hayas oído hablar de él.

—El sirio no es igual que el arameo.

—Pero sí lo suficientemente parecido para el propósito que tenían en mente. Además, el propio Grigorevitch sabe arameo mejor de lo que pensaba Sharanskii. Le di una copia de mi fotostato. Él y Nabiev sabían exactamente lo que buscaban. Les llevó dos días revisarlo todo. Definitivamente, el manuscrito no estaba allí.

Jack se puso de pie.

—Lo siento —se lamentó—, pero tendrás que excusarme. Me siento cansado y creo que debo echarme. El doctor Ganachaud ha sido taxativo en eso: no debo excederme.

Rosewicz no movió un solo músculo.

—Jack. —Habló en voz baja y mimosa, como un padre que negocia amablemente con un niño incorregible, pero al que no quiere castigar—. Cuando nos vimos la última vez fui bastante duro contigo, quizá incluso un poco injusto. Había descubierto que te habías enamorado de mi hija, así que te alejé de nuestra casa. Ése fue un comportamiento patriarcal de mi parte, el acto de un hombre encerrado en las pautas morales de una generación muerta. Te pido disculpas. No soy un hombre moderno. No poseo valores modernos, si es que verdaderamente lo son. Admito que no debí interferir en un asunto privado entre dos adultos. Si te sirve de consuelo, debo decirte que sé que Maria correspondía a tus sentimientos. Ésa es la razón por la que te pedí que salieras de *Summerlawn* aquella mañana. Si se hubiera convertido en tu amante o en tu esposa, habría traído... —hizo una pausa— graves complicaciones.

—Me dijiste que ya estaba prometida con otra persona.

—Sí. Y poco después se casó con él.

Pese a todo lo que había sucedido desde entonces, Jack sintió la declaración de Rosewicz como un duro golpe en el estómago.

—Sin embargo —continuó Rosewicz—, el matrimonio no ha sido un éxito. Maria y su marido viven juntos como marido y mujer, pero sólo se trata de una mera formalidad. No duermen juntos. Mi hija me ha dicho que no comparten el lecho desde hace algún tiempo. Él es un hombre muy rico y poderoso y, como Maria y yo mismo, un devoto católico. De todos modos, tengo la sensación de que se podría conseguir una anulación. De hecho, puedo garantizarla.

Jack sintió frío.

—¿Qué es lo que realmente está sugiriendo, señor Rosewicz?

—No creo necesario decirlo con mayor claridad. Eso sería de mal gusto, y yo busco, por encima de todo, ser un hombre con cierto refinamiento. Sin embargo, déjame decirte que creo que ambos podemos ayudarnos mutuamente. Eres un hombre solitario. Has sufrido varias pérdidas trágicas en muy pocos años. ¿No ha llegado ya el momento de que pienses en la posibilidad de un segundo matrimonio con una mujer a la que amas profundamente? Sería tan fácil...

Eso fue todo lo que pudo decir. Jack lo dejó con la palabra en la boca y salió del

estudio sin molestarte siquiera en cerrar la puerta.

Durante unos días no se volvió a hablar del pergamino. Aunque Jack estaba furioso con el intento de Rosewicz de sobornarlo, con la menos sutil de las tentaciones, su resistencia se había visto profundamente minada por el conocimiento de que era posible que Maria, al fin y al cabo, no estuviera definitivamente perdida para él. Él no la había olvidado. Ni siquiera un momento. Y ahora, cuando se sentía más débil y más necesitado de ella que nunca, de nuevo se la ofrecía a su inspección, como un tesoro robado, el más precioso, porque durante tanto tiempo lo consideró perdido.

La necesitaba desesperadamente. La pérdida de Iosif, Leah y la pequeña Sima intensificaron su pesar y su dolor por Caitlin y Siobhan, hasta tal punto que temió acabar loco de pena. No tenía hogar, ni sensación de lugar ni de tiempo, y tampoco a nadie que le fuera de verdadera importancia. Lo que Stefan Rosewicz estaba ofreciéndole era, nada más y nada menos, una segunda oportunidad de vida.

A cambio, todo lo que tenía que hacer era guiar a Rosewicz para que consiguiera hacerse con el pergamino de Jesús. Si no hubieran muerto por su culpa tres personas a las que había amado, se lo habría entregado de inmediato. Pensó que, al fin y al cabo, estaba en sus manos entregárselo. Pero no se lo daría nunca a un alcahuete.

La tentación le llegaba por más de un lado. ¿Qué podría hacer él con el pergamino si se lo quedaba? Difícilmente podría conservarlo. Rosewicz era un coleccionista privado, pero Jack sabía, tras haber trabajado en su biblioteca, que era meticuloso y guardaba bien sus documentos de valor. No cabía duda de que esperaba compartir los méritos del descubrimiento. Jack sospechaba que quería fundar personalmente el instituto del que le había hablado. Sería el Instituto Stefan Rosewicz y le aseguraría una especie de inmortalidad. ¿Qué había de malo en ello, suponiendo que los estudiosos de buena fe pudieran estudiar allí de modo gratuito el pergamino y que pusiera, además, todo el material secundario que fuera necesario a disposición del mundo de la docencia?

Existía otra preocupación que Jack no le había comunicado a Rosewicz. No podía recordar nada de lo que debió decirle a Irina Kossenkova bajo la influencia de la droga que le administró Belov. Vagamente recordaba haber hablado del pergamino y mencionado a su autor. Pero ¿le dijo, también, cómo dispusieron de él? Si fue así, otra vida estaba en peligro y únicamente podría ser salvada si Jack le decía a Rosewicz lo que sabía. E incluso así, tal vez ya era demasiado tarde.

Al día siguiente de esta conversación con su anfitrión se le permitió salir de la casa por primera vez. Henryk lo llevó a dar un corto paseo por el parque Monceau. El tiempo era frío y ya había en el aire una promesa navideña que se evidenciaba, además, en los rostros de los niños que paseaban con sus niñeras. El parque reflejaba lo exclusivo y distinguido del distrito. Las casas cuyas ventanas daban al parque

tenían pocos pisos, como la de Rosewicz, y estaban decoradas con exquisitos balcones. Incluso los árboles, los arbustos y las flores de invierno parecían haber adquirido un aire de cultivada superioridad. Todo estaba en su lugar, ordenado. Nada parecía dejado al azar, ni siquiera las ruinas romanas.

Jack observaba el rostro de los niños. Eran tan ejemplares en sus buenas maneras y en su tranquilo comportamiento que no podía imaginárselos corriendo o tirándose uno a otro de los pelos. Andaban y hablaban como pequeños adultos. Jack sabía que crecerían, que se harían mayores y que vivirían en apartamentos llenos de cristales, rodeados de fotografías familiares con marcos de plata, elegantes e intocables. Cada año discutirían el talento literario del último ganador del Prix Goncourt, tres veces al año acudirían a las representaciones de gala de la ópera y una vez al mes cenarían en Le Véfour, en pequeños grupos de gente tan distinguida como ellos. En el corazón de cada uno de ellos habría una desgracia u otra. Una infelicidad pulida por la esterilidad de sus buenos modales.

Más de una vez vez pensó en Sima en el zoológico, girando como una peonza de colores por los segundos y minutos de sus últimas horas. Y en otras ocasiones pensaba en Siobhan corriendo hacia su muerte.

Henryk no le quitaba ojo. Jack supuso que tenía instrucciones de impedir que se escapara. Y sabía, también, que ese intento sería inútil. Incluso si lograba aproximarse a un gendarme, ¿qué podría conseguir? A Jack no le cabía la menor duda de que el doctor Ganachaud le habría explicado a la policía con gran finura que su paciente se encontraba en un delicado estado mental.

Aquella noche, cuando bajó a cenar, se encontró con que Rosewicz no estaba solo. Lo vio en la pequeña antecámara, donde le gustaba tomar un aperitivo antes de la cena. A su lado había un hombre vestido de sotana, adornada con bordes escarlatas que denotaban su categoría cardenalicia.

—Pasa, Jack. Permíteme que te presente a un viejo y querido amigo mío, el cardenal Leon Ciechanowski. Naturalmente, Leon no era cardenal cuando me encontré con él por primera vez.

El cardenal sonrió. Debía de tratarse de una especie de broma compartida entre ellos desde hacía mucho tiempo y cuyo significado Jack no comprendió.

—Ni siquiera era sacerdote.

—Leon, éste es Jack Gould. Debes tratarlo con amabilidad pues ha estado muy enfermo.

Ciechanowski dio unos pasos hacia adelante y le tendió la mano. Era un hombre pequeño y rechoncho. No era en absoluto la figura que se asocia con un alto prelado de la iglesia. Jack pensó que era un raro amigo para Rosewicz, a deducir de las apariencias.

—He oído hablar mucho de usted, doctor Gould. Lamento que haya estado

enfermo.

—Muchas gracias, ya me encuentro bastante mejor. El señor Rosewicz me ha cuidado muy bien.

—Excelente. No puede usted estar en mejores manos. Pero vaya con cuidado. Su anfitrión es un hombre peligroso.

—Me parece que ya lo sé —respondió Jack. Se preguntó a qué especie de delicado duelo dialéctico había sido invitado.

—No, estoy seguro de que no lo sabe. Stefan es un pícaro, un granuja. Tiene innumerables vicios, que yo sepa, y otros de los que ni siquiera tengo idea. El destino golpea con crueldad. Una especie de sustitución tuvo lugar a lo largo de todos estos años pasados, cuando todavía éramos jóvenes. Él estaba llamado a ser cardenal y yo, quizá, el científico aficionado. Stefan estaría muy digno vistiendo la púrpura, ¿no le parece...? Mientras que yo —se golpeó el estómago— nunca tuve la gracia de poder dignificar mi oficio como se merece.

Rosewicz puso su mano sobre el hombro de su amigo.

—Eres muy injusto contigo mismo, Leon. —Rosewicz miró a Jack—. Leon se ha pasado muchos años en las prisiones comunistas. Fue uno de los que mantuvieron la Iglesia viva en Polonia cuando el país vivía bajo la tiranía.

El cardenal sonrió. Jack pensó que se sentía incómodo.

—Bueno, Stefan tiende a exagerar un poco. Las cosas no estaban tan mal. Y tampoco están mucho mejor ahora. La libertad no siempre es una bendición para la Iglesia. A veces la fe florece con más fuerza cuando se vive en la opresión.

—Pero al menos ahora la gente tiene libertad para asistir a los actos de culto.

—Los que quieren hacerlo, sí. El poder de la Iglesia en Polonia no es ahora tan fuerte como lo era durante el gobierno comunista. Entonces estábamos en la oposición. Ahora somos parte del *establishment* y estamos empezando a perder terreno de nuevo.

En ese momento, la señora Nagle acudió para anunciar que la cena estaba servida. La conversación continuó mientras comían. Jack sentía simpatía por el cardenal. Era un hombre vital, sincero y humilde que se tomaba muy en serio sus votos. Por algunas observaciones que se escaparon de sus labios se hizo evidente que había sufrido mucho. Pero no vivía en el pasado ni adoptó posturas de mártir. Reía mucho y disponía de un buen surtido de chistes, algunos de ellos bastante divertidos y un poco subidos de tono.

La comida era excelente. La señora Nagle, una cocinera lo bastante buena, dados los ingredientes disponibles a diario en Baltimore, Irlanda, había florecido plenamente en París. Con sólo unas pocas palabras de francés básico a su disposición, un buen olfato para las materias primas y un presupuesto abundante y elástico había recorrido las mejores tiendas y mercados del barrio. El resultado fueron pequeños milagros que hubieran agraciado las mesas de los más elegantes restaurantes de París. No era extraño que Rosewicz quisiera conservar a aquella mujer a su servicio.

Con la ayuda de la excelente comida y una serie de vinos poco corrientes, adquiridos en la pequeña tienda de Philip Thustrup, en la calle Laugier —una botella de Romanée-Conti, rara de encontrar, un Lafite-Rothschild de 1922 y, finalmente, un Château d'Yquem de 1934—, y el buen humor del cardenal, la noche fue notablemente agradable. Jack comió poco pero bien y se permitió una copa del Romanée-Conti. Tras la cena hubo Oporto para los dos ancianos. La fecha de la botella era de 1871 y, muy a disgusto, Jack tuvo que rechazar la oferta de probarlo.

Rosewicz y el cardenal tomaron sus copas y la botella y, en compañía de Jack, se dirigieron al estudio. La chimenea encendida y la mitigada luz de una lámpara de pie crearon un mundo suave e impenetrable. Fuera se había levantado el viento, que golpeaba de modo irregular contra las ventanas, sacudiéndolas violentamente por un instante, para marcharse en seguida en busca de algo menos sólido. Había tres cómodos sillones de cuero algo desgastados pero bien limpios y brillantados. Una vez que se hubieron sentado, Ciechanowski dejó su copa en una mesita que había a su lado y se volvió a Jack.

—Ha sido un gran placer conocerle, doctor Gould, o tal vez ya es tiempo de que te llame Jack y nos tuteemos. Hemos pasado juntos una velada muy agradable, ¿no te parece? Espero que no sea la última. Claro que la gente dice esto con tanta frecuencia después de una cena que ya es como una frase hecha que casi no significa nada. Pero yo lo digo en serio. ¿Cuándo regresarás a Israel?

Jack miró a Rosewicz, pero no tuvo ninguna ayuda por su parte.

—No lo sé. Tan pronto como el doctor Ganachaud considere que me encuentro en condiciones de hacerlo, supongo. Aunque quizá Stefan esté más enterado.

—A mí me parece que ya estás bien del todo. No dejes que estos médicos franceses te mimen demasiado. Han creado aquí una pequeña jungla con su *homéopathie* y su *phytothérapie*, sus *crisis de foie* y sus *modificateurs du terrain*. ¡Son tan estrictos! Se toman sus hígados y sus vidas muy seriamente. Yo creo que debes volver tan pronto como tú mismo consideres que te encuentras en condiciones de hacerlo. ¿No estás de acuerdo, Stefan?

—Del todo. París no es una ciudad sana en invierno. Si yo fuera el doctor Gould, volvería a Israel y al sol. Unas cuantas semanas en la playa en Eliat harán mucho más por tu salud que Ganachaud con todas sus píldoras y tinturas.

El cardenal bebió un trago de su copa de Oporto generosamente llena.

—Es delicioso, Stefan. No he probado un Oporto como éste desde... Bien, desde la última vez que te visité.

—Guardo mis mejores botellas para estas ocasiones, Leon. Ésta es la última de la cosecha de 1871.

—No te preocupes. Sé dónde podrás encontrar más. Tendré unas palabras con el nuncio mañana por la mañana.

Ciechanowski se volvió y fijó su mirada en Jack. Éste se dio cuenta de que el cardenal se había puesto serio de repente. Cuando habló, su voz había perdido su

anterior ligereza.

—Jack, hay algo que me preocupa. Confío en que no creas que estoy interfiriendo, pero Stefan me ha hablado de la tragedia ocurrida en Moscú y lo cerca que tú mismo has estado de la muerte. Me duele oír esas cosas. Cuando terminó la guerra fría tuve la esperanza de que al fin habíamos llegado a tiempos de paz. Pero ahora de nuevo hay guerras en Europa y lo más probable es que después haya otras.

Hizo una pausa. Jack supuso lo que iba a venir a continuación.

—Stefan también me ha hablado del pergamino, ¿o debo decir los pergaminos? Voy a ser muy franco contigo. Sé que no objetarás a ello. Una parte de mí desearía que nunca hubieras visto el manuscrito que Stefan está tratando de encontrar por todos los medios, la carta escrita por la propia mano de nuestro Señor. Hubiese sido mucho mejor para todos nosotros que siguiera enterrada en cualquier lugar que nunca fuera removido por la mano de los hombres. Pero parece ser que no era la voluntad de Dios que permaneciera oculta.

»Debo confesar que otra parte de mí está llena de excitación, ¿no es ésta la expresión? ¡Cuando pienso que has tocado con tus propias manos un pergamino que fue manejado por Jesucristo! El pensar que ahora poseemos las palabras de nuestro Salvador, escritas de su puño y letra, me deja sin habla.

»Sin embargo, debo decir que tengo miedo. Por diferentes razones. Mi mayor temor es que ese pergamino no sea, al fin y al cabo, más que una falsificación, un despreciable intento de causar molestias a la Iglesia, algo creado en tiempos de Stalin. Antes que nada necesito tu opinión al respecto. Tú has visto el pergamino, lo has leído. No me cabe duda de que antes de que pusieras tus ojos en él, Iosif Sharanskii habría llevado a cabo las pruebas necesarias para comprobar su autenticidad. Por favor, quiero que me digas lo que piensas. Necesito saberlo. ¿Se trata de una falsificación?

Jack aspiró profundamente. Estaba muy cansado. La buena comida y la agradable compañía habían debilitado sus defensas. Ciechanowski se había ganado su confianza. No podía resistir el esfuerzo de seguir mintiendo por más tiempo.

—No —dijo con gran tranquilidad. Nadie objetó nada. Repitió la palabra, ahora en voz más alta—: No, es realmente auténtico. Iosif y yo estábamos de acuerdo en ello. Naturalmente, es posible que nos equivoquemos. El tiempo lo dirá. Pero yo estoy dispuesto a jurar que es genuino.

El cardenal cerró los ojos como si rezara. Desde el rabillo del ojo, Jack vio que Rosewicz se dedicaba a sí mismo una suave sonrisa. Se le había dado la razón. «Bien —pensó Jack—, ¿y ahora qué?».

El silencio continuó durante largo tiempo. Ciechanowski seguía profundamente sumido en sus pensamientos o en sus oraciones, no estaba seguro de cuál de las dos cosas. Cuando volvió a abrir los ojos, tenía la mirada desenfocada. Aunque se dirigió a Jack, habló casi como si estuviera solo, como si en la habitación no hubiera nadie más que él.

—Soy un creyente, doctor Gould, aunque a veces no estoy seguro de qué es lo que creo. ¿Tiene sentido para ti? Como tú no eres creyente, quizá no lo tenga. Cuando yo era joven creía en Dios, una creencia bastante convencional, incluso banal, pero que, a cierta edad, es suficiente para sostener una vida de renuncia, que era lo que yo realmente deseaba. No sé por qué. Los jóvenes son unas criaturas extrañas incluso para sí mismos cuando se hacen mayores.

»Pero con el tiempo, el sentido de la vida se vuelve más difícil de entender. No es sólo que la carne sea débil, sino más bien que el espíritu es complejo y la mente es dada a vagar. Es por eso que llegamos a alcanzar otras creencias, otras visiones. No nos basta la cabeza de un dios ausente. El péndulo de Hume oscila muy pesadamente. Yo creo en tantas cosas... En mi país, en la paz, en la purificación por la guerra, en la justicia, en el castigo, en algo llamado humanidad. En muchas de esas cosas yo he creído al mismo tiempo, concédeme ese crédito.

»Y porque era cristiano sabía que un día llegaría a creer en Jesús. No saborearlo o elegirlo, no captarlo en la misa, no ceder a un consenso mental a las abstracciones de Pablo, ni crucificarme a su lado en una negación juvenil de mis necesidades humanas. ¡No, tenía que devorarlo, quería tragármelo en su totalidad! Sabía que había algo más, pero resultaba muy difícil saber qué era. Creía en todo lo que estaba a mi alcance: en los santos, en los sacramentos, en la Virgen María, en la vida eterna, en cualquier cosa que pudiera sacar del día. Todo con tal de acercarme a aquel corazón palpitante. ¿Te asusto?

Jack no respondió nada. El fuego ardía en el hogar de la chimenea. Fuera, el viento barría jardines y tejados hasta dejarlos limpios.

—Al final lo alcancé, no sé cómo, así que nunca podría guiar a otra persona hasta allí, no existe un mapa para ese viaje. Tal vez nadie lo tiene, quizá es un viaje que siempre debe hacerse solo y cada uno tiene que descubrir su propio camino. Pero Él estaba allí, como yo sabía que estaría, esperándome. Completamente solo. Eso fue lo más terrible para mí y lo que más me impresionó: ¡lo solo que se encontraba! Nada podía poblar el desierto en que vivía. Ni la Iglesia, ni los rezos de los que oran, ni los himnos de gloria... ¡Nada! Cada uno de nosotros tiene que hacerlo como yo lo hice, el solitario que encuentra al solitario.

Hizo una pausa. Incluso en su incredulidad, Jack estaba atormentado por la idea de esa soledad cósmica. Tocaba alguna fibra en él, como si rozara un nervio desnudo que creyó adormecido por el tiempo.

—Y ahora —continuó Ciechanowski—, tú me traes esto. Como si me trajeras al propio Jesús en persona. No puedo decirte lo duro que es para mí, cómo me duele el pensar en ello.

Miró a Jack.

—¿Sabes que vas a herir a mucha mucha gente si publicas esa carta? —le preguntó el cardenal.

Jack asintió.

—¿Gustosamente?

Jack movió la cabeza negativamente.

—Entonces, ¿por qué has elegido hacerlo así?

—Porque es la verdad —respondió Jack con firmeza—. Si ese manuscrito es lo que parece ser, nadie tiene derecho a volver a enterrarlo, nadie tiene derecho a censurarlo. Sería una segunda crucifixión. La Iglesia tiene que dejar que cada uno piense de él lo que quiera. Sin duda, destruirá la fe de muchos. Pero usted y gente como usted, principalmente, saben que no es auténtica fe la que se deja destruir tan fácilmente. ¿Qué tipo de fe se deja poner en evidencia por el rostro verdadero de aquello en lo que se cree?

De momento, Ciechanowski no respondió. Jack no podía adivinar en qué pensaba el cardenal, qué argumentos giraban en su mente. Pese a su sentido del humor, era un hombre serio en el fondo de su corazón.

El eclesiástico afirmó con un gesto. Jack se dio cuenta de que un rosario había aparecido en sus manos como por encanto y que pasaba sus cuentas lentamente entre sus dedos pequeños y torpes.

—Sí —asintió—, tienes razón. ¿Qué clase de fe sería ésa? Éste ha sido un siglo difícil para la Iglesia, pero no creo que el oscurantismo del pasado sea una solución para nuestros problemas.

No tenemos el menor derecho a suprimir las palabras de nuestro Señor como tampoco de ocultar su cuerpo a aquellos que lo buscan.

»Tienes razón en ir con cuidado. Hay hombres malos que harían del pergamino el foco de su propia ambición o que lo usarían como un instrumento con fines políticos. Algunos de ellos ya han descubierto su juego. Y habrá otros. Es fundamental que el pergamino sea recuperado y puesto en manos seguras. Yo te ofrezco mi garantía personal de que si se me entrega, utilizaré todo mi poder para protegerlo y salvaguardarlo. No pondré la menor restricción a los estudiosos y científicos ni a la publicación de sus detalles en la prensa. No habrá ocultación ni cobertura. Y garantizo que será publicado bajo mis auspicios cuando llegue el momento oportuno para ello. —Sonriendo de improviso añadió—: Con la ayuda del dinero de Stefan, naturalmente.

Dejó de hablar y miró a Jack. Sus dedos se habían quedado inmóviles sobre el rosario. Fuera, el viento se había calmado.

—Bien, Jack, la decisión es tuya. ¿Qué dices?

El cansancio y la miserable desesperación de su vida eran como una pesada carga sobre la espalda de Jack. Allí, frente a él, había alguien que le ofrecía una salida para que pudiera recuperar la paz de nuevo.

—Nosotros le dimos el cambio —explicó—. Yo debía sacar conmigo otro manuscrito, el que Stefan tiene en la caja sobre su mesa. El manuscrito de Jesús fue enviado a Israel un día antes con un amigo de Iosif, un hombre llamado Isaak Berchik. Él lo guardará en un lugar seguro hasta que yo me ponga en contacto con él.

Aunque parezca raro, a Jack no se le había ocurrido pensar que podía ser un prisionero en la casa de Rosewicz. Las consecuencias de su rescate en Moscú, su subsiguiente enfermedad y la comparativa familiaridad del ambiente que lo rodeaba le habían llevado a creerse sinceramente un invitado de Rosewicz, como éste insistía en llamarlo. Lógicamente había esperado alguna resistencia a que lo dejaran marchar si trataba de hacerlo mientras el paradero del manuscrito seguía siendo un misterio. Pero una vez que tomó la decisión de hablarle al cardenal Ciechanowski de Berchik, no sentía la menor aprensión en ese aspecto.

Por esa razón se sintió más sorprendido a la mañana siguiente cuando, después del desayuno, decidió dar un paseo por cuenta propia y se encontró con que el camino le era cortado por un intransigente Henryk. Verdaderamente, Jack no se había considerado como un prisionero que necesitara ser liberado o escapar. Pero ahora, enviado a su habitación hasta que Henryk estuviera en condiciones de acompañarlo en su paseo, como siempre fue preceptivo hasta entonces, se dio cuenta de que eso era realmente: un prisionero.

Una revisión rápida de su habitación confirmó sus sospechas. Las pequeñas ventanas y los cristales estaban conectados a un sistema de alarma. Detrás de un espejo de marco dorado encontró una cámara de televisión escondida en la pared que, sin duda, debía estar conectada con un monitor que habría en alguna parte del piso abajo. Se dio cuenta, por otra parte, de que nunca había tratado de abrir la puerta de su habitación, pues dentro de su pequeña *suite* tenía todo lo que necesitaba, y cada vez que entró y salió de su cuarto lo hizo escoltado por Henryk o la señora Nagle. Intentó abrir la puerta y se encontró con que la habitación estaba firmemente cerrada por fuera.

Sus sospechas con respecto a Rosewicz, que estuvieron a punto de desaparecer la noche anterior gracias a la buena cena y a la cordialidad, resucitaron de modo repentino. Aunque le repugnaba extender sus sospechas a Ciechanowski, se sintió asaltado por un terrible temor de haber traicionado al inocente Berchik, poniéndolo en manos de gente sin escrúpulos y tal vez manchadas de sangre.

Aquella noche, durante la cena, después de haber agotado toda forma indirecta de fuga, abordó directamente al propio Rosewicz.

—¿Por qué soy un prisionero en esta casa?

Rosewicz, que en aquel momento estaba llevándose a los labios el tenedor con un pequeño trozo de trufa, alzó las cejas. Tomó el delicado manjar con sus labios y lo comió lentamente, saboreándolo.

—¿Prisionero? —exclamó, como si la palabra estorbara su apreciación de la trufa—. ¿Prisionero aquí? ¿Qué te hace pensar una cosa así?

—Esta mañana se me impidió salir solo. Henryk me detuvo. Cuando volví a mi habitación, comprobé que mi puerta había sido cerrada desde fuera y las ventanas no podían ser abiertas. En mi habitación hay una cámara mediante la cual se pueden vigilar todos mis movimientos y me parece que hay otra en el cuarto de baño. Creo que me debes una explicación.

Rosewicz se llevó otro trozo de trufa a la boca. De nuevo se tomó tiempo antes de responder. Las trufas fueron compradas aquella misma mañana en La Maison de la Truffe, a donde habían llegado la noche anterior directamente desde Périgord.

—Comprendo tu preocupación, Jack. Has pasado una pavorosa experiencia. Ganachaud me ha dicho que no cabe esperar que te recuperes de sus efectos en bastante tiempo. Físicamente casi has vuelto a la normalidad, pero hay cicatrices mentales que tardarán mucho tiempo en curarse. De un modo u otro estarán contigo por el resto de tu vida. Pero creo que eso es algo que ya sabes. No podías esperar otra cosa. No quiero aconsejarte sobre ese asunto porque pienso que tú sabes más de esas cosas que yo, pese a mi edad.

»Sin embargo, Ganachaud me previno de que tu período de confinamiento en el cuartel general de la *militsia*, seguido del interrogatorio que sufriste en el asilo mental de Matrosskaya podrían resultar más traumáticos de lo que crees. Los rehenes, en especial cuando son sometidos a tratamiento humillante o a tortura, después de su liberación deben tener una forma de tratamiento a base de consejos y asistencia psíquica. Desgraciadamente, las muy especiales circunstancias de tu encarcelamiento y tu fuga hicieron difícil que eso pudiera arreglarse. Ganachaud ha hecho lo que ha podido y, pese a lo que mi amigo Leon Ciechanowski diga contra los médicos franceses, debes reconocer que su tratamiento te ha sido realmente beneficioso. Ganachaud aprendió homeopatía con Rousson y Zissu, y él mismo da clases de esa materia en la Facultad de Medicina de la Sorbonne.

»Pero volviendo al tema de tu supuesto confinamiento en esta casa. Lamento mucho lo de la puerta cerrada. Eso no debió ocurrir. Eres libre de ir adonde quieras en esta casa. Si Henryk en alguna ocasión te parece demasiado oficioso o rudo, comunícamelo inmediatamente. No volverá a hacerlo, te lo prometo. Tu puerta se mantuvo cerrada durante tu enfermedad como medida de protección de tu seguridad. Ésa es, también, la razón por la que hay una cámara, las ventanas están conectadas al sistema de alarma y los cristales son fijos. Nada de eso se ha hecho para impedirte salir, sino para evitar que otros entren.

Jack se apoyó sobre la mesa.

—¿Quiénes, por amor de Dios? Esto es París, no Moscú.

—A pesar de eso. Recordarás que en *Summerlawn* también disponía de un sistema de alta seguridad. Esta casa no está menos protegida. Aquí se guarda, en primer lugar, mi colección. Te sentirás aliviado al saber que no sufrió ningún daño en el incendio que destruyó la casa. Además, hay otros tesoros que compensarían el tiempo y el esfuerzo de un ladrón.

»Pero eres tú, querido Jack, el problema especial. No debes pensar que, sencillamente, porque escapaste y estás en París te encuentras a salvo. Me parece que deberías saber algo sobre la mujer que te llevó a Matrosskaya. Se llama Irina Kossenkova. Antaño fue una de las mujeres más poderosas de la Unión Soviética, tan considerable en su terreno como Aleksandra Kollontai en el suyo. Pero el nombre de Kossenkova no es uno de los que pueden verse en registros o ficheros oficiales. Hasta hace pocos años dirigió una pequeña organización virtualmente independiente del aparato del Estado, responsable sólo ante el Presidium del Soviet Supremo o, para ser más precisos, ante el propio presidente en persona.

»Su función consistía en facilitar al jefe del Estado un sistema de inteligencia personal, independiente del KGB o el GRU. Naturalmente, el Komitet, es decir, el KGB, conocía su existencia y sabía, además, que ella era una de las pocas personas en la Unión Soviética que estaban fuera de su alcance y su poder. Más aún: que una sola palabra de Irina Kossenkova era suficiente para que hasta el más alto de los jefes del KGB fuera despedido, o algo peor.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Jack.

Rosewicz se encogió de hombros. Había terminado sus trufas y su invitado ni siquiera había tocado las suyas. Su aroma picante y otoñal flotaba sobre la mesa como incienso.

—Deberías haber adivinado que un hombre en mi posición, un polaco con una gran cantidad de dinero e importantes contactos en el mundo de las finanzas, tiene la oportunidad, en muchas ocasiones, de hacer negocios con más de uno de los grandes servicios de inteligencia del mundo. Les he hecho muchos favores a las agencias de inteligencia occidentales y ellas, a cambio, me han facilitado información y consejo de expertos. Dejemos la cosa así.

Hizo una pausa y miró el plato de Jack.

—¿No te interesan las trufas?

El aludido negó con la cabeza. Realmente no tenía hambre y nunca tuvo el dinero o la oportunidad de acostumbrar su paladar a tan costosas delicadezas.

—Si me permites... Sólo pueden conseguirse frescas durante un período tan corto...

Colocó el plato de su invitado, que éste no había tocado, encima del suyo. Aquella noche, la cena se había servido en platos de porcelana blanca, sobre los cuales las trufas destacaban duras y negras. Se llevó un pequeño trozo a la boca y comió en silencio durante unos instantes antes de volver su atención a Jack.

—Irina Kossenkova ha sobrevivido a la transición notablemente bien —siguió—. Ella vio venir las cosas antes incluso que las mentes más agudas del KGB. Hay quien dice que colaboró en la preparación de los acontecimientos cuando vio el camino que se avecinaba y lo que ocurriría si no se hacían cambios radicales. Se dice que estaba próxima a Gorbachov y también hay rumores de que fue una de las figuras que estuvieron detrás del golpe de 1991, actuando en su nombre para tratar de librarse de

los partidarios de la línea dura.

»Sea cual sea la verdad, el hecho es que sobrevivió, y sobrevivió bien. No sólo eso sino que estuvo en condiciones de conservar la mayor parte de su antigua organización. Los agentes de los servicios de inteligencia son inmunes a los cambios. Eso es algo que la historia debería haberte enseñado. Los regímenes nuevos no pueden permitirse prescindir por completo de las habilidades y conocimientos de su vieja guardia. Algunos de ellos, como es lógico, acaban en el paredón. Entre ellos hay criminales, asesinos, torturadores, hombres cuyo castigo y exposición a la vergüenza pública sirve de símbolo del cambio. O de velo para otras cosas, ¿no es así? Es un modo de encubrir la verdad, que es, naturalmente, que las cosas no han cambiado en absoluto. Al menos no en su esencia.

»En cuanto a los hombres que quedan en el fondo, entre bastidores, los hombres grises, los que piensan y se concentran en acumular conocimiento, en llevar los archivos de los oponentes internos y los enemigos exteriores, esos agentes nunca son despedidos, nunca se los fusila. Son demasiado valiosos. Irina Kossenkova era demasiado valiosa. Y sigue siéndolo todavía.

Hizo una pausa. A su alrededor, en las paredes del comedor, había retratos de hombres con facciones agudas y mujeres lánguidas que parecían observarlos sentados junto a la mesa: a un anciano que comía y a un joven luchando por recuperar el control sobre su propia vida.

—Ahora es más poderosa que nunca —continuó Rosewicz—. Sus únicos enemigos son fantasmas: Dzerzhinskii, Yezhov, Beria, OGPU, GPU, el KGB. Ya no existen, todos se han ido, se han perdido. Ella es la única que queda. Jack, sin ella, te aseguro que en Rusia existiría el caos. Anarquía y quizá hasta guerra civil. No exagero. Ella y su organización es lo único que separa a Rusia del desastre.

Se detuvo para terminar sus trufas. Cada vez que se comía una, se preguntaba de cuántas más podría disfrutar. ¡Eran tan pocas cada año y eran tan pocos los años que le faltaban para la llegada de la muerte!

—Es posible, sin embargo —siguió—, que eso no le baste. Irina Kossenkova es poderosa, pero sólo en el contexto de un Estado que está terminalmente enfermo. Por grande que sea su fuerza, está minada por la debilidad del sistema al que sirve. Y no hay otro. Si el sistema cae, ella caerá con él.

»Por eso anda desesperada en busca de influencia, sin que le importe dónde ni sobre quién. Dentro de Rusia puede hacer lo que quiera, pero ahora eso le es de poca utilidad si todo lo que le queda con que jugar son juguetes rotos. Para conseguir la fuerza que necesita, precisa una transfusión del exterior. Ahora cree que ha encontrado el instrumento para lograrla. Y que nosotros dos, tú y yo, se lo hemos robado.

—¿El pergamino? ¿De qué modo podría ayudarle?

—Eres muy inocente, amigo Jack. Lo sería todo para una mujer como ella. Si lo tuviera, si dispusiera de absoluto control sobre él, piensa en el poder que le daría su

simple posesión sobre la Iglesia en Rusia. La Iglesia, a cuyo seno están volviendo tantos de nuevo. ¡Y qué otras cosas no haría para ganar influencia por todas partes! En el Vaticano, con los líderes del protestantismo norteamericano. Su gran Mayoría Moral. Sólo puedo suponer la cantidad de planes que habrá hecho, cómo habrá pensado utilizar el pergamino para fines financieros o políticos. De lo que sí estoy seguro es de que sabe que la posesión de ese documento le daría el apoyo que tan desesperadamente necesita. Nada más simple.

—Pero... Aún sigo sin ver...

—¿Por qué vendrá a por ti? Querido amigo, en estos momentos ya sabe que yo le robé el pergamino y que te ayudé a escapar. Yo soy, por lo tanto, su objetivo principal, ¿no es así? Pero no se atreverá a golpearme a mí mientras siga desconociendo el paradero del pergamino. Es posible que sospeche que yo lo tengo, pero sabe, igualmente, que no voy a ser tan necio como para tenerlo aquí. Por otra parte, estoy convencido de que todavía no sabe nada de la sustitución. Salvo que...

Rosewicz miró a Jack.

—... Salvo que tú se lo dijeras bajo la influencia de las drogas que te hizo ingerir Belov.

—Lo lamento, en eso no puedo ayudarte. Honestamente, no puedo recordar lo que dije.

—No importa.

—Pero si ella tiene el pergamino...

—En ese caso, tendré que quitárselo a ella. De un modo u otro, tu vida está en peligro. Si ella no sabe todavía lo de la sustitución, pero tiene motivos para sospecharla, te necesita para obligarte a decirle dónde puede encontrar el auténtico. Una vez que haya conseguido esa información, no serás para ella más que una molestia. Sabes demasiado. Ésa es la razón por la que se le ordenó a Pavlychko que se librara de ti. El pergamino no le servirá de nada si todo el mundo conoce su contenido. ¿No lo ves? Ella dejará un párrafo aquí, una frase allá, Sembrará dudas, hará crecer la confusión, conseguirá que los líderes de las iglesias acudan a ella, hombres dispuestos a hacer cualquier cosa por ver el manuscrito, o quitarlo de la circulación, o destruirlo.

»Por eso necesitamos a Ciechanowski. Y por eso tienes que seguir a salvo aquí, en esta casa. Créeme, si pones un pie fuera de aquí, solo, tu vida no valdrá ni un céntimo. Para Irina Kossenkova tú eres una amenaza que hay que eliminar. Para mí eres una preciada posesión. Me puedes ayudar a autenticar el pergamino y tú mismo podrás presentarlo al mundo. Habrá un instituto para su estudio, tal como te he prometido, Jack, y tú serás su director. Tienes mi palabra. Una vez que hayamos llegado a esa situación, el juego no tendrá ningún valor para Kossenkova. Se retirará, porque ya no tendrá nada que ganar yendo detrás del pergamino o persiguiéndote. Habrá llegado el momento de que busque su salvación en alguna otra parte.

»Ya ves, Jack, quedarte aquí bajo mi protección y colaborar totalmente en mi

proyecto es la única esperanza que te queda de vivir una existencia larga y fecunda.

El anciano sonrió mientras, con calma, dejaba descansar su tenedor en el plato blanco.

La mayoría de los días salía a dar un paseo. Henryk iba siempre cerca de él, sin perderlo de vista. Jack sabía que iba armado y sospechaba que no estaba solo. Rosewicz no cometería ningún descuido en algo tan importante para él como la supervivencia de su invitado. Sin el eminente doctor Gould y sus probados contactos y lazos de unión con Iosif Sharanskii, sería difícil explicar cómo había entrado en posesión del pergamino de Jesús.

Jack suponía lo que Rosewicz estaba planeando. Una vez que se anunciara que el pergamino había vuelto a la luz, los rusos estarían en disposición de hacer una protesta oficial. Pero para entonces, Rosewicz y Ciechanowski ya tendrían organizado su instituto, aunque sólo fuera en embrión, un edificio y un reducido número de empleados que formarían el esqueleto de lo que estaba llamado a ser más tarde.

Habría una sala en la que ofrecer conferencias de prensa, un director de relaciones públicas, un ordenador para ofrecer información y comunicados. Jack estaba seguro de que el instituto estaría localizado en Polonia. Rosewicz habría falsificado algún tipo de justificación sobre la procedencia del pergamino, que sería de origen polaco, judío también, aunque esto sólo de modo vago (para ganarse cierta credibilidad y simpatía por su asociación con el holocausto), pero en ningún caso alemán o ruso, en el sentido legal. La postura del gobierno polaco sería la de negociar con el Vaticano, posiblemente en la forma de una especie de propiedad compartida, con la Iglesia como socio activo. Les sería de gran ayuda el hecho de que el papa era polaco.

Jack estaba convencido de que Ciechanowski ya estaría dedicándose a abrir negociaciones con el sucesor de Volnukhin en la Biblioteca Estatal de Rusia. Ellos lo querían todo, para dar un contexto al pergamino, para crear un núcleo inexpugnable para el instituto y para evitar el riesgo de que aparecieran otros fragmentos de igual o parecido valor. Otras cartas escritas por la misma mano, o cartas de otros destinadas a Jesús o escritos de su hermano Santiago... ¿Quién podría decirlo?

Pero ¿qué ocurriría si los rusos, guiados por Kossenkova, eran los primeros en encontrar a Berchik? Rosewicz no había vuelto a decirle nada sobre el amigo y correo de Iosif. Jack no estaba seguro de que el anciano fuera a decirle la verdad, especialmente si las cosas salían mal. Se preguntó qué haría Rosewicz si Kossenkova lo vencía. ¿Hasta qué punto llegaba el poder del polaco realmente? En una ocasión supo coger a los rusos por sorpresa, pero no podía esperar que eso sucediera de nuevo pues, sin duda, estarían tomando precauciones extraordinarias. Recordó el abierto comentario de Rosewicz: «En ese caso, tendré que quitárselo a ella», cuando le preguntó qué haría si Kossenkova era la primera en hacerse con el pergamino. Jack estaba convencido de que Rosewicz no era un hombre que hiciera falsas amenazas.

No pasó mucho tiempo sin que Jack empezara a sentir ganas de hacer cualquier cosa. Necesitaba tener algo en que ocupar su mente. El tratamiento de Ganachaud había obrado maravillas pero, como el propio médico le dijo, había cosas que sólo el tiempo podía curar apropiadamente.

—Tiempo —diagnosticó—, y una ocupación. No debe permanecer ocioso mientras tenga algo de que ocuparse. Le aconsejo que vuelva a su trabajo lo antes posible.

Le transmitió la idea a Rosewicz, que simpatizó con ella, pero le dijo que prefería que siguiera con él hasta que el instituto estuviera en marcha y pudiera encargarse de su dirección.

—¿Significa eso que has encontrado a Berchik?

Rosewicz movió la cabeza.

—Todavía no.

—Te he dado detalles muy claros. La dirección en que se iba a alojar en Tel Aviv y la del Departamento de la Agencia Judía que estaba arreglando su inmigración.

—No ha podido ser encontrado. Espero que ni él ni el pergamino hayan salido del país.

Jack se sintió preocupado. Pese a toda su evidente inestabilidad, Berchik comprendió la importancia de la misión que le fue encomendada, aunque sin saber nada de la identidad del documento que llevaba. Jack se sintió más convencido que nunca de que algo le había ocurrido al escritor.

—Por favor, haz todo lo que puedas. Berchik no es más que un correo. No sabe nada del pergamino ni de lo relacionado con él, te lo aseguro.

—Tienes mi palabra. Haremos todo lo que podamos por él.

—Mientras tanto, yo no puedo seguir leyendo malas novelas policiacas y viendo la televisión.

—¿No te gusta la televisión francesa?

—Apenas hablo francés. Escucha, Stefan, necesito hacer algo serio. Ganachaud ha dicho lo mismo. Tú todavía conservas tu biblioteca. Creo que en ella puede haber muchas cosas que hacer.

Rosewicz pareció reflexionar durante un momento.

—Sí —dijo—. Ganachaud me ha hablado de ello. Dice que has mejorado mucho. Bien, tienes razón. La biblioteca aún está aquí. Pero creo que sería una pérdida de tiempo para ti dedicarte a catalogar u otro trabajo parecido. Creo que debes comenzar a trabajar en la autenticación del pergamino. ¿Sí? Hay muchas cosas que pueden hacerse aun en ausencia del pergamino original. Cuento con la serie completa de fotostatos preparados por los alemanes. Tú dispones de tu transcripción. Puedo facilitarte, además, una colección completa de las fotografías del material de Qumran de la Biblioteca Huntington, la edición Tov de los pergaminos en microfichas, facsímiles y cualquier otro documento que necesites: fragmentos oxyrhynchus, el material de Bodmer y Rylands, los códices de Nag Hammadi y los textos Cairo

Geniza. Dispongo de concordancias, diccionarios, Biblias, textos apócrifos. Tengo un ejemplar de las concordancias con el Nuevo Testamento Sirio —que dudo que hayas podido ver todavía— aparecido hace sólo pocos meses. Y si necesitas alguna cosa más, ya sabes que sólo tienes que pedírmela.

»También tengo archivos de las adquisiciones de manuscritos judíos hechas por las SS. Podrás hacer conjeturas sobre el lugar de procedencia del manuscrito, de cómo llegó a Polonia y —si es posible— dónde pudo ser guardado allí. ¿Qué dices? ¿Te sientes capaz de todo eso?

Jack asintió. Rosewicz estaba utilizándolo de nuevo, precisamente lo que estuvo intentando desde el principio, quizá desde mucho antes, desde aquel verano en su casa de Irlanda. Pero ¿eso qué importaba si le daba la posibilidad de hacer lo que de todos modos le hubiera gustado hacer y en circunstancias que no podrían en ningún caso ser mucho mejores?

Comenzó después del almuerzo. Por consejo de Ganachaud, continuaron sus paseos, mañana y tarde. Jack y su vigilante se convirtieron en una presencia familiar en su camino regular hacia la izquierda del parque, dejando atrás el lago y la columnata romana, rodeando la pirámide y las tumbas, cruzando el campo de juego de los niños y la rotonda, para llegar hasta el bulevar de Courcelles y desde allí volver a casa.

Conocía a los paseantes de siempre, a las ancianas viudas de la aristocracia, con sus abrigos de pieles, a las niñeras que empujaban los cochecitos de los niños, hacían sus compras en el Maxipuces y se las arreglaban para tener un aspecto tan elegante como cualquier ser humano; los practicantes de *jogging* daban vueltas y vueltas alrededor del perímetro del parque y los escolares del Lycée Carnot aprovechaban los descansos entre clase y clase. Le gustaba estar allí antes de las tres para ver a los niños de los elegantes colegios privados de los alrededores, a los que llevaban al parque cuando terminaban su jornada. Los niños gritaban como locos y corrían unos detrás de otros tratando de darse caza por las veredas del parque, mientras que sus profesores y profesoras charlaban juntos, sin darse cuenta del escándalo que causaban sus alumnos. Observó que estaban de moda los pantalones vaqueros y los anoraks forrados, de color negro. Algunas de las niñas pequeñas eran muy bonitas. En una ocasión, al ver cómo jugaban, se dio cuenta de que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

El resto de su tiempo, Jack lo pasaba en la biblioteca, leyendo, haciendo fichas y separando el material. El texto del manuscrito se convirtió en su centro de atención. Cada día que pasaba se sentía más y más cerca de la historia de Jesús, del auténtico Jesús, el olvidado, el convertido en mito, el mutilado por el fuego, cuyo rostro no podría tener cabida en ninguna iglesia moderna, ni tampoco en las más modernas sinagogas. Al leer otros textos, al comparar referencias, al establecer analogías, al integrar cada una de las concretas referencias que había en la carta en los movedizos

contextos de los Evangelios sinópticos, para compararla después con el material extrabíblico, como los Evangelios de Tomás y Pedro, se sintió como si hubiera comenzado a respirar el verdadero aire de la Palestina del siglo primero. Olía a polvo, al incienso de los templos, a cuero romano, a Dios y a profecía, a la llegada del fin del mundo. Pero, sobre todo, olía a sangre. A la sangre de los sacrificios, a las palomas con sus cuellos cortados cayendo como lluvia sobre el altar mayor. A la sangre de los esclavos azotados por un brutal amo hasta obligarlos a la sumisión. A la sangre de los rebeldes clavados en altas cruces barridas por el viento.

Las tardes las dedicaba a estudiar la colección que poseía Rosewicz de material alemán. Lentamente fue dándose cuenta del extraordinario alcance y extensión del material que el anciano había reunido.

Durante la segunda semana, Rosewicz estuvo fuera de París durante tres días. No dijo dónde. Las medidas de seguridad se intensificaron en su ausencia y se colocó a un guarda de seguridad en cada piso de la casa, cinco en total. Henryk se situaba personalmente delante de la puerta de la biblioteca y permanecía allí durante las horas que Jack trabajaba en ella.

Negó. Rosewicz volvió y se encerró en su estudio durante varias horas. Aquella noche, después de la cena, llegaron dos hombres vestidos con buenos trajes de paisano que, de inmediato, fueron llevados a presencia de Rosewicz. Se quedaron con él hasta pasada la medianoche. A la mañana siguiente, al regresar de su paseo cotidiano, Jack observó un Volvo 760 aparcado junto a la acera, frente a la puerta de la casa de Rosewicz. Dentro del coche había tres hombres, uno de los cuales estuvo allí la noche anterior. Dos de ellos vestían elegantes ropas de paisano y el otro un uniforme militar de alta graduación, cuya nacionalidad fue incapaz de establecer. Todos ellos eran europeos o, al menos, eso le pareció. Rosewicz no apareció aquel mediodía para comer con él.

Había algo que parecía salirse de lo corriente en los documentos alemanes. Jack entendía bien las bibliotecas y sus sistemas de archivado y fichero. Alguien había revisado aquellos documentos sistemáticamente, sacando todas las fichas con un específico prefijo alfabético, pero sin seguir, por lo demás, una clara secuencia. No estaba absolutamente seguro de ello, pero el prefijo podía ser uno entre un limitado número de posibles variaciones: CN, DN, CO o DO. Se dio cuenta también de que aunque debía haber registros relacionados con las principales ciudades del Este de Europa, donde hubo departamentos administrativos superiores de las SS, no había referencias a ningún lugar en Croacia.

—La hora de su paseo, doctor.

Henryk apareció de improviso, como si saliera del aire, delante de la mesa de trabajo de Jack.

—¿Qué está usted haciendo aquí, Henryk?

El guardián estaba rígidamente excluido del acceso a la biblioteca y solía ser el propio Rosewicz el que le recordaba que era tiempo para su paseo de convalecencia.

—El señor Rosewicz me ha pedido que me haga cargo de usted durante todo el día. Está muy ocupado. Tiene muchas visitas. —Henryk miró su reloj—. Creo que debemos irnos ya; de otro modo se nos hará de noche antes de que hayamos terminado.

Era un regla estricta, establecida por Henryk y aprobada por Rosewicz, que ni salieran ni permanecieran fuera de la casa después del anochecer. Todo el sistema de seguridad realizado por Henryk se basaba en líneas de visión, vigilantes, instrumentos ópticos y algo llamado CVC (contacto visual continuado), que establecía que bien él o uno de sus hombres tenían que mantener constantemente al alcance de su vista el objeto de su protección.

Formaba parte de la naturaleza de Rosewicz preferir operar un sistema como aquél en pleno corazón del París distinguido que trasladarse al campo, donde él y Jack hubieran podido esconderse juntos hasta que la crisis hubiera terminado. Por esa misma razón —su carácter—, Rosewicz vivió como un gran señor en «Summerlawn» y en París había escogido una casa en uno de los mejores distritos. Nunca se le hubiera ocurrido hacer otra cosa. ¿De qué servía la riqueza si no podías gastarla como te viniera en gana? ¿A qué quedaría reducida la sensación de poder si para disfrutar de él has de esconderte en la sombra y temer continuamente a tu enemigo? En Henryk contaba con lo mejor: lealtad y eficacia absoluta.

Jack miró su reloj. El día terminaba. Por un momento pareció dispuesto a cancelar el paseo, pero se había acostumbrado a la rutina y ese día sentía la necesidad de un poco de ejercicio, pues estaba un tanto entumecido e incómodo después de haber pasado demasiado tiempo sentado a su mesa en una intensa sesión de trabajo.

—Voy a buscar el abrigo —anunció. Rosewicz le había dado un grueso abrigo, largo y de color piedra, diseñado por Zegna—. Si andamos de prisa, estaremos de vuelta a la hora de costumbre. ¿Le gustaría correr un poco?

—Está usted mejorando mucho, doctor. No lo hubiera pensado aquel día en el hotel. Con sinceridad, creí que habían acabado con usted.

—Estuvieron muy cerca de conseguirlo.

—¿Le ha hablado de la mujer? ¿Le ha explicado quién es Kossenkova?

Jack afirmó.

—Bien. No es una mujer que deje las cosas sin terminar. No lo olvide. Vaya siempre cerca de mí en el parque.

Jack se puso el abrigo, la bufanda y los guantes y ambos salieron. El parque era un país de maravilla cubierto de escarcha. Los árboles brillaban con pequeños carámbanos. Las veredas del parque habían sido barridas, pero el césped y las flores estaban cubiertos por una gruesa capa de nieve. Jack sintió el aire penetrante en sus pulmones, barriendo al mismo tiempo el ácido polvo de Palestina y la atmósfera con olor a gas letal de la Polonia ocupada por los nazis. Emprendió un pequeño trote con Henryk a su lado, alerta sin esfuerzo aparente.

A unos cien metros por delante de ellos había una mujer sentada en un banco.

Vestía un largo abrigo negro con solapas muy anchas forradas de piel. Se tocaba con un bajo sombrero de piel de cebellina. Al acercarse, Jack se puso tenso y tuvo la sensación de que había algo familiar en ella. La distancia entre ellos disminuyó rápidamente. Jack aminoró el paso, casi completamente seguro de que la conocía y que ella estaba allí esperando que pasara.

—Henryk —murmuró. Su voz fue casi como un suspiro que se abrió paso en el aire fino, fuera de sus pulmones—, ¿quién es esa mujer? ¿La reconoce?

Oyó el clic de una pistola cuando Henryk, con una mano, quitó el seguro a su automática.

—¡Deténgase aquí! —le ordenó Henryk, que había sacado el arma de su bolsillo. Hubo una especie de movimiento a su derecha, detrás de una cobertura de árboles.

En esos momentos la mujer se levantó y se dio la vuelta para mirarlos de frente. Jack, sin aliento, sintió que estaba a punto de desmayarse. Era como si estuviera cayendo desde una gran altura; desde un promontorio o desde el propio cielo. El rostro de Maria lo había cogido desprevenido. Quedó deslumbrado y a punto de desplomarse en el suelo.

—Está bien, Henryk —dijo—, ya puedes guardarte el arma.

Jack continuó andando. Ella lo esperó hasta que estuvieron a pocos pasos de distancia.

—¿Cómo estás, Jack? ¿Henryk?

De cualquier otra mujer hubiera podido decirse: «Está igual de bella», «Por ella no pasan los años» o «A pesar de los años, parece como si hubiera estado fuera solamente unos minutos». Pero eso no era más que un tópico, y en Maria Rosewicz no había nada en absoluto de tópico o vulgar.

Ella seguía siendo muy hermosa, con la misma belleza que antaño le encantaba y le hería al mismo tiempo; la mujer que ahora estaba allí, en la senda del parque, delante de él, era en todos los aspectos la misma cuya imagen Jack llevó consigo durante cuatro años, no podía negarlo ni por un momento. Pero no fue su capacidad de conservarse con toda su belleza lo que le golpeó con mayor fuerza. Era, más bien, un cambio no previsto con anticipación que vio impreso en todas sus facciones, una alteración tan marcada que por un momento Jack llegó a pensar que se había equivocado de persona. Tenía un aire de melancolía que era más que simple tristeza. Había perdido su brillo, toda aquella luminosidad suya característica, como un relámpago de luz, que fue una de sus cualidades más atractivas.

Él se quedó quieto frente a ella, inmóvil como un palo, con las manos y los pies fríos, y su aliento, incapaz de conservar su calor durante un momento en el aire helado. Maria no sonreía. Tenía las manos metidas en los bolsillos, ciñéndose el abrigo por delante como en un débil gesto de autodefensa. Su respiración dejaba un halo que se perdía por encima de su cabeza. Fue la primera en romper el silencio.

—Henryk, quiero hablar con Jack. Karl está allí, paseando con Paul. —Señaló al otro extremo de la senda. Empequeñecido por la distancia, un hombre con un abrigo de color tostado caminaba llevando cogido de la mano a un niño pequeño.

—¿Por qué no se viene a casa, señora Von Freudiger? —le preguntó Henryk.

El apellido inesperado se abrió camino en el pecho de Jack, penetrando en él como si buscara las formas de poder causarle dolor.

—Acabamos de llegar. Yo ya sabía que Jack estaba viviendo aquí y mi padre me ha dicho que podría encontrarlo paseando por el parque contigo. Paul quería jugar un rato en el tiovivo.

Henryk la contempló sin saber qué hacer. Estaba claro que la llegada de Maria había trastornado su sentido de la rutina.

—Realmente no creo que éste sea el lugar más adecuado para conversar. Conviene tener en cuenta la seguridad.

—¡Por amor de Dios, Henryk! No voy a huir corriendo con él. Sólo quiero hablar

con él. En privado.

Henryk vaciló inseguro.

—Está bien. Pero tenemos que volver a casa antes de que se haga de noche.

—No te preocupes. No nos separaremos mucho de ti. Sigue detrás de nosotros en dirección a casa.

Malhumorado, Henryk hizo lo que se le decía. Jack se dio cuenta de que utilizaba una pequeña emisora de radio, sin duda para dar instrucciones y tranquilizar a sus compañeros de vigilancia.

Se pusieron en marcha, Henryk a unos diez o doce pasos detrás de ellos.

—¿Cómo estás, Jack? Todavía no me has contestado.

—¿Cómo esperas que me encuentre? No puedo... —Trató de contener sus emociones—. Has aparecido aquí de improviso, causándome una auténtica conmoción. Yo... Yo nunca pensé...

—¿Que volverías a verme? No —suspiró—, hubo un tiempo en que yo también lo pensé así. Sin embargo, estamos aquí, los dos juntos, dando uno de nuestros paseos. Aunque hoy no sea un día soleado. ¡Qué mundo tan divertido!

—A mi no me parece divertido en absoluto. —Se detuvo y se volvió a ella—. Maria, yo...

—No, por favor, Jack. Nada de recriminaciones. Mira, quiero presentarte a mi marido y a mi hijo. Espera un momento.

Los llamó a gritos y su voz fue arrastrada por el aire seco y quebradizo. El hombre con el niño se dio la vuelta y saludó con la mano. Maria volvió a gritarle y ellos comenzaron a venir en su dirección. Jack los contempló mientras se dirigían hacia donde ellos estaban, sin fuerzas para impedir su avance, como un hombre que sueña y lucha vanamente por despertarse.

El niño dejó a su padre y corrió hacia Maria. Tenía tres años y era una perfecta reproducción de su madre. Maria lo había vestido con un elegante abrigo rojo, con grandes botones negros, botas de cuero rojas y un gorro de esquiar con una borla en la parte de arriba. La madre alzó al niño en el aire, en sus brazos, y le hizo girar a su alrededor varias veces mientras lo besaba. El chiquillo se echó a reír cuando el gorro de esquiar se le cayó sobre la nieve. Maria lo dejó en el suelo, riendo con él, y volvió a ponerle el gorro en la cabeza.

El padre se acercó. Maria se puso seria de inmediato y se volvió a Jack.

—Jack, éste es Karl, mi esposo. Karl von Freudiger. Karl, el doctor Jack Gould.

Jack le tendió la mano automáticamente y le devolvió la sonrisa a Von Freudiger. Las ropas, los zapatos, el corte de pelo y la forma como lo llevaba todo sugerían que se trataba de un hombre que no había conocido más que una vida de riqueza y abundancia. Era más alto que Jack, debía de tener unos cincuenta y tantos años y su aspecto era atlético.

—Me alegro mucho de conocerle, doctor Gould. Mi mujer me ha hablado mucho de usted y de los buenos amigos que fueron en el pasado. —El acento era alemán, muy

educado, apenas perceptible, poco más que un leve matiz de color en su pronunciación.

—Hacía años que no nos veíamos.

—Así lo tengo entendido. Eso debe remediarse. Cuando mi padre político haya terminado con usted, debe venir a pasar unos días en nuestra casa de Essen. Me han dicho que estuvo usted enfermo.

—Ya estoy mucho mejor, gracias.

—No obstante, necesita descansar y puedo suponer que Stefan no le deja tranquilo ni un momento. Maria hará los preparativos.

—Y éste es mi hijo Paul —interrumpió ésta.

Pronunció el nombre a la alemana.

—*Komm, Herzchen, sage*^[9]: ¿Hola, cómo está usted?

El pequeño retrocedió con timidez.

—Es un poco tímido, sobre todo cuando le pido que hable en inglés. ¿No es así, cariño?

De repente, el padre se agachó y le gritó en alemán:

—*Also, Paul, tue was Deine Mutter Dir gesagt hat! Antworte den Herren sofort!*

[10]

El niño se encogió asustado y murmuró un saludo. Jack miró a Maria, que estaba visiblemente disgustada por la innecesaria riña del padre. Jack adelantó su mano y tomó la del pequeño.

—Estoy muy contento de conocerte, Paul. Espero que podamos llegar a ser amigos.

Paul sonrió brevemente, pero las bruscas palabras de su padre lo habían llevado al borde de las lágrimas. Jack esperaba que Maria dijera o hiciera algo para consolarlo, pero siguió pasiva, observando. Se dio cuenta de que no era la primera vez que veía al padre tratar así a su hijo.

—Karl —se dirigió a su esposo—, ¿por qué no te llevas a Paul a jugar al tiiovivo? Quiero charlar con Jack. Tenemos mucho tiempo que recuperar.

Von Freudiger pareció vacilar, pero después afirmó con la cabeza.

—Ha sido un placer conocerle, doctor. Me gustará mucho volver a verlo. No olvide decirle a Stefan que ha sido usted invitado a Essen y que no debe retenerle ni un día más de lo que sea estrictamente necesario.

Tomó a su hijo de la mano y se dirigió hacia el lago. Al otro lado había un pequeño carrusel, con una diligencia, un tanque, un coche de bomberos y otros vehículos. Pero el muchachito no parecía muy ansioso de ocupar ninguno de ellos. Seguía sin apartar los ojos de la madre, como entristecido de ver que no les acompañaba. Maria le sonrió y le hizo un ademán con la mano. Después, cuando su marido y su hijo estaban ya algo más lejos, se volvió a Henryk.

—Henryk, ¿me harías el favor de no echarme el aliento en el cogote? El doctor Gould y yo somos buenos amigos. Quiero hablar con él sin tener que pensar que nos

sigue una maldita *carabina* a dos pasos de distancia. Límitate a cumplir tu deber de protegerlo.

Henryk obedeció de mala gana.

—Es un niño muy amable —dijo Jack.

—¿Paul? Me volvería loca sin mi pequeño Paulchen. —Le sonrió y él se dio cuenta de que no bromeaba—. Cuando lo miro, a veces pienso en ti, en cómo perdiste a tu hija. Antes no podía comprenderlo, pero ahora... —Tembló—. Si perdiera a Paul, si alguna vez me lo quitaran, realmente no podría seguir viviendo.

—¿Por qué habría de ocurrirle algo? Parece sano y en buena forma. Estoy seguro de que lo cuidas bien.

—Lo intento, pero su padre...

—Me he dado cuenta. Lo siento.

—No, soy yo quien debe sentirlo. Karl puede ser un cerdo. Te ha puesto en evidencia hablándole de ese modo a Paul. A veces él... —Hizo una pausa—. Aquí estoy yo, hablándote ya de los problemas de mi familia. Siempre fuiste un magnífico confidente.

—Algo más que eso, creo.

Ella enrojeció y durante un momento siguió caminando sin responderle.

—¿Por qué te fuiste? —le preguntó—. Ni siquiera te pusiste en contacto conmigo.

—Lo intenté, pero mi padre interceptó las cartas.

—Podías haber telefoneado.

—Eso es lo que no quería, hablar contigo. De todos modos, ya era demasiado tarde. Ya estaba casada. La boda tuvo lugar dos semanas después de mi marcha de *Summerlawn*. Mi padre insistió en ello.

—¿Tu padre insistió? ¿Y qué hay de ti? ¿Qué querías tú?

Azorada, apartó la vista de él.

—Jack, tienes que entenderlo. No podía elegir. Tenía que casarme con Karl.

—¿Tenías que hacerlo? ¿Estabas embarazada?

Ella lo miró conmocionada.

—Lo siento —murmuró el doctor—. No tenía derecho a hacerte esa pregunta.

—La respuesta es no. Paul sólo tiene tres años. No podía elegir porque mi padre ya había concertado nuestro matrimonio cuando yo tenía doce años.

—¿Doce? ¡Santo cielo! Irlanda no es Arabia Saudita.

Ella sacudió la cabeza. Jack se dio cuenta de que los ojos de Maria estaban llenos de lágrimas. Una ligera nevada había empezado a caer cubriéndolo todo.

—¿Y si yo te hubiera pedido que no te casaras con él? ¿Que lo hicieras conmigo?

—Por favor, no me preguntes —replicó Maria—. No había nada que yo pudiera hacer. Karl era —es— extremadamente poderoso. Ni siquiera mi padre se atrevería a cruzarse en su camino. El nuestro fue... un matrimonio de conveniencia. No por razones financieras, que no han jugado ningún papel, sino por razones políticas.

Tanto mi padre como mi marido son muy ricos. Ninguno de ellos tiene necesidad de la fortuna del otro.

—¿Quién es él?

—¿Karl? Un industrial alemán. Alemán occidental cuando nos casamos. Pertenece a la cuarta generación de una familia de fabricantes de vidrio de Essen. Produce envases para la industria farmacéutica del Ruhr. Y también instrumentos más especializados para los laboratorios científicos en Alemania y el extranjero, También tiene una factoría, en Dortmund, que produce lentes ópticas, para cámaras fotográficas, gemelos, microscopios, visores para armas, etc. Karl es uno de los hombres más ricos del Ruhr. En 1980, el Estado lo condecoró con la Grosses Bundesverdienstkreuz. Un gran honor para un industrial. Y desde entonces ha venido haciéndose más rico y más poderoso, año tras año.

Jack se detuvo y se volvió para mirarla, forzándola a detenerse.

—¿Qué es lo que deseas, Maria? Te marchaste sin una palabra y ahora apareces sin avisar. ¿Pasa algo malo?

—No, nada malo. Sigamos paseando, Jack.

Ella le tiró del brazo con fuerza para obligarle a continuar.

—No parece muy feliz —le dijo Jack—. ¿Lo eres?

—No he venido aquí para hablar de mí misma. De si soy feliz o desgraciada. Esto es más importante. He venido para sacarte de aquí.

—¿Sacarme?

—Fuera de París, de las garras de mi padre. Por amor de Dios, cállate y escúchame con mucha atención.

—No entiendo. ¿Por qué?

Ella lo interrumpió de nuevo.

—Deja que sea yo la que hable, Jack. Después podrás hacer todas las preguntas que quieras. Pero ahora no me interrumpas. Por tu bien y el mío, límitate a escuchar. En un minuto llegaremos a la salida que lleva a la Calle Rembrandt. Es una calle de dirección única, y el tráfico circula en dirección al parque. Una manzana más abajo desemboca en la calle Murillo. También es una calle de dirección única, pero en esta ocasión el tráfico circula a tu derecha para llegar a la calle de Courcelles y después a la avenida Hoch. En la esquina, a mano derecha de la calle Murillo, aparcado al lado de la acera, habrá un Citroën BX de color azul oscuro. Detrás del volante podrás ver a un negro. Abre la puerta, cógelo, tira de él y arrójalo fuera del coche. No te preocupes, está esperándote y no opondrá resistencia, pero trata de dar realismo a la escena. Tíralo al suelo, sube al coche y arranca de allí a toda prisa.

—¿Y qué pasará contigo?

—No te preocupes por mí. Estaré bien. Posiblemente me oirás gritar detrás de ti, pero no hagas caso.

—¿Adonde iré? Nunca he conducido en París. No podré encontrar el camino para salir del barrio y salvar mi vida.

—Eso es exactamente lo que tendrás que hacer. Una vez que te hayas puesto en marcha, aprieta el botón para que funcione el casete, hay una cinta con instrucciones. Mantén tu velocidad entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco kilómetros por hora siempre que te sea posible. La cinta te dará las demás instrucciones. Síguelas y estarás a salvo.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Es la salida que viene ahora. Estira un poco la zancada, no demasiado. Si Henryk grita o comienza a correr, escapa.

Jack ni siquiera trató de comprender lo que estaba ocurriendo. Todo lo que sabía era que iba a dar un paso en la oscuridad que con la misma facilidad podía terminar en su muerte como en su libertad. Ya estaban casi a la altura de la salida cuando una idea cruzó la mente de Jack: Maria, aunque quizá inocentemente, podría estar trabajando para Irina Kossenkova.

—¡Señora Von Freudiger! ¡No vaya tan de prisa! —La voz de Henryk sonó ronca y excitada detrás de ellos.

—Maria tengo que saber...

—Jack, debes confiar en mí. ¡Por favor! Tienes que seguir con esto hasta el fin. Una vez que hayas cruzado esa cancela, no habrá marcha atrás. ¿Está claro? Si no te matan los hombres de mi padre habrá otros que lo hagan.

—Pero...

—¡Sigue firme! —le dijo susurrando y con toda su atención puesta en la puerta de salida del parque. Seguía ganando velocidad en su marcha. Jack sólo disponía de unos segundos para tomar una decisión.

—¡Vete ahora! —susurró Maria—. ¡De prisa, amor mío!

Se separó de ella y corrió tan rápido como pudo en dirección a la salida. Detrás de él, un fuerte grito resonó en el aire: la potente voz de Henryk. Después otra voz procedente de alguien situado frente al lugar desde donde emprendió la fuga. Y, finalmente, la voz de Maria llamándolo por su nombre.

Había gente a ambos lados de la calle y tuvo que hacer algunos regates para no chocar con otros peatones. Detrás de él resonaron pasos sordos sobre el pavimento cubierto de nieve. Al llegar a la esquina resbaló y cayó; se puso de pie de nuevo, evitando por los pelos arrollar a una mujer con su niño.

El coche estaba esperando con el motor en marcha donde Maria le había dicho que estaría. Se bajó de la acera y corrió hacia él. El chófer volvió la cabeza y le hizo un gesto de complicidad. Ya había bajado el cristal de la ventanilla.

—¡Haga que parezca natural, doctor Gould! —le dijo en inglés con un acento que podría ser senegalés o mauritano—. ¡De prisa, hombre, abra la puerta del todo!

Jack actuaba automáticamente. No pensaba. Hubo más voces detrás de él. Abrió la portezuela.

—Arrástreme fuera del coche. Sea rápido.

Jack lo cogió por el borde del abrigo, estiró de él con fuerza hasta sacarlo del

coche y después lo empujó lejos. El chófer hizo bien su papel, resbaló sobre la nieve mojada y cayó en medio de la calle. Jack entró en el coche, metió la primera y aceleró a fondo.

El coche se puso en movimiento, sus ruedas despidieron nieve y hielo cuando patinaron en la calle. Faltaron centímetros para que arrollara a un ciclista. La portezuela todavía seguía abierta cuando puso la segunda marcha y el coche siguió su camino calle abajo.

Ganó velocidad rápidamente. El motor estaba a punto. Al acelerar la puerta se cerró de golpe. Instintivamente miró por el retrovisor, que ya estaba colocado en el ángulo correcto para él. Vio a Henryk en medio de la calle gritando desesperadamente en su *walkie-talkie*. Otro hombre se dirigía corriendo a donde él estaba. Momentos después ambos se habían ido.

Desde la acera, una anciana cansada, vestida de harapos, cargada con varias bolsas de plástico, abandonada en medio de la riqueza, levantó la cabeza sorprendida y temblorosa.

Jack conectó el casete.

«Buenas tardes, doctor Gould: se dirige hacia el oeste por la calle Murillo. Me gustaría que fuera un poco más despacio. En cualquier momento llegará usted a la calle de Courcelles. Tómese el tiempo necesario en el cruce y gire a la derecha. Recuerde que está en París y no en Dublín y conduzca siempre por la derecha».

La voz hablaba un inglés correcto y sin emoción. Jack apenas si la oía. Sólo podía enfocar su mente en una cosa, en las palabras finales que le dirigió Maria: «¡De prisa, amor mío!».

La grabación lo guió diestramente por las calles que soportaban el tráfico de las últimas horas de la tarde, avisándole con anticipación de los necesarios cambios de calzada y exhortándole siempre a que condujera con cuidado y despacio. No sabía si la policía lo buscaba o no. El chófer cuyo coche había sido *robado* tuvo que verse obligado a organizar un escándalo y reclamar la llegada de los gendarmes, salvo que le hubiera sido posible eludir el bulto en la confusión. Quizá algún transeúnte testigo de lo ocurrido ya había tomado el teléfono para alertar a la policía. Aquella era una zona en que la gente respetaba las leyes. Jack pensó que Henryk no debió de sentirse muy feliz con ello. Sin duda, lo que menos deseaba era que Jack acabara en manos de la policía y haría todo lo posible por evitarlo.

Mientras conducía, por primera vez se preguntó por qué había sido necesario preparar todo este escenario. ¿Por qué no simplemente un coche esperándole, con un chófer al volante que conociera París, para que él mismo no tuviera más que saltar al asiento trasero, como en tantas fugas vistas en te películas? ¿A qué venía toda esa farsa, con un falso conductor, un casete, un plan complicado que tenía muchas posibilidades de salir mal?

«En pocos momentos llegará usted a la plaza de la República del Ecuador. Allí verá usted un Crédit Lyonnais, en la esquina de la izquierda, y una tienda de zapatos Weston al otro lado. Pase el cruce y gire a la izquierda, junto a la tienda de zapatos, para entrar en el bulevar de Courcelles».

Naturalmente, Maria no quería que se notase que la fuga había sido preparada, lo que habría hecho que te sospechas recayeran en ella. Logrando que todo pareciera espontáneo, podría pasar por una espectadora inocente, como Karl o Henryk y los demás miembros del equipo de seguridad.

Sin embargo, seguía sin poder adivinar sus motivos. El oír el casete le hizo sospechar por primera vez que ella no estaba sola en el asunto. Los preparativos fueron complicados, y no habían hecho más que empezar. Aquello significaba que Maria trabajaba para alguna organización que se oponía a su padre o a su organización, si es que existía, por encargo de la cual estaba trabajando. La posibilidad de que Kossenkova estuviera detrás de todo aquello le golpeó de nuevo, pero la descartó en seguida. Cualesquiera que fuesen los proyectos de Maria, Jack estaba seguro de que no estaba asociada con los rusos.

«Está llegando a la plaza de las Ternes. Hay un gran puesto de flores en el centro de la plaza. Verá usted un bar llamado el Lorraine a la izquierda y un banco CIC a la derecha. Gire a la derecha... Siga la señal de tráfico que verá a su derecha y que dice "Porte d'Asnières, Périphérique"».

Su viaje duraba ya algo más de quince minutos. Las instrucciones finales fueron

entrar en una calle en el distrito de Clichy, donde encontraría la puerta de un garaje pintada de rojo. Debía tocar el claxon, la puerta se abriría y él debía entrar por ella.

En el momento en que lo hizo, se encendieron las luces, la puerta de su coche fue abierta desde fuera y fue ayudado a salir a toda prisa por un grupo de hombres cuya única señal distintiva común era que todos vestían cazadoras de cuero. No tuvo tiempo de ver nada más.

En pocos segundos fue metido en el asiento trasero de un segundo coche, se alzó otra puerta por la parte de atrás del garaje y salieron a la oscuridad de la noche. En esta ocasión, por lo visto, no había instrucciones de conservar una velocidad limitada. El chófer pisó a fondo el acelerador y siguió apretando el pie. Reinaba la oscuridad. El hombre que iba en el asiento trasero al lado de Jack no dijo nada. Dejaron atrás la ciudad jubilosa, como si fuera el escenario de un sueño, en el que Jack no tenía sitio, no era más que alguien que pasaba casualmente por allí. A cada lado de la calle, las luces de colores de tiendas y cafés eran mensajes de un mundo que estaba a su alcance y que, sin embargo, nunca podría tocar. El tráfico era una corriente constante, y la calle, como un río con nieve y hielo y luces reflejadas en él. Un gran árbol de Navidad, adornado con bombillas rojas y amarillas, ponía su nota festiva, y un ángel de juguete agitaba sus pequeñas alas al viento.

El conductor llevaba una pequeña gorra de cuero y un fino aro en la oreja derecha. A veces, mientras conducía, murmuraba en voz baja la letra de canciones que Jack no pudo identificar.

*Quand je m'trimbale
Une p'tit' poupée dans mon tape-cul
C'est comme si je lui faisais
Panpan culcul.*

De vez en cuando, Jack captaba su rostro en el retrovisor. Tenía los ojos vivos, siempre alerta, y la boca dura, que se correspondía al estado de profunda concentración que requería la conducción. Conocía los secretos de las calles del mismo modo que otros hombres conocen el camino al bar o a la oficina. En una ciudad de conductores imprudentes, manejaba el coche con precisión y habilidad, avanzando por las dificultades de un tráfico denso, adelantando con sólo un margen de centímetros para avanzar y situarse en un lugar libre, aprovechando el ámbar de los semáforos hasta el último momento, cortando camino por calles laterales, retrocediendo... Asegurándose, sobre todo, de que nadie los siguiera.

El hombre que iba en el asiento de atrás no comenzó a relajarse hasta que se encontraron en una carretera abierta después de pasar Gennevilliers. Se echó hacia atrás y sacó una pipa corta de uno de sus bolsillos interiores.

—¿Le importa? —preguntó. Era inglés y hablaba con acento de escuela de pago.

Jack no podía verlo bien, pero supuso que era un hombre de mediana edad y estatura media.

—Adelante.

—Es que ahora la gente...

—Fume, fume.

El hombre encendió la pipa con un gran ritual de chupadas y golpecitos. Al cabo de poco tiempo el coche estaba lleno de humo.

—Le pido excusas por todo este teatro —explicó el hombre en cuanto se aseguró de que su pipa tiraba bien—. Generalmente no hacemos las cosas así. Pero cuando la situación obliga...

—No hemos sido presentados —dijo Jack.

—Lo siento. Qué estúpido por mi parte. Yo tengo la ventaja de saber quién es usted. Mi nombre es Felix. O, al menos, así es como deberá llamarme.

—Entonces no se llama Felix, ¿no es eso?

El hombre se echó a reír.

—¡Dios mío! Claro que no. Nadie es quien dice ser en un negocio tan retorcido como éste. A veces me pregunto si realmente somos seres humanos. Lo hizo todo muy bien. Me temo que exigimos demasiado de usted. Todo fue planeado de modo que el tiempo resultaba crucial. Lo queríamos liberar, pero no podíamos enviar la caballería en su rescate. Teníamos que servirnos de alguien que usted conociera y en quien confiara. Su amiga, la señora Von Freudiger —podemos utilizar su verdadero nombre puesto que usted ya lo conoce—, se mostró de acuerdo en prepararlo todo. Pero no es realmente un agente libre. Tenía que venir a París con su hijo y su marido, pues de otro modo éste no lo hubiera permitido. Costó trabajo organizar todo esto tan cerca de la Navidad. El plan sólo estuvo listo ayer. Ya debe suponer que hemos tenido trabajo en preparar todo este embrollo. El que pareciera que usted robaba el coche, causando la impresión de que se trataba de una rápida e imprevista decisión de su parte, fue fundamental, porque, de otro modo, la posición de la señora Von Freudiger hubiera sido descubierta.

—¿Posición? No le entiendo. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Lo que pasa, doctor Gould, es que usted ha sido rescatado por una rama del servicio de inteligencia británico. Maria von Freudiger es una de nuestras agentes y trabaja con nosotros en una operación muy delicada en la cual usted, de modo inadvertido, se ha visto mezclado.

—Ya veo —comentó Jack despacio— que esto tiene algo que ver con un pergamino que desapareció en Rusia.

Felix afirmó. Durante un momento, Jack captó su rostro a la luz de una farola. Era un hombre de aspecto corriente, con un bigote de color de arena y gafas. Fuera, una señal de tráfico informaba: CERGY-PONTOISE.

—Sí —concedió—, ha dado en el clavo. —Hizo una pausa y se agachó como para coger algo—: Ah, debí preguntarle si quiere un trago. Tengo *whisky*, muy bueno

según creo; o coñac, también más que aceptable.

Jack vaciló. Se dio cuenta de que aún temblaba. No debía de haber pasado ni media hora desde que inició su fuga.

—Le sentará bien —insistió Felix.

—Sí, de acuerdo. Un poco de coñac.

Felix encendió una pequeña luz y se ocupó con unas botellas.

—¿Solo? ¿Con soda?

—Solo.

—Lo que no tengo es hielo, lo siento. Para eso hace falta un Rolls-Royce.

—Está bien solo. Lo tomaré así.

—Es usted un buen hombre. Nos dijeron que no nos organizaría un escándalo, que no es usted de ese tipo de personas.

—¿Les dijeron? ¿Quiénes?

—Ciertas personas. Ya las conocerá, antes o después.

Le pasó a Jack un vaso ancho y bajo.

—Lo lamento, no tengo copas de coñac.

—No importa.

Jack bebió un gran sorbo. De inmediato el líquido le escoció en la garganta y le hizo toser. Después le calmó.

—¿Adonde nos dirigimos? —preguntó.

—No lo sé exactamente. Pregúntele a Elvis, en el asiento delantero. Vamos a sacarle de aquí con una lancha. Los aeropuertos y los puertos de embarque de los ferris son demasiado arriesgados. En estos momentos, los hombres de Rosewicz ya estarán en todas partes. Sus propios hombres y algunos policías a los que controla.

—Le he preguntado a dónde nos dirigíamos y no cómo íbamos a llegar a nuestro destino.

—A Inglaterra, naturalmente. A Londres. ¿Adónde si no?

—Bien, no creo que pueda elegir. ¿Lo ha pensado así?

—Sí, desde luego. Mire, póngase en nuestro lugar aunque sólo sea por un momento. No podemos sacarlo de aquí fácilmente para llevarle a Dublín o a Israel o a donde usted quiera. Tenemos los billetes para Londres, y no podemos hacer nada hasta que estemos allí. Después será asunto suyo.

—¿De veras?

—No sea tan desconfiado. Ya sé que ha sufrido mucho, pero no es una buena idea ir por el mundo desconfiando de todos. Le hace a uno volverse paranoico. Usted no es nuestro prisionero. Una vez que estemos en Londres, será usted libre de ir a donde le plazca. Si quiere marcharse, será suya la decisión. No trataremos de detenerle.

En Chennevières se desviaron para entrar en la N1, en dirección norte, hacia Beauvais. Los rodeaba el campo abierto. Se había hecho completamente de noche. La carretera delante de ellos tenía un aspecto lóbrego y estaba vacía. En los campos blancos, los árboles soportaban estoicamente el viento creciente. El chófer cantaba en

voz baja:

*Je suis venu te dire que je m'en vais
Et tes larmes n'y pourront rien changer
Comme dit si bien Verlaine au vent mauvais.*

—No se han tomado ustedes todas estas molestias para que finalmente yo acabe marchándome —comentó Jack.

Felix golpeó su pipa sobre un cenicero de cristal. Comenzó a llenarla de nuevo, sacando el tabaco suelto de una bolsa de cuero suave.

—No. En eso tiene usted toda la razón. Nos disgustaríamos si usted se va. Nos disgustaríamos y nos preocuparíamos.

—¿Preocuparse? ¿Y por qué razón?

—Porque su vida estaría en peligro y nosotros no estaríamos en situación de dar ningún paso para su protección.

—¿Peligro? ¿Por parte de quién?

Felix volvió a meterse la bolsa de tabaco en el bolsillo y empezó a apretar el tabaco firmemente en la cazoleta de su pipa.

—Estoy seguro de que usted ya lo sabe. O puede imaginárselo. Desde luego, por parte de Stefan Rosewicz, de Irina Kossenkova, y de otras personas, amigos de Rosewicz, que usted todavía no conoce. Realmente usted se ha mezclado con una gente desagradable y espantosa.

—Ya veo.

—No deseo que mis palabras suenen melodramáticas, pero nosotros somos su única esperanza. Siento tener que ser tan franco en esto, pero un hombre en su situación...

—¿Qué pasa con Maria? ¿Ella también está en peligro?

—No más de lo normal. Naturalmente, ésa es otra consideración sobre la que usted debe meditar.

—¿Cuál?

—Si usted se queda y nos ayuda con algunas respuestas, volverá a verla. Sospecho que usted la aprecia mucho.

—Me parece que usted sabe mucho de mí. Demasiado para alguien a quien no había visto nunca.

—Es parte del oficio. En nuestro trabajo, la ignorancia no es precisamente una bendición.

—¿Le habló de mis sentimientos hacia ella?

Felix encendió una cerilla y la acercó a su pipa mientras chupaba con furia. Necesitó dos cerillas más para lograr encenderla del todo.

—Mmm, sí —respondió mientras retiraba una mota de tabaco mojado de su

lengua—, de hecho lo hizo. Pensó que podría ayudarnos en nuestros esfuerzos por rescatarlo. Reconoció que usted confiaría en ella y pondría la vida en sus manos. Algo esencial. Si hubiera huido de otro modo, todo podría haber sido un desastre. Además, estaba la cuestión del marido. Pensó que la impresión de verlo podría estimularle. Pero no me interprete mal. —Sopló unas nubes de humo maloliente en el rostro de Jack—. Ella está enamorada de usted. Se lo prometo.

Parte 5

*Oficina de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe
Ciudad del Vaticano*

La estancia era más pequeña de lo que él había esperado y la decoración menos suntuosa de lo que su imaginación le había adelantado. Pero debía haber sabido que estaban haciéndose muchos esfuerzos para mantener las cosas en un plano razonablemente sencillo. La Sagrada Congregación gustaba evitar toda asociación con el Medievo, o con los días en que fue conocida como la Inquisición.

—Padre Labrouste, siéntese por favor.

El que acababa de hablar era Bottecchiari, el cardenal prefecto de la Sagrada Congregación, el hombre al que Labrouste consideraba su mayor enemigo allí. El resto eran cardenales y obispos de lengua francesa, elegidos entre aquellos que servían en la Congregación, conjuntamente con uno o dos de fuera. Eran menos de una docena en su totalidad. El grupo no era mayor que el término medio de los comités de selección de una universidad, pero considerablemente más impresionante, especialmente cuando se le llevaba a uno a comparecer ante ellos por lo que casi equivalía a una acusación de herejía. Naturalmente, ese término no había sido utilizado hasta ese momento. Estaba en manos de la Congregación determinar si en el fondo de todo aquello había herejía. Pero Labrouste sabía por qué había sido convocado.

—Padre, estamos encantados de que se haya tomado parte de su valioso tiempo para venir aquí desde Lovaina. Trataremos de no retenerle demasiado. Esta reunión es meramente un coloquio, una conversación destinada a que nos entendamos mejor los unos a los otros. Cualesquiera que sean las conclusiones a las que lleguemos hoy, se las enviaremos a los cardenales de la Congregación el miércoles y su decisión se hará llegar al Santo Padre el viernes. Salvo que consideremos necesario imponer un nuevo aplazamiento.

»Sin embargo, no me cabe la menor duda de que esto último no será necesario y recibiremos esta misma tarde la aclaración que necesitamos. Confío en que se encuentre cómodo. No deseamos intimidarle.

—No, en absoluto.

Las manos de Labrouste estaban húmedas y pegajosas por el sudor. Los hombres que había allí podían destruirlo. En nuestros días, naturalmente, no te llevan a la hoguera para ser abrasado. El auto-de-fe no formaba parte ya del estilo de la Iglesia moderna. Pero tenían otros potros en los que torturar a un hombre y otras hogueras en las que abrasarlo.

—Padre —comenzó Bottecchiari—, nos hemos reunido aquí para discutir algunos de los aspectos del contenido de un libro publicado el año pasado, una obra

titulada *La Foi et la Loi Judaïque à l'Époque du Temple Hérodien*. Creo que estamos en lo cierto si atribuimos a usted la autoría de este libro, ¿no es así?

Labrouste afirmó con la cabeza. Alrededor de la mesa, todos los ojos estaban fijos en él.

—Muy bien —continuó Bottecchiari—. El libro, como usted sabe, adelanta diversas teorías nuevas concernientes a la vida de nuestro Señor, teorías que han levantado no poca inquietud en determinados centros. Estoy seguro de que sus puntos de vista han sido mal entendidos por algunos de sus lectores. Ésa es la razón por la que le hemos pedido a usted que comparezca aquí en el día de hoy y nos aclare esos malentendidos. Quizá le gustaría comenzar ofreciéndonos un breve resumen de su tesis principal, en sus propias palabras. Así sabremos dónde estamos.

Desde el mismo momento en que llevó la pluma al papel, supo que llegaría este día. Pero siempre se sintió obligado a escribir aquello que sus investigaciones le decían que si no era la verdad, sí al menos una aproximación a ella. Aún seguía creyendo en Dios, todavía amaba la Iglesia. Pero sabía con una certeza absoluta que la Iglesia estaba alzando su brazo y que, antes de que se pusiera el sol, habría empezado a aplastarlo a él.

Se aclaró la garganta y comenzó a hablar.

Una embarcación había estado esperándolos en Ambleteuse, un pequeño puerto al norte de Boulogne. Felix envió a Jack abajo para que durmiera en uno de los camarotes. Éste se estiró en la estrecha litera, físicamente exhausto, pero mentalmente lleno de inquietud, medio dormido, despierto a medias, atormentado por sus dudas sobre Maria. «¡De prisa, amor mío!». Esas palabras, ¿fueron fruto del afecto o simplemente expresión de un deseo premeditado de darle ánimos?

Soportaron momentos en que el granizo resonaba sobre los cristales de las claraboyas de la pequeña embarcación como diminutos meteoritos. Fue una noche de frío y tempestad que hizo que el barco se moviera sobre las olas como una barquichuela de papel con la que un niño juega en un charco. Jack permaneció echado en la litera, escuchando cómo el mar rompía contra el frágil casco. Aquello le recordó el lento romper de las olas en las rocas bajo la casa de *Summerlawn* en aquel verano desaparecido.

La imagen que Jack guardaba de Londres era extremadamente borrosa, aunque había visitado la ciudad con frecuencia. La mayoría de estas visitas fueron viajes de negocios de un tipo u otro y generalmente consistieron en visitas a la Biblioteca Británica, a la Escuela de Estudios Orientales y Africanos o al Jew's College. Utilizó el metro en la mayor parte de sus desplazamientos y eso le dio una visión distorsionada, como un mapa cuyos jalones eran un montón de estaciones en la línea de Piccadilly, el ascensor en la Russell Square, las librerías en la calle Great Russell y sus alrededores. Conocía bastante bien partes de Bloomsbury y Covent Garden, que visitó con Caitlin, y Charing Cross, donde había más librerías. También la calle Cromwell, cerca de la terminal aérea, donde en cierta ocasión se alojó en un hotel barato. No conocía en absoluto los alrededores.

Llegar en coche a la ciudad y circular por ella a primeras horas de la madrugada lo habían dejado cansado y desorientado. Las calles y edificios por los que pasó le eran enteramente desconocidos. Podrían llevarlo a cualquier parte de la ciudad y él no hubiese sabido dónde se encontraba. Sabía, eso sí, que no lo conducían a Londres para que se pasara el tiempo hojeando libros en las bibliotecas y librerías o asistiendo a seminarios, aunque realmente todavía no había llegado a adivinar la razón de su rescate. Vio señales de tráfico que decían Sevenoaks y Westerham, después Orpington y Bromley, pero sólo fueron nombres para él. La ciudad fue haciéndose cada vez más grande y más espesa a su alrededor. Hacía ya mucho que había pasado la medianoche, pero todavía seguía habiendo tráfico, camiones, taxis, un autobús nocturno que llevaba a su casa desde la City a los empleados de la limpieza.

Aparcaron delante de la puerta de una casa un tanto apartada en una calle tranquila, a uno de cuyos lados se alzaba una fila de árboles achaparrados. No había luces en ninguna de las casas. La calle estaba iluminada únicamente por algunas farolas separadas unos treinta metros unas de otras. La casa estaba protegida de las miradas de los curiosos por un alto seto de laurel. Construida en los años treinta, presumía de un porche delantero y una puerta con un panel de cristal de colores. En el porche había encendida una luz, la única en todas las casas de la calle. Un nombre sobre la puerta anunciaba que la casa se llamaba *Los Laureles*. Detrás del seto, a la luz del porche, podía verse un jardín desnudo, del tamaño de un pañuelo, que parecía esperar la primavera y todo lo que llegara a continuación sin demasiadas esperanzas.

Felix llamó al timbre de la puerta. Momentos más tarde, una luz se encendió en el recibidor y se oyeron pasos que se acercaban a la puerta. Hubo una pausa mientras alguien giraba la llave y quitaba una cadena de seguridad.

Abrió la puerta un hombre demacrado que vestía solamente una camisa con el cuello abierto y unos pantalones. Su delgado cuello y las mejillas hundidas indicaban a todas luces un mal estado de salud, pero sus maneras eran tan efusivas como las de un escolar a punto de marcharse de vacaciones. Llevaba gafas con montura de oro, muy pegadas al rostro.

—Felix, sano y salvo. El espíritu de Dunkerque aún sigue vivo. Tendremos que volver a celebrarlo dentro de otros cuarenta años.

Miró a Jack.

—Y usted debe de ser el doctor Gould.

Jack afirmó.

El hombre delgado le tendió la mano.

—Me llamo Parker. He oído hablar mucho de usted. Pero debe de estar helado ahí fuera. Venga, entre.

Se echó a un lado para dejarlos entrar en el pequeño vestíbulo. Alguien había tratado a fondo de dar a la casa un aspecto de lo más corriente. Nadie hubiera encontrado nada en el recibidor que pudiera dar lugar a comentarios o sospechas. Algunos adornos ecuestres en una de las paredes; en otra, un paisaje anónimo, adquirido, sin duda, algún domingo por la tarde en el rastro de la calle Bayswater, flores de plástico en un florero de latón, las escaleras cubiertas por una alfombra barata con muestras florales. Un hogar medio inglés en su mejor expresión.

Parker lo condujo a la cocina en la parte trasera de la casa, decorada con el mismo gusto que el recibidor. No sabía qué pensar, si la casa había sido alquilada o comprada tal y como estaba, para servir al propósito que fuera, o se trataba de una copia ejemplar, obra de un decorador especializado en imitar el amaneramiento de la pequeña burguesía.

—Esto es lo que nosotros llamamos un piso franco —explicó Parker al notar su interés—. Es posible que haya oído alguna vez esa expresión.

—Sí, de vez en cuando. ¿Éste lo es?

Parker le dirigió una mirada de extrañeza, pero en seguida captó lo que quería decir.

—Sí, lo es realmente.

—A mí no me parece muy seguro.

—No, no lo parece, y, a decir verdad, a mí tampoco. Pero para eso están los que conocen estos asuntos y, por lo que veo, siempre aciertan. No estamos demasiado protegidos, pero somos invisibles. Ni siquiera el Espíritu Santo podría encontrarlos aquí.

—Se me ha asegurado que no habría presiones sobre mí. Que sería libre de ir a donde quisiera.

Parker asintió. Tenía el aspecto de un hombre envejecido, pero cuando Jack lo observó más detenidamente, se sorprendió al darse cuenta de que no debía de llegar a los cincuenta años.

—Es usted libre. Supongo, sin embargo, que Felix le habrá explicado las posibles consecuencias de su marcha.

—A su manera, sí.

—Yo le recomendaría que se quedara aquí, al menos por esta noche. No está obligado a hacerlo, pero creo que le resultaría bastante difícil encontrar alojamiento a estas horas en esta zona. Además creo que tiene otros problemas adicionales. Carece de dinero y no tiene documentación ni nadie a quien pueda considerar como un auténtico contacto.

—Tengo amigos en Londres. En la universidad, en la Biblioteca Británica.

—Puedo asegurarle que sus teléfonos ya estarán pinchados. Me apresuro a decir que no por nuestra parte. Su cuenta corriente estará controlada, de modo que si se saca dinero de improviso, los alertará y les dirá dónde se encuentra más o menos.

—¿Por qué soy tan importante?

—No lo es por sí mismo. Pero tiene acceso a información. Hará bien pasando la noche aquí. Si se pone de acuerdo con nosotros y decide cooperar en lo que estamos tratando de hacer, haremos que se encuentre cómodo.

—¿Y a cambio?

—Cuidaremos de usted. Solo, sin ayuda, será un blanco perfecto para aquellos que desean eliminarle. Usted es un novato en estos asuntos, pero le prometo que ellos no lo son. Si se queda solo, le aseguro que su cuerpo aparecerá en una de las orillas del Támesis antes de una semana. Por otra parte, nosotros podemos ofrecerle medidas de protección. Si se nos ofrece la oportunidad, podremos eliminar enteramente la amenaza. Duerma y piense en ello. No actúe apresuradamente. La señora Von Freudiger ha corrido un enorme riesgo personal para traerle aquí. Le debe algo.

—Quisiera verla.

—Eso no será posible.

—Sin embargo, insisto en verla.

Parker vaciló.

—Es muy difícil. Quizá incluso peligroso. No podemos permitir que la ponga usted en evidencia y en peligro. No obstante, veré qué puedo hacer.

—¿Mañana?

Parker negó con la cabeza.

—No, eso queda fuera de toda cuestión. Creo que no se da cuenta de cuál es su situación. Cualquier paso que tenga que dar tiene que ser planeado con antelación. Un solo movimiento en falso por su parte y se uniría a usted en el fondo del Támesis... O más probablemente en el Ruhr. Debe venir a Londres entre Navidad y Año Nuevo. Veré si podemos preparar algo. Mientras tanto, tendrá que ser paciente.

—Muy bien. Me quedaré por esta noche.

—Excelente. ¿Por qué no se reúne con nosotros para tomar un vaso de cacao?

Después del desayuno a la mañana siguiente, Felix lo llevó al comedor en la parte de atrás de la casa. Parker estaba allí manipulando un proyector de cine pasado de moda. Cerca de él había otro proyector, éste de diapositivas, muy moderno y con un cartucho circular.

—Buenos días —lo saludó cuando Jack entró—. ¿Algo bueno para el desayuno?

—Huevos con bacon.

—Eso es lo que había pensado. La señora Bidwell cree en los fritos. Nada de esa porquería de dieta baja en colesterol para ella o sus muchachos. Ya lo verá, cuando deje este lugar, pesará diez kilos más que cuando llegó.

—No creo que vaya a estar tanto tiempo.

—Todavía no conoce los fritos de la señora Bidwell. —Trató de colocar una película en un carrete dentado—. Cuesta un trabajo infernal poner esto en su sitio. Debe pensar que tendríamos que estar más adelantados en estos días. Pero se trata de una película vieja. En Super-8 o algo así. Y mi mente no está muy dotada para la técnica. —Miró por la ventana—: Hace un día terrible ahí fuera.

Jack siguió su mirada hasta el jardín de la parte trasera de la casa, pequeño y descuidado. Los rosales, podados en su desnudez invernal, estaban rodeados por algunas plantas húmedas, mala hierba, un seto de creosota y una cabaña para guardar las herramientas y macetas.

—¿A quién pertenece este lugar?

—No tengo ni la menor idea. Se me ha enseñado a no hacer preguntas como ésa. Supongo que debe pertenecer a cualquier departamento gubernamental cuyo nombre no le diría nada a nadie. En la escritura, sin duda, debe figurar un dueño ficticio, espero. Quién sabe. ¿Por qué? ¿Está pensando en comprarla?

Felix encendió su pipa de nuevo. Jack se preguntó cuántas se fumaría a lo largo del día.

—¿Sabe algo de Maria? —preguntó—. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —respondió Felix—. Tenemos gente en París vigilando su casa. Esta mañana ha salido a dar un paseo a caballo con el señor Von Freudiger por el bosque de Saint-Germain. Ella y su marido tienen caballos en un establo de París, para cuando visitan la capital francesa.

—¿Tiene la certeza de que está a salvo?

—Así lo espero, aunque no podría asegurarlo. Aquel lugar sigue un tanto inquieto, por decirlo de algún modo. Los Von Freudiger regresan a Essen esta noche. No puedo decir que se lo reproche.

—¡Ya está! —exclamó Parker, quien estaba de pie detrás del proyector—. Y tampoco me reprochéis a mí si esto empieza a arder.

Previamente se había colocado una pantalla en la pared opuesta.

—Doctor Gould —le pidió Parker—, ¿tendría usted la bondad de sentarse en esa silla? Gracias. Por favor, no haga ninguna pregunta hasta que todo haya terminado. Después dispare cuanto quiera.

Se volvió a su colega.

—Sé un buen chico y corre las cortinas.

Felix se dirigió a la ventana y corrió sobre ella un par de cortinas sorprendentemente gruesas. Una vez cerradas no permitían que entrara en la estancia ni el más leve rayo de luz.

Un cono de luz blanca claramente definido cortó la oscuridad por la mitad. En la pequeña pantalla aparecieron unas cifras en rápida cuenta atrás. Después se produjo una oscilación en la luz. Seguidamente música. Y con la música, el terrible emblema de una desaparecida tiranía.

Cuando la película hubo finalizado, Parker la rebobinó. Hubo un ruido como de palmeo cuando la película terminó y el extremo suelto del film golpeó varias veces sobre sí mismo al seguir girando la rueda. El rayo blanco seguía cortando la oscuridad, dejando ver diminutas partículas de polvo en el aire. La voz de Parker llegó desde el rincón más lejano.

—Una falsificación, desde luego, pero muy buena. Debieron necesitar mucho tiempo para completarla. Aunque cuando estuvo terminada ya era demasiado tarde, no obstante sirvió a sus propósitos.

—¿Cuáles eran? —Jack sintió curiosidad.

—Las preguntas llegarán más tarde. —Felix volvió la cabeza para mirar a Parker—. Sigue, por favor.

El proyector dejó de funcionar. Un segundo rayo de luz ocupó el lugar del anterior. Se oyó un clic suave, el cartucho con las diapositivas se movió un poco y una de ellas mostró un rostro en la pantalla.

—El Standartenführer de las SS Wilhelm Kletmann —recitó Felix—, paradero actual desconocido. Tenía veintinueve años cuando se tomó esta fotografía. Acababa de ser nombrado nuevo jefe de la prisión de Friedrichshain en Berlín. La prisión formaba parte de un extenso complejo construido bajo tierra, con las mismas dimensiones del bunker en el que Hitler y sus ayudantes se refugiaron hacia el final de la guerra. Estaba situado en lo que hasta hace poco fue Berlín Oriental. La prisión llevaba un mes funcionando aproximadamente cuando Kletmann fue nombrado comandante.

—Pero... eso es imposible. —Jack no pudo contenerse.

—Fantástico, sí. Imposible, no. El complejo estaba construido a gran profundidad y mucho más escondido que el bunker de Hitler. Dudo incluso de que el Führer conociera su existencia. Aún sigue allí, aunque sólo un puñado de gente sabe de su

existencia y conoce su ubicación.

Otro clic, otra diapositiva. En el círculo apareció un anciano con el atuendo de un juez alemán.

—El juez Erwin Oberhauser, presidente de los juicios por crímenes de guerra que se celebraron en la prisión de Friedrichshain entre el 24 de junio y el 17 de agosto de 1945. En el banquillo se sentaron setenta y dos agentes de los servicios de inteligencia británicos detenidos en distintos puntos durante la guerra. Casi todos ellos miembros de una red clandestina conocida como Octubre. Los juicios se celebraron en presencia de altos funcionarios del Reich, miembros del Estado Mayor alemán y representantes de la judicatura. No es necesario decir que todo fue una farsa. Los verdaderos funcionarios del Reich, los oficiales de las SS y de la Wehrmacht, los jueces y abogados estaban muertos, ocultos o detenidos.

Otro clic. La diapositiva de una página interior de *The Times*. En aquellos tiempos, ésa era la primera página dedicada a noticias. Los titulares decían: EL TRIBUNAL ALEMÁN DE CRÍMENES DE GUERRA SE REÚNE EN BERLÍN. SE ESPERAN SENTENCIAS DE MUERTE PARA LOS AGENTES DE LA AGRESIÓN BRITÁNICA.

—Era un comunicado sobre la primera sesión del juicio por crímenes de guerra celebrado en Friedrichshain. Al igual que el juicio, todo es falso. La película que acaban de ver y este periódico, junto con un montón de documentos falsos, fueron un elemento esencial de un plan muy elaborado para conseguir confesiones de los setenta y dos agentes presos en Friedrichshain.

Clic. Una sala de audiencia adornada con pendones e insignias del NSDAP y todo presidido por un águila de casi doce metros. Un hombre con el cráneo afeitado estaba de pie en la tribuna de los acusados con la cabeza gacha. Un grupo de cinco jueces lo observaba desde un podio situado a mayor altura.

—La primera sesión del juicio. Los acusados fueron juzgados por separado. Cada juicio duró menos de un día. Una vez que la culpabilidad básica era establecida bajo la cobertura de una falsa legalidad, se llevaba a los convictos ante una comisión judicial, formada para determinar la gravedad de sus crímenes y conseguir más información relativa a los crímenes de guerra de los aliados en su conjunto. Eso también era una simulación, naturalmente.

Nuevas diapositivas de los juicios y una sola de un hombre en la horca.

—Algunos fueron ahorcados, los que pensaron que podrían serles de menor utilidad. *Pour encourager les autres*. Como ustedes pueden Ver, lo que trataban de hacer era muy sencillo. Querían información, pero los hombres a los que habían detenido eran agentes de espionaje bien entrenados y fieles. No exactamente hombres de acero, no hay necesidad de recurrir a la hipérbole, sino hombres que estaban decididos a no decir nada aparte de su nombre, su grado y su número.

»Los noticiarios cinematográficos, los periódicos y todos los documentos falsificados, y sobre todo los juicios, estaban destinados a servir a un solo propósito: destruir la moral y la fuerza de voluntad de aquellos hombres que todavía estaban en

su poder y preparar el terreno para nuevos interrogatorios más a fondo. Sabemos que muchos de los criminales de guerra juzgados en Nuremberg, o Eichmann, en Jerusalén, estaban dispuestos a divulgar datos sobre sí mismos y sus actividades, e incluso de sus colegas, que no hubieran revelado de ser detenidos mientras la guerra seguía su curso. El mismo principio se aplicó aquí.

Clic. Una gran cancela de entrada con una inscripción sobre ella en un idioma que no le resultaba familiar. Pesadas puertas de madera abiertas a medias. Centinelas a ambos lados de una barrera de alambre de púas.

—Éste es un campo de concentración en la ciudad croata de Klanjec. Fue un campo de internamiento de la Ustachi para los serbios durante la última guerra. Ciento veinte mil personas murieron allí entre 1941 y 1945.

Jack estaba asombrado. No podía comprender qué importancia podía tener todo aquello en su situación actual. Tampoco qué relación podría haber entre unos prisioneros aliados a los que se estaba engañando en Berlín y un campo de concentración croata.

Clic. Un hombre joven con un uniforme militar pasado de moda. Sin embargo, algo en él le resultaba familiar a Jack.

—Este hombre fue el comandante del campo de Klanjec desde setiembre de 1941 a octubre de 1942. Durante ese período fue responsable de miles de muertes. Algo en él le parecerá familiar.

—Así es. Me resulta familiar, pero no puedo decir por qué razón.

Clic.

—Éste es un primer plano de la última fotografía.

La diapositiva que ahora aparecía en la pantalla mostraba la mano derecha del comandante, alzada frente al objetivo de la cámara. Sostenía un cigarrillo encendido entre el dedo índice y el medio. Jack miró con mayor atención. ¡Le faltaba la punta del dedo meñique!

Clic. El rostro del comandante en primer plano.

—Stefan Rosewicz —exclamó Jack—. Es una diapositiva de Stefan Rosewicz.

—Su nombre auténtico es Andrija Omrcanin. —Felix pronunció el nombre cuidadosamente—. Me han dicho que ésa es la pronunciación correcta. Es croata de nacimiento, pero su madre procede de Cracovia, él habla su lengua materna correctamente y por eso nunca tuvo ninguna dificultad en hacerse pasar por polaco. Durante la segunda guerra mundial sirvió como oficial de los ustachi. Supongo que habrá oído hablar de ellos, ¿no es así?

—Sólo vagamente.

—Formaban una organización fascista y terrorista dirigida por un personaje llamado Ante Pavelic. Llegaron al poder en Croacia en 1941 y rompieron con Yugoslavia. Pavelic fue proclamado dictador. El país pasó a ser regido por Italia y después por los alemanes, pero los nazis dieron a Pavelic más o menos manos libres. En los siguientes cuatro años, los ustachis masacraron medio millón de personas: oponentes políticos, serbios, gitanos, judíos, a cualquiera que les desagradaba. Se puede decir que fueron ellos quienes inventaron la limpieza étnica. Muchas veces ni siquiera se molestaban en fusilar o gasear a sus enemigos. Nada tan sofisticado. Preferían cortarles el cuello, arrancarles los ojos o descuartizarlos. Fue el régimen más bárbaro en una era bárbara.

»Durante la guerra, los ustachis organizaron una campaña para convertir al catolicismo romano a los serbios ortodoxos. Rosewicz jugó un papel muy importante en esta cruzada. Como su líder, Pavelic, Rosewicz era un devoto católico. Los judíos y los cristianos ortodoxos le molestaban y le ofendían, así que estaba dispuesto a asesinar a los primeros y a convertir a los segundos. Todos aquellos que se negaban a convertirse —y fueron muchos— eran enviados a unirse con los judíos. Miles de ellos fueron conducidos a la muerte o terminaron en los campos de concentración administrados por los ustachis, lo que venía a ser lo mismo. Debe usted pensar en eso ahora, cada vez que oiga noticias o informes sobre las atrocidades serbias. Las cosas no son tan simples como nos las quieren hacer creer los noticiarios y la prensa.

»Después de dejar Klanjec, Rosewicz fue designado para hacerse cargo de la Oficina Ustachi de Reconciliación Nacional. Un eufemismo para las conversiones forzadas. Cuando la guerra terminó, Tito lo puso en los primeros lugares de las personas reclamadas por crímenes de guerra.

»Es posible que crea que eso hizo de él un paria, obligado a esconderse y huir sin descanso de un lugar a otro, hasta que cayera en manos de la justicia o fuera víctima de una venganza personal. Ésa sería una actitud muy inocente. No hay mucha justicia en el mundo.

Otro clic. El rostro de Rosewicz fue reemplazado por el de un hombre delgado y barbudo. Estaba detrás de una mesa de despacho y sobre él, en la pared, había una

gran fotografía enmarcada de Adolf Hitler.

—Éste es Ante Pavelic —siguió relatando Felix—, el líder croata. Su título oficial era el de *poglavnik*. Esta fotografía fue tomada en su despacho de Zagrev, hacia 1944. Fíjate en su brazo.

En la parte superior del brazo de Pavelic había un brazalete negro con la cruz gamada.

Clic. Una diapositiva de Pavelic encontrándose con Hitler. Sonrisas por todas partes. Otra diapositiva de Pavelic de pie, delante de una mesa en la que había dos candelabros, un crucifijo y una cruz formada por un fusil y una daga, la cruz ustachi.

—Esta otra fue tomada antes de la guerra, cuando los ustachis seguían siendo guerrilleros ocultos en los bosques. Practicaban una complicada ceremonia de iniciación.

Clic. Pavelic en uniforme militar saludando a un hombre con sotana blanca. Jack sintió un temblor de sorpresa.

—Esta fotografía fue tomada en abril de 1941. El otro hombre es, naturalmente, el papa Pío XII. Puedes creerme si te digo que no se trata de un montaje. El Foreign Office británico presentó una protesta oficial con motivo de esta entrevista. Una protesta verbal muy dura, incluso dentro del protocolo del lenguaje diplomático. La respuesta oficial del Vaticano fue que a Pavelic se le había concedido una audiencia privada en su calidad de eminente católico y no como jefe del Estado croata. No quiero hacer ningún comentario. Eso queda fuera de los ámbitos de mi competencia.

Clic. Otros dos hombres también con sotanas, pero ahora negras.

—La fecha de esta fotografía es 1953; el lugar, la plaza de San Juan Laterano, en Roma. Los dos sacerdotes celebran la misa en conmemoración del quinto aniversario de la fundación de una asociación clerical, el Instituto di San Girolamo. Aún existe en el 132 de la Vía Tomacelli.

»El hombre más grueso a tu derecha es monseñor Juraj Magjerec, en aquellos días presidente y rector del instituto. Su compañero es el padre Krunoslav Draganovic, su secretario. Ambos son croatas. Naturalmente, el Instituto di San Girolamo era el centro oficial del clericalismo croata en Roma.

Clic. La fotografía de un imponente edificio a plena luz del día. Una mujer pasa y sonríe a la cámara. En la escalinata del edificio, un sacerdote vuelve la cabeza para mirar en otra dirección.

—Éste es el aspecto que el instituto ofrece en la actualidad —explicó Felix—. Si no te importa, me gustaría que Parker leyera una descripción de ese edificio, como apareció en 1947, dos años después del término de la guerra. La descripción se debe a un espía que fue infiltrado en San Girolamo por Rober Mudd, un agente que trabajaba para el Cuerpo de Contraespionaje de los Estados Unidos.

Detrás de él, Parker se aclaró la garganta.

—«Para poder entrar en este monasterio —leyó Parker—, hay que someterse a un cacheo personal en busca de armas y mostrar los documentos de identidad; hay que

responder diversas preguntas, como de dónde viene uno, quién es, a quién conoce, cuál es el objeto de la visita y cómo se ha enterado de que hay croatas en el monasterio. Todas las puertas que van de una habitación a otra están cerradas con llave y las que no lo están tienen guardas armados y hace falta conocer una consigna para poder entrar en ellas y pasar de unas a otras. Toda la zona está guardada por jóvenes ustachis croatas armados, vestidos de paisanos. El saludo ustachi se usa continuamente».

Felix volvió a tomar la palabra.

—Casi en esos mismos días, un agente de la policía secreta italiana describió San Girolamo como «una guarida de nacionalistas y ustachis croatas». Se decía que las paredes del colegio estaban cubiertas de retratos de Pavelic.

Felix se detuvo un instante. Al fondo, el proyector zumbaba suavemente.

—Espero que no te sientas demasiado confuso, Jack —le dijo tuteándole—. Esto es muy importante. El hecho es que San Girolamo era el centro de una de las redes nazis más importantes y con más éxito destinadas a ayudar a escapar y a ocultar a los suyos. Una de las más infamantes rutas de escape del Vaticano. Draganovic ayudó a escapar a América del Sur a un número mayor de nazis de lo que hicieron ODESSA y la Araña juntas. Y no sólo croatas, sino también alemanes, austriacos, polacos, checos... A cualquiera que necesitara ayuda.

»Después podrás hacerme todas las preguntas que quieras. Tenemos tiempo de sobra. Puedo enseñarte documentos y fotografías, material de prensa, todo lo que desees. Hay pruebas para apoyar todo lo que estoy diciéndote.

—¿Cómo puedo saber que no son también falsificaciones? ¿Cómo puedo saber que todo esto no es únicamente obra vuestra?

—No puedes saberlo, Jack. Al menos mientras sigas con nosotros. Una vez que te hayas marchado, serás libre para comprobarlo personalmente. Acude a cualquiera de las grandes bibliotecas: The Public Records Office, The U. S. National Archives en Maryland, la Biblioteca de Viena, Yad Vashem. Allí te enseñarán todo lo que quieras ver y te responderán a todas las preguntas que quieras hacerles. Puedo darte los nombres de algunos investigadores independientes, de profesores universitarios. Créeme, todo esto es auténtico.

—Muy bien, aceptaré tu palabra, de momento. Pero tienes razón, me siento muy confuso.

—No te lo reprocho. Y sólo estamos tocando la superficie. Deja que trate de aclararte las cosas. Antes de la última guerra, la Iglesia católica estaba intensamente involucrada en la política de las derechas en la Europa Central y del Este. La gran amenaza para la Iglesia eran el ateísmo comunista y el liberalismo. Para ellos eran como dos plagas determinadas a destruir la civilización cristiana. Los líderes de la Iglesia consideraban toda medida que se vieran obligados a tomar desde el punto de vista con que los médicos consideran las medidas de lucha contra una epidemia: había que curar o inmunizar, fuera como fuera. El Vaticano se consideraba a sí mismo

como el centro neurálgico en un enfrentamiento entre Dios y el diablo. El mundo estaba cambiando y, a su juicio, no para mejor.

»Existían planes para establecer una federación católica en el Este de Europa. El objetivo era combatir la propaganda soviética. Algunos prelados querían restaurar la monarquía de los Habsburgo. Pío XII y sus consejeros deseaban dividir a Europa en dos bloques —uno en el Oeste, como bastión contra Estados Unidos, y otro en el Este, como fortaleza contra los rojos—. Los políticos establecieron frentes católicos en diversos países. Por lo general, eran nacionalistas y violentamente anticomunistas. En muchos casos, era terreno abonado para la captación de reclutas para los nuevos partidos fascistas.

»Una de las organizaciones más importantes era la llamada Intermarium. Consistía en una alianza de asociaciones laicas militantes y católicas, con un objetivo a largo plazo: la unión de todas las naciones, desde el Báltico hasta el Egeo, en una única confederación católica. Esa federación debía ser conocida como Intermarium, “la región entre los mares”. Debía ser como un nuevo Sacro Imperio Romano.

Jack se movió incómodo en su asiento. En la pantalla, la imagen del Instituto di San Girolamo colgaba desnuda en la oscuridad, como un sol brillante que ocultara oscuras sombras. ¿Por qué volvía la cabeza el cura? ¿Por no ver a la joven o por no ser visto por la cámara?

—Sigo sin ver...

—Por favor, Jack, ten paciencia. Estoy tratando de evitar detalles innecesarios, pero hay algo que es esencial, si deseas seguir mis explicaciones. ¿Puedo continuar?

—Sí, claro. Es sólo que... No, nada, todo está bien. Continúa.

—Andrija Omrcanin —o Stefan Rosewicz, si me permites que siga llamándole así— era miembro activo de Intermarium. Pertenece a una antigua familia católica de Zagreb. Uno de sus antepasados fue un personaje importante en la guerra contra los turcos. Murió en la batalla de Mohacs, en el siglo XVI. El hermano de Stefan, Dragutin, era sacerdote y fue consagrado obispo en 1936. Gracia a él, Stefan y algunos de sus amigos entraron en contacto con un cardenal francés, un hombre llamado Tisserant. Tisserant era secretario de la unidad vaticana responsable de la coordinación de la cruzada anticomunista de la Iglesia en el Este, la Congregatio pro Ecclesia Orientali, que en Roma había entrenado a cientos de misioneros unitarios que después fueron enviados a la Unión Soviética. Tisserant buscaba la forma de poder extender su influencia.

»En 1938, Rosewicz y su hermano se reunieron en Roma con un grupo de católicos elegidos de diferentes lugares de la Europa Central y del Este, sacerdotes y laicos. Al término de la reunión decidieron crear lo que yo sólo puedo definir como un cabildeo, o una cábala. Un consejo secreto cuya función primaria era dirigir los asuntos de Intermarium en representación de la congregación. La extensa organización serviría de modo eficaz como un frente público para el programa político general del Vaticano en la región. Mientras tanto, el consejo, que se había

nombrado a sí mismo, tomaría las decisiones de política real, conseguiría acuerdos con los políticos y se infiltraría en los más altos peldaños de la sociedad. Se llamaban a sí mismos Crux Orientalis. Para los ingleses, la Liga de la Cruz del Este.

Hubo un nuevo clic y otra diapositiva apareció en la pantalla. Otro gran portalón con la misma inscripción ininteligible.

—Otro campo de concentración ustachi, ahora en Karlovac.

Clic. Un montón de cuerpos humanos, desnudos, esperando ser enterrados. Piernas, brazos, bocas abiertas en busca de la última bocanada de aire. El horror, desgraciadamente familiar, de la muerte en masa. La herencia de Jack. La herencia de todos.

—Se sabe que setenta mil serbios y gitanos fueron liquidados allí. Una estimación posiblemente por debajo de la realidad.

Clic. La cabeza y los hombros de un hombre de mejillas hundidas con ojos saltones. Llevaba alzacuellos clerical.

—El padre Ljubo Vrancic, comandante de un campo. Amigo de Stefan Rosewicz. Un criminal de guerra reclamado que vive huido. Él y Rosewicz escaparon juntos a Occidente. Vrancic fue uno de los miembros fundadores de Crux Orientalis.

—¿Un sacerdote?

—Celebraba la misa cada mañana en la capilla del campo. Créeme, Jack, estás entrando en sitios a los que realmente no me gusta llevarte.

Jack miró el rostro en la pantalla. Había conocido hombres como aquél. Le enseñaron en la escuela, les confesó sus pecados infantiles a más de uno como él. ¡Y recibió de ellos la absolución que le permitió regresar al estado de gracia!

Clic. Un hombre en uniforme de las SS. Muy erguido, con ojos alerta y nerviosos y una mirada de intensa concentración.

—El Oberführer de las SS^[11]. Comandante en jefe del Einsatzgruppe A, con base en Lituania. Otro miembro fundador de Crux Orientalis.

Clic, clic, clic. Diapositiva tras diapositiva todos los miembros de la Liga. Checos, polacos, bálticos, croatas, alemanes. Oficiales y jefes de las SS y del SD, altos funcionarios del partido nazi, dos Gauleiters, un Reichsstatthalter, varios líderes de las SS y jefes de la policía; y un cardenal, un obispo, varios sacerdotes y dos abades.

Clic. Un anciano con gafas, sus sienes cubiertas de pelo áspero y gris.

—El profesor Lucjan Gierek, jefe del Departamento de Estudios Bíblicos de la Universidad de Cracovia antes de la guerra. Un miembro fanático de la Liga.

Felix hizo una pausa. Jack tuvo la sensación de que estaba preparándose para unir los cabos sueltos. ¿Y después? ¿Formaría con ellos un tejido único o los cortaría con un simple tajo?

—En 1942 al profesor Gierek se le confió la responsabilidad de codificar una colección de manuscritos judíos, saqueados en sinagogas y bibliotecas de la región de Lodz. Él y un grupo de ayudantes siguieron a los comandos de acción de las SS en

los guetos. Las tropas se encargarían de las gentes y, a continuación, Gierek y los suyos cogerían todo lo que habían dejado.

»Un día, a principios de 1943, eso no será una sorpresa para ti, Gierek se dio cuenta de que, casi de modo accidental, había tropezado con un documento cuya importancia no tenía igual. No se lo dijo a ninguno de sus colegas. Pero sí a sus superiores en la Liga. Uno de ellos era el obispo Dragutin Omrcanin, el hermano de Stefan Rosewicz.

—Rosewicz sentía un interés de aficionado por los temas bíblicos. Su hermano lo envió a Polonia para que examinara el pergamino con Gierek. Cuando aceptó que era auténtico, el obispo habló con sus amigos en el Vaticano. Ya puedes imaginarte cuál sería su excitación. No pasó mucho tiempo antes de que alguien indicara que un descubrimiento de ese tipo podía ser utilizado de dos modos muy distintos. Necesitaban tiempo y el control del pergamino, así que dieron instrucciones al hermano de Rosewicz para que se asegurara de que Gierek mantuviera la boca cerrada y para que llevara el pergamino a Roma inmediatamente.

»Existían, sin embargo, dos factores que complicaban las cosas. El primero de ellos era que el pergamino formaba parte de una importante colección registrada en los archivos de las SS, de modo que para conseguirlo había que actuar con mucha inteligencia y habilidad. Un problema más grave lo constituía el hecho de que para entonces el Vaticano ya sabía lo que estaba pasando y que el gobierno italiano se había rendido a los aliados. Eso ocurrió en setiembre de 1943. Después de esa fecha, hacer llegar cualquier cosa a Italia con seguridad era una tarea muy complicada. Más importante aún era el riesgo de que los aliados consiguieran avanzar hacia el norte, de acuerdo con sus planes, y Roma cayera en sus manos. El obispo no era tonto como tampoco lo eran sus amigos en el Vaticano. Sabían que eran muchas las posibilidades de que los alemanes fueran arrojados de Italia. De momento, el pergamino seguía más seguro en Polonia.

»No sabemos con certeza lo que ocurrió después. El pergamino debió de ser guardado en algún lugar en Polonia, en manos de las SS, por lo que sabemos. Rosewicz volvió a Croacia, donde fue ascendido dentro del círculo más próximo a Pavelic.

»Al final de la guerra, ocurrieron dos cosas casi simultáneamente. Ambas tienen relación directa con los acontecimientos actuales. La primera fue que Stalin se apoderó de todo el botín nazi sobre el que pudo poner sus manos y lo sacó de la Europa Central para enviarlo a Rusia. Creo que eso ya lo sabes. El proyecto original era entregar todo el material judío a investigadores antisemitas en Moscú y Leningrado. Cuando en el Vaticano se enteraron de ello, se sintieron con el agua al cuello. La conmoción fue enorme. Algún tipo listo se dio cuenta de que los soviéticos podían publicar el pergamino y utilizarlo para su propaganda antirreligiosa. Tisserant puso en acción algunos agentes de su unidad y la colección entera fue transferida a la Biblioteca Lenin. El plan de Tisserant consistía en sacar de allí toda la colección, más adelante, y hacerla llegar clandestinamente a Italia, utilizando toda la red de espionaje del Vaticano en Rusia. Pero esta red fue descubierta y destruida pocos años después. Fin de la historia. Hasta ahora.

»El segundo suceso —siguió Felix— fue la supervivencia de Crux Orientalis. La película que viste al principio de esta reunión fue, como he dicho, la base para una serie de varios falsos juicios por crímenes de guerra que tuvieron lugar en el Berlín Oriental. Los responsables de esos juicios no fueron realmente las SS sino la Liga. Naturalmente no todos los involucrados en el engaño estaban enterados de ello. Los soldados de guardia pertenecían a tropas ordinarias de las SS que pensaron que se trataba de una acción de retaguardia de algún tipo. Y los altos jefes, hombres como Kliemann, eran miembros de Crux Orientalis, antiguos y bien situados.

—¿Y los prisioneros de guerra? —interrumpió Jack—. A los que fueron juzgados en esos juicios falsos, ¿qué les ha sucedido?

Felix no respondió de inmediato. Jack se dio cuenta de que no había esperado esa pregunta.

—¿Sucedido? Bien, no estoy absolutamente seguro de ello. Como ya dije, algunos fueron ejecutados. En cuanto al resto, supongo que serían puestos en libertad. O quizá murieron todos en Friedrichshain.

Jack sospechó que mentía, aun cuando no alcanzaba la razón de ello. Felix siguió:

—La información que obtuvo la Liga gracias a aquellos interrogatorios les dio gran ventaja y no menor influencia en la Europa de la posguerra. Como es natural, no pudieron reagruparse abiertamente. Muchos de ellos eran buscados por la CROW-CASS y otras agencias encargadas de localizar a los criminales de guerra. Pero tenían una gran cantidad de información reservada y muchas formas de emplearla en beneficio propio. Así quedó establecida la base para la influencia de la Liga en el período que siguió al fin de la guerra.

»La mayor parte del comité central de la Liga escapó con éxito gracias a Draganovic y sus rutas de fuga. Una vez que la guerra terminó, había numerosos caminos para llegar a Roma y una vez allí el fugitivo podía estar seguro de tener un caluroso recibimiento en San Girolamo. Como ocurría con las demás líneas de escape, el secreto estaba en utilizar la confusión existente con respecto a las DPs, las personas desplazadas. Draganovic dirigía el Comité Croata de la Commissione Pontificia d'Assistenza. Esto le daba acceso a documentos de identificación auténticos y falsos como, por ejemplo, a los pasaportes de la Cruz Roja.

»Fue él quien hizo llegar a Pavelic a Argentina, donde formó una escuadra ustachi de élite para ayudar al general Perón. Con ayuda de esas mismas redes logró que Rosewicz, pasando por Roma y Génova, pudiera ser puesto a bordo de un barco con rumbo a Irlanda. Cuando desembarcó Andrija Omrcanin se había convertido en Stefan Rosewicz, provisto de los documentos necesarios para probar que era polaco.

»No fueron sólo documentos de identidad lo que se llevó consigo. Los ustachis no abandonaron Croacia sin llevarse algunos recuerdos. Pavelic logró trasladar a Austria cuatrocientos kilos de oro, y sólo Dios sabe qué cantidad de dinero en divisas extranjeras. Otros jefes ustachis condujeron en la misma dirección camiones cargados de tesoros, algunos de los cuales llegaron hasta Italia. Para entonces, el hermano de

Rosewicz se había instalado en San Girolamo y estaba en condiciones de conseguir que una gran parte de ese botín fuera a parar a las arcas de la familia.

La luz del proyector parpadeó repentinamente y se apagó. Quedaron sumidos en la oscuridad.

—¡Vaya! —exclamó Parker—. La maldita bombilla ha vuelto a fundirse.

Momentos después se encendía la luz principal.

—No importa —dijo Felix—. Habíamos visto casi todas las diapositivas.

Se separó unos pasos de la pared y tomó una silla frente a Jack. Parker se quedó junto al proyector.

—Para los años sesenta —continuó Felix—, Rosewicz y sus colegas habían establecido ramas de la Crux Orientalis en una docena de países. Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil en Iberoamérica. Francia, Alemania, Austria, Italia, Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia en Europa. Continuaron ingresando su dinero en cuentas bancarias distribuidas por todo el mundo, esperando la llegada del día en que pudieran volver a tener de nuevo influencia en el acontecer político. Existe un grupo central en el Vaticano. Te sorprendería saber hasta dónde puede llegar. Como te sorprendería, también, si te dijera el nombre de algunos políticos católicos que son miembros activos.

»El colapso del comunismo fue la señal que la Liga estaba esperando. Ésta es su oportunidad para hacer rodar la bola otra vez, para establecer su nuevo Sacro Imperio Romano del que te he hablado. Todo lo que necesitan es el apoyo del Vaticano, para poder situar a su propia gente en el poder donde lo deseen. No tengo necesidad de decirte la importancia que ha ganado la religión como factor de la política moderna. Pero la Liga sabe que no será para siempre. Una gran parte del ímpetu detrás de la resurrección religiosa en lugares como Polonia no fue más que la expresión de un sentimiento antigubernamental. Bajo el nuevo sistema capitalista existe el peligro de que la gente tome la senda de lo secular, como en el resto de Europa y en Estados Unidos.

»Por eso tienen tanto interés en hacerse con el pergamino de Jesús. Saben que si lo manejan de modo adecuado, puede ser la carta del triunfo que venían buscando. Les daría influencia sobre el Vaticano, e incluso sobre el propio papa. Además, el origen polaco de la colección la hace más interesante todavía.

»Si lograran convertir al pergamino en una especie de superreliquia, esto podría dar nuevos ánimos al resurgimiento religioso, sobre todo en la Europa central y oriental. Es exactamente lo que ellos necesitan.

Jack negó con la cabeza.

—No dará resultado. Tan pronto como el pergamino sea traducido y publicado, producirá el efecto contrario. Probaría lo equivocada que estuvo siempre la Iglesia con respecto al verdadero Jesús. Ese pergamino fue escrito por un rabino piadoso y no por el hijo de Dios.

Felix asintió.

—Es posible que tengas razón. Pero al final, eso no tendrá importancia. Creo que a Rosewicz se le ha ocurrido un plan mejor.

—¿Otro?

—Presentar el pergamino como parte de una conspiración judía contra la Iglesia. La disposición de ánimo en Europa está madura para ello. Ya han comenzado con la limpieza étnica en Yugoslavia. Los neonazis atacan a los gitanos y a otros extranjeros en Alemania. El antisemitismo vuelve a estar de moda en Francia, si es que alguna vez dejó de estarlo. Crux Orientalis significa negocio. Un mal negocio. Tenemos que ayudarnos mutuamente para lograr detenerlos.

Los tres días siguientes pasaron en una especie de clasificación de los hechos conocidos, un diálogo que se prolongaba horas y horas; las preguntas y las respuestas se sucedían unas a otras hasta que todo se hacía confuso en la debilitada conciencia de Jack. Había accedido a ayudar. ¿Qué otra elección tenía desde el punto de vista moral? Su herencia paterna lo inclinaba en parte a hacerlo así. Y también su amor por Maria, pese a lo que sabía de su padre y de ignorar adonde podría conducirlos aquel amor. Felix y Parker le habían explicado las líneas generales de un plan diabólico. Pese a que su propio compromiso en todo aquello fuera involuntario, lo cierto era que estaba metido de cabeza en el asunto. Realmente no resultaba posible desligarse. Y tampoco hubiese sido apropiado.

El hecho de ser informado le había entregado de lleno a sus instructores. Se sentía obligado hacia ellos. A Maria por su libertad, y a Felix y a Parker por decirle lo que él sabía que era la verdad. Ni por un momento supuso que le habían dicho todo lo que sabían, ni siquiera la mínima parte, y estaba convencido de que no tenían intención de hacerlo. También sospechaba que Felix le había mentido en más de una ocasión, sobre todo en relación con aquellos prisioneros de guerra sobre cuyo destino les había preguntado. Presumía que ésa era la forma como ocurrían las cosas en su mundo. Le habían ofrecido algunos hechos sorprendentes que le causaron una gran conmoción. Y no lo hicieron porque tuvieran obligación de informarle sobre ello, sino sólo en busca del impacto psicológico que sabían que causarían en él el film y las fotografías.

En general no fueron con él simplemente correctos, sino incluso amables, a su manera, y precisamente eso era lo que necesitaba entonces, más que en ningún otro momento de su vida, con la excepción, quizá, de los meses que siguieron a las muertes de Caitlin y Siobhan. Sus sueños volvían a ser sombríos. Él sabía, naturalmente, que estaban utilizándolo, que él y las cosas que él sabía no eran más que detalles y datos ventajosos para ellos. Pero no se sentía amenazado por sus preguntas, ni física ni moralmente. No deseaban su confesión; sólo buscaban la ayuda que pensaban que él podía ofrecerles.

Trabajaron juntos, cambiaron impresiones y charlaron durante largas horas. Felix hablaba lentamente y era concienzudo, y Parker, ingenioso cuando lo deseaba y siempre atento y comprensivo. Se sentaban con Jack en el salón de la parte delantera de la casa, donde había un piano y una chimenea, dentro de la cual ardía una anticuada estufa de gas, y sillones con encajes protectores en el cabezal y en los brazos. Eran como viejos amigos jugando a las adivinanzas.

La intimidad y familiaridad de la habitación ayudaban de algún modo a establecer entre ellos una corriente de confianza. Lo trataban como a un invitado de honor y esto hacía que Jack se sintiera cómodo.

Fue una suerte para Jack que no tuviera rayos-X en los ojos, pues de ser así habría podido ver, a través de la pared de su sala de estar, la casa de al lado, la número 35, y su percepción de las cosas se hubiese visto profundamente alterada. Habría descubierto a dos jóvenes vestidos con pantalón deportivo y jerséis, inclinados sobre un equipo de grabado audiovisual. El espejo que había sobre la chimenea escondía un agujero, a través del cual una cámara de vídeo filmaba todo lo que Jack decía y hacía. El aparente desorden de los sillones del salón ocultaba su deliberada ubicación, diseñada para dar a la cámara un buen ángulo de toma.

Cada día, a las seis en punto, un motorista llevaba los vídeos y las cintas de sonido a los laboratorios técnicos de la calle Baker, donde se hacían varias copias que luego se distribuían entre los miembros de un Comité seleccionado entre aquellos que debían conocer el resultado de sus entrevistas. Allí, el material era sometido a un cuidadoso escrutinio por supuestos expertos en el análisis de los matices de la expresión del rostro y de la voz. ¿Había mostrado signos de estrés al decir esto, bajó los ojos cuando mencionó aquello otro?

Cosa curiosa, a Jack nunca se le ocurrió cuestionar las credenciales de sus interrogadores. ¿Fue el mero hecho de su innegable aspecto y modales ingleses, del *pedigrí* de sus acentos y de la tranquilizadora forma como vestían los que lo convencieron de su buena fe? ¿O los acompañó la bendición de Maria, quien, al salir fiadora de su probidad, los cubría y daba convicción a todo aquello a lo que se referían?

Felix abordaba las cosas de modo tangencial. Su mirada, y en cierto modo sus modales, eran los de un maestro o de un asistente social. Su seriedad estaba matizada por un humor lleno de ironía que aparecía en los momentos más inesperados. Devoraba tabletas de chocolate, que le ofrecía a Jack como si creyera que iban a ayudarlo a recordar.

Había un aire de singularidad en el hombre que impresionó a Jack la primera vez que lo vio. Tenía los modales típicos de un solterón. Un poco desordenado, aunque sus ropas siempre estaban limpias, pulcro en sus costumbres, y repitiendo constantemente *por favor y gracias*, como si no hubiera superado enteramente su niñez.

No era un homosexual, simplemente no tenía interés en las mujeres. Tampoco un solterón empedernido que tiene miedo del sexo, ni siquiera un niño grande que, como otra generación hubiera expresado, no tenía «partes apasionadas». Sencillamente parecía ser un hombre solitario que, en un momento determinado, se da cuenta de que su forma de vida no le permite tener compañía permanente. Así es cómo lo vio Jack el primer día que pasaron juntos y gran parte del segundo.

Consecuentemente, Jack se sorprendió mucho cuando ya tarde, en aquel segundo día, comentando un chiste suyo, le oyó decir que su esposa hubiera considerado muy divertido aquel comentario. Jack no podía creer que un tipo como Felix estuviera casado, pero cuando lo supo, imaginó que tal vez la falta de amor por su esposa o que

ella lo descuidaba o lo despreciaba era lo que daba su falso aire de hombre soltero y solitario, Pero cuanto más reflexionaba sobre aquella y otras posibilidades más se convencía de que debía buscar una razón totalmente distinta.

Parker, por su parte, no tenía el aspecto de ser un hombre imprescindible. Su rostro era severo y chupado, marcado por unos ojos oscuros ansiosos y tristes. Parecía un asceta, por elección más que por naturaleza, pensó Jack. Se torturaba a sí mismo o había sido torturado; pero ésas no fueron las palabras usadas por Jack, quien prefirió pensar que se había «herido», porque eso expresaba mejor las cosas. Lo que le cogió de sorpresa el primer día —lo mismo que le sorprendió enterarse de que Felix estaba casado— fue el descubrimiento de que aquel hombre no sólo podía sonreír sino que, al hacerlo, se transformaba por completo. Sus sonrisas, había que admitirlo, eran raras, pero cuando llegaban siempre sorprendían a Jack y hacían que se pusiera con todo su corazón de parte de Parker, fuera cual fuese su posición.

Parker le hizo varias preguntas sobre su padre y, pese a no comprender cuál podía ser su importancia, en este asunto o en cualquier otro, Jack se sintió dichoso al responder a todas ellas. Hubo, sobre todo, preguntas relacionadas con la vida de su padre en el campo de concentración. ¿En qué campo estuvo? ¿Cuánto tiempo pasó en él? ¿Qué sucedió tras ser liberado? ¿Cuánto tiempo vivió como refugiado? Después le preguntó sobre la familia de su padre. ¿Cuántos de ellos murieron en los campos nazis o en el gueto? ¿Cuántos sobrevivieron, dónde vivían los supervivientes? Y después sobre su formación católica, ¿cómo se sintió en cada etapa de su catequesis? ¿Qué sintió y cómo reaccionó de niño?

Seguidamente, y esto aún le sorprendió más, las preguntas dejaron de referirse a su padre y pasaron a interesarse por Caitlin. ¿Cómo se conocieron exactamente? ¿Recordaba, aunque sólo fuera vagamente, haberla visto con anterioridad en el campus universitario? ¿Le presentó alguna vez a miembros de su familia? ¿Qué le contó sobre sus padres, sus vidas o sus muertes?

Las sesiones nunca eran largas y durante las pausas seguían sentados en silencio tomando té o café y saboreando unas galletas. A veces, mientras Parker llevaba el interrogatorio, Felix se sentaba aparte, junto a la mesa, haciendo solitarios con pequeños naipes laminados. Sus solitarios parecían no terminar nunca con éxito, pero él no se impacientaba ni se cansaba nunca. El suave sonido de barajar y repartir las cartas se convertía en un acompañamiento habitual del juego que Jack estaba jugando con Parker.

Había un ama de llaves, la señora Bidwell, una viuda estrecha de caderas, de unos cincuenta años de edad, que les llevaba sus bebidas acompañadas por unos platos de galletas saladas en una bandeja plateada. Ella les preparaba sus *propias comidas*, almuerzo y cena, y se las servía en el pequeño comedor situado en la parte de atrás de la casa. A veces, durante las sesiones de charla, podían oír el apagado sonido de su

televisor a través de las delgadas paredes. Ese sonido aparecía en las grabaciones y al principio requirió una explicación por parte de los no iniciados.

Jack los escuchaba cortésmente, en silencio. Parker seguido de Felix; Felix seguido de Parker, en sucesión regular, hasta que llegó un momento en que Jack no podía diferenciarlos ni decir por qué estaba allí, qué era lo que todos ellos hacían allí. Él les dijo todo lo que pudo, no los engañó ni les ocultó nada y todo gracias a una confianza que estaba fraguándose a raíz de las sonrisas ocasionales de Parker.

—Hay dos tipos de solitarios —le dijo Felix durante una de las pausas del primer día, cuando le enseñó los mejores de ellos—. Algunos dependen solamente de la sucesión de las cartas. Que salgan o no es una cuestión de suerte. Hay que esperar, intentarlo una y otra vez. En otros, sin embargo, además de la suerte entra en juego la habilidad. Haces mal un movimiento y te quedas bloqueado.

Jugaron una partida y Felix le enseñó cuáles eran los problemas. En todas las ocasiones, el solitario se solucionó perfectamente; después un rey quedó encima de una fila y todos los doses debajo, con lo que el juego quedó bloqueado y no fue posible hacer ni siquiera el primer movimiento.

—¿Qué había en los documentos que Rosewicz trajo de Alemania? ¿Incluían informes sobre los Einsatzgruppen?

—¿Qué aspecto tiene Berchik? ¿Es un hombre alto, delgado? ¿Tiene barba? ¿Cuánto tiempo hace que Sharanskii lo conocía?

—¿Cuántos pergaminos dirías tú que había allí en total? ¿Cuántos fragmentos? ¿Sabes la procedencia de parte de ese material?

—¿Cuántos fotostatos en total? ¿Originales o segundas copias? ¿Tenían mucho grano?

—¿Cuál era el nombre del cardenal? ¿Estás seguro? ¿Qué aspecto tenía?

—¿Conocía tu padre la fecha de la muerte de su madre? ¿Cuántas millas anduvieron? ¿Dónde está ahora tu tío José?

—¿Cuál es el nombre del café en el que dices que conociste a Caitlin? ¿Fuiste tú el primero en hablar con ella o fue ella la que se dirigió a ti? ¿Estás seguro? ¿Qué hacías antes de que fuerais amantes? ¿Cómo murió? ¿Qué sentiste? ¿Qué sientes ahora?

¿Por qué estaban haciéndole tantas preguntas? ¿Y por qué le preguntaban sobre cosas que no podían tener relación con lo que estaba sucediendo?

—¿Dónde está Maria? —preguntó—. Me gustaría hablar con ella.

—Vendrá aquí, te lo prometo. Dentro de pocos días. Después de Navidad.

Jack dormía en la habitación de la parte delantera de la casa, y un guardaespaldas permanecía delante de la puerta, o al menos así lo suponía, porque estaba allí cuando se iba a dormir y seguía allí por la mañana, cuando salía para ir al cuarto de baño. Se llamaba Norman. Parker y Felix tenían otras habitaciones y también pernoctaban en la casa.

Por las mañanas Jack se despertaba con el ruido de un lechero que hacía su reparto. Más tarde, si miraba entre las cortinas, veía cómo acudía la gente a sus automóviles, los ponían en marcha y se dirigían con ellos a su trabajo, el cartero entregaba el correo, los niños se marchaban a la escuela. La calle tenía un aire de absoluta normalidad, propia de un barrio de las afueras de la ciudad. Pero abajo, a los pies de la escalera interior de la casa, Norman se sentaba en una silla con una metralleta entre sus brazos.

Pasaron con él la Navidad, como si por alguna rara peculiaridad o capricho de la genética se hubieran convertido en parientes. Como si al contar todo lo que sabía hubiera alcanzado la partenogénesis.

El día de Nochebuena lo llevaron en coche al centro de la ciudad. Felix lo acompañaba. Durante algún tiempo, recorrieron las calles en coche, como si fueran turistas admirando los adornos y las luces de Navidad en calles y escaparates llenos de todos los productos propios de aquellas fiestas. Las calles Oxford y Regent estaban llenas de gente que hacía las compras de última hora. Moscú, con sus largas colas, parecía a un millón de kilómetros de distancia. Los niños, con los rostros brillantes, pasaban de prisa cogidos de las manos de sus padres. Jack apartó la mirada apresuradamente.

—¿Quieres hacer algunas compras? —le preguntó Felix.

—Me gustaría comprarle algo a Maria, pero no tengo dinero y Parker me ha dicho que utilizar mis tarjetas de crédito podría resultar peligroso.

—Está bien. Puedo adelantarte todo el dinero que necesites. ¿Has pensado qué te gustaría comprarle?

—No lo sé. Apenas conozco sus gustos.

—¿Qué te parece un perfume? Es difícil que te equivoques.

Entraron en Harvey Nichols, donde compraron un gran frasco de Shalimar. Recordaba perfectamente que aquél era el perfume que llevaba la última noche que estuvieron juntos en el observatorio de *Summerlawn*. Le había preguntado el nombre por casualidad, pero ahora aquello era para él como un talismán.

La joven vendedora puso unas cintas alrededor del paquete y le deseó feliz Navidad. Era francesa y muy bonita. Al darle las gracias, Jack sintió que una ola de deseo sexual pasaba por él. Era la primera vez en varios años que sentía tan fuertemente esa necesidad. El perfume, los sentimientos que recordaba, la belleza inesperada de la vendedora, todo eso le había cogido desprevenido.

Salieron a la calle Sloane. En los escaparates, ángeles blancos movían sus alas heladas. Una orquesta tocaba *Noche de Paz* en las cercanías. Al dirigirse al coche notó con asombro que sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas.

El día de Navidad tuvieron pavo relleno de castañas, budín de ciruelas y galletas. La celebración le recordó el desequilibrio de su propia educación, celebrando la Navidad con su madre y la familia de ésta y el Rosh Hashana con su padre y sus amigos. Ni una cosa ni otra, ni carne ni pescado. El día de San Esteban cayó en sábado, y el domingo decidieron ver la televisión y descansar. Felix le enseñó a medias a jugar al

bridge, y Norman se unió a ellos para ser el cuarto. Otro hombre, cuyo nombre nadie le dijo a Jack, se quedó fuera para *echar un vistazo*.

Al día siguiente llegó Maria, que le trajo una tarjeta de felicitación con un reno delante y que tocaba *Jingle Bells* cuando se abría. Él le dio el perfume y ella pareció abrumada. También había comprado un libro para Paul, un ejemplar de *Where the Wild Things Are*, que Felix compró por encargo suyo. Pareció más contenta con el libro que con el perfume. Ella, por su parte, le había comprado una corbata de Armani. Era de suave seda y tenía un tacto muy agradable.

—Es preciosa —dijo—, pero no sé cuándo podré ponérmela. No creo que me dejen libre tan fácilmente.

—No dejes que te dominen —le aconsejó Maria—. Tienen que dejarte libre si insistes. No son tus guardianes.

—¿No lo son?

Ella negó con la cabeza. La luz del sol había entrado en la habitación lo suficientemente brillante para poner un toque de fuego en su pelo oscuro.

—No en el sentido en que tú dices. Quieren protegerte.

—Tu padre también quería hacerlo. Ésa era la razón de ser de Henryk. Él me rescató de Moscú. Creo que debes saberlo. No veo la diferencia.

—Mi padre te hubiera vendido al mejor postor. En realidad lo era él y, consecuentemente, mientras estuvieras con él estarías a salvo. Pero con el más leve cambio de estrategia, te hubiera dejado en la estacada, tan indefenso como un bebé.

—¿Y Felix y Parker no lo harían? ¿No tomarán en consideración un cambio de estrategia? Realmente, ¿qué es lo que buscan? ¿Lo sabes tú?

—Lo más importante para ellos es destruir la Liga, y el pergamino es un elemento fundamental en su esquema. Eso te hace importante a ti también. No creo que las cosas lleguen a cambiar.

Jack le habló de las preguntas que le habían hecho sobre su padre y Caitlin y le preguntó si ella sabía qué podían significar.

Maria le respondió que no tenía la menor idea, pero Jack vio algo en sus ojos que le sugirió que sabía más de lo que estaba dispuesta a decirle.

—Y a ti, ¿cómo te van las cosas? ¿Cómo has llegado hasta aquí? Felix y Parker me han dicho que tu marido no deja que te alejes de su vista.

—Eso no es cierto del todo. Karl es celoso, pero también orgulloso. Yo he comenzado a forjarme una carrera por mí misma, como concertista de piano. Toco con frecuencia en Londres. A veces Karl viene conmigo, pero normalmente está demasiado ocupado para hacerlo, así que viajo sola. Estaré aquí tres días para hacer un recital en la Purcell Room.

—Recuerdo que el primer día que telefoneé a tu padre te oí tocar al fondo.

Ella se rió.

—No era demasiado buena entonces.

—¿Y ahora lo haces bien?

Ella lo miró con tristeza.

—Sí —respondió—. Soy muy buena. Pero estoy muy lejos de contarme entre los mejores. En mis tiempos de conservatorio había otros estudiantes bastante mejores que yo. Muchos de ellos tendrán carreras muy brillantes. Otros no. El talento no lo es todo. Cuesta dinero el ir de gira, poder tocar antes de ser bien conocido. Son muchas las personas que no tienen dinero para hacerlo y no pueden encontrar un mecenas así que, salvo que ganen algún concurso famoso, acabarán tocando en una orquesta. O incluso colaborando por sesiones en estudios de grabaciones. O renunciarán por completo a la música, al menos como opción profesional. Como ves, yo soy una de las afortunadas. Mi padre es rico. Mi marido también. Sus amigos ricos vienen a mis conciertos y me aplauden por razones que no tienen nada que ver con la música. Pensarían que soy buena aunque tocara media pieza en clave equivocada o de atrás adelante.

—¿Eso te deprime?

—Claro que sí. Tú sabes que eso deprime. Por eso te lo estoy diciendo, porque tú me comprendes. Quiero tocar, pero no quiero hacerlo en una orquesta. Soy lo bastante buena para dar conciertos como solista. Y soy lo bastante rica para resistir mis primeros años. Ésa es mi suerte y no voy a desaprovecharla. No voy a hacer ningún gesto, Jack. No puedo permitírmelo.

—¿Y Karl? ¿Qué pasa con él? ¿Tocas para él?

Maria negó con la cabeza.

—No, no tiene oído para la música. Asiste a los conciertos, pero no sabe apreciar la música. Mi padre dijo en cierta ocasión que va a los conciertos para oír a la gente.

—No comprendo.

—No me refiero a las toses ni a los aplausos. No quiero decir esto. Escucha otros sonidos, sonidos que sólo puede oír alguien como él. El dinero tiene un sonido peculiar. ¿No lo sabías? Y el poder, otro sonido distinto. Son muy parecidos, pero un experto puede distinguir la diferencia. Belleza, sex-appeal, debilidad, susceptibilidad, vulnerabilidad, ambición. Para Karl, cada una de esas cosas tiene un sonido peculiar, Él oye perfectamente, distingue melodías donde tú y yo no apreciaríamos más que el ruido de pies que se arrastran.

Hizo una pausa. Estaban en la sala de estar. Felix había preparado vino caliente con especias y cada uno tenía un vaso sobre una mesita baja. De vez en cuando, Maria miraba el espejo que había encima de la chimenea.

—Toco esta noche —le informó—. Me gustaría que vinieras.

—¿Estará allí Karl?

Ella negó con la cabeza. Jack pensó que se había ruborizado.

—Esta noche estoy sola. Karl tenía que estar en Dortmund esta tarde para encontrarse con unos financieros.

—En ese caso iré.

—Habrá una entrada para ti en la taquilla.

Maria se levantó para marcharse. Él hizo lo mismo y se mantuvo muy cerca de ella.

—Maria, tengo la sensación de que todo sigue en el aire. Exactamente donde lo dejamos aquella noche en el observatorio.

Ella lo miró tímidamente. Adelantó la lengua y se la pasó nerviosa por la comisura de la boca. Dirigió una mirada a su alrededor a través del espejo y vio la imagen de su propio rostro reflejada en él. «Demasiados reflejos —pensó—, demasiados espejos. Y a veces, uno no es el observador sino el observado, no es el espejo sino el reflejo». Dio un paso hacia él. Jack estuvo a punto de estrecharla en sus brazos, pero ella retrocedió.

—Aquí no —dijo en voz muy baja—. Más tarde. Esta noche, después del concierto.

—Estás triste —comentó Jack.

—¿Lo estoy?

En respuesta, él trató de coger su mano. En esta ocasión ella no lo evitó, pero tampoco hizo ningún movimiento para aproximarse a él. Maria sentía la presencia del espejo detrás de su espalda, la fragilidad del cristal. Si se resquebrajara, si se rompiera...

—Tengo que marcharme —dijo por fin—. Están esperándome para el ensayo. Y ya voy con retraso.

Norman lo acompañó al concierto. Las entradas los esperaban en taquilla como Maria le había prometido. La sala estaba llena. Llegaron sólo unos minutos antes del comienzo. Como Maria había dicho, la mayor parte de la audiencia consistía en hombres y mujeres de la alta sociedad. Charlaron y se rieron juntos. Jack recordó otros conciertos a los que había asistido con Caitlin en la National Concert Hall de Dublín, y pequeños recitales de piano, como el presente, en Examination Hall del Trinity College.

Las luces se hicieron más débiles e inmediatamente las voces callaron. Alguien tosió. Maria salió al escenario. Llevaba un largo vestido negro sujeto con tirantes, que dejaba al descubierto su espalda, y sin más adorno que un sencillo broche de plata. Jack no podía apartar los ojos de ella. Durante un buen rato estuvo demasiado concentrado en su contemplación para tener plena conciencia de lo que tocaba. La primera mitad del concierto consistía en un Preludio y Fuga en fa menor de Bach, seguido de la Sonata número 10 de Schubert en re bemol. Al final de cada interpretación hubo una salva de aplausos. En la segunda mitad interpretó cuatro baladas de Chopin y después, en una repetición forzada por los aplausos, el Nocturno de Chopin en mi menor sostenido. Lentamente, casi en contra de su voluntad, Jack

comenzó a darse cuenta de que Maria no le había dicho la verdad o, al menos, no toda la verdad.

No era simplemente una buena pianista: era excepcional. No se trataba tan sólo de la bravura de sus dedos sobre el teclado ni de la extraordinaria precisión de su ritmo lo que arrastraba a sus oyentes. A cada pieza que interpretaba, a cada nota, a cada pausa, le daba una profundidad de sentimientos que a Jack le pareció insuperable. Varias de las piezas —en especial el segundo movimiento de la sonata y el nocturno— habían sido elegidas para crear un estado de ánimo que era abrumadoramente amable, melancólico y triste.

La música era perfecta para la estación del año, para ese misterioso interludio entre Navidad y Año Nuevo, un período de fiestas, cuando la muerte de un nuevo año es sólo cuestión de días. Un tiempo para pensar en lo que se ha hecho y en lo que se ha dejado por hacer. En el pecado y en la imposibilidad de vivir. Pensó en Caitlin y en Siobhan, en su padre agonizando solo, en Iosif, en Leah y en Sima. Y cada vez que alzaba la vista, allí estaba Maria.

Junto con la entrada le había dejado un mensaje pidiéndole que fuera a verla después. Se dirigió a la parte de atrás del escenario, acompañado siempre del silencioso y vigilante Norman. Se había habilitado una pequeña habitación para ella, y estaba llena de amigos y admiradores. Norman parecía incómodo por tener que vigilar a Jack en aquellas apreturas, así que, al principio, se quedaron en el pasillo, junto a un extintor de incendios que había sido arrancado de la pared en parte. La gente se felicitaba mutuamente, se besaban con sonrisas radiantes y formaban pequeños grupos para irse a cenar a los restaurantes o a tomar unas copas a algún *pub*.

Jack escuchaba sus voces, oía sus gritos de aclamación, e intentaba captar aquellos otros sonidos difícilmente distinguibles, el sonido del dinero, de la lujuria y la envidia. Por un momento pensó en marcharse. Allí se sentía fuera de lugar, fuera de su clase. El entrar y salir de tanta gente próxima a ella sólo servía para destacar que él no era la persona adecuada para una mujer como Maria. Aquel verano, juntos y solos, apartados ambos de sus respectivos mundos, se sintieron muy próximos; pero ¿qué le hizo pensar que él era el tipo de persona que podía compartir la vida con ella? La existencia de Maria tenía un campo más amplio en que desarrollarse que la suya, un mundo totalmente diferente de todo lo que él había conocido hasta entonces. Se quedó en el pasillo sintiendo cómo se reducía su valor con cada minuto que pasaba.

Justo en el momento en que estaba a punto de tomar la decisión de marcharse, se produjo un pequeño alboroto en la puerta del camerino de Maria, seguido de gritos de *¡Adiós, queridos!* y *Ciao!* Una muchedumbre de asistentes habituales a los conciertos, vestidos con ropas caras, salieron por la puerta giratoria que conducía de vuelta al auditorio y a la salida. Cuando se giró para mirar la puerta del camerino de Maria, allí estaba ella, observándolo.

—Estoy cansada —le explicó—. Mi representante me llevará de vuelta. Estoy en

el hotel Brown. Ven en media hora. Utiliza la entrada de la calle Albemarle, pero de todos modos ve con cuidado: Karl tiene gente vigilándome de día y de noche. Mi *suite* es la 516.

Jack esperó ansioso y perplejo hasta que hubo pasado la media hora. Norman lo llevó en coche hasta el hotel. Sabía lo que estaba pasando. Él no era nadie para aprobarlo o desaprobarlo, pero no le gustaba nada que pudiera dificultar su misión.

—Déjame aquí, Norman. Estaré bien.

—Ya sabes que no puedo hacerlo. Tengo mis órdenes.

—Entonces espérame en el salón. Puedes tomarte un té o alguna otra cosa.

Norman parecía dispuesto a protestar de nuevo, pero comprendió que había momentos en los que un poco de discreción podía ser recomendable.

—Está bien —accedió—, pero si llega a saberse...

—No se sabrá. Te lo prometo.

Ella se había puesto el perfume que él le regaló. Justamente como lo llevó hacía varios años, en aquella noche cálida de verano en que juntos miraron los astros y las estrellas. Él la tomó en sus brazos y se sintió de inmediato como si hubiera entrado en el paraíso. Se había sentido tan vacío, tan peligrosamente vacío, que la mera inhalación del perfume fue suficiente para satisfacer sus deseos. Tocarla, acariciarla, era como extender una mano desde el vacío con la esperanza de que en alguna parte, entre las ruinas de su vida, hubiera algo que pudiera unirlos.

El primer abrazo fue larguísimo. Jack no quería separarse de ella, ni siquiera para desnudarla. Se conformaba con tenerla entre sus brazos y sentirse unido a ella centímetro a centímetro y segundo a segundo. Cada vez que se movía y la rozaba, su vestido de seda tenía el mismo sonido rasgado de la hierba o las hojas agitadas por el viento.

A intervalos retrocedía un poco y la miraba a la cara. Ella sostenía su mirada con los ojos fijos en los de Jack.

—Te quiero tanto, tanto... —murmuró—. Demasiado.

Él le pasó una de sus manos sobre las mejillas. Como si toda su desnudez se concentrara allí y fuera toda suya. Ahora que estaba con ella, no podía imaginarse no estar allí. Ahora que la deseaba, no podía imaginarse el cese de aquel deseo.

—Tu esposa, Caitlin —preguntó ella—, ¿la echas de menos?

—Sí —respondió él—, continuamente.

—¿Nunca curará?

—No, nunca —dijo.

—¿Y esto?

—Esto jamás curará.

Lo dijo como si ella le hubiera causado una herida profunda.

Se separó un poco de él. Pero en esta ocasión, fue sólo para soltarse los tirantes

que le sostenían el vestido en los hombros. El vestido cayó sobre la alfombra con el sonido que haría una ola al romper suavemente sobre la playa. Jack vio el rostro y el cuerpo de Caitlin, pero ambas cosas desaparecieron cuando Maria se acercó más a él. Lo abandonaron toda su torpeza, toda su lentitud, toda la espera y la necesidad de esperar, la paciencia; y ahora, al abrazarla, se sintió arder como un fuego.

Después de hacer el amor se quedaron en la cama y durante un rato no habló ninguno de los dos. De vez en cuando, fuera, oían el ruido apagado de los automóviles. En la habitación había un reloj cuyo tictac sonaba amablemente; en el cuarto de baño, un grifo goteaba muy lentamente sobre el lavabo. Jack oía el respirar de Maria a su lado y, si miraba, podía ver también el suave subir y bajar de sus senos. Unieron las manos sobre el estómago de ella. Incluso ahora la deseaba. La posesión no había destruido el deseo. Ella estaba dentro de él, su visión, su tacto, el perfume... Todo lo que tenía que hacer era cerrar los ojos cuidadosamente y podía ver, con todo realismo, su rostro, sus ojos, el contorno de su cuerpo.

Cuando hubo transcurrido un largo tiempo, Maria rompió el silencio.

—¿Valió la pena esperar? —preguntó.

—Había renunciado a la espera —replicó Jack—. Pensé que no había nada que esperar. Creía que nunca más volvería a verte.

De nuevo ella guardó silencio durante un rato.

—Yo esperaba —dijo por fin—. Sabía que volveríamos a encontrarnos y que seríamos amantes, como ahora.

—¿Y mereció la pena?

—No si esto fuera lo único que habríamos de tener. Sexo en la habitación de un hotel. Yo espero más que eso, mucho más. Lo espero todo.

—¿Todo?

—Compartir mi vida contigo.

Maria se sentó en el canto de la cama y contempló su imagen reflejada en el espejo que había en la pared de enfrente. Ahora, los dos estaban muy unidos, muy cerca el uno del otro, pero la cosa más insignificante podía volver a destruirlo todo de nuevo. Y si eso llegaba a ocurrir, sería para siempre.

—Entonces la tendrás —afirmó Jack—. Una vida juntos. Te divorciarás y nos casaremos.

—¡Si eso fuera tan sencillo...! Karl es un ferviente católico. Nunca me concederá el divorcio.

—Ciertamente, ése es un problema. Pero podrás conseguir un divorcio legal.

Maria negó con la cabeza.

—No es tan simple, Jack. Yo soy creyente. Asisto a misa regularmente. Además, tengo que pensar en Paul. Él lo es todo para mí. No puedo dejar a Karl si eso ha de significar vivir en pecado.

—¿Y esto...? ¿Qué es esto?

Ella se encogió de hombros.

—Es diferente. Es una vez. Mañana volveré a estar en Alemania. Sería distinto

convertirlo en un hábito regular. Vivir contigo como si fuéramos marido y mujer, sin serlo.

—Pero acabas de decir que eso es lo que deseas. Todo. Eso es lo que dijiste.

—Lo sé. —Su voz fue muy débil, como si hubiera quedado reducida a una pequeña fracción de sí misma.

—¿Lo amas? ¿Es eso lo que realmente tratas de decirme?

Maria movió la cabeza. No quiso mirarlo.

—No —murmuró—, no amo a Karl. Es a ti a quien amo, pero eso no establece ninguna diferencia.

—¿No hay diferencia?

—¿No te lo han explicado? ¿No te han hablado de mi padre? ¿De la Liga?

Él afirmó con la cabeza.

—Sí, un poco. Pero eso no afecta en absoluto mis sentimientos por ti. Tú no eres tu padre.

—¿Te han dicho por qué vine a unirme a ellos?

Jack negó con la cabeza.

—No. Yo supuse... Realmente, no estoy seguro de lo que supuse.

—Yo siempre supe lo de la Liga. No lo que tú sabes ni lo que yo sé ahora. Pero cuando todavía era una niña, mi padre me habló de ella, del mismo modo que otros padres les cuentan a sus hijas que son masones o miembros de una hermandad laica, como pertenecer a la Legión de Maria o a los Caballeros de Colón. Ese tipo de cosas. No debíamos hablar de ello fuera de la familia, desde luego. Era una especie de asunto privado, algo estrictamente polaco. No había una rama irlandesa. A mi hermana y a mí nunca nos llevaron a ningún tipo de reunión o algo semejante relacionado con la Liga.

»Después, la primera vez que fui a Roma, alguien del servicio secreto británico entró en contacto conmigo. Naturalmente, al principio no supe que lo era, pues no se presentan como tales. No llegan y se ponen a andar a tu lado para decirte: “¡Hola, me llamo Brown, y trabajo como agente del MI-6!”.

»Nos conocimos de modo que pareció accidentad. Se convirtió en un amigo. No sé cómo sacó a colación el asunto de la Liga. Pareció ser de modo casual, pero estoy segura de que él lo preparó todo. Me dijo cosas que nunca había oído con anterioridad sobre lo que la Liga hizo durante la guerra. Al principio me negué a creerlo, pero me dijo que podía ponerme en contacto con alguien que sabía mucho más, alguien que podía mostrarme pruebas de ello. Al final terminaron por convencerme, pero me negué a trabajar para ellos. Me dijeron que deseaban obtener información sobre mi padre y sus actividades en representación de la Liga. Me informaron de que mi padre era uno de los jefes directos. Yo no podía creer que pudiera estar tan profundamente involucrado en algo tan maligno.

Hizo un pausa.

—Y después me casé con Karl.

Por primera vez, Jack advirtió algo más que simple tristeza en su voz. Algo muy próximo a la verdadera desgracia, incluso a la desesperación.

—¿Debo hablarte de Karl, del tipo de hombre que es?

—Me has dicho que es un hombre muy rico y poderoso.

—Ése no es mi marido, ése es Herr Karl von Freudiger. Ése es el caballero de la sala de juntas, en las recepciones, en la ferias comerciales, cuando se reúne con ministros del gobierno. En lo privado es totalmente diferente. Y yo me casé y vivo con ese alguien diferente. No, no me maltrata, no seas malpensado. No me pega ni me insulta ni me retira el dinero que me tiene asignado para mis gastos. No, él no haría una cosa así. Eso sería demasiado burgués. Es un esnob, un presumido que cree inflexiblemente en su clase social, de un modo casi místico. Su conducta y sus actos están moldeados por ese principio clasista. Los maridos de las clases bajas pegan a sus esposas; los de la clase media son como bestias para ellas, pero su clase, la de los ricos y privilegiados, sabe cómo comportarse. Una mujer a la que se pega no causa buen efecto en una recepción; una mujer aterrorizada será un lastre inaguantable en una cena o un baile. Para él, eso es impensable. Las apariencias tienen que quedar preservadas en todo momento. Así que no me pega ni sufre ataques de furia.

»Por el contrario: es frío. No puedes imaginar lo frío que es.

Su frialdad me asusta. Es como el hielo. No me ama. Nunca me amó. Lo supe desde el primer momento, de recién casados, pero pensé que podía cambiar con el tiempo. Al principio traté de quererlo con mucha fuerza. Él se mostraba amable y considerado y pensé que si me esforzaba abnegadamente era posible que transformara la amabilidad en amor. Estaba equivocada. Él ya pasaba de ello desde hacía mucho tiempo. Estaba más allá del amor. Su fracaso en el amor no tenía nada que ver conmigo, aunque con frecuencia trató de hacer todo lo posible porque yo me sintiera responsable de ello.

»Pero todo esto no es más que una digresión. Lo crucial, lo realmente importante, es que empecé a sospechar que era verdad lo que se me había dicho de la Liga y de mi padre. Accidentalmente, descubrí algunas otras cosas, relacionadas sobre todo con el padre de Karl, Reinhold.

»Karl le debe a su padre todo lo que tiene y todo lo que es. Su padre aún vive, y en buen estado de salud pese a que ya está cerca de los noventa años. El año pasado asistió toda la gente importante de la ciudad a su fiesta de cumpleaños. El presidente de la Cámara de Comercio, un representante del Ministerio de Comercio de Bonn e, incluso, el obispo católico. Durante la última guerra, Reinhold fue uno de los principales Wehrwirtschaftsführer. No sé exactamente a qué equivale en tu idioma. La traducción más próxima podría ser un “líder de la economía de guerra”. Lo que significa que colaboró en lograr que el esfuerzo bélico nazi siguiera funcionando. Su compañía fabricaba visores para armas, ventanas de cristal irrompible para aviones. Se le concedió el escudo del águila.

Maria hizo una pausa. En aquellos momentos, Jack no quería hablar con ella de

esas cosas. Todo lo que deseaba era acariciarla, hacer el amor con ella, quedarse echado a su lado hasta el amanecer. Pero Maria continuó:

—En febrero de 1933, menos de un mes después de que Hindenburg hizo canciller a Adolf Hitler, un hombre llamado Hjalmar Schacht invitó a veinticinco de los grandes industriales alemanes a una reunión en la casa de Hermann Goering, en Berlín. Tanto Hitler como Goering estuvieron presentes. Schacht acababa de ser nombrado presidente del Reichsbank, el banco emisor alemán de la época. Era íntimo amigo de mi suegro. En esa reunión Reinhold y los demás industriales asistentes garantizaron su apoyo financiero al partido nazi. En aquella ocasión, Schacht recolectó tres millones de marcos, que aseguraron el triunfo de los nazis en los años siguientes.

»De hecho, Reinhold ya era miembro del Keppler Kreis, una asociación o círculo de industriales pronazis formado dos años antes. Ellos con su apoyo bancario ayudaron a Hitler a hacerse con el poder. Se traspasó una gran cantidad de dinero a una cuenta especial, la Sonderkonto S, en el banco de Kurt von Schröder.

»Después de la guerra, Reinhold se pasó algún tiempo en un campo de internamiento. Fue acusado de varios crímenes de guerra, especialmente del uso de trabajadores forzados en sus fábricas, y sentenciado a cadena perpetua. Fue uno de los criminales de guerra encerrados en la prisión de Landsberg, juntamente con los otros industriales convictos. Lo dejaron en libertad en 1951, junto con Albert Krupp y, como a éste, también a Reinhold le devolvieron toda su fortuna. Karl me ha dicho que cuando su padre salió de la cárcel era aún más rico que cuando entró en ella. Sus fábricas todavía siguen funcionando. Debe agradecérselo a Karl. Y al hecho de que los aliados fueron tan amables que ayudaron a Alemania a ponerse de nuevo en pie.

—Sus fábricas, ¿no fueron gravemente afectadas por los bombardeos durante la guerra?

Ella negó:

—Eso es lo que todo el mundo cree. De hecho, los bombardeos aliados no destruyeron más del veinte por ciento de la capacidad industrial alemana en tiempos de guerra. El núcleo central de la industria alemana ni siquiera fue arañado. Las empresas Freudiger no perdieron más de la producción global de un día desde el momento en que comenzó la guerra hasta el día en que se terminó. Y después los negocios continuaron como era usual.

Hubo un momento de pausa en la conversación. Maria se encontraba en un punto de su vida en el que ya había dejado de saber cuál era su destino, o siquiera en qué dirección viajaba. Aquella noche era una mezcla de amor y culpa. Estaba sentada en la cama, desnuda, con el único hombre al que había amado en su vida, tratando de justificar a sus ojos la traición a un marido y al padre de su hijo, intentando encontrar el modo de decirle que no podían volver a verse. En parte porque resultaba demasiado peligroso, y también porque temía que el sentimiento de culpabilidad acabaría por destruirla.

Y por encima de eso... ¿Sería capaz de decirle lo que más deseaba, el secreto de cómo habían llegado a encontrarse?

—¿Es ésa la razón por la que odias a Karl? ¿Porque su padre fue nazi?

—¿Cómo puedes pensar una cosa así? No más de lo que podría odiarme a mí misma porque mi padre fue un asesino ustachi o porque mi tío el obispo daba su bendición a las tropas de las SS cuando eran enviadas a asesinar judíos. El hecho es que Reinhold era un miembro distinguido de Crux Orientalis. Dio una gran parte de la financiación necesaria para los nazis en los primeros días. Las empresas Freudiger aún siguen donando a la Liga cinco millones de marcos alemanes anuales. Reinhold ocupa un cargo importante en el círculo interno. Karl es guardián de las llaves del capítulo alemán de la Orden. Fue iniciado cuando tan sólo tenía diecisiete años.

»Hubo un tiempo en que Reinhold y mi padre fueron íntimos amigos. No sé exactamente por qué. Algo ocurrió durante la guerra que los unió. Así es que ellos planearon mi matrimonio con Karl. Una especie de unión política para evitar la separación entre las ramas croata y alemana de la Liga. La verdad es que originalmente Karl debía casarse con mi hermana mayor, Katerina. Pero...

Vaciló y apartó la mirada de él. De nuevo, el reflejo en el espejo de su rostro y su cuerpo. ¿Y detrás, por debajo de la superficie del espejo?

—Pero ella murió, como sabes. Así que se me eligió a mí para ocupar su puesto.

—Pero eso es... bárbaro.

—¿Lo es? ¿Es más bárbaro que cuando dos personas se encuentran en una discoteca con la mente ebria o drogada? ¿O si se conocen por medio de una agencia matrimonial después de pagar diez mil pesetas y hacer que un ordenador elija a tu compañero de toda la vida? Confundes la barbaridad. Yo podría perdonar a mi padre por haber hecho que me casara con Karl. Podría perdonar a Karl por aceptarme de ese modo. No hay nada noble en ello, pero es algo que ha venido haciéndose durante siglos.

—Continúo pensando que los que hicieron una cosa así son unos bárbaros.

Ella afirmó con un lento movimiento de cabeza.

—Sí, pero no por esas razones. Ésa siempre fue la tragedia de la extrema derecha. Creen en la civilización, en la cultura, en el orden, en la disciplina social, pero al tratar de conseguirlos, lo único que producen es caos y barbarie.

—¿Y tú? ¿En qué crees tú?

Maria miró su propio cuerpo.

—En mí —respondió—. Y en mi hijo Paul. En mi música —se volvió—, y esta noche creo en ti. ¿No es bastante?

—No lo sé —comentó Jack. Cambiando de tema le cogió la mano y añadió—: Maria, quiero ser yo mismo durante algún tiempo. Desde la bomba que destruyó el coche de los Sharanskii no me han dejado estar solo. Estuve con Kossenkova, después con tu padre, ahora con Felix y Parker.

—Ahora estás conmigo.

—Lo sé. Y quiero estar contigo de nuevo. Mañana. Y pasado mañana.

—Tengo que volver a Alemania mañana. Es algo que no puedo evitar.

—Muy bien. Pero esta noche quiero pedirte que hagas un momento la vista gorda. Quiero escapar por un tiempo, poder pensar un poco. Ser yo mismo. Sólo me preocupa que eso pueda crearte problemas con tus jefes.

Ella movió la cabeza.

—Las cosas no son así —aclaró—. Ellos no me pagan. No habría aceptado dinero si me lo hubieran ofrecido. Les suministro información sobre la Liga, la poca información que puedo obtener. Decidí hacerlo así por mis propias razones. Es mi forma de decirles a Karl y a mi padre que existo por mi propio derecho. De niña, mi padre me traicionó. Me mandó a la iglesia y me animó a ser una devota creyente. Hubo un tiempo en que llegué a pensar en hacerme monja.

—Estoy contento de que no lo hicieras.

Ella sonrió.

—De todos modos, pienso que la religiosidad de mi padre era un fraude. O que, si era sincera, estaba en plena contradicción con sus actos. Así que yo también lo traicioné a él. Yo tenía un deber que cumplir. Mi vida entera había sido cómoda. Siempre viví en medio del lujo, y aún sigo así. Podría comprar este hotel si deseara hacerlo. La calle entera. Créeme, no tienes ni idea de lo enorme que es nuestra fortuna. Y yo le debo toda mi comodidad a algo degradante, envilecedor, repelente. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Me encuentras repelente ahora?

—¿A ti? ¿Por qué?

—Porque ahora yo también formo parte del juego.

«Éste es el momento —pensó Maria—, el momento de decírselo». Pero no pudo hacerlo, y el momento pasó.

—No, tú no formas parte de esto. Sólo estás involuntariamente complicado.

Hicieron el amor de nuevo. No de modo tan desesperado como antes, sino despacio y con gran cuidado. En el espejo, vio la espalda y la cabeza de Jack cuando éste se puso sobre ella, como si estuviera empotrado profundamente en el cristal, como si el cristal fuera a convertirse en algo eterno, con su propia dimensión, como si ella estuviera al mismo tiempo fuera del espejo y de su piel, como un fantasma que se limitaba a observar, pero que era arrastrado al orgasmo por un cuerpo que había creído descartado.

Ella le mostró cómo podía marcharse sin que Norman se diera cuenta. El hotel Brown tenía dos entradas, una por la calle Albemarle y la otra en la calle Dover. Norman lo esperaba sentado en el salón cerca de la primera de las entradas. Jack no tuvo más que evitarlo y salir por la otra.

Maria esperó casi una hora, para que Jack tuviera tiempo de abandonar la zona.

Le había dado dinero suficiente para resistir durante varios días, y le dijo que si necesitaba más podía ir a la agencia del Deutsche Bank de la Bishopsgate, donde le darían más dinero si lo necesitaba. No tenía más que pedirlos. Maria estaba devolviéndole la libertad, pero ambos sabían qué poco valor tenía.

Eran más de las dos cuando Maria bajó para decirle a Norman que Jack se había ido. El salón estaba vacío y a oscuras en su mayor parte. Norman estuvo sentado allí todo el tiempo y alguien cuidó de que el fuego de la chimenea no se apagara, aunque ahora estaba a punto de extinguirse. Parecía estar dormido. Maria cruzó el vestíbulo de puntillas para evitar despertarlo repentinamente. Norman estaba muy quieto, echado un poco hacia adelante en su sillón, que quedaba parcialmente en las sombras.

—Norman —susurró.

El hombre no se movió. Ella repitió su nombre, en voz algo más alta esta vez. Le tocó el brazo suavemente.

Al hacerlo, el cuerpo cayó hacia atrás. Maria vio el corte en su cuello, la línea roja que iba de la oreja izquierda a la derecha. Cuando le dio la luz, descubrió que su traje y su camisa estaban llenos de sangre por delante. Supo, también, que no debía gritar, que tenía que volver a su habitación rápidamente, sin llamar la atención, sin que nadie la viera, y cerrar la puerta con llave. Cuando se levantó, oyó unos pasos que se aproximaban por el pasillo exterior.

Al dejar el Brown, Jack apenas si tenía una ligera idea de lo que iba a hacer. Lo único que sabía era que tenía que alejarse de todo el mundo, de Felix, de Parker y, en cierto modo, incluso de Maria, y tratar de poner en orden sus ideas. Caminó casi sin rumbo por Mayfair hasta llegar a la calle Oxford y después se dirigió hacia el oeste, por la calle Edgware. De vez en cuando pasaba un taxi, pero no intentó detenerlos. ¿Qué dirección iba a darle al taxista? Si Rosewicz tenía razón, las casas de sus amigos estarían sometidas a vigilancia. Sonaba un tanto inverosímil, pero no podía permitirse correr el riesgo. En realidad no tenía idea de lo que aquella gente podía hacer.

Una vez o dos tuvo la impresión de que era seguido. Creyó oír pasos detrás de él, pero dondequiera que mirase nunca vio a nadie. Finalmente desechó sus sospechas achacándolas a su estado de nervios y a los trucos que la oscuridad y el silencio pueden jugar en las calles de una gran ciudad a tan avanzadas horas de la noche.

Sin saber cómo se encontró en una calle larga en la que abundaban los hoteles baratos. Algunos tenían pequeños carteles en sus ventanas anunciando HABITACIONES LIBRES. Tenía frío y se sentía cansado y perdido. Maria parecía haber quedado muy lejos, como un sueño que se recuerda cuando se está a punto de quedarse dormido. Subió las escaleras de entrada de un hotel a su izquierda, un establecimiento llamado Goya, y tocó el timbre. A través de la puerta de cristal pudo ver el vestíbulo de entrada en semipenumbra. Distinguió un tablero de avisos en el que se habían sujetado con chinchetas algunos mapas y circulares. En un pequeño estante había folletos de la oficina de turismo y prospectos de los teatros. La pared estaba adornada con un calentador de cobre. No acudió nadie. Volvió a llamar. El timbre resonó en algún lugar, al final del vestíbulo.

Se encendió una luz. Poco después, una mujer llegó al vestíbulo. Vestía un camisón de color rojo, sobre el que se había echado un grueso jersey. Era alta, con pómulos salientes y el pelo liso y cano. Lo miró a través de la puerta y torció el gesto, después quitó la cadena de seguridad, descorrió la llave y abrió la puerta.

—¿Es que no le han dado una llave?

—¿Una llave? No, se confunde. No soy uno de sus huéspedes. Pensaba que podía tener una habitación.

—¡Jesús! ¿Tiene idea de la hora que es?

—Lo siento, perdí el reloj.

—Son casi las tres de la madrugada.

—Lo siento, pero he visto el cartel de habitaciones libres. Pagaré por adelantado.

—Vaya que si lo hará. ¡Venga, entre, por amor de Dios, está helando!

Lo condujo a una pequeña habitación en la parte delantera.

—¿Es usted irlandés? —le preguntó al inclinarse y ver su nombre en el registro.

—Sí —respondió, y advirtió que su voz vacilaba—. ¿Hay algún problema?

Ella agitó la cabeza; pero él supuso lo que estaba pasando por su mente. Irlandeses perdidos por Londres sin equipaje, llamando a las puertas de un hotel a primeras horas de la madrugada eran, sin duda, merecedores de una buena mirada de sospecha.

—Tome, y diez libras más por haberla despertado —dijo Jack.

La mujer las cogió y, sin darle las gracias, se metió el billete por el escote de su camisón.

—Lo pondré en la habitación siete. Hará un poco de frío a estas horas, ¿le importa?

—Estará bien.

—El desayuno es desde las siete hasta las nueve. Ni un minuto más. Yo nunca me hago esperar y nunca espero, ésa es mi consigna. La habitación es suya hasta las once. Si pasa de esa hora, le cobraré un día más.

Le entregó la llave y le enseñó la habitación. Vio cómo lo observaba con curiosidad mientras cerraba la puerta, tratando de conservar su rostro en la memoria por si acaso llegaba alguien por allí haciendo preguntas. Desgraciadamente, pensó Jack, es bastante posible que alguien lo haga.

Durmió con la camisa y el pantalón puestos a causa del frío. A mitad de la noche, supuso que serían las cuatro o las cinco de la madrugada, se despertó sudando. Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos. Las sábanas de poliéster eran ásperas y desagradables al tacto. Al otro lado de la ventana había comenzado ya el tráfico de primeras horas de la mañana. Un camión de vez en cuando, numerosas motos. Pensó en Maria. No le resultaba difícil de adivinar que Maria intentó explicarle que no debían volver a verse, pero se sintió dichoso al ver que le había faltado el valor para decírselo. No podría negarse a otro encuentro si él volvía a reunirse con sus jefes del servicio secreto. Estaba decidido a convencerla de que lo dejara todo, abandonara a su marido y se trasladara a Israel con él.

Volvió a dormirse y soñó, pero no con Maria, sino con Caitlin. Cuando se despertó no podía recordar nada del sueño, salvo el sonido de su voz pronunciando el nombre de Caitlin. Ella había sido la única mujer con la que se había acostado hasta aquella noche; le causaba miedo pensar que podría perderla ahora, que sus sentimientos por Maria pudieran arrojar a Caitlin fuera de su memoria. Y con ella, tal vez, mucho de lo que recordaba de Siobhan. Y pensó que eso sería insoportable.

Bajó a desayunar a las ocho y media. La patrona le dejó un sucio mapa de Londres y dedujo que estaba en Sussex Gardens, cerca de la estación de Paddington. Mientras doblaba el mapa, recordó que el cementerio de Paddington no estaba lejos de allí. De golpe volvió el recuerdo de su sueño y supo lo que quería hacer.

Un taxi lo llevó a la calle Tennyson. Recordaba haber llegado allí con Caitlin hacía años para visitar la tumba de los padres de su esposa. Ése fue el único contacto que tuvo con su familia. La noche pasada soñó que volvía a estar allí con ella, pero cuando se volvió para hablarle, un sepulturero le dijo que ella también estaba en la tumba. Ahora, en un esfuerzo por tranquilizar su mente y dejarla descansar un poco, decidió buscar para saber si tenía más hermanos o hermanas, tíos o tías. Las preguntas de Felix le habían inquietado. Si Caitlin conservaba algunos parientes vivos, Jack necesitaba preguntarles sobre la mujer con la que estuvo casado.

En el cementerio, el espíritu navideño se dejaba ver por todas partes. Los vivos habían llevado coronas de flores y macetas con la flor de la Pascua a sus muertos. Las tumbas tenían un aire más festivo, con las bayas rojas y hojas de color verde oscuro, y las ramitas de muérdago para un corazón amado. El aire era seco y frágil, claro como el cristal. Si se quedaba muy quieto, si contenía la respiración y cerraba los ojos, podía sentir que el cristal se quebraba, trozo a trozo, y él y Caitlin estaban debajo, cogidos de la mano. Una rama de muérdago para su tumba. Hacía años que no visitaba la tumba por Navidad, pero unos meses antes, en Semana Santa, estuvo allí.

Tardó casi una hora en encontrar la tumba. La inscripción no se había desgastado, pero tampoco se le habían añadido nuevos nombres. James Patrick Nualan, nacido el 30 de mayo de 1915, muerto el 27 de junio de 1975. Su amada esposa Mary, nacida el 12 de enero de 1917, fallecida el 17 de octubre de 1977. Con Jesús. Debajo, un Sagrado Corazón grabado en la lápida. Había una corona reciente sin nombre apoyada en ella. Alguien había estado allí. Alguien se preocupaba.

Tomó otro taxi y mandó que le condujese a las oficinas del cementerio, en la calle Clifford.

—Quisiera algunos detalles sobre una tumba del cementerio de Paddington —le dijo al director, un hombre joven que tosía con frecuencia.

—Eso puede resultar difícil.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros y tosió de nuevo.

—Nosotros compramos el cementerio en el ochenta y seis al Ayuntamiento de la City of Westminster tal y como estaba. Eso fue antes de que vendieran el resto de sus cementerios por una libra cada uno. El caso es que el archivo del cementerio de Paddington se guarda en dos lugares, parte de él aquí y la otra en una cámara acorazada en el propio cementerio. Sin ninguna lógica. Unos documentos aquí y los otros allí. Realmente, será cuestión de suerte.

Jack le dio los detalles de la tumba. La primera búsqueda no reveló nada.

—¿Cuánto tiempo ha dicho que hace?

—Uno fue enterrado en 1975, otro en 1977.

—En ese caso, vayamos a Paddington. Quizá tengamos suerte.

La tuvieron. La ficha estaba archivada en la habitación blindada con los nombres

de los parientes más próximos: Terence y Jean Nualan, 16 Eversholt Villas, en Camden Town. Terence había pagado por la lápida, obra de un marmolista de Primrose Hill.

Otra corta carrera en taxi lo llevó a Eversholt Villas, un conjunto de casas mal conservadas cuyos habitantes trataban de darles el aspecto de tiempos mejores, sin lograr más que el efecto contrario. Los propietarios habían ido a hacer su peregrinaje habitual de los sábados a Dickens y B&Q, de donde regresaban con persianas y puertas de estilo georgiano. Uno de ellos traía un juego completo de ventanas victorianas con sus paneles de mosaico de vidrio de colores. Falsos estilos se unían luchando entre ellos por ver el que más destacaba en la misma casa: tudor con georgiano, victoriano con ultramoderno. Llamó a la puerta de la casa número 16, una combinación de Gaudí y Nash.

Un muchacho de unos doce años le abrió la puerta. Era un chico corriente, vestido con un pantalón corto desgastado, unas zapatillas con la suela de goma y una gorra de béisbol en la cabeza.

—¿Sí?

—¿Está en casa el señor Nualan?

El chico se lo quedó mirando con el labio torcido.

—¿Quién pregunta por él?

—Quiero hablar con él. No me conoce.

—¿Es usted del Servicio Social?

—¿Tengo aspecto de serlo?

—Sí.

—Me llamo Jack Gould. ¿Tu padre es Terence Nualan?

—Podría ser.

—Mira, chico, no vengo aquí a causar problemas. Sólo quiero preguntarle algo sobre tus abuelos.

—¿Cuáles?

—Sus padres.

—Están muertos.

—Sí, ya lo sé.

Se oyó un grito en la parte de atrás del recibidor.

—¡Kevin! ¿Quién es?

—Un hombre con abrigo. Quiere preguntarte algo.

Un hombre salió de lo que Jack supuso que debía ser la cocina. Llevaba una taza grande de té en una mano y en la otra un bocadillo. Un hombre alto, de cuello delgado, con la barriga propia del bebedor de cerveza y el pelo grasiento. Sin el menor parecido con su hermana. Algo comenzó a morir en Jack.

—¿Terence Nualan?

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Ése es mi nombre. ¿Qué quiere usted?

Jack pudo advertir los últimos vestigios de acento irlandés. El de Caitlin había sido mucho más marcado, aunque más culto.

—Me llamo Gould, Jack Gould. Me gustaría hablar un poco con usted de su hermana, de Caitlin. Eso es todo.

El hombre no se movió de donde estaba. Un poco de *ketchup* resbaló desde el bocadillo a su mano. Lo lamió.

—¿Caitlin? ¿Quién puñetas es Caitlin?

Jack sintió como si alguien le diera una puñalada.

—Usted es hijo de James y Mary Nualan, ¿no es así?

Nualan asintió.

—¿De James y Mary Nualan enterrados en el cementerio de Paddington?

—Mire, señor, ¿a qué viene todo esto? Tengo cosas que hacer.

—Lo siento, pero es importante. ¿Murieron sus padres en 1975 y 1977 y están enterrados en el cementerio de Paddington?

—Ya le he dicho que sí. ¿A qué viene todo esto? ¿Es usted policía?

—No, nada de eso. Es algo personal. Yo conocía a alguien llamada Caitlin Nualan. Me enseñó esa tumba, la de sus padres, hace unos años. Vinimos a Londres y ella me llevó allí. Me dijo que eran sus padres.

Los ojos del hombre se contrajeron.

—¿Está tomándome el pelo o qué?

—¿Tiene usted una hermana? Tal vez se llama de otro modo. No Caitlin sino algo parecido.

—Soy hijo único. No hay otros. Ni hermanos ni hermanas. Mi madre no podía tener más hijos, y eso le rompió el corazón. ¿Por qué viene usted aquí con esas estúpidas historias sobre hermanas? Porque si intenta...

Jack movió la cabeza. El puñal estaba destrozándolo por dentro.

—Debo haberme equivocado, eso es todo —dijo—. Quizá sea otra tumba. Quizá estuve en una tumba equivocada. Siento mucho haberle molestado.

Se dio la vuelta y volvió a la calle. El chico cerró la puerta tras él, maldiciendo entre dientes. Jack se alejó. Estaba convencido de que no se trataba de una tumba errónea. Y mientras se alejaba de allí, pensó que comprendía el porqué de todo aquello.

—No puedo volver.

Maria estaba sentada en una habitación de la casa de su agente en Kensington. Felix y Parker se encontraban con ella, y un tercer hombre, cuyo nombre ella no conocía. Su agente, Jacques la Charité, era canadiense de nacionalidad, pero había figurado en la nómina de al menos tres servicios de inteligencia distintos desde mediados de los sesenta. La primera vez fue reclutado por el servicio de contraespionaje canadiense para que, con ayuda de algunos de sus hombres, se encargara de vigilar y de proteger el escenario durante la visita a Toronto del *ballet* del Bolchoi. Después de trasladarse a Londres, en 1974, se pasó al servicio británico con un cometido semejante y, al mismo tiempo, su conocimiento del francés lo hizo útil para algunas misiones al otro lado del canal de la Mancha. Felix pensó en él de inmediato al darse cuenta de que necesitaría un enlace entre él y Maria. La cobertura era perfecta, puesto que Jacques dirigía una de las mejores agencias musicales de la ciudad, así que no había conflictos y su relación con Maria quedaba plenamente justificada por razones profesionales.

—Tienes que hacerlo, querida. No te queda otra elección.

Felix estaba furioso, pero hacía grandes esfuerzos para conservar el control. Sin embargo, a medida que continuaba la conversación, iba dándose cuenta de que el control empezaba a resbalarle de sus manos. Uno de sus mejores hombres había sido brutalmente asesinado bajo circunstancias que provocaron una crisis de dirección de lo más delicado. Las imprecaciones del director del Brown aún resonaban en sus oídos. Y el peón más importante en su partida había huido. Y, por si fuera poco, la agente en la que tenía plena confianza en lo que se refería al conocimiento interno de lo que hacía o preparaba la Liga estaba diciéndole que no podía regresar a Alemania.

—Sí, ahora tengo la oportunidad que necesito —alegó Maria pacientemente—. Cuando esto empezó, me dijiste que si quería marcharme, no tenía más que decírtelo y así se haría.

—No es tan sencillo como crees. Hemos llegado al punto más crítico de la operación. No puedes dejarnos, precisamente ahora.

—Me dijiste que el servicio me proveería de una nueva identidad y de un lugar al que ir. No me importa dónde sea, Australia, Nueva Zelanda, es igual, con tal de poder salir de esto y llevarme a Paul conmigo. Tengo dinero más que suficiente en una cuenta suiza. Sólo necesito que hagas las cosas que prometiste. Es algo que yo no puedo hacer sola.

—Estoy realmente desilusionado, Maria. —Ahora era Parker el que hablaba. Estaban tratando con ella por turnos, mientras que el tercer hombre observaba—. Nunca pensé que nos dejarías colgados de este modo.

—¿Dejaros colgados? ¡Dios mío, es de mi vida de lo que estamos hablando! Si vuelvo allí, puedo darme por muerta. ¿No lo comprendéis?

—No creo que puedas asegurarlo.

—¿No lo crees así? Entonces, ¿quién mató a Norman?

—No lo sabemos, pero creo que no fue Karl. Es demasiado espantoso. Apostaría todo mi dinero a que fue uno de los hombres de Kossenkova.

—Pero no lo sabes con seguridad. Y si te equivocas, me encontrarás también a mí con el cuello cortado.

—Maria. —Quien habló fue el tercer hombre, al que ella no conocía, ni siquiera por su nombre de trabajo. Decir que iba bien vestido sería quedarse un poco corto. La verdad es que tenía un aspecto impecable. Maria pensó que no sólo debía ser un jefe sino alguien situado muy alto en la escala de los altos ejecutivos. Antes que él, su padre y su abuelo supieron cómo exigir la misma atención con una sola sílaba, con un solo nombre.

»Le ruego que me escuche. —Hablaban casi con pereza, como si quisiera hacer creer que sus pensamientos estaban concentrados exclusivamente en una sola cosa. Y se las arregló para causar una impresión de tensa seriedad. Esto se debía, siguió pensando Maria, a que su actitud parecía indicar que lo que decía era de mucha importancia. Y no sólo para la persona que lo decía, sino también para aquella a la que iban dirigidas sus palabras. En este caso, no para él sino para ella.

»No es necesario que te diga lo importante que es este asunto. Sabes de él casi tanto como nosotros. La Liga está próxima a alcanzar una posición de la que no ha disfrutado desde la última guerra. Por lo que sabemos, es incluso posible que ya la haya alcanzado. Y en poco tiempo serán inexpugnables. No estoy hablando a la ligera, pero me pregunto si comprendes exactamente lo que quiero decir.

Ella no respondió nada. No eran simplemente los modales del hombre, sino también sus ojos. No eran penetrantes, ni fríos, ni febriles, sólo tristes. Era un poco como mirarse al espejo.

—Podrán situar a su gente donde quieran. Unos cuantos al principio, después otros, cuando no estemos mirando. Es posible que nunca sepamos dónde están situados. Conocemos sólo el centro, pero no la periferia. Eso es, al mismo tiempo, nuestra fuerza y nuestra debilidad. Si podemos destruir su cabeza, el gran octópodo morirá por sí mismo. Si no lo hacemos así, seguirá creciendo, sin que nosotros sepamos realmente dónde o cómo, hasta que sea demasiado tarde.

Hizo una pausa. Felix lo miró con admiración.

—Estamos razonablemente seguros de que ya ocupan puestos claves en el Vaticano. Cuentan con industriales como tu marido en diversos países. Tienen en su bolsillo a alcaldes y a parlamentarios. ¿Tengo que continuar?

»En cierto modo, el pergamino es la clave de su éxito. Tanto si eligen publicarlo como ocultarlo, eso no significará gran diferencia siempre que sean ellos los que de un modo u otro tengan el documento bajo su control. Por eso tenemos que saber si el

pergamino ha caído ya en sus manos o no.

Hizo una pausa y miró a Felix.

—¡Vamos, díselo! —ordenó.

Felix se alisó la corbata, un gesto nervioso que conservaba desde sus días de escolar.

—Berchik ha muerto —la informó—. Los servicios secretos judíos encontraron su cuerpo ayer, oculto en una cueva próxima a Qumran. Tal vez se trata de una especie de declaración poética. No lo sabemos. Pero el pergamino ha desaparecido. Su piso en Tel Aviv fue registrado concienzudamente. Sus parientes en Israel han sido interrogados discretamente. El hallazgo de su cuerpo sólo sirve para confirmar nuestros temores. O Kossenkova o tu padre tienen el pergamino. Estamos seguros de que no hay nadie más involucrado en el asunto. Debemos saber quién de ellos lo tiene antes de que dispongan de tiempo suficiente para aprovecharse de su posesión.

El tercer hombre volvió a hablar dirigiéndose a Maria.

—Estarás bajo protección las veinticuatro horas del día. Todo lo que digas o hagas será grabado. A la primera señal de posible violencia, acudirá un equipo en tu ayuda. Ni tu marido ni tu padre emprenderán nada contra ti mientras estés con tu hijo. Quédate junto a él la mayor parte del tiempo posible.

—¿Y esperáis que encuentre el pergamino en tales condiciones? Ni siquiera sé qué aspecto tiene. No sabría distinguirlo entre todos los que mi padre tiene en su colección.

—No, no esperamos que lo encuentres —le aclaró Felix—, pero puedes estar segura de que tu padre y Karl no podrán ocultar su alegría si lo tienen. Si no es así, estarán tensos y nerviosos preguntándose si Kossenkova lo tendrá en su poder.

—No es un modo nada fácil de averiguarlo.

—No, no lo es, pero es el único que tenemos.

—Maria —de nuevo la voz del tercer hombre, todavía suave—, si no regresas junto a ellos, tendrán la certeza de que sus sospechas son ciertas y los has traicionado. Te arrebatarán a Paul y se asegurarán de que nunca vuelvas a verlo. Y dejo a tu imaginación lo que harán con Jack. La responsabilidad es tuya. Eres tú quien debe decidir, pero nosotros podemos ayudarte. Piénsalo.

—¿Es una amenaza?

—Claro que no. ¿Cómo podría serlo? ¿Por qué razón íbamos a amenazarte?

—¿Por qué no habríais de hacerlo?

—Porque nosotros no trabajamos de esa forma, Maria. Y tú lo sabes. —La voz de Parker sonó indignada, como si hubiera sido insultado personalmente.

—¿Que yo lo sé? ¿Qué sé yo de vuestro trabajo?

—Tienes razón. —El hombre delgado seguía tratando de imponer su curso entre Felix y Parker—. No sabes nada de nosotros. Pero sabes mucho de tu padre, de Karl y de sus asociados. Ya sabes algo, al menos, de lo que son capaces. Sabes que tengo razón en lo de Paul. Es el heredero de tu marido. El heredero del imperio de los Von

Freudiger. ¿Hasta qué punto crees que podrás conservar a tu hijo sin nuestra ayuda? ¿O es que piensas abandonarlo?

Maria no respondió. Unos segundos sin Paul eran una tortura para ella. Y sabía que también lo era para él. Cuando se dio cuenta de que la abandonaban las fuerzas para luchar, se dejó caer en la silla.

—Vigilancia las veinticuatro horas, ¿no es eso lo que habéis dicho?

—Te daremos un pequeño micrófono oculto. De ese modo, nuestra gente podrá controlar todo lo que pase. Quiero que insistas en pasar el Año Nuevo en la casa de tu padre en París. Si tienen el pergamino, Karl será el primero en querer ir.

—¿Y qué pasará con Jack?

—Eso será más difícil de solucionar. Gracias a ti, no tenemos idea de dónde pueda estar.

Maria vaciló. Parecía como si para salvarle la vida no tuviera más remedio que traicionarlo.

—Tenemos un acuerdo —explicó—. Un lugar donde dejar una carta si queremos comunicamos. Irá allí esta noche para ver si tiene alguna, o para dejarla.

El hombre delgado sonrió. Las cosas no estaban resultando tan difíciles como había temido.

El Serpentine^[12] estaba vacío. No había lanchas ni pequeños yates, ni pescadores, sólo algunas parejas paseaban a lo largo de la senda que va desde el Dell a Kensington Gardens. Un viento frío soplaba sobre el agua. Trozos de papel volaban y caían. En la distancia, Londres se alzaba tranquilamente sobre los árboles.

Maria lo esperaba junto al lago. Las pequeñas olas rompían su reflejo en el agua. Aunque oyó cómo se acercaban sus pasos, no dijo nada hasta que él estuvo exactamente a su lado. Sintió que las manos de Jack tomaban las suyas.

—Creí que estabas en Alemania —empezó Jack.

Maria movió la cabeza.

—Me voy esta tarde. Pero tenía que verte primero. Vamos a pasear un poco.

Con su mano todavía en la de él, comenzó a caminar por la senda que rodea el lago.

—No puedes seguir huyendo, Jack. Necesitas documentos y dinero. Yo puedo darte lo segundo, pero sin documentos de identidad no podrás sacarlo del banco. No tengo posibilidades de facilitarte ninguna prueba de identidad.

—Ya me he ocupado de eso yo mismo —replicó.

Lo miró sorprendida.

—Estuve en la embajada irlandesa —explicó—. Les dije que había perdido mi pasaporte. Me informaron que necesitaba presentar un certificado de la policía que justificase que había denunciado la pérdida. Ése fue el movimiento más peligroso. Ahora, en Dublín están comprobando mi identidad y tendré el pasaporte en una semana más o menos. Me cuesta cuarenta y nueve libras. —Su comportamiento era extraño, casi desagradable, como si estuviera distraído o enojado por algo.

—Tendrás que ir a buscarlo —observó Maria—, y eso puede ser arriesgado.

—Tú misma has dicho que no era fácil conseguirme una documentación.

Continuaron andando como dos amantes adúlteros que no tienen adonde ir, ningún lugar seguro y cálido, ni siquiera una cama en un cuarto vacío.

—¿No has tenido ya tiempo suficiente?

—¿Tiempo suficiente?

—Para aclarar tus ideas, como querías hacer.

—No —respondió Jack—. Son demasiadas las cosas en las que tengo que pensar.

—¿Qué cosas?

Jack se detuvo y se volvió para mirarla cara a cara.

—Entre otras, por qué me mentiste sobre tu hermana. Por qué me mintió tu padre. Ambos lo sabíais todo desde hacía tiempo.

Ella lo miró atónita y en silencio. Él la observó y supo en seguida que por fin

había descubierto la verdad.

—Yo... Yo no tenía otra elección —tartamudeó—. Mi padre...

—¿No tenías elección? Por lo visto nunca tuviste elección. No pudiste elegir con quién casarte, ni cómo vivir tu propia vida. Pero eso no es cierto, tuviste oportunidades, y todavía las tienes. Todo el mundo las tiene.

Maria bajó la cabeza.

—Sigue andando. Hace frío aquí.

Caminaron un poco más. Junto a ellos pasó un hombre que sacaba a pasear su perro. En la distancia, jugaba un grupo de niños.

—¿Cómo lo has averiguado? —preguntó Maria.

Le habló de su visita al cementerio, de su encuentro con Terence Nualan.

—¿Por qué no me lo dijiste, Maria? Cuando estábamos en *Summerlawn* podías habérmelo dicho.

—¿De qué hubiera servido?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá hubiese servido de algo.

—Yo sabía cómo era mi padre y quién era. Quise advertirte.

—¿Por qué se cambió de apellido Caitlin? ¿A qué todo este misterio? Ah, de paso, ¿cuál era su nombre de pila verdadero, Caitlin o Katerina?

—Caitlin. Ése era su nombre auténtico. Odiaba a su padre, a nuestro padre. Creo que descubrió algo de su pasado. Nunca me lo dijo. Ahora desearía que me lo hubiera contado, pero entre nosotras había una diferencia de edad de varios años y debió pensar que yo era demasiado joven como para decirme cosas como aquéllas.

»Dejó el hogar a los dieciocho años para estudiar en el Trinity College. Creo que eligió lenguas semíticas deliberadamente, como una especie de desafío a nuestro padre, que era un orientalista aficionado. Estaba dispuesta a llegar a ser alguien. Nuestro padre siempre la despreció, aunque no sé por qué. Era inteligente... bueno no creo que tenga que decírtelo a ti. Pero a mi padre no le gusta la inteligencia en las mujeres. Puede aceptar cualquier otra cosa, como el talento musical, por ejemplo, que se adapta a sus ideas preconcebidas. Pero las habilidades académicas, científicas, el talento para un trabajo mental duro, siempre los considera como una prerrogativa masculina. Mientras mejor se comportaba Caitlin en la escuela, cuanto más altas eran sus notas y cuantos más elogios le dedicaban sus profesores y profesoras, más la odiaba él.

»Su decisión de estudiar hebreo y arameo fue la gota que colmó el vaso. Prácticamente nuestro padre la echó de casa. Creo que, para ella, aquello debió de ser un alivio. Tenía su propio dinero, de la herencia de nuestra madre. Y te encontró. Yo estaba enterada. Al principio confiaba en mí y solíamos encontrarnos secretamente en Dublín. Pero él lo descubrió y me prohibió volver a verla. De no haber sido así, tú y yo nos habiéramos conocido hace ya mucho tiempo.

Hizo una pausa y lo miró. Por todo lo que ella sabía, se había perdido toda

esperanza de una relación entre ellos; sin embargo, no podía soportar la idea de perderlo. Al fin y al cabo, ser amada era importante.

—Nunca volvió a hablar con ella después de que le escribió diciéndole que ibais a casaros. Fue ignorada como si hubiera muerto. En casa nunca más volvió a mencionarse su nombre y me prohibió que me refiriera a ella. Naturalmente lo sabía todo sobre ti. Contrató a hombres para que te investigaran. Creo que estuvo a punto de hacerte matar.

Jack recordó el supuesto intento de robo sufrido en París.

—¿Matarme? ¿Por qué? ¿Porque me había casado con Caitlin?

—No, porque eres judío. Medio judío.

—No obstante, fue él quien me invitó a *Summerlawn*.

—Para entonces, Caitlin ya había muerto y él había descubierto que podías serle de utilidad. Sabía muchas cosas sobre ti y hasta creía que podía confiar en ti. Pienso que era una especie de revancha por lo que le había hecho a ella. Él, el aficionado, podía hacerse con el control, podía emplear al profesional para que trabajara para él. Tú serías su ayudante, sin llegar a saber nunca quién era él realmente. Y creo...

Se detuvo. El viento golpeaba el agua por el lado de Maria y enviaba pequeñas olas a la orilla. Un avión voló por encima de ellos, muy alto, sin ruido.

—¿Sí?

—Creo que él sabía lo que iba a ocurrir. Que te enamorarías de mí. El único fallo en sus cálculos fui yo. No sé si alguna vez pasó por su mente la idea de que también yo podía enamorarme de ti. Él me vio siempre y exclusivamente como una mujer, y a su juicio, las mujeres nunca pueden tomar la iniciativa. Para hombres como él, nosotras somos seres pasivos, objetos al servicio de los sentimientos de los hombres, incapaces de formar nuestros propios sentimientos o de actuar de acuerdo con ellos.

Continuaron andando por el túnel en dirección a Kensington Gardens.

—Norman ha muerto —le informó.

—¿Norman?

Cerca de ellos había un banco. Se sentaron mientras ella le explicó lo sucedido.

—Quieren que vuelva al lado de Karl —añadió después de haberle contado la muerte de Norman.

Le habló un poco más del asunto.

—Es demasiado arriesgado —opinó Jack.

—Tengo que hacerlo. Por el bien de Paul.

—No le serás de mucha ayuda si estás muerta.

Sin avisarle, Maria se inclinó y lo besó con fuerza en los labios. Después se separó, de manera que sus labios rozaron las mejillas de Jack, y rápidamente le murmuró algo en su oreja. En ese momento vio a un hombre que se acercaba a ellos por la derecha: Felix. Miró a su alrededor y vio, también, que Parker se aproximaba por la izquierda.

—¡Por favor, Jack! —le suplicó Maria—. Ve con ellos. Es por tu propio bien. Y

recuerda que te amo tanto como pudo amarte Caitlin.

Essen Alemania. 29 de diciembre de 1992

Terminó de leer y dejó el libro. Era una lástima que no pudiera decirle a su hijo quién se lo había comprado. No, todavía no. Tal vez nunca. Ella no esperaba volver a ver a Jack. Paul estaba tan pálido aquella noche que no pudo por menos de preguntarse si habría cogido un resfriado. El niño se mantuvo distante de ella desde su vuelta.

—¿Te encuentras bien, Paulchen?

—Estoy perfectamente.

Maria extendió una mano para tocar su frente, pero Paul la esquivó.

—¿Qué pasa contigo, *Liebchen*? Normalmente no te comportas así conmigo. Se supone que somos amigos, ¿no lo recuerdas?

—No me gusta que te vayas —dijo el niño.

—Lo sé. Tampoco a mí me gusta irme. Te llevaría conmigo si pudiera, pero ya sabes que a tu padre no le gusta. Hablaré con él. Es posible que te deje venir conmigo la próxima vez que vaya de viaje. Ya verás cuántas cosas se pueden ver en Londres.

—*Mein Vater...* —Al pensar en su padre, Paul comenzó a hablar en alemán, pero en seguida se dominó y continuó en la lengua de su madre—. Papá dice que tengo cosas que hacer aquí, que debo quedarme para ayudarlo.

—Sí, claro, tienes que ayudarlo. Pero tienes que ir al colegio antes de que puedas empezar a trabajar.

—Papá dice que tendré un colegio para mí solo. Que él mismo me enseñará.

Maria lo miró extrañada.

—No me ha dicho nada de eso a mí. No me parece una buena idea. Hay un bonito colegio en Essen al que irás el año que viene. Y estoy segura de que papá te ayudará a hacer tus deberes.

Paul movió la cabeza.

—No, no es eso —le replicó a la madre—. Dice que tengo una tarea que hacer, trabajar por el Reich.

Maria sintió que le dolía el corazón.

—¿El Reich? ¿Es eso lo que te ha dicho?

El niño afirmó.

—¿Sabes lo que significa?

—No —respondió—, papá dice que me lo enseñará. Pero yo no le quiero a él tampoco.

—¿Por qué no?

—Porque siempre me grita y me riñe. Y cuando tú no estás, no me permite dejar encendida la luz pequeña de mi dormitorio durante la noche. Dice que tengo que aprender a ser un hombre. Me asusta.

Se dio cuenta de que su hijo se volvía cada vez más agitado y nervioso.

—Acuéstate y deja que te tape. ¿Has rezado ya tus oraciones?

Paul negó con la cabeza.

—Bien, rezaremos juntos —dijo.

Pero su corazón seguía latiendo en otra parte.

Karl estaba abajo, en la biblioteca. Desde su regreso, sólo lo había visto unos instantes.

—He oído que el concierto estuvo bien —empezó Karl.

Maria afirmó con la cabeza. Su marido parecía estar en uno de sus escasos momentos comunicativos. Se sirvió una ginebra sola antes de responderle.

—Jacques afirma que fue un gran éxito. Se vendieron todas las localidades. Y lo que es mejor: tuvimos algunas críticas. Excelentes. Te las he traído.

El rostro de Karl pareció iluminarse.

—¿Críticas? ¡Qué delicioso! ¿*The Times*?

Maria agitó la cabeza riendo. Le costaba tanto trabajo reír allí...

—No, todavía no pico tan alto. En el *Ham and High* y una breve nota muy simpática en el *Standard*.

La luz se encendió.

—Bien, tendremos que asegurarnos de que la próxima vez el *The Times* escriba una crítica apropiada. Y el *Telegraph*. Hablaré de ello con Dietrich.

El rostro de Maria se ensombreció.

—¡Oh no, Karl! Prefiero que no lo hagas. Te he dicho en varias ocasiones que quiero hacer esto sola. Quiero que el triunfo, si lo obtengo, sea mío y no algo que tú o papá lográis para mí.

—Sí, sí, ya me lo has dicho muchas veces. Pero tengo que recordarte que el éxito no cae simplemente del cielo, hay que fabricarlo. No creas todo lo que lees sobre artistas desconocidos que llegan a la cumbre gracias a su talento exclusivamente. Créeme. Han hecho muchos amigos durante el camino. Y si se trata de mujeres, puedes estar segura de que se habrán acostado con una docena de hombres. Pero como tú no vas a acostarte con nadie que no sea yo, tendremos que compensar las cosas de otro modo.

—¿Y cómo piensas compensarme a mí por no dormir conmigo?

Maria tenía ya la respuesta, pero difícilmente podía decirle a su marido cuál —o quién— era.

Karl se negó a picar el anzuelo. Un caballero no permite que su esposa lo manipule hasta arrastrarlo a esas vulgaridades, especialmente, en una estancia en la que en cualquier momento podían entrar los sirvientes.

—Tu padre nos ha invitado a París para Año Nuevo —le informó—. Le dije que te lo preguntaría tan pronto como hubieras vuelto. Saldremos mañana, si te

encuentras con ganas.

Maria sonrió. No tendría necesidad de persuadir a Karl por sí misma.

—Sí, naturalmente —aceptó—. Me gustará. París siempre es maravilloso en Año Nuevo.

—¿Diferente a Essen?

Ella asintió.

—Sí, muy diferente.

—Nunca te gustó mucho Essen, ¿verdad? La encuentras una ciudad sombría, desanimada. Industrial.

—No, no es eso. Tampoco *Summerlawn* era un lugar muy animado. Yo sé cómo distraerme sola. Pero esto es muy agobiante. De todos, París es algo especial. Hasta Hitler lo creía así.

—¿De verdad? —Su respuesta fue más bien fría. No era algo habitual en el hogar de los Von Freudiger nombrar al fallecido Führer.

Maria se mordió la lengua. Había cometido un lapsus estúpido. ¿O era, simplemente, que cada vez se sentía más ansiosa, temerosa de que su última observación fuese mal interpretada?

—Bien, no importa —cortó Karl—. A tu padre le complacerá. Llevaremos a Paul. Y si quieres, podemos ir a la ópera una noche.

—Me encantaría.

—Entonces de acuerdo. Le diré a Magda que esta noche empiece a hacer el equipaje.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—¿Te he dicho que mi padre vendría a cenar con nosotros esta noche?

—No. ¿Hay alguna razón en especial?

—¡Oh...! Creo que quiere felicitarte por tu concierto.

Reinhold von Freudiger apenas si salía de su casa por la noche. Vivía solo con sus sirvientes en una pequeña casa a unos dos kilómetros de la de Karl y Maria. Durante algún tiempo, Karl trató de presionar a su padre para que se viniera a vivir con ellos, pero el anciano siempre rehusó hacerlo. Mudarse a vivir con Karl y su esposa sería una señal de dependencia. En tanto se mantuviera en buena forma física, continuaría donde estaba. Y, desde luego, su salud era perfecta y estaba en excepcional buena forma física y mental para su edad.

Una doncella les anunció la llegada.

—Herr Von Freudiger.

Reinhold entró en la biblioteca. Cruzó la habitación hasta donde estaba Maria, de pie, y la besó efusivamente en ambas mejillas. Maria se tranquilizó. Tuvo la impresión de que el anciano estaba de buen humor.

La cena pareció tener lugar a dos niveles. Por una parte hubo el usual cambio de

impresiones sobre los asuntos privados de la familia —había una estricta norma de no hablar nunca de negocios en la mesa—, y el relato de algunas anécdotas divertidas. Reinhold mostró interés por conocer algunos detalles del concierto, qué piezas había interpretado, por qué había elegido ésas y no otras, si tenía algún significado el que hubiese elegido dos obras póstumas, cómo fue recibida... etc... Contrariamente a Karl, Reinhold era un auténtico amante de la música, aunque algo limitado en sus gustos, y se sentía orgulloso de que su nuera fuera una pianista consagrada. En ese aspecto, la cena transcurrió amablemente.

Por otra parte, Karl y su padre parecieron dedicarse a intercambiar confidencias durante toda la cena, como si estuvieran comunicándose en una especie de código. Hubo veladas referencias a que ya había llegado «el momento de un cambio» o a que «había algo en el aire», que una larga espera estaba a punto de llegar a su fin. Todas esas cosas se dijeron sin la menor referencia a Maria, como si ella no estuviera allí.

Fue después de la cena, sin embargo, cuando las cosas comenzaron a hacerse abiertamente desagradables.

Se retiraron al pequeño saloncito para los *schnapps*. Maria los acompañó. Tenía conciencia del micrófono emisor que llevaba en la cintura sujeto con unas tiras de esparadrapo. Una razón más para agradecer a Karl que no durmiera con ella.

—Hemos decidido pasar el Año Nuevo en París con Stefan —le dijo Karl a su padre—. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Ya sabes cuánto se alegrará de verte.

—Soy demasiado viejo para viajar en esta época del año.

—Tonterías. De todos modos —Karl vaciló—, creo que tiene algo que le gustaría enseñarte.

Reinhold miró con dureza a su hijo. Una lenta sonrisa se alumbró en su rostro.

—¿Una... sorpresa de Año Nuevo?

Maria estaba segura de que su suegro había estado a punto de añadir algo más.

Karl asintió con la cabeza.

—Bien, quizá me decida a ir con vosotros. Me gusta estar en París en esta época del año. Hay algo mágico en la ciudad.

Karl miró a Maria.

—Entonces estás de acuerdo con Maria. Ha estado diciéndome lo mucho que prefiere París a Essen.

—Naturalmente que sí —la apoyó Reinhold—. ¿Quién puede preferir Essen a París? ¿O Nueva York a París? No hay comparación.

—También me ha dicho lo mucho que el Führer admiraba París.

—Eso es cierto. Amaba París, pero no a los franceses. La consideraba la ciudad más bella del mundo. Los Campos Elíseos sirvieron de modelo para la gran avenida que él quería construir cruzando el nuevo Berlín. El Führer era un hombre de buen gusto. Un amante del arte y de la música. Un visionario. Si sus proyectos no hubieran quedado reducidos a la nada por la guerra, ahora tendríamos bellísimos edificios por todo el país y no las horribles monstruosidades con las que esos llamados arquitectos modernos están castigándonos por todas partes.

—Perdóname —lo interrumpió Maria. Sabía que era una locura, pero algo le obligaba a actuar así—, yo siempre tuve entendido lo contrario: que el Führer era un hombre de un gusto bastante estrecho. Y de una inteligencia limitada. —Estaba dispuesta a no dejarse envolver en la tela de araña de un viejo nazi o sus reminiscencias de cierta era dorada.

—¡Completamente falso! —Las mejillas de Reinhold se enrojecieron, pero el anciano conservó todo el control de sí mismo. Maria nunca le había visto perder los nervios, ni siquiera cuando se le empujaba hasta el límite—. El Führer ha sido calumniado. Se han dicho muchas cosas malas de él. Los estúpidos británicos suelen burlarse de él diciendo que no era más que un pintor de brocha gorda llamado

Schicklgruber. ¡Qué idiotez! Era un pintor de talento. He visto muchos de sus cuadros, que él mismo me enseñó cuando le hablé de mi colección. Le compré un par de ellos.

—En realidad, no creerías que tenían verdadero mérito...

—¿Mérito? ¿Qué demonios es mérito? ¿Quieres decir que no era un gran pintor? Bien, yo no lo sé. Sólo soy un aficionado. Un hombre de negocios y no un crítico de arte. Pero ¿y tú? ¿Eres tú crítico de arte?

—No claro que no, pero...

—Entonces somos iguales. Yo soy un hombre de negocios y tú una pianista. Yo no estoy diciendo que el Führer fuera un gran artista, un Van Dyck o un Rubens. Era competente. Sin embargo, no es a eso a lo que estoy refiriéndome. Lo que quiero decir es que tenía una visión de artista. Una visión auténtica, no enferma. El arte moderno se ha convertido en una enfermedad, no puedes pretender otra cosa. Picasso, Pollock, Dalí... veían el mundo como dementes. ¿Dónde está la belleza en eso? ¿Dónde está la pureza? El Führer, sin embargo, tenía una visión genuina, una visión sana, aun cuando su técnica no siempre fuera la adecuada. Y podría decirse que su visión real era Alemania. O Europa. O el mundo.

Maria se estremeció.

—El mundo no es simplemente un lienzo en blanco para que alguien lo pinte. Tú...

Sin decir una palabra, el anciano se levantó y cruzó la habitación hasta un pequeño gabinete laqueado. Sacó una llave delgada de un bolsillo y la usó para abrir las puertas. Detrás había hileras de pequeños cajones, de uno de los cuales sacó una fotografía con marco de plata. Cruzó hasta donde estaba Maria y se la tiró sobre las rodillas. El marco rodeaba una fotografía en blanco y negro que mostraba a dos hombres estrechándose la mano con cordial entusiasmo. Uno de ellos era Adolf Hitler. Maria no hubiera podido adivinar quién era el otro.

—Hace cincuenta años —empezó Reinhold—, yo y decenas de otros hombres como yo nos vimos forzados a enterrar fotografías como ésta en cajones o cajas fuertes. ¿Puedes imaginarte lo que significa tener que negar lo que uno fue? ¿Traicionar la mejor parte de uno mismo? No, claro que no puedes. Tú no puedes imaginar tal lealtad, lo que significa, hasta qué punto uno puede traicionarse a sí mismo al traicionarla.

Volvió a su silla. Su cansancio habitual parecía haberlo abandonado.

—Ahora es tiempo de que me escuches tú a mí —continuó—. He estado callado y quieto durante casi cincuenta años. Todos nosotros nos hemos estado quietos. Avergonzados de nosotros mismos, de nuestro pasado. Judas de nuestra propia naturaleza. Vuestra generación ha sido educada en la mentira. Os han dicho que los alemanes eran un pueblo perverso, Hitler un hombre diabólico, un malvado. Sus asociados asesinos, monstruos genocidas. No sabéis nada de la verdad de lo mucho que hicieron por la humanidad, de lo que deseaban y por qué luchaban, de sus

esfuerzos y de lo que consiguieron. Y de lo que, cruelmente, les impidieron conseguir los judíos, los comunistas, los masones.

—Estoy segura de que no creerás todas esas tonterías sobre la conspiración judía. No al cabo de tanto tiempo, no después de...

Reinhold se volvió a su hijo.

—Es tu mujer. Dile que vigile su lengua. Debes hacer que muestre algo de respeto.

Karl se volvió a ella y le gritó:

—¡Cállate, Maria! Escucha a mi padre.

—No quiero oír esa basura. Yo...

—Tú vas a cerrar la boca y vas a escuchar. Si no lo haces, te prometo que voy a levantarte de la silla por los pelos y te azotaré con una fusta hasta que obedezcas. Hasta que te comportes como una mujer de tu clase, ¿está claro? ¿Está lo bastante claro para ti?

Era la primera vez que la amenazaba con usar la violencia física. Y se dio cuenta de que estaba decidido a hacer lo que decía. No se le ocurrió nada que decir, y él tomó su silencio por aceptación.

Reinhold continuó.

—Entonces fue como una visión. Todos tuvimos esa visión hasta que nos la robaron. Una nueva Alemania. Una nueva Europa. No una trucada República Federal construida por los norteamericanos. No esta monstruosa CEE, que cabalga por encima de la soberanía nacional, que ni siquiera permite que un estado haga sus propias leyes y actúe de acuerdo con ellas. La grandeza auténtica, real... Ése fue el sueño de nuestro Führer. Prosperidad real. No se trataba de una visión de fortuna material al estilo del sueño norteamericano. Nosotros soñábamos con una nueva raza de hombres. Nosotros éramos niños de la penumbra, pero sabíamos que acabaría por llegar el alba. Y cuando fuera así, el mundo estaría poblado por una raza pura de hombres y de mujeres dedicados a la virtud. A la verdadera virtud cristiana y a la unidad racial. ¿Desprecias esas cosas, Maria, como lo hace el resto de tu generación? ¿Miras con desprecio todo eso, la noción de pureza física unida a la fortaleza interna?

La miró con dureza y ella no contestó.

—Bien, ahora eso ya no tiene importancia. Vuestra generación tuvo su oportunidad. Alemania es una sentina, Europa es una sentina. Los Estados Unidos también. Pero nosotros vamos a limpiarlas. ¿No has visto lo que está ocurriendo? ¿Cómo de nuevo el pueblo deja oír sus voces? Los jóvenes reclaman un nuevo camino, un nuevo sistema, un nuevo orden. El comunismo ha fracasado ya. El socialismo no es más que un eslogan falto de contenido. La gente mira hacia atrás y se pregunta cómo han podido ser tan estúpidos, cómo han podido acabar con el mundo que nosotros construimos entonces, un mundo de paz, estabilidad y justicia.

Reinhold la miró. Maria temblaba incapaz de asimilar las enormidades que el anciano estaba diciendo. Lo que hasta entonces fueron meras palabras en un archivo

estaban encarnándose, convirtiéndose en una horrorosa realidad. Reinhold comenzó a hablar de nuevo:

—Vosotros, los liberales, siempre pensáis como si fuerais la sal de la tierra, como si creyeráis que vuestras sucias opiniones fueran lo más natural, leyes dadas por Dios para gobernar la nave del Estado. Bien, te aseguro que no lo son. Te aseguro que el pueblo bueno, de mente pura y temeroso de Dios, acabará por alzarse y os correrá a patadas. La gente corriente, la gente honesta y sencilla que desprecia esas cosas a las que vosotros les dais tanta importancia. Esa gente, ese pueblo, quiere la pena capital y un duro castigo para los criminales. Quiere que se ponga fin a este trato de favor que se les da a los delincuentes. Quiere que se dé a la policía el poder suficiente para acabar con los traficantes de drogas y los violadores. El pueblo está cansado de pasividad y tolerancia, cansado de pervertidos y de feministas a ultranza, de gentes que viven del paro y la seguridad social, de los inmigrantes ilegales, de toda esa tribu de sanguijuelas y parásitos que se beben la sangre de nuestra sociedad y la dejan seca. Créeme, muchacha, esa gente acabará por levantarse contra vosotros, a millones. Os destrozarán. Romperán vuestras cabezas contra los muros, recuerda mis palabras. Vamos a recuperar lo que es nuestro, ya lo veréis, aunque tengamos que arrancáoslo con las uñas poco a poco. Pero lo conseguiremos, tenlo por seguro. Y entonces, los negros, los turcos, los judíos, los pervertidos, los travestidos, las lesbianas, los drogadictos y toda la demás basura que puebla nuestras calles acabarán donde deben estar. Tenemos a Dios de nuestra parte, eso es lo importante, eso es lo que verdaderamente cuenta.

Maria lo escuchaba horrorizada, sabiendo que tenía razón, pese a lo espantoso de sus palabras. Estaban levantándose de nuevo para barrer y acabar con todo aquello que no entendían. Pensó en los irlandeses, con sus perennes obsesiones de la parroquia, la beatería y la intolerancia fanática, con sus anticuadas leyes contra el aborto, los anticonceptivos y el divorcio y, cómo no, su odio profundo contra las mujeres. Los ingleses, con su obsesivo amor al secreto, con su racismo institucionalizado, su política cultural de ambición e interés personal, sus profundas fuentes de intolerancia, su hipocresía. En la gazmoñería populista del hombre de la calle, desnudo, envenenado por la prensa sensacionalista y lleno de agresividad. Pensó en los franceses, con su antisemitismo establecido desde hace ya tantos años, con su racismo, como un tumor que nunca les fue extirpado, y Le Pen y sus seguidores ganando cada vez más votos en las elecciones, pintando cruces gamadas sobre las tumbas judías y en las puertas de los hogares de los norteafricanos. Los alemanes, con su imperecedero odio por los extranjeros, por los turcos, o los rumanos o los judíos, incendiando sus hostales, pegando palizas a los gitanos. Toda esa manada ladrándole a la luna, pidiendo sangre, destrozando su continente, desintegrándolo en fragmentos una y otra vez. Se le formó un nudo en la garganta al darse cuenta de lo corta de vista que había sido, de cómo Reinhold y sus profecías sobre el auge cada vez mayor de una extrema derecha estaban plenamente de acuerdo

con el nuevo estilo de los tiempos.

Para mucha gente, ese estado de cosas era una indicación de sueños apocalípticos, de milagros, de promesas milenarias, de nuevos mesías, todos los cuales gritaban a la vez: «¡Aquí estoy yo, aquí estoy yo!», el interés personal enmascarado con piedad, sudarios y cenizas, gentes quemadas en la hoguera, la quema de libros en las calles, el incendio de la historia, una religiosidad desesperada, demasiado inflada y a punto de estallar. Comenzó a entender por qué su padre y su suegro y otros como ellos necesitaban el pergamino. Fue comprendiendo el importante papel que jugaba en sus esquemas, cómo llegaría a ser su estandarte, su pendón y su oriflama, el emblema que los precedería cuando se lanzaran al campo de batalla.

Se puso de pie. No le quedaban ánimos para luchar.

—Os ruego a los dos que me excuséis —les dijo—. Me gustaría irme a la cama. Estoy muy cansada.

Karl asintió bruscamente.

—Desde luego, querida, hace mucho rato que se te pasó la hora de acostarte.

—Reinhold —continuó Maria haciendo de tripas corazón—, gracias por haber venido a cenar con nosotros. Siempre es un placer contar con tu compañía.

El anciano se puso de pie, firme y erguido, como había sido educado y entrenado a hacer siempre que una señora se ponía de pie. Karl se había levantado también.

—¡Buenas noches, querida! —la despidió su suegro—. Debes perdonarme si me dejé llevar un poco por mi genio. Pero soy un anciano y me queda poco tiempo. Necesito decir lo que pienso. Tal vez reflexiones un poco sobre lo que he dicho.

Maria, sonriendo, se dirigió a la puerta, y en cuanto la hubo cerrado tras ella, rompió a llorar.

Una vez en el piso de arriba, entró en su cuarto de baño, donde se quedó hasta que remitieron sus lágrimas. Al calmarse, pensó en Paul. Ya debería estar durmiendo. Al menos eso esperaba. El simple hecho de sentarse a su lado en aquellos momentos la volvería a la normalidad. Si es que aquello podía llamarse normal.

Se encaminó al cuarto del niño, que estaba al fondo del pasillo que comenzaba en su propia habitación. Haciendo el menor ruido posible, abrió la puerta. La pequeña lamparita de noche, junto a la cama, seguía encendida. Recordó las discusiones que tuvieron a la hora de comprarla. Paul siempre tuvo miedo a la oscuridad. No un pequeño temor sino un terror profundo. Dormir en la oscuridad le hacía tener malos sueños y, en ocasiones, hasta pesadillas. Karl insistió en que sería negativo para la masculinidad de su hijo ceder ante lo que él consideraba como un simple miedo infantil. Maria expuso sus opiniones en contra y fue rechazada con duras palabras. Finalmente, recurrió al médico de la familia, que se mostró de acuerdo en que dejar encendida por las noches una pequeña luz sería favorable para el niño. Después, el médico habló con Karl. No se dijo ni una palabra más sobre el asunto. Ella misma compró la lamparita en unos grandes almacenes de Essen. Las pesadillas fueron haciéndose menos frecuentes y últimamente parecían haber cesado por completo. No obstante, Karl nunca admitió que su esposa tuvo razón. Le hubiera molestado el hacerlo. Ahora, de nuevo, parecía que la luz no se encendía cuando ella no estaba en casa.

Se dirigió de puntillas al lado de la cama. Sus ojos se ajustaron a la débil luz. Miró abajo. Algo iba mal. Paul no estaba allí. Corrió a la puerta y encendió la luz principal. Una gran luz inundó el dormitorio infantil. Enloquecida, miró por todas partes. La cama estaba hecha como si nadie hubiera dormido en ella y a Paul no se le veía por ninguna parte.

Karl y su padre seguían bebiendo y charlando en el saloncito. A veces se quedaban hasta muy tarde. Las altas horas de la noche, le había dicho a Maria al principio de su matrimonio, eran para los hombres. Las mujeres no pueden estar guapas si no disfrutan de suficientes horas de sueño. Con el tiempo, se dio cuenta de que eso de acostarse tan tarde no era más que un pretexto para eludir el sexo. O al menos para no hacer el amor con ella. A veces se pasaba fuera la noche entera, y ella sospechaba que tenía otras mujeres. Prostitutas o amantes, a ella le daba absolutamente igual.

—¿Dónde está Paul? —preguntó. Había dejado la puerta abierta. Le tenía sin cuidado que los sirvientes pudieran oír sus palabras.

Karl apenas si miró a su alrededor.

—Cierra la puerta, Maria.

—Te he preguntado dónde está Paul. No está en su cuarto. Magda tampoco está en el suyo.

Magda era la niñera diplomada de Paul, seleccionada por la propia Maria cuando nació su hijo.

Karl se puso de pie, y sin apenas mirar a su esposa, se dirigió a la puerta y la cerró. Hecho esto se volvió hacia ella.

—Paul está bien cuidado. No tienes por qué preocuparte por él.

—Quiero verlo.

Karl miró su reloj.

—En estos momento debe de estar ya a doscientos kilómetros de Essen. Lo he enviado con unos amigos que cuidarán de él apropiadamente.

—¿Amigos? ¿De qué demonios estás hablando? Es mi hijo. ¿Por qué no se me consultó? ¿Qué está pasando?

—He sido muy paciente contigo, Maria. Te he dado numerosas oportunidades. Sobre todo, he tenido mucha paciencia con la forma que has elegido de educar a mi hijo. Pero he decidido que ya es más que suficiente. Cuanto más tiempo siga en tu compañía, más soportará tu influencia y se hará más débil. No quiero ver crecer a mi hijo convertido en un homosexual o un afeminado pegado a tus faldas. ¿Lo comprendes? Tu tiempo con él ya ha pasado. Lo verás el año que viene por Navidad y después será así cada año. Eso es todo.

Se lo quedó mirando fijamente, con la boca abierta, incapaz de aceptar lo que estaba diciéndole. Estaba segura de que no podía hacer una cosa así, arrebatarse a su hijo, alejarlo de ella.

—No lo creo. —Se dio cuenta de que su voz se hacía cada vez más alta, pero no podía controlarla. Todo lo que pudo hacer fue contenerse y no lanzarse contra él—. ¡No puedes llevártelo de mi lado!

—Maria, creo que estás volviéndote histérica. Será mejor que vuelvas inmediatamente a tu habitación.

—¡Maldito seas! No tienes ningún derecho a hacer esto. Eres un nazi apestoso. No puedes quitarme a mi hijo. ¡Nazi repugnante!

—¡Vete a tu habitación, Maria! ¡Inmediatamente!

—No me voy a ninguna parte. Quiero que me devuelvas a mi hijo. ¿Me oyes?

La golpeó con fuerza en la cara como un experto. Eso fue todo. Era la primera vez que lo hacía y sería la última.

Luchando contra sus lágrimas, Maria lo miró directamente.

—Mi padre se enterará de esto —le amenazó.

—No será necesario. Ya lo sabe, Y se ha mostrado de acuerdo conmigo. Tú ejerces una mala influencia en el chico. El asunto está zanjado. Ya te avisé antes de que iba a azotarte. Haré que los sirvientes se vayan a sus habitaciones, te desnudaré y te arrancaré la piel de la espalda a latigazos. ¿Está claro?

Se oía el tictac del reloj dorado que había sobre la repisa de la chimenea, pero para Maria era como si el tiempo se hubiera quedado inmóvil. Podía oír su propia respiración entrar y salir de sus pulmones, y el latir de su corazón dentro de su pecho. Podía oír los segundos golpeando en el aire, pero dentro de ella no se movía nada.

—¿Está claro?

De repente, Maria se dio cuenta de que tenía la boca llena de saliva. Tenía un sabor repugnante. Respiró profundamente por la nariz y le escupió a la cara. Sin una palabra más, se dirigió a la puerta y al pasillo. Cerró violentamente la puerta detrás de ella.

Debía de ser muy tarde cuando oyó que se abría la puerta de su habitación. Había perdido todo sentido del paso del tiempo. Una luz ligera estaba encendida cerca de la cama. Realmente no había dormido. De vez en cuando caía en una semivela, para salir de ella en seguida, con un terrible dolor como nunca antes sintió en su vida. Quería morir. Una mano la había abofeteado en la mejilla. La piel aún le escocía del golpe que Karl le había asentado.

—Te darás cuenta de que es lo mejor que podía hacerse. —La voz de Karl era baja y deliberadamente amable. Ella se apartó—. Siento haberte pegado, pero me provocaste. Y ya sabes que no puedo ser provocado.

Ella no respondió nada.

—¿Has dormido?

Maria tampoco respondió.

—¿Vestida? No puedes estar cómoda.

—Es mi hijo —dijo susurrando las palabras sobre la almohada. Pero él las entendió.

—Sí, ya lo sé. Pero no has sido una buena madre para él. Lo quieres, lo sé. Pero lo has torcido con tus mimos. Con el tiempo hubiera crecido así, suave como su madre. La suavidad y la dulzura están bien para una mujer, pero no son cualidades para un hombre. Y menos para este hombre. Paul tiene un gran destino reservado. No es un niño corriente. Su vida no puede estar expuesta a influencias como la tuya. No puedo explicártelo ahora. Quizá con el tiempo.

Maria recordó las palabras de su hijo aquel mismo día: «Dice que tengo una tarea que hacer, trabajar por el Reich».

Karl había vuelto a poner la mano sobre su mejilla, acariciándola. La misma mano que la había golpeado no hacía mucho rato.

Karl no cesó de acariciarla. Cuando levantó la mirada, Maria vio que Karl tenía los ojos puestos en ella. Se agachó para besarla. Maria no podía recordar cuándo la besó por última vez. Pensó que no podría soportar si él pretendía algo más. Trató de apartarse, pero él le puso una mano sobre la oreja y la besó en los labios, no con brutalidad pero sí con una insistencia que le dificultaba la respiración.

—No te has desnudado —le dijo. Sintió su aliento en la mejilla y pudo oler los *schnapps*. Sin embargo, sabía que no estaba ebrio—. Me gustaría quedarme esta noche contigo, hacer las paces.

Ella negó con la cabeza y trató de apartarlo.

—Maria, todavía somos marido y mujer. A los ojos de Dios somos una misma carne. No tiene sentido que durmamos separados.

¿No tenía sentido? ¿Después de lo que acababa de hacerle? ¿Qué había en sus relaciones que tuviera sentido? Pensó en Jack, en sus caricias. En cómo entró en ella con una mezcla de trepidación y de gozo. Ahora, en su interior, estaba formándose una ola de náuseas. Él la puso de espaldas y comenzó a desabrocharle el vestido. Mientras lo hacía, sus labios tocaron su piel y comenzaron a descender desde la nuca y el cuello hasta los senos.

Fue en ese momento cuando recordó el micrófono en funcionamiento que llevaba sujeto a su cintura.

Parte 6

Londres. Jueves, 31 de diciembre de 1992

El viento frío que estuvo soplando sobre Londres durante los últimos cinco días se hizo aún más intenso. No contento con hacer menos densa la sangre o agrietar la piel, parecía arrastrar consigo la contaminación. La gente empezaba a padecer de tos y una forma peculiar de gripe que llevaba a las víctimas a la cama durante semanas o las mataba rápidamente. La Navidad no había traído el fin de la recesión económica y ni siquiera animó un poco las cosas. Todas las calles tenían su cuota de casas que no encontraban comprador. Las tiendas tenían sus cajones de mercancías navideñas que no fueron vendidas. Los rostros de la gente que uno se encontraba en la calle o en el metro estaban marcados por la tensión. Nadie miraba el nuevo año con muchas esperanzas de cambio. Las promesas de un nuevo resurgir en la primavera sonaban tan risibles como siempre. El gobierno pendía de un hilo. Se hablaba de nuevas elecciones. El viento parecía estar en todas partes en todo momento.

Tras el asesinato de Norman, los pisos francos de Battersea fueron abandonados. Las casas se pusieron en el mercado inmobiliario a precio de saldo, después de hacer las reparaciones necesarias para ocultar su finalidad anterior. El agujero en la pared entre las dos casas fue tapado y expertamente disimulado, y el papel de la pared lo dejó todo como nuevo. En el jardín de la casa número 35 el viento pasaba lentamente sobre la parte superior de las malas hierbas.

Trasladaron a Jack a un pequeño hotel cerca de King's Cross, el tipo de lugar que un viajero evitaría salvo que fuera en busca de una prostituta dispuesta a un trabajo rápido. Exhibía permanentemente el cartelito de COMPLETO en una de sus ventanas polvorientas. Sin embargo, no parecía haber otros huéspedes. Por dentro, el hotel estaba mucho más limpio de lo que prometía su apariencia y la calefacción central funcionaba perfectamente.

Jack fue bien tratado, pero su corta expedición al cementerio de Paddington no le ganó las simpatías de sus guardianes. Se había abierto una brecha perceptible entre ellos y él. Pese a sus protestas, él sabía que no eran muy sinceros al decirle que era un hombre libre.

«Libre como el viento», solía decirle Felix, o «libre como un pájaro». Esas frases se habían vuelto crípticas para él y al tratar de analizarlas veía muros de piedra y jaulas de metal.

Estaba comenzando a comprender de qué modo, en el mundo de sus nuevos guardianes, podían estirarse las palabras, algunas veces muy poco y otras hasta alcanzar una longitud absurda. Se puso a su disposición un receptor de televisión y abundantes libros. La mayor parte de los días, Felix o Parker aparecían por allí para

una pequeña charla. Ya no quedaban más cosas que aclarar desde un punto de vista profesional. Para Jack, aquello era como vivir en una sala de espera. Por la noche incluso podía oír el ruido de los trenes que maniobraban en las estaciones de King's Cross o de St. Pancras.

Había además otra casa. Ésta estaba situada en Chelsea, en World's End, a pocas puertas del local en que la Fundación Koestler se ocupaba en tratar de desvelar los misterios de la suerte y el sincronismo. Allí, Felix y Parker habían instalado una especie de pequeño centro de operaciones que servía para dirigir la operación Papiro. Era un nombre absurdo, ambos lo sabían, pero les servía tan bien como cualquier otro, y con el paso del tiempo había adquirido cierta pátina casi mística. Si alguien se mostraba curioso y quería saber qué había bajo aquel nombre, se le decía que Parker y Felix estaban destinados en el extranjero y, generalmente, todos presumían que debía ser en Kuwait, Arabia Saudita o Bahrain. Había muy buenas razones para mantener la operación entera oculta en lugares raros, en pequeñas casas alejadas del centro y en barrios como el de Chelsea, lejos de ojos demasiado curiosos.

Durante las mañanas, en World's End sonaba la música de Bach; por las tardes Telemann, en discos de Maurice André, y por las noches Schubert. Parker, cosa extraña, casi perversa en un hombre de su edad, tenía debilidad por la música de Ravi Shankar, al que por casualidad fue presentado en la universidad por una de sus novias con gustos bastante exóticos. La chica se marchó en busca de gurúes, pero incluso sin ella había conservado su amor por los compases de la cítara. En una habitación separada, tocaba trozos de las grabaciones del maestro. *Sindhu Bhairavi* era su *raga* favorita y aunque se trata de una «*raga* de mañana» en su estricta interpretación, él la tocaba a todas horas del día, de modo incesante. Era la única concesión que se permitía, al culto de lo cosmopolita, en su vida ordenada y conservadora.

La mesa estaba preparada para una reunión. Había vasos, botellas de agua mineral, libretas para tomar notas y lápices recién afilados. Parker ya estaba sentado. Parecía nervioso y golpeaba su lápiz sobre la mesa. Felix, de pie, miraba por la ventana que daba a la calle King. «El permanente desfile», pensaba. ¿Por qué razón un dios iba a crear todo esto? ¿Cuál era su razón de ser?

No es que fuera dado a frecuentes meditaciones sobre lo efímero de la vida o la inferioridad de la materia. No era precisamente un hombre espiritual. Pero creía que todo movimiento debía ser dirigido a un fin, que debía haber un peregrinaje, aun cuando el ir y venir de la mayor parte de nosotros, con la debida consideración, apenas si duraba lo que la reiteración diaria de las mareas.

—¿Y qué pasará si no viene? —preguntó Parker, que al final rompió la punta de su lápiz.

—Vendrá. —Felix no se movió de su ventajoso punto de observación junto a la ventana.

Parker encontró un sacapuntas y comenzó a afilar de nuevo el lápiz.

—Corre un riesgo.

—Pero un riesgo pequeño, te lo aseguro.

Silencio. Parker continuó golpeando su lápiz contra la mesa.

—¿Qué hay de Maria? ¿Algo nuevo?

—Hemos recibido las grabaciones esta mañana. Las cosas no son muy agradables en Essen. Karl ha mandado al niño fuera de casa.

Parker se irguió en su asiento. El lápiz se quedó inmóvil.

—¿Es cierto? Debiste decírmelo antes. ¿Por qué lo ha hecho?

Felix se lo explicó.

—¿Tú lo crees? ¿Estás seguro de que ése es el motivo?

Felix afirmó.

—Bastante seguro. Maria estuvo a punto de ser descubierta.

—¿Cómo es eso?

—Karl quiso hacer el amor con ella. De improviso. Maria llevaba el micrófono en el cuerpo. Por lo que sabemos, llegó a desabrocharle la mitad del vestido. Ella fingió estar enferma. La verdad es que lo estaba realmente. Él volvió a su habitación. Pero si vuelve a suceder...

—¿Crees que sospecha?

—No hay razón para ello. Se puso furioso con ella. Incluso la abofeteó. Creo que esto lo excitó. Es de ese tipo de gente.

—¿No hay un lugar más seguro para el micrófono?

Felix negó con la cabeza.

—Tomamos en consideración la posibilidad de un implante quirúrgico, pero para ello Maria hubiera tenido que ser hospitalizada. No es una cosa sencilla.

Miró por la ventana. Un coche se detuvo en las proximidades.

—Ya viene —anunció Felix.

—¿Crees que esto puede resultar una equivocación?

—Ahora ya es demasiado tarde para pensarlo. Déjala entrar.

Sólo pasaron unos minutos antes de que la puerta se abriera y entrara Irina Kossenkova. Venía sola.

—*Madame* Kossenkova. —Felix se había encomendado a sí mismo el papel de anfitrión—. Es un honor conocerla después de tanto tiempo. Soy Jeremy Latham. Permítame que le presente a mi colega, Simon Worsely.

Parker ya se había levantado. Se estrecharon las manos. Después tomó el abrigo de Irina Kossenkova y lo colgó en el perchero que había detrás de la puerta. El lujoso abrigo de marta cibelina de la agente rusa parecía allí totalmente fuera de lugar.

—¿Le gustaría tomar una taza de té o de café? —le preguntó Felix.

—No, gracias, comí a bordo del avión. Señor Latham, mi tiempo aquí es muy limitado. Si no le importa, me gustaría ir directamente al grano.

—Naturalmente, lo comprendo. Por favor, ésta es su silla.

Una vez que se hubieron sentado, Irina Kossenkova se apresuró a dirigir una mirada escudriñadora en tomo a la habitación.

—¿Me ofrece la seguridad de que esta habitación está totalmente aislada?

—Del todo. Tiene que comprender que a nosotros nos interesa tanto como a usted que este encuentro pase inadvertido. Todo lo que suceda hoy aquí es absolutamente confidencial.

—No estoy segura de que nuestros intereses sean tan parecidos. Sin embargo, no veo la razón para provocar un escándalo. Yo me he puesto en sus manos. ¿Qué tiene que decir a esto?

—Navegamos todos en el mismo barco.

—Por eso mismo.

Parker y Felix se sentaron juntos al otro lado de la mesa, frente a su invitada. Felix se las había arreglado para que Kossenkova hiciera el papel de suplicante y entrevistada. En primer lugar, su presencia dominaba la escena. No era una mujer para dejarse acobardar por las insignificancias de alguien que dirigiera la escena.

Felix comenzó el procedimiento.

—*Madame* Kossenkova. Gracias por responder a nuestra invitación de modo tan rápido y sin egoísmo. Al venir aquí, creo que nos ayudará a prevenir la crisis con la que nos enfrentamos.

—La crisis es de ustedes, señor Latham.

Felix movió la cabeza como si aceptara sus palabras sólo de mala gana.

—Bien, no estoy completamente seguro de que sea así —dijo—. Pero ya volveremos a referirnos a ello. Antes que nada, creo que lo primero que debo decirle es que hemos tenido confirmación de que Rosewicz está actualmente en posesión del pergamino.

Irina alzó las cejas durante una fracción de segundo, pero no dijo nada.

—Nuestra confirmación es, por decirlo de algún modo, sólo provisional —continuó Felix—, pero estamos esperando saber algo más definitivo mañana o pasado.

—¿Puedo preguntarles cómo lo han sabido?

Felix negó con la cabeza.

—Eso debe permanecer secreto. Déjeme decirle que la vida de uno de nuestros agentes estaría en peligro si se filtrara algo de esto.

—¿Planean actuar de algún modo?

—Primero debemos tener la certeza de que lo tiene él. Después tenemos que descubrir dónde lo guarda. A continuación, las cosas se complican y se hacen más difíciles. Y creo que usted sabe por qué.

—Debido al dominio que tiene sobre usted.

—Fundamentalmente sí. Ésa es la razón por la que la he invitado a venir aquí.

—Sólo puedo ofrecerles asistencia limitada.

—¿Qué nos ofrece?

—Tengo en mi poder a veintinueve agentes británicos. He realizado nuevos atestados sobre ellos que muestran diversos grados de colaboración. Conozco el paradero de los supervivientes de las familias de diecisiete de ellos. Y confío en conseguir algunos más. La seguridad en torno a la unidad especial en la que se encuentran ha sido triplicada. En el caso de que fuera necesario, puedo trasladarlos en una hora de plazo.

»Tengo preparado, también, un expediente muy detallado que deja en claro sobradamente que la inteligencia británica de la posguerra utilizó a sus antiguos héroes como peones en el más desagradable de los juegos. Como usted bien sabe, la publicación de esos documentos en Occidente causará una considerable revuelta en el Parlamento. La izquierda ya está haciendo esfuerzos considerables para exigir responsabilidades al servicio secreto. Sin duda, el conocimiento de la verdad de lo ocurrido sería el último clavo que cerraría la tapa de su ataúd. Ahora, creo que ustedes deberían decirme qué tienen para mí.

Felix la miró atentamente. ¿Era ella responsable del asesinato de Norman? ¿Jugaba con dos barajas simultáneamente? Sabía con certeza que eso era más que probable. Pero los agentes de tropa como Norman podían ser sacrificados. Era un precio relativamente pequeño en un juego en el que estaban sobre el tapete grandes envites.

—En primer lugar —expuso Felix—, quiero saber qué garantías puede ofrecerme. Esto es, al fin y al cabo, una forma de chantaje.

—Estamos juntos en esto, señor Latham, no lo olvide. Se le permitirá a ustedes enviar a un pequeño equipo de inspectores. Todas las fichas existentes serán abiertas. Una vez que las identidades hayan sido establecidas y, suponiendo que lleguemos a un acuerdo, el resto es muy sencillo. Las fichas originales, junto con mis nuevos expedientes, le serán entregadas a usted o destruidas en su presencia. Los hombres en cuestión serán separados de la unidad especial y no volverá a verlos. Tiene mi palabra de ello. La unidad será cerrada. Ése será el fin del asunto.

Felix tomó algunas notas en el bloc que tenía frente a él, después dejó su pluma y cruzó los brazos.

—Muy bien —asintió—. Creo que nos hemos entendido perfectamente. El señor Worsely le expondrá nuestra oferta. Si acepta, creo que podemos decir que hemos llegado a un acuerdo.

París. Jueves, 31 de diciembre

—¿Estás seguro de que no se trata de una falsificación?

Karl von Freudiger disfrutaba de una copa de champán en la biblioteca de la casa de su suegro, en París, mientras celebraban el acontecimiento. Rosewicz acababa de permitir a Karl y a Reinhold que vieran con sus propios ojos, y por primera vez, el pergamino de Jesús.

Rosewicz movió la cabeza con decisión.

—Con toda seguridad. Nuestro joven amigo Gould hizo un buen trabajo para mí rastreando su procedencia. En cuanto se pongan a trabajar otros expertos, no habrá razón para dudar.

—Pero necesitarás a Gould para que te respalde. Suponiendo que esté dispuesto a cooperar.

—No creo que lo esté. La Inteligencia británica lo tiene otra vez en sus manos. E incluso aunque pudiéramos traerlo, dudo mucho que quiera ofrecer su testimonio. Sería preferible que quedara para siempre fuera de nuestro camino.

—¿Hay alguna probabilidad de que ocurra así?

Rosewicz asintió.

—Tengo algunos hombres que se ocupan de ello en estos momentos. No podemos dirigirnos al público hasta haber tratado con él, sería demasiado arriesgado. Ciechanowski lo tiene todo dispuesto en Varsovia, pero le he ordenado que espere hasta que se le dé la señal de seguir adelante. Entretanto, el pergamino será trasladado a Polonia con las máximas medidas de seguridad. Nos hemos asegurado los servicios de algunos académicos católicos y todos ellos han prestado juramento de absoluto silencio. No creo que se produzca ninguna filtración, pero sí espero que todo se mueva con rapidez una vez que hayamos hecho nuestro anuncio.

Reinhold tomó el último sorbo de su copa y la dejó sobre la mesa.

—Un champán excelente —comentó.

—Es un Dom Pérignon deluxe que compré en 1943. Fue sacado de Francia y vendido a unos pocos compradores capaces de apreciarlo. Es posible que también a ti te ofrecerán una botella o dos.

—Sí, teníamos muy buenos vinos franceses en aquellos días.

—Ésta fue mi última botella. La traje conmigo de Croacia y me juré que sólo la abriría cuando el pergamino fuera hallado y la Liga estuviera de nuevo en marcha. Me alegro de que te haya gustado.

—Inmensamente. Ha sido un gran privilegio. Si he de ser honesto, te diré que pensaba que nunca vería este día.

—Yo tampoco. Pero ha llegado. Y me siento como si mi vida estuviera

empezando de nuevo.

Reinhold se echó a reír.

—Has vuelto a nacer, ¿no es eso?

Rosewicz movió la cabeza afirmativamente, pero no pareció apreciar la broma.

—Sí, así es —afirmó—. Éste es el asunto más serio. Todos hemos vuelto a nacer. Pronto celebraremos el nuevo renacer de la Europa católica unida. Para cuando nuestro nieto sea mayor de edad, habrá un Sacro Imperio para que él lo dirija.

—Suponiendo que cuente con la bendición del santo padre.

—Confío en que contaremos con ella.

—Stefan... —Reinhold vaciló. Era demasiado viejo y había demasiadas cosas entre ellos. Y, sin embargo...

Rosewicz levantó los ojos para mirarlo. Notó en seguida que su viejo amigo tenía algo doloroso que decirle.

—Sí, Reinhold, ¿qué pasa?

—Se trata de Maria.

—¿Qué pasa con ella? —Se volvió a Karl—. Creo que me dijiste que la tenías controlada.

Karl afirmó con la cabeza.

—No se trata de eso —añadió Reinhold—, es algo más serio.

Rosewicz sintió que se le helaba el corazón. No podía ser verdad. Desde la fuga de Jack, siempre pesó sobre su hija una sombra de sospecha. Pero la huida pareció tan espontánea que fue imposible llegar a una conclusión definitiva en un sentido u otro.

—Stefan, tenemos que decidir qué vamos a hacer.

—No, Maria no...

Von Freudiger asintió. Lo que estaba haciendo le dolía más que cualquier otra cosa de las que hasta entonces hiciera en su vida. Sabía lo mucho que Rosewicz amaba a su hija, pero no tenía otra elección.

—Ya no se trata de puede ser o quizá, Stefan. Si la dejamos que continúe libre, los conducirá directamente a la Liga.

—Ella no sabe nada.

—Lo sabe todo. La hice seguir en Londres. Allí se reunió con Jack Gould, que iba acompañado de un agente británico. Mi gente tuvo que matarlo para poder seguirle la pista a Gould. La noche pasada, Maria entró en el estudio de Karl. Creemos que hizo copias en microfilm de nuestros archivos y fichas. Eso es suficiente para destruimos a todos.

—Quítaselas.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

Karl interrumpió:

—Quizá yo pueda explicarlo.

Fuera, la ciudad olía a oscuridad. Largos bulevares, luces, la caída de la noche. En la casa de Stefan Rosewicz, un sirviente encendía las luces. Vista desde la calle, la fachada entera comenzó a brillar. Después, una tras otra, las cortinas comenzaron a cerrarse.

A una calle de distancia, una gran furgoneta Mercedes estaba aparcada junto a la acera, frente a un bloque de apartamentos. Estaba allí desde el día anterior y hasta entonces no había sido multada ni una sola vez. La parte trasera no tenía ventanas. En su interior, cuatro hombres se sentaban delante de los mandos de un panel de control de sonido. Cada uno de ellos llevaba unos auriculares. Escuchaban todo lo que se decía en el interior de la casa de Rosewicz, que tenían «pinchada». Uno de ellos estaba conectado al micrófono que Maria llevaba sujeto a su propio cuerpo; los otros oían los sonidos y las palabras procedentes de varios micrófonos que Maria, después de su llegada a París, había podido colocar en diversos lugares estratégicos de la casa.

El cuarto hombre, Ronald Harris, era el jefe del grupo y el coordinador del equipo de hombres armados que mantenían la casa sometida a discreta vigilancia desde el exterior. El grupo tenía instrucciones de entrar a buscar a Maria si había razones para creer que se hallaba en peligro inminente. El coche estaba equipado con un sistema de enlace directo con Londres, vía satélite.

Uno de los hombres que estaban al mando del panel de escucha se quitó los auriculares y conectó su entrada de audio directamente con un altavoz central. Una luz se encendió frente a cada uno de los otros oyentes para que desconectaran sus auriculares y escucharan lo que él estaba recibiendo. Harris habló rápidamente en su micrófono:

—¡Alerta todas la unidades! Conecten con el altavoz central.

También él se quitó los auriculares y se puso cómodo en su silla para oír directamente. El hombre que había establecido la conexión central explicó los detalles.

—Éste es el sonido que nos llega desde la biblioteca. *Madre* lo colocó allí la noche pasada mientras tomaba una copa con su viejo. La calidad no es muy buena.

—*No se trata de — — — — o quizá, Stefan. Si la dejamos que continúe libre — — directamente a la Liga.*

—*Ella no sabe nada.*

—*Lo sabe todo — — — La noche pasada, Maria — — en el estudio de Karl. Creemos que hizo copias en microfilm de nuestros archivos y fichas. Eso es — — — para destruimos a todos.*

—*Quítaselas.*

—*No es tan sencillo.*

—¿Por qué no?

El operador miró a su alrededor.

—¡Jesús! La han descubierto.

La voz de Karl llegó por el altavoz central entre pitidos y ruidos estáticos.

—*Está trabajando para alguien, seguramente para los británicos. Deben haberla reclutado en Roma.*

—*No creo — — — —.*

—*Me temo que es cierto Stef — — La casa está sometida a vigilancia. Ya le he dicho a Henryk que — —.*

El operador se volvió a Harris.

—Dile a tus hombres que la saquen de allí inmediatamente. Y diles que vayan con cuidado, el objetivo sabe que está siendo vigilado.

Harris se puso de nuevo los auriculares y movió un interruptor rojo en su panel de comunicación.

—¡A todas las unidades, a todas las unidades! ¡Alerta máxima! Por favor, confirmen sus posiciones. —Volvió a poner el interruptor a su posición. Chasquidos, crepitar y zumbidos llenaron sus auriculares.

—Adelante unidades de vigilancia, estamos en alerta roja.

No respondió ni una voz. El agudo silbido en sus auriculares era muy fuerte y doloroso. En el otro extremo de la furgoneta, alguien había desconectado el altavoz general. Un hombre continuaba recibiendo la conversación en la biblioteca.

—Unidad uno, ¿me recibe?

La furgoneta se llenó de silencio.

—Unidad dos, ¿me recibe?

Silencio. Uno tras otro, los hombres se volvieron para observar a Harris.

—¡Unidad tres! ¡Vamos, responda, unidad tres!

El operador que escuchaba el micrófono de la biblioteca interrumpió:

—El micro cinco ha dejado de emitir.

Harris se puso de pie.

—Lewis —ordenó—, echa un vistazo fuera, trata de ver lo que sucede. Llévate un arma.

Lewis, que había estado conectado con el micrófono de Maria, tomó una pistola de una caja que había sobre su consola.

—¿Y qué hay de la mujer?

—Yo seguiré escuchándola. Sólo quiero un poco de información.

Harris alzó su micrófono y habló por él.

—Unidad uno, vamos, responda, unidad uno.

Lewis se dirigió a la puerta y giró la manecilla. Estaba atascada. Lo intentó de nuevo con más fuerza.

—La puerta está cerrada.

—¿Qué?

En ese momento se oyó el ruido de un motor al ponerse en marcha y los dos hombres que estaban de pie fueron lanzados hacia adelante cuando el coche se puso en movimiento.

—¿Qué demonios...?

Se man tuvo de pie y corrió hacia la puerta que separaba el lugar donde estaban ellos del asiento de conductor. La furgoneta corría ya rápidamente e iba ganando cada vez mayor velocidad.

—¡Eh! Abre la puerta, aún estamos aquí detrás.

—¿Quién es? ¿Chris? Éste es el tipo de bromas que suele gastar.

—Esto no es ninguna broma, Peter, continúa tratando de comunicarte con el equipo. Mack, quiero que nos pongas en comunicación con Londres, lo más pronto que puedas.

En el panel principal de la consola, Mack comenzó a pulsar botones y a mover interruptores. Harris continuó golpeando la puerta.

—Lewis —gritó—, coge el resto de las armas. Es muy posible que las necesitemos.

Doblaron otra esquina. El coche seguía corriendo velozmente alejándolos de la casa que debían vigilar.

—No hay señal procedente del satélite.

—¡No puede ser!

—Pues te digo que es así.

—El equipo sigue sin dar señales de vida.

—Continúa intentándolo.

Hubo un chirrido de neumáticos. Doblaron otra esquina. Harris volvió a golpear la puerta. Lewis distribuyó las pistolas.

—Mira si están abiertas las puertas de atrás —ordenó Harris. Lewis trató de abrir una y después la otra. Estaban bloqueadas.

Circularon durante media hora. Cuando la furgoneta se detuvo, dedujeron que debían de estar fuera de la ciudad. El motor se paró. Fuera reinaba un absoluto silencio. Dos de los hombres se encargaron de tratar de abrir las puertas de comunicación. Otros dos la de atrás. Transcurrieron varios minutos durante los cuales no pasó nada.

Algo golpeó en un lado de la furgoneta. Después oyeron pasos sobre el techo. Pasó un minuto. Empezó a oírse el zumbido de un pequeño motor. Era un pesado taladro eléctrico. Hubo un ruido agudo y penetrante cuando la broca mordió el metal. Momentos más tarde había un gran agujero en el techo. Algo pesado fue colocado sobre el agujero. Apareció un estrecho cilindro que terminaba en dos pequeñas turbinas horizontales.

—¿Qué demonios es eso?

Hubo un sonido como de aire al salir impulsado con fuerza por una abertura estrecha y las dos pequeñas turbinas empezaron girar.

—¡Es gas!

Harris se quitó el jersey, se subió en la primera de las sillas a su alcance y trató de bloquear las entradas. Le resultó imposible, las turbinas giraban demasiado de prisa. El gas comenzó a llenar el interior de la furgoneta.

En Londres, la reunión con Irina Kossenkova estaba finalizando. Se acababa de llegar a un pacto cuyo resultado inmediato sería la muerte de veintinueve ancianos. No importaba. Los viejos mueren cada día y otros envejecen para cubrir su puesto. Y lo que era más importante para los reunidos en aquella pequeña habitación de World's End: peligrosos secretos morirían con ellos. Y confiaban en que, al morir estos secretos comprometedores, no hubiera otros nuevos que pasaran a ocupar su lugar.

—Confío, madame Kossenkova, en que ésta será la primera de muchas reuniones futuras. Ahora hemos enterrado nuestras diferencias. Uno de esos pequeños asuntos especiales ha sido aclarado y creo que tenemos muchas cosas de las que hablar juntos. El mundo todavía sigue siendo un lugar difícil.

—Así es, tiene usted razón. Aunque siempre es bastante más fácil para ustedes en Occidente que para el resto.

—No era eso lo que quise decir.

—No, pero es lo que cuenta. Ustedes todavía tienen problemas de perspectiva. Creen que una vez que haya pasado la gran recesión, todo irá bien, El mundo volverá a ser de nuevo un lugar feliz. Un lugar donde resultará fácil vivir. Se olvidan de lo dura que puede ser la vida para otras gentes. Para la mayor parte de la gente. Ese olvido acabará por destruirlos a ustedes.

—Debo decir que esperaba de usted algo mejor que eso. Ése es el tipo de cosas que vuestros viejos partidarios de la línea dura ofrecen como excusa. Pero usted no puede seguir creyendo todavía esa basura, ¿verdad que no? Nuestros negocios continúan. Y son ustedes, y no nosotros, los que están en bancarrota.

Felix estaba en perfecta forma. Todo parecía indicar que, finalmente, las cosas acabarían por salir bien.

—Me parece que ha elegido una manera falsa de entender las cosas. Los comunistas no estaban realmente equivocados y sobre todo no en ese aspecto. Su problema, como el vuestro, fue la hipocresía. Pero no se equivocaban en sus opiniones sobre el sufrimiento y la injusticia. Lo que estamos haciendo aquí es una injusticia. Una injusticia para enmascarar otra. Occidente está en bancarrota en las cosas que realmente importan. Ustedes son ambiciosos y egoístas, no se preocupan por nada que no sea el poder y el dinero, y con políticos condescendientes con vuestros deseos. Toda la belleza de vuestra civilización está en el pasado. ¿Qué tienen ahora? Estrellas pops, hamburguesas y bebidas refrescantes. Disney World tiene más visitantes que el Museo del Louvre. Y ahora ni siquiera tienen ustedes un enemigo en el que apoyarse. Esperen y verán. Rosewicz no es el último de los bárbaros. Hay muchos otros. Y están esperando.

En París, Stefan Rosewicz estaba solo esperando a su hija. Estaba preocupado y abatido. El champán sin fuerzas en su estómago, tan apagado como los años que tuvo que esperar en la botella antes de ser abierto. Amaba a Maria, siempre la amó, y no podía soportar la idea de verse sin ella y menos ahora, cuando la vejez comenzaba a presionar tan pesadamente sobre él. Reinhold había insistido —a disgusto, pero forzosamente— en que no podía permitir que Maria siguiera viviendo. Rosewicz opuso resistencia con la misma fuerza, sosteniendo que era posible mantenerla viva aunque incomunicada. No volvería a tener contacto con nadie más fuera del seno de la familia. Hubo una fortísima discusión que ganó Rosewicz. Al menos de momento.

Alguien llamó a la puerta de la biblioteca.

—Adelante —respondió el anciano esforzándose en controlar su voz.

Se abrió la puerta y entró Maria.

Mientras tanto, en World's End hubo una llamada ligera a la puerta y seguidamente entró uno de los agentes jóvenes de la sala de escucha del piso de abajo.

—Señor, el señor Hudson dice que baje de inmediato. Ha sucedido algo.

Felix se puso de pie a toda prisa.

—¿Qué quiere decir? ¿De qué se trata?

—París, señor. Algo ha salido mal. No sé qué es con seguridad, pero el señor Hudson está en un terrible estado.

De repente, el propio Hudson apareció en la puerta.

—Será mejor que baje, señor. Se trata de París. Creo que han acabado con ellos. Hemos tenido una llamada de socorro de *Rana Uno* —*Rana Uno* estaba en la furgoneta—, pero sólo fue eso, un SOS. Sin ningún mensaje. No hay señal de comunicación. Creo que los han cogido.

Felix no perdió tiempo. Habló con Parker, en esta ocasión llamándolo por su verdadero nombre.

—Roger, ve inmediatamente a King's Cross. Saca a Gould de allí en seguida. Llama a Bill y dile que se lo lleve. Os encontraréis en el andén de la estación. Tomad el primer tren para Glasgow y refugiaos en Balquhidder.

Si la operación de París había terminado en fracaso, Rosewicz podría tener más hombres en Londres. Parker no perdió tiempo. En la calle King ya tenía un coche esperándolo.

—Siéntate, querida. Quiero hablar contigo.

—¿Qué pasa, padre? Pareces trastornado. ¿Te ha dicho Karl alguna cosa?

En la mesa que había detrás de él, el objetivo de toda su vida de trabajo descansaba dentro de una caja. Frente a él, la única persona verdaderamente bella,

verdaderamente amada de toda esa vida estaba sentada esperando que hablara, pero él apenas si sabía qué podía decirle. Ya la había sacrificado una vez, al casarla con Von Freudiger. Ahora tenía que volver a pasar por lo mismo de nuevo. Y en esta ocasión, aún sería más doloroso.

—Ya ha pasado todo, Maria. Lo sabemos. El juego ha terminado. Llegó el momento de relajarse, el momento de que me cuentes todo lo que ha estado pasando. Yo no quiero saber por qué. Eso me causaría aún mayor dolor. Quiero creer que has sido engañada. Pero todo ha terminado. La decepción. Y el miedo.

En el piso franco, Felix trataba de tranquilizar a Irina Kossenkova.

—Traerán un coche a la parte de atrás. No tiene de qué preocuparse. Esta casa es completamente segura.

—¿Tan segura como su equipo en París?

—No nos consta que haya sido destruido. Esto es puramente una medida de precaución.

—Reconozco el pánico en cuanto lo veo. Si han perdido ustedes la comunicación con su equipo en París, pueden estar seguros de que Rosewicz lo ha eliminado. Tiene los mejores hombres en este terreno.

—Estoy de acuerdo, pero esta casa es segura. Ni siquiera la central de Londres conoce su existencia. He establecido a su alrededor las más estrictas medidas de seguridad. —La cogió del brazo—. Bajemos por aquí. Usaremos la escalera trasera.

Había tres tramos de escalera hasta abajo. Kossenkova no había tenido tiempo de ponerse el abrigo.

—Voy a comprobar que su coche ya está ahí —dijo Felix.

Trató de abrir la puerta de la calle sin conseguirlo.

Hubo un ruido de pasos en la escalera. Eran pasos lentos, consciente y deliberadamente lentos.

—Hudson, ¿es usted? Esta maldita puerta está atascada.

No hubo respuesta.

—¿Hudson?

Pero no era Hudson. No era nadie que él conociera. El hombre no iba enmascarado. No había razón para ello. No iba a haber supervivientes que pudieran reconocerlo.

Ella no negó nada. Sin decir una palabra, siguió sentada escuchando su acusación. Él trató de hacerle admitir su culpa por todo lo que había venido haciendo, pero ella guardó un profundo silencio, un silencio que era peor que una acusación, un silencio que le quemaba, dejándole profundas marcas en su piel. Que su propia hija, la hija a la que él había amado tanto, se hubiera convertido en un Judas para él le hacía sentir

enfermo hasta lo más profundo de su corazón. Finalmente, él también guardó silencio. En otro tiempo pensó en la posibilidad de que Maria se hubiese metido monja, lo que le hubiera hecho que se sintiera orgulloso de ella. Aquella elección hubiera sido preferible a la música y la traición.

Al reflexionar, pensó que ahora quizá ésa sería la mejor solución. Una orden de clausura, cerrada, en estricta reclusión. Eso haría más fáciles sus últimos años. Y en cuanto a ella, tal vez podría encontrar su absolución en una vida de oraciones.

—¿Eso es todo, padre?

El anciano levantó la mirada. Había estado perdido en sus pensamientos, mirando el fuego en la chimenea. Cansadamente se puso de pie.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? —le preguntó.

Maria bajó la cabeza. No había en ella espíritu de lucha. El silencio era lo único que le quedaba. La muerte sería la solución más limpia. Pero no sabía cómo enfrentarse a ella. No mientras Paul estuviera vivo y la necesitara.

Su padre se le acercó. Lo vio levantar la mano dispuesto a golpearla. La mejilla todavía le dolía de la bofetada de Karl; tenía la piel hinchada, como una fruta demasiado madura.

Rosewicz bajó la vista para mirarla, sabiendo que si la golpeaba no sería capaz de detenerse. Una vez, muchos años antes, hubo un niño, un niño judío, en Klanjec, que lo había mirado como si creyera que él tenía su salvación en sus manos. Él le golpeó, no una vez sino varias, muchas, tantas que perdió la cuenta. Todo había ocurrido en un estado de descuido, casi de inconsciencia, tan profundo que al final sólo recordaba los golpes. No recordaba al niño, ni sus ojos, ni la mirada en busca de ayuda que había en ellos. Sólo los golpes. Bajó la mano lentamente con un ligero temblor.

—Padre, necesito confesar. Esta tarde hay confesión en Saint-Charles.

«¿Confesión? Sí, ¿por qué no? —pensó—. Podría ser un principio. Un paso en la dirección correcta». Aquella misma tarde trataría de informarse sobre el convento. Ciechanowski podría arreglar el asunto.

—Muy bien —asintió—. Henryk te llevará. Esperará junto al confesionario. Comprenderás que tendrá que hacerlo así. Pero no escuchará. Tienes mi palabra. La confesión es algo sacrosanto.

La mujer se levantó y se dirigió a la puerta.

—Maria. —Rosewicz la llamó y después hizo una pausa—. Hija mía, no trates de escapar. Karl y Reinhold preferirían verte muerta. No te quieren como yo te amo. No te darán la menor oportunidad.

—Me gustaría estar muerta.

—¡No debes decir algo así! ¡Es un pecado!

—¿Un pecado? Tú debes saber mucho de eso, ¿verdad que sí?

Rosewicz estuvo a punto de morder el anzuelo. No podía soportar darse cuenta de cuánto lo odiaba su propia hija. Sería mejor que de ahora en adelante se pasara la vida en un convento, rezando por él. Esto crearía un nuevo lazo entre ellos, que le bastaría

durante los años que le quedaban de vida.

—Y no trates, tampoco, de entrar en contacto con tus amigos de fuera —le advirtió—. Ya nos hemos ocupado de ellos. Nadie vendrá a rescatarte. Tienes que resignarte a la idea. —Hizo una pausa—. Cuando confieses, procura no olvidarte de decirlo todo.

Rosewicz sabía, pese a sus esperanzas de que su hija tendría una vida de rezos y contemplación, que su vida no valía nada y que la Liga pasaría por encima de él y de sus deseos, y podía acabar con él en un abrir y cerrar de ojos.

Parker condujo despacio al llegar al hotel. Era la parte más tranquila del día y casi no había nadie por allí. Serrat iba con él. En aquellos días nunca iba a ninguna parte sin él. Parker era capaz de cuidarse de sí mismo, pero Serrat podía cuidar de él aún con mayor eficacia. Tenía una constitución física estupenda y, sin embargo, no hubiera hecho un mal papel en la pista de una sala de baile. No había sacrificado ni la gracia ni el estilo a las exigencias que requiere el adquirir y mantener un físico poderoso. Su poder residía en algo más que el mero músculo. Su aspecto era el de un bailarín capaz de levantar pesas y no la de un lastrado por los esteroides víctima de un exceso muscular. Su estado físico estaba acompañado por una gran agilidad mental y una personalidad tranquila. El tenerlo cerca bastaba para hacer que Parker se sintiera bien.

Detuvieron el coche a varias puertas del hotel. Parker miró arriba y abajo. Una calle tranquila y corriente en la que un macarra vigilaba desde una esquina, una familia de asiáticos con un cochecito de niño, unos estudiantes negros salían de un hostel de mala muerte. Pasó un taxi negro en dirección a la estación. Nadie entraba ni salía de las casas próximas. En el hotel todo parecía tranquilo.

—Quédate aquí —le dijo Parker—. Vigila la parte de delante. Bill dijo que lo tendría todo dispuesto. Debo salir de aquí en medio minuto.

Serrat movió la cabeza. Tenía el pelo rizado, una amplia sonrisa y las maneras propias de un guardaespaldas, correcto pero al mismo tiempo firme.

—Si hay problemas, yo estoy mejor preparado para enfrentarme a ellos. Objetivamente. No quiero que estés allí para distraerme al tener que ocuparme también de ti. Tú vigilas el hotel y me avisas con el intercomunicador si hay algún movimiento en la calle.

Parker lo vio marchar por la acera, con paso seguro, despacio, alerta, sin llamar la atención, fuerte. Era el tipo de hombre del que un macarra profesional se apartaría instintivamente. No hacía nada en especial para parecer peligroso, nunca presumía ni se jactaba de su fuerza, pero la agilidad y vigor de sus miembros enviaba una clara advertencia dirigida a aquellos que posiblemente más la necesitaban.

Parker siguió vigilando atentamente ambos lados de la calle sin observar ningún movimiento sospechoso. Pudo ver cómo Serrat examinaba la fachada del hotel, y admiró su economía de movimientos, la gracia unida al máximo de eficacia. Sus ojos

siguieron la mirada de Serrat a las ventanas de los pisos de arriba. Allí no había el menor movimiento. Nada que se saliera de lo corriente.

Parker vio a Serrat subir los pocos escalones que conducían a la entrada principal, tocar el timbre y esperar. Contó los segundos al tiempo que se preguntaba por qué no acudía nadie a abrir la puerta.

Serrat volvió a llamar.

Parker salió del coche. Algo iba mal. La puerta principal estaba parcialmente abierta. Si Serrat entraba, podía necesitar ayuda pese a su seguridad en sí mismo. Vio cómo Serrat empujaba la puerta.

El primer fognazo le llegó mucho antes que el estruendo de la explosión. Una ola de aire caliente lo arrojó contra el automóvil y sus brazos se alzaron para protegerse. En seguida oyó el ruido de nuevas explosiones que se sucedían y que dejaron el hotel reducido a escombros.

En la oscuridad había luz y en la luz una promesa de salvación, tan pequeña y remota como una estrella en los bordes de la galaxia. *Al principio fue el Verbo*. Ellos habían convertido sus palabras en algo material que pendía sobre sus cabezas como un objeto de culto. Maria tembló al pensar en ello. En su arrogancia. En el odio que había nacido de él. Ellos habían convertido a una raza inocente en los asesinos de Dios y los asesinaron y desterraron hasta que su dios murió de incontables muertes.

Desde niña estaba acostumbrada a una perfumada oscuridad como aquélla. Sus primeros recuerdos eran los de su padre sosteniendo su mano, de sus plegarias en una lengua que ella no comprendía, sus genuflexiones, los momentos en que se apartaba de ella, hundido en el misterio que él mismo imploraba de modo tan vehemente. Maria pensó en la sangre que hubo en aquellas manos, en esas mismas manos, en esos mismos dedos afectuosos. La sangre de mujeres y niños judíos, la sangre de servios cuyo único crimen era adorar al mismo dios aunque vestido con distintas ropas. ¿Confesaba esos pecados cuando acudía allí, a la iglesia? ¿Reconocía que había obrado mal? ¿O aquello continuaba siendo su sucio pequeño secreto, encubierto con un guiño de complicidad, como si sólo fuera un asunto bajo mano entre él y su divinidad fascista, amante y protectora de los croatas?

En el banco, junto a ella, una anciana y una niña esperaban turno para confesar. La niña tejería sus pecados de la tela de araña de su vida, se sentiría arrepentida y rezaría un Avemaría, como quien recita una lección en la escuela, rápidamente y sin pensar verdaderamente en lo que estaba diciendo. Con el paso del tiempo ganaría en conocimiento y sabiduría y ocultaría sus pecados hasta llegar a aprender incluso a ocultárselos a sí misma. Sus visitas a la iglesia se harían cada vez menos frecuentes, hasta que finalmente acabarían por cesar. Su vida continuaría así, hasta que una crisis la impulsara a regresar en busca de la absolución. Pero entonces, pensó Maria, ya sería demasiado tarde. El daño ya estaría hecho, la herida sería más profunda y el veneno habría llegado ya a la sangre.

La anciana se levantó y entró en el confesionario de madera. Maria oyó el ruido de la puerta al cerrarse y el murmullo indistinto del comienzo de la confesión. «Los corazones de los viejos son una masa de cicatrices», pensó. Como el corazón de su padre. Nada podía volver a darle su suavidad de joven ni su ligereza. Ni la oración, ni la confesión, ni la asistencia diaria a misa. «¿Y mi propio corazón —se preguntó Maria—, podría librarse de sus cicatrices?».

Henryk estaba de pie, a poca distancia, apartado de los demás, vigilándola como un halcón a su presa. Ella no sería lo suficientemente hábil para escapar de él, como hiciera Jack aquel día en el parque. Ahora estaba mucho más alerta. Sabía que tenía a algunos de sus hombres apostados fuera, uno junto a cada puerta del templo. Salvo

que le crecieran alas, no había escapatoria posible para ella.

La anciana salió del confesionario y la niña ocupó su lugar. Maria no podía oírla, ni quería. Seguía pensando en Jack, no podía evitarlo. Incluso allí, en el interior de la iglesia, él estaba con ella, el recuerdo de su cuerpo, sus caricias y su palpitar. Él estaba en la luz de las velas, se reflejaba en los rostros de las imágenes, viéndola desnudarse en la luz roja del altar, devolviéndole la vida.

La niña salió mirando tímidamente a su alrededor desde el momento en que cruzó la puerta. Maria se levantó. Era la última de la fila. Por el rabillo del ojo vio que Henryk se movía buscando un lugar que le diera una buena visión del confesionario.

—*Bénissez-moi, mon père, parce que j'ai péché. Je ne me suis pas confessée depuis six semaines.*

¡Le resultaba tan difícil comenzar! Parar a tiempo para evitar que todo brotara a sus labios. No sólo sus propios pecados, sino los pecados de ellos. Ellos eran su justificación.

—Me siento confusa, padre, asustada.

—Todo está bien. No hay nada de lo que asustarse. Ésta es la casa de Dios. —No era el sacerdote de siempre, el padre Seurel. A juzgar por su voz, era un hombre más joven.

—¿Hoy no está aquí el padre Seurel?

—No, está enfermo. Yo he ocupado su lugar. Soy el padre De Galais. Siga, por favor.

Maria intentó darse ánimos. ¿Por qué le resultaba tan difícil? De pequeña siempre sintió cierto placer al confesarse.

—Soy culpable de traición, padre. He traicionado a mi esposo, a mi padre, los he traicionado a todos.

Sabía que no debía hablar de aquello, de su gran traición. Lo que hizo fue tratar de mejorar las cosas, de hacer algo bueno. Aquel pecado era de ellos. ¡Que lo confesaran ellos!

—Soy culpable de fornicación, padre... Me he acostado con un hombre que no es mi marido.

—Ya. ¿Fue en una sola ocasión o en varias?

—Una, padre. Sólo una.

No pudo evitar que en su voz hubiera una nota de remordimiento.

—¿Fue usted seducida?

—No, yo... Es muy difícil de explicar. Nos conocimos hace varios años. Después yo... mi padre dispuso para mí un matrimonio con un hombre mayor. El padre Seurel ya está enterado de ello. Ya hemos hablado antes.

—Continúe.

—Nunca amé a mi marido. Ni él a mí. Me sentía necesitada de amor. Y ese hombre, ese otro hombre, me amaba. Eso es todo.

—Y ese otro hombre, ¿está casado también?

—No, lo estuvo, pero su esposa ha muerto. Era mi hermana.

—Ya veo. Su cuñado.

—Ésa no es la cuestión. Él no lo sabía. Es... muy difícil de explicar.

—¿Ha resuelto no volver a ceder ante ese hombre?

—No cedí. No hubo ninguna presión. Fue algo recíproco. Nos deseábamos el uno al otro. Usted no lo entendería.

—No, pero debo intentarlo. Y puedo comprender la tentación. Incluso este tipo de tentación. Puede creerme.

—¿Es tan mala la tentación?

—Si su fin es el pecado sí.

—¿Es un pecado amar a alguien? ¿Demostrarle que lo amas?

—No creo que amar sea un pecado. Pero acostarse con alguien que no es su marido sí lo es. Tal vez no lo sea a los ojos de la sociedad, pero sí a los de la Iglesia. Usted ya lo sabe. No creo que tenga que explicárselo.

—¿Y no es un pecado a los ojos de la Iglesia hacerme casar con un hombre al que no amaba?

—Pudo decir no durante la ceremonia...

—¿Cree usted que he llegado tan lejos por mi propia voluntad?

—No, supongo que no. Lo siento, pero sólo puedo hablar como sacerdote. Si usted se casó por la Iglesia, seguirá casada hasta que uno de los dos muera.

—¿No puede ser anulado mi matrimonio?

—Yo no soy el llamado a decirlo.

—En ese caso, deme la absolución. Para eso es para lo que he venido.

—Muy bien. ¿Se arrepiente usted de corazón de este y de todos sus pecados?

Maria vaciló.

—No, no puedo decirlo. No siento lo ocurrido.

—Entonces, ¿para qué ha venido aquí?

—No lo sé. Lo siento. Le he hecho perder su tiempo. Deseaba hablar con alguien. Se puso de pie y se dispuso a abrir la puerta.

—Maria.

Cuando se volvió, vio de pleno el rostro del sacerdote al otro lado de la rejilla.

—Maria, por favor, vuelva a sentarse. Tengo que hablar con usted.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—No puedo explicárselo. Al menos no ahora. Escúcheme usted con atención. No puede quedarse aquí mucho tiempo o Henryk sospecharía algo. Algunas personas en el Vaticano saben lo que está ocurriendo. Estamos haciendo todo lo que podemos por destruir la influencia de la Liga que dirige su padre. Pero necesitamos su ayuda. ¿Le ha dicho alguien que está usted en peligro? ¿Que el grupo británico enviado para rescatarla ha sido aniquilado?

—Sí, mi padre me lo dijo hace menos de una hora. Creo que mi marido quiere que me maten. Ha alejado de mi lado a mi hijo Paul.

—Sí, estoy enterado de ello. Queremos ayudarle a recuperarlo. ¿Le ha dicho su padre lo que piensa hacer con usted?

—No, todavía no. ¿Sabe usted dónde está Paul?

—Sí. Mi gente me ha dicho que está en una casa en Amstorf, cerca de Munich, Pero no debe preocuparse, está completamente a salvo. Lo cuidan bien. Ahora, sin embargo, nuestra prioridad es sacarla a usted de la casa. También está la cuestión de su amigo, el doctor Gould. ¿Sabe usted dónde está?

—En Londres. Eso es todo lo que puedo decirle. Los británicos cuidan de él.

—En ese caso, corre grave peligro.

—No le entiendo.

—No hay tiempo para explicarlo con detalle. Pero confíe en mí. Déjeme ver qué podemos hacer. Ahora vuelva a casa. No provoque un escándalo. Tan pronto como sepa lo que planean, dígaselo a la señora Nagle. Ella me conoce, y a usted la quiere mucho. Ella me traerá cualquier mensaje que usted le dé. Confíe en ella. Tan pronto como estemos en condiciones de entrar en acción, le daré instrucciones a través de ese mismo contacto. Bien, ahora quiero que rece diez avemarías y practique un acto de contricción. Yo le absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Allez en paix, mon enfant.*

—Sube al coche. ¡Rápido!

Parker miró a su alrededor. Jack Gould estaba a su lado, la mano sobre la portezuela del coche. No había tiempo para hacer preguntas. Parker se dio la vuelta y se colocó detrás del volante. Jack subió por el otro lado y se sentó junto a él.

—Te creía muerto —dijo Parker.

—Y yo. Salgamos de aquí.

Parker pisó a fondo el acelerador. Mientras se alejaban, oyeron en la distancia el ruido de una sirena. Parker ya podía ver los titulares en la prensa. Se preguntó quién se encargaría de explicar lo ocurrido y a quién se culparía de ello. Algún veterano funcionario de la policía, supuso. Y el IRA sería el chivo expiatorio.

—¿Cómo lograste salir? —le preguntó.

—Bill Blair. Recibió tu aviso unos tres minutos antes de que comenzara el ataque. No perdió el tiempo. Llegó a mi cuarto y me hizo salir tal y como estoy —Jack sólo llevaba puestos los pantalones y la camisa—, lo siguiente que sé es que estábamos ya a la mitad del camino a la calle por la escalera de incendios cuando se oyeron unos tiros y Bill volvió a entrar. Me dijo que saliera y buscara un lugar donde esconderme hasta que tú llegaras. ¿Qué demonios está ocurriendo?

—Me gustaría saberlo. Mi opinión es que la Liga está ejercitando sus músculos. Acabo de intentar ponerme en contacto con mi base en World's End; no hay línea. Han aniquilado también a nuestro grupo en París. Tengo órdenes de llevarte a Escocia.

—¿Y qué hay de Maria? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está?

—En París. Pero no sé cómo está. En cuanto pueda restablecer contacto con Felix...

—¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes? Enviaste gente a protegerla. La hiciste volver con esa condición. ¿Es ése el equipo que ha sido aniquilado?

—Lo siento. No pudimos preverlo todo. Nadie esperaba una cosa así.

—Está bien claro que no. ¿Puedes llevarme a París?

—¿París? Ya te he dicho que tengo órdenes de llevarte al norte. Una vez allí, podré restablecer las comunicaciones con la central.

—¡Para! —le ordenó Jack.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Había un tráfico intenso que se dirigía a la A1. Parker encontró un hueco y se detuvo a la derecha. Jack comenzó a abrir la portezuela.

—Por favor, Jack, doctor Gould, quédate donde estás.

—Sois unos mal nacidos. ¡La hicisteis volver junto a su esposo y ahora me dices

que ni siquiera podéis protegerla!

—Jack, esto es una guerra. Las cosas que están ocurriendo ahora son una continuación de los acontecimientos de los años cuarenta. No puedes comprender lo que está ocurriendo.

—Lo único que entiendo es que Maria está en peligro. Tengo que ir allí.

—No seas estúpido. ¿Cómo esperas llegar a París? No tienes dinero, ni documentación. Ni siquiera un abrigo. Te prometo que esto no es el fin. Maria estará a salvo.

—Ya lo dijiste antes.

Jack abrió la puerta y comenzó a bajar del coche. Oyó un clic detrás de él y se volvió. Vio a Parker con una pistola en la mano.

—Ya te he dicho que no hagas estupideces. Tú tienes un papel importante que jugar en todo esto. Y todavía nos debes un favor.

Jack se lo quedó mirando por unos momentos.

—¡Que te jodan! —dijo. Bajó del coche y cerró de golpe la portezuela tras él.

París

—Maria, ésta es la hermana Zofia. Se ha pasado la noche viajando desde Czestochowa para poder estar contigo hoy mismo. Me temo que únicamente habla polaco. Tendrás que hacerlo lo mejor que puedas. Cuando eras pequeña, tu polaco era excelente. De todos modos, eso no tendrá mucha importancia cuando estés en Polonia. Te pedirán que hagas voto de silencio.

La monja estaba a un lado. Su largo hábito pasado de moda parecía fuera de lugar en la habitación bellamente amueblada, con sus ricos tapices y valiosos ornamentos. La monja tenía la mirada perdida de alguien que le ha vuelto la espalda a la vida. Estaba claro que lo que la rodeaba no tenía ninguna importancia para ella.

—¿Sabe que yo no quiero ir?

—No está interesada en tus deseos —le respondió Rosewicz—. Lo único que sabe es que un cardenal, que resulta ser el director de su orden, le ha pedido que te acompañe en tu viaje desde París a Czestochowa. Debo enviar a uno de mis hombres con vosotras para que se asegure de que llegáis a salvo y de que tú no intentas escapar. Una vez que estés en el convento, la responsable de ti será la madre superiora. Se llama madre Alicia. El convento es de una orden fundada en 1644 por Matilda de Radomsko. A las monjas se las conoce como las hermanas de la Penitencia.

—Padre, ¿es que no lo ves? Lo que estás haciendo es grotesco. Y un escarnio para la verdadera vocación religiosa.

—Y lo que tú has hecho es una burla de todo lo que es sagrado para mí.

—¿Sagrado? ¿Es que hay algo sagrado para ti que no seas tú mismo?

—Por favor, Maria, no luches contra mí. Ésta es la única salida que me queda. Karl quiere matarte, ¿no lo comprendes? Sabe lo que ha pasado entre el doctor Gould y tú. Quiere que mueras. Puedes considerarte dichosa de que cuento con el apoyo del cardenal Ciechanowski. Él ha logrado convencer a Karl de que ésta sería la mejor solución para todos.

—Y exactamente, ¿cuánto tiempo se espera que yo pase en aquel lugar?

Su padre le dirigió una dura mirada que revelaba más de lo que él hubiera querido.

—¿Cuánto tiempo? —Su voz era hueca, sin efectos—. ¿Es que no lo has comprendido todavía? Nunca saldrás de allí. El convento será tu prisión. Te enterrarán allí.

Los ojos de Maria se abrieron llenos de incredulidad. Estaban en una pequeña habitación en la parte trasera de la casa. En las paredes había espejos con marco dorado, y cada vez que Maria levantaba la vista, veía su imagen reflejada en ellos.

—Quiero que reces por mí, querida mía. Día y noche, tanto si vivo como si ya he muerto. Tú...

Pudo cogerla a tiempo cuando Maria se desmayó. En los ojos de Rosewicz había lágrimas. Las manos le temblaban cuando la estrechó entre sus brazos y la besó.

Maria se levantó durante la noche bañada en sudor, un sudor frío que ya llevaba mucho tiempo sobre su piel. El doctor Ganachaud le había dado unos tranquilizantes muy fuertes y ella había dormido mal bajo su influencia.

Al mirar a su alrededor vio a alguien sentado junto a su cama, leyendo bajo una lámpara de luz suave. Era la señora Nagle.

—Noreen, ¿qué haces aquí?

—Su padre me pidió que cuidara de usted, señorita. Está muy preocupado por usted.

A Maria le resultaba difícil hablar acostada.

—¿Me puedes ayudar a sentarme? Me siento rígida.

—¡Pobre niña! Has estado horas sin conocimiento. Tu padre dice que debes estar lista para emprender el viaje mañana por la mañana. Habrá un coche en la puerta a las ocho.

La señora Nagle levantó la cabeza de Maria y colocó unos almohadones por detrás de ella.

—¿Está mejor así?

Asintió con un gesto de cabeza.

—Me siento terriblemente mal.

—Bien, a decir verdad, no tiene usted muy buen aspecto, señorita.

—¿Le ha dicho mi padre lo que ha sucedido?

—Realmente no. Sólo que usted se marcha a Polonia y estará ausente durante algún tiempo.

Hubo un silencio de sorpresa. Después, un duro comentario de desaprobación.

—No pueden hacer una cosa así, señorita. Nunca se lo permitirán.

—La decisión está tomada. Se han hecho todos los preparativos. Por favor, Noreen, ¿podrías llevarle un mensaje al padre de Galais?

—Puede estar segura de ello. Voy a buscarle papel y pluma.

París. Lunes, 4 de enero de 1993

Jack llevaba dos días vigilando la casa, pero hasta entonces no había ocurrido nada. Algunas personas habían entrado y salido, pero nadie a quien él conociera, con la excepción de Henryk. Jack se sentía cada vez más impaciente y asustado, horrorizado por el temor de empezar a cometer errores. No había sitio para errores en lo que estaba haciendo.

No le resultó difícil salir de Londres. Sufriendo mucho por el frío, recorrió en mangas de camisa todo el camino desde Kentish Town, donde dejó a Parker, hasta la embajada irlandesa en Grosvenor Place. Fue un largo paseo y al final estaba exhausto.

En la embajada recogió el pasaporte que ya había solicitado previamente. El funcionario lo reconoció y se lo entregó sin ningún problema. Jack le dio las gracias y se dispuso a salir.

—No puede irse así —le dijo el empleado.

—Todo se arreglará en cuanto consiga dinero para comprar un abrigo. Ahora que tengo el pasaporte, puedo sacar dinero del banco.

—Seguro, pero mientras se puede morir de frío. No lleva nada de abrigo. Espere un momento.

En unos minutos estaba de regreso con un abrigo a su medida.

—Le estará bien. Me lo puede devolver cuando tenga el suyo.

Jack se quedó sin habla ante la imprevista generosidad del gesto. Le resultaba casi imposible creer que alguien fuera capaz de ofrecerle algo sin esperar nada a cambio.

—¿Lleva usted dinero encima?

Jack negó con la cabeza. Aún seguía demasiado agotado para discutir.

—Va usted a acabar destrozado. ¿Hasta dónde tiene que ir?

Jack mencionó la sucursal de la calle Queen del banco de Irlanda, aunque no tenía la menor intención de ir allí. Acercarse a la embajada ya significó un riesgo considerable.

—Bien, aquí tiene diez libras para un taxi. Puede devolvérmelas cuando me traiga el abrigo.

—No sé cómo agradecerse.

El hombre lo miró fijamente.

—La mejor forma de hacerlo será marcharse con sus problemas sano y salvo fuera de Inglaterra. No sé, ni quiero saberlo, en qué líos está metido, pero sé que hay gente que lo busca, doctor Gould. Y no es gente simpática. ¿Me comprende? Váyase ahora que puede. El abrigo me hará falta antes de irme esta noche.

Jack se dirigió directamente al Deutsche Bank de Bishopsgate. Cuarenta minutos

más tarde, después de haber convencido al subdirector de que era quien decía ser, estaba en la acera de enfrente, diez mil libras más rico que cuando entró.

Desde Bishopsgate se dirigió a Dickins and Jones, en la calle Regent, donde se compró dos juegos de ropa completos, un anorak enguatado, un cinturón especial para guardar el dinero y una mochila. Un mensajero llevó a la embajada el abrigo, el dinero y una nota dándole las gracias.

Un compañero estudiante del Trinity le habló en cierta ocasión de lo sencillo que resultaba salir de Inglaterra en los pequeños barcos que cruzan el canal. En los diminutos puertos de la costa inglesa y francesa, el control aduanero es casi inexistente. La responsabilidad de la declaración de entradas y salidas recae sobre los propios patrones de las embarcaciones; los impresos se guardan en las oficinas de los comandantes de puerto, donde son revisadas por los más concienzudos e ignoradas por los otros, y los puertos más pequeños ni siquiera tienen comandancia.

Con diez mil libras no le fue nada difícil encontrar a alguien en Dymchurch, un pequeño puerto inglés, que lo llevara sin ser visto hasta la costa francesa, a poca distancia de la estación de ferrocarril de Le Tréport. Desde allí sólo había un corto viaje a París.

Jack compró tres furgonetas de segunda mano de tamaño medio, todas de distinta marca y color y adquiridas en tres tiendas diferentes de vehículos de ocasión. En un garaje cerca de la Gare St. Lazare alquiló dos plazas de aparcamiento, donde dejaba sus dos furgonetas mientras utilizaba la otra. Cambiaba de coche cada hora o dos y aparcaba en lugares distintos cuando regresaba a la calle Fortune. Era complicado, pero también, lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias. Utilizaba unos gemelos que había comprado en París para vigilar la puerta de entrada de la casa de Rosewicz. No tenía idea de la calidad del sistema de seguridad de Henryk, pero supuso que no tardaría mucho tiempo en darse cuenta de la presencia de alguna de sus furgonetas.

Vio salir a Rosewicz, escoltado por Henryk y otro hombre. Se marcharon juntos en una limusina Citroën negra y estuvieron fuera durante dos horas. Durante la ausencia de Rosewicz, los alrededores de la casa siguieron tranquilos. En la casa no entró ni salió nadie. Uno de los hombres de Henryk estaba junto a la puerta y hablaba ocasionalmente en la pequeña emisora portátil. Mientras estaba sentado allí, sin poder hacer nada, lo devoraba la ansiedad. Comía y bebía en la parte de atrás de la furgoneta y usaba un váter portátil para dejar de vigilar la casa el menor tiempo posible. Estaba esperando la oportunidad de que la señora Nagle saliera a comprar.

Regresó Rosewicz, una pequeña figura gris, borrosa en las lentes de los gemelos de Jack, que entró en la casa directamente. Jack hubiera deseado poder situarse enfrente, desde donde hubiera podido observar las ventanas. Pero los dos únicos edificios desde los cuales se hubiera podido realizar una vigilancia efectiva eran residencias particulares, y Jack estaba seguro de que Henryk había encontrado la forma de asegurarse de que no podían ser utilizadas por sus adversarios. De sus

observaciones, Jack dedujo que en una de las casas vivía una familia de cinco personas y en la otra una pareja ya anciana.

Pasó la hora del almuerzo. Durante un rato, las calles se quedaron en silencio. Jack comió un bocadillo de jamón acompañado de un vaso de café que llevaba en un termo. Ya casi era hora de marchar a cambiar de vehículo.

Un coche se detuvo delante de la casa, un Mercedes negro con las ventanillas ahumadas. Jack enfocó sus gemelos cuidadosamente en las puertas de atrás, pero no salió nadie. Recorrió las aceras con sus gemelos y vio a Henryk hablando en su walkie-talkie. Seguía sin salir nadie del coche. La puerta de la casa se abrió y salieron dos hombres que se unieron a Henryk. Mientras cada uno de ellos vigilaba uno de los lados de la calle, Henryk se dirigió a la puerta trasera del coche y la abrió. Jack volvió a enfocar allí sus gemelos.

Un solo pasajero bajó del Mercedes a la acera. Tenía el rostro vuelto a Henryk, de modo que Jack no podía verlo. Éste, durante un momento, pensó que entraría en la casa sin darle la oportunidad de verlo bien. Entonces, cuando el hombre estaba a punto de cruzar la puerta, se volvió para mirar a una joven con abrigo de pieles. Jack sólo tuvo tiempo de mirarlo un segundo, pero fue suficiente. Un instante después, el hombre que Jack había conocido como Parker desaparecía con Henryk en el interior de la casa.

La señora Nagle salió veinte minutos más tarde con una cesta de compra. Iba vestida como si fuera un día de mercado en Baltimore, Irlanda, con un abrigo de lana verde y una bufanda roja. Durante un momento, Jack no supo qué hacer, si seguirla o esperar que Parker volviera a hacer acto de presencia. Pero dándose cuenta de que era bien poco lo que podía hacer con Parker, tanto si salía como si no, Jack puso en marcha el motor y la furgoneta comenzó a moverse lentamente, siguiendo a varios metros de distancia de la señora Nagle. Ésta caminaba sin prisas, imponiendo el ritmo de su Cork nativo en las calles de París.

El ama de llaves de Rosewicz dobló la esquina con la calle de Prony. Jack vio un lugar libre en donde aparcar y así lo hizo. Se detuvo apenas lo suficiente para parar el motor, bajó del coche y se apresuró detrás de ella.

—Señora Nagle. —Pronunció su nombre en voz baja y suave pues no deseaba asustarla.

Ella se volvió con calma.

—Vaya, se ha tomado tiempo en venir aquí —observó.

—¿Puedo hablar con usted?

—Estoy segura de que lo hará tanto si lo quiero como si no. Pero tendrá que hablarme mientras caminamos. Tengo que comprar y preparar una comida de cinco platos para esta noche y casi no tengo tiempo para hacer la compra.

Jack caminó a su lado. Apenas habían dado unos pasos, pero no se pudo contener más y lanzó la pregunta que estaba presente en su mente.

—Señora Nagle, ¿está bien Maria?

—Sí, está bien. No le han hecho daño, puede tranquilizarse. Al menos de momento. Me dijo que era de esperar que usted viniera preguntando por ella, aunque no sabía cuándo podría ser. Me he enterado de que ella y usted se hicieron muy buenos amigos en aquellos días.

—¿Qué le dijo?

—¿Decirme? Oh, no mucho. No fue lo que me dijo sino lo que dejó de decirme. La conozco de toda la vida y es muy poco lo que puede ocultarme. No es que pueda decir que me agrada lo que está usted haciendo, puesto que ella es una mujer casada y todo lo demás. Pero tampoco puedo decir que me guste ese alemán que tiene por marido.

—¿Está Maria todavía en París o ha regresado a Essen?

—Ni lo uno ni lo otro. —La señora Nagle le explicó lo del convento en Czestochowa. Y añadió—: Antes de marchar, me entregó una nota para usted.

Maria no había perdido tiempo en frases emotivas. El mensaje era corto y conciso: «Ve a ver al padre De Galais. La señora Nagle te dirá dónde encontrarlo».

Era su letra, eso era lo verdaderamente importante.

De Galais acordó encontrarse con Jack en Cinq Étoiles, un viejo bar con mostrador de cinc en Guy Môquet, cerca del depósito de ferrocarriles. Cuando llegó, Jack estaba esperándolo. Era un hombre de cara pálida, con gafas baratas, todo huesos. Un clérigo, larguirucho y desgarrado, que poseía la mirada objetiva de quien ha aprendido la mayor parte de lo que sabe en los libros y en otras personas. Pidió dos copas de Armagnac. Mientras Jack le escuchaba, trató de explicarle lo que le había pasado a Maria.

—¿No podemos sacarla de allí? —preguntó Jack—. Estoy seguro de que nadie puede retener a una persona en un convento en contra de su voluntad. Ya no estamos en la Edad Media.

—Tiene usted razón, desde luego —confirmó De Galais—. Yo podría recurrir al Vaticano, a uno de los subsecretarios de la Congregación para las Instituciones Religiosas y Seculares. Son ellos los que tienen autoridad para actuar en esos asuntos. Estoy seguro de que el prefecto ordenaría una investigación. Pero me temo que en el momento en que Ciechanowski tuviera noticias de que estaban ejerciéndose presiones desde altas instituciones, Maria desaparecería convenientemente e iría a parar a otro convento. El cardenal puede disponer de muchos de ellos, puedo asegurárselo. Y en esta ocasión no podría preveniros de adonde la llevaban porque ni ella misma lo sabría. Podríamos perderla para siempre. Créame, doctor, algunos de esos lugares son como pozos sin fondo.

—¡Pero no podemos dejarla allí!

—No, claro que no. No es eso lo que estoy sugiriendo. Pero si queremos asegurar su libertad, me temo que debemos actuar al margen de los procedimientos oficiales. De momento, hay otros asuntos más urgentes.

—¿Más urgentes? Maria...

—Maria estará a salvo de momento. Créame. La tienen donde quieren tenerla y piensan que nadie sabe dónde está... Así que dejémosla allí hasta que estemos en condiciones de actuar.

Jack examinó al sacerdote más de cerca, su cráneo afeitado, dedos largos y secos y mejillas hundidas. Lo que en un primer momento Jack tomó por objetiva imparcialidad era algo muy distinto: autoposesión o conciencia.

—¿Cómo se ha visto usted mezclado en todo esto?

En respuesta, el cura metió la mano en el bolsillo y sacó una delgada cartera. De ella extrajo una fotografía que puso sobre la mesa, delante de Jack. Era una foto en blanco y negro de un fraile conventual, barbudo, y causaba la impresión de haber sido hecha hacía mucho tiempo.

—Se llamaba Kolbe. Maximilian Kolbe. Era un fraile franciscano polaco que murió voluntariamente en Auschwitz para salvar la vida de un detenido judío casado.

Fue canonizado hace pocos años.

»Doctor Gould, usted habrá oído hablar de las cosas terribles que hicieron muchos sacerdotes durante y después de la guerra. No estoy ofreciendo disculpas por ellas. No está en mis manos hacerlo, Sucedieron, y si volvieran a darse circunstancias parecidas, no dudo de que volverían a suceder, las mismas cosas u otras muy parecidas. Y una parte de mí teme que no esté muy lejano ese momento. La Iglesia no es una comunidad de santos, doctor. Todos somos pecadores. Los sacerdotes no son mejores que los hombres corrientes, aunque algunos de ellos se comporten como si la fueran.

Suspiró y Cerró los ojos. Jack pudo darse cuenta de que estaba cansado.

—Pero yo creo que deberían ser mejores, aunque sólo fuera un poco mejores, Creo que Maximilian Kolbe fue mejor que muchos de sus compañeros. Por lo que vale, creo que su sacrificio compensa, aunque sea en pequeña medida, por las cosas que hicieron Krunoslav Draganovic y otros como él. Naturalmente esto no equilibra la balanza. Tendría que haber muchos como Maximilian Kolbe para equilibrarla, y me parece que los santos no hacen acto de presencia con la frecuencia que nos gustaría. Pero quizá usted no cree en los santos.

—Nunca encontré ninguno. Tal vez he tenido mala suerte.

De Galais hizo una pausa y bebió un sorbo de su pequeña copa. Las voces, a su alrededor, eran fuertes y roncadas. Entre ellas, la voz del sacerdote era delicada y terminaba con una especie de trémolo ligero. Y, sin embargo, Jack no tenía la menor dificultad en oírlo. Pese a toda su debilidad, la voz se alzaba por encima del ruido del bar.

—¿Qué sabe usted de la teología de la liberación, doctor?

Jack vaciló.

—Casi nada. Soy especialista en textos bíblicos, pero no teólogo.

—Bien, no voy a intentar darle una conferencia sobre el tema. El nombre «teología de la liberación» proviene del título de un libro escrito por Leonardo Boff, un sacerdote peruano. Es un intento de adaptar la teoría marxista a los objetivos cristianos, excepto que el pueblo que la predica no es comunista. Lo que viene a expresar es la creencia de que los cristianos tienen que decidirse por lo que Boff llama «una opción por los pobres». Como Jesús, dice Boff, nosotros tenemos que poner a los pobres por delante de los ricos. Los débiles antes que los fuertes. Es posible que usted piense que eso no puede causar tanto revuelo, pero lo provocó. En países como Brasil, Argentina o Chile hizo que las clases gobernantes se sintieran muy desgraciadas. Tradicionalmente, la Iglesia estaba asociada con el Estado y los militares. Si los sacerdotes y obispos tenían algún contacto con las masas, era para predicarles la virtud de la obediencia ante los poderosos. Y, de pronto, llegaban sacerdotes a los barrios donde la gente vive en barracas para pedir un poco de justicia en nombre de los que vivían allí.

»El actual papa ha odiado toda su vida el comunismo, así que pensó que la

teología de la liberación no podía ser otra cosa que un intento de infiltrar el comunismo en la Iglesia por la puerta de atrás. La condenó y todavía sigue condenándola. No puedo decirle cuánto me entristece que eso sea así. En el Tercer Mundo, la iglesia de Cristo sigue asociada todavía con las juntas militares y los dictadores gobernantes, y no con los pobres o los que sufren, con los asesinos y no con sus víctimas. El resultado es que el pueblo está perdiendo la fe y volviéndole las espaldas a la Iglesia.

Hizo una pausa de nuevo y captó el reflejo de su propio rostro en el brillante metal de la barra. Continuó:

—Muchos de nosotros pensamos que debe haber un camino mejor. Creemos que el futuro de la Iglesia, quizá incluso su propia supervivencia, está en manos de los oprimidos y no de los opresores. Queremos aliamos con el pueblo y su lucha por la libertad y la justicia. Cristo no estará en los palacios de los dictadores, sino que vivirá en los barrios de chabolas, con los pobres.

»Hace unos años, un grupo de sacerdotes en el Vaticano, entre los que me contaba yo mismo, formamos una asociación libre cuyo propósito era controlar las tendencias de extrema derecha dentro de la Curia. Escribimos informes de la situación y de las actividades de varias congregaciones y comisiones, especialmente de la Congregación por la Doctrina de la Fe.

»Recogiendo una filtración aquí, una revelación allá, nos puso en condiciones de pasar una advertencia a tiempo a un clérigo activista en Venezuela o a un obispo simpatizante. Construimos una red de amigos en todo el mundo y la información comenzó a circular en ambas direcciones. A veces, nosotros sabíamos por adelantado que la jerarquía eclesiástica local estaba moviéndose en una dirección peligrosamente conservadora y estábamos en condiciones de ponemos en contacto con uno de los cardenales más liberales, alguien que estuviera dispuesto a actuar en privado o, al menos, a advertir a otros de lo que estaba planeándose.

»De ese modo, en 1985, empezaron a circular informes procedentes de Europa sobre una organización llamada Crux Orientalis. Supongo que debe saber de qué estoy hablando.

Jack asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Poco a poco —continuó el sacerdote— nuestros informes empezaron a adquirir forma. Ahora sabemos que existe una conspiración a alto nivel dentro de la Iglesia para restablecer lazos con varias organizaciones fascistas de toda Europa. Un gran número de sacerdotes conservadores han sido iniciados en Crux Orientalis, que ahora ya cuenta con obispos, arzobispos y cardenales dispuestos a apoyar sus objetivos. Y creemos que el documento que se conoce como el pergamino de Jesús está llamado a jugar un importante papel en el resurgir del fascismo católico.

—Yo creo que Rosewicz ya lo tiene en su poder.

—Sí, es casi seguro. Y tenemos que actuar ahora si es que queremos quitárselo.

—¿Nosotros?

—Algunos de nosotros hemos formado un segundo círculo, mucho más reducido que el primero. Nos llamamos la Sociedad Maximilian Kolbe. Él es el símbolo de lo que defendemos. Él dio su vida por un judío. En otras palabras: vio que la Iglesia tiene una misión universal. Ciechanowski, Rosewicz y los demás lo único que quieren es utilizar a la Iglesia como andamio para sostener una especie de nacionalismo enfermizo. Quieren una Iglesia polaca, una Iglesia lituana, una Iglesia eslava, una Iglesia báltica, una Iglesia aria. Nosotros rechazamos esas ideas, y estamos decididos a derrotarlas. Si nosotros no...

No dijo nada más durante un rato. En el televisor que había sobre la barra, un combate de boxeo mostraba la brutalidad de un modo de pasar el tiempo que conducía al agotamiento. Hombres cansados dejaban que sus ojos siguieran los lentos puñetazos y las fatigosas fintas sin que realmente los vieran ni les interesaran. Otros miraban sus copas vacías o discutían con amigos. Jack captó fragmentos de su conversación:

—*Ce salopard de ratón m'a roulé! J'ai casqué une fortune pour du toc.*

—*Ils son tous des salauds.*

—*Qu'est-ce que tu veux? C'est un trou, ce quartier. Rien que des bougnoules. Rien que des moricauds.*

Todas las conversaciones estaban salpicadas de palabras como *raton* y *noraf*, términos despectivos para los norteafricanos. *Negros, puercos árabes, argelinos de mierda, vividores.* El odio y el desprecio salían de sus labios como un vómito continuo producido sin el menor esfuerzo. Allí estaban los maderos, los clavos y martillos que con el tiempo servirían para levantar los patíbulos y las altas tapias de los campos de concentración.

—Padre, tengo que explicarle una cosa.

Jack le contó que había visto entrar a Parker aquella tarde en casa de Rosewicz.

—¿Le extraña? —El cura se echó hacia atrás en su silla.

—Sí, claro que me extraña. Él y Felix me dijeron que estaban trabajando contra Rosewicz, que tratarían de impedir el triunfo de la Liga. Creo que eso ya lo sabe.

Hubo otra pausa que De Galais aprovechó para pedir dos copas de más. Parecía fuera de lugar en aquel ambiente cargado de humo, pero nadie parecía prestarle la menor atención. Siempre que venía a París, aquél era su bar habitual. Había comenzado a ir allí con su padre, mucho antes de entrar en el sacerdocio. Y una vez, a veces lo recordaba amargamente, en compañía de una mujer.

—Ya debe haber tenido tiempo de darse cuenta de que en este negocio no hay que confiar totalmente en nadie. Ni siquiera en la Iglesia. Yo no le pido que confíe en mí o, al menos, no se lo pediré hasta que me conozca mejor. No obstante, lo que sí espero es que crea lo que estoy a punto de decirle. Si no me cree por mí mismo, existen numerosas fuentes de información independientes que puede usted consultar, aunque sólo sea para la información básica.

»El hecho es que después de la segunda guerra mundial, los servicios de

inteligencia occidentales pasaron a depender en gran parte de las redes y organizaciones que originalmente fueron establecidas por los nazis. Se necesitaban agentes que pudieran infiltrarse en los nuevos aparatos de gobierno de las naciones del Este de Europa, hombres y mujeres en los que se pudiera confiar como anticomunistas convencidos y comprometidos. ¿Quién mejor que los exnazis, antiguos agentes de los servicios de espionaje alemanes? U otros dispuestos a ser formados por ello en la profesión.

»Uno de los principales canales por los que los británicos reclutaban a sus agentes en el Este de Europa era Crux Orientalis. En 1946, la policía secreta de la Alemania del Este recibió el soplo de que se planeaba una operación exnazi en Berlín. Es posible que tus amigos ingleses te hayan hablado de ello, ¿no es así?

—¿El asunto de la prisión de Friedrichshain? Sí, lo conozco.

—Pero es posible que no te hayan dicho lo que ocurrió después. Los servicios de inteligencia británicos recibieron el aviso de que las fuerzas de seguridad de la Alemania Oriental estaban planeando una gran operación. Los ingleses ya tenían gente en Berlín oriental, pero querían tener más. Friedrichshain era la clave de toda la red operativa de Crux Orientalis. Los británicos no podían hacer nada por la gente detenida en la prisión, pero sí ofrecer ayuda a otros miembros de la organización que estaban fuera. No había tiempo que perder antes de que la red se cerrara. Un coronel de la inteligencia británica llamado Saunders ya había organizado una ruta de escape a través de Berlín occidental, e hizo saber que estaba a disposición de los miembros de Crux Orientalis que quisieran utilizarla. En un mes lograron sacar de Alemania del Este a más de quinientos exnazis, una de las mayores operaciones de este tipo. Y seis meses más tarde, empezaron a devolverlos, pero ahora trabajaban para los británicos.

—¿Qué pasó con los prisioneros de guerra aliados que estaban todavía presos en Friedrichshain?

—Se los llevaron a Rusia. Esto es lo último que se supo de ellos. Los británicos no hicieron ningún esfuerzo por liberarlos porque podían haber puesto en peligro toda la operación centrada en Crux Orientalis. Existía una organización británica llamada Octubre. Varios de sus agentes más importantes estaban en Friedrichshain. Octubre había trabajado en Yugoslavia junto con los partisanos de Tito. Si se les hubiera permitido volver a Gran Bretaña, podían haber dificultado las cosas para Rosewicz y sus amigos. Así que se decidió olvidarse de ellos.

»Recientemente hemos oído que se encuentran en un hospital especial en Siberia, donde estaban siendo interrogados de nuevo. En esta ocasión, los rusos se han dado cuenta de su valor. Podrían usarlos para hacer chantaje, para actuar como control del trabajo de los servicios de espionaje de Occidente.

»Su amigo Felix confiaba en resolver la situación con ayuda de Irina Kossenkova. Pero, al parecer, Rosewicz entró en acción antes que ellos. Esto hace a los británicos extremadamente vulnerables. Si los prisioneros son puestos en libertad, se producirá un escándalo tremendo. Se pondrá al descubierto la conexión entre el Servicio

Secreto de Inteligencia y Crux Orientalis. Y no sólo eso. La gente se enterará de que sus propias autoridades han sido cómplices en la detención continuada de unos héroes de guerra británicos.

»Creo que ésa es la razón por la que su amigo, el señor Parker, está aquí. Quiere valerse de Rosewicz para salir del tremendo lío en el que se ha metido. A cambio, va a ofrecerle un nuevo pacto con Crux Orientalis. Un pacto con el que adentrarse en el siglo XXI.

A todo su alrededor creyeron poder oír, como en un susurro, el sonido de las voces del nuevo siglo. Habría hogueras en las que arderían los libros y los cuerpos de hombres, mujeres y niños. Y las voces se harían cada vez más fuertes, hasta que sus quejas fueran oídas por todo el mundo. Y el color de la piel de un hombre fijaría el precio de su vida; su prepucio, circuncidado o no, determinaría su destino.

—¿Es demasiado tarde para detenerlos? —preguntó Jack.

De Galais se encogió de hombros.

—Quizá. Nosotros no somos muy poderosos. No podemos hacer mucho. Pero quiero intentarlo, y quiero comenzar esta misma noche.

—¿Esta noche?

—Voy a intentar penetrar en casa de Rosewicz, para robar el pergamino. Usted conoce la casa. Y además sabe cómo es el pergamino. ¿Querrá usted ayudarme?

Czestochowa, Polonia

—Rezar por aquellos que no tienen tiempo de hacerlo; creer por aquellos que ya no pueden creer, ofrecer consuelo a los que están hundidos en el dolor; aceptar la muerte para que ellos puedan vivir.

La abadesa dejó el libro de la comunidad sobre su ordenada mesa de madera y miró a los ojos a Maria. El cuero negro de la cubierta del libro estaba desgastado por años de uso piadoso; parecía estar hecho de años y culpabilidad acumulados.

—Para eso estamos aquí —dijo la madre Alicia—. Para eso está usted aquí. Nuestra existencia no sirve a otro propósito. Eso es fácil de decir, pero duro de vivir. Ninguna de nosotras ha sido elegida, no somos elección de Dios. Pero, a nuestro modo, nos esforzamos en conseguir un estado de gracia para que nuestras oraciones puedan surtir efecto.

»Usted ha sido traída a esta casa en circunstancias poco corrientes de las que no quiero hablar. Ni le permitiré a usted que hable de ellas. La cuestión es que usted está aquí y va a quedarse aquí. Es usted mayor que la mayoría de las postulantes y está más acostumbrada a vivir en el mundo. Esto puede ser causa de problemas, pero los superaremos. Durante los próximos años, aprenderá a doblegarse y a obedecer nuestras reglas. Si no lo hace, será destruida. ¿Me comprende? Su resistencia será rota en una rueda de penitencia. Ése es nuestro camino.

Maria no dijo nada. Todas las cosas que le habían sucedido en los últimos días pasaron por ella como en un sueño. Antes de abandonar París, Karl habló con ella brevemente y sin emoción, advirtiéndola que si intentaba abandonar el convento, no podía esperar gracia. No usó muchas palabras, pero Maria entendió perfectamente lo que quería decir: que sería perseguida, llevada de regreso a Essen y asesinada.

—Lo mejor que puedes hacer es resignarte con lo que te espera —le aclaró—. Tratar de resistirse no servirá de nada. Discutir no implicará la menor diferencia. Lo único que conseguirás será que las cosas sean más miserables para ti. Las monjas quieren obediencia y saben cómo conseguirla, puedes creerme. Tienen siglos de práctica. Puedes luchar todo lo que quieras, pero al final acabarán por dominarte. Yo que tú, trataría de hacerme a esa idea desde el primer día. Has demostrado ser un desastre como madre y esposa, y odiaría ver que fracasas también en esto.

Estaban en una habitación blanca sin ningún adorno, salvo algunas litografías de santos, viejas y descoloridas, y un gran crucifijo en una de sus paredes. El mobiliario era sencillo y con aspecto de incomodidad: sillas de respaldo recto, una mesa ordenada y un armario cerrado con llave. El suelo, barrido a conciencia, resultaba muy frío bajo sus pies desnudos. Sólo a las enfermas y a las ancianas se les permitía llevar zapatos. A su llegada fue desnudada totalmente, bañada y vestida con el hábito

de novicia, de pesada sarga negra. Las dos monjas que le ayudaron permanecieron en silencio durante todo el tiempo que duró la operación. Maria trató de entrar en conversación con ellas, pero se resistieron con miradas pétreas y, finalmente, ella acabó también por guardar silencio.

—Ésta es una orden contemplativa —continuó la abadesa—, y aquí se le enseñará a usted a contemplar y a rezar. No tenemos otra función. Nuestra regla es el silencio perpetuo, un silencio que sólo puede ser roto en el confesionario, cuando sean ustedes convocadas a mi presencia o en caso de necesidad directa. El silencio se extiende a la música. Aquí no tenemos música y no queremos oírla tararear o cantar. Cuando esté sola en su celda, tendrá que concentrar su mente en sus oraciones a la Virgen y no en recordar piezas musicales.

La abadesa hablaba un buen alemán con acento del sur de Polonia. Era una anciana, pero no había en ella nada que sugiriera fragilidad. Su rostro estaba parcialmente cubierto tras una complicada toca almidonada. Las hermanas de la Penitencia apenas si se dejaron afectar por las reformas del Congreso Vaticano Segundo; conservaban sus hábitos del siglo xvi sin ninguna modificación, como las reglas y convenciones que iban con ellos. El convento no tenía electricidad, ni teléfono, ni radio, ninguna huella del siglo xx. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si la casa fuera una máquina del tiempo y todos sus habitantes fueran sus pasajeros, trasladados de regreso a un pasado más duro y más severo.

—Se levantará cada mañana a las cinco. Cuando oiga sonar la campana, debe salir de la cama y prepararse para la misa. Imagínese que su lecho está ardiendo; si permite que el sueño vuelva a tomarla entre sus brazos, se convertirá en su dueño. Después de la misa, el desayuno, pan y agua caliente. No tomamos té, ni café ni ningún otro estimulante. Nuestros alimentos no están sazonados con especias. Comemos para seguir vivas y vivimos para orar. Recuérdelo. No coma de prisa y no desperdicie ni una miga. El desperdicio es un pecado que será severamente castigado.

»Después del desayuno, se dirigirá usted a la capilla para el servicio divino. Allí habrá dos horas de exposición del Señor, seguida de una lectura espiritual de una hora. Después el almuerzo, y más tarde la bendición.

La voz de la madre superiora siguió atronando, pero la mayor parte de sus palabras no fueron escuchadas por Maria, que se encontraba en una especie de semitrance. Hora tras hora de oficios religiosos; a la cama a las nueve, levantarse a medianoche para los oficios nocturnos hasta las dos; otro rato de sueño y arriba de nuevo, a las cinco. El alimento, apenas el necesario para mantener unido el cuerpo y el alma, lo mismo en verano que en invierno, sin variación, sin final. Una pauta de días y meses que acabarían finalmente en una tumba sin nombre.

—Cuando llegue el momento de hacer los votos, verá que el primero de ellos es el de pobreza. Ha llegado a esta casa sin nada y nada se llevará de ella. Cualquier cosa que necesite tendrá que pedirla. El jabón y la pasta de dientes están racionados, se le darán dos pañuelos a la semana y dos toallas sanitarias cada mes; si las necesita,

venga a pedírmelas a mí. Si necesita medicamentos deberá hacérmelo saber con anticipación y vendrá a pedírmelos cuando los precise. Pero dentro de estas paredes sólo se permiten los medicamentos esenciales. Nada de antineurálgicos, píldoras para dormir, tranquilizantes ni drogas de ningún tipo.

La habitación no tenía ventanas. Era un mundo de paredes. Un mundo frío, hostil, sin calor físico o espiritual. Había llegado a Czestochowa aquella mañana, tras cruzar la frontera en Görlitz, desde donde continuaron a Wroclaw. Después de un breve viaje por el campo abierto, llegaron a las afueras de una de las ciudades más feas que Maria había visto en su vida. Por todas partes fundiciones, acerías y factorías textiles cuyos sucios humos contaminaban el aire gris. Un anillo de feas urbanizaciones, con sus cansados edificios en torno al centro, era como un gran cercado de cemento gris que quisiera protegerlo contra la invasión. Y en el centro, muy alto sobre la colina, el famoso monasterio de Jasna Góra, donde la Virgen Negra esperaba la visita de sus peregrinos, Y más arriba aún, las murallas del monasterio, construidas como fortificaciones contra las invasiones de suecos, rusos y alemanes, se alzaban por todos lados como acantilados fortificados.

Con el coche pasaron la colina y el Staszica Park para seguir después en dirección norte hasta llegar a la Ulica Starucha, donde esperaba el convento, protegido detrás de nuevas murallas que impedían cualquier acceso no deseado. Allí, el guardaespaldas se despidió de ellas. Maria y la silenciosa hermana Zofia, que se lo había tomado todo con paciencia y sin la menor queja, fueron conducidas por una estrecha entrada lateral y, de inmediato, se las separó. Maria fue tomada a su cargo por una monja de rostro severo que, según supo más tarde, era la maestra de novicias. El ruido metálico de la puerta cuando se cerró sonó en sus oídos como algo insoportable, como si oyera la sentencia de un juez que la condenaba a cadena perpetua.

—Se le dará una celda en el primer piso. Deberá mantenerla limpia en todo momento. No deberá invitar a ninguna otra monja a entrar en ella, ni le está permitido a usted entrar en las celdas de las otras hermanas. No está autorizado hacer amistades. Puede poner litografías o estampas de santos y fotografías de cuadros religiosos, pero siempre con moderación. No encontrará un solo espejo en esta casa. No lo necesitará.

—Maria la miró. No había rastro de compasión en sus ojos. Sólo acero, concentrado en ellos por toda una vida de riguroso autocontrol, por días y días de castidad y obediencia, por la oración incesante y la supresión de toda emoción salvo la del odio contra sí misma.

—No he venido por mi voluntad —le informó Maria.

—Ése no es asunto mío. Y si ha traído consigo algo de voluntad, puede estar segura de que aquí la quebraremos. Si alberga esperanzas de regresar al mundo, le advierto que debe desecharlas. Dentro de no mucho tiempo, entrará en el noviciado. Cuatro años después hará la profesión de fe definitiva. Será esposa de Cristo, llevará su anillo en el dedo y el nombre de Jesús en el corazón.

—Yo ya tengo un esposo.

La abadesa movió la cabeza.

—Ya se han dado los pasos necesarios para que ese matrimonio sea anulado. Usted no es virgen, pero se le enseñará el significado de la castidad como a la más pura de las postulantes.

Sonó una campana solitaria, un sonido extrañamente agudo en medio del silencio.

—Es la hora de los oficios —continuó la superiora—. La maestra de novicias le dará sus instrucciones después. Le ruego que no le dé ocasión de traerla a mi presencia. Le prevengo que si lo hace, lo pensaré dos veces antes de volver a darle motivos para ello.

A Maria no le importaba el tipo de castigo que pudiera esperarla. Por su mente sólo pasaba, una y otra vez, un único pensamiento: pese a todo, pese a su vigilancia, pese a los hombres dispuestos a darle caza en las calles, ella tenía la carta del triunfo. Tenía un medio de escapar y tan pronto como llegara el momento oportuno lo pondría en práctica. Y nadie estaría en condiciones de seguirla.

La abadesa la precedió en el camino a la puerta. Cuando sus dedos tocaron el pestillo, se volvió.

—Hija mía —le dijo—. No quiero que piense mal de mí. Soy dura porque nuestras vidas son duras. Si no fuera así, nuestras oraciones no serían más que ruidos. Detrás de estos muros, nosotras no somos parte del mundo. Para aquellas de nosotras que se han pasado aquí toda su vida, el mundo no existe. No sabemos nada de lo que sucede en él ni queremos saberlo. Me doy cuenta de que será dura para usted su existencia aquí. Sé que cada día será un tormento. En el fondo de mi corazón siento piedad por usted. Pero ésa es una razón más para enseñarle a usted lo que es la verdadera disciplina; porque la disciplina es su única esperanza, disciplina física y espiritual. La austeridad y la abnegación acabarán por darle fortaleza al final. La ayudaré en todo lo que esté en mis manos. El resto es cosa suya.

Hizo una pausa.

—Llegó el momento de que empiece a prepararse. El momento de empezar su vida de oración.

Jack miró su reloj. Eran las 3.05. A su lado, en la oscuridad, el padre De Galais temblaba de frío. ¿O era miedo? La suerte estaba de su lado. La luna estaba en cuarto menguante y el cielo casi cubierto de nubes. Iban vestidos con chándals negros, pasamontañas y las caras ennegrecidas, de manera que Jack y el sacerdote resultaban casi invisibles. Junto a ellos, un tercer hombre llamado Mélac observaba con sus gemelos la parte de atrás de la casa.

La señora Nagle había facilitado a De Galais una detallada descripción del sistema de alarma de la casa: dónde estaban los sensores, de qué tipo eran, dónde se encontraban los paneles de control y cuántos hombres se quedaban por la noche en la casa. El ama de llaves había utilizado una pequeña cámara para fotografiar detalles del interior de la casa, como un refuerzo a las descripciones que Jack fue capaz de ofrecerle.

De Galais había visitado a Antoine Mélac, un hombre que perteneció a su parroquia durante los años que ejerció de párroco en un barrio del noroeste de la ciudad. Mélac tenía casi sesenta años y para entonces ya se había pasado en la cárcel más de los que De Galais ejercía como sacerdote. Era un ladrón que no podía imaginarse otro medio de ganarse la vida. Había acudido con frecuencia a la pequeña iglesia de St. Joseph des Épinettes para confesar sus pecados. Al cabo de algún tiempo empezaron a verse en Cinq Étoiles. Su amistad, interrumpida por las frecuentes visitas de Mélac a la cárcel de le Petit Nanterre y, más tarde, por el traslado de De Galais al Vaticano, siempre se mantuvo firme.

Pese a su forma de ganarse la vida, Antoine Mélac era un hombre honesto. Nunca entraba a robar en una casa habitada; si podía evitarlo, nunca robaba en casas particulares, nunca negoció con drogas o armas, jamás engañó a sus compañeros ni llevó un arma, ni siquiera una navaja. Cuando lo sorprendía la policía, jamás alzaba la mano para defenderse. Por todas esas razones, incluso las autoridades habían acabado por sentir respeto por él.

En seguida se mostró dispuesto a ayudar a De Galais en su intento de robo. No se le ofreció ninguna gratificación económica ni él la pidió. Se le dijo a Mélac que el trabajo que le esperaba era en favor de la Iglesia, pues se trataba de recuperar una propiedad robada al Vaticano que no podía ser reclamada por los cauces legales. Eso fue todo lo que tuvo necesidad de saber; su devoción puso lo demás. Mélac descifró las especificaciones y fotografías de la señora Nagle, esbozó un mapa del sistema de alarma y formuló su plan de ataque.

La muy observadora señora Nagle les había explicado en detalle las medidas de precaución que se tomaban en casa de Rosewicz durante la noche. Para ella y para Mélac, el saber que estaban ayudando a la Iglesia bastaba para apaciguar su

conciencia. De Galais tampoco dejó de decirle que con ello tal vez estaría ayudando, además, a Maria. Aquella noche, la señora Nagle aún tenía algún trabajo por hacer.

La rutina de la casa, les explicó, no variaba sustancialmente de un día a otro. Henryk, que actuaba con premeditada irregularidad en todos los acontecimientos que tenían lugar fuera de la casa, había establecido en el interior de ella pautas de conducta de severa exactitud y nadie, ni siquiera Rosewicz, estaba autorizado a modificarlos sin avisarle previamente. De este modo, cualquier acontecimiento inesperado, todo lo que se desviara de la norma, podía ser advertido de inmediato, investigado y, en el caso de que se comprobara que era una amenaza, abortado sin demasiadas dificultades.

Rosewicz dormía en el segundo piso, donde tenía una gran *suite* dormitorio para él solo. No había invitados. La mayor parte del tercer piso estaba ocupado por los sirvientes, entre ellos, la señora Nagle. En cada piso había un guarda de seguridad armado, que podía dormir pero que estaba conectado por medio de un intercomunicador y una alarma a la sala de control situada en el piso de abajo. Allí, dos hombres montaban guardia toda la noche. Las habitaciones de Henryk estaban al lado, no lejos de la biblioteca.

La sala de control era el sistema nervioso de la casa. Su principal característica era una consola de monitores de televisión, cada uno de los cuales estaba conectado con una cámara móvil. Las distintas cámaras disponían de un sistema de rayos infrarrojos que les permitían *ver* en la oscuridad. Su campo de acción cubría todas las puertas de acceso, las escaleras y los pasillos, así como amplias secciones del exterior. Era imposible que un intruso —aun en el caso de que se mostrara capaz de anular el complicado sistema de alarma— pudiera andar un rato por la casa sin ser detectado por la primera cámara frente a la que pasara. Si se disparaba una alarma o se veía algún intruso en el interior de la casa, uno de los hombres de servicio en la sala de control podía aislar aquella parte de la casa, suponiendo que eso no pusiera en peligro a alguien en aquella zona. Eso daba tiempo a los guardas para entrar en acción, bien armados y dispuestos, en la parte donde se había detectado la intrusión.

Mélac confiaba en poder lograrlo, suponiendo que la señora Nagle hiciera lo que se le había encomendado en el interior de la casa. De Galais le había facilitado una ampolla de bacterias de la salmonelosis desarrolladas en un cultivo de arroz; suministrada dentro de la cena de los dos hombres encargados de la sala de control, la bacteria les produciría una grave intoxicación alimentaria, eliminando así una parte importante de la oposición sin levantar sospechas.

La segunda tarea de la señora Nagle resultaba más difícil. Durante el día corrió grandes riesgos para desactivar los detectores pasivos de infrarrojos rociando los lentes con laca, lo que evitaría que detectaran fuentes de calor o respondieran a cambios de temperatura en el caso de que se abriera una puerta o una ventana.

Los intrusos decidieron entrar en la casa por la puerta de atrás. Todo estaba tranquilo. La casa sumida en la oscuridad. Mélac abrió camino desde el lado,

haciendo que todos se detuvieran antes de llegar al campo de acción de la cámara de seguridad, fijada a la pared por encima de sus cabezas. En el plano de la operación esta cámara figuraba como *cámara uno*.

Como ocurría con todas las demás, todo lo que veía la cámara uno era grabado en una cinta de vídeo de larga duración. En ausencia de incidentes, cada cinta era reciclada dos veces al día. La señora Nagle había logrado sustraer tres de esas cintas y las sustituyó por otras en blanco. Las cintas originales se las entregó a De Galais aquella tarde. Una de ellas contenía la secuencia, parecida a un dibujo de Warhol, de la puerta trasera durante la noche. La calma y la monotonía embotadora de la escena era el principal factor en su favor. Mélac había colocado la cinta en un reproductor de vídeo que llevaba en su bolsa.

Un cable largo que salía del reproductor había sido provisto en uno de sus extremos con un cabezal de dos tomas. Mélac puso en marcha el aparato, lo dejó en el suelo y sujetando con una mano el extremo del cable se volvió a De Galais.

—Levántame para que llegue hasta la cámara —le pidió—, pero ten cuidado no vayas a dejarme caer delante del objetivo.

De Galais lo alzó. Con lo que pareció un solo movimiento, Mélac cortó el cable de la cámara con una afilada cuchilla, peló los alambres que seguían unidos a la cámara y los unió a la toma del cable que salía del reproductor de vídeo.

De Galais volvió a dejarlo en el suelo.

—Los hombres de la sala de control habrán visto que la pantalla se oscurecía por unos instantes —explicó—, pero en seguida habrá vuelto la imagen, idéntica a la anterior. Vámonos por si acaso deciden enviar a alguien a ver si ha pasado algo, aunque hay pocas probabilidades de que lo hagan.

Cinco minutos más tarde, todo seguía tranquilo. El reproductor continuaba girando lentamente, enviando su falsa imagen a la sala de control. Volvieron a la puerta. En tres minutos, Mélac había abierto sus dos cerraduras.

Contuvo la respiración.

—Si suena la alarma, salid corriendo —murmuró.

Cobró ánimos y empujó la puerta hasta abrirla. No ocurrió nada.

Un corto tramo de escaleras llevaba a un oscuro pasillo. Estaban cerca de la cocina. Salvo que por casualidad alguien de camino a la despensa se cruzara con ellos, estarían a salvo hasta llegar al final del pasillo. No había detectores pasivos de infrarrojos en la parte central de la casa para no impedir la libertad de movimientos del equipo de seguridad durante la noche.

Una segunda cámara enfocaba un pasillo muy bien iluminado que formaba un ángulo recto con el que ellos se encontraban.

Henryk no se había molestado en colocar allí una cámara móvil, puesto que el pasillo era lo suficientemente estrecho como para poder ser vigilado por una cámara provista de objetivo fijo.

Mélac se agachó y sacó de su bolsa un pequeño aparato de metal. De Galais lo

alzó de nuevo por detrás de la cámara. Diestramente el ladrón colocó algo en la parte de encima de la unidad.

Sujeto por un imán, un pequeño brazo metálico se proyectaba fuera de la cámara para quedar exactamente delante del objetivo. De él pendía una fotografía encuadrada en un marco de metal. La distancia había sido calculada con exactitud. Un amigo de Mélac había reproducido la fotografía de una toma de la cinta de vídeo. Si alguien en la sala de control hubiera estado mirando atentamente su pantalla en el momento de colgar la foto, habría visto que la pantalla oscilaba unos instantes, pero lo más probable era que sus ojos no estuvieran fijos en la pantalla, precisamente en ese instante. Una vez que la fotografía quedara fija en su lugar, la imagen en la pantalla volvería a ser exactamente igual a la de siempre. De nuevo, el factor aburrimiento y monotonía volvía a ser importante. Eso y el hecho de que el vigilante operativo con más experiencia en este tipo de vigilancia estaba en el hospital con inexplicables dolores de estómago.

Mélac repitió el mismo truco con la última cámara, situada para vigilar el pasillo que conducía a la biblioteca. La sala de control estaba a sólo dos puertas de distancia y, por lo tanto, resultaba esencial guardar el más absoluto silencio. Hubiera sido paradójico que después de eliminar tan complejo sistema de vigilancia electrónica ahora fueran descubiertos por algo tan sencillo y banal como el oído humano.

Mélac parecía nervioso. El hecho de entrar en una casa particular, con gente dentro y con demasiadas medidas de seguridad no resultaba un golpe de su gusto. No era un hombre supersticioso, pero tenía una vaga sensación de que aquello no iba a acabar bien.

El mobiliario y la ordenación de la biblioteca eran similares a los que Jack conocía de *Summerlawn*: una antecámara, que no se cerraba con llave, precedía a una habitación interior de seguridad en la que se guardaban los manuscritos. El silencio lo invadía todo. Los intrusos contuvieron la respiración como si temieran que sensores ocultos fueran capaces de captar algo tan delicado. Una vez dentro de la primera habitación se sintieron más seguros. El registro de la señora Nagle no había descubierto ni cámaras ni alarmas pasivas en aquella zona.

Mélac comenzó a trabajar en la clave de la cerradura, situada en un panel al lado de la puerta interior, y Jack sostenía una linterna para alumbrarle. El ladrón les había explicado que posiblemente aquélla sería la parte más larga y tensa de toda la operación. Jack y De Galais observaban nerviosos cómo su compañero introducía distintas combinaciones de números en el panel.

Le costó veinte minutos. Los nervios de los tres hombres estaban a flor de piel, y sus manos, incluso las de Mélac, estaban humedecidas por el sudor. El silencio caía sobre ellos pesadamente, como una sustancia física que los presionara desde arriba, como si la casa estuviera hecha de silencio y cualquier sonido, incluso el más leve de los crujidos, fuera un crac que amenazara con derrumbarlo todo. La puerta se abrió y los tres hombres entraron.

La mano de Jack se dirigió directamente al interruptor eléctrico, cuya situación le era familiar, y casi en seguida una hilera de tubos fluorescentes parpadearon para iluminarse después sobre sus cabezas. La habitación estaba tal y como él la recordaba: estrechos cajones de madera, cada uno de ellos con un número grabado para contener los manuscritos planos; armaritos para los pergaminos enrollados y otros objetos de mayor tamaño; estanterías con diccionarios, concordancias e índices, muchos de los cuales fueron comprados por petición de Jack; filas de lupas, escalpelos, pinzas y otros instrumentos; dos mesas con lámparas de lectura y los restos de un libro; y una mesa de trabajo baja con unos cuantos fragmentos de pergamino colocados entre paneles de cristal.

Al parecer, Rosewicz ni siquiera había intentado esconder lo que estaban buscando. Por el contrario, había sido colocado a primera vista, en el centro de la mesa más larga. Un alto relicario de forma cilíndrica y de manufactura bizantina, decorado con iconos e incrustados de piedras preciosas. Mientras Jack y Mélac se quedaban detrás, el sacerdote, como a impulsos de su propia naturaleza más que de la gracia de su vocación, avanzó con pasos lentos hasta la mesa. Sus movimientos no dejaban ver en absoluto nada de la tensión que lo había dominado hasta aquel momento. Todo su nerviosismo había desaparecido en presencia de lo que él creía la única reliquia auténtica de su amado Salvador. De Galais había pasado en un momento de ladrón a sacerdote, a oficiante de un culto. Era como si en vez de dirigirse a una mesa común se encaminara a un altar, cubierto de flores y perfumando de incienso, en el que moraba su Dios.

El diseño del relicario era simple. Con forma de caja, representaba una pequeña capilla y originalmente debió estar dedicado a contener reliquias de santos, trozos de sus ropas o los vestigios, secos por los siglos, de un corazón que un día latió. Las dos puertas delanteras estaban diseñadas, sin duda, para permitir acceso a los tesoros que se guardaban dentro. Según la forma que Rosewicz hubiera elegido para exhibir el pergamino, a los intrusos les sería posible ganar suficiente tiempo antes de que se descubriera el robo sustituyendo el pergamino de Jesús por otro de dimensiones y apariencia semejantes (Jack conocía varios en la colección que hubieran servido) o un cilindro de metal igual que el que se había utilizado originalmente para transportar el pergamino.

De Galais cogió cautelosamente las puertas del relicario. Abrió una de ellas, después la otra.

Pese a la distancia que los separaba, Jack oyó cómo el sacerdote aspiraba profundamente. Después vio que retrocedía vacilando, manteniendo las manos por delante de él, como si quisiera defenderse de un golpe. Mélac tomó al sacerdote en sus brazos y lo mantuvo de pie.

—¿Algo va mal? —preguntó Jack.

De Galais no pudo responderle, sólo movió los brazos y señaló, con una expresión de horror en el rostro, la mesa y la cosa que había encima de ella. Las

sombras de las puertas oscurecían el interior del relicario y ocultaban su contenido, Jack dejó a De Galais con Mélac y dio unos pasos en dirección a la mesa.

En el interior de la pequeña capilla, como una monstruosa efigie de Babilonia o de Egipto, con la lengua negra y los ojos saltones, había una cabeza humana. Era la cabeza de la señora Nagle, separada del cuerpo mediante un corte en el cuello, llena de sangre y mirando con horror la habitación abierta ante ella. Un rostro como un rostro reflejado en un espejo de terror.

Rosewicz estaba esperándolos en la habitación exterior, con Henryk y otros dos hombres. Todos llevaban armas, menos Rosewicz.

—Han estado perdiendo el tiempo —los saludó Rosewicz.

Jack se adelantó hacia él, pero fue detenido a punta de pistola por uno de los dos guardaespaldas.

—¿Era necesario matarla? —le preguntó.

—¿Nagle? Yo la apreciaba mucho —replicó Rosewicz—. Llevaba mucho tiempo conmigo. Quería a mi familia, especialmente a Maria. Supongo que a ésta la amaba demasiado. Una lealtad siempre va en detrimento de otra. Pero de cualquier modo que quiera explicarlo, al final todo queda reducido a traición. Y la traición es algo contagioso. Yo no conozco nada más efectivo contra el contagio que las medidas más severas. La infección debe ser cortada antes de que se extienda.

—¿Es el amor una infección? —preguntó Jack.

—El amor equivocado, el amor mal dirigido, el amor pervertido, sí. Tu generación no lo entiende. Consideráis que el amor está por encima de otros valores, pero os equivocáis de pleno. Hay cosas más elevadas. La lealtad es una de ellas. El seguir siendo fiel pese a todo. Gratitude, honor, dignidad, pureza de corazón, valor. Ahora todo eso ha desaparecido. Todo ha sido olvidado.

—Me sorprende que pueda usted hablar de tales cosas. —Pese a todo, Jack sólo sentía una rabia moderada, Y mucha tristeza, una tristeza penetrante que lo consumía. Que la vida de un anciano pudiera terminar haciéndolo capaz de tales acciones. Que su final acabara siendo como su principio. Jack pensó en la gente que se había cruzado en el camino de Rosewicz y que fue destruida: Denis Boylan, Moira Kennedy, Iosif, Leah y Sima Sharanskii... y, seguramente, Isaac Berchik. Y ahora Noreen Nagle. ¿Y cuántos otros más a los que Jack nunca llegó a conocer?

—Lo siento, Jack. Jamás pensé que las cosas iban a llegar a este extremo. El destino, por lo visto, quiere que nuestros caminos se crucen en cada esquina. Créeme, por favor, si te digo lo mucho que te he admirado, incluso envidiado. Lamento que las cosas se hayan puesto así.

Se volvió al sacerdote, que todavía seguía conmocionado por su macabro hallazgo.

—¿Es usted el padre De Galais?

—Sí.

—No me da usted pena. Me avergüenza. Un hombre de Dios, un sacerdote, que ha recibido la ordenación... Que un hombre así pueda llegar a esto. Usted vino aquí para robar, ha violado uno de los mandamientos de la ley de Dios. Bien, tendrá que pagar por ello. Lo sabe, ¿verdad?

De Galais no replicó nada.

Rosewicz no se dirigió a Mélac, ni siquiera lo miró, como si no estuviera allí.

—Muy bien —terminó Rosewicz—. Las cosas han llegado a su fin. Había esperado algo muy distinto. He saboreado la amargura durante toda mi vida y puedo seguir saboreándola. Pero ahora tengo la dulzura al alcance de la mano, una dulzura que gustaré antes de morir. Viviré para ver el comienzo de la verdadera piedad. Cuando me llegue la hora, moriré confortado, como Simeón.

—¡Que Dios le perdone! —dijo De Galais en voz baja.

Rosewicz lo miró sólo una vez con desprecio. Después se volvió a Henryk.

—¡Llévatelos de aquí! —le ordenó.

Fuera, la oscuridad no se había disipado. Todavía continuaba envolviendo a la ciudad con todas sus fuerzas. El frío era intenso y maligno. Tomaron dos coches. Otros tres guardaespaldas se les unieron en el garaje. En el primero de los coches, Henryk y otro hombre se sentaban en el asiento trasero, con Jack y De Galais entre ellos. Un tercer hombre iba al volante. Detrás de ellos venía el otro coche, con Mélac y los restantes guardas. El ladrón estaba acongojado. Sus guardianes lo habían visto suplicar, sabiendo que era inútil, y le obligaron a guardar silencio. El hombrecillo estaba fuera de sus cabales y su compostura lo había abandonado totalmente. Él sabía, mejor que Jack o que De Galais, qué tipo de hombres eran sus capturadores. Había conocido hombres como aquéllos en la cárcel y aprendió que era mejor mantenerse alejado de ellos.

Nadie dijo nada, ni siquiera se escapó una tos. El silencio lo envolvía todo, la esencia del viaje. Jack se sentía enfermo, horriblemente enfermo. Lo peor de todo era su sensación de inutilidad. Se giró a medias y vio a Henryk impassible bajo las luces de la calle que pasaban al lado de su ventanilla.

—Sé que nunca te caí bien, Henryk —le dijo—, y no espero nada de ti. Pero este hombre es un sacerdote. Será un pecado mortal manchar tus manos con su sangre. Déjalo libre, Henryk. Bastará con que acabes conmigo.

Henryk no se dignó mirarlo ni responderle. Estaban pasando por calles vacías de gente, sin tráfico. Calles sin piedad. Fuera, la helada colgaba de los bordes de los edificios. Henryk observaba la ciudad, y su rostro se reflejaba sobre su oscuridad en el cristal de la ventanilla. Permanecía aburrido e indiferente. Había sido bendecido por un cardenal, tuvo la firmeza de la mano del príncipe de la Iglesia sobre su cabeza inclinada. Un cura más o menos no le importaba. Su comprensión de Dios era perversa. En su desviada cosmogonía, un cardenal estaba más cerca de Dios que un simple sacerdote; por lo tanto, un simple cura podía ser asesinado con impunidad si se contaba con la bendición de un cardenal.

Jack sintió que su estómago se revolvía y tenía las manos sudorosas. Estaba aplastado en el asiento trasero, su cadera izquierda pegada a la de Henryk. No había

nada que pudiera hacer. Nadie podía hacer nada. El coche continuaba avanzando hacia su destino.

Descendieron por la avenida Niel. Jack supuso adónde se dirigían. Le dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar. Las luces se reflejaban en su rostro de vez en cuando. A su derecha, De Galais rezaba inmóvil y en silencio.

Al llegar al Étoile giraron para entrar en la avenida Foch, y se dirigieron directamente al Bois de Boulogne, una amplia zona verde de más de dos mil acres en el flanco occidental de la ciudad. Cuando pasaron por la entrada de la Porte Dauphine, los adelantó un coche gris que se perdió en la oscuridad. La plaza estaba desierta. Era demasiado tarde y hacía demasiado frío para el vicio que, normalmente, mantiene despierto el Bois hasta bien pasada la medianoche. Los travestidos y las prostitutas estaban en sus casas o en algún hotel compartiendo la cama con alguien durante la noche.

La zona más solitaria del bosque estaba en el sur, entre los hipódromos de Longchamps y Auteuil. Una vez allí, los coches disminuyeron la velocidad hasta que, de improviso, Henryk dio la señal de detenerse. Detrás de él, también frenó el segundo coche.

Los conductores apagaron los motores y bajaron. Henryk salió del primer coche y ordenó a Jack y a De Galais que lo siguieran. Al descender del auto, Jack sintió que se le doblaban las rodillas y estuvo a punto de caer. Sintió que los pensamientos más ridículos pasaban por su mente: que sería embarazoso desmayarse, o mearse, o gritar... Cualquiera de esas cosas que los hombres suelen hacer antes de morir. ¡Cómo si eso importara!

Su vida no apareció como un relámpago por delante de él. Apenas si pensó en la gente que había amado, en Caitlin, en Siobhan, en Maria. Ni en sí mismo. Ni en todas esas cosas que habían sucedido, ni en los muertos. Sus pensamientos eran trivialidades, pensaba en los alimentos que nunca había probado, en las películas que no había visto, en los libros que no había devuelto a la biblioteca. Sintió una mano que se deslizaba en la suya. De Galais le dijo que conservara la calma.

Se reagruparon, situando a los prisioneros en el centro con tres de los guardaespaldas delante y otros tres detrás, y se pusieron en marcha por una de las **allées cavalières**, los caminos de piso suave reservados para los jinetes y sus cabalgaduras. A ambos lados, los árboles invernales se alzaban como testigos solemnes. Hicieron sólo un corto camino antes de que Henryk les ordenara dejar la senda y adentrarse entre los árboles. Jack perdía cada vez más el control de sus ideas. Había tantas cosas en que pensar y era tan corto el tiempo que le quedaba... Si hubiera podido ver una vez más a Maria, aunque fuera de lejos...

Pensó en emprender la fuga, pero sabía que no podría alejarse más de dos o tres pasos antes de ser alcanzado por los disparos. De Galais sostenía su mano cada vez más apretada. Jack le estaba agradecido por el calor de aquel simple contacto. Mélac venía detrás casi tambaleándose y jurando en voz baja. El suelo, bajo sus pies, era

duro como la piedra. En la distancia estaban los cuarteles de la guardia de caballería. Un caballo relinchó en la noche.

—Ya está bien aquí —exclamó Henryk. Hizo que Jack soltara la mano del sacerdote y le ordenó que se arrodillara junto a un árbol. Después hizo que De Galais se pusiera a su lado y, más allá, Mélac.

Jack se sintió invadido simultáneamente por un número mayor de pensamientos de los que podía ordenar, por muchos más recuerdos de los que le era posible procesar, ninguno de los cuales le parecía familiar, como si lo que estuviera recordando fuera la vida de un extraño. Sintió que el cañón de una pistola, frío como el hielo, tocaba su nuca. Oyó a De Galais a su lado rezando en francés en voz alta, palabras que él no podía entender.

Se oyó un disparo. Jack se puso rígido, perdió todo autocontrol y se orinó. Un segundo disparo. El corazón de Jack pareció volverse loco en el interior de su pecho, como si tratara de desgarrarlo para quedar libre, para estar en cualquier otro lugar que no fuera aquél. Siguieron otros disparos en rápida sucesión. Y después calma, una gran calma.

Una mano tocó la espalda de Jack.

—Todo va bien, doctor Gould, ya puede levantarse.

La voz de De Galais, sin daño. Un terrible estremecimiento cruzó desgarrador por el cuerpo de Jack. Tuvo que luchar para no hacerse de vientre allí mismo. Una arcada agria abrió paso por su garganta y su boca.

Sintió que unas manos le ayudaban, se encontró de pie dentro de un círculo de luces que se movían. Al principio no tuvo ninguna sensación. Después, poco a poco, las cosas comenzaron a tomar forma. En el suelo, como muñecos desarticulados, yacían los cuerpos de Henryk y sus hombres. La nieve estaba manchada de sangre. Henryk yacía con el rostro hacia arriba, los ojos abiertos y una mano como congelada en el mismo momento en que iba a coger algo.

—Jack —le dijo De Galais—. Lo siento mucho, pero no podía decírtelo. Teníamos que tomar precauciones, pero hubiera sido una locura advertirte. Ya sabes que no se puede confiar en nadie. Espero que lo comprendas.

Jack no dijo nada. Había perdido el habla.

—Deja que te presente a los demás. Éste es el padre Gabriel McBride. Es de Dublín, como tú.

McBride asintió. Era un hombre alto y fuerte, barbudo, con ojos tristes. Había pasado un brazo por la espalda de Mélac. El pequeño ladrón seguía temblando y dejaba escapar algunos sollozos. De Galais se volvió hacia el hombre que estaba al lado de McBride.

—Y éste es el padre Günter Erzberger, de Berlín. Y el padre Kazimierz Galcysynski, de Wroclaw.

Todos los sacerdotes llevaban rifles de precisión con visores de rayos infrarrojos para poder ver y apuntar en la oscuridad. Por turno saludaron a Jack con un

movimiento de cabeza.

—No comprendo —dijo Jack—. Cómo fue que...

—Estábamos vigilando la casa —explicó McBride—. Agustín llevaba oculto un microtransmisor, así que teníamos una idea aproximada de lo que estaba ocurriendo. Después seguimos sus coches a poca distancia.

—Pero ustedes son sacerdotes. Ciertamente...

—Jack, hablaremos de eso más tarde. Tenemos que alejarnos de aquí. Los cuarteles de la Garde Républicaine Cheval no están lejos de aquí.

Dejaron los cuerpos como estaban para que un desgraciado jinete los encontrara al amanecer. De regreso a la carretera había un gran coche gris esperándolos. Se subieron en él y en uno de los autos de Rosewicz. En el momento en que se iban comenzó a llover.

Roma. Lunes, 11 de enero de 1993

En el tranquilo comedor interior de un pequeño restaurante de la Via Monterone de Roma, un selecto grupo de hombres mantenía una animada conversación. El restaurante, llamado L'Eau Vive, es una curiosidad en una ciudad de curiosidades. En primer lugar, no está dirigido por un *padrone* italiano, sino por una orden religiosa francesa. En segundo lugar, las mesas no son servidas por camareros, sino por monjas francesas y africanas, blancas y negras, todas ellas vestidas con hábitos sobrios. Son monjas auténticas y no camareras vestidas para parecerlo.

No puede sorprender, por lo tanto, que el noventa por ciento de la clientela del restaurante esté formada por sacerdotes bien situados y altos funcionarios de la Iglesia, muchos de ellos miembros de la curia vaticana. El otro diez por ciento son, en su mayoría, turistas que entraron por casualidad o por curiosidad. En un rincón del restaurante hay una gruta con una imagen de la Virgen. Cada noche, a las diez y media, el local guarda silencio mientras se canta el Avemaría. No consta en los archivos del restaurante si esto aumenta el apetito o facilita la digestión de las comidas.

La sala de la parte de atrás está reservada normalmente para cardenales destinados en el Vaticano. Pero aquella noche, el grupo que había tomado posesión exclusiva del pequeño comedor no consistía simplemente en un grupo cualquiera de cardenales, sino de un círculo muy especial entre sus filas más ilustres. Por ejemplo: estaban siete de los once cardenales que presiden la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, el cuerpo eclesiástico responsable de controlar la ortodoxia de la doctrina y de la moral clerical. En tiempos pasados, ese cuerpo fue conocido como la Sagrada Congregación de la Inquisición Universal, que cambió su nombre brevemente en 1908 por el de *Santo Oficio* (sin un notable cambio de sus prácticas), y a la que finalmente, en 1965, se le dio su nombre actual, bajo el pontificado de Pablo VI, que al mismo tiempo abolió el tristemente famoso índice de Libros Prohibidos.

Con Pablo VI, la Congregación fue liberalizada en cierto modo, pero con la subida a la silla de san Pedro de Juan Pablo II, esa y todas las demás tendencias liberales en el seno de la Iglesia cambiaron repentinamente. Al perro guardián de la ortodoxia católica le salieron nuevos dientes, y más de un teólogo liberal vivió para lamentarlo. Bajo su nuevo prefecto, el cardenal Vincenzo Bottecchiari si había cambiado en algo fue para hacerse más riguroso a la hora de juzgar las divergencias doctrinales y morales. Su sombra podía sentirse, oscura y siempre alerta, en lugares tan distantes como Filipinas o Iberoamérica.

Fue Bottecchiari quien sugirió este encuentro inicial, informal y estrictamente confidencial entre sus propios cardenales y algunos de sus colegas. Las reuniones

celebradas tras los muros del Vaticano nunca pasan desapercibidas. Hay ojos curiosos por todas partes. Pero las hermanas de L'Eau Vive, además de preparar algunos de los mejores platos de la Ciudad Eterna, estaban dispuestas a facilitar a sus clientes más eminentes un nivel de discreción que difícilmente podría conseguirse en otra parte.

Entre los asistentes a la reunión, estaba el cardenal Zeffirino della Gherardesca. Della Gherardesca era el jefe en funciones de la Comisión Bíblica Pontifical, un cuerpo nominalmente separado, pero que compartía sede con la Sagrada Congregación en la plaza del Santo Oficio. Creada en 1903 por León XIII, la Comisión era responsable de la aceptación de los textos y del reconocimiento de su autoridad, así como de la supervisión de la enseñanza de las escrituras; su director era Bottecchiari.

Entre los presentes se contaban, también, el cardenal Jacques-Bénigne Despréaux, el director francés de la Comisión Pontificia de la Arqueología Sagrada, un licenciado en el seminario de Saint-Sulpice y exdirector de la Escuela Bíblica de Jerusalén; el cardenal Francis Freedman, exprofesor de Notre-Dame y nuevo jefe de la Comisión Pontificia para las Ciencias Históricas; el obispo Giangiacomo Amendola, secretario de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, la antigua Congregación de Propaganda Fide; monseñor Tullio Mucchetti, de la Comisión para las Iglesias Orientales, y dos cardenales polacos del Secretariado de Estado, Sienkiewicz y Kochanowski.

Todos estos hombres se conocían unos a otros y en ocasiones habían trabajado juntos, a veces en muy estrecha colaboración. Siguiendo la tradición de la curia, muchos de ellos pertenecían también a los consejos de otras congregaciones, con lo cual formaban una red densa de amistades y alianzas. Bottecchiari había elegido ese pequeño grupo con gran cuidado. El asunto que iba a discutirse no permitía la menor indiscreción.

—¿Dice textualmente que ocurrieron milagros?

El que habló fue el cardenal Pierluigi Sabbatucci, uno de los miembros con más tiempo de servicio en el consejo de la Sagrada Congregación, un hombre notable por su inflexibilidad en asuntos doctrinales. Sus puntos de vista habían formado las contracorrientes en los principales debates sobre herejía en las últimas décadas, entre ellas, las que se referían a los escritos de Küng, Schillebeeckx y Boff. Era un asceta cuyo único vicio conocido eran unos cigarrillos franceses muy delgados que fumaba durante todo el día. Precisamente ahora sostenía uno con su mano derecha, que adelantó hacia Sienkiewicz, sentado frente a él, al otro lado de la larga mesa.

—Sobre eso no puedo ser más preciso —respondió Sienkiewicz—. Alega algo así, pero no es tan estúpido como para presentarse con una declaración formal. Conozco al cardenal Ciechanowski desde hace muchos años y ustedes también lo conocen de modo más o menos íntimo. No creo que nadie vaya a sugerir que se trata de un necio.

—¿Pero habla de milagros?

—Habla de... acontecimientos. *Avvenimenti*. En una ocasión, creo, dice *avvenimenti sacri*: un muchacho curado de un tumor espinal, una chica ciega que ahora puede ver el rostro de su madre, soriasis desaparecidas como si fueran piel vieja.

—*Sciocchezze!* —Sabbatucci dejó escapar uno de sus famosos exabruptos y dio una larga chupada a su cigarrillo. Sienkiewicz aprovechó la oportunidad para apurar de un trago el resto de su copa de grappa y tomar la botella para volver a llenarla—. Ése es el meollo de todos esos espectáculos de los curanderos —continuó Sabbatucci—. Maurice Cerullo puede hacer todo eso y más. Cualquier fundamentalista de América del Sur hace lo mismo dos veces cada domingo. ¿Sigues diciendo que Ciechanowski no es un necio?

Sienkiewicz aspiró profundamente.

—Sabe que no se puede hablar de milagro al menos hasta que haya habido una investigación y una verificación oficiales. Por esa razón sólo menciona incidentes, y deja el resto al juicio de la Iglesia. Se habla, también, de un niño que tiene visiones de Nuestra Señora y de otros niños que lo confirman. Una repetición de Fátima. Estas cosas no son totalmente desconocidas en Czestochowa que, al fin y al cabo, es un importante centro de peregrinaje. La Virgen Negra es altamente venerada. No sorprendería demasiado que hiciera un par de apariciones.

—Los centros de peregrinaje son notorios por sus fraudes.

—No obstante, Ciechanowski sabe qué cartas jugar y cuáles guardarse. Las referencias a milagros se extenderán tanto si el Vaticano lo aprueba como si no. Hay demandas de los legos: el pergamino debe quedarse en Czestochowa, debe construirse un relicario adecuado para albergarlo, el santo padre debe acudir a poner la primera piedra y más tarde, cuando el edificio esté terminado, volver para su bendición. Yo conozco al santo padre y sé que difícilmente podrá negarse a una petición como ésa, sobre todo procediendo de Polonia.

—Es un asunto inteligente —dijo Amendola, que se sentaba a la izquierda de Sienkiewicz.

—Ya te lo he dicho, Ciechanowski es listo. Conoce a su pueblo. Y, hablando con el debido respeto, conoce bien al santo padre. Fueron enviados a Roma por Sapieha y estudiaron juntos en el Angelicum. Sabe que Czestochowa es muy importante para el papa. Es el primero de los santuarios polacos dedicados a Nuestra Señora. Eso hace que la ubicación elegida por Ciechanowski resulte inspirada.

—¿Cree usted eso? —se quejó Sabbatucci, todavía manifiestamente irritado—. ¿Que ha estado inspirado al llevar allí el pergamino?

Sienkiewicz movió la cabeza.

—Sería prematuro hablar de cualquier forma de inspiración divina. Lo único que quiero decir es que ha hecho una elección inteligente. Si el santo padre va allí, como Ciechanowski parece dispuesto a pedirle, consagrará el mayor de los santuarios de Nuestro Señor fuera de Tierra Santa. Czestochowa contará con un santuario dedicado

a Maria y un relicario con el más importante objeto asociado directamente con el Señor.

—Primero habrá que convencerlo de que la reliquia es auténtica. Eso requerirá que se hagan muchas cosas —objetó el cardenal Freedman.

Despréaux interrumpió.

—Creo, con toda confianza, que podemos presumir que se trata de una falsificación.

Sabbatucci lo miró con aire severo.

—¿Podemos? ¿Ya ha examinado usted el documento? Supongo que sí. No toleraré milagros que no tengan una base en la que sustentarse. Deploro los trucos de los curanderos, pero también conozco a Ciechanowski. Sienkiewicz tiene razón. Se trata de un hombre listo y, personalmente, dudo mucho de que vaya a poner en juego su reputación pública en defensa de una burda falsificación. Dice que dispone de documentación para probar que el documento es auténtico. Las pocas que he visto me han impresionado favorablemente. Creo que debemos asumir que el resto de sus pruebas son de una calidad comparable. Ciertamente resistirán el escrutinio de cualquier investigación inicial que usted y sus colegas quieran realizar. Eso significa que, tanto si es auténtico como si no lo es, provocará controversia. Y si después de todo demuestra ser auténtico o probablemente auténtico, si la Iglesia declara que se debe a la mano del Señor, la controversia no cesará. Por el contrario, se hará más enconada. Y ésa es la razón por la que el cardenal Bottecchiari los ha invitado a todos ustedes esta noche.

Miró hacia la cabecera de la mesa, donde se sentaba Bottecchiari, con las manos unidas delante de él y escuchando atentamente la discusión. Bottecchiari movió la cabeza, pero siguió sin decir una palabra.

El cardenal Della Gherardesca alzó una mano intentando tomar la palabra. Sabbatucci era su superior y un hombre con el que no resultaba recomendable enfrentarse.

—Me temo no entender plenamente a vuestra eminencia. Dice que la controversia se hará todavía más enconada en el caso de que el pergamino sea declarado auténtico. No acabo de ver por qué tendrá que ser de ese modo. Seguramente, una declaración oficial de la Santa Sede pondría fin a esa discusión.

Sabbatucci le dirigió a Della Gherardesca una de sus miradas más aplastantes. El cardenal, pese a ser su subordinado, era un hombre de setenta años o más, pero Sabbatucci lo miró como si él fuera el maestro y Della Gherardesca un alumno idiota.

—Yo creo que una ojeada, aunque sólo sea rápida y superficial, a la traducción de ese documento no dejaría la menor duda sobre la capacidad explosiva en potencia de su contenido. Sólo servirá para ayudar a los judaizantes que tratan de convertir a la historia sagrada en campo de batalla de sus sórdidas disputas. Me refiero, claro está, a esos científicos —y lamento tener que decir que no hay pocos en el seno de la Iglesia — que mantienen que nuestro Salvador no era otra cosa que un maestro judío, un

rabino de Galilea, un extremista político, un esenio... cada uno puede elegir lo que más le guste.

»Todo lo que esa multitud necesita es una de esas pruebas que se llaman abrumadoras, para que todos se lancen en seguida sobre ella, para proclamar todas sus tonterías en las facultades de teología de Europa y Estados Unidos. No podrá conseguir el aire que necesita para respirar en la controversia que eso generará. Talarán bosques enteros para poder contar con sus libros y monografías. Todo periodista de segunda fila y cualquier académico especializado en la Biblia tendrá publicado un libro sobre el “Debate sobre el pergamino de Jesús”. Seguirán otros libros de bolsillo sobre el “Escándalo del pergamino de Jesús” y “El encubrimiento del pergamino de Jesús”. No habrá fin para ello. Se convertirá en una industria.

»Y, créame, los judíos se servirán de él para reírse de nosotros. “Después de tanto tiempo —se burlarán—, ustedes se ven obligados a admitir que su precioso Jesucristo no era más que uno de nosotros. No el hijo de Dios, no el Verbo hecho carne, no la segunda persona de la Santísima Trinidad, sino simplemente un judío visionario y rebelde cuyo único objetivo en la vida era promulgar y conservar la Ley de Moisés”.

Sabbatucci apagó violentamente su cigarrillo sobre el cenicero de cristal que había frente a él.

—Si usted cree que la Iglesia puede resistir una controversia como ésta, es usted un necio mayor que todos aquellos que la curia admite normalmente entre sus miembros. Acepte lo que le digo: ese pergamino es una bomba de relojería que puede hacer saltar a la Iglesia en pedazos. Cada línea contradice los verdaderos fundamentos en los que descansa nuestra fe. Mi opinión bien meditada es que debemos dar los pasos precisos para asegurarnos de que es destruido.

Hubo un largo silencio roto, finalmente, por la voz, agria y suave al mismo tiempo de Bottecchiari.

—Gracias, Pierluigi. Como es normal en ti, no tienes miedo a llamar a las cosas por su nombre. Todo lo que has dicho es correcto. Pero creo que te equivocas al deducir de ello que sólo hay una opción abierta para nosotros. Éste es un asunto sumamente importante, al que hay que prestar la más cuidadosa consideración. Pienso que hay ciertos aspectos que debemos examinar muy de cerca antes de tomar cualquier decisión.

Hizo una pausa. Sabbatucci no dijo nada. Ni siquiera él tenía el nervio suficiente para interrumpir al prefecto de la Sagrada Congregación. Bottecchiari era un hombre pequeño, pero se las arreglaba para sobresalir por encima de todos. Su capelo se mantenía precariamente sobre su cabeza calva y brillante. Parecía un hombre hecho de cera. El vello no le crecía ni en el rostro ni en las manos. Sus labios tenían una tersa suavidad que les daba el aspecto de estar moldeados en goma.

El pequeño cardenal se movió ágilmente en su silla. Tenía un aura de absoluta autoridad que sólo se desvanecía cuando estaba en presencia del papa. Pero incluso entonces no se extinguía totalmente, sólo disminuía un poco. Había algunas personas —y de ningún modo las menos de fiar— que decían que sería el sucesor de Juan Pablo II. Salvo en el caso de que en el seno de la Iglesia se produjera una reacción liberal de largo alcance, lo que parecía un acontecimiento poco probable.

—La destrucción del pergamino es, ciertamente, una posibilidad —dijo—. No será difícil sustituirlo por otro papiro y en su debido momento mostrar el segundo documento, para que todos vean que se trata de cualquier otra cosa menos de un evangelio escrito por la mano de nuestro Señor. Es poco probable que Ciechanowski se niegue. Él sabe que el documento auténtico causará más daño que bien si se decide a protestar. Creo que es un hijo de la Iglesia lo bastante leal para comprender cuál es su deber en este asunto.

»Creo, sin embargo, que habrá otros con los que es posible que tengamos que enfrentarnos. Stefan Rosewicz es uno de ellos, Karl von Freudiger otro. Y también está el asunto de ese otro hombre, Gould, el científico irlandés. Ciechanowski tiene documentos escritos por Gould en los que éste declara que el pergamino es absolutamente genuino, en todo lo que concierne a su edad y procedencia.

Se volvió a Della Gherardesca.

—Zeffirino, tú sabes quién es Gould. Has leído sus artículos. ¿Se puede confiar en él?

Della Gherardesca afirmó con la cabeza.

—Jack Gould es un filólogo eminente en su campo. No suele ofrecer hipótesis sin

fundamento. Es un humanista secular, pero su obra es muy sólida. La gente prestará oídos a lo que diga. Será creído.

—Y, naturalmente, es judío.

—Sólo en parte. Su madre era católica.

Una expresión de disgusto cruzó el rostro de Bottecchiari.

—No importa. Seguro que dominará en él la parte judía. Tenemos que hallar un medio de tratar con el señor Gould. Pero antes quiero revisar las otras opciones que se nos ofrecen. Podemos, desde luego, elegir seguirle el juego a Ciechanowski. Pero a cambio de la cooperación política y financiera que está buscando, podemos insistir en que traslade su previsto instituto a Roma. Si ocurre así, la Comisión Bíblica asumirá la autoridad directa sobre el pergamino y el resto del material relacionado con él. Dadas las circunstancias, comprendo que los rusos estén mostrándose tan dispuestos a cooperar, con respecto a la venta del resto de la colección de la que procede originalmente el pergamino. Me han dicho que el profesor Grigorevitch ha sido de gran ayuda.

»Una vez que esos pergaminos estén en Roma, podemos designar a los miembros del instituto, hombres de nuestra elección, científicos católicos de confianza probada, capaces de echar por tierra todo posible debate, ofreciendo a la luz pública pequeños fragmentos del pergamino en un orden determinado por ellos. El instituto enterrará las implicaciones peligrosas del texto bajo una montaña de comentarios y conjeturas. Otros materiales pueden ponerse a la libre disposición de los especialistas de buena fe en todo el mundo; su gratitud al instituto por su trato favorable será suficiente para mitigar cualquier actitud de crítica que pueda producirse por la tardanza exagerada en publicar el pergamino de Jesús en cualquier forma. Debo decir, sin embargo, que ésta no es la solución que cuenta con mi favor. Pienso que en ella hay demasiadas cosas que pueden salir mal.

»La forma de enfocar el asunto que yo les recomiendo a ustedes es más drástica, pero de éxito más probable. Si cuento con vuestra aprobación, ésa será la fórmula que expondré a su santidad mañana por la mañana. Expresada con toda sencillez es ésta: Ciechanowski y su gente quieren el apoyo de la Santa Sede para conseguir determinados objetivos políticos. Yo propongo que salgamos a su encuentro al menos a la mitad del camino. A cambio, deberá depositar el manuscrito en poder del santo padre. Se guardará en los archivos vaticanos, donde será catalogado de modo convenientemente erróneo y, al cabo de unos años, estoy convencido de que será totalmente olvidado.

El cardenal Freedman, el norteamericano, se puso de pie impulsivamente.

—Pero eso... eso es monstruoso. Es tan malo como el plan de Sabbatucci de destruirlo directamente. Peor porque, como has dado a entender, significaría dar el apoyo papal a un puñado de fascistas.

Bottecchiari apenas se dignó mirar a Freedman.

—¡Siéntese, cardenal! Y trate de reaccionar a mis sugerencias de modo menos

emocional y más reflexivo. Quiero que todos ustedes piensen con toda claridad sobre lo que estoy proponiendo.

»En primer lugar —continuó—, prefiero no destruir el pergamino, aunque sólo sea porque una filtración por parte de Rosewicz o de los rusos podía causar bastantes incomodidades a la Iglesia. Auténtico o no, el público aceptará el valor del pergamino y nos condenará por haber destruido deliberadamente las palabras de Jesucristo. El campo quedará abierto para interminables especulaciones que irán más allá del verdadero contenido del documento. Creo que no tengo que decirles a ustedes el tipo de escándalo que eso causaría.

»El caso es que ese pergamino sólo resulta peligroso para la Iglesia en el contexto de la ciencia actual. Para otra generación, o con estudios guiados de modo más apropiado por científicos católicos de mente seria, es posible que esa carta, al fin y al cabo, pueda convertirse en un arma valiosa y positiva en la armería de la Iglesia. En el presente es imposible decirlo. Prefiero no precipitar las cosas librándonos ahora del pergamino, aunque sólo sea temporalmente. El documento deberá seguir guardado en las cámaras acorazadas durante uno o cinco siglos o, quizá, un milenio. Eso no tiene importancia. Lo importante es guardar ahora el secreto de su existencia. Si lo destruimos, el pueblo hablará. Guardémoslo, aunque sea profundamente escondido, y se podrá llegar a algún tipo de acuerdo acomodaticio. Y, con el tiempo, el mismo recuerdo de que ese discutido pergamino existió alguna vez se desvanecerá.

El cardenal bajó la vista a la mesa. Sabía que tenía la atención de sus oyentes, pero era más lo que necesitaba: su absoluta confianza.

—No obstante, el hecho es que no creo que el pergamino sea el asunto que más preocupa al santo padre. Tiene asuntos mucho más graves en mente. Caballeros, intento decir cosas que algunos de ustedes pueden encontrar molestas e inquietantes. De ordinario no mencionaría esos asuntos, pero en estos momentos tengo la seguridad de que no me queda otra elección.

Contuvo la respiración. Internamente pudo sentir un escalofrío helado cruzando los campos de su vida. Había sido arrastrado a ese momento, a ese lugar, a esa sala por un destino que estaba mucho más allá de su control. Fue un chico de la calle de Nápoles que había escapado de allí para convertirse en un príncipe de la Iglesia. Algunos de los hombres de aquella sala descendían de antiguas generaciones de aristócratas y dignatarios de la Iglesia y, sin embargo, él se había alzado más alto que cualquiera de ellos. ¿Para qué? Para esto. Pensó que podía oír murmullos en un gran vestíbulo. Y una puerta se abría. Una puerta tan grande que ninguna mano humana podría empujarla.

—Caballeros, la Iglesia se enfrenta en la actualidad con la más grave crisis de su historia. La salud del santo padre es pobre. Ha envejecido mucho desde su operación del año pasado. Durante su visita a Santo Domingo con motivo de la conferencia CELAM, en octubre, sólo diez mil personas acudieron a verlo cuando hizo aparición pública. Se había calculado que la cifra sería de cien mil. En otras partes de América

Latina, las sectas protestantes están robando creyentes a la Iglesia en cifras alarmantes, a un nivel como nunca se vio con anterioridad. En África, las misiones islámicas están ganando almas mientras que nuestros templos están vacíos. En Rusia y en partes de la Europa del Este, los ortodoxos y las iglesias de Uniate están ocupando el terreno que nosotros perdimos hace muchos años. En Irlanda se da apoyo público a la contracepción, el aborto y el divorcio, temas que ni siquiera eran materia de discusión hasta hace poco tiempo. El magisterio de la Iglesia está siendo cuestionado con una frecuencia sorprendente. Cada año, como ustedes saben, miles de sacerdotes y religiosos abandonan su vocación. En muchos centros aumenta la presión en favor de la ordenación sacerdotal de la mujer. Las demandas para terminar la regla del celibato son aún más estridentes cada día. Y no tengo que decirles los movimientos activos en favor de considerar el vicio y la perversión sexual como normales, no sólo en el mundo secular, sino igualmente en la Santa Iglesia.

Hizo una pausa. Sus palabras caían sobre ellos. No había dicho nada que ellos no supieran ya, pero para alguien en su disposición para unir todas esas cosas hizo que la situación apareciera aún mucho más grave.

—Nuestros colegas del Secretariado de Estado sabrán que su superior, el cardenal Di Rienzo, ha preparado un documento que se presentará en breve plazo al santo padre. Yo lo he leído para asegurarme de que no existen errores de doctrina. Su lectura resulta realmente preocupante. La afirmación de Di Rienzo es que la Iglesia se enfrenta a desafíos sin precedentes desde la Reforma. Cree que la amenaza doble del modernismo y el liberalismo secular es posible que se muestre demasiado fuerte para nosotros, salvo en el caso de que podamos establecer contramedidas efectivas. Y debo decir que estoy plenamente de acuerdo con él. Si no entramos en acción rápidamente, existen grandes posibilidades de que la Iglesia, tal y como la hemos conocido hasta ahora, sea desmantelada en el siglo próximo. Ésta no es la fantasía de un alarmista, sino la opinión considerada de una de las más agudas mentes del Vaticano.

En la parte exterior del restaurante podían oírse las conversaciones de los comensales que ya se marchaban. Pero en la sala de la parte de atrás no se movió nadie. Era como si todos estuvieran en trance.

—Caballeros, es precisamente una de esas contramedidas la que nos ofrecen el cardenal Ciechanowski y sus asociados. Si la rehusamos, es posible que no tengamos una segunda oportunidad.

Se volvió para mirar a Freedman y continuó:

—Francis, tú acabas de utilizar la palabra fascista. Tus recelos son comprensibles y loables, pero creo que están fuera de lugar. El fascismo es una filosofía política desacreditada, que tuvo su momento. Los pocos grupos de los llamados neofascistas en Alemania y en otras partes son insignificantes. Las organizaciones con las que se pide que nos aliemos no son fascistas, por esta o cualquier otra definición, aunque

pueden ser descritas acertadamente como conservadoras. Confío en que ninguno de ustedes considere esto como algo malo. Yo no lo hago. Por el contrario, creo que sólo mediante una firme asociación con la derecha política en Europa tenemos una posibilidad de salvar nuestra amada fe del abismo que la amenaza.

»Crux Orientalis es una hermandad laica largo tiempo establecida que no tiene otro objetivo que servir a la Iglesia católica y conseguir la restauración de una Europa cristiana unida. Ése no me parece un sueño mal enfocado. Sin Europa, la Iglesia no es nada. Fue la fe cristiana en primer lugar lo que la hizo poderosa. Por fuerte que deba ser nuestra presencia en el Tercer Mundo, es en Europa donde debemos buscar la salvación. Es la fortaleza de la Iglesia. Si tenemos que retirarnos tras sus murallas durante un período, es mejor que lo hagamos así y sin perder tiempo.

»Los comunistas se han ido, pero si no nos apresuramos a ocupar el vacío dejado por ellos, pronto veremos cómo los creyentes abandonan la Iglesia y escapan como lemmings, incluso en países con una tradición católica como Polonia. Allí, la gente se volvía a nosotros como foco para su oposición a un estado ateo. En vez de eso, ahora comienzan a volverse hacia el dios del materialismo. Piensan que si llegan a Occidente, estarán en el paraíso. Necesitamos ofrecerles una nueva visión y una meta. Crux Orientalis puede ofrecer ambas cosas a los europeos.

Amendola, cuyo trabajo lo ponía en un contacto más próximo con no católicos y con los celos que podía provocar cualquier intento de propagar la fe, se aclaró la garganta y se dispuso a hablar.

—Eminencia, tengo algo que decir. No es necesario que le recuerde el gran daño que en el pasado causaron grupos como Intermarium o Action Française. Cada vez se hace más notorio el hecho de que la Iglesia concedió su apoyo a criminales de guerra. Todavía hay quienes dicen que el papa Pío XII no cumplió su deber de salvar a los judíos. Ésas son realidades desagradables con las cuales tenemos que vivir. Me siento extremadamente preocupado al pensar que podemos volver a alianzas semejantes. Como usted bien dice, la Iglesia se enfrenta a una crisis de importancia. Ésa es una razón más para que nos mantengamos alejados de gente como ésa. Volverán a ensuciar con su propio fango. En el actual clima político, una acusación de antisemitismo sería como una carga de dinamita.

Bottecchiari movió la cabeza sabiamente.

—Le aseguro a usted, obispo, que no habrá otro Hitler ni ningún nuevo Ante Pavelic. Sólo leales servidores de Cristo trabajando, dentro del sistema democrático, en favor de una reforma muy necesitada. Ha llegado el momento de que sea la Iglesia la que dé las directrices. Los teólogos de la liberación han podido seguir su camino durante dos décadas, y ya ven adónde nos han llevado.

»Si le damos un respaldo financiero adecuado y le suministramos las fuerzas humanas debidamente entrenadas y de modo continuado, Stefan Rosewicz puede garantizarnos que habrá escaños parlamentarios para los candidatos católicos en todas las elecciones, locales o generales, que se celebren en Polonia, Alemania,

Checoslovaquia y los Estados Bálticos durante los próximos cinco años. Con la bendición del papa y el apoyo directo desde todos los púlpitos, Crux Orientalis puede transformar el rostro de la política europea, El pasado es el pasado. Lo que ahora necesitamos es una política de curación y unidad. Tenemos que poner fin al conflicto étnico en Bosnia. Tenemos que asegurarnos de que la reunificación de Alemania no terminará en un baño de sangre. La CEE no es suficiente protección contra la desintegración del continente.

—¿Qué quiere que hagamos nosotros? —preguntó Sabbatucci.

—Quiero vuestro apoyo para las recomendaciones que intento someter al santo padre. Los superiores de mi congregación han considerado ya el asunto del pergamino, y estamos de acuerdo en que debemos actuar para evitar el escándalo. Con vuestra bendición, tengo la intención de recomendar al santo padre para que lleguemos a un compromiso con el cardenal Ciechanowski y el nombramiento de una comisión especial para examinar sus propuestas para extender el trabajo de Crux Orientalis. Naturalmente, tendrán ustedes tiempo para hacer nuevos comentarios. ¿Debo considerar que estamos de acuerdo en lo sustancial?

Nadie alegó nada. Se agotaron las últimas gotas de grappa, las sillas se apartaron de la mesa, y se corrió la voz de que los cardenales estaban a punto de abandonar la sala. Sus coches privados esperaban en las proximidades.

Salieron en grupos pequeños, algunos hablando entre ellos animadamente; otros sumidos en un reflexivo silencio. Sabbatucci y Bottecchiari se quedaron un rato más.

—Bien —dijo Bottecchiari—. Ya está hecho.

—Rezaré porque haya tomado la decisión correcta. Si las cosas salieran mal ahora...

Entró una monja con un teléfono en la mano y lo conectó con la toma que había en la pared.

—¿Necesitará algo más su eminencia?

Bottecchiari sonrió y negó con la cabeza.

—No, hermana. No me quedará mucho tiempo. Ya puede empezar a cerrar.

Una vez que la hermana hubo salido, Bottecchiari tomó el auricular y marcó un número de París. Stefan Rosewicz respondió.

—¿Stefan? Aquí Bottecchiari. ¿Estás solo?

—Adelante. ¿Terminó ya tu reunión?

—Hace unos minutos. Todo pasó como yo esperaba. Pero es posible que tengamos algunos problemas por parte de Freedman y Amendola.

—No te preocupes. Me ocuparé de que alguien se encargue de ellos. Confía en mí. No habrá errores.

Parte 7

París, 13 de enero

Alguien había dejado un rosario colgado de un grifo del lavabo. Jack lo hizo pendular y lo observó hasta que se detuvo de nuevo. Se miró en el espejo mientras se afeitaba. Como llegados de ninguna parte, o eso parecía, signos de envejecimiento habían aparecido en sus mejillas y su frente. A este paso, pensó, acabaría con el pelo blanco y el rostro apergaminado antes de cumplir los cuarenta años. Se pasó la hoja de afeitar por la mejilla por última vez, se quitó la crema sobrante y se secó la cara. El padre De Galais quería hablar con todos ellos. Miró su reloj. Ya casi era la hora.

El apartamento consistía en cinco habitaciones y estaba situado sobre un pequeño ultramarinos en el Marais. Las ventanas daban a un viejo patio interior y a los muros del edificio situado detrás. Ropa interior recién lavada colgaba de una cuerda que cruzaba provisionalmente el cuarto de baño. El lavadero de la cocina estaba lleno a rebosar de platos sucios, y en el suelo había una escudilla con comida para gatos, aunque no vio ninguno. Los tres dormitorios estaban ocupados por literas. No había sala de estar. Comían y hablaban en la cocina. Parecía más un refugio de terroristas que un alojamiento de sacerdotes.

Jack llevaba nueve días con De Galais y sus amigos, y aún estaba casi tan lejos de comprender lo que estaba pasando como lo estuvo aquella primera noche en el Bois de Boulogne. Al principio no le parecieron más que un grupo de asesinos, eficaces, calculadores y rudos. El título de «padre» antepuesto a cada uno de sus apellidos no le pareció más que un chiste, como cuando se le llama «padrino» a un gángster. Les estaba profundamente agradecido por haberle salvado la vida y no sentía pena por la suerte de Henryk y sus hombres. Pero su gratitud estaba unida a cierto respeto no exento de miedo, debido a la dureza con que los sacerdotes actuaron aquella noche.

Durante los días siguientes, le descubrieron otras facetas de su personalidad. McBride mostró especial interés en hacer amistad con él, y encontraron amistades comunes y lugares familiares de los que hablar. Como jugador de fútbol del condado de Clare y producto del seminario de Manynooth y del Colegio Mayor de Irlanda en Roma, McBride era un hombre amable, decente y siempre de buen humor, así como un guía infalible de las tabernas y cervecerías de Dublín. Odiaba el vino y despreciaba los cafés franceses. Parecía encontrarse como en casa en un lugar llamado Tobin's, medio taberna medio funeraria, con una puerta que daba al bar y otra a la sala de velatorios local.

A los otros, Jack los encontró más distantes, tranquilos como McBride o, más bien, muy poseídos de su seguridad en sí mismos. Se sentía a salvo con ellos a su alrededor.

Erzberger hablaba muy poco, en parte porque su inglés no era muy bueno; pero

en una o dos ocasiones, Jack captó expresiones en sus ojos que decían más que las meras palabras: determinación, convicción y una especie de cansada santidad que le bastaba para el quehacer cotidiano de dar sentido a la vida.

Pese a la alegre jovialidad de McBride, en el piso dominaba la seriedad. El pequeño grupo tenía una meta, un objetivo que cumplir, y Jack se sentía arrastrado a él en contra de su voluntad.

—No somos asesinos por naturaleza, Jack, ni tampoco porque nos guste —le dijo McBride la primera mañana que pasaron juntos mientras tomaban una taza de café—. Hubo un tiempo, y de eso no hace mucho, que hubiera preferido cortarme la mano antes que matar a un ser humano. Te juro que es cierto. Pero he visto cosas a las que tú difícilmente darías crédito, y me convencí. Cosas perversas y malignas que debemos impedir. De una forma u otra, directa o indirectamente, la Iglesia dio su apoyo a gente mala, y en algunos lugares todavía sigue haciéndolo. He visto las mismas cosas en Irlanda y tengo amigos involucrados en ataques armados y en cosas peores. No voy a decir quién es el culpable, Jack, y hasta qué punto esta responsabilidad alcanza a las altas jerarquías eclesiásticas. Realmente no lo sé.

»Lo que sí sé es que esto tiene que terminar ya. Si no detenemos a Crux Orientalis, de nuevo volverán a morir millones de seres humanos. Por esa razón estoy dispuesto a usar la fuerza para detenerlos. Preferiría no tener que hacerlo, Jack, pero tiene que ser así.

No fueron sus argumentos, bien expuestos, lo que suavizó a Jack, sino la sinceridad de aquel hombre, su incapacidad de ser falso. A veces, Jack pensaba que estaba hablando con un niño, pero en seguida, al mirar en aquellos ojos turbados, volvía a ver al adulto, con los sufrimientos propios de un adulto y algo más que eso.

—Seguimos necesitando tu ayuda, Jack —le había dicho De Galais—. Si encontramos el pergamino, te necesitaremos para que confirmes su autenticidad. Para decimos si el que tenemos es el auténtico.

Se quedó con ellos esperando.

De Galais y los otros ya estaban reunidos en la cocina. Había un quinto hombre, un desconocido.

—Siento llegar tarde —se disculpó Jack.

—No llegas tarde, Jack, en absoluto. Siéntate si encuentras dónde. Permíteme que te presente al padre Masolino Buonamici. Acaba de llegar de Roma. Tiene algo importante que decimos.

Buonamici era un hombre pequeño y delgado, casi como un muñeco. Su cutis, suave como la porcelana, contribuía a darle ese aspecto. Sólo sus ojos, que parecían viejos y dolorosamente humanos, estaban fuera de lugar en su rostro.

—Por fin hay algunas noticias —comenzó—. El cardenal Bottecchiari tuvo ayer una audiencia privada con el papa. Tengo una transcripción de su conversación, que

podréis estudiar después. De momento, voy a compendiarla. Estuvieron reunidos mucho tiempo, más de dos horas. Discutieron un gran número de asuntos. El cardenal le explicó al santo padre cuáles podrían ser las consecuencias de hacer público el pergamino de Jesús. Disponía de una copia de la traducción del doctor Gould, que le leyó párrafo a párrafo. Cuando terminó su lectura, el santo padre pareció convencido de que la publicación quedaba fuera de toda cuestión.

»Eso llevó directamente a que Bottecchiari pasara al siguiente asunto: la necesidad de formalizar las relaciones entre Crux Orientalis y la Iglesia. La solución preferida por Bottecchiari a ese problema era que el papa convirtiera la Liga en una prelatura personal, algo parecido al Opus Dei. Eso le daría un estatuto semejante al de una diócesis, porque la Liga estaría formada por sacerdotes y laicos, hombres y mujeres. Pero a diferencia de una diócesis ordinaria, no tendría limitaciones territoriales. El santo padre dijo que tomaría seriamente en consideración la propuesta.

»Bottecchiari continuó refiriéndose a las múltiples alianzas que esto posibilitaría forjar a la Iglesia. Cuando el cardenal se despidió, el santo padre había accedido prácticamente a todo.

»Sin embargo, éste no fue el fin del asunto. Una vez que Bottecchiari se hubo marchado, el papa convocó a Sienkiewicz.

En ese momento, De Galais alzó la mano para interrumpir a Buonamici.

—Jack —a él se dirigió en especial—, el cardenal Sienkiewicz es uno de los cardenales que está de nuestra parte. Es miembro de la Sociedad Maximilian Kolbe desde hace varios años y es una de nuestras principales fuentes de información dentro del Vaticano.

Tras esta interrupción, Buonamici continuó:

—El santo padre fue muy franco. Le explicó a Sienkiewicz el dilema en el que se encontraba. Dijo que si se le podía arrebatar el pergamino a la Liga para ser destruido u ocultado, no veía razón para concederles favor alguno. Aparentemente no se fía de ellos. Pero si el pergamino sigue en sus manos, no tendrá elección y se verá obligado a dar su conformidad a sus propuestas. En caso necesario, está dispuesto a colaborar con ellos. Tiene la impresión de que les debe algo a cambio de su oposición al comunismo.

Se hizo un impresionante silencio en la habitación.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Erzberger.

Buonamici se encogió de hombros.

—Es cuestión de días, creo. Realmente no lo sé. Ellos conservarán el pergamino hasta que todo esté firmado y sellado.

—Yo no lo creo así —dijo Agustin de Galais, con voz baja pero clara—. Bottecchiari no es un estúpido. Conseguirá el acuerdo del santo padre y de la Sagrada Congregación ofreciéndoles a cambio el pergamino, pero sabe perfectamente que una vez que el documento deje de estar en manos de la Liga, lo habrán perdido para

siempre y, con ello, perderán la mayor parte de su influencia en el Vaticano. El santo padre siempre tendrá la oportunidad de reflexionar y pensará dos veces lo que quiere Crux Orientalis y cuál va a ser su política. Y, aun suponiendo que este papa no lo haga así, es posible que sea el próximo quien lo haga.

»Pero lo que ellos quieren es mantener una ininterrumpida influencia sobre el Vaticano. Para que esto sea posible, tendrán que conservar el pergamino en su poder. Pienso que la Liga accederá a su ocultación temporal, una vez que hayan conseguido el poder que buscan y siempre a condición de que el pergamino se guarde en una caja fuerte en algún lugar que esté bajo su control directo. Para ellos, éste sería el compromiso ideal.

Buonamici afirmó con la cabeza.

—Yo diría que tienes razón. Y eso significa que si queremos impedir que este asunto termine de ese modo, tenemos que hacernos con el pergamino en los próximos días. Eso suponiendo que no sea demasiado tarde. Afortunadamente también traigo buenas noticias. Creo que sé dónde se guarda el pergamino.

Droclaw, Polonia

El mitin terminó sin violencia. Después, en las calles se produjeron unos cuantos incidentes, nada serio, nada que no pudiera ser controlado: unas cuantas cabezas rotas y unas pocas costillas aplastadas. Los periódicos de la mañana siguiente hablarían de grandes multitudes, de pequeñas interrupciones a los oradores y de buen comportamiento en general. El que la prensa ofreciera esa imagen claramente positiva se debió sobre todo a la participación en la reunión del cardenal Ciechanowski y otros dignatarios de la Iglesia. El hecho de que los hombres que compartían el estrado con ellos fueran notorios personajes de la extrema derecha quedaba encubierto por la personalidad de los principales involucrados.

El eslogan fue: «Una nueva política para una nueva Polonia». Los periódicos no informaron que aquí y allá, entre las grandes masas participantes, algunos fanáticos indiscretos e impacientes hicieron ondear algunas banderas con la cruz gamada.

Ciechanowski habló brevemente y sus palabras causaron gran efecto. Era un héroe nacional, un líder de la oposición al comunismo, un instrumento valioso que colaboró en el derrumbamiento del antiguo régimen. En su corto discurso alabó la gallardía de aquellos que lucharon en las filas adecuadas para conseguir que Polonia recuperara la libertad perdida. Al mismo tiempo, no dejó de aludir, también, de modo velado, a aquellos traidores que habían minado el futuro del país, incorporando las filosofías ateas y liberales del Oeste decadente al tejido, todavía inestable, de la vida y la política polacas.

Eso facilitó el camino a los oradores que llegaron después, quienes fueron subieron al estrado y vertieron su veneno en los oídos de sus oyentes.

Al término de la reunión, por la noche, ya se había expuesto ante la multitud toda una agenda de trabajo coherente de acuerdo con el programa político de la extrema derecha. Pocas cosas se dejaron al capricho de la imaginación.

Al concluir su discurso, el cardenal regresó a Czestochowa para recibir a un emisario de Bottecchiari que ya estaba esperándole.

—Dígale a su eminencia —le respondió Ciechanowski— que estoy de acuerdo con lo que propone. Pero no puedo entregarle el pergamino. Eso es del todo imposible.

—Ya veo. En ese caso permítame decirle que el cardenal Bottecchiari ya había previsto con anticipación esa postura. Me ha pedido que le informe de su voluntad de conseguir un compromiso. Ustedes no exhibirán el pergamino, no construirán ningún santuario para alojarlo, ni lo guardarán en compañía de otras reliquias. No le atribuirán poderes milagrosos, ni curativos, ni de fe; no reconocerán su existencia ni harán nada para insinuar que existe ese documento. A su eminencia no le interesa

dónde lo guardarán, siempre y cuando le ofrezcan garantías de que está en lugar seguro y que el secreto de su existencia quedará limitado al menor número de personas que sea posible.

»A cambio, su eminencia les garantiza la absoluta cooperación del santo padre en sus programas políticos y religiosos. Se le garantizará a Crux Orientalis el estatuto de prelatura personal, y en el Este de Europa se le dará prioridad sobre el Opus Dei tanto en presupuesto como en capacidad de maniobra. Usted debe ofrecer su garantía personal de que los políticos que elija para darles su apoyo personal y el de la Liga serán hombres de pro y católicos de buena disposición. El santo padre no tolerará los excesos cometidos por la Liga en sus primeros días. No debe volverse a la intolerancia.

—Lógicamente, eso se sobrentiende. Le ofrezco plena seguridad por mi parte. No habrá motivo de escándalo. Nuestros candidatos serán hombres de la más alta virtud. Tiene mi palabra sobre eso.

Ciechanowski le dedicó su famosa sonrisa mientras hacía girar en su dedo, lentamente, su anillo cardenalicio. «A su tiempo —pensó—, el actual papa morirá, tal vez muy pronto, y entonces no será necesario ni siquiera este nivel de subterfugio».

Czestochowa, Polonia. Jueves, 14 de enero

Los ancianos y los enfermos estaban por todas partes. Los hoteles y las casas de huéspedes estaban llenas, los albergues de las iglesias rechazaban incluso a los enfermos y en las puertas del hospital de la ciudad había carteles indicando que no se admitiría a los forasteros. Pese a todo, los peregrinos seguían llegando en automóvil, en tren, a pie, con muletas y en sillas de ruedas empujadas por familiares de rostro adusto. Los lisiados, los paralíticos, los mutilados, los impotentes, los enfermos del corazón, todos llegaban con sus cuerpos enfermos y sus vidas arruinadas, sus tumores y sus úlceras abiertas, sus paladares hundidos, sus pies torcidos, sus corazones rotos, su soledad, su abandono, sus balbuceos y sus lágrimas. Esperaban cura, deseaban consuelo y todas aquellas otras cosas que nunca tuvieron: hijos, absolución, alegría, una mano que los guiara en la oscuridad, alivio contra el dolor. Hasta ellos había llegado repetidamente y en voz baja la noticia de que existía la esperanza de que allí, en aquel lugar de peregrinación, pudieran encontrar algunas de aquellas cosas que tanto necesitaban; se decía que una importantísima reliquia, quizá la más importante de todas las reliquias de la cristiandad, que les había sido ocultada por los comunistas, ahora iba a ser sacada de nuevo a la luz y exhibida ante los creyentes. También se comentaba que estaba realizando milagros a diario entre aquellos que tenían fe en ella.

De pronto comenzaron a extenderse otro tipo de rumores, éstos más recientes: que el santo padre había ordenado la destrucción de aquella reliquia; que debía ser devuelta al viejo lugar en que estuvo escondida; que había sido robada, que se le iba a construir una capilla santuario. Todos temieron llegar tarde y durante todo el día, las colas para entrar en la pequeña capilla donde se guardaba el pergamino fueron interminables. Las multitudes que antaño subieron por la colina hasta Jasna Góra para adorar a la Virgen Negra ahora peregrinaban hasta allí para ver, aunque fuera a distancia, un documento que ninguno de ellos sabía leer.

Después de haber sido permitida la entrada al último de los peregrinos, a las nueve de la noche, aquellos que se quedaron fuera empezaron a entonar himnos y a encender velas estableciendo una vigilia exterior en honor del objeto en el que habían depositado tantas esperanzas.

Una nota en la parte exterior de las grandes puertas del monasterio anunciaba al público que el cardenal Ciechanowski en persona celebraría allí la misa a la mañana siguiente.

La mayoría de la gente estaba convencida de que el prelado haría público un comunicado relacionado con la reliquia.

En el interior de la iglesia del monasterio, el incienso espesaba el aire. Las luces

principales habían sido apagadas, pero de vez en cuando una pequeña bombilla o una vela prendían entre las sombras. El icono de la Virgen, ignorado por primera vez desde hacía siglos, ya había sido ocultado detrás del telón metálico que lo protege en la capilla de la Santísima Virgen, con sus paredes cubierta de exvotos. Entre los altos pilares podían oírse murmullos en voz muy baja.

En una capilla lateral, situada enfrente de la que guardaba el pergamino, Gabriel McBride, Agustin de Galais y Kazimierz Galcysynski vigilaban también por cuenta propia. Detrás de ellos, oculto entre las sombras, Jack Gould esperaba nervioso. En la distancia pudieron oír el ruido de las grandes puertas al cerrarse y, seguidamente, sus ecos se extendieron por los espacios vacíos hasta acabar por extinguirse.

El ruido de unos pasos pesados les llegó desde la entrada. Se acercaron dos guardas y se situaron en sus puntos de vigilancia, uno a cada lado de la capilla donde estaba el pergamino. Llevaban pequeñas metralletas Uzi y vestían uniforme militar. La influencia del cardenal Ciechanowski se extendía en muchas direcciones.

De Galais hizo una señal con la cabeza. Los tres sacerdotes vestidos con trajes de clérigo salieron de la capilla lateral y se dirigieron al coro. Hablaban tranquilamente entre ellos, como quien va a ocuparse de sus propios asuntos. Los guardas los miraron y después volvieron la vista y se concentraron de nuevo en su vigilancia. Galcysynski se separó del grupo y se dirigió hacia ellos lentamente.

—*Dobry wieczór* —los saludó—. Quizá alguno de ustedes pueda decirme qué está ocurriendo. Se nos ha pedido a mis amigos y a mí que pasemos la noche en la iglesia por si se nos necesita. Pero nadie nos ha dicho para qué se nos puede necesitar. Pensamos que debe de tratarse de algo relacionado con la reliquia que estáis vigilando. ¿Tenéis alguna idea?

El guarda al que se había dirigido se limitó a encogerse de hombros.

—No tengo más idea que usted, padre. Hemos recibido órdenes de mantener vigilado este lugar para que nadie pueda entrar donde no debe. Sin duda habrá visto usted el gentío que ha habido aquí. Si se les diera la oportunidad no dejarían piedra sobre piedra.

El otro centinela se acercó un poco.

—Padre, he oído decir a alguien que proyectan cambiar de lugar la reliquia esta misma noche, un poco más tarde. No la llevarán muy lejos de aquí... a Wroclaw, a Cracovia o a un lugar parecido. Eso me han dicho.

—¿Tiene idea a qué hora? Me gustaría saber cuánto tiempo quieren hacemos esperar aquí.

El soldado hizo un gesto de resignación.

—Lo siento. Tendrán que esperar aquí como el resto.

Galcysynski agitó una mano para avisar a sus compañeros. Éstos cruzaron la nave del templo. No tenían necesidad de apresurarse, pero sus corazones latían más acelerados que de ordinario y las palmas de sus manos estaban húmedas de sudor. «Id despacio, causad la impresión de que tenéis perfecto derecho a estar aquí». Nadie

tenía que ver en ellos nada alarmante, nada amenazador. No hay nadie más indicado que un sacerdote para estar en una iglesia. Ellos tenían derecho a estar allí; los soldados eran los intrusos.

El segundo centinela dejó que su Uzi colgara descuidadamente en su costado.

—Nuestro amigo dice que tendremos que estar despiertos toda la noche — bromeó Galcysynski en polaco.

De Galais, que no había entendido ni una palabra, sonrió y se colocó cerca del soldado que estaba a su derecha. En un instante hizo una seña y con la velocidad del rayo sacaron sus pistolas y apuntaron a la cabeza de los guardas.

—Queremos el menor escándalo posible —dijo Galcysynski—. Nada de violencia. Preferimos no hacerles ningún daño, y menos aquí, en la casa de Dios. Pero si nos obligan a disparar, lo haremos.

Los soldados se quedaron helados. McBride se acercó a ellos y les quitó sus Uzis y sus pistolas. Seguidamente, con un gesto, señaló la otra capilla. Jack, que también se había vestido de cura, salió de las sombras y se unió a ellos. McBride se dirigió a él:

—Entra y coge el pergamino, Jack. Nosotros nos encargaremos de estos dos mientras tú tienes tiempo de examinarlo. Vamos, muévete, por amor de Dios. No sabemos cuánto tiempo tardará en aparecer alguien por aquí.

Antes de entrar en la iglesia se habían puesto de acuerdo en que Jack debía examinar el pergamino *in situ*. Si resultaba ser una falsificación o una sustitución, tanto si fue colocada allí desde el principio o recientemente, como un primer movimiento para el traslado a otra parte, sabrían que su búsqueda no había terminado. Tal vez aún tendrían tiempo de entrar en las cámaras de los sótanos del monasterio, el lugar más adecuado para ocultar un tesoro como aquél antes de que se diera la alarma.

Para evitar llamar la atención, no encendieron las luces de la capilla. Jack llevaba consigo una pequeña linterna. Entró en la capilla un delgado rayo de luz que viajó entre las sombras, reflejándose sobre objetos brillantes y misteriosos: dedos de oro, ojos de amatista, la plata de las coronas de los santos, perlas en los bordes de las alas de un ángel. El olor del incienso era mucho más intenso y sus efectos más tóxicos.

La luz se posó sobre una caja de cristal situada encima de un altar cubierto con un mantel de seda bordada. En el interior de la caja había un rollo de papiro, desenrollado un poco por un extremo. El corazón de Jack saltó como una piedra lanzada sobre una superficie de aguas tranquilas. Sintió cómo las ondas pasaban a través de su cuerpo. Incluso a esta distancia no podía equivocarse. Ahora, por fin, tenían lo que habían venido a buscar.

Jack traía preparado un estuche portátil dentro de una bolsa para llevarse el pergamino. Separó la bolsa de la correa con la que la había llevado en bandolera y la dejó sobre el altar. La caja de cristal había sido construida indudablemente para una galería de arte o un museo. Su borde inferior entraba en el marco de una base de

metal brillante y estaba unida a él y cerrada con una pequeña cerradura. La base, a su vez, parecía firmemente atornillada al altar. Esto era algo que no había esperado. Forzar la cerradura o romper el cristal podría hacer saltar una alarma y provocaría que otros guardas acudieran allí en cuestión de pocos segundos.

Jack se dio cuenta de que disponía de muy poco tiempo para tomar una decisión.

Romper el cristal era algo en lo que no cabía pensar, ya que el ruido llamaría la atención. Además existía el grave riesgo de que la mitad superior de la caja cayera sobre el papiro y lo aplastara, reduciéndolo a pequeños fragmentos o a polvo.

En silencio, se apresuró a la entrada para explicarle a De Galais cuál era el problema. El francés entró con él a toda prisa.

—Jack —dijo—, estás perdiendo el tiempo. Tienes un destornillador en la cartera. Todo lo que tienes que hacer es destornillar el pie del altar. Nos llevaremos el chisme entero.

—Ya había pensado en ello —respondió Jack moviendo la cabeza—, pero eso es algo que no podemos hacer sin correr el riesgo de destruir el pergamino. Es sumamente frágil. No puedes suponer hasta qué punto. Bastaría sacudirlo tal y como está colocado ahí dentro para que, probablemente, se rompiera en mil pedazos. Tenemos que forzar la cerradura.

—Mélac lo hubiera hecho con facilidad, pero ninguno de nosotros sabe hacerlo.

Volvieron a la entrada. Los guardas negaron tener la llave ni acceso a ella. En la distancia resonaron unos pasos que se acercaban a su encuentro.

—Dentro de la capilla, ¡rápido! —dijo Galcysynski en un susurro. Se deslizaron en las oscuras sombras llevándose a los soldados con ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —imploró Jack.

—Creo que ya lo tengo —dijo McBride. Le entregó su pistola a De Galais y arrastró a Jack consigo hacia dentro—. Dame la linterna, de prisa —exclamó al tiempo que tendía la mano para cogérsela.

Momentos después dejó escapar un grito de triunfo. Jack lo vio extender la mano para coger un pequeño relicario que estaba en una hornacina de la pared.

—¡Maldita sea! —gritó Jack—. Ya te he dicho que no podemos romper el cristal sin riesgo de destruir el pergamino.

—No seas estúpido, no tengo intención de hacerlo. Toma, ¿quieres sujetar la linterna y alumbrarme?

Mientras Jack alumbraba el pequeño cofrecillo, McBride sacó de su bolsillo un cortaplumas de fuerte hoja. El relicario estaba incrustado con piedras preciosas, todas ellas empotradas por separado en engarces de plata que penetraban en la madera. Fue cuestión de segundos encontrar un diamante y librarlo de su montura.

Se acercaron a la caja de vidrio. Oyeron pasos en la iglesia y el ruido de voces. McBride ignoró ambas cosas. Jack se sintió sobrecogido por el miedo a ser sorprendido. No escaparían con vida por segunda vez.

—Bien —le aconsejó McBride—, si recuerdas el Avemaría, ha llegado el

momento de que la reces.

Pegó el diamante a una de las caras de la caja y apretó con fuerza.

—¡Ve con cuidado! —le advirtió Jack.

—No te preocupes, ya he pensado en ello.

McBride continuó apretando y corrió el diamante en línea recta como unos diez centímetros. Hizo un segundo corte a unos veinte centímetros de distancia del primero y paralelo a él. Después unió las dos incisiones con dos cortes horizontales para formar un pequeño rectángulo. Usando el borde del estuche de Jack dio un golpe seco y fuerte en el rectángulo de vidrio, que rápidamente cayó hacia atrás, dentro de la caja. No sonó ninguna alarma y Jack rezó pidiendo que no estuviera conectado a una alarma silenciosa.

—Ya está —dijo McBride mientras instaba a Jack a acercarse—. Ésta ha sido la parte más difícil. Encárgate de esto —le indicó el borde superior del espacio rectangular— mientras corto el resto.

Mientras Jack sujetaba el cristal con firmeza, el sacerdote cortó otro rectángulo, ahora bastante mayor. En esta ocasión, cuando McBride lo golpeó, Jack estaba en condiciones de sujetarlo e impedir que cayera dentro de la caja y pudiera golpear el rollo de pergamino. Levantó el pequeño trozo de cristal con delicadeza y lo dejó en el suelo.

Ya sin obstáculos, Jack pudo alcanzar el interior. Centímetro a centímetro hizo deslizarse el pergamino hasta sacarlo por completo. Por un momento lo tuvo en sus manos. McBride sostuvo la linterna mientras Jack lo examinaba. Le llevó sólo unos segundos cerciorarse de ello. No tenía la menor duda: el que tenía en sus manos era el auténtico.

Convento de las hermanas de la Penitencia. Czestochowa

El cardenal Sienkiewicz le había proporcionado a De Galais una forma de mandamiento eclesiástico que le permitía entrar en el convento de las hermanas de la Penitencia. El mandamiento daba instrucciones a la madre superiora para hacer comparecer ante el padre De Galais a la más reciente de sus postulantes, Maria von Freudiger, y si dicha postulante manifestaba sus deseos de dejar el convento, permitirle hacerlo sin ponerle el menor impedimento. Los términos del mandamiento eran claros e inequívocos.

Sin embargo, la madre Alice se mostró inflexible. El mandamiento desafiaba su autoridad y su autonomía, y podía hacer peligrar su especial relación con el cardenal Ciechanowski.

—Lo lamento —respondió mientras le devolvía el mandamiento a De Galais—, pero es imposible para mí cumplir esa orden. El cardenal no tiene jurisdicción aquí. Tal violación de nuestras costumbres requeriría la expresa aprobación del cardenal Ciechanowski. Le sugiero que hable con él directamente.

—En tal caso, creo que debe leer también este otro documento. —De Galais sacó de su bolsillo un segundo mandamiento y se lo pasó a la superiora sin el menor comentario. El papel estaba doblado, ella lo abrió y, mientras lo repasaba, su rostro palideció visiblemente. Sin una palabra, lo plegó de nuevo y se lo devolvió al sacerdote. A través del grueso papel podía verse el escudo papal acuñado en él.

Sólo De Galais y Jack habían ido al convento. Los otros se habían hecho cargo del pergamino y se refugiaron en casa de un miembro de la sociedad. Sabían que debían haber abandonado Czestochowa y dirigirse directamente a la frontera tan pronto como tuvieron en su poder lo que habían venido a buscar. Pero Jack había insistido y nadie tuvo suficiente valor como para negarse a complacerlo.

—Estoy seguro —le dijo De Galais a la madre superiora— de que el santo padre se mostrará indulgente en el asunto de la reforma de la vida religiosa aquí, suponiendo que vea su buena disposición a cooperar en otros asuntos.

—Está perdiendo el tiempo, padre —respondió la madre Alice—. Maria von Freudiger ya no está aquí. Su marido vino a llevársela hace dos días. Está invitado a registrar esta casa, si lo desea, pero le aseguro que no encontrará rastro de ella. Lamento lo sucedido, sí, lo lamento profundamente. Y estoy muy apenada por la joven. Pero lo hecho hecho está. Confío en que esto no repercuta en el convento.

De Galais se puso de pie. Miró a la anciana sin saber con seguridad cuáles eran sus sentimientos. Como muchas otras, ella no había hecho más que obedecer órdenes. No le cabía duda de que en el fondo de su corazón ella creía haber obrado por los mejores motivos. No había astucia ni maldad en sus actos, ni rencor. Y, sin embargo,

en un sentido que no sabía cómo definir apropiadamente, tenía la sensación de estar ante la esencia de la maldad.

—No —respondió—. No habrá repercusiones. —Hizo una pausa mientras la miraba tratando de entender—. Al menos, no en esta vida.

Czestochowa. Viernes 15 de enero

Cualquiera que fuera el camino que eligieran para ir a Roma, por tierra, tendrían que pasar al menos tres fronteras: en una dirección, la República Checa, Austria e Italia; en otra, Alemania, Austria e Italia, y la tercera posibilidad era Alemania, Suiza e Italia. No se les ocurrió en ningún momento la idea de atravesar lo que antes fue Yugoslavia. La vía aérea hubiera sido el camino más sencillo, pero resultaba, al mismo tiempo, el más peligroso. Por otra parte, no se atrevían a encomendar a nadie el transporte del pergamino, ni al correo ni a ninguna mensajería privada.

—Resulta irónico, ¿no os parece? —preguntó De Galais. Él y los demás estaban en un piso franco en Cracovia. Fuera llovía sobre una calle cuyas farolas estaban parcialmente rotas—. Hace unos cincuenta años, cuando Rosewicz y el resto tuvieron que hacer más o menos el mismo camino, al parecer no encontraron muchas dificultades en llegar a Roma. Nosotros podremos hacerlo también si nos valemos de alguna de nuestras propias rutas de escape.

—Lo que olvidas es que en aquel entonces —le respondió McBride—, Europa estaba invadida por los refugiados que iban de un lado a otro. Reinaba el caos por todas partes. Exactamente las condiciones más propicias para que puedan escapar granujas de su calaña.

—Ahora también hay muchos refugiados —comentó Galcysynski.

—¿Podemos intentarlo nosotros? —preguntó Erzberger—. ¿Hacemos pasar por refugiados hasta poder llegar a Alemania o Austria?

De Galais sacudió la cabeza.

—Ya acordamos que el mejor plan era quedarnos escondidos aquí, en Polonia, hasta que las aguas se calmaran y después intentar salir pasando por Suecia.

—Ahora no estoy tan seguro de que eso sea lo mejor —objetó Erzberger—. No pensamos que el pergamino se habría convertido en un punto de atención tan importante. Pueden organizar una búsqueda a gran escala, puerta por puerta.

De Galais mostró su desacuerdo.

—No lo harán —replicó—. Lo que menos desea Ciechanowski es que llegue a oídos del Vaticano la noticia de que el pergamino ha desaparecido. Eso lo arruinaría todo para la Liga. Sin el pergamino no pueden ejercer la misma fuerza, sobre todo con el santo padre. No pueden permitirse el escándalo. Lo máximo que pueden hacer es conseguir un control en las fronteras valiéndose del pretexto de que han sido robados valiosos tesoros de iglesia. En tanto sigamos escondidos estaremos a salvo.

—Pero no Maria —intervino Jack. Estaba de pie, apartado de los otros, mirando la calle mojada por la lluvia a través de la ventana.

—Trata de no preocuparte, Jack. Ya he encargado a nuestra gente en Alemania

que se ocupe de ello. Al menos podremos averiguar qué ha sido de ella. Y si existe la menor posibilidad de rescatarla, puedes estar seguro de que lo intentaremos.

Jack no dijo nada. Al ver resbalar la lluvia sobre el cristal de la ventana tuvo la sensación de que Maria se alejaba de él. Como el amor. Y tal vez la juventud. Todo lo que en el pasado significó algo para él —Caitlin, Siobhan, sus progresos en el mundo académico— había culminado en Maria y, al arrebatársela, también le había sido arrancado con ella. Todo lo que el pergamino y su descubrimiento significaron para él —y después de haberlo tenido en sus manos una vez más, de verlo, tocarlo, no podía figurarse su vida sin esas experiencias— parecían no ser más que el peso que había que poner en la balanza para conseguir que Maria continuara viva. Y él estaba dispuesto a hacerlo así en caso necesario.

Jack se despertó en medio de un silencio y una oscuridad que le hicieron sentirse casi sin respiración. Compartía habitación con Gabriel McBride. Dormían uno al lado del otro, en delgados colchones y con mantas inadecuadas para el frío que hacía. Había tenido un sueño en el que vio cómo ardía toda una habitación llena de pergaminos, que ardían pero no se consumían, como el fuego en el Sinaí. El fuego que hablaba.

Ahora, en la oscuridad, el recuerdo del fuego pendía sobre él como el recuerdo de un placer incorregible. Pensó en Cristo. No en el pálido galileo de las devociones de su madre, un realizador de milagros de ojos azules soñado en el polvo del imperio por fríos europeos, sino en un fariseo de piel oscura y nariz ganchuda para quien el fuego y el placer formaban parte por igual del monstruoso plan de Dios, un soñador de sueños peligrosos, como su tío, el hermano de su padre.

Jack vio a su Cristo andando con paso vacilante por un gueto destruido, con los mechones de sus sienes agitados por el viento, el bonete judío sobre la cabeza y un pergamino de la Torah debajo del brazo. Lo vio escupido, apedreado, pisoteado, en medio de círculos de feos rostros arios, rodeado de ojos azules y cabellos rubios, tratando de escapar de una cruz tan grande como el mundo entero. Lo vio vestido con chaqueta y pantalón a rayas, el ridículo pijama del preso, y con un número tatuado en su antebrazo izquierdo, temblando y vacilando bajo los golpes de un vergajo de toro. Y junto a él, filas y filas de hombres y mujeres desnudos, coronados de espinas, con las marcas de los latigazos en la espaldas, tambaleándose en silencio mientras cruzaban las puertas abiertas de las cámaras de gas, que eran lo suficientemente grandes como para que en ellas cupiera la humanidad entera.

Jack pensó en la lealtad y en la traición a la lealtad debida, en el fuego que se consume y en el fuego que arde sin consumirse. No quedaba nada entre su corazón y la luna, nada salvo fantasmas que se revolvían sobre sí mismos girando y girando.

Se levantó de la cama tiritando. Hacía un frío atroz. La casa carecía de calefacción apropiada. Jack conservaba puestos los pantalones y un jersey. McBride dormía como un tronco. Jack podía oír su respiración regular. El sacerdote era un

hombre que estaba en paz consigo mismo. No un hombre al que Dios condenaría al fuego.

Jack se puso los zapatos.

El pergamino estaba en un armarito cerrado con llave en la parte alta de las escaleras. Jack lo había guardado allí esa misma mañana después de examinarlo cuidadosamente. La llave seguía en su bolsillo. Abrió el armario lentamente y tomó el cilindro. En el primer momento en que lo tuvo en la mano, le pareció extrañamente pesado, como si estuviera lleno por el peso de los siglos, pero en seguida recuperó su peso normal.

Al darse la vuelta, se encendió la luz. Agustín de Galais estaba de pie frente a él. Llevaba una pistola en la mano.

—Jack —exclamó—. Creí haber oído ruido. ¿Qué estás haciendo?

Sólo en ese momento, De Galais pareció darse cuenta de que Jack tenía en su mano el cilindro con el pergamino.

—Por favor, Agustín, no trates de detenerme.

El sacerdote lo miró con ojos tristes.

—¿Por qué habría de querer detenerte, Jack?

Éste no trató de responder.

—No la dejarán libre, Jack. Ni siquiera a cambio de eso.

—Creo que estás equivocado. Al menos tengo que intentarlo.

—Sí, tienes que intentarlo. Pero no con el pergamino. No es tuyo para que comercies con él.

Jack movió la cabeza.

—No tiene dueño, ni tú ni yo ni el papa. Pero si tú te lo quedas, lo enterrarás, O harás que lo entierren. Eso sería un delito peor que el robo.

—Yo deseo verlo publicado tanto como tú.

—No, eso no es cierto. Tienes que dárselo al papa. Pase lo que pase, él tiene que saber que el original está a salvo, que no existe ninguna posibilidad de que Crux Orientalis vuelva a tenerlo en sus manos. Tú le dirás que debe ser publicado, pero él no te oirá. Esas personas nunca escuchan voces como las nuestras, la tuya o la mía, sus oídos están en otra onda. Y el papa hará desaparecer el pergamino. O lo quemará.

—Pero lo que tú quieres es entregárselo a Von Freudiger. O a Rosewicz. Y ya sabes el uso que quieren hacer de él. Qué poder les dará. ¿Estás preparado para ello? ¿Está tu conciencia preparada para algo así?

—Mi conciencia es asunto mío.

—Sí, así es, y no seré yo quien diga lo contrario. No tengo ningún derecho a ello. Pero no puedo permitir que uses el pergamino. Eso sí es asunto mío.

De Galais levantó la pistola.

Jack se movió rápidamente, aprovechando la instintiva repugnancia del sacerdote a disparar contra él, y le golpeó con el puño apretado y con todas sus fuerzas en el plexo solar. Durante unos momentos, el cura se quedó sin respiración y, al tratar de

volver a respirar, la propia aspiración de aire lo sofocó. Retrocedió vacilante con el brazo levantado y Jack aprovechó para arrebatarse el arma de la mano. Odiaba lo que estaba haciendo, pero no tanto como saber que Maria estaría aterrorizada y agonizando en quién sabe qué sórdida pesadilla escenificada para su tormento por Karl von Freudiger.

Golpeó con fuerza al sacerdote en la sien. De Galais cayó al suelo. Había en su rostro una dolorosa expresión de sorpresa y traición.

Arnstorf, Alemania

Paul no podía recordar la última vez que fue feliz, ni siquiera suponer que podría volver a serlo. Era demasiado joven para que pudiera pensar en el suicidio, ni siquiera sabía que existía esa opción. Si lo hubiera sabido, es posible que se hubiese aferrado a ella con todo su corazón y correría en su busca, como el prisionero que corre tratando de encontrar una brecha en el muro por la que escapar. Salvo por una cosa: confiaba a diario en que, al despertarse al día siguiente, volvería a ver el rostro de su madre inclinándose sobre él para besarlo.

Paul volvió a orinarse en la cama y cuando esto ocurría, era sacado de la cama y recibía unos buenos azotes. Leni, la mujer que se encargaba de su cuidado, lo llamaba «bebé», y le frotaba la cara con las sábanas mojadas y después lo duchaba con agua fría como el hielo. Al principio lloraba cuando le pegaba, pero últimamente las lágrimas se mostraban más reacias a brotar a sus ojos.

Otra cosa estaba empezando a ocupar el lugar del llanto en sus sentimientos, algo para lo que él no tenía nombre. Lo único que sabía era que se trataba de un mal sentimiento y que nunca lo abandonaría.

No tenía juguetes; en aquella casa no había juegos ni otros niños con quien poder jugar. Se había inventado un pequeño amigo llamado Pieter y por las noches, en la cama, tenían largas conversaciones; pero seguía echando de menos a su madre mucho más de lo que podía soportar. Las horas de las comidas eran solemnes, asunto de adultos, con severas normas que no permitían dejarse ni una sola miga en el plato. Pasaba mucho tiempo al aire libre, incluso cuando llovía o helaba. Leni decía que todo aquello se hacía para «endurecerlo». A él no le gustaba la idea de ser endurecido. Su padre le había dicho que «haría de él un hombre», pero si ser un hombre consistía en aquellas cosas, tardaría mucho en llegar a serlo. La concha en la que había comenzado a envolverse en Essen, una concha en cuyo interior sólo la madre podía penetrar, iba haciéndose cada día más dura y más gruesa. A veces, él se la imaginaba como una pesada losa de piedra que bloqueaba por completo el paso a la luz y a todos los sonidos, y de ese modo lo mantenía aislado y a salvo de la correa de Leni y de los tonos duros e implacables de su voz.

Se abrió la puerta de su habitación y entró Leni. Siempre lo hacía sin llamar, como si tratara de sorprenderlo haciendo algo indebido u ocupado en malos pensamientos. En una ocasión lo sorprendió hablando con Pieter y le pegó para castigarlo por «soñar despierto». A Paul no le gustaba que entrara sin llamar.

—Ponte de pie, Paul. Debes ir inmediatamente al piso de abajo. Tienes una visita. Por un momento, el corazón le dio un vuelco.

—¿Es mamá?

Leni no respondió nada. Paul sabía que si volvía a preguntar recibiría un bofetón o un grito. A Leni no le importaba pegarle por cualquier cosa y, a veces, hasta lo hacía con dureza. Por todo ello, Paul había llegado a temer a aquella mujer más que a ningún otro ser humano, con la excepción de su padre y, naturalmente, el Führer, cuyo rostro lo miraba ceñudo, sin una sonrisa, desde las fotografías enmarcadas de cada pared de la casa y para cuyo amor y honor estaba siendo educado. Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta de su cuarto, caminando erguido y con la cabeza levantada, como un soldado, tal y como le habían dicho que debía hacerlo.

Karl von Freudiger lo esperaba en el piso de abajo, en la biblioteca, en la que Paul únicamente entraba cuando tenía que ser castigado físicamente. Cuando el chico vio allí a su padre, esto fue lo primero que se le ocurrió, que había venido para castigarle por cualquier pequeña cosa mal hecha que él no recordaba.

—Hola, Paul, ¿cómo estás?

—Muy bien, padre. ¿Cómo estás?

—Por favor, Paul, siéntate. Tengo que darte malas noticias.

—¿De mamá?

Von Freudiger vaciló.

—Tu madre ha muerto, Paul. No volverás a verla. ¿Comprendes lo que estoy diciéndote?

No había ni rastro de emoción en la voz de Karl. No se inclinó para acariciar a su hijo o consolarlo. El chiquillo lo miró sin comprenderlo.

—Quizá venga la semana próxima.

Karl movió la cabeza.

—No, Paul, tu madre está muerta. Cuando la gente muere, se va para siempre. Para siempre. Ahora sólo me tienes a mí, a Jesús y al Führer.

Había algo en la voz o en las maneras de Karl, en las palabras que había usado o en los sobrios gestos que las acompañaron que penetró profundamente en el niño.

—No —gritó—, yo no te quiero a ti, ni a Jesús, ni al Führer. Yo quiero a mi mamá.

Karl se levantó y cruzó la habitación para dirigirse a la puerta.

—Leni —llamó—, creo que es la hora de correr de Paul.

Se dio la vuelta y bajó los ojos para mirar al chico.

—Recuerda, Paul, Jesús te ve a todas horas. Él me dice cuándo te has portado mal. Y el Führer nos observa desde el cielo, donde está tu madre. Ahora debo marcharme, tengo cosas importantes que hacer en Essen, pero volveré pronto.

Cracovia, Polonia

Jack tardó más de dos horas en encontrar la clase de lugar que estaba buscando: un buen hotel moderno. El Grand Hotel, en la Ulica Slawkowska, hacía sólo unos meses que había abierto sus puertas y todavía le pareció limpio y brillante en claro contraste con la mayor parte de los viejos edificios de la ciudad, carcomidos por la lluvia ácida que caía sobre ellos a diario, a causa de las siderurgias de la vecina Nowa Huta.

Todavía llevaba mucho dinero encima, gran parte en marcos alemanes, en billetes grandes. No pudo evitar que su llegada a horas tan tardías, sin equipaje y sin más documento de identificación que su pasaporte irlandés llamara la atención. Su mayor riesgo estaba en que la policía tuviera ya su descripción y ésta la hubiera hecho circular en los hoteles y las casas de huéspedes. Pero reflexionó y llegó a la conclusión de que lo más lógico era que no se hubieran molestado en hacerlo. Además, él no tenía intención de quedarse allí ni un minuto más del tiempo estrictamente necesario.

Los marcos alemanes le parecieron un medio de pago muy aceptable a la joven que estaba en la recepción.

Por un momento pensó que iba a decirle unas palabras amables, pero lo único que pudo ver era que se esforzaba en contener su incomodidad.

—¿Una habitación, señor? Sí... Sí, desde luego. ¿Para cuánto tiempo?

—No mucho, sólo hasta hoy al mediodía.

—Yo... Tendrá que pagar por la noche entera, señor. El precio es dos millones de zlotys.

La astronómica suma resultó ser poco menos de veinte mil pesetas. Jack le dio tres billetes de cien marcos.

—¿Es suficiente?

La recepcionista hizo un cálculo rápido, le dio el cambio en zlotys y a continuación le preguntó si deseaba algo más.

—Sí —respondió Jack—. Deje instrucciones de que no me molesten.

La operadora de internacional tardó sólo unos minutos en encontrar el número y ponerlo en comunicación con Karl von Freudiger. Tuvo que esperar un poco más hasta que el propio Karl se puso al aparato. Jack había dado su nombre, así que supuso que el retraso se debía a que alguien, de acuerdo con Karl, estaba tratando de localizar el lugar desde donde llamaba.

—Aquí Von Freudiger. ¿Qué puedo hacer por usted, doctor Gould?

—Traer a su esposa al teléfono y permitirme que hable con ella.

—¿Mi esposa? Creo que se equivoca usted. Yo no tengo esposa.

—Déjese de juegos conmigo. Usted tenía una esposa cuando nos vimos la última vez. Y se llamaba Maria.

—Sí, sí, ya sé a quién se refiere. Esa mujer ha entrado en un convento y ahora es la esposa del Señor, o lo será pronto.

—Le pido que deje su juego. Sé que usted la sacó del convento hace dos días.

—Doctor Gould, ¿qué es exactamente lo que quiere?

—Creo que usted ya sabe que tengo algo que desea recuperar. Puede volver a ser suyo con unas sencillas condiciones.

Una pausa. Después la voz de Von Freudiger cambió.

—¿Cuáles son?

—Primera: que deje libre a Maria; segunda: si ella decide venirse conmigo, no se nos impedirá ni se nos seguirá, ni ahora ni el futuro; la tercera es que si quiere llevarse a su hijo, se le permitirá hacerlo.

Siguió un largo silencio al otro extremo del hilo. Jack se preguntó si habrían localizado ya la llamada.

—Ya le he dicho, doctor Gould, que Maria ha decidido tomar el velo.

—No puedo creer que esté siendo tan estúpido. Deje que le ponga las cosas más claras. Si a Maria le ocurre algún daño de sus manos o de las de cualquier otra persona, quemaré el pergamino, se lo prometo. No tiene elección, si quiere recobrar el documento, tendrá que dejarla en libertad.

—¿Y cómo sé yo que usted tiene el pergamino?

—Lo sabrá cuando se lo entregue.

—¿Y qué hay de sus socios? No creo que cooperen con usted en esto.

—No tiene que preocuparse por ellos. No saben dónde estoy ni dónde he puesto el pergamino.

Siguió otro silencio más largo que el primero. Jack creyó oír una especie de susurro y pensó que Von Freudiger estaba hablando con alguien. Cuando volvió a dirigirse a él, su voz era tensa.

—Lo que usted me pide es ultrajante. No puedo permitirlo. Pero quiero el pergamino. Por lo tanto estoy dispuesto a ofrecerle a usted un millón de marcos alemanes. Siempre y cuando esté en buenas condiciones y...

Jack colgó de golpe. Su mano temblaba. Siguió sentado en el borde de la cama tratando de controlar su respiración. ¡Le había ofrecido dinero, como si Von Freudiger lo creyera capaz de hacer ese trueque! Pero ¿y si sólo se trataba de una maniobra para encubrir que no podía hacer que Maria se pusiera al teléfono?

Su mano seguía temblando cuando llamó de nuevo.

En esta ocasión, el propio Von Freudiger le respondió personalmente. Jack no le dejó hablar.

—Escúcheme, voy directamente al asunto. No se trata de dinero, y cualquier oferta en este sentido será rechazada por elevada que sea. Estoy haciendo esto por

Maria. Su libertad es lo único que me importa. Así que, por favor, haga que se ponga al teléfono.

—¿Y si le digo que está muerta? ¿Que la saqué del convento para hacer que la mataran?

Jack sintió náuseas.

—Si es así, destruiré el pergamino —dijo tratando de recuperar el control de sí mismo—, y usted lo habrá perdido todo.

Otra pausa que a Jack le pareció un siglo.

—No está aquí —dijo finalmente Von Freudiger—, en esta casa. Me costará tiempo mandar a buscarla.

El alivio lo limpió como el agua.

—No tenemos tiempo. Pero, suponiendo que esté viva, podemos cerrar un trato. ¿Me da su palabra de que no ha sufrido daño?

—Tiene mi palabra —aceptó Von Freudiger—. Se la entregaré y nadie intervendrá en lo que hagan después. Pero no vuelva a mencionar jamás el nombre de mi hijo si quiere salir vivo de esto. Bien, ¿cuándo puede traerme el pergamino?

—No es así como van a ir las cosas. Escúcheme con toda atención: usted y yo no estamos igualmente equipados. Usted tiene ventajas con las que yo no puedo competir: dinero, hombres, armas. Eso significa que si quiere que hagamos un trato debe ser de acuerdo con mis términos. Si me siento amenazado, me retiraré y me llevaré el pergamino. Le diré cómo se harán las cosas.

Hubo otra pausa. Von Freudiger volvió a hablar.

—Muy bien. ¿Qué quiere usted que haga?

—En primer lugar que pueda salir de Polonia sin daño. No debe tratar de detenerme ni de seguirme. Tal vez yo no esté en condiciones de competir con usted, pero tampoco estoy falto de recursos. Dejaré el pergamino en Polonia. Estará en manos de una tercera persona con la que me pondré en contacto cada cuatro horas. Si dejo de ponerme en comunicación con él durante más de ocho horas, tiene instrucciones de destruir el pergamino. ¿Lo ha entendido?

—Sí. ¿Qué más?

—Durante los próximos días debe tener dispuesta a Maria para encontrarse conmigo cuando y donde yo diga. Si no llega conforme a mis instrucciones, daré la orden de que el pergamino sea destruido. ¿Está claro?

—Perfectamente. ¿Y qué pasará después?

—Eso es todo lo que necesita saber de momento. Estaré en contacto con usted.

Jack dejó el teléfono. No hacía demasiado calor en la habitación, pero Jack estaba sudando. Deseaba tomar un baño y dormir, pero sabía que hacerlo sería un gran error. Tenía cosas más importantes que hacer.

Karl von Freudiger colgó el auricular, casi inmediatamente volvió a descolgarlo y

marcó otro número.

—Von Freudiger —dijo—. ¿Y bien?

—Desde el Grand Hotel, en Cracovia, habitación 319.

—Haga lo que pueda.

Colgó de nuevo y se volvió a un hombre que estaba sentado cerca de la mesa de despacho.

—¿Qué le parece? ¿Está diciendo la verdad?

Parker se encogió de hombros.

—Quizá. Supimos muchas cosas de él mientras estuvo con nosotros en Londres. Es fundamentalmente honesto, pero ahora están en juego cosas que son muy importantes para él.

—¿Puede usted manejar este asunto?

Parker afirmó con la cabeza.

—Así lo creo. ¿Y qué hay de usted?

Dublín. Lunes, 28 de enero

Entró en Dublín a primera hora de la mañana, buscando viejos recuerdos, dirigiendo miradas furtivas a derecha e izquierda, como un criminal que regresa a la escena del crimen. El crimen de cualquiera. A su alrededor, al atravesar el manicomio del aeropuerto, la gente hablaba con palabras como las suyas, con los acentos de Ballsbridge, Sandymount y Howth. Y, sin embargo, se sentía entre ellos como el más perfecto de los extranjeros. En el taxi, observó el paso de la ciudad como si fuera una ciudad extraña, la ciudad de otro, una ramera. Una ciudad famosa por sus puertas, pero cuya realidad eran muros junto a otros muros. Una ciudad laberíntica, con callejones sin salida y esquinas retorcidas. En algún lugar estaban enterradas su mujer y su hija, y con ellas, todo su pasado.

Tenía una habitación esperándole en el Buswell, reservada por teléfono antes de dejar el aeropuerto de Heathrow. Su único equipaje era una pequeña maleta en la que guardaba el pergamino. Dejarlo en Cracovia hubiera sido no sólo una locura, sino también peligroso. No tenía intención de perderlo de vista. Una vez en su habitación, cerró la puerta y durmió hasta media tarde.

Dio un corto paseo hasta la calle Grafton y Brown Thomas, donde compró dos juegos completos de ropa. Entró en Bewley para tomar un café, tratando de descubrir cualquier indicio de que estaba siendo seguido. La pequeña maleta estuvo a su lado durante todo el tiempo.

Desde una cabina cercana al parque, en compañía de un violinista que tocaba *An Londubh Is an Cheirseach*, telefoneó a Von Freudiger. El sol se había puesto. En la reciente oscuridad, la música parecía más mágica que humana.

—Mañana por la mañana —dijo—. A las diez en la puerta principal del Trinity College. Maria y usted solos, nadie más. Una vez que Maria y yo estemos a salvo, le diré dónde está escondido el pergamino.

—¿Cómo puedo saber que no va a engañarme?

—Cada uno de nosotros debe correr sus riesgos. Yo tengo más que perder. Así que debemos hacer las cosas a mi manera.

—No tengo tiempo suficiente para arreglar las cosas tan pronto.

—Sí puede. He comprobado los horarios de vuelo. Aún le sobrará tiempo.

—Dígame dónde está el pergamino ahora y Maria estará allí a esa hora, se lo prometo.

Jack colgó el teléfono.

Es difícil conseguir una visión directa de la puerta principal del Trinity College sin

ser visto, salvo que se pase en coche o en autobús. Jack pasó tres veces por delante, sentado en el piso de arriba de un autobús, y la tercera vez los vio.

Jack no esperaba una trampa hasta que Karl no estuviera seguro de que tenía el pergamino en su poder. Pero imaginaba, igualmente, que la Liga no les quitaría ojo a él y a Maria hasta que no lo tuvieran. Y una vez que volviera a estar en sus manos de nuevo...

Se bajó del autobús en la calle Nassau y entró en el College por la nueva entrada lateral. No había vuelto a estar allí desde los días en que trabajó en su biblioteca. Sin apresurarse, a su aire, hizo el recorrido alrededor de la Front Square. Eran casi las diez y media.

Karl, nervioso, estaba observando a los transeúntes. Vestía un corto impermeable verde y llevaba un paraguas. A su lado, Maria estaba tan inmóvil como las estatuas de Burke y Goldsmith a cada lado de la puerta. Jack la observó durante un rato, hechizado, desapercibido en el sombrío vestíbulo junto a la garita del portero. Recordó a su esposa, la hermana de Maria, en aquel mismo sitio hacía ya muchos años, con un vestido de verano, esperándolo a él al término de una conferencia, a la hora de almorzar, o a primeras horas de la noche para ir juntos al teatro. La rueda de su existencia había dado una vuelta entera, recorriendo todo un ciclo. Y en un momento sabría cuál era el fin en que se había detenido.

Salió de las sombras. Maria fue la primera en verlo. No gritó ni corrió a su encuentro. Él no había esperado que lo hiciera. Pero vio en sus ojos lo suficiente para saber que había hecho lo que debía hacer, lo correcto, pasara lo que pasase. Maria estaba pálida y sus mejillas se habían marchitado en sólo unas semanas. Se dirigió hacia ella y le cogió la mano.

—Encontrará el pergamino en Rubrics —le dijo a Karl—, la tercera puerta al pie de la escalera. Pero debe darse prisa, no sea que algún tipo listo y con buena vista dé con él y se le ocurra que debe incorporarlo al Libro de Kells.

—¿Rubrics? —Karl miró a Jack sin comprender.

—Pregúntele al portero —le instruyó Jack mientras atravesaba la puerta corriendo con Maria cogida de la mano. Si alguien pensaba dedicarle una bala, aquél era el momento preciso, pensó.

Parker los vio venir. Tenía a sus hombres situados en las esquinas que daban a la calle College: uno en la puerta del banco de Irlanda, otro en la esquina de la calle College, y un tercero en la diagonal opuesta. Él mismo estaba al pie de la estatua de Grattan, exactamente enfrente de la puerta principal del College. Cuando vio que Jack y Maria cruzaban la calle en dirección hacia él, empezó a hablar en sus walkie-talkie.

Jack había alquilado un coche sin chófer en Boland's, en la calle Pearse. Había confiado en que la distracción provocada por la búsqueda del pergamino les daría tiempo a Maria y a él para escapar de allí. El coche estaba aparcado en la calle, frente al banco. Tenía una multa, pero ésa era la menor de las preocupaciones de Jack.

En el momento en que iba a abrir la portezuela, Jack los vio venir. Cuatro hombres en total se acercaban a ellos precipitadamente. De inmediato reconoció a Parker. Llevaba una pistola en la mano, medio oculta entre los pliegues del abrigo.

—Por favor, no provoques un escándalo, Jack. No queremos alarmar a nadie, pero si hay que hacerlo no vacilaremos.

Maria se volvió hacia el agente secreto.

—Simon —se sorprendió—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde está Jeremy?

—Jeremy ha muerto.

Jack apretó la mano de Maria.

—Ahora trabaja para ellos. Lo he visto visitar la casa de tu padre en París.

Maria lo miró alarmada.

—¿Es eso cierto, Simon?

—No para ellos, con ellos —respondió Parker—. Lo siento, pero es mucho lo que está en juego. Quiero que tú y Jack os vengáis con nosotros tranquilamente.

—Parker, no tienes necesidad de hacer esto. Ya habéis conseguido lo que queríais, Karl está recogiendo. Jack y yo deseamos alejarnos de este asunto cuanto antes. Por favor.

—Lo siento, Maria, no es tan sencillo —respondió Parker—. Si pudiera, os dejaría marchar. Pero no tengo elección. Karl os quiere muertos y quiere que sea yo quien lo haga. Sabe que puede confiar en mí. Tratad de no hacer las cosas más difíciles para nosotros.

Eso fue todo lo que pudo decir. Sin previo aviso, dos coches se detuvieron con chirrido de frenos a su lado, casi chocando entre sí. Hombres enmascarados salieron de cada uno de los vehículos. Parker y sus hombres se giraron tratando de sacar las armas que llevaban bajo sus abrigos. Los enmascarados, sin darles tiempo a ello, abrieron fuego disparándoles a la cabeza.

—¡Vamos, hombre, por amor de Dios, subid a vuestro coche y largaos de aquí!

Uno de los hombres cogió a Jack del brazo. La voz era irlandesa.

Los pistoleros se subieron a sus coches y arrancaron a toda velocidad aun antes de haber cerrado las portezuelas. Alrededor, los autos se detenían y los peatones corrían, unos para alejarse de allí y otros, movidos por la curiosidad, para acercarse. El pavimento de la calle estaba lleno de sangre. Jack vio cómo Parker trataba de levantarse y volvía a caer. Maria se agachó a su lado y trató de alzar su cabeza. Pero todo era inútil, la vida ya lo había abandonado.

En la acera se destacó un hombre que se dirigió a toda prisa a donde estaban Maria y Jack. Éste alzó la vista y lo reconoció: era Gabriel McBride.

—Vamos, Jack, llévatela. Salid de aquí mientras os sea posible.

—¿Cómo sabíais que íbamos a estar aquí?

—Fuiste seguido, Jack. Teníamos pinchado el teléfono de Von Freudiger.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Ya lo leerás en el periódico esta noche. Ahora marchaos de aquí antes de que

llegue la Gardaí.

Rubrics es un edificio de ladrillo rojo de principios del siglo XVIII que destaca por su incongruencia entre los restantes edificios de piedra gris que se alzan a todo su alrededor. Divide en dos partes iguales el Trinity College, en diagonal por la parte de atrás de los edificios principales. El cilindro estaba en una caja de cartón en el rellano inferior de la tercera escalera. Karl lo abrió y cuidadosamente extrajo su contenido: el rollo de pergamino. El irlandés había mantenido su palabra. Karl casi sintió pena de que hubiera sido necesario mandarlo matar. Sonriendo, volvió a colocar el pergamino dentro de su contenedor cilíndrico.

Alemania

Jack y Maria dejaron Dublín en el primer vuelo posible. La Lufthansa sólo operaba vuelos directos de Dublín a Munich los lunes, los viernes y los fines de semana, así que tuvieron que volar a Londres para conectar con un vuelo de primeras horas de la tarde para Munich. En algún lugar sobre el canal, Jack oyó las noticias de la BBC.

Una extensa operación de busca y captura se ha organizado en la República de Irlanda para encontrar a los pistoleros del IRA responsables de las muertes, ocurridas en Dublín esta mañana, de cuatro hombres de negocios británicos. El tiroteo ocurrió fuera de la sede central del banco de Irlanda, en el centro de Dublín, poco después de las diez de la mañana, cuando un grupo de pistoleros enmascarados abrió fuego desde muy cerca. Las víctimas, cuyos nombres no han sido facilitados hasta ahora, murieron instantáneamente de varios tiros en la cabeza. Una declaración hecha pública por el INLA, el Ejército Nacional de Liberación de Irlanda, afirma que las cuatro víctimas son miembros destacados del servicio de inteligencia británico, enviados a Dublín para preparar sabotajes políticos. Hasta ahora, las autoridades británicas no han desmentido esta acusación.

Jack le explicó a Maria quién era Gabriel McBride y sus amigos de violencia, y también todo lo que pudo sobre Felix y Parker. La radio se refirió a otra noticia que, cosa bastante extraña, se acoplaba perfectamente con lo que tenía que decirle a Maria. La información fue incluida en el servicio de noticias, más que nada, por lo que tenía de curiosa. Decía así:

Un anciano que dice ser el teniente Peter Ramsey, un oficial del servicio de inteligencia militar británico durante la segunda guerra mundial, ha aparecido en Londres esta mañana. Llegó sin documentación alguna en un vuelo de Aeroflot procedente de Moscú. De acuerdo con una declaración hecha a la prensa, otros agentes británicos desaparecidos pronto se reunirán con él.

La esposa del teniente Ramsey, Ethel, una viuda de guerra que vive en Birkenhead, se desmayó al conocer la noticia. Su esposo fue declarado desaparecido en acción de guerra en 1944, y oficialmente muerto al término de la guerra. Peter Ramsey —si en efecto es el hombre que se ha presentado en el aeropuerto londinense— podría ser uno de los componentes de un grupo de treinta prisioneros británicos en manos de los alemanes que fueron liberados por las tropas soviéticas a finales de la guerra y que, al parecer, fueron trasladados posteriormente a campos de trabajo en el interior de la Unión Soviética. El verano pasado, el presidente ruso Boris Yeltsin admitió la existencia en su país de prisioneros de guerra norteamericanos procedentes de Vietnam y Corea, así como de territorios ocupados en su día por los nazis. Se espera que la señora Ramsey se encuentre esta noche con el hombre que afirma ser su esposo.

—Kossenkova fue asesinada en Londres junto con Felix —le explicó Jack—. Sin ella para controlar la situación en Rusia, alguien, al parecer, decidió destapar las cosas. Parker deseaba llegar a un acuerdo con tu padre. Una especie de ejercicio destinado a reducir los daños, un ejercicio de limitación de daños, creo que lo llamaba.

Maria casi no dijo nada. Mantenía cogida la mano de Jack y le sonreía de vez en cuando, pero sus pensamientos no estaban realmente con él. Pensaba en Paul. Sabía que si no se lo llevaba ahora, era posible que Karl trasladara al chico a cualquier otra parte donde nunca jamás tendría posibilidad de volver a encontrarlo. Con los recursos que tenía a su disposición, su marido no tenía más que alzar el dedo meñique para hacer que Paul desapareciera sin dejar rastro.

Se quedaron en Munich varias horas para resolver algunos asuntos esenciales. Las cuentas bancarias de Maria no habían sido congeladas como ella temió. Sacó una gran suma, abrió una cuenta distinta bajo otro nombre y dio órdenes para que todo el dinero que aún quedaba en su cuenta de Essen fuera trasladado a la nueva.

Después visitaron a uno de los mejores abogados de Munich, un hombre llamado Hassler, que tenía su bufete en la Königsplatz. Hassler era un hombre alto y barbudo que trabajaba en los medios más opulentos. Se ganaba muy bien la vida a costa de las dificultades de otras personas, pero parecía el hombre más adecuado para lo que Maria pensaba hacer.

—*Grüss Gott* —saludó a Maria y a Jack cuando fueron conducidos a su despacho.

—Gracias por recibimos sin tener hora previa —dijo Maria. Ella sabía perfectamente que fue su apellido y su dinero los que habían cambiado las tres semanas de espera que exigían las consultas a Hassler en sólo tres minutos.

—Mi apreciada señora Von Freudiger, estoy a su entera disposición. Me gustaría saber por qué han hecho todo este camino hasta Munich para hablar con un abogado. Siéntese, por favor. Y usted es, señor...

—Gould. Doctor Gould.

—*Es freut mich. Bitte nehmen Sie Platz.*^[13]

Hassler escuchó con atención profesional mientras Maria le expuso en grandes líneas las circunstancias en que le habían arrebatado a Paul. A cambio de unos grandes honorarios (y la perspectiva de muchos más en el futuro), el abogado dijo que estaba dispuesto a intervenir y que daría instrucciones inmediatas para que se instruyera acción legal contra Karl.

—Sin embargo, hasta que se vea el caso en los tribunales —dijo—, es bien poco lo que podemos hacer. Pediremos que, entretanto, se le permita a usted visitar a su hijo. Sin una orden judicial a ese respecto es bien poco lo que podemos hacer. Le diré a mi secretaria que prepare una carta para su esposo en la que le pido, en mi calidad de su abogado, que atienda a cualquier requerimiento razonable que usted haga con respecto a su hijo mientras los tribunales resuelven el asunto. Señalaré claramente que cualquier negativa a cooperar podrá ser empleada en su contra cuando los tribunales se decidan a examinar el caso. ¿Cree que será suficiente?

Maria movió la cabeza.

—Lo único que quiero es ver a Paul y asegurarme de que Karl no intente llevárselo a otra parte. ¿Tendrá su carta la suficiente fuerza legal para eso? Mi marido es un hombre muy poderoso. Las minucias legales difícilmente serán un obstáculo para él.

—Siempre podrá recurrir a la policía para pedirle que le acompañe uno de sus agentes. Si el niño expresa su deseo de marchar con usted, su esposo no podrá hacer gran cosa para impedirlo. Pero no es seguro que la policía local quiera verse envuelta en una disputa familiar. Si está usted dispuesta a esperar hasta mañana, me pondré en contacto con un amigo que tengo aquí, en la jefatura superior.

—Es muy amable de su parte. Pero quiero ver a Paul hoy mismo si es posible. Haga que escriban la carta. No creo que sirva de mucho con Karl, pero podría bastar para persuadir a la policía de que cuiden de Paul.

En quince minutos, la carta estaba lista. Hassler los acompañó hasta la puerta.

—Vuelva usted mañana por la mañana, si es que no ha tenido suerte. Tendrá la custodia de su hijo mañana a estas horas, a más tardar.

Maria le dio la mano y se volvió para salir.

—Señora Von Freudiger, no quiero pecar de presuntuoso, pero en el caso de que... —El abogado hizo una pausa— vaya a haber un procedimiento de divorcio, recuerde que yo le puedo garantizar la máxima discreción. Mis clientes pertenecen a lo mejor de la sociedad. Comprendo todos los problemas que pueden presentársele a una señora de su posición. Considere el asunto con la mayor atención, por favor.

De regreso en su despacho, Hassler se sentó durante largo tiempo detrás de la mesa contemplando el cuadro que tenía enfrente, un Balthus que adquirió tres años antes en Ginebra. No había conseguido su posición actual sin saber un poco quién era quién en Alemania y la clase de poder que tenían en sus manos. Miró el reloj de sobremesa. Hora de terminar la jornada. Tenía un compromiso para cenar a las ocho.

Tomó el teléfono y habló brevemente con su secretaria.

—Señorita Schneider, necesito que busque un número de teléfono: Herr Karl von Freudiger. Vive en Essen. Si no está allí, averigüe dónde está. Lo más probable es que tenga un número móvil.

De Galais le había dado a Maria la dirección aproximada de la casa en la que tenían a Paul. Le había explicado que estaba en las afueras de Arnstorf, entre los Simbachs, cerca de la frontera con Austria, apartada y rodeada de un jardín de cinco acres.

Alquilaron un coche y se dirigieron directamente allí. Era ya de noche cuando salieron de casa de Hassler, Jack condujo todo lo de prisa que se atrevió. En Arnstorf, Maria preguntó por la casa de *Herr* von Freudiger. Sin vacilar, la mujer que estaba detrás del mostrador le explicó cómo podía llegar hasta allí. Salieron de la ciudad y se encontraron en una carretera rural llena de curvas.

Cinco minutos más tarde, Jack se detuvo delante de una pesada puerta metálica

que se abría en medio de un alto seto. Al final de una larga carretera apenas si podía verse, semioculta entre altos árboles, una amplia villa al estilo bávaro, con un tejado en pendiente. Las ventanas estaban iluminadas. Jack bajó del coche. Con sorpresa vio que las puertas no estaban cerradas con llave. Empujó una de ellas todo lo que pudo y volvió al coche. Había cámaras a ambos lados de la puerta vigilando. Aparcaron frente a la puerta principal y descendieron del coche. Junto a la puerta había otro automóvil aparcado, un pequeño Mercedes.

—Es de Karl —le dijo Maria en voz baja—. Lo tiene en Munich para usarlo cuando viene en avión por asuntos de negocios.

Jack esperó que hicieran su aparición los guardas de seguridad, pero nadie dio señales de vida.

—No me gusta esto —comentó Maria—. Me parece demasiado tranquilo.

La puerta no estaba cerrada con llave. Jack encontró el timbre y llamó. Una vez, otra. No acudió nadie. Empujó la puerta y entró en el recibidor de alto techo y paredes cubiertas de paneles de roble. La luz procedente de las ventanas se reflejaba en una ancha escalera de madera. A todo alrededor, las paredes estaban cubiertas de todo tipo de adornos y objetos de propaganda nazi: banderas, estandartes de las SS, retratos de Hitler. En la casa reinaba el más absoluto silencio.

—Algo ha ocurrido, Jack. Algo va mal. Karl debe de haber llegado antes que nosotros.

—Echaré un vistazo. Tú quédate aquí.

—No, yo voy contigo. Si Karl está aquí, tengo que hablar con él. Trataré de persuadirle de que use el sentido común.

—¿Crees que te escuchará?

—Le diré que he estado hablando con el abogado Hassler.

Jack era escéptico sobre el impacto que aquello podría causar en Karl, pero no dijo nada. Entraron en la primera habitación a su izquierda, una pequeña sala de estar dominada por fotografías en color de Hitler y Himmler. Estaba vacía. La siguiente habitación era un gimnasio pequeño, con espalderas, potros, anillos y barras paralelas. Era una habitación fría. Los espacios que quedaban libres en las paredes estaban llenos de fotografías de niños y jóvenes germánicos realizando ejercicios de gimnasia.

Cruzaron el vestíbulo y abrieron la puerta de la habitación de la derecha. Era una pequeña biblioteca. Como el vestíbulo, también esta habitación estaba decorada con recuerdos del Tercer Reich, pero aquí los objetos eran más personales. En las paredes había varias fotografías de Reinhold von Freudiger en su uniforme honorario de las SS y en compañía de varios dignatarios del Reich; vitrinas de cristal que contenían armas, varios espadines de ceremonia, colgados de sus cordones de seda; una bayoneta, una gorra de las SS con su calavera en la parte delantera.

En el centro de la habitación había una gran mesa de caoba. Sobre la mesa, bien ordenados, montones de fichas dentro de sobres de color verde, todos iguales. Pero

no fueron las fichas lo que llamó la atención de Jack. Sobre la mesa había un cilindro de metal, era el pequeño contenedor que él mismo dejó en Rubrics, en el Trinity College, aquella mañana. A su lado estaban los fragmentos de un rollo de pergamino, rotos y esparcidos en todas direcciones.

Jack cruzó la habitación en dirección a la mesa y adelantó la mano para recoger uno de los pequeños fragmentos. Al hacerlo así, algo captó la atención de sus ojos debajo de la mesa. Un gran charco de sangre cubría la alfombra.

—¡Quédate donde estás! —le advirtió Jack.

—¿Qué es lo que pasa?

Jack dio la vuelta alrededor de la mesa. En medio de la sangre, había un cuerpo de hombre boca abajo. No había duda de que estaba muerto. La parte de atrás de su cabeza estaba separada del tronco por un tajo brutal. Junto al cadáver estaba el instrumento del crimen, un largo sable, el tipo de armas que aún suelen usar ciertas fraternidades de estudiantes alemanes de extrema derecha para sus duelos. Sin duda debió de ser uno más de los adornos que colgaban de las paredes.

Jack se arrodilló junto al cuerpo y le dio la vuelta suavemente. Detrás de él oyó el grito de espanto de Maria.

¡El muerto era Karl von Freudiger!

Hubo un ruido cerca de la puerta. Maria se giró. Una mujer estaba allí, sin decir nada, simplemente mirando la habitación con una expresión mezcla de miedo y odio reflejada en su rostro. Debía de tener unos cuarenta años, con el pelo corto y gris. Llevaba puesto un vestido negro de falda larga. Su rostro, sus manos y su vestido estaban manchados de sangre. En la mano derecha llevaba una pistola con la que apuntaba directamente a Maria.

—Dijo que vendría usted. Pensamos que llegaría antes. Si hubiera estado aquí, quizá habría podido hacer algo. Ahora ya es demasiado tarde.

—¿Lo hizo usted? —preguntó Maria. No sentía nada por Karl, su muerte no dejaba huella en su vida, ni la menor emoción. Pero en su interior podía sentir el terror ascendente, el temor de que quien había matado a Karl pudiera también atacar a su hijo.

La mujer abrió los ojos con asombro.

—¿Hacer qué? ¿Matarlo? ¿Qué piensa usted que soy? Esto es obra de su padre.

Maria la miró negándose a creer lo que decía. Jack dejó el cuerpo de Karl, se puso detrás de Maria y le pasó el brazo por la espalda.

—No comprendo. ¿Qué puede tener que ver mi padre con todo esto? No sé lo que quiere decir.

—¿No? Pues bien, yo estaba aquí, yo lo vi. Si entonces hubiera tenido esta pistola, habría disparado sobre él en el acto.

—¿Dónde está Paul? —preguntó Maria—. ¿Qué ha hecho usted con él?

—¿Hacer? Yo no he hecho nada. Ha sido su padre quien lo ha hecho todo.

Maria estaba al borde de la histeria. Preguntó de nuevo, con la voz rota.

—Le he preguntado dónde está. Tiene que decírmelo, ¿de acuerdo?

—Su padre se lo llevó hace más de una hora. Eso es todo lo que sé. Si usted no hubiese intervenido, esto nunca habría ocurrido. —La mujer seguía apuntando al rostro de Maria con su pistola.

—¿Cómo ocurrió? —quiso saber Maria—. ¿Qué hizo mi padre? ¿Por qué se llevó a Paul?

—Su padre vino aquí a mediodía. Naturalmente, yo le permití entrar, quería ver a su nieto. Yo tenía órdenes expresas de *Herr Von Freudiger* de que le dejara entrar siempre que viniera. Estuvo un rato con Paul y después esperó en la biblioteca a su marido. Escuchó la radio un rato y le di algo de comer. Parecía excitado por algo, muy impaciente. No hacía más que mirar su reloj.

»*Herr Von Freudiger* llegó hace unas dos horas. Le pregunté si quería comer algo y me respondió que no. Entró directamente en la biblioteca. “Espera fuera, Leni. Queremos champán para celebrarlo”. Eso fue lo último que me dijo. Apenas llevaba

un minuto dentro cuando comenzó la discusión. Pude oírlos gritar incluso desde la cocina, donde estaba sacando el champán de la nevera. Siguieron discutiendo durante un buen rato. Se oyó un ruido, como si hubiese caído algo pesado, y después todo quedó en silencio.

—¿Sabe usted de qué estaban discutiendo? —preguntó Jack, que apenas si podía seguir la conversación con su limitado alemán.

—Discutían de eso —dijo la mujer señalando con la mano libre los restos fragmentados del papiro que había sobre la mesa.

—Creo que ya lo entiendo —dijo Jack.

—¿Qué es lo que comprendes?

Maria no apartaba los ojos de la mujer que les apuntaba.

—Por qué estaba tan furioso tu padre. Se dio cuenta de que había sido engañado y que en esta ocasión no había una segunda posibilidad. —Hizo una pausa y continuó —: El pergamino que Karl trajo de Dublín no era el pergamino de Jesús, aunque parecía exactamente igual. Yo entré en la biblioteca de Chester Beatty la noche anterior, es sorprendentemente fácil si se sabe evitar el sistema de alarma, que no han cambiado desde que yo trabajé allí, y cogí un rollo de pergamino del siglo primero, parecido en tamaño y escritura al manuscrito que Karl esperaba recibir. Al fin y al cabo, un cilindro vacío hubiese servido igual.

»Tu padre debió de perder el control cuando vio lo que yo había hecho. Karl jamás se hubiera dado cuenta de que el pergamino no era el auténtico, pero tu padre lo advirtió en seguida. Se conoce de memoria el manuscrito de Jesús.

—¿Por qué mató mi padre a Karl? ¿Sólo porque se dejó engañar por Jack?

El ama de llaves no pareció dispuesta a responder.

—Vamos —insistió Maria—. Ha dicho usted que discutían a gritos. Debe haber oído de qué hablaban.

—Su padre quería llevarse a su nieto. Dijo que todo había pasado, que lo habían perdido todo. *Herr* Von Freudiger trató de razonar con él. Dijo que el pergamino no era tan importante y que podían arreglárselas sin él. Pero su padre lo mató. Lo siguiente que sé es que salió precipitadamente de la biblioteca y corrió escaleras arriba. Yo entré aquí y me encontré a su marido como está ahora. No sabía qué hacer. Encontré esta pistola y corrí detrás de él, pero la verdad es que seguía indecisa. No tenía órdenes concretas y no había nadie con quien pudiera ponerme en contacto. Estaba aterrorizada.

»Me encontré con su padre cuando bajaba las escaleras con Paul. Estaba —la mujer vaciló—... parecía estar fuera de sí, gritaba y juraba sin cesar, como un loco. Tenía bien sujeto al niño. Yo no podía hacer nada. Si disparaba, corría el riesgo de herir al niño.

—¿Adónde se lo ha llevado? —Maria estaba frenética, al borde del colapso por miedo a lo que pudiera ocurrirle a su hijo.

Leni movió la cabeza.

—No lo sé. Salió de aquí, metió a Paul en el coche y arrancaron. No sé adónde iban.

—Piense, mujer —la presionó Jack—. ¿No dijo nada? ¿Iba a París? ¿A Polonia? ¿Adónde, por amor de Dios?

—A Irlanda —dijo la mujer casi en un susurro—. Ahora lo recuerdo. Durante la discusión con Karl le dijo que iba a llevarse al niño a Irlanda, a un lugar llamado Summerfield... ¿Puede ser?

—*Summerlawn* —exclamó Jack—. Se lo ha llevado a *Summerlawn*. ¿Pero por qué? No lo entiendo. El lugar fue destruido por un incendio. Allí no hay nada.

Maria miró a su alrededor con los ojos inmensamente abiertos por el terror.

—¡Oh, Dios mío, Jack! Creo que lo sé. ¿Estás enterado de lo ocurrido? ¿Sabes cómo se incendió *Summerlawn* hasta quedar destruido?

Jack negó con la cabeza. Se sentía aturdido; todo parecía escapar incontroladamente.

—Las autoridades trataron de quitarnos la casa. Iban a expropiarla. Yo ya me había ido. Mi padre vivía solo en aquel lugar. Me llamó por teléfono aquella noche, la noche del incendio. Me dijo que no estaba dispuesto a que nadie pusiera sus manos en la casa, que antes que permitir que esos ridículos chupatintas del gobierno se la quitaran para convertirla en un lugar para ser visitado por los turistas, le pegaría fuego y la reduciría a cenizas. Él mismo la incendió, Jack. Sacó sus mejores muebles, sus cuadros, sus libros y sus manuscritos y después tomó una lata de petróleo y la hizo arder como una antorcha.

Lo miró con una mirada vacía de expresión. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿No lo entiendes? —continuó—. Yo lo conozco, Jack. Lo conozco mejor que nadie. Proyecta hacer lo mismo con Paul. No puede soportar la idea de que todos sus proyectos han quedado reducidos a nada, que su nieto será excluido del destino que soñó para él. Y prefiere matarlo antes de que ocurra así.

—¡Deme la pistola! —le pidió Jack mientras extendía su mano—. ¡Por favor!

La mujer estaba claramente desorientada, al límite de las fuerzas que hasta entonces la mantuvieron firme. Sin un superior, sin alguien de quien recibir órdenes, ella no era nada. Pero al darse cuenta de su insignificancia, todavía resultaba más peligrosa.

—Sé quién es usted —dijo mientras daba un paso más en la habitación y volvía el revólver hacia él—. Usted es el judío, el marrano que se acuesta con la madre de Paul.

—¿Quién le ha dicho eso?

—*Herr* Von Freudiger, naturalmente. Él estaba enterado. Ustedes debieron creer que era un estúpido, pero lo sabía. Siempre lo sabía todo.

—Eso no importa ahora —puso fin Jack—. Von Freudiger está muerto, pero todavía nos queda tiempo de salvar a Paul. Tiene que dejarnos ir. Aún podemos detener a Rosewicz.

Leni negó con la cabeza.

—Usted puede irse, señora Von Freudiger. Ahora usted no es nada. Pero no el judío. Él es el responsable de todo y tiene que pagar por ello.

Jack pensó que hubiera sido muy sencillo decirle: «No, yo no soy judío, ni un marrano, ni un yid. Soy católico como usted. Mire, puedo rezar mis avemarías y padrenuestros como el mejor de los creyentes. ¿Quiere oírme?». Pero eso no resultaba tan sencillo. Había llegado a un lugar en el que los caminos se bifurcaban. Era menos importante lo que él se considerara a sí mismo que lo que creyera de él la mujer que tenía la pistola. Esa mujer era tan sólo una ola en un océano de odio, pero podía barrerlo de este mundo por lo que creía que era. No, no iba a negar su judaísmo por ella. Ahora eso le parecía importante.

—Vete, Maria —le dijo—. Encuentra a tu padre. Puedes alquilar un vuelo chárter en el aeropuerto de Munich. Todavía hay tiempo.

Maria negó con un gesto. Extendió su mano izquierda para coger la de Jack.

—Karl está muerto, Leni —una vez más trató de convencerla—, ya ha pasado todo. *Herr* von Freudiger lo hubiera entendido.

—No —negó Leni—, no puedo permitirlo. Alguien tiene que pagar.

Comenzó a levantar la pistola.

Jack apenas vio lo que ocurría a continuación. Hubo un movimiento confuso a su lado. Maria sacó la mano derecha del bolsillo de su abrigo, en la que llevaba una pistola, y disparó. Sólo una vez, un disparo perfecto que entró por la frente y salió por la parte de atrás del cráneo de Leni con un chorro de sangre. Leni ni siquiera tuvo tiempo de apretar el gatillo de su propia arma.

Cuando todo hubo pasado, Jack tomó la pistola de la mano de Maria y la sujetó con firmeza. Maria sollozó brevemente, pero lo hecho hecho estaba.

—Tenemos que irnos —le dijo—. No hay tiempo que perder.

Mientras se alejaban en coche, Jack se volvió a ella.

—¿De dónde sacaste el arma? —preguntó—. No tengo idea de dónde pudiste cogerla.

—Se la quité a Parker —le explicó— en el momento en que le dispararon.

—Pero cómo...

En ese momento recordó que se había arrodillado junto a Parker y le alzó la cabeza un momento. Debió haberse guardado la pistola mientras él estaba distraído hablando con McBride.

Viajaron un rato por carreteras oscuras en dirección a Munich.

—Sigo sin entenderlo —insistió Jack—. ¿Cómo pudiste pasar la pistola de Parker por los controles de seguridad del aeropuerto?

—Tengo una pequeña ayuda —dijo. Abrió su bolso y sacó una pequeña tarjeta de plástico—. Nuestro amigo Felix insistió en que debía llevar un arma siempre que me fuera posible, sobre todo si viajaba en avión. Así que me dieron un pase de seguridad europeo que me permite pasar el arma por los controles. Aún lo guardaba en Essen, escondido en casa. Cuando salimos, lo traje conmigo para poder pasar con la pistola. En Dublín me fue fácil sacarla. Sabían que cuatro hombres del servicio de inteligencia británico habían sido asesinados a plena luz del día, frente al parque del College. Yo era la última persona a la que iban a controlar.

Jack recorrió los aproximadamente cien kilómetros que los separaban del aeropuerto en poco menos de una hora. Dejaron el coche en la oficina de la compañía en el aeropuerto y, a toda prisa, se dirigieron al vestíbulo central.

—Necesitamos un avión privado, un reactor.

Maria era el tipo de mujer que podía presentarse en la oficina de información de un aeropuerto y decir algo así sin parecer remotamente ridícula. El encargado ni parpadeó. Los dirigió a una pequeña oficina en la parte de atrás, bajo un letrero que decía: EXECUTIVE CHARTERS.

—Es posible que no haya nadie a estas horas —les había avisado el empleado.

Pero sí que había. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, bien conservado, y en el que comenzaba a desarrollarse una discreta barriga. Tenía la expresión más bien indiferente de quien se pasa más tiempo en el aire que en la tierra.

—¿A Irlanda? —exclamó al oír a Maria expresar su deseo. Hablaba alemán con ligero acento del este de Europa—. Pero ¿qué demonios pasa en Irlanda? Esta noche todo el mundo quiere ir allí.

Les explicó que un hombre, que respondía a la descripción de Rosewicz, había dejado el aeropuerto sólo una hora antes en dirección a Cork, Irlanda, también en un vuelo chárter privado.

—¿Llevaba un niño con él?

El piloto afirmó.

—Así es. El anciano afirmó que era su nieto. El chaval dijo algo así como que quería ver a su madre. Los documentos estaban en orden. ¿Qué podíamos hacer?

—Yo soy la madre del niño —explicó Maria—. El hombre que alquiló el avión es mi suegro. Los tribunales están a punto de darme la custodia del niño, por eso mi marido ha encargado a su padre que lo saque de Alemania. Mire esto.

Sacó del bolso la carta de Hassler y se la enseñó al hombre, quien se la devolvió de inmediato.

—Señora, no necesito saber sus asuntos. Si tiene el dinero, volaremos adonde usted quiera.

—Lléveme a Cork, Irlanda.

El piloto asintió.

—Dicho sea de paso, me llamo Zamfirescu. Relájense unos minutos. Siéntense. Tenemos que arreglar un poco de papeleo antes de que se me autorice a despegar.

Cada minuto transcurrido hasta que se vieron en el aire les pareció un siglo. Zamfirescu, contagiado por el estado de ánimo de Maria, hizo todo lo posible por reducir el papeleo y consiguió el permiso para despegar en la mitad de tiempo que se emplea normalmente. Sin embargo, para ella fue una eternidad.

El avión era un Hansa a turbopropulsión. Antes de despegar, Zamfirescu se acercó para comprobar si se habían colocado apropiadamente los cinturones de seguridad.

—Le he pedido a uno de los operadores de radio que establezca contacto con mi compañero Schneider. Es el piloto del avión que salió antes que nosotros, el que lleva a su hijo a bordo. Le dirá que no se apresure y que retrase todo lo que pueda su llegada a Cork. Tal vez tengamos un poco de suerte.

Una vez en el aire, Zamfirescu le pidió a Jack que pasara un momento a la cabina. Cuando estuvieron solos, el piloto se dirigió a Jack en inglés, que hablaba correctamente.

—¿Qué es lo que está pasando realmente? —preguntó.

—Lo que ella le ha contado.

Zamfirescu hizo un ademán negativo.

—Puedo ser bobo, pero no estúpido. Poco antes de que despegáramos hubo una llamada de alarma de la policía. Un destacado abogado de Munich le dijo a la policía que uno de sus clientes más importantes, un famoso industrial llamado Von Freudiger, había desaparecido. ¿No ha oído hablar de él?

Jack negó con la cabeza.

—Bien, el caso es que ese Von Freudiger y una mujer fueron encontrados muertos en una pequeña ciudad llamada Arnstorf. Usted no sabe nada de eso, ¿verdad?

Jack se sintió incómodo. ¿Qué sospechaba Zamfirescu? ¿Y qué iba a pedir a cambio de su silencio?

—No —respondió Jack—, ¿por qué habría de saberlo?

—Bien, tal vez su amiga sepa algo. Su documentación dice que su apellido es Von Freudiger. Quizá usted no se ha dado cuenta de la coincidencia, pero a mí me parece bastante rara.

—Sí que lo es. ¿O está usted sugiriendo otra cosa?

—No sabría qué decir.

Hubo una pausa. Delante de ellos parpadeaban las luces de los mandos del aparato.

—Supongo que quiere usted más dinero —dijo Jack finalmente.

Zamfirescu movió la cabeza con lentitud. Mantenía los ojos fijos en el panel de mandos.

—Afortunadamente —dijo al fin—, sé algunas cosas de ese Von Freudiger, lo importante que es y todo lo demás. En este negocio se oye hablar mucho de la gente como él. También conozco algo de sus ideas políticas. No son ningún secreto. Su padre fue nazi y amigo de Hitler. Buena gente, ¿eh? Cuando terminó la guerra se pasó unos años en la prisión de Landsberg y salió de ella más rico de lo que había entrado. El hijo es amigo de un gran capitoste de la extrema derecha. ¿O debo decir era? No ha sido una gran pérdida para nadie.

—No —respondió Jack más tranquilo—, supongo que no.

—Ni siquiera para su familia, supongo. Con la excepción tal vez de su padre.

—Puede usted excluir también a su suegro —añadió Jack.

—¿El que vuela con Schneider?

Jack volvió a afirmar confirmando las sospechas del piloto. Hubo un breve silencio.

—Yo soy rumano —dijo Zamfirescu—. Hace cuatro años que mi hermano menor y yo vinimos a Alemania. Liviu se trajo a su familia, yo vine solo; soy viudo. El año pasado Liviu fue asesinado. Había salido a dar un paseo por Munich, un sencillo paseo, y unos fascistas lo apuñalaron en la calle. La policía aún sigue buscándolos, pero puede estar seguro de que no los encontrarán. Y si los encuentran... —Se encogió de hombros—. Ahora —continuó—, mi cuñada y sus hijos están obligados a vivir en un hostel para refugiados. El mes pasado, una banda de neonazis trataron de incendiarlo con toda la gente dentro. ¡A la mierda con ellos! ¡A la mierda con Von Freudiger! ¿Qué otra cosa puedo decir?

Miró a Jack.

—Creo que será mejor que vuelva a su asiento. El tiempo es bastante malo y quizá tengamos algo de turbulencia.

Se sentó junto a Maria e hizo todo lo que pudo para tranquilizarla. El avión rugía en las entrañas de la noche oscura. Si miraban por las ventanillas, sólo veían tinieblas. El mundo estaba hecho de ellas. Era como si estuvieran aislados, separados de todo. Jack le contó a Maria las sospechas de Zamfirescu. Ella asintió, pero no dijo nada.

En una ocasión se lo quedó mirando largo tiempo.

—Es muy doloroso —murmuró—, demasiado.

—No está muerto —le respondió—. Estoy seguro de que tu padre nunca le hará daño.

Maria no respondió nada, pero él vio lágrimas en sus ojos. Cuando volvió a hablar, su voz estaba quebrada.

—Hará más que eso —dijo—. Su locura es muy antigua y muy profunda.

—No tanto como para hacer una cosa así —la tranquilizó Jack.

Maria suspiró. Con aire ausente, se limpió las lágrimas de las mejillas. Los dedos de la oscuridad rozaban el cuerpo del aeroplano.

—En el campo, en el campo de concentración en Klanjec. Ésa era su especialidad.

—No entiendo. —Jack sintió que se le helaba la sangre.

—La ejecución de niños —dijo—. Y su tortura.

Eso fue todo lo que dijo. Entraron en medio de una tormenta. A Jack no se le ocurrió nada que decir. Notó que la mano de Maria estaba como muerta entre las suyas.

Zamfirescu conectó el piloto automático, abrió la puerta de la cabina y les comunicó:

—Creo que deben saberlo. El avión de Schneider acaba de aterrizar en Cork. Nos lleva una ventaja de cuarenta minutos.

A medida que se acercaban a las costas irlandesas, la tempestad aumentaba en intensidad. Golpeados por el viento y azotados por la lluvia, descendieron entre bancos de nubes. De repente, las luces de Cork aparecieron debajo de ellos como por arte de magia. Tomaron tierra entre violentas ráfagas de viento, que estuvieron a punto de hacerlos salir de la pista de aterrizaje y arrastrarlos hasta un campo próximo.

Zamfirescu se unió a ellos en cuanto paró los motores.

—Todavía tengo cosas que hacer aquí —explicó—. ¿Se encuentran bien?

—Creo que sí, muchas gracias —respondió Jack—. Nos ha sido de mucha ayuda.

—Háganme saber que el chico está a salvo. Les he pedido un coche por radio, estará esperándolos. Es posible que Schneider sepa en qué dirección se fue el hombre que persiguen.

—No será preciso —aclaró Maria—. Nosotros sabemos adonde se ha dirigido.

La tarjeta de seguridad de Maria les permitió pasar el control de aduanas sin problemas ni retrasos. Ni siquiera controlaron la mochila que Jack llevó consigo desde que dejaron Dublín. Schneider los esperaba al otro lado del control. Les dijo que Rosewicz había alquilado un auto, un Ford Granada, y le había dicho que «se iba a casa». Eso es todo lo que sabía el piloto.

Salieron en medio de la lluvia torrencial. Un coche los esperaba fuera. Al saber que se trataba de los pasajeros de un avión de ejecutivos, la empresa de alquiler de coches les había enviado un Jaguar.

Maria se puso al volante. Estaba familiarizada con la carretera y, mientras conducía, su mente dejaría de preocuparse en otras cosas. Desde el aeropuerto se dirigieron hacia el sur, alejándose de la ciudad de Cork, para buscar la N71, en Ballinassig, y después al oeste cruzando el Bandon. De vez en cuando los relámpagos iluminaban el paisaje.

—Hay riesgo de inundaciones en la cuenca del río Bandon —explicó Maria—. Lo habremos perdido si él logra cruzar y cuando llegemos nosotros la carretera estará cortada.

—Ya nos ocuparemos de ello si es que ocurre.

Prácticamente eran los únicos que circulaban por allí. El coche funcionaba bien, pero la carretera era sinuosa y traicionera. En algunos lugares había profundos baches ocultos por el agua que les hacían saltar sobre el asfalto mojado. La lluvia, procedente de nubes que parecían inagotables, bañaba el parabrisas con torrentes de agua.

Se detuvieron un momento en una gasolinera de las afueras de Clonakilty para

comprar dos potentes linternas, ya que posiblemente las necesitarían a su llegada a *Summerlawn*.

Había pasado ya la medianoche cuando llegaron a Baltimore. Allá abajo, cerca de la costa, la tempestad todavía era más fuerte, si es que eso era posible. El pueblo parecía dormido. Lo atravesaron y se dirigieron al campo abierto donde descansaban las ruinas de *Summerlawn*.

—¿Por qué se le habrá ocurrido venir aquí en una noche como ésta? Es una locura. Tal vez se ha ido a otra parte. Aquí no hay nada.

—Le dijo a Schneider que se iba a casa. Salvo que tú sepas que hay otra casa...

Maria negó con la cabeza.

—No —dijo suavemente—. No hay ninguna otra casa. Sólo *Summerlawn*.

La estrecha carretera estaba llena de agua y la oscuridad era tan intensa que apenas se podía distinguir dónde acababa el cielo y dónde empezaba la tierra. Tampoco podían oír el mar, lo único que se oía era el rugir de la tempestad.

De repente, las puertas de la finca aparecieron a la luz de los faros. Estaban abiertas de par en par. Maria frenó y disminuyó la velocidad del Jaguar para cruzar la angosta entrada. Al girar, la luz de un relámpago cruzó el cielo e iluminó el campo abierto. El desnudo esqueleto de *Summerlawn* se destacó en la oscuridad. Poco después había desaparecido.

Maria condujo con cuidado, manteniéndose dentro del camino invadido por la hierba. Aunque habían transcurrido sólo unos años, la maleza había cubierto las sendas y los caminos que rodeaban la casa. Las luces de los faros mostraron las malas hierbas y los arbustos que crecían silvestres. La vegetación incontrolada se había apoderado de lo que antaño fueron cuidados jardines.

—Mira. —Jack señaló delante de ellos.

Una luz roja destacaba en la oscuridad. Parecía una hoguera. Mientras la observaban, parpadeó y pareció desvanecerse, pero después volvió a aparecer más brillante que antes. Maria suspiró. ¿Seguro que su padre no intentaba incendiar de nuevo la casa? Pero en seguida se dio cuenta de que ya no quedaba nada que pudiera quemarse.

—Los bomberos lograron salvar del fuego algunas habitaciones —explicó Maria—. O al menos evitaron que fueran destruidas por completo. Quedaron algunas paredes y tejados en el ala occidental. Las vi cuando visité la casa después del incendio.

—¿Se puede llegar a ellas?

—No sin peligro. Muchas fueron consumidas por el fuego. Pero, quizá sea posible.

Llena de ansiedad, miró la luz vacilante, luchando por contener las lágrimas, resistiendo la tentación de dar rienda suelta al pánico que empezaba a crecer en su interior. Y al mismo tiempo rezaba para que Paul saliera de aquello sin sufrir daño.

El Ford Granada estaba aparcado formando un ángulo con lo que antaño fue la

puerta principal de la mansión. Jack cogió la mochila que había dejado en el asiento trasero y bajó del coche. Maria hizo lo mismo por el otro lado. En ese momento un segundo relámpago iluminó la fachada de la casa. La espesa hiedra se había adueñado de la mayor parte de la piedra gris. Las marcas del fuego todavía podían verse alrededor de los huecos de las ventanas.

En pocos segundos Jack y Maria estuvieron calados hasta los huesos. La lluvia era intensa, y sus gotas, duras y heladas. Un viento frío los golpeó tratando de arrastrarlos al lado opuesto del camino. Jack cogió el brazo de Maria.

—Toma esta linterna —le gritó.

Encendieron las linternas al mismo tiempo. Los rayos cortaron la lluvia y la oscuridad, y descubrieron la fachada ennegrecida de la casa. Astillada y chamuscada, la vieja puerta colgaba torcida en su marco de piedra. Estaba medio abierta y dejaba entrever un interior inhóspito. Decidieron entrar por allí, sus pies chapotearon en un lecho de barro y gruesas hojas mojadas.

El incendio había comenzado en el recibidor. La magnífica escalera de *Summerlawn* no era más que el resto de unas planchas de madera calcinadas, negras y retorcidas. Las paredes de las que un día colgaron los retratos de los antepasados de Stefan Rosewicz estaban sucias y enmohecidas. El suelo roto, agrietado y cubierto de montones de hierba. Por encima de ellos, los agujeros del tejado dejaban entrar la lluvia, que llegaba sin control ni obstáculo hasta el vestíbulo. Se abrieron camino, entre montones de escombros, hasta la parte de atrás, donde el quicio de una puerta daba a un pasillo transversal. Allí la lluvia era más ligera, pues las habitaciones del piso de arriba interrumpían la caída. Jack y Maria pasaron entre cenizas y montones de madera medio quemada. Por todas partes había cristales rotos y el yeso desprendido de las paredes y el techo.

Lo único que se oía era la lluvia y, de vez en cuando, un trueno distante. La tormenta parecía girar en círculo. Maria abrió el camino. Le parecía justo encontrarse allí ahora, en el corazón de una ruina obra de su padre.

Un tramo de escaleras, rotas pero utilizables, subía al primer piso. El daño era menor en esa zona de la casa. En algunas partes todavía colgaban de las paredes jirones de papel. Los restos medio quemados y empapados de la gruesa alfombra seguían cubriendo alguno de los escalones. El agua penetraba por todas partes. Los relámpagos, cuya luz entraba por una ventana del piso de arriba, los sorprendían y parecían congelar su imagen subiendo la escalera.

Entraron en dos habitaciones del primer piso. No había señal de que nadie hubiera estado allí recientemente. Eran oscuras y tristes, sus tesoros arrancados para siempre. Alguien se había llevado una chimenea de mármol, dejando una herida abierta en el muro. Pero no importaba mucho.

El fuego causó mayores daños en la escalera que conducía al piso siguiente. Subieron con precaución, tanteando cada escalón antes de pisar en firme, iluminando con sus linternas donde ponían los pies. En un determinado momento, Maria se

agachó. Cuando volvió a erguirse, llevaba algo en la mano.

—¿Qué es? —le preguntó Jack en voz baja.

Ella se lo enseñó. Era una página, todavía seca, de un libro. Una página de *Where the Wild Things Are*.

Continuaron hasta el segundo piso. De una puerta a su derecha salía un poco de luz parpadeante. Las baldosas estaban rotas y arrancadas. A cada paso, Jack temía que se hundieran, enviándolos a una muerte segura dos pisos más abajo. Pegado al muro, Jack cruzó la puerta. Maria lo siguió.

La habitación era la antigua sala de música de Maria. Todos los instrumentos musicales habían desaparecido, así como los retratos de compositores y fabricantes de clavicémbalos que antaño decoraron las paredes. El humo había ennegrecido el estucado rococó y la lluvia había acabado de arruinarlos. En sus días, aquel estucado estuvo considerado como una de las piezas más bellas que jamás salió de las manos de West.

Rosewicz había apilado trozos de madera en la chimenea y había encendido una hoguera. Él y Paul estaban sentados frente a ella tratando de secarse y calentarse. Paul tiritaba de frío, sin abrigo ni manta. Rosewicz estaba sentado, con los ojos fijos en las llamas, que iluminaban su rostro y arrojaban su sombra al interior de la habitación, como un estandarte de oscuridad. Sobre las rodillas tenía una pistola. De vez en cuando sus ojos se apartaban de las llamas para fijarse en el arma, como si quisiera leer un mensaje en la luz que se reflejaba en su cañón.

La luz de la linterna de Jack cayó sobre Rosewicz. Al ver la luz, Paul giró la cabeza y se quedó mirando en la oscuridad. No reconoció a su madre, oculta entre las sombras tras el rayo luminoso de su propia linterna. Él no sabía si estaba muerta o si seguía viva. Su padre le había dicho una cosa, su abuelo otra. Lo había llevado a aquel terrible lugar con el pretexto de encontrarla, y el niño accedió. Pero una vez más se dio cuenta de que había sido burlado y engañado.

—¡Paul! —gritó Maria y comenzó a correr hacia su hijo.

Jack extendió el brazo para detenerla.

—¡Cuidado! —le advirtió—. Tu padre tiene una pistola.

Paul se puso de pie de un salto.

—*Mutti!* —gritó—. *Mutti, ich bin hier!*^[14]

Rosewicz levantó la mirada furioso, sorprendido por la intrusión. Al ver las luces se puso de pie y sujetó con fuerza al niño.

—¡Padre! Soy yo, Maria. Por favor, suelta a Paul. Ya ha pasado más que suficiente.

—¡No tienes ningún derecho a estar aquí! —gritó Rosewicz—. Ahora el niño es mío. Tú estás muerta. Mis dos hijas han muerto. Y por tu culpa el niño también tiene que morir ahora. Cuando eso esté hecho, todo habrá terminado.

Maria trató de librarse de la mano de Jack.

—No, Maria. No lo intentes mientras tenga la pistola. Está dispuesto a usarla. Deja que yo hable con él.

—Pero tiene a Paul. Tengo que detenerlo.

—No de ese modo. Nunca llegarás a él. Disparará sobre ti y después matará a Paul. Deja que lo haga a mi modo.

Jack dio unos pasos dentro de la habitación. Maria lo siguió sin apartar la mirada de su hijo.

—Puede tener el pergamino —dijo Jack—. Lo he traído conmigo en mi mochila. El auténtico, no una sustitución. Cójalo. No me importa lo que haga con él si suelta a Paul.

—Doctor Gould, nuestras sendas parecen condenadas por el destino a seguir cruzándose. —Rosewicz había recuperado rápidamente el control sobre sí mismo—. Es muy persistente. No lo habría pensado de usted. Un hombre tan débil y tan insistente. El judío está superado por el celta. Pero la persistencia no basta. Se necesita también cerebro. Los fragmentos de inteligencia que usted posee no son suficientes.

—Sé que necesita el pergamino. Estoy dispuesto a negociarlo. Me parece un buen

acuerdo.

Rosewicz se echó a reír. Tenía sujeto a Paul por el cuello con fuerza.

—¿Un buen acuerdo? ¿La vida de un niño por un trozo de papel? ¿Tinta y papiros? He vivido toda mi vida entre ese tipo de papeles. Sólo me trajeron penas y dolor. ¿Cree usted que voy a cambiar al niño por eso?

—Se lo estoy diciendo en serio. No se trata de una sustitución. Tengo el rollo del manuscrito de Jesús en mi mochila. Puede examinarlo. Se lo llevaré.

El anciano volvió a reírse al tiempo que apretaba su mano sobre el cuello del niño.

—No quiero su pergamino —rechazó—. Ya he terminado con todo eso, Usted no ha entendido nada, absolutamente nada. Esto no tiene nada que ver con su precioso pergamino.

Jack no podía entenderlo. Rosewicz parecía completamente trastornado.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—¿Querer? No quiero nada. Ya dejé de esperar. Todo ha pasado, ¿es que no lo ve? Todo ha terminado. —Hizo una pausa. Después continuó con tranquilidad—. Lo dejaron salir. A Ramsey. Lo han puesto en libertad.

—No veo...

Jack no encontraba sentido a lo que estaba diciendo Rosewicz.

—Ramsey, Jack —interrumpió Maria—. Lo oímos en el avión de Londres. ¿No lo recuerdas? El prisionero de guerra inglés llegado de Moscú.

—¿Pero eso qué...?

En ese momento recordó la voz de Leni describiendo los acontecimientos que llevaron al asesinato de Karl: «Estuvo un rato con Paul y después esperó en la biblioteca a su marido. Escuchó la radio un rato».

—¿De qué va todo esto? —preguntó Jack—. ¿Qué tiene que ver Ramsey? ¿Por qué es tan importante?

—Octubre —respondió Rosewicz—. Una unidad británica que actuó con los partisanos de Tito hacia finales de la guerra. Fue enviada a Croacia por el Special Operations Executive, es decir, el Mando de Operaciones Especiales, en octubre de 1944, el mismo mes en que Belgrado caía en manos de Stalin. Poco antes, aquel mismo año, los británicos habían retirado toda su ayuda a Mihailovic Chetniks y colaboraron con Tito y los comunistas. Ramsey estaba al frente de Octubre. Su misión consistía en servir de enlace entre unidades que operaban en Croacia y los grupos partisanos en el resto de Yugoslavia.

»En aquel tiempo, yo era el jefe de los servicios de seguridad de Ante Pavelic. Mi posición estaba subordinada a la del jefe de la Gestapo en Zagreb. En la práctica, sin embargo, disponía de considerable libertad de acción. Estaba en condiciones de reunirme con gente que no quería tratos con los alemanes. A veces negociaba a espaldas de la Gestapo. Todos sabíamos que el Reich alemán ya había terminado y que sólo era cuestión de tiempo que retiraran sus tropas y nos dejaran solos. Sabía

que, si queríamos sobrevivir, teníamos que tomar medidas para el futuro. Toda Europa estaba haciendo lo mismo.

»La Liga ya había decidido que si se nos ofrecía una oportunidad de elegir entre los británicos y los rojos, la respuesta estaba bien clara. Así, cuando Ramsey se puso en contacto conmigo y me dijo que tenía una propuesta, no vacilé y me mostré de acuerdo en encontrarme con él en privado. Pasamos una tarde juntos en la residencia de los servicios de la inteligencia militar británica en Roma.

Jack tuyo la sensación de que estaban minándole el suelo debajo de los pies. Fuera seguía golpeando la lluvia. Un trueno sacudió el cielo.

—Pero eso es imposible —comenzó Jack—, el pergamino nunca...

—Está usted equivocado —le interrumpió Rosewicz—. Felix no le contó toda la verdad sobre el pergamino. Le dijo a usted que nunca estuvo en Roma, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo contó Simon, naturalmente. El hombre al que usted conoció como Parker. Simon y yo hemos recorrido un largo camino juntos.

—Ha muerto —dijo Jack—. Parker ha muerto.

—Siento oírlo. Bien, eso ahora apenas tiene importancia. Déjeme continuar. No nos queda mucho tiempo.

»Felix le dijo a usted que tratamos de enviar el pergamino al Vaticano, pero las condiciones no lo permitieron. Eso no es cierto. El manuscrito fue llevado allí y durante algún tiempo estuvo guardado en San Girolamo. Pero entonces los aliados controlaban Italia. La inteligencia británica oyó rumores de que algo estaba ocurriendo y uno de sus contactos llevó el manuscrito al Vaticano. Sabían quién era mi hermano y quién era yo.

»Ramsey me ofreció un trato. Había sido informado sobre el manuscrito antes de salir de Italia y sus superiores sabían que podía ser utilizado como medio de presión frente a la Liga. Ellos también se preocupaban del futuro. El comunismo estaba en marcha. Sabían que una vez que terminara la guerra contra Alemania, tendrían que volver su atención a la Unión Soviética. ¡Quién mejor para ayudarles contra el nuevo enemigo que la gente que ya había luchado contra los soviéticos! Nuestra política no les importaba en tanto que fuéramos anticomunistas.

El resplandor de un relámpago llenó la estancia por un momento. Rosewicz no había descuidado la presión de sus manos sobre Paul.

—El trato que nos propuso Ramsey era bien sencillo —siguió—. Nos procurarían una ruta de escape para mi hermano y para mí y para todos los demás miembros de la Liga que quisieran venir conmigo. Se nos darían nuevas identidades que ya nos esperaban en Europa Occidental. El pergamino sería enviado de Roma a Zagreb bajo el control de mi hermano.

»A cambio, Ramsey quería una lista de nombres de miembros de la Ustachi, así como de la Gestapo y las SS. Listas de servicios, horarios, consignas, todo tipo de detalles. Todo lo necesario para destruir el régimen de Pavelic. Yo les ayudé. Bien,

sabía que todo había concluido, hiciera lo que hiciera, así que lo único que me quedaba era ocuparme del futuro. Le di todo lo que quería. No le oculté nada. Ramsey no estaba interesado en el dinero, pero le di información sobre algunos de los ciudadanos más ricos de Zagreb. ¿De dónde cree usted que salió mi dinero? Era la partida final del juego, ya ve. Ya no quedaba ninguna carta que jugar. O así lo creía.

Hizo una nueva pausa. Detrás de él, el fuego había ido debilitándose. Muy pronto la habitación sólo estaría iluminada por los rayos de las linternas.

—Durante el mes de enero se produjo una caza sistemática de miembros de la Ustachi por todo el país. Ramsey y sus hombres hicieron su trabajo perfectamente. En Zagreb, yo esperaba la llegada del pergamino. Debía ser la clave de todo, aunque ni siquiera Ramsey se había dado cuenta de ello. Pensaba que se trataba simplemente de una especie de fetiche, un sencillo objeto de trueque. Mi hermano fue enviado desde Roma con el documento oculto entre una colección de pergaminos o papiros semejantes, todos ellos cogidos en las bibliotecas judías de Polonia.

»Mi hermano fue detenido en su camino por partisanos comunistas en Metlika. Él y su chófer resultaron muertos y los documentos encontrados en el automóvil fueron enviados a Belgrado a la atención del comandante militar soviético. Fue él el responsable de su envío a Moscú cuando fue convocado después del final de la guerra. Y siguiendo el curso debido, el pergamino desapareció en la Biblioteca Lenin. Pero eso es algo que supimos recientemente.

»Iosif Sharanskii cometió dos errores. El primero fue dar con el rollo. El segundo, comunicarle a usted su descubrimiento. Yo sabía que usted podría establecer la relación entre el original y las fotografías del pergamino que yo le había enseñado. Sharanskii había oído rumores sobre mí. Además, había otros documentos en la biblioteca que podrían descubrir que el pergamino procedía de Yugoslavia y su relación conmigo. No podía correr ese riesgo. Pero la bomba no iba destinada a la mujer ni a la niña, sólo a él, a Iosif, y a usted.

Jack se puso rígido de rabia y horror. Pese a todo, Rosewicz fue el responsable de la muerte de Iosif y su familia. La bomba debió de ser colocada por Henryk. Eso fue lo único que Jack pudo pensar para detenerse y no lanzarse contra Rosewicz. Pero se contuvo, sabía que un falso movimiento podría acabar en otra tragedia.

—En lo que se refiere a Ramsey y el grupo Octubre, tuvieron mala suerte. Yo tenía influencia, pero mi poder iba disminuyendo cada vez más. La red Octubre fue descubierta por la Gestapo. Los que sobrevivieron a la emboscada fueron detenidos y conducidos a Zagreb. Los de nacionalidad croata fueron ejecutados, pero conservaron con vida al contingente británico. En el cuartel general de la Gestapo en Zagreb se recibieron órdenes procedentes de Alemania para que los prisioneros fueran enviados a Berlín. Esto ocurrió en los últimos días de la guerra, recuérdelo, cuando la situación se hacía cada vez más caótica.

»Yo pude arreglar las cosas para que todos ellos fueran llevados a la prisión de Friedrichshain. La decisión de celebrar falsos juicios sobre crímenes de guerra ya

había sido tomada por la sección alemana de la Liga. Nuestra intención era conseguir toda la información posible del grupo Octubre, antes de ahorcarlos y así dejar enterrado para siempre lo que sabían sobre mi traición. Desgraciadamente, como usted sabe, las cosas no resultaron como esperábamos. Ramsey y sus colegas fueron enviados a Siberia, donde se los mantuvo guardados en secreto durante cerca de cincuenta años. Lo siento por ellos. Eran hombres valientes que se merecían un destino mejor.

Rosewicz hizo otra pausa. Sus dedos acariciaron suavemente la nuca de su nieto.

—Ahora Ramsey ha vuelto a casa. El héroe conquistador. O quizá no. Pero volverán también sus otros compañeros, los que aún quedan. Será un momento desagradable e incómodo para mucha gente, salvo que los obliguen a guardar silencio, y para nosotros, el fin.

»El contingente Ustachi es una parte vital del sistema de la Liga. Una vez que se sepa que nosotros hicimos un trato con los británicos y los traicionamos, comenzarán a tomar represalias. La Liga no durará ni seis meses más. Todo ha terminado, quizá no en días, tampoco en meses, pero todo ha pasado. Es mejor acabar de una vez.

Se inclinó sobre su nieto y acarició su cabello.

—Paul estaba llamado a ser nuestro líder cuando llegara el momento. Ahora ya no hay nada que pueda mandar. Mis planes fueron siempre de cara al futuro, siempre el futuro. ¡Y ahora no hay futuro!

Jack vio la desesperación en los ojos del anciano y la resignación podía oírse en su voz.

—Puede haber un futuro para Paul —dijo Maria mientras daba unos pasos hacia adelante—. Es demasiado tarde para ti, pero no para él. ¡Suéltalo!

Durante un momento, Maria pensó que su padre vacilaba. El perturbado anciano que sujetaba a su hijo era también el padre cariñoso que la había mecido en sus rodillas de niña, que le hacía regalos y peinaba sus cabellos. Estaba segura de que acabaría cediendo.

Pero era demasiado tarde. Rosewicz cogió a Paul de la muñeca y lo arrastró hacia una puerta que había en la pared de atrás. Al instante desaparecieron tragados por la oscuridad.

Jack corrió tras él. Estaba a medio metro de la puerta cuando tropezó con un montón de escombros y cayó hacia adelante. Maria se acercó y se inclinó sobre él.

—¿Te encuentras bien?

Jack se recuperó de la caída. Sólo se había hecho algunos arañazos.

—La puerta —dijo con voz entrecortada—. ¿Adónde da esa puerta?

—Lleva al jardín trasero de la casa.

Maria ayudó a Jack a ponerse de pie. En aquel lugar el fuego debió de ser más intenso. Las paredes estaban ennegrecidas y muchos trozos de la escalera se habían quemado por completo. Rosewicz, de algún modo, se las arregló para arrastrar a Paul y dejar un gran agujero en la sección de las escaleras que tenían delante de ellos. La madera era frágil y en algunas partes estaba completamente rota.

Jack alcanzó el agujero y se dispuso a bajar sujetándose a una parte del pasamanos que había quedado intacto. Al hacerlo, la barandilla y las escaleras cedieron y estuvo a punto de caer por el agujero. Maria llegó a tiempo de sujetarlo por un brazo y le hizo subir de nuevo. Cuando volvieron a mirar el profundo abismo, Rosewicz y Paul habían desaparecido en las sombras.

—Rápido, ¿hay otro camino para bajar?

Maria afirmó:

—Las escaleras por las que subimos. Después tenemos que llegar, por la parte trasera de la casa, hasta la terraza, si es que logramos pasar.

Corrieron. Sabían que si Rosewicz se distanciaba demasiado, podría evitarlos en la oscuridad. Tropezando y resbalando en las traicioneras escaleras, llegaron sanos y salvos al piso bajo y volvieron a entrar en el pasillo. El centro de la casa era la parte más afectada por el incendio. Por todos lados había trozos de madera caída que obstruían su paso. Saltaron sobre ellos y los evitaron corriendo frenéticamente. Incluso Maria, que conocía la casa desde niña, se encontraba sorprendida y desorientada. El ruido de la tormenta les llegaba desde fuera. El viento era más fuerte que nunca.

Por fin llegaron a la terraza y descendieron por los escalones de piedra hasta el jardín. Al llegar al aire libre fueron golpeados por la lluvia y el viento. El ruido de la tempestad hacía casi imposible que se oyeran.

—En esta dirección —gritó Maria mientras señalaba hacia el ala occidental.

Corrieron hacia la puerta que conducía a las escaleras por las que debió haber bajado Rosewicz. Todo era silencio y calma. Jack entró e iluminó las escaleras con su linterna. Avanzó un poco gritando el nombre de Paul. No hubo respuesta. Regresó a donde estaba Maria.

—Tienen que haber bajado ya —gritó—. ¿Qué camino crees que pueden haber

seguido?

—No lo sé. Es posible que trate de dar la vuelta para llegar a su coche.

De repente, el viento cambió de dirección y sopló desde la parte de la costa. Una potente ráfaga los empujó hacia un lado. Con la ráfaga llegó un grito, una voz o un chillido, que se interrumpió de golpe.

Jack no necesitó que le dijeran de dónde procedía. Había pasado suficiente tiempo en *Summerlawn* para saber que en aquella dirección estaban los acantilados. Y debajo de ellos, el mar abierto.

Corrieron por el jardín enmarañado luchando contra el viento. Hubo un segundo chillido, más fuerte esta vez. Maria gritó, pero el eco de su grito fue devorado por el viento.

—Ve con cuidado —le advirtió—. Estamos muy cerca del borde.

Bajo la lluvia y en la oscuridad, resultaba muy difícil tener conciencia del terreno. Ahora, debajo de ellos, podían oír cómo las olas rompían sobre las rocas con una gran fuerza.

—¡Paul! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás, Paul?

Maria continuó gritando y agitando su linterna de un lado a otro.

Pero fue la luz de la linterna de Jack la que los descubrió de repente. Rosewicz arrastraba al niño al borde del acantilado. Sólo hacía falta otro golpe de viento para que los arrastrara al abismo.

Jack se detuvo temblando. En su mente pudo ver otro acantilado. Una pelota roja botaba por la hierba verde hasta llegar al borde. Y una niña pequeña corría tras ella, ignorante del peligro. Detrás de la niña, Sima corría y gritaba.

—Cógela. —Jack puso su linterna en las manos de Maria—. Manténla separada de la tuya para que tu padre piense que seguimos aquí juntos.

Rápidamente se movió a la izquierda de Maria para apartarse de los rayos de luz de las linternas. Ella enfocó a Rosewicz y a Paul, que estaban juntos, de pie, al borde mismo del abismo, recibiendo los embates del viento. De repente se oyó un disparo y después otro. Rosewicz trataba de alcanzar la luz de las linternas. Jack avanzó y se acercó todo lo que se atrevió al borde del acantilado. Durante ese tiempo, mientras luchaba contra el viento, tenía que hacerlo también contra sí mismo y con la huella profunda del miedo que la vista del borde de los acantilados había despertado en él. Era como si todas sus pesadillas se hicieran realidad, como si todos sus miedos se hicieran un solo miedo.

Ahora estaba a unos metros de distancia de Rosewicz, oculto en la oscuridad. Pero ¿qué podía hacer? ¿Podría coger a Paul y alejarlo de Rosewicz antes de que éste se diera cuenta y saltara al abismo con el niño todavía en sus manos? Jack se arrodilló y comenzó a avanzar a gatas. Hubo un momento en que miró abajo, al abismo, y vio el fondo del acantilado, donde rompía la espuma blanca y el salpicar de las olas sobre el muro de arrecifes. Allí, el sonido del mar al chocar contra las rocas era más fuerte, casi ensordecedor, por encima del lamento del viento. Sólo unos metros lo separaban

del niño. Si tenía que actuar debía ser en ese mismo momento.

Se puso de pie y corrió directamente hacia Paul, lo cogió por la cintura y se lo arrancó de las manos a Rosewicz. Juntos, Jack y Paul, cayeron rodando y resbalando sobre el suelo fangoso para detenerse a unos dos metros de distancia. Jack levantó la mirada y vio a Rosewicz vacilando al borde del abismo, tratando inútilmente de recuperar el equilibrio. Después sólo hubo oscuridad. Jack creyó oír los gritos de Rosewicz, aunque no sabía si para rezar o para maldecir. ¡Y nunca podría saberlo! En seguida, su voz fue tragada para siempre por el viento y el rugir del mar tenebroso.

Qumran, Israel

Dejaron Jerusalén poco antes del mediodía, rodeando el Monte de los Olivos para dirigirse hacia Betania. Desde allí torcieron hacia Jericó y después otra vez hacia el sur, siguiendo la larga carretera que deja atrás el mar Muerto en su camino hacia Eilat y el golfo de Aqaba. En la distancia, por el este, podían ver el río Jordán y las montañas de Moab, ocultas tras una bruma ocre. Se cruzaron con camiones pesados que se dirigían al norte, hacia Jerusalén, y después un convoy de tropas militares con las banderas azul y blanca. Un autobús de turistas aminoró su velocidad para permitirles adelantar: rostros sorprendidos y pálidos los contemplaron a través de las ventanillas llenas de polvo.

La carretera continuaba en medio de un paisaje árido, con colinas agudas y quemadas por el sol, casi desprovistas de vegetación. Delante de ellos, un gran lago de sal parecía hacerse más ancho a cada curva de la carretera.

Habían llegado desde una ciudad de altos edificios al lugar más bajo de la tierra. De vez en cuando, Jack volvía a un lado la cabeza para mirar a Maria, a veces sonriendo, otras limitándose a mirarla, sin más. Y ella le devolvía la mirada o dejaba caer su mano tiernamente en sus muslos, rozándolos apenas, antes de retirarla de nuevo.

Paul se había quedado en Jerusalén con unos amigos íntimos, los Perlman. El chico todavía continuaba despertándose repentinamente por las noches, gritando en sus pesadillas y orinándose en la cama. Un sicólogo infantil les había asegurado que se recuperaría rápidamente ahora que volvía a estar junto a su madre. Pero Maria se preguntaba cuáles serían las cicatrices, y cuán profundas, que quedarían en él. Paul no preguntó nada sobre su padre y su abuelo, y Maria tampoco quiso hablar de ello.

Poco antes de alcanzar la orilla norte del mar, ascendieron a un terraplén rocoso situado a unos treinta y cinco metros de altura sobre la carretera. Habían llegado a Qumran.

Aparcaron en la meseta y bajaron del coche. Jack llevaba colgadas del hombro una pequeña bolsa y una cámara fotográfica. A su alrededor se extendían las ruinas milenarias de la antigua comunidad esenia, la secta judía, desaparecida hacía muchos siglos, a la que perteneció Cristo y con la que pasó la mayor parte de su corta vida. Aquí, no en la moderna Jerusalén, ni tampoco en Belén, estaban las piedras que pisaron los pies de Cristo. Mientras miles y miles de peregrinos van cada año sobre pavimentos medievales o inclinan sus cabezas en los santos lugares «descubiertos» por la emperatriz Elena, tres siglos después de la muerte y desaparición de Jesús, el contacto que ellos buscaban estaba allí, en aquel puñado de ruinas calcinadas por el sol del desierto.

Una patrulla militar había aparcado junto al restaurante turístico. Jack se dirigió allí y pidió hablar con el oficial que la mandaba. Aquélla era una parte fronteriza del país y el ejército estaba en alerta constante para prevenir la entrada de infiltrados. Separarse de las inmediaciones de las ruinas era una invitación a las sospechas e incluso podía llevar al arresto. Jack le enseñó su documentación al oficial y le explicó por qué estaba allí. Llevaba una carta del Departamento de Arqueología de la Universidad Hebrea de Jerusalén que explicaba que debía realizar una investigación en los alrededores de Qumran.

Al dejar la meseta, Maria y él descendieron por un hondo barranco que llevaba al pie de las rocas que rodeaban el lugar. Jack le señaló algunas de las cuevas, indicándole en cuáles de ellas se habían encontrado los hallazgos más importantes. Siguieron avanzando un poco más, entre hileras de rocas y peñas, hasta encontrar nuevas cuevas y cavernas. En las rocas se habían abierto hoyos y agujeros, algunos pequeños y otros tan grandes como para permitir la entrada de un adulto sin dificultad.

Los pies de Maria golpearon pequeños montones de arena y polvo del suelo del barranco, poniendo en movimiento cantos rodados y piedrecitas que se alejaban de ella sin dirección ni objetivo. El suelo estaba lleno de ellos.

—Dime en qué creer —dijo.

Él la miró con ansiedad. El aire estaba cargado de sal y escocía en la garganta. Su respiración era difícil. La luz lo modificaba todo. A veces no había luz, sólo la presencia de algo más grande, más pesado.

—No comprendo...

—¿Es Jesucristo...? —Hizo una pausa como si no supiera cómo continuar—. ¿Fue Dios? ¿Un hombre? ¿Qué debo creer?

—No puedo responderte a eso. Sabes que no puedo.

—¿Por qué no? Tú has leído la carta, su propio relato sobre sí mismo. ¿Quién pensaba él que era?

—No creía ser Dios, de eso estoy seguro. Aparte de eso, no sé nada más. Él tenía sus propias dudas, sus incertidumbres. Pero eso no importa. Diga lo que diga su manuscrito, las iglesias crearán a su propio Jesús, quizá toda una tribu de ellos, para acomodarlos a sus propios prejuicios. Encontrarán el modo de retorcer todo lo que él dijo para adaptarlo a lo que ya creen. Así que debes seguir creyendo lo que ya crees, sea lo que sea.

—Hace ya tiempo que no sé lo que es.

Él la miró con ternura. El sol se reflejaba en sus ojos. Era la más bella del mundo.

—Entonces somos iguales —confirmó Jack.

La cueva que eligieron estaba situada en un lugar elevado y de difícil acceso, una más entre todas las que habían sido superficialmente exploradas. Dentro de ella, Maria

encendió una linterna de gran tamaño mientras Jack sacaba el manuscrito de Jesús del cilindro metálico. Había traído con él una pesada vasija de arcilla que fue encontrada unos quince kilómetros más al sur, en 'Ayn al-Ghuwair. Era de la misma época del pergamino y se usaba para guardar material escrito. El rollo entraba perfectamente en ella y dejaba bastante espacio libre. Jack apretó la tapadera con fuerza y enterró la vasija debajo de un montón de piedras sueltas.

Al cabo de un año o dos, cuando llegase el momento oportuno, volvería allí con una expedición para explorar las cuevas de aquella sección. Por lo que Jack sabía, era fácil que hicieran nuevos descubrimientos. Pero sería allí, en aquella cueva, debajo de aquel montón de duras piedras, donde encontrarían el mayor descubrimiento de todos los tiempos.

Durante algún tiempo, Jack estuvo pensando en devolver el pergamino a Agustín de Galais y sus amigos, pero al final se decidió en contra de esa idea. Sabía que se ejercerían sobre ellos enormes presiones para que el manuscrito fuera destruido. Jack no tenía dudas de su sinceridad básica, pero él mismo se sentía cada vez más distante, más alejado de los valores que ellos defendían. No tenía la menor duda de que Maximilian Kolbe fue un buen hombre, un hombre santo; pero él no podía reconciliarse con la idea de que la iglesia había elegido, entre los cientos de miles que murieron en Auschwitz, a un cristiano para hacer de él un héroe y un santo. Habían muerto seis millones de judíos cuyos nombres fueron olvidados. La Iglesia lo había visto todo, a veces ayudó a las víctimas, pero otras protegió y socorrió a sus asesinos. Había un profundo desequilibrio, una tendencia en el curso de los acontecimientos que Jack no podía tolerar. El manuscrito de Jesús pertenecía a la humanidad, no a la Iglesia.

Tomó fotografías de la cueva desde distintos ángulos para futuras referencias. Para terminar el carrete hizo que Maria se sentara entre las ruinas. Ella le sonrió. A sus espaldas, el mar Muerto reposaba plácido e inmóvil. El sol de la tarde empezaba a ocultarse por Occidente y caía sobre Jerusalén y el mar distante. El silencio era intenso y Jack pudo sentir a su alrededor a sus espíritus del pasado: Caitlin y Siobhan, Iosif, Leah y la pequeña Sima, incluso Denis Boylan y Moria. ¿Llegaría alguno de ellos a conocer la paz?

Ahora él y Maria no sabían cuándo ni por dónde les llegaría el golpe. El poder de la Liga había sido profundamente minado. Ciechanowski había caído en desgracia. Reinhold von Freudiger se había suicidado al enterarse de la muerte de su hijo. Nuevos prisioneros de guerra habían vuelto de Rusia y algunos de ellos concedieron entrevistas a la prensa. Jack y Maria tomaron todas las precauciones que pudieron, pero no estaban dispuestos a convertir su vida en una continua huida. Maria dio su primer concierto en el Wise Auditorium de la Universidad y tuvo un éxito extraordinario. Paul empezaba a ir al parvulario y estaba haciendo rápidos progresos en la lengua hebrea. Lo habían enviado a un centro en el que católicos, judíos y musulmanes jugaban juntos. Así formaría frágiles lazos de amistad que quizá se

prolongarían hasta la edad adulta, pero que también podrían romperse por la fuerza de las presiones externas. Paul era la única esperanza que tenían.

—Es hora de volver —dijo Jack—, Paul estará esperándonos.

Maria se levantó y tomó su mano. Si escuchaba con atención, podría oír el rumor de las olas rompiendo en otra orilla.



DANIEL EASTERMAN es el seudónimo de Denis M. MacEoin (Belfast, Irlanda del Norte, 1949). Ha sido editor de *Middle East Quarterly* desde junio de 2009.

Estudió Lengua y Literatura en el Trinity College de la Universidad de Dublín, y Árabe, Persa y Estudios Islámicos en la Universidad de Edimburgo. Sus especializaciones académicas son el chiismo, Shaykhism, babismo, y la Fe Bahá'í. Se doctoró en la Universidad de Cambridge. Fue profesor durante un corto intervalo en la Universidad Mohammed V de Marruecos y después profesor de Árabe y Estudios Islámicos en la Universidad de Newcastle. En 1986, fue designado Miembro Honorario del Centro de Estudios de Oriente Medio y el Islam en la Universidad de Durham.

Es autor de novelas de intriga y suspense, la mayoría de ficción histórica, muy adictivas, en las que se tratan frecuentemente problemas políticos y religiosos. Ha escrito también ocho novelas, bajo el seudónimo de Jonathan Aycliffe, que fueron muy aclamadas por la crítica. Aparte de sus ocupaciones literarias y académicas, se interesa por la medicina alternativa en el Reino Unido, que es donde actualmente reside.

Como Daniel Easterman, ha publicado las novelas: *El séptimo santuario* (*The seventh sanctuary*, 1988), *La cofradía del sepulcro* (*Brotherhood of the tomb*, 1989), *La noche de la séptima oscuridad* (*Night of the seventh darkness*, 1991), *El testamento de Judas* (*The Judas testament*, 1994), *El último asesino* (*The last assassin*, 1995) y *La noche del Apocalipsis* (*Night of the Apocalypse*, 1995).

Notas

[1] Literalmente, revista semanal. Era el nombre del Noticiero Cinematográfico alemán que se exhibía en Alemania durante la segunda guerra mundial. (*N. del T.*) <<

[2] En alemán: ¡Despierta, Alemania! (*N. del T.*) <<

[3] En las SS, graduación equivalente a la de coronel del ejército. (*N. del T.*) <<

[4] Graduación de las SS equivalente a la de teniente coronel del ejército. (*N. del T.*)

<<

[5] En Irlanda se llama así a la policía. (*N. del T.*) <<

[6] Al cambio actual (agosto de 1994), un dólar USA valía unos dos mil rublos, aproximadamente. (*N. del T.*) <<

[7] En alemán, hombres inferiores, calificativo que los nazis aplicaban a las razas no arias y, sobre todo, a los judíos. (*N. del T.*) <<

[8] Nombre que se da en Rusia y en algunos de los antiguos países de la Unión Soviética a la policía. (*N. del T.*) <<

[9] Vamos, corazón, di... En alemán en el original. (*N. del T.*) <<

[10] ¡Bien, Paul, haz lo que tu madre te ha dicho! ¡Responde al señor inmediatamente!
En alemán en el original. (N. del T.) <<

[11] Grado equivalente, de modo aproximado, al de un general de brigada del ejército.
(*N. del T.*) <<

[12] Un lago londinense que en verano se utiliza como playa para baño y deportes náuticos. (*N. del T.*) <<

[13] Tanto gusto. Tomen asiento, por favor. En alemán en el original. (*N. del T.*) <<

[14] ¡Mami! ¡Mami, estoy aquí! En alemán en el original. (N. del T.) <<